

pasaremos por el Arroyo del Arenal y San Martín.

—Si allí no se encuentra ya Margarita...

—Ha estado, y, por consiguiente, el lugar debe de tener recuerdos agradables para vos.

—No acertaré á decirlo.

—Desde la calle del Pez iremos á la de Convalecientes, y descansaremos en cierta habitación que os es desconocida.

—No os entiendo.

—Muy pronto me entenderéis.

Despacio se alejaron de la hostería. Debemos recordar que estamos en el mes de Diciembre, época en que el Sol se oculta muy temprano. Los últimos rayos del astro del día desaparecieron cuando el Sr. Domingo Cabral y Gil llegaron á San Ginés: atravesaron el Arroyo hacia San Martín, y al mismo tiempo vieron que á la puerta de la casa de D. Juan de Haro se detenía un coche.

—¿Otro paseo como el de ayer?—dijo el sirviente.

—Así parece—respondió el hidalgo.

—Si á la casa misteriosa va vuestro enemigo y tiene interés en ocultarse, ¿por qué lo hace de manera que todo el mundo lo advierta?

—Debemos observar.

—Bien me parece.

Situáronse junto á la esquina; ni siquiera pensaron ocultarse, porque no les importaba que D. Juan les viese; pasaron pocos minutos, abrióse la puerta de la casa, salió el escudero, detúvose un instante, y volvió la cabeza hacia donde los otros estaban; se encogió de hombros. Otro criado salió, abriendo la portezuela y colocando el banquillo; luego otros dos, con linternas, sin duda para encender luz cuando cerrase la noche; las de los faroles del carruaje las encendieron desde luego. Con no poca sorpresa miraban estas operaciones el Sr. Domingo y Gil.

—¡No lo entiendo!—decía el primero.

—Yo tampoco.

Transcurrieron algunos minutos; presentóse D. Juan ricamente vestido; se detuvo junto á la portezuela; salió una mujer vestida de negro y envuelta en anchísimo manto...

—¡Vive el Cielo!—exclamó el Sr. Domingo.

Nerviosa palidez cubrió su rostro; relumbraron sus pupilas, y Gil arrugó el entrecejo.

—¡Por el rabo de Lucifer!—murmuró sordamente.

Con ansiedad miraron á la tapada, que se detuvo un momento y volvió la cabeza hacia el Arroyo. Así representaba su papel sin olvidar ningún pormenor: el mérito no era de ella, sino de Lucas, que le había dado instrucciones. El hidalgo y Gil creyeron firmemente que aquella mujer era Margarita. ¿Cómo se encontraba allí, si la habían llevado la noche anterior al convento? Indudablemente Gil se había equivocado por efecto de la obscuridad de la noche, y al ver los bultos creyó que uno de ellos era el de Margarita. Recordaron que con toda seguridad otra vez había afirmado el Rey que su hija debía ir aquella noche al convento, y no la anterior. Sin expresar lo que pensaban pusiéronse de acuerdo. Á los dos les ocurrió la idea de que D. Juan había ido la noche anterior al convento para ver á Sor Margarita y convenir en todos los detalles sobre lo que había de hacerse al otro día. La joven entró en el carruaje sin querer apoyarse en la mano que le presentaba D. Juan, que se acomodó también en el pesado vehículo. El escudero cerró la puertecilla y subió á la zaga. Los otros dos criados colocáronse á los dos lados del coche, el cual se puso en movimiento.

—¡Oh!—exclamó el enamorado mancebo con voz reconcentrada.

No eran aquellos momentos los más oportunos para conferenciar; siguieron el carruaje. Cerraba completamente la noche cuando llegaban á la Puebla. Los dos criados encendieron los cabos de las linternas.

—¡Aún dudo!—dijo Gil.

—Y, sin embargo, viéndolo estáis...

Aquella noche no se detuvo el carruaje en la calle del Pez, sino que en la de San Roque entró. El escudero llamó en la portería del histórico convento, y muy pronto pudieron ver nuestros amigos que la joven y D. Juan salían del carruaje y entraban en la mansión de las castas esposas de Jesucristo. Ya no era posible la duda. Inmóvil como una estatua quedó el enamorado mancebo.

CAPÍTULO XXII

En el convento.

Creemos haber dicho ya que Sor Margarita era la Superiora de la comunidad de San Plácido, y esta circunstancia hacía muy ventajosa su situación para que pudiese cuidar de su hija con libertad completa y satisfacer los deseos de su corazón. La infeliz habíase forjado una ilusión, que vió desvanecida: cuando la pusieron en la alternativa espantosa de profesar ó de que su hijo fuera entregado á la caridad y confundido con otros mil desdichados inocentes, viéndose privado de nombre y de fortuna, cumplió su deber, salvando de los horrores y de la orfandad al hijo de su amor, al hijo de sus entrañas; pero creyó firmemente que cuando en poder del padre estuviese el hijo, y, por consiguiente, á cubierto de todo ataque, con su poder inmenso, con los grandes medios de que disponía el padre, que era el Rey, olvidaría la promesa arrancada con la más atroz de las violencias, la consideraría nula por no haber sido hecha voluntariamente, y sacaría del convento á la que todo se lo había sacrificado. Ya sabemos que se equivocó la pobre mujer.

Llegó el día de la profesión, y sin vacilar pronunció los sagrados votos, ofreciendo al Omnipotente un corazón destrozado, emponzoñado y devorado aún por la llama de mundano amor. Cuatro años después murió la anciana Superiora, y ella fué elegida para reemplazarla: había dado pruebas de virtud y de austeridad, y, por consiguiente, bien merecía ocupar el elevado puesto. Siguió la misma conducta, siempre reservada, siempre silenciosa, y la comunidad acabó por respetarla profundamente. Del mundo se había retirado, y nunca el mundo le pareció tan bello; un abismo insondable la separaba de su antiguo amante, y esto fué quizás un incentivo para su pasión. Aunque envejeció rápidamente, siempre conservó restos de su prodigiosa belleza, que parecía tener un doble atractivo con su silenciosa gravedad y su melancolía dolorosa. Si el Rey la hubiese visto, tal vez hubiera sentido renacer su pasión.

Todas las desgracias, por horribles que sean, se aceptan al fin, y la suya aceptó la infeliz Superiora de San Plácido. Á todas horas pensaba en su hija, y por verla hubiera hecho el mayor de los sacrificios. La satisfacción de este deseo se le ofreció cuando menos lo esperaba, cuando ya se había convencido de que nunca estrecharía contra su pecho á la criatura inocente que era fruto y testimonio de sus antiguas debilidades. Al recibir la carta del Rey reflexionó muy detenidamente la monja. Ante todo quería hacer feliz á su hija en cuanto posible fuese; pero por de pronto no pudo trazar plan alguno de conducta: hizo muchas suposiciones, y con ansiedad inconcebible contó los minutos, adoptando cuantas disposiciones le parecieron convenientes y se esforzó para dominarse. El momento llegó. Ella misma hubiera acudido á recibir á la hija de su amor; pero semejantes demostraciones hubieran sido muy sospechosas. La puerta se abrió y entraron D. Juan y Mari-Juana, encontrándose con el demandadero, que se inclinó muy respetuosamente y dijo:

—¡Adelante! ¡Por aquí! Soy el más humilde servidor de Vuestra Señoría!

Y volvió á cerrar. Fueron por un pasillo hasta otra puerta, deteniéndose allí; á poco abrióse, y se presentaron dos novicias con sendas palmatorias.

—¡Entrad,—dijo una de ellas, mientras que de reojo y con gran disimulo miraba á la que debía ser su compañera; pero Mari-Juana recatábase siempre el semblante, y no podía distinguirse más que sus negros ojos, de ardiente mirada.

Galerías y aposentos dejaron atrás. Por fin llegaron á la celda de la Superiora, levantando una cortina y dejando el paso libre á la joven y al caballero, que entraron en la anchurosa celda, donde todo era severo y casi pobre. La Superiora estaba en un sillón, pálida y emocionada. Sin darse cuenta de lo que hacía, se puso en pie; Mari-Juana y D. Juan dieron algunos pasos y se detuvieron.

—Reverenda madre—dijo el señor 1.º mientras presentaba la carta del Rey,—me considero muy honrado y muy dichoso al encontrarme en vuestra presencia y entregaros este papel, cuya importancia os dará á conocer su

lectura. Aceptad mi respeto más profundo, y permitidme besar vuestra mano.

Sor Margarita, más agitada á cada momento, sintióse desfallecer. Volvió á sentarse; maquinalmente extendió el brazo derecho y presentó la mano. Contemplaba con mirada devoradora á la que creía que era su hija. D. Juan se inclinó, con gran respeto besó la diestra de la monja, y dijo á la joven:

—Doña Margarita, acercaos y haced lo mismo que yo; descubrid el semblante para que bien os vea y os conozca la santa mujer que desde este momento va á ser, no solamente vuestra Superiora, sino vuestra madre. Y nada más os digo, porque ya os di los consejos que necesitáis. Regocijaos y consideraos dichosa, porque este sagrado recinto es como el camino por donde habéis de llegar á la salvación eterna.

—Sí—dijo por fin la religiosa con voz ahogada,—acercaos, y... ¡No beséis mi mano; abrazadme!...

Y otra vez se levantó, abriendo los brazos. Á la espalda echó el negro manto la joven, quedando en descubierta su hermosa cabeza. Abrazó á la Superiora, de cuyos ojos se escapó el llanto.

—¡Pobre niña!—exclamó.— ¡Hija mía!...

No pudo decir más. Contra su palpitante pecho estrechó á la miserable criatura que representaba tan criminal comedia. ¿Qué le sucedió á la infeliz madre? Lo que no comprendía ni había previsto, lo que parecía inverosímil: sintió frío en el corazón; quería, y no podía oprimir entre sus brazos el cuerpo de la joven. Secáronse sus ojos; fijó una mirada profunda en Mari-Juana, y quedó inmóvil por algunos momentos. La joven inclinó la cabeza y al

pavimento miró: parecía turbada; pero; no era menester más que mirarla para comprender que estaba perfectamente tranquila; Á una mujer es fácil engañarla; pero no á una madre. Sor Margarita se preguntó por qué al abrazar á su hija no sentía lo que al pensar en ella.



D. Juan se inclinó con gran respeto y besó la mano de la monja.

—Dadme la carta—dijo; y la cogió, la abrió y la leyó. Nada encontró de particular, pues Felipe IV no había escrito más que algunas frases, las absolutamente precisas para decir que el dador de aquella carta lo sería D. Juan de Haro. La escena no podía ser más

extraña. Sor Margarita quiso entonces representar su papel de Superiora, y dijo gravemente:

—¡Está bien, caballero!

—Ahora...

—Aquí quedará esta criatura, y mis deberes cumpliré en todos sentidos. Pedéis manifestárselo así á Su Majestad, sin perjuicio de escribirle yo mañana.

—Reverenda madre...

—Os felicito—dijo Sor Margarita, que parecía haberse propuesto interrumpir al señor de Haro;—os felicito por haber cumplido vuestros deberes, haciendo un beneficio á esta criatura desgraciada.

—Pero nadie más que vos puede realizar la gran obra.

—Procuraré hacerlo. Que Dios os bendiga, como yo lo hago en su santo nombre.

Y apenas estas palabras pronunció la monja, tomó y agitó una campanilla que sobre la mesa había. Las dos novicias se presentaron.

—¡Acompañad á este caballero!—les dijo la Superiora.

Se arrugó el entrecejo de D. Juan. Mortificábase mucho ser tratado tan ceremoniosa y fríamente, pues ni siquiera se le escuchaba; empero sobre este punto no le estaba permitido hacer ninguna observación. Se le había confiado una misión, la había cumplido, y ya nada tenía que hacer allí.

—¡Que os guarde el Cielo!—dijo ásperamente.

Y de la celda salió siguiendo á las novicias.

—¿Por qué me trata así esta mujer?—se preguntaba.—¿Y por qué apenas ha dirigido la palabra á la que cree su hija? ¡No lo entiendo; pero ello es que no estoy tranquilo!

Á los pocos minutos el demandadero le despedía. En el coche entró, diciendo á Lucas:

—¡Á casa!

—¿Pues no hemos de ir?... .

—¡Á casa he dicho!

Silencio guardó el escudero y cerró la portezuela: púsose el coche en movimiento. El señor Domingo y Gil continuaban observando, favor de las luces de las linternas pudieron ver que D. Juan salió solo del convento.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó el hidalgo con voz alterada.

—Me parece inútil la molestia de seguir tras

el coche, pues viendo estais que por el camino de su casa vuelve D. Juan.

—Entonces...

—Vamos á la calle de Convalecientes.

—¡Es igual!

El hidalgo se encogió de hombros. Alejáronse, y pronto se detenían frente al edificio ruinoso; se acercaron á la puerta, y escucharon, sin percibir el más leve ruido. El enamorado mancebo llamó con muy recios golpes, cuyos ecos repitiéronse en el interior de la casa. No hay que decir que nadie contestó.

—¿Y qué hemos conseguido con venir?—preguntó el hidalgo.

—¡Ahora lo veréis!

—Esta noche estais tan misterioso como D. Juan.

—¡Me habré contagiado!

Hablando así separáronse de la puerta, llegaron á la esquina, volvieron á la derecha, y entraron en la calle de la Pa'ma. Sin separarse del costado del ruinoso edificio, llegaron á una pobre casita. Gil sacó una llave y abrió; penetraron en ella, y el criado, que llevaba los útiles necesarios. Encendió luz; encontrábanse en una habitación de regulares dimensiones, donde había una mesa y algunas sillas.

—¿Qué os parece?—preguntó Gil.

—Ni bien, ni mal.

—No tengo que deciros que ésta es mi casa, y también la vuestra.

—¡Entiendo!

—Venid, para que conozcáis hasta el último rincón.

En otros aposentos entraron, sin encontrar más muebles. Salieron á un corral bastante grande, en uno de cuyos lados se levantaba sombría la pared medianera del edificio de la calle de Convalecientes. Por aquel lado no tenía ninguna ventana; otras dos casas, también de un solo cuerpo, cerraban el corral. El Sr. Domingo no necesitaba explicaciones para comprender lo que el sirviente se proponía: examinó las paredes con atención profunda, y volvieron al aposento amueblado, en el cual se sentaron.

—¿Qué pensáis de lo que sucede?—preguntó al fin el hidalgo.

—No me doy fácilmente por vencido.

—Dudáis de lo que veis.

—Pues porque no dudo creo que anoche, y en compañía de D. Juan, salió de su casa una mujer y entró en el coche. Detuviéronse en la esquina del convento, donde parece que también entraron, y después...

—Pero ¿estáis seguro de que una mujer salió? Me habéis dicho que la noche estaba muy oscura.

—Sí.

—Bien pudisteis equivocaros.

—Tal vez.

—Hoy no ha sucedido lo mismo—repuso Cabral,—y bien claramente habéis podido ver que Margarita entraba en el coche.

—Y que salía para entrar en el convento.

—Y allí se ha quedado.

—Es indudable.

—Pues anoche debisteis de equivocaros, y la culpa la tuvo la obscuridad. Lo cierto es que Margarita se encuentra á estas horas en el convento.

—Mejor está al lado de su madre que con ese viejo ruín, capaz de cometer todos los abusos.

—Pero es mucho más difícil meterse en el convento que en la vivienda de D. Juan.

—En el convento entraba el Rey.

—Porque contaba con lo que yo no cuento.

—Sr. Domingo, puesto que dudas no hay en cuanto á la suerte de doña Margarita, todos los comentarios son inútiles, y debemos fijar nuestra atención en esta casa misteriosa y en D. Juan de Haro.

—En último caso, ¿qué me importa D. Juan?

—Mucho.

—Le castigaré, le aniquilaré en cuanto me sea posible!

—Y así será más fácil que lleguemos á conocer el secreto de la intriga en que se ha metido.

—¡Divagamos, buen Gil!

—Pues hablemos como nos conviene.

Por espacio de una hora continuaron la conversación. Recordaron que el señor de Santisteban los esperaba, y salieron; pero al doblar la esquina vieron dos hombres, uno de los cuales llevaba una linterna, que se detuvieron á la puerta de la casa misteriosa. El Sr. Domingo y Gil quedaron inmóviles y casi ocultos tras la esquina, y vieron que uno de ellos sacó una llave y abrió, entrando los dos en el sombrío edificio.

—¡Por Satanás!—exclamó el hidalgo.

—¡Son ellos!

—¡Sí; D. Juan y Lucas!

—¡Sr. Domingo, el corazón me dice que nos importa mucho conocer este misterio!

—No le miro con indiferencia.

—Me parece que debemos esperar.

—Soy de vuestra opinión,

—¡Pues silencio y paciencia!

Paciencia necesitaban, porque una hora transcurrió sin que nadie se presentara: por fin oyeron que la llave rechinaba al girar en la cerradura, y D. Juan y su escudero salieron de la casa. Nuestros amigos los reconocieron perfectamente: se alejaron después de mirar á su alrededor, sin advertir que los espían. De muy buena gana el hidalgo y Gil los hubieran acometido, poniendo así término á la intriga; pero recordaban las severas prohibiciones de D. Lope de Santisteban, y se dominaron.

—¡Amigo Gil—dijo Cabral,—no podéis comprender el trabajo que me cuesta sujetar las manos!

—Á mí también; pero...

—Lo manda vuestro señor, y es preciso obedecer.

—¡Nos desquitaremos algún día!

—¡Quiera Dios que sea pronto!

Ya no debían ver nada interesante. Á su casa llegó D. Juan, y á la de D. Lope se encaminaron el Sr. Domingo y Gil.

INDICE

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| CAPÍTULO I.—Lo que ocurría mientras tanto en Madrid | 5 |
| II.—La enferma | 10 |
| III.—El padre y la hija | 14 |
| IV.—Temores y noticias | 18 |
| V.—La revelación | 24 |
| VI.—Donde sabremos lo que pensaba Margarita | 29 |
| VII.—Un plan horrible | 34 |
| VIII.—El Rey no se molesta | 37 |
| IX.—El hidalgo cavila | 41 |
| X.—La hermana Justina | 46 |
| XI.—El gran recurso con que contaba la vieja | 51 |
| XII.—Cómo Esteban terminó felizmente su empresa | 56 |
| XIII.—Cómo el mancebo se metió donde era difícil salir | 59 |
| XIV.—Cuchilladas | 63 |
| XV.—Borrascas | 65 |
| XVI.—Lo que pensó Margarita | 68 |
| XVII.—Un incidente inesperado | 71 |
| XVIII.—Llega el día | 77 |
| XIX.—En medio de las tinieblas | 82 |
| XX.—Sigue el misterio | 85 |
| XXI.—Mari-Juana | 87 |
| XXII.—En el convento | 92 |

R. ORTEGA Y FRIAS

El testamento

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

de un conspirador



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○○○ Año IV.

Número 70.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY

PHILOSOPHY

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

70



¡Madre mia! ¡Amparadme. ▣

RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO IV.



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1876



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo se encontraba Margarita.

Según hemos visto, D. Juan y Lucas entraron en la casa misteriosa, atravesaron el portal, y siguieron por el pasillo de ennegrecidas paredes que tan penosamente había impresionado á Margarita la noche anterior; atravesaron luego algunas habitaciones, donde no había ni un solo mueble; por todas partes estaban agrietados los muros y en algunos sitios amenazaban hundirse los techos; resonaban los pasos de los dos honbres, y más de una vez tropezaron con las ratas, que al ver la luz huyeron espantadas. Al llegar los dos miserables á una puerta dieron algunos golpes.

—¿Sois voz?—preguntó una voz destemplada.

—Sí—respondió el señor de Haro.

La puerta se abrió, y entraron en un aposento muy espacioso, un salón en cuyas paredes veíanse restos de pinturas que debieron de ser muy buenas, y cuyo techo era un artesonado de gran mérito, pero ya casi completamente destruido; no había más que una cama

miserable, un banquillo y una mesa. La luz de una lámpara iluminaba un pequeño espacio. La persona que acababa de abrir era una vieja de aspecto horrible, la misma que había representado el papel de monja cuando la noche anterior se consumó el abuso. Ya no vestía el hábito religioso, porque la farsa había concluído; saludó muy respetuosamente al señor de Haro.

—¿Hay novedad?—le preguntó éste.

—Ninguna, mi noble señor; y lo siento, porque me parece que será más difícil conseguir lo que todos deseamos.

—¿Qué hace la prisionera?

—Nada; y si le pregunto tampoco me responde. Calla siempre, se mueve apenas, toma algún alimento cuando se lo doy, y duerme poco, muy poco, y con sueño tan ligero, que es imposible entrar sin que despierte.

—Otra cosa será cuando pase el trastorno de la primera impresión, pues hay que tener en cuenta lo que ha sucedido.

—Me parece que la niña tiene más valor que muchos hombres. Yo creí que lloraría mucho, que gritaría, que me pediría explicaciones, y me equivoqué.

—¡Oh!— murmuró el caballero.—¡Es una criatura extraordinaria!

—Vuestras órdenes se cumplen con exactitud; pero es menester que os arméis de paciencia, porque estos negocios son siempre largos.

Por algunos momentos quedó inmóvil y pensativo D. Juan.

—¡La veré!—dijo luego.

Atravesó el aposento, abrió otra puerta, entró en lo que pudiéramos llamar una antecámara, y fué á detenerse al otro extremo, junto á una puertecilla cerrada. Inclínose el caballero y miró por el ojo de la cerradura: distinguió luz; pero no percibió el más leve ruido.

—¿Duerme?— murmuró.— Me alegraría, porque así podría contemplarla con el mayor descuido.

Puso la diestra en la llave, haciéndola girar muy cuidadosamente; empujó, y la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes. D. Juan dió un paso y se detuvo: hallábase en lo que constituía el calabozo de la hija del Rey, y que no se parecía al resto de la casa. Las paredes estaban ennegrecidas; pero se habían colocado en ellas muchos cuadros, espejos y otros adornos que las cubrían en gran parte. En el pavimento había una riquísima alfombra. Bastantes muebles, todos de valor, estaban colocados ordenadamente, entre ellos un lecho riquísimo, y, sin embargo, tenía algo de sombrío y triste aquella cámara, porque no había más luz que la muy escasa de una bujía. La atmósfera era pesada y húmeda, y se respiraba con alguna dificultad por no haber ventana ni más sitio que la puerta por donde la atmósfera pudiera renovarse; junto á la mesa, sentada, con la cabeza inclinada sobre el pecho, cadavéricamente pálido y contraído el semblante, estaba Margarita, que no levantó la cabeza cuando se abrió la puerta y se presentó don Juan. Los ojos de éste fulminaban rayos; su boca se entreabría, y la contempló por algunos minutos inmóvil y anhelante; luego dió algunos pasos, se acercó á su víctima y le dijo:

—¡Aquí me tenéis!

La joven levantó la cabeza, y fijó una mirada de desdén profundo en el caballero.

—¿No me contestáis?—añadió éste.—Pues tened entendido que, con el sistema que habéis adoptado, se prolongará esta situación, para todos muy horrible; situación que quizás no habéis comprendido. Menester es que hablemos, doña Margarita, que nos expliquemos con claridad, pues así podremos adoptar una resolución y concluiremos de una vez.

—Mi resolución ya la conocéis—dijo por fin la joven.

—Cuando la situación era distinta.

—No ha cambiado para mí—repuso Margarita gravemente.

—¿Que no ha cambiado?

—En vuestro poder me encontraba entonces, y ahora me sucede lo mismo; me horribilizabais, y ahora también; prefería la muerte antes de satisfacer vuestros impuros deseos, y la muerte prefiero todavía; valor me sobraba, y valor tengo. ¡No acabáis de conocerme D. Juan!

—Es que vos os forjáis ilusiones.

—Si os empeñáis en que hablemos...

—Es preciso,

—Os complaceré por esta vez no más.

El caballero se sentó; ella cambió de postura: sus ademanes eran enérgicos, y asombrado la miró su verdugo.

—Hablad—dijo la infeliz,—que os escucho, y os responderé sin vacilaciones y con claridad.

—Ya conocéis mi pasión.

—Sí.

—¡Me domina, me trastorna!

—Y para satisfacerla sois capaz de todo.

—No os equivocáis: capaz soy lo mismo de todos los crímenes que de todas las virtudes; la muerte no me espanta, porque sin vos es para mí la existencia el más horrendo de los martirios. No os molestéis en recordarme los peligros de los abusos que cometiendo estoy, porque los conozco muy bien y los apreció en lo que valen. No se me oculta que juego la cabeza, y en poder del verdugo ó bajo el puñal de un asesino me he considerado desde el momento en que aquí os encerré; pero es tal mi pasión, que ninguno de esos peligros me espanta, y si mi deseo no realizo, moriré sin quejarme y con serenidad completa.

—Pues, entonces, os conviene matarme—replicó la joven,—porque no he de ceder, y andando el tiempo es posible que me salve y que me veáis unida al hombre á quien amo, lo cual ha de hacer más espantosa vuestra agonía.

—Si yo supiera que habíais de salvaros y que el triunfo había de ser para mi rival—dijo el caballero, de cuyos ojos se escaparon dos centellas,—os mataría: no lo dudéis, os mataría yo mismo, y luego pondría fin á mi existencia; pero no he perdido la esperanza, porque cuento con grandes recursos.

—¿Creéis que he de ceder?

—Quizás no.

—Entonces...

—Pero me queda un camino, y triunfaré.

—Si siempre resisto...

—Apelaré á la violencia.

—¡D. Juan!

—La fuerza brutal contra vuestras fuerzas, los narcóticos, y...

—¡Miserable!—exclamó Margarita.

Por primera vez tembló, y fijó la mirada en su verdugo: hasta entonces no había comprendido todo lo horrible de su situación. Conocía bien á D. Juan, y estaba convencida de que no amenazaba en vano.

—¡De aquí no saldréis sino después de haber sido mía; entendedlo bien!

—¡Ah!

—Y si con vuestra tenacidad me obligáis á colarme en el terreno de las violencias, ¿qué haréis después que mis deseos se hayan realizado? Aunque entonces recobréis la libertad, estaréis manchada, y con vuestra mancha no habéis de uniros á mi rival. Un solo camino os quedará en tan triste situación, un solo consuelo, un porvenir bien triste; pero reflexionaréis, y convencida al fin de que vuestra desdicha no tiene remedio, determinaréis poner á salvo siquiera vuestra honra, y no seré yo quien os suplique, Margarita, sino vos la que de rodillas me pediréis que acepte vuestra mano. Vuestra suerte es un secreto para todo el mundo. Nadie vendrá á salvaros, porque nadie os echará de menos. En el convento de San Plácido hay una desdichada que ocupa vuestro lugar. El Rey, lo mismo que vuestro amante y D. Lope, cree que allí está su hija, y, por consiguiente, considera terminado este asunto.

No se necesitaban más explicaciones. Margarita elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora: la misericordia divina era el único amparo que le quedaba. Empezaron á desaparecer las falsas fuerzas que hasta entonces la habían sostenido; empero la energía de su espíritu era la misma, y no cambiaba de resolución. D. Juan de Haro prosiguió diciendo:

—Vuestro amante intentará ponerse en comunicación con vos, y en fuerza de astucia y de dinero, conseguirá tal vez que alguna carta entreguen á la que está en el convento y ha tomado vuestro nombre; pero no recibirá contestación, ó se la darán de tal naturaleza, que tendrá que desistir, mal que le pese. Y bien comprendéis que la farsa no puede descubrirse, puesto que los que os conocen personalmente y por vos se interesan no pueden entrar en el convento, ni tienen para qué desde el instante en que les hayáis dicho que estáis desengañada y que deseáis que os dejen en paz. Todas las precauciones están adoptadas, todos los sucesos están previstos; nada se ha olvidado. Si conocieseis el mundo, si á mí me conocieseis, no tendríais ninguna esperanza. Hasta hoy habéis podido luchar y defenderos; pero la situación ha cambiado, por más que vos creáis que es enteramente igual y sin más diferencia que la del aposento que ocupáis. Gritad, pedid socorro, que nadie ha de oír vuestras voces, y...

—¡Basta, basta!—interrumpió Margarita.

—¿Dudáis aún?

—No dudo.

—Pues, entonces...

—Á mí también me queda un recurso supremo, recurso contra el cual sois impotente.

—Comprendo: pensáis que todo lo remediaréis con morir.

—¡Y moriré!

—¡Pero después de haber sido mía!—dijo D. Juan con satánica complacencia.

—¡Eso no!

—¿Y cómo lo evitaréis?

—Habéis de verlo, y...

—¡Pobre niña! ¡Siempre las ilusiones! Al fin os colocaréis en el terreno de la espantosa realidad.

—¡Dejadme!

—Necesito conocer vuestra última resolución.

—Ya la conocéis.

—Os concederé un plazo, que es cuanto puedo hacer en vuestro favor.

—¡Gracias, caballero!—dijo irónicamente Margarita.

—Tres días tenéis, durante los cuales en paz os dejaré.

—El plazo es inútil.

—Peor para vos, y peor para mi también, porque habré perdido un tiempo precioso.

—En la misericordia de Dios confío.

—Si creéis que ha de hacer un milagro...

—¿Y por qué no?—replicó la joven con cristiana fe.

—No se preocupa Dios tanto de este mundo miserable.

—¡Impío!

El señor de Haro se encogió de hombros.

—¡Salid, salid!

—Lo haré, porque así me conviene.

—Vuestra maldad no se concibe.

—¡Ahora empezáis á conocerme!

—¡Oh!...

—Cada día me odiais más, ya lo sé.

—Y si Dios quiere protegerme y llega el momento de la justicia...

—¡Muy pronto ha de ser!

—Entonces, cuando mi augusto padre os pida cuentas...

—Poca vida le queda á vuestro padre, y, sobre todo, le contestaré que mis extravíos son enteramente iguales á los suyos.

—Pensad que aún cuento con amigos poderosos.

—Sí, D. Lope de Santisteban; pero haré lo posible para que desaparezca del mundo. En cuanto á vuestro amante, no me infunde miedo, porque es casi un niño, del cual me burlaré cuando se me antoje.

—¡Guardaos, D. Juan!

—Lo hago.

—Pensad que...

—Señora interrumpió el criminal poniéndose en pie,—no necesito vuestros consejos. Bajo mi responsabilidad he cometido este abuso, y á pesar de todas las ventajas de mi situación puede suceder que el triunfo sea para mis enemigos; pero tendré paciencia, me

resignaré, me vengaré si puedo vengarme, moriré, y todo habrá concluido. El primer paso he dado, y daré el último. Meditad, contad los días, los minutos, y tened entendido que al decidir vais á pronunciar vuestra sentencia.

—No vacilaré.

—Yo tampoco.

—Tengo ciega fe en la justicia divina.

—Si conocieseis el mundo, veríais triunfante la crueldad, y os convenceríais de que el Omnipotente guarda su justicia inexorable para la otra vida. Cien veces os lo he dicho: por vuestra edad y por las circunstancias de vuestra vida, os entregáis á ilusiones que han de desvanecerse muy pronto; pero ahora en pocos días aprenderéis mucho.

Margarita guardó silencio, inclinó la cabeza y quedó inmóvil: por algunos minutos la contempló D. Juan, y sin articular una sílaba, se dirigió el miserable á la puerta; salió, cerró y dió vuelta á la llave.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la desdichada niña; y un raudal de lágrimas se escapó de sus ojos.

La mirada de D. Juan de Haro se tornó más sombría cuando salió del aposento; fué adonde estaban el escudero y la vieja, y dijo:

—¡Vamos, Lucas!

Salieron de la casa, y mientras se encaminaban á la suya, acaecía en el convento de San Plácido otra escena interesante.

CAPÍTULO II.

La madre sufre y delira.

Sor Margarita dispuso que llevaran á la joven á la celda que se le había destinado, y que cerca estaba de la que ocupaba la Superiora. Cuando ésta pudo entregarse libremente á sus pensamientos, dijo:

—¡Necesito explicarme lo que me sucedió!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos, quedando inmóvil. Bien pensado, nada de particular había sucedido, y, por consiguiente, no tenía que encontrar ninguna elase de explicación. Si su hija la había abrazado ceremoniosamente, si no se había conmovido

nada tenía esto de extraño, puesto que ignoraba absolutamente que la Superiora fuera su madre. Contra su voluntad la habían llevado al convento, y natural era que todo la desagradase allí y que mirase con prevención á cuantas personas la rodeaban. Empero no era esto lo que daba motivo para las cavilaciones de la monja, sino lo que ella misma había sentido. ¿Por qué dejaron de brotar de sus ojos lágrimas de ternura? ¿Por qué había sentido como si su corazón se helase al abrazar á la joven? Estas preguntas hubieran parecido hijas del delirio; pero tenían grandísima importancia para aquella madre infeliz.

Como se empeñó tenazmente en encontrar explicación á sus propios y extraños sentimientos, y no lo conseguía, empezó á suponer que la causa era el estado moral de la joven. Tal vez la habían educado tan torpemente ó con tanto descuido, que no se desarrollaron los gérmenes de ternura en el corazón de la pobre niña, ó, por el contrario, dieron lugar á que se extraviase y llegara á ser una criatura vulgar ó ruin. De todas maneras, Sor Margarita quiso averiguar, ó lo que es lo mismo, conocer el alma de aquella desdichada á quien creía su hija. Más de una hora pasó la infeliz entregada á tan tristes reflexiones; por fin dijo:

—¡Veamos!—y se puso en pie y salió de la celda.

En el interior del convento reinaba un silencio absoluto. Las monjas estaban en sus celdas y debían de dormir. Con el rostro pálido y contraído, haciendo grandes esfuerzos para dominar su violenta agitación, avanzó por los claustros, resuelta á salir de dudas. Á una puerta llegó, inclinóse, y miró por el ojo de la cerradura; distinguió luz, y escuchó sin percibir ningún ruido. Si la joven se había entregado al reposo, no se comprendía que dejase encendida la luz. Las trémulas manos de Sor Margarita levantaron el picaporte y empujaron la puerta, que silenciosamente giró. Entonces pudo ver á Mari-Juana, recostada en una silla y con el gesto de quien se aburre.

—Me alegro mucho de que vengáis—dijo,—porque esta soledad...

—¿Os desagrada?

—Sí.

—En este sagrado recinto hay la misma tranquilidad á todas horas, y si alguna pasión se agita, es silenciosamente—respondió Sor Margarita.

—Yo estoy acostumbrada al mundo.

—Esto es todo lo contrario.

—¡Ya lo ve!

—Considerad esta santa casa como una sepultura donde os encierran antes de morir.

—¿Y así puede vivirse?

—Viéndolo estáis, puesto que aquí envejecemos, y casi siempre se prolonga la existencia más que en el mundo.

Mari-Juana miró á todos lados como si buscara algún atractivo en aquel aposento. Sor Margarita la contempló con atención profunda: no quiso poner en duda la virtud de su hija; pero sí creyó que estaba en el mal camino. ¿Por qué se había marchitado ya el rostro de la joven? Si D. Juan y Lucas hubieran sabido hasta qué punto era elevada la inteligencia de la monja, quizás no se hubieran atrevido á intentar aquella farsa indigna. Mari-Juana representaría bien su papel; pero habría de olvidar muchos pormenores que tenían gran importancia. Sor Margarita guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Tenemos que hablar muy despacio, y debiéramos hacerlo ahora, porque nadie ha de interrumpirnos ni tengo que ocuparme en cumplir otro deber.

—Hablares—respondió la joven fríamente.

—Pues escuchadme, y fijad bien la atención en todas mis palabras.

—Os escucho.

—Casi es inútil deciros que conozco vuestra triste historia.

—Lo sé.

—Vuestro padre, según parece, ha hecho todo lo posible para proporcionaros la felicidad.

—No lo ha conseguido.

—Su situación es muy crítica, porque tiene que ser esclavo de cierta clase de deberes. Determinado tenía que os dedicaseis á la vida religiosa; pero hasta hoy no había creído de urgente necesidad poner en práctica su determinación.

—Siempre he dicho que no quiero ser monja.

—¿Y por qué?

—Me desagrada mucho, muchísimo, esta vida de quietud y de silencio.

—Pero con este silencio y esta quietud se gana el Cielo.

—No lo dudo.

—¿Qué esperabais en el mundo? ¿Qué clase de atractivo encontraréis en él? Habéis vivido encerrada lo mismo que si hubieseis estado en esta santa mansión, y, por consiguiente, nada habéis perdido,

—Os equivocáis.

—Pues explicaos, para que yo comprenda en qué consiste mi error.

—Estoy enamorada—dijo la joven.

Y ninguna alteración sufrió su semblante al pronunciar estas palabras.

—¡Enamorada!...

—Mi padre no lo ignora, y precisamente por eso ha mostrado tanta prisa para encerrarme en una celda; pero no es éste el remedio, y puesto que con franqueza me habláis y queréis que os hable lo mismo, os diré que haré cuanto me sea posible para satisfacer los deseos de mi corazón. Abusan, me hacen víctima de la conveniencia de los demás, y me parece que yo tengo derecho á defenderme, á luchar; y si triunfo, de nada podrá acusárseme.

—Me complace vuestra franqueza.

—Yo hablo siempre así—repuso la joven con un desparpajo que en desvergüenza rayaba.

Sor Margarita volvió á mirarla profundamente; buscaba el pudor de su hija, y no lo encontraba, pues, según se estaba viendo, el sentimiento del pudor le era tan desconocido como la inocencia. Esperaba la infeliz madre que su hija principiase por exhalar amargas quejas de su desdicha entregándose á los transportes del dolor; pero no sucedió así, ni era posible que sucediera. Quiso hacer otra prueba la religiosa, y después de algunos momentos dijo:

—Ignoro cómo habéis conseguido averiguar quién es vuestro padre.

—Eso á nadie se lo diré.

—Tampoco sé si le amáis mucho, pues como nunca le habéis visto...

—Ni tampoco él se ha cuidado de mí.

—¿Y no sabéis quién es vuestra madre?—

preguntó la monja con ansiedad mal disimulada.

—No han querido decírmelo.

—¿Queréis conocerla?

—Sí—respondió serenamente la joven.

Sor Margarita sintió oprimido el corazón.

Había creído que los ojos de la joven se humedecerían al hablarle de su madre, y el desengaño fué muy triste.

—Yo quisiera saber lo que sentís—dijo la monja con voz alterada.

—¿Para qué?

—Voy á ocupar el lugar de vuestra madre, y debo conoceros.

—Pues ya me conocéis.

—¿Qué es lo que más os ha hecho sufrir desde que tenéis uso de razón?—preguntó ansiosamente Sor Margarita.

—Lo que ahora están haciendo conmigo, porque no quiero ser monja.

—¿Os consideraríais feliz si os permitiesen ser esposa del hombre á quien amáis?

—Sí

—¿Nada más ambicionáis?

—Nada más—respondió sin vacilar Mari-Juana.

Muy trabajosamente pudo Sor Margarita contener un grito desgarrador: lo que sufría apenas se concibe; tenía destrozado su corazón de madre. ¿Podía ser aquella mujer su hija? Le parecía imposible. Oprimióse el pecho, se pasó las manos por la frente, que ardía febril, y se levantó.

—Acostaos—dijo la religiosa,—y apagad la luz, porque las reglas de la Comunidad prohíben tenerla encendida. Mañana vestiréis el hábito religioso y daréis principio á las prácticas de nuestra vida austera. Escribiré á vuestro padre participándole que os encontráis aquí bajo mi amparo, y si algo más queréis que le diga...

—Nada, señora, porque no ha de concederme lo que deseo.

—¡Que Dios os dé su santa gracia!

—¡Buenas noches!—respondió Mari-Juana.

Sor Margarita volvió á su celda.

—¡Dios misericordioso!—exclamó con desgarrador acento.—¡Y esa criatura es mi hija! ¿Qué han hecho con ella, qué han hecho con su alma? ¡La han perdido, y ahora me la en-



Entonces pudo ver á Mari-Juana, recostada en una silla y con el gesto de quien se aburre.

tregan para que mi sufrimiento sea más horrible! Habla con indiferencia de su padre, no desea conocer á su madre, y hay en su rostro y en su acento algo que no acierto á explicar y que me espanta.

El llanto corrió por las pálidas mejillas de la monja; no era posible que en aquellos momentos se entregara al reposo: sentóse junto á una mesa, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Señor, ¿qué han hecho de nuestra hija, del fruto de nuestro amor y de nuestro extravío? ¿Qué han hecho de la infeliz criatura, digna de compasión, siquiera porque había nacido muy de:graciada?

»Esperé á una criatura inocente, de alma purísima y noble y de elevada inteligencia, y me encuentro con una criatura depravada.

»Mi hija, la hija de mis entrañas, ha helado mi corazón con los latidos del suyo.

»No se conmueve cuando le hablan de su madre, nombra á su padre con frialdad, y al confesar que en su pecho arde una pasión, no se ruboriza.

»Y como si todo esto fuese poco, su lenguaje es casi grosero; sus maneras, casi rudas, y hasta de:vergonzada la expresión de su semblante.

»¡Dios mío! ¡Dios mío!

»¿Qué han hecho de mi hija, qué han hecho?

»¿No era bastante el sufrimiento que había destrozado mi alma, que de venenosa amargura la había llenado?

»Señor, aunque seáis el rey os lo diré, porque no hablo al rey, sino al hombre que me amó, al padre de mi hija, al que fué igual á mí, porque á su altura me elevó, ó porque descendió hasta mi pequeñez. Sí; os lo diré, porque así hago uso de un derecho y cumplo mi deber. Pesa sobre vos una responsabilidad tremenda.

»Con tanta indiferencia habéis mirado la suerte de la criatura que es fruto y testimonio de nuestro amor y de mi desdicha, de nuestras debilidades, de nuestros delirios; con tanta indiferencia habéis mirado su suerte, que ni siquiera os habéis cuidado de averiguar lo que con ella hacían.

»¿Así habéis cumplido vuestros deberes de padre?

»¿Para eso os entregué á mi hija á costa del mayor de los sacrificios?

»Pues si había de perderse llegando á ser una criatura sin corazón, miserable y abyecta, mejor hubiera sido para todos dejarla en poder de los que me amenazaban, pues me hubiera evitado nuevos sufrimientos, y tal vez la caridad cristiana hubiera hecho lo que no ha sabido hacer su padre.

»Como tan escrupuloso os habéis mostrado en el cumplimiento de vuestras promesas, creí que á todas horas pensaríais en nuestra hija y adoptaríais tales precauciones, que imposible fuese la desgracia que deploro.

»Vuestras cartas conservo, y en ellas me decíais que en nuestra hija se reflejaban las virtudes de la noble mujer que le servía de madre.

»Efectivamente, doña Ana de Haro fué muy virtuosa; pero ¿dónde está el reflejo de su alma?

»También habéis asegurado que de vos había heredado nuestra hija infeliz vuestra dignidad, y que bien se conocía su regia estirpe por sus instintos y la elevación de sus ideas.

»Eso no es verdad, señor, porque la desdichada criatura que en mis brazos han puesto es la más vulgar de todas, y no digo la dignidad, pero ni el sentimiento del pudor conoce.

»¿Puede ser esto más horrible?

»Señor, quizás por última vez os dirijo la palabra, y os lo diré sin vacilar: me habéis engañado, y habéis olvidado vuestros deberes de padre, que son sagrados deberes.

»¿Qué haré ahora con esta infeliz criatura?

»¿Es posible regenerarla?

»Cuando se han perdido los gérmenes de ternura y de nobleza que hay en el alma de toda criatura, la regeneración es imposible.

»Sus desgracias me habían inspirado el interés que deben inspirar á una madre, y yo quería llorar con ella; pero sus ojos no tienen lágrimas, porque su corazón es de hielo.

»Me ha espantado su tranquilidad cuando hablaba de su padre ó hablar oía de su pobre madre, y me ha espantado también la serenidad con que ha confesado la pasión que arde en su pecho.

»Inútil ha sido que intente provocar ciertas explicaciones.

»Tampoco las necesito, porque ya conozco á mi hija más profundamente que lo que he deseado.

»Debéis comprender lo que como madre sufro en estos momentos.

»Pero no, quizás no lo comprendáis, puesto que tampoco habéis comprendido vuestros deberes de padre.

»Señor, por muy duro que sea lo que acabo de decir, es poco para lo que siento.

»D. Juan de Haro tiene una gran parte en la desgracia de mi hija, puesto que ha contribuído á su educación. Pedidle cuentas, porque os ha engañado y merece terrible castigo.

»Contestadme, decidme algo consolador, convencedme de que me equivoco, y me haréis un beneficio inmenso.

»¡No puedo más!

«¡Pobre alma mía!

»¡Mi cabeza se abrasa!

»¿Qué siento?

»¡No lo sé!

»Grandes han sido mis faltas; pero es demasiado duro el castigo.

»¡Que Dios me dé fuerzas para sufrir y resignarme, fuerzas para cumplir mis deberes y acierto para sacar á mi hija del negro abismo donde se encuentra!»

No escribió más la desdichada madre sino para poner su firma: la devoraba la fiebre, su razón se había trastornado, y apenas podía respirar. Ya no corría el llanto por su lívido rostro; sus ojos estaban secos, y en su mirada revelábase el extravío. Cerró la carta, se dejó caer en el lecho, aunque tenía la seguridad de que no podría dormir, y dos horas después quedó medio aletargada bajo la influencia de un sopor febril. No se levantó para asistir al coro á la hora de costumbre: ya eran las siete de la mañana cuando pudo dejar el lecho. Algo se le había despejado la cabeza; pero sufría tal vez más que la noche anterior. Recordó cuanto había sucedido, dudó si enviar la carta, escrita en momentos de delirio; pero no se atrevió á leerla, ni tampoco tuvo valor para escribir otra. ¿Por qué había de privarse de aquel desahogo? Decidióse al fin; llamó, y dió las órdenes oportunas para que la carta llega-

se á su destino. Media hora después un gentil-hombre se presentaba al Monarca con un plato de oro donde había colocado el terrible escrito de Sor Margarita.

—¿Qué es eso?—le preguntó el Rey.

—Señor, cumpliendo las órdenes de Vuestra Majestad, no he tenido inconveniente en recibir este carta, que viene del convento de San Plácido.

—¡Ah!...

—He creído que...

—¡Bien hecho!

El Monarca tomó el papel y despidió con un ademán al gentil-hombre.

—Por última vez voy á ocuparme en este asunto—dijo Felipe IV.—La pobre Margarita me contará cómo ha llorado al abrazar á nuestra inocente hija. No me siento con fuerzas para cierta clase de emociones, y...

Se interrumpió el Monarca.

Dió entre sus manos vueltas al papel.

—Aquí—dijo después de algunos minutos—no debe de haber más que frases de ternura; pero... también las habrá de dolor, y lo más prudente sería... ¡Sí, sí!

No rompió el sello; dejó la carta sobre la chimenea, y llamó. Acudió el gentil-hombre.

—¿Ha venido Santisteban?—preguntó el Rey.

—No le he visto, señor.

—Pues que vayan inmediatamente á buscarlo; entendedlo bien: inmediatamente.

Cuando volvió á quedar solo el Monarca dijo:

—Lope leerá esta carta, y como me conoce y se interesa mucho por mi salud, y tiene además mucha inteligencia, comprenderá si debo ó no enterarme de lo que dice Margarita.

No tuvieron que ir á la morada de D. Lope, porque en Palacio entraba cuando salían para buscarle, y, por consiguiente, al Monarca se presentó pocos minutos después de haber dado éste la orden.

—¡Á tiempo llegas, mi querido Lope!—dijo Felipe IV.

—Me felicito, señor—respondió el favorito; mientras se inclinaba para besar la diestra del Rey, según su antigua costumbre.

—Hoy son muy escasas mis fuerzas.

—Mala noticia me da Su Majestad al verme, la más desagradable de todas.

—Pues, á pesar de eso, principia el día muy bien para mí.

—No lo entiendo, señor.

—Acaban de entregarme una carta.

—Si trae nuevas agradables...

—De seguro.

—Entonces...

—Pero una buena noticia puede darse con palabras que conmuevan demasiado; y como me siento muy débil, no he querido leer la carta sin que antes me digas tú si debo hacerlo.

—¡Señor!...

—La persona que me escribe es Sor Margarita.

—¡Ah!...

—Anoche debió de quedar mi hija en el convento.

—Si así lo había dispuesto Vuestra Majestad...

—Y la orden cumpliría D. Juan, que de un momento á otro deberá venir.

—Es natural que así lo haga.

—Pero antes de verle quiero que tú leas esta carta.

—Obedeceré á Vuestra Majestad, aunque me parece...

—Luego harás cuantas observaciones te ocurran.

—Sin duda, Vuestra Majestad teme...

—Las emociones nada más.

—Esa madre desgraciada...

—Debe de hablar con el corazón y pintar su alegría y sus dolores; y si hace la pintura con cierto colorido, sufriré demasiado y se perjudicará mi salud.

—Pues Dios me dé acierto para aconsejar.

—Ahí tienes la carta: ábrela y lee, y luego me dirás tu opinión.

Tomó la carta D. Lope, rompió el sello y la desdobló.

CAPÍTULO XXIV

El efecto que produjo la carta.

El Monarca se recostó indolentemente; don Lope dió principio á la lectura, y un momento después se arrugó su entrecejo; luego palideció nerviosamente, y, por último, su mirada se

tornó sombría. Todo lo esperaba menos aquella carta. Siguió leyendo con ansiedad, y sin poder dominarse, mientras que dos centellas se escapaban de sus negros ojos, exclamó:

—¡Vive el Ciel!

Felipe IV levantó la cabeza y miró sorprendido á su antiguo paje, preguntándole:

—¿Qué te sucede?

Las manos de D. Lope temblaban: á su rostro afluíá toda su sangre; su aspecto revelaba la agitación violenta de su espíritu. Suponemos que no oyó la pregunta del Rey, pues no le respondió: cambió de postura el Monarca, y ni siquiera se molestó en observar á su antiguo paje. Cuando éste acabó de leer quedó inmóvil y con la mirada fija en el escrito: meditaba, preguntándose si Sor Margarita había perdido la razón, pues de otro modo no se comprendía que asegurase que su hija era la criatura más vulgar y más ruin, una criatura sin corazón, un ser miserable y abyecto. Y sin embargo, aunque la carta revelaba el arrebatado del dolor, no parecía que escrita estuviese por quien tuviera trastornado el juicio. ¿Cómo se explicaba todo esto? Á pesar de su gran inteligencia, no pudo comprenderlo D. Lope. Volvió á leer muy detenidamente, y estudiando cada una de las frases estampadas allí por el dolor de la madre desdichada.

—¡Mucho escribe la pobre Margarita!—dijo el Rey, volviendo á levantar la cabeza.

Entonces advirtió que estaba lívido y desfigurado el rostro de su favorito. También Felipe IV arrugó el entrecejo, porque empezó á temer que le fuera preciso tomar parte en algún incidente desagradable surgido á última hora.

—Mi querido Lope—dijo,— me pones en gran cuidado.

—¡Oh!—exclamó el señor de Santisteban con voz reconcentrada.—¡Esto es horrible, y me espanta doblemente porque es misterioso!

—Si alguna noticia desagradable me comunican...

—¡Señor—interrumpió D. Lope enérgicamente y sin miramiento alguno,—hay deberes cuyo cumplimiento no puede eludirse!

—¿Por qué dices eso? Supongo que no has querido recordarme que ciertos deberes he de cumplirlos á costa de todo.

--¡Y á costa de la vida!
 --Lope, tu semblante...
 --Debe de decir lo que sucede en mi alma. Señor, en el fondo de este asunto hay una intriga horrible que desconocemos. Ciega fe habéis tenido en la lealtad del señor de Haro, y temo que habéis de arrepentiros. ¿Qué han hecho con la hija de Vuestra Majestad?
 --¡Lope!...
 --Eso pregunta su infeliz madre, y yo también lo pregunto.
 --¿No has perdido la razón?
 --La hija de Vuestra Majestad es la más indigna de las criaturas, es...
 --¿Quieres explicarte?
 --Señor, es preciso, absolutamente preciso, que Vuestra Majestad lea esta carta.
 --Bastante será que me des á conocer substancialmente su contenido.
 --No es bastante.
 --Mi debilidad...
 --¡Á pesar de todo, Señor!
 --¡Hoy te desconozco!
 --Y yo desconozco también á Sor Margarita y á la hija de Vuestra Majestad; desconozco la situación, me desconozco á mí mismo. Algún abuso muy horrible se ha consumado, y yo tengo que echarme en cara mis miramientos mal entendidos; tengo que acusarme por no haber aplastado á D. Juan como á un reptil se le aplasta; tengo que acusarme por no haber levantado más enérgicamente la voz en favor de la justicia.
 Con asombro miraba el Rey á su antiguo paje.
 --¿Cómo había de entender lo que decía?
 --Mi querido Lope, pierdes la calma, lo cual es muy extraño en ti.
 --Es que la situación...
 --Si no me la das á conocer, no nos entenderemos. ¿Qué ha sucedido? ¿No está en el convento mi hija?
 --Al convento la llevaron anoche.
 --¿Opuso alguna resistencia?
 --Ninguna.
 --Entonces, ¿qué es lo que pasa?
 --¡No lo sé!
 --¿Pues cuál es el fundamento de tu iracundo arrebató? ¿Por qué hablas de consideraciones que desconozco? ¿En qué ha consis-

tido tu debilidad? ¿Por qué á D. Juan acusas tan terriblemente y hablas de él como de la más miserable de las criaturas?

--Señor, esta carta os lo explicará todo.
 --Pero yo no quiero leerla, porque si en mí produce el mismo trastorno que en ti...

--Mayor debe de ser.

--Pues, entonces, no podré soportar golpe tan terrible, pues son muy escasas mis fuerzas. Lope, dominate, recobra la calma, y con dulzura ¿dime lo que sea preciso, absolutamente preciso que yo conozca, evitándome así trastornos que puedan costarme la vida. No es posible que con indiferencia mires mi reposo.

--Señor, la calma he recobrado.

--Pues siéntate y explícate.

--Y esta carta leeré en alta voz.

--¡No, Lope, eso no!

--Es preciso: lo haré, porque así me lo manda mi conciencia, y la lectura escuchará Vuestra Majestad, porque yo se lo suplico en nombre de la justicia y en nombre de la criatura inocente y desgraciada que es testimonio de las antiguas debilidades de Vuestra Majestad.

--¿Y si me niego?

--Al fuego arrojaré este escrito, y en cenizas se convertirá—respondió gravemente don Lope.

--Eso sería muy acertado.

--Pero de aquí saldré y también de la corte para devorar mis amarguras silenciosamente y para trabajar en favor de la justicia hasta triunfar ó morir.

--¿Es decir, que me abandonarías?

--Así cumpliría mi deber.

--¡Lope, yo debo de estar soñando!

--Desgraciadamente, no sucede así.

--Lo que estás diciendo es incomprensible.

--Piense Vuestra Majestad que pronto ha de llegar el día en que ante la justicia inexorable del Omnipotente...

--¡Calla, calla!

--¡Señor!...

--Puesto que te empeñas, quedarás complacido. Puedes leer, y escucharé hasta el fin. ¡Que Dios me dé fuerzas!

Iba D. Lope á obedecer; pero le interrumpió la presencia de un gentilhomme.

—¿Por qué entráis?—le dijo ásperamente el Monarca.

—Señor, en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad....

—¿Qué órdenes son éstas?

—La de dar aviso cuando se presentase don Juan de Haro.

—Que espere; y tened entendido que nadie, absolutamente nadie, ha de interrumpirme cuando aquí esté D. Lope de Santisteban.

—Salió el gentilhombre.

—Ahora lee.

Con la entonación que convenia empezó á leer el antiguo paje.

Pocas frases pronunció, porque el Monarca, brincando en su asiento, exclamó con tono de profunda sorpresa:

—¡Por Dios vivo!

—Esto no es nada en comparación con lo demás—dijo el señor de Santisteban.

—¡Sor Margarita se ha vuelto loca!

—Esta carta no está escrita por un loco.

—¡Mi hija que es un ángel!

—Si, con un gran corazón, tesoro innagotable de ternura, con un espíritu elevado, con una gran inteligencia...

—Y con el sentimiento de la dignidad de quien sangre real tiene en sus venas.

—Vuelvo á leer.

Y así lo hizo D. Lope.

Á los pocos minutos le interrumpió otra vez Felipe IV.

—¿Eso dice?

—Y algo más.

—¡Me acusa!...

—Y funda la acusación.

—¡Está loca, no lo dudes!

—Otra debe de ser la causa.

—¿Cuál?

—Aún no la adivino, señor; pero si tengo la seguridad de que todo es consecuencia muy natural de alguna intriga del señor de Haro.

—Siempre le juzgas con pasión. ¿Qué puede haber hecho D. Juan para que Sor Margarita asegure que nuestra hija es la criatura más desdichada y para que me acuse por mi descuido? También, y ante todo, acusa á don Juan, y para esto no ha podido intrigar él.

—Seguiré leyendo, por si algún rayo de luz encuentra Vuestra Majestad.

—Si tú no ves la luz, ¿cómo he de verla yo?

—¡Quién sabe!

—Prosigue.

El señor de Santisteban volvió á leer, sin hacer caso de las interrupciones del Monarca, y, aunque con gran disgusto, le fué preciso á éste escuchar hasta el fin. También se convenció de que loca no estaba Sor Margarita; pero no comprendía cómo era posible que juzgara á su hija tan desfavorablemente. Ofendido se consideró Felipe IV. En su opinión la infeliz madre había cometido una gravísima falta al hablarle como lo hacía. No hay que decir que distinta era la opinión de D. Lope, pues partía del principio de que una madre tiene derechos que no pueden reconocerse á ninguna mujer. Habló mucho el Monarca, y muy poco el señor de Santisteban. Dejóse el primero arrebatar, y el segundo recobró la calma que le hacía tan superior. Convinieron, porque preciso era convenir en ello, en que alguna intriga había y que era misteriosa. Pudo entonces el señor de Santisteban hablar de las visitas que hacía el señor de Haro á la casa ruinosa de la calle de Convalecientes; pero no lo hizo, porque conocía muy bien al Monarca, y temió que éste, fiando demasiado en su autoridad y en su poder, cometiese alguna indiscreción que á todos les costase muy cara.

—Me parece que perdemos el tiempo—dijo.

—¿Y qué he de hacer?

—Por de pronto, disimular.

—Puesto que aquí tenemos á D. Juan de Haro...

—¡Ni una palabra, señor!

—Leerá esta carta, y conoceremos su opinión.

—¿Esta carta vais á entregar á D. Juan de Haro?...

—¿Y por qué no? Si le acuso, he de darle á conocer el fundamento de la acusación.

—No es prudente que Vuestra Majestad le acuse sin las pruebas de que Sor Margarita tiene razón.

—Y como no la tiene, según tú mismo aseguras...

—Por eso conviene ante todo que D. Juan viva descuidado, porque así nos será más fácil penetrar el misterio de esta intriga.

—Y entonces ¿qué he de hacer?

—Escuchar á D. Juan como si esta carta no se hubiese escrito.

Felipe IV inclinó la cabeza y quedó silencioso.

Transcurrieron algunos minutos.

—¡Negro destino!—murmuró con amargura.

—¡Determinado está que no he de tener un instante de reposo! ¡Cuando creí desentenderme de este asunto y vivir tranquilo, se presenta una nueva complicación!

—Á mí no me sorprende.

—Por fortuna, el resultado será el mismo, pues, mala ó buena, mi hija ha de quedar en el convento y será monja. En cuanto á D. Juan de Haro, tengo la seguridad de que la supuesta intriga ha de desvanecerse como un fantasma.

—Pero me parece que prudente sería poner en claro las causas de los juicios de Sor Margarita.

—¿Y cómo?

—Pide contestación á esta carta.

—No contestaré.

—Yo podría ir en nombre de Vuestra Majestad al convento.

—Eso sería entablar relaciones que algún peligro ofrecen, y, sobre todo, yo tendría que ocuparme demasiado en este asunto, y mi salud no me lo permite.

Vivamente contrariado se sintió D. Lope; pero no podía insistir, porque hubiese infundido sospechas. El Rey dijo después de algunos momentos:

—Mi querido Lope, me parece que á este asunto le hemos dado más proporciones de las que debe tener.

—Soy de distinta opinión, pues ereo que tiene mucha más importancia de la que le damos.

—¡No, no!

—Si eso cree Vuestra Majestad...

—Pienso que el dolor transtorna la cabeza mejor organizada.

—Sí, en los momentos de arrebato.

—Y la deja resentida para siempre.

—Eso es lo mismo que decir que no fia Vuestra Majestad en el sano juicio de Sor Margarita.

—Ahora no nos oye la infeliz, y puedo decirlo con franqueza: esa infeliz, por efecto de

lo que ha sufrido, lo mira todo bajo un prisma excepcional.

—Lo dudo.

—Ha de convencerte el tiempo. Y suponiendo que no te equivocas y que mi hija es lo que ella dice, repito que el resultado no variará.

—Entonces...

—Mi querido Lope, necesito paz, una tranquilidad absoluta, pues sólo así puede prolongarse mi existencia.

—No insisto, señor.

—Recibiré á D. Juan.

—Saldré, y le diré...

—Quédate. ¿Por qué no he de hablarle en tu presencia? Así sabrás lo que le digo.

—Me quedaré.

—Verás cómo soy prudente.

—Convieni mucho, señor.

—¡Llama!

Obedeció D. Lope.

—Que entre D. Juan de Haro—dijo al gentil-hombre que se presentó.

Á los pocos momentos entraba en la cámara el criminal. Su semblante revelaba la tranquilidad más completa. D. Lope fijó en él una mirada escudriñadora. Haciendo reverencias dió algunos pasos el viejo ruin, y se detuvo en actitud respetuosa esperando á que el Rey le dirigiera la palabra. ¿Qué debía suceder? Todo dependía de la discreción de Felipe IV.

CAPÍTULO IV

De cómo el Sr. Diego de Paredes adivinó el misterio.

Hemos dicho ya que el Rey no había recobrado la calma por completo, y la alteración de su semblante no pudo pasar inadvertida para el astuto D. Juan, que dijo para sí:

—Algo de importancia sucede. Estaré sobre aviso, y seré muy parco en palabras.

—¡Bien venido, caballero!—dijo el Monarca.

—Señor, tengo la honra de participaros que se cumplieron con toda exactitud las órdenes de Vuestra Majestad.

—Ya lo sé, porque me na escrito Sor Margarita.

—Entonces, Vuestra Majestad debe de saber mucho más que yo, puesto que la reverenda

Superiora no tuvo por conveniente hablarme apenas.

—¡Cosa extraña!

—Extraño me pareció á mí también.

—Referidme detalladamente la escena.

—Entramos en el convento y fuimos á la celda de la Superiora. La saludé con las palabras y el respeto que merece por su carácter religioso, le presenté á doña Margarita, y le entregué la carta de Vuestra Majestad.

—¿Y qué hizo?

—Estaba muy agitada, si bien se esforzaba mucho para dominarse.

—Era natural.

—Se puso en pie y abrazó á su hija, mientras el llanto se escapó de sus ojos.

—Y mi hija también se conmovió demasiado.

—No; puesto que ignoraba que era su madre la que tan cariñosamente la recibía. Contra su voluntad ha ido doña Margarita al convento, y, por consiguiente, todo ha debido de parecerle allí muy desagradable, horrible; hasta las caricias de la Superiora.

—Discurrís con acierto, D. Juan.

—Impulsada y trastornada por la pasión que constituye su desdicha, ha de mirar como á sus mayores enemigos á cuantas personas la rodean, y con todas ha de mostrarse áspera, y también altiva, pues no es posible que olvide que es hija del rey de dos mundos.

Felipe IV se dirigió al señor de Santisteban, y le dijo:

—¿Qué opinas de lo que dice D. Juan?

—Nada, señor—respondió el antiguo paje.

—¿Crees que debe suceder lo que teme?

—No soy adivino.

—Me parece que D. Juan no se equivoca.

—Y es posible—añadió el señor de Haro—que por de pronto doña Margarita se haga poco menos que odiosa en el convento. Yo la conozco bien; y aunque son los más nobles sus sentimientos, cuando de su amor se trata se rebela con una energía, y tales cosas hace, que no se conciben. Preciso es recordar lo que sucedió aquella noche que recibió el papel enviado por un protector misterioso.

—Proseguid el relato.

—Volvió á sentarse la Superiora, y consi-

guió dar á su aspecto la gravedad que convenía.

—¿Y mi hija?

—Silenciosa quedó y esperando órdenes, pues otra cosa no le era posible hacer y así lo exigía su propia dignidad; pero tal vez se sintió herido el corazón de la madre.

—Es posible.

—Leyó la carta y me dijo: «Está bien.» Quise hablar, y me interrumpió, me despidió, y tuve que salir sin entrar en más explicaciones, lo cual sentí mucho, porque convenía que le hubiese dado antecedentes sobre el carácter de su hija.

—¿Y luego?

—Nada más, señor.

—Me parece que de su hija no está contenta su pobre madre.

—Habrá encontrado reserva, frialdad, aspereza, altivez...

—Algo de eso.

—No podría suceder otra cosa, pues doña Margarita está contrariada, no acepta su nueva situación, no se resigna, y está dispuesta á luchar contra todos y por todos los medios. Señor, preciso es tener en cuenta lo que trastornan las pasiones, cómo á los más tímidos dan valor y enloquecen á los más juiciosos, y cambian de tal manera, que llega á desconocerse á la persona que bajo una pasión está.

—No os equivocáis.

—La juventud se arrebató muy fácilmente.

—Sí.

—Porque en la juventud hay tanto vigor, tanto...

—¡Y cómo desaparece!—dijo tristemente el Monarca.

—Puesto que la reverenda Superiora ha escrito á Vuestra Majestad...

—Y ha juzgado á su hija.

—Debe de haberla juzgado como la ve.

—Sí.

—Cuando pase algún tiempo cambiará de opinión, porque es imposible que la excitación de doña Margarita se sostenga siempre. Después del arrebato viene la calma, y serán distintas las manifestaciones de su dolor.

—¡Muy bien, muy bien!

—Me felicito y me considero dichoso si al-

gún acierto he tenido para servir á Vuestra Majestad.

—Estoy completamente satisfecho.

—Tanta honra...

—La merecéis. Ahora descansad, recobrad la calma, que bien la necesitáis después de tantos días de agitación.

—Y en cuanto me sea posible olvidaré este asunto.

—¡Que Dios os guarde, D. Juan!

—Y á Vuestra Majestad le conceda felicidad y larga vida.

Salió el caballero; sonreía, pero estaba muy preocupado.

—Ya tienes la explicación de todo—le dijo el Rey á su antiguo paje.

—No me satisface esa explicación.

—Pues á mí sí; y mi torpeza confieso, pues debí pensar en el trastorno de mi pobre hija y en que con odio miraba á su madre, como el preso mira al guardián que cierra la puerta de su calabozo.

—Eso sería una explicación si Sor Margarita no fuese madre, si no tuviera el don de penetrar en lo más recóndito del alma de su hija.

—Entonces, queda probado que todos os habéis equivocado al juzgar á la pobre niña, pues ninguno de vosotros ha podido penetrar en su alma.

—Tampoco ha sucedido eso.

—Si ante la razón no te convences, será preciso dejarte con tu opinión.

—Vuestra Majestad olvida que la infeliz madre habla de la falta de pudor de su hija, y el pudor nada tiene que ver con los demás sentimientos.

—No negarás que forzosamente te equivocas tú ó Sor Margarita, puesto que mi hija ha de ser buena ó mala, y no las dos cosas á la vez.

—Así parece.

—Si es buena, profesará, porque otro camino no tiene; y si es mala, permanecerá también en el convento y allí acabará su existencia. El resultado será siempre el mismo; y como no he de cambiar de resolución, resulta que es inútil que me mortifique ni me tome la molestia para poner en claro la verdad. La explicación que D. Juan me ha dado es la que

más me conviene: la acepto, y sigo creyendo que mi hija es buena; pero que está contrariada y se complace en mortificar á las personas que la rodean y que pueden ser un estorbo para que realice sus deseos. Doy por terminado este asunto, no me ocupo más en semejante cosa, no cometeré la torpeza de hacer suposiciones desagradables, y viviré en paz.

Estas palabras eran una prohibición terminante de nombrar siquiera á la joven: el señor de Santisteban guardó silencio. Felipe IV tomó la carta y la arrojó al fuego; la frente de don Lope contrájose más. El Rey habló de otros asuntos, como resuelto á olvidar las severas palabras de Sor Margarita. Entretanto D. Juan volvió á su morada, poco tranquilo, porque temía que una circunstancia cualquiera pusiera en descubierto la farsa: lo que le había dicho el Rey era bastante para que comprendiese que Sor Margarita sospechaba, y de la sospecha á la certidumbre había en aquella ocasión poquísima distancia. Conferenció con su astuto escudero, que le dijo:

—Señor, es menester concluir cuanto antes, pues de otra manera, podríamos vernos muy comprometidos.

—¿Y qué podemos hacer más de lo que hacemos?

—¡Basta de miramientos y de consideraciones!

—Ya sabes que tres días he concedido á doña Margarita para reflexionar.

—Eso es un tiempo precioso que perdemos neciamente, porque dentro de tres días constatará ella lo mismo que hoy.

Sin embargo, es preciso dejarla que se desaturda un poco, que medite y que se convenza de que su salvación es absolutamente imposible.

—De eso no se convencerá jamás.

—Cuando vea que pasan los días sin recibir ningún socorro...

—Me parece que no conocéis bien á doña Margarita.

—Ya no puedo retroceder.

—Deberiais decir que no queréis.

—Entretanto adoptaré precauciones por si Mari-Juana comete una torpeza.

—No la cometerá; pero el instinto de una madre adivina mucho. Desde el primer mo-

mento empieza á dudar, y una circunstancia cualquiera puede ser nuestra perdición.

—He prometido esperar, y cumpliré mi promesa.

Entretanto D. Lope meditaba: aquel mismo día conferenció con el hidalgo y con Gil, quienes se sorprendieron de que Sor Margarita hubiese juzgado con tanta dureza á su desgraciada hija, y no acabaron de adivinar lo que sucedía. Gil opinó que nunca como entonces interesaba penetrar el misterio de las visitas que hacía D. Juan al ruinoso edificio; para conseguirlo trazaron mil planes, todos de ejecución tan difícil, que rayaban en lo imposible.

Al siguiente día levantóse más tarde que de costumbre el Sr. Domingo, y ya eran las nueve cuando pensó en almorzar: llamó á maese Crispín, y como no acudiese con prontitud, asomóse á la puerta para gritar otra vez; pero no lo hizo, porque oyó ruido de voces en la escalera, y los pasos de muchas personas que subían. Como el hidalgo no tenía ya para qué ocultar que en Madrid se encontraba y en su antiguo aposento, permaneció en el umbral, mirando maquinalmente al pasillo. Pronto vió tres hombres, y reconoció al hostelero seguido del Sr. Diego de Paredes y su padre, que acababan de llegar.

—¡Amigos míos!—exclamó el enamorado mancebo.

—¡Tripas de Lucifer! ¡Aquí nos tenéis con perfecta salud, y dispuestos á batallar á todas horas y como buenos hidalgos!—Y dicho esto se abrazaron, entrando en la habitación del Sr. Domingo.

Pidieron el almuerzo para todos, fueron servidos inmediatamente, y después de brindar con alegría, dieron principio las explicaciones.

En Nápoles fuí torpe hasta el último grado de la torpeza, y no pude servir más que para ayudaros, pues ni una sola idea de provecho brotó en mi magín.

—Ahora lo compensaréis; pero os advierto que hasta D. Lope de Santisteban se declara vencido.

—¡Por el Infierno!...

—Gil también se considera casi impotente.

—¡Eso es demasiado grave!

—Yo estoy trastornado, loco, y todos di-

vagamos y no sabemos adónde acudir ni qué hacer para salvar los obstáculos que por un lado se levantan y para penetrar los misterios que se nos presentan.

—¡Permitidme beber, porque me aturdís!

—Ante todo—repuso el Sr. Domingo,—os diré que la mujer á quien amo... me corresponde.

—Pues, er.tonces, todo lo demás será fácil.

—Pero esa mujer... es hija del Rey.

—¡Ah!—exclamó el anciano con acento de terror.

—¡Cien mil legiones de condenados! gritó el Sr. Diego.—¡Hija del Rey!—Y volvió á beber, como si el vino fuese el remedio único para devolverle la calma y dar luz á su inteligencia.

—Explicaos—dijo luego,—que os escuchamos con la atención que el asunto requiere.

El Sr. Domingo refirió por su orden y con toda minuciosidad cuanto había sucedido desde que llegó á Madrid, terminando con lo de la carta de Sor Margarita y la última determinación del Monarca; en el semblante del Sr. Diego habian ido pintándose sus impresiones: se contrajo su rostro, tornóse sombría su mirada, dejó de comer y quedó inmóvil.

—¿Qué opináis—le preguntó el Sr. Domingo—Si pudieseis adivinar lo que significa la conducta misteriosa de D. Juan de Haro, me haríais el mayor de los beneficios,

—Si no lo adivinan D. Lope ni su criado...

—No; ni yo.

—¡Bebamos, Sr. Domingo!

—Os complaceré; pero...

—Cuando el entendimiento se ofusca, no hay nada peor que cavilar mucho. Lo que menos se entiende es lo más sencillo, y muchas veces se ven oscuras las cosas en fuerza de estar claras.

—¿Acaso vos veis claro en este asunto?

—Sí. Todo me parece tan sencillo, que lo único que no comprendo es que no hayáis adivinado.

—Eso significa...

—Que D. Juan de Haro puede ser muy astuto.

—No lo dudéis.

—Que su escudero puede valer mucho para estas intrigas.

—Sí.

—Pero en esta ocasión han cometido una torpeza; y están perdidos.

—Sr. Diego, si quisierais explicaros... La impaciencia me...

—El abuso que ha cometido D. Juan de Haro apenas se concibe, y le costaría quizás la cabeza si el Rey le conociese.

El Sr. Domingo fijó una mirada de asombro en su compañero de aventuras; éste desplegó una sonrisa y dijo:

—Doy á Dios gracias porque la calma he recobrado; y vos podéis recobrarla también, pues os aseguro que muy pronto, esta misma noche, veréis á Margarita y el misterio quedará en claro.

—Quizás os engañe el deseo.

—No.

—¡Acabad!

—Antes he de brindar por vuestra dicha.

El vaso llenó el Sr. Diego y bebió; luego dijo:

—La hija del Rey tiene un alma muy noble. ¿Cómo, pues, ha podido suceder que se equivoque su madre y la califique de desalmada?

—Eso es lo que no entendemos.

—Una madre no se equivoca.

—Por esta vez, se ha equivocado.

—Os digo que no, puesto que no es á su hija la que ha juzgado, sino á una desdichada cualquiera que han llevado al convento en lugar de la hija del Rey.

El Sr. Domingo se puso en pie, mientras exhalaba un grito incalificable; corrientes de fuego se escapaban de sus negros ojos; se inmuto y palideció. En aquellos momentos no hubiera sido posible mirarle con tranquilidad: temblaban á impulsos de la ira sus manos; no necesitaba más, porque un rayo de luz acababa de penetrar en su inteligencia.

—Así se explica que la noche anterior saliera D. Juan de su casa con una mujer y aparentase que en el convento entraba; pero no al convento, sino á la casa de la calle de Convalecientes llevó á su víctima, y allí la tiene encerrada. Si la infeliz resiste algunos días, la fuerza brutal ó un narcótico darán el triunfo á vuestro rival.

—¡Venganza!—gritó fuera de sí el enamorado mancebo.—¡Yo salvaré á Margarita!

—¡Sí, la salvaremos!

—¡Ante nada me detendré!

—D. Lope de Santisteban os recomendará la calma, y os convencerá de que ahora como nunca es preciso el disimulo.

—Iré á la casa de la calle de Convalecientes, entraré á viva fuerza!...

—Antes de que eso hicierais os llevarían á la cárcel, la hija del Rey desaparecería, don Juan se pondría en salvo, y ya no tendría ningún miramiento.

—¿Y queréis que espere para dar lugar á que se consume el abuso?

—No. Lo que quiero es que las cosas se hagan como deben hacerse y que no deis un solo paso sin estar de acuerdo con D. Lope, pues si no os domináis, no se salvará doña Margarita.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

—¡Un esfuerzo, Sr. Domingo, un esfuerzo más, y el triunfo será nuestro!

Una mirada de desesperación elevó Cabral al cielo. Siempre había tenido fuerza de voluntad para dominarse, y entonces no podía.

—Aunque no es probable, es posible que yo me equivoque, y no nos conviene dar un golpe en falso, porque quedaríamos en muy mala situación—añadió Paredes.

—¡No os equivocáis!

—Ahora es á vos á quien os engaña el deseo.

—Cuanto ha sucedido justifica vuestras suposiciones.

—Sí; pero como las apariencias son engañosas...

—Pero no permaneceré en la inacción.

—Por de pronto, iréis á ver al señor de Santisteban.

—¡Ahora mismo!

—Y entretanto nosotros descansaremos, pues hemos caminado desde el amanecer. Decidle que aquí estamos á su disposición, y que mi buen padre desea expresarle su gratitud.

El Sr. Domingo tomó su capa y su sombrero, despidióse de sus amigos, salió de la hostería y corrió hasta llegar á la calle de Don Pedro, entrando en la morada de D. Lope y en la cámara de éste.

—¿Qué sucede?—preguntó el caballero, fijando una mirada escudriñadora en Cabral.

—¡Venganza!... ¡Castigo!... ¡Justicia!...

—¿Os habéis vuelto loco?

—¡El misterio está puesto en claro!

—¡Sr. Domingo!...

—¡Se ha consumado el más criminal abuso, y se intenta cometer otro más horrendo!

—No lo dudo; pero si no os explicáis...

—El Sr. Diego de Paredes y su padre han llegado.

—¿Con salud?

—Sí.

—Me algo; pero su presencia nada tiene que ver con el grave asunto que nos ocupa; y como entráis pidiendo justicia y venganza, y...

—Es que mi amigo Paredes ha visto claro, ha conseguido adivinar.

—No me sorprenderá que sospeche lo mismo que yo.

—¿Y qué habéis sospechado?

—Lo que en claro debí poner ayer mismo, si el Rey tomara mi consejo y me autorizase, como le pedí, para ir al convento de San Plácido y en su nombre visitar á la Superiora y hablar con su hija.

—¿Y por qué habéis guardado reserva tan absoluta sobre esa sospecha horrible?

—Porque he tenido miedo á vuestros arrebatos.

—¿Es decir, que vos habíais adivinado?

—Lo que le ha ocurrido al Sr. Domingo de Paredes le ocurre á cualquiera, menos á vos, Sr. Domingo, porque estáis ofuscado.

El Sr. Domingo se pasó las manos por la frente.

—¡Es verdad — murmuró; — trastornado estoy, casi loco!

—Si no habéis de dominaros, os abandonaré.

—¡Oh!...

—Olvidáis que á todas horas os amenaza un peligro muy grande, pues conocéis un secreto de Estado: tened entendido que eso no lo olvida el Rey.

—¡D. Lope!...

—No provoquéis circunstancias cuyo resultado sería el peor para todos. Ahora como nunca necesitamos ser prudentes y disimular; pero si una locura cometéis y el escándalo se produce...

—¡Me dominaré!

—En toda la noche quedará resueíta la situación, y de dudas saldremos.

—¿Cómo?

—Penetrando en la casa de la calle de Convalecientes.

—Es lo que yo deseo.

—Pero no podemos romper la puerta poniendo en conmoción á la vecindad.

—Se hará lo que dispongáis.

—Así os conviene.

—Y me concretaré á prestaros ayuda y cumplir vuestras órdenes.

—Creo que Paredes opinará como yo.

—Sí.

—Lo cual os prueba que la razón está de nuestra parte.

—Esperaré.

—No podéis hacer otra cosa.

—Permitidme que exprese mi admiración.

—Habíais creído que yo también estaba ofuscado y que la verdad no adiviné.

—Confieso que así lo he pensado.

—Pues os equivocasteis. Gil cumple mis instrucciones desde ayer.

Grandes esfuerzos hizo Cabral para dominarse, y siglos le parecían los minutos de aquel día. Llegó la noche: á las ocho fué don Lope á la hostería, y poco antes de las nueve D. Lope, Cabral y el Sr. Diego se encaminaron á la calle de Convalecientes. Gil los esperaba en la casita que ya conocemos: aquellos cuatro hombres iban á dar una prueba más no de su ingenio, sino de audacia.

¿Cómo pensaban llevar á cabo su empresa?

CAPÍTULO V

Lo que puede hacer una niña inocente.

La criatura responde siempre á su organización, á su manera de ser; pero sus cualidades distintivas se manifiestan, se desenvuelven según las circunstancias. Cuando esto no se tiene en cuenta, nos sorprende y nos parece inverosímil lo que hace tal ó cual persona. Margarita era inocente, tenía todo el candor propio de su edad y de su vida de aislamiento, y toda la timidez que era consi-

guiente á sus circunstancias; pero estaba dotada de gran energía espiritual y había nacido para la lucha, lo mismo que su madre. Así se explica su serenidad en los momentos horribles de su encierro, y así se explica también su resistencia para aceptar aquella situación, considerarse vencida y resignarse. ¿Por qué no había de resistir?

Ciega fe tenía en la misericordia del Omnipotente; pero comprendió al fin que algo debía hacer por su parte, es decir, que debía poner en práctica el gran principio de «ayúdate, y te ayudaré». ¿Qué podía hacer? ¿Con qué medios contaba? Sin embargo, no quiso considerarse vencida y caviló. Toda aquella noche la pasó casi sin dormir: á la mañana siguiente se entregó al reposo; luego tomó algún alimento del que le llevó la vieja y volvió á cavilar. Por primera vez en su vida tenía que poner en tortura su imaginación, haciendo lo mismo que el hombre á quien amaba y D. Lope y Gil, y lo mismo también que D. Juan y el escudero. La lucha era de ingenio, y, por consiguiente, el ingenio tenía que hacerlo todo. Á eso de las cuatro de la tarde brillaron sus negros y magníficos ojos.

—¡Ah!—exclamó.—¡Dios ilumina mi inteligencia!

Era lo más probable que se entregase á ilusiones, hijas de su inocencia; y decimos esto, porque le pareció que salir de su encierro era una cosa muy sencilla. Llamó, y se presntó la vieja preguntándole:

—¿Qué queréis?

—Comer.

—Hace más de dos horas que la comida tenéis preparada; pero cumpliendo las órdenes de D. Juan, no he querido molestaros.

—Está bien.

La vieja salió, y á los pocos minutos presentó algunas virndas á la prisionera.

No sabemos si ésta tenía algún apetito; pero sí que comió regularmente.

—Os animáis y me alegro mucho—le dijo la vieja.

—No he de dejarme morir—respondió Margarita.

—Al fin os convenceréis de que en este mundo las cosas son distintas de como habéis creído.

—¡Ya lo veo!

—Ante todo debéis mirar por vuestra conveniencia, sin deteneros ante ningún escúpulo, porque de otra manera seríais una mártir.

—Cambiaré de sistema, porque me he convencido de que la dicha es imposible con lo que el mundo llama virtud.

—Sí ahora os oyese el Sr. D. Juan...

—Se alegraría mucho; ya lo sé.

—Supongo que vendrá esta noche.

—No lo sé, porque me concedió tres días para reflexionar, y tal vez se haya propuesto dejarme en libertad completa hasta que el plazo cumpla.

—Todo es posible.

—Ahora dormiré un poco, porque en vela he pasado la noche anterior, y me levantaré antes de la hora en que acostumbra venir D. Juan.

—Así acabará de despejarse vuestra cabeza con el descanso.

—¡Falta me hace!

Por vez primera se dignaba Margarita hablar con aquella repugnante mnjer. Semejante cambio de conducta era muy extraño; pero la vieja creyó firmemente que la desdichada joven habría empezado á convencerse de que la lucha no era posible y que le convenía someterse para evitarse sufrimientos. Volvió Margarita á quedar sola; cerró la noche; le llevaron luz, y tembló, palideció y miró á todos lados.

—¡Tengo miedo!—murmuró.

Se oprimió el pecho; su respiración era trabajosa; ardía su frente; empezaba á comprender la gran distancia que hay del dicho al hecho. Todo le había parecido muy fácil; pero llegado el crítico momento, le pareció muy difícil, porque veía que se le presentaban obstáculos invencibles.

Empero no pensó retroceder. Si no conseguía llevar á cabo su plan, nada perdería, puesto que había de quedar en poder de don Juan de Haro, y su situación no cambiaría. Sobre una silla encontrábase el negro y ancho manto que llevaba cuando salió para ir al convento; le cogió y le ocultó bajo su falda; luego se sentó, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil, aguardando. Á las ocho se puso en pie y exclamó.

—¡Que Dios me proteja!

Sus miembros temblaban; brotaban rayos de sus negros ojos; su agitación era cada momento más violenta, y la fiebre la devoraba en aquellos momentos terribles, produciéndole vértigos espantosos. Se acercó al lecho, cuyas ropas desarregló; fué hasta la puerta, que estaba cerrada y echada la llave por el otro lado, pues la vieja no dejaba nunca de adoptar esta precaución. Llamó.

—¿No ha venido D. Juan?

—Aún no es hora, pues hace pocos minutos que dieron las ocho.

—¡Lo siento!

—Pero me parece que vendrá más tarde.

—¡Quiero que de una vez concluya esta situación!

—¿Habéis dormido?

—Sí.

—¿Tenéis mejor la cabeza?

—Completamente bien.

—Me alegro mucho.

—Si bien os parece, arreglad mi lecho, y luego os hablaré de mi situación y de lo que he pensado, porque vos tenéis experiencia y podréis darme un consejo acertado.

—Me honráis mucho, mi noble señora—dijo la vieja desplegando una sonrisa horrible.

—Nada tenéis que agradecerme, puesto que busco mi conveniencia.

—Pues voy á dejar arreglado vuestro lecho, y en seguida os escucharé con el respeto y atención que merecéis.

Atravesó la vieja el anchuroso aposento, y empezó á cumplir la orden que se le había dado. Margarita iba de un lado para otro: parecía muy preocupada, lo cual no debía llamar la atención, puesto que había adoptado una resolución muy grave, según ella misma decía. Pasaron algunos minutos, y la vieja continuaba arreglando el lecho. Cuando más ocupada encontrábase en esta operación, la joven, en sus idas y venidas, llegó á la puerta, que entreabierta había quedado; salió, cerró y echó la llave. En esto consistía su plan. Volvióse la vieja y exhaló un grito de ira y de terror: corrió hasta la puerta, intentando en vano abrirla; la golpeó y gritó furiosamente, blasfemando horriblemente, y entretanto Margarita, temblando, pálida como un cadáver é

impulsada por la fuerza de la fiebre, se detuvo en la habitación inmediata. Miró en torno: le parecía oír ruidos; temía que D. Juan apareciese como un fantasma. Oprimióse el pecho para contener los violentos latidos de su corazón, y elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

—¡Protegedme, Dios misericordioso!—exclamó.

Sacó el manto, cobijóse, tomó la luz que la vieja tenía en su aposento. Había en él dos puertas. ¿Por cuál de ellas debía salir? Tenía que entregarse al azar.

Aún se encontraba en el interior de la casa misteriosa, y, por consiguiente, á merced de su verdugo. Llegó á un pasillo y se detuvo algunos momentos.

—¡Por aquí entramos!—dijo con voz agitada.

No se equivocaba; avanzó resueltamente. ¿Quién hubiera sido capaz de detenerla? Dios la protegía. Llegó al anchuroso portal, dió algunos pasos, describió el cerrojo, y dió vuelta á la llave, que estaba puesta en la cerradura de la puerta, encontrándose en la calle. Vivamente la impresionó el aire libre y frío: levantó la cabeza; contempló el cielo transparente y puro y cuajado de refulgentes estrellas. ¡Estaba libre! Lo que sintió, no puede explicarse.

¿Adónde iría? Si su razón no hubiese estado trastornada, muy fácilmente hubiera resuelto las dificultades que se le presentaban, sin más que encaminarse á la morada de don Lope de Santisteban; pero su cerebro era un caos donde sus ideas brotaban en confusión. No conocía las calles de Madrid. ¿Dónde se encontraba? Ni siquiera esto sabía. Miró á la derecha, vió que el terreno se levantaba y que se perdía en un horizonte negro; por la izquierda, en cambio, había casas, una calle... ¿Adónde iba á parar? Lo ignoraba la infeliz; pero era evidente que por aquel lado se iba al centro de la población. ¿Á quién pediría socorro? No transitaba por allí alma viviente. Sin darse cuenta de por qué, pensó en el convento de San Plácido. ¿No debía buscar allí refugio? En ninguna otra parte estaría mejor guardado su honor; pero ¿cómo llegar hasta el convento? Desfallecía, y la fiebre aumentaba; avanzó por fin resueltamente, y á poco se en-

contró con un hombre que por su ropaje parecía pertenecer á la última clase de la sociedad. Podía ser un ladrón ó un asesino; pero no pensó en esto Margarita, y se le acercó, le detuvo y le dijo:

—¡Perdonadme!

—¿Qué queréis?—preguntó el desconocido mirando con extrañeza á la joven.

—Estoy perdida. No conozco las calles...

—¿Quién sois?

—Una infeliz perseguida por la más negra fatalidad.

Conmovido debió de sentirse aquel hombre al oír el acento desgarrador de la desgraciada Margarita.

—Sois joven—dijo.

—Sí.

—Hermosa también, y, sin embargo, os atrevéis á andar por las calles á estas horas. ¿Adónde váis? ¿De dónde venís?

—Me persiguen...

—Pero...

—Quiero refugiarme en el convento de San Plácido.

—¿En el convento de San Plácido? Cerca le tenéis.

—¡Ah!...

—¿Hay allí persona que os proteja?

—Sí; y si al convento me lleváis, me habréis hecho el mayor de los beneficios. Debéis de ser honrado, y si tenéis hijos...

—Cuatro.

—¡Pues en nombre de esas criaturas á quienes tanto amáis, socorredme!

—¡Vive el Cielo! ¿Quién entiende esto?

—¡Os lo suplico!

—Pero si vivís en la corte...

—Ahora no puedo daros explicaciones de mi situación. ¡Me siento desfallecer, me siento morir!

—Cumpliré mi deber, y si me engaáis, á Dios daréis cuenta de haber abusado de mi buena fe.

—¡Dios os premiará!

No hablaron más: siguieron por la calle del Pez, y llegaron al convento. Grandes esfuerzos hacía Margarita para sostenerse, y el desconocido la miraba, no solamente con curiosidad, sino con vivo interés. Veía que era una persona de clase distinguida, pues así lo pro-

baban su ropaje y sus maneras. Indudablemente, aquel hombre era muy honrado. Pero ya lo hemos dicho: Dios tuvo á bien protegerla.

—Ahora—dijo el desconocido—veremos cómo entráis.

—¡Llamad.

—Si aquí os conocen...

—Aunque no me conozcan, me darán refugio.

—¡Quiera Dios que no os equivoquéis!

El hombre llamó: no contestaron, y repitió con más fuerza.

—¿Quién es?—preguntaron desde el interior del convento.

—Abrid—respondió la joven,—y decid á la Superiora que hay aquí una desgraciada que busca su amparo.

—¡Volved mañana!

—¡Abrid en nombre de Dios!

—¡No puede ser!

—Vengo de parte de D. Juan de Haro.

—¡D. Juan!...

—¡Avisad á la Superiora!

La persona que preguntaba debió de alejarse: largo rato pasó, y por fin volvieron á preguntar.

—¿Aún estáis ahí?

—¡Abrid pronto!

Se entreabrió la puerta, y pudo verse el rostro del demandadero, que muy sorprendido miró á la infeliz Margarita; ésta se volvió al desconocido, diciéndole:

—Deseo saber vuestro nombre, porque quiero cumplir mi deber y recompensar vuestra noble acción.

—No necesito recompensa; pero os diré que me llamo Mateo Vallecillo, que soy albañil y que habito en la calle de Convalecientes, cerca del Noviciado. Puesto que aquí os quedáis y bien guardada estáis, os deseo felicidad. Y dicho esto, el honrado albañil dió media vuelta y se fué.

El demandadero, viendo que nadie más que una mujer quería entrar, tranquilizóse y dejó el paso libre. La joven penetró en el convento. Sin darse cuenta de lo que hacía, siguió al demandadero, y á los pocos minutos se encontró frente á la Superiora: el nombre de don Juan de Haro había abierto las puertas del

sagrado recinto. Sor Margarita no pudo adivinar lo que aquello significaba; pero había mandado que se dejase entrar á la mujer que suplicaba pidiendo refugio, y acudió para recibirla. Quedaron inmóviles, contemplándose; la doncella, con desgarrador acento, con ese acento que parece llevar tras sí el alma, exclamó:

—¡Madre mía! ¡Amparadme!

No pudo decir más; cerráronse sus ojos, vaciló su cuerpo y cayó en los brazos de la Superiora, que exhaló un grito y oprimió contra su pecho á la desdichada.

—¡Dios mío!—exclamó con acento indefinible.

El demandadero se sintió aturdido; pero comprendió que ante todo necesitaba socorro. Corrió y gritó; acudieron varias monjas; la Abadesa les impuso silencio y mandó que la ayudasen. La joven fué conducida á la celda de la Superiora y colocada en el lecho. Se le prestaron los auxilios convenientes; pero no recobraba el sentido, y en vista de ello Sor Margarita dispuso que corrieran en busca del médico. ¿Quién era aquella hermosa niña? Media hora transcurrió antes de que llegara el discípulo de Esculapio.

CAPÍTULO VI

Situación violenta.

Volveremos al convento oportunamente, pues ahora hemos de ir á la casita donde quedaron D. Lope, los dos hidalgos y Gil. Se habían prevenido con cuanto necesitaban para cometer la locura de horadar la pared, y decidieron dar principio á la obra sin esperar á que muy tarde fuese.

—Todos no somos necesarios aquí—dijo D. Lope,—y siquiera uno de nosotros debe vigilar en la calle de Convalecientes, por si acaso llega D. Juan antes de que hayamos concluido, y para avisar en el caso de que pase alguna ronda que pueda oír los golpes.

—Pues yo iré—respondió el Sr. Diego,—siquiera porque mientras estoy sin hacer nada me aburro.

—Ya sabéis que conviene mucho disimular,

y es preciso también evitar lances que produzcan escándalo y nos coloquen en cierta clase de compromisos.

—Descuidada, que no hay nadie tan prudente como yo cuando la situación lo exige.

—Llevaos una linterna por si la necesitáis.

—No he de hacer más que observar, y la luz puede servirme de estorbo.

—Como bien os parezca.

—¡Hasta luego!

Paredes salió y desenvainó la espada: poco tuvo que andar para encontrarse en la calle de Convalecientes. Miró á todos lados, sin descubrir ningún bulto; escuchó, sin percibir el más leve ruido; dió algunos pasos más, y llegó á la puerta de la casa.

—¡Por el Infierno!—exclamó, quedando inmóvil como una estatua.

Á medio abrir estaba la puerta, y en el portal había luz. ¿Qué podía significar semejante descuido? No era posible que lo adivinase, y quiso averiguarlo. Apenas se desaturdió de los efectos naturales de la sorpresa, sin miramiento alguno y con el valor temerario que le caracterizaba entró en el portal, viendo la lámpara que había dejado en el suelo Margarita. Fué de un lado para otro, dudoso sobre lo que debía hacer; pero pensó que ante todo era lo prudente avisar á sus compañeros. Al fijarse en la puerta, vió con asombro que la llave estaba en la cerradura. La situación tomaba el giro más extraño.

—¡Cien legiones!—exclamó —¡Empiezo á temer que hayamos venido tarde, pues todas las apariencias son de que han sacado á la hija del Rey y no se han cuidado de cerrar, porque ya no les importaba que aquí penetrase todo el mundo! ¡Mala noticia voy á llevar al Sr. Domingo, y no sé cómo nos arreglaremos para averiguar dónde se encuentra la pobre niña! Tomó la llave, la colocó por el otro lado, salió, cerró y la quitó, corriendo hasta llegar donde sus amigos se encontraban. Gil había dado principio á la obra en el sitio que les pareció más conveniente para su intento.

—¡Alto!—exclamó Paredes.

—¿Qué pasa?—le preguntó Cabral.—¿Parece que de muy mal humor venís, ó por lo menos, muy preocupado?

—La situación cambia.



¡Madre mía! ¡Amparadme.

—Pero...

—¡No sé más!

—Sr. Diego...

—¡Mirad esta llave!

—¿Qué queréis decir?

—Es la de la puerta de la casa misteriosa, y, por consiguiente, podemos entrar cuando se nos antoje sin necesidad de romper las paredes.

Estas palabras produjeron un efecto inexplicable: hasta D. Lope, que nunca se aturdira, quedó perplejo y mudo. ¿Qué había sucedido para que aquella llave se encontrase en manos de Páredes?

El Sr. Domingo rompió el silencio después de algunos minutos, y exclamó:

—¡Por Dios vivo! ¿Os burláis, Sr. Diego? ¿Qué hay?

—No puedo decir más que lo que he visto. Llegué á la casa, y vi que estaba la puerta á medio abrir; entré en el portal, donde había luz; escuché, miré á todos lados... Nada vi ni oí; y como no quiero responsabilidades y el asunto es muy delicado, adopté la prudente determinación de salir, cerrar y traerme la llave: y aquí me tenéis dispuesto á cuanto sea menester.

Se contrajo la frente de D. Lope; Gil hizo un gesto de disgusto.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el enamorado mancebo.—¡Margarita ha desaparecido!

—Todo es posible.

—¡Hemos llegado tarde!

—Lo temo.

—La prudencia, los miramientos, el temor á los escándalos nos han detenido, y...

—Sr. Domingo—interrumpió D. Lope,—dejáis que vuele vuestra imaginación más de lo que conviene. Nada conseguimos con hacer suposiciones, y el tiempo debemos emplearlo en algo más útil. El misterio se presenta más obscuro cada vez.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Suspondremos la operación que habíamos principiado, y á la casa ruïnosa iremos, registrando hasta el último rincón.

—¡Vamos, pues!

—¡Sí, sí!

Ya no vacilaron un instante: llevando una

linterna por si no encontraban la otra luz, y con las espadas desnudas y silenciosamente, avanzaron, doblaron la esquina y llegaron á la puerta de la casa.

—¡Quietos!—dijo á media voz el señor de Santisteban.

Y se inclinó, mirando por el ojo de la cerradura: Ya no había luz en el portal: era posible que una ráfaga de viento la hubiese apagado. D. Lope tomó la llave, la introdujo en la cerradura y abrió sin ninguna dificultad. Gil entró con la linterna, seguido por los hidalgos y Santisteban, que volvió á cerrar. Guardaron la llave, con el fin de que nadie pudiese salir mientras ellos recorrieran la casa. Á un lado estaba la escalera, y además, dos puertas; la escalera estaba medio derruida y sin señales de que nadie hubiese puesto allí los pies desde mucho tiempo hacía. Abriendo una de las dos puertas, y á favor de la luz de la linterna, pudieron ver una pequeña habitación, cuyo pavimento estaba cubierto de escombros, y el techo destruido casi en totalidad.

—¡Por aquí no!—murmuró Santisteban.

Resueltamente entraron por la otra, y se encontraron en un pasillo; les pareció oír ruido de pasos: no se equivocaban. Relumbraron los negros ojos de Cabral.

—¡Silencio, y adelante!—dijo D. Lope á media voz.

No necesitaban hablar, pues los comentarios eran inútiles, y tampoco podían trazar plan alguno. Avanzaron de dos en dos, porque otra cosa no permitía la anchura del pasillo. Gil y el enamorado mancebo delante, atravesaron otras habitaciones completamente desmuebladas, y llegaron por fin á la que hemos visto que ocupaba la vieja. Pocos momentos antes habían entrado D. Juan y su escudero. Al penetrar en la casa con la llave que llevaba el señor de Haro, sorprendiéronse, porque la luz estaba en el portal: no acertaron á explicarse esta circunstancia, y decidieron ir en busca de la vieja.

La escena que ocurrió apenas es descriptible: dejó la lámpara sobre la mesa el escudero, y á uno y otro lado volvióse atónito su señor. En aquel instante llegaron á la puerta los otros: resonó un grito, que lo mismo podía ser de sorpresa que de ira ó de espan-

to, y todos quedaron inmóviles y mirándose, mientras que de sus ojos se escapaban corrientes de fuego. La situación no podía ser más extraña. Al cabo de algunos minutos don Juan, que estaba lívido, llevó la mano á la espada; fulgor siniestro brillaba en sus pupilas; la mirada de Lucas era sombría y terrible. Don Lope parecía completamente sereno y miraba desdeñosamente á los criminales, mientras el fuego de la ira más reconcentrada escapábase en corrientes de los ojos del Sr. Domingo Cabral, que difícilmente se dominaba. El Sr. Diego y Gil sonreían como maliciosa ó burlonamente; veían prepararse una función de cuchilladas, y esto tenía para ellos algo de divertido, sobre todo entonces, porque las ventajas estaban de su parte. Por fin el señor de Santisteban miró á sus amigos como para mandarles que continuaran silenciosos y malos espectadores, y dió un paso hacia el criminal; pero antes de que pronunciase una palabra, oyeron gemidos angustiosos en el aposento inmediato, lo cual puso término á las vacilaciones.

—¡Por Dios vivo!—exclamó D. Lope.

—¡Maldición!—gritó fuera de sí el señor de Haro.

Y ambos, sin darse cuenta de lo que hacían, atravesaron el aposento y llegaron á la puerta del que había sido encierro de Margarita. D. Lope dió vuelta á la llave, empujó y abrió, creyendo ver á la hija del Rey, lo mismo que D. Juan; pero con asombro hallaron á la vieja, que en el suelo estaba sollozando, exhalando lamentos angustiosos, mesándose los cabellos y haciendo otras demostraciones de desesperación. Una ojeada fué bastante para que los dos caballeros se convenciesen de que allí no estaba la infeliz joven. Lo que sintió D. Juan no puede explicarse: el señor de Santisteban no acababa de comprender la situación; pero sí estaba convencido de que se había consumado algún abuso horrible. El de Haro, ciego por la ira, casi loco, dió algunos pasos, se inclinó, asió por un brazo á la vieja, la sacudió brutalmente y gritó con voz destemplada:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde está Margarita?

No necesitó más explicaciones el señor de Santisteban, porque estas palabras le hicieron

comprender lo que sucedía. No se había equivocado al suponer que la hija del Rey fué encerrada allí en vez de ser llevada al convento; pero era evidente también que había desaparecido, burlando la vigilancia de la vieja, que encerrada había quedado en lugar de la joven. Aquel aposento, con su rico mueblaje, decía claramente que había servido de prisión á la desdichada. Sus amigos habían llegado tarde para sacarla de allí; pero debían consolarse, pues ya estaba libre y á cubierto de los abusos de D. Juan. ¿Quién la había favorecido? ¿Quién la amparaba? Esto se preguntó don Lope, porque no suponía que sin ninguna ayuda hubiera podido la joven salir de su encierro; pero recordó la circunstancia de haber quedado abierta la puerta de la casa, y esto parecía probar que Margarita pudo aprovechar un descuido, encerrando á la vieja y huyendo. Posible era que la desdichada joven se hubiese librado de un peligro para caer en otro mayor.

Á pesar de la orden de esperar sin hacer nada, el Sr. Domingo no pudo contenerse, y entró en el aposento que encierro había sido de la mujer á quien amaba tanto. Paredes y Gil le siguieron, y no necesitaron explicaciones.

Forzoso era que se produjese gran confusión: y sucedió así; pues el enamorado mancebo hizo con D. Juan lo que éste hacía con la vieja; es decir, le asió por un brazo, le sacudió con toda la fuerza de su ira y le preguntó:

—¿Dónde está Margarita, dónde está?

El Sr. Diego, sin duda porque ocioso no quería permanecer, cogió á la vieja por la garganta, la levantó, y mientras apretaba cruelmente, le dijo:

—¡Hablad! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Explicaos! ¡Quiero saber todo lo que ha sucedido! ¿Me entendéis? ¡Rayos del Infierno! ¡Por mi alma os juro que moriréis si no decís la verdad!

—¡Socorro!...

—¡Acabemos!

—¡Misericordia!...

—¡Vive Dios!—gritaba el señor de Haro.

—¡Aquí moriréis, ó yo quedaré sin vida!—le decía el Sr. Domingo.

Y el escudero juraba, maldecía, blasfemaba

y recorría el aposento como un tigre enjaulado. Ni un solo instante le perdía Gil de vista. El señor de Santisteban envainó la espada, cruzó los brazos y quedó inmóvil. Difícil era que la calma se restableciese, y más difícil que se entendieran aquellos hombres.

—¡Sí—decía D. Juan;—aquí moriréis ó moriré, y la muerte no me espanta, porque desesperado estoy! ¿Por doña Margarita me preguntáis? Yo también necesito averiguar dónde se encuentra. Tarde habéis llegado, lo mismo que yo: para vos y para mí es enteramente igual la desgracia, y es la misma la situación.

—¡Miserable!

—¿Cuándo habéis visto que yo quiera aparecer virtuoso?

—¡Concluyamos!

—No sé si ahora concluimos ó damos principio á la lucha. En mi poder estaba Margarita, y para mí hubiera sido; pero, viéndolo estáis, ha desaparecido, y tengo que buscarla lo mismo que vos. ¿Queréis que antes juguemos la vida? Joven sois y vigoroso: yo, viejo, y débil, y todas las ventajas están de vuestra parte; pero el acero desnudará, me batiré, y quizás me proteja la loca fortuna.

Y al decir esto D. Juan retrocedió un paso y desenvainó la espada; colocóse entre ambos D. Lope, diciendo con grave tono:

—¡Esto es asunto mío! Se trata de la hija de Su Majestad. ¡Teneos en nombre del Rey, nuestro señor!

Sordamente rugió el señor de Haro: el enamorado mancebo hizo un gesto de desesperación; empero los dos quedaron inmóviles. Entretanto el Sr. Diego, dando pruebas de más acierto que ninguno, amenazaba á la vieja, y ésta decía:

—¡He cumplido mi obligación, he sido fiel, he vigilado á todas horas!

—¿Y por qué no se encuentra aquí doña Margarita?

—Me llamó, me dijo que de opinión había cambiado, y comió con muy buen apetito.

—¿Y luego?

—Me mandó que arreglase la cama, y mientras yo cumplía la orden, salió y cerró, echando la llave. Nada más sé, y nada más puedo decir.

La situación estaba perfectamente explicada y comprendida. El Sr. Diego cruzó una mirada con D. Lope; no era posible hacer más que una de dos: dar por terminada la escena, ó apelar á la espada para castigar á los criminales.

¿Era prudente lo segundo? No, porque después de muerto D. Juan de Haro hubiérase puesto en duda que había cometido el abuso, y el Rey hubiera creído que su hija estaba en poder de D. Lope. Puesto que la joven había desaparecido, y, por consiguiente, iguales quedan todos, era lo más discreto y conveniente separarse y hacer cada cual lo que le fuera posible: de todas maneras, la situación de D. Juan era muy crítica, pues una circunstancia cualquiera podía comprometerle gravemente. ¿Podían D. Lope y sus amigos quedar con alguna prueba que comprometiera al señor de Haro? Algunos minutos permacionaron silenciosos. El señor de Santisteban fué el primero que habló para decir al Sr. Diego:

—Cuidad de que esa bruja no desaparezca.

Y luego añadió, dirigiéndose á su criado:

—Tú cuidarás del escudero.

—¡Descuidad, señor!

—Y vos, Sr. Domingo, escucharéis, porque voy á entenderme con el señor de Haro.

—El disimulo es inútil—dijo D. Juan.

—Ya lo sé.

—Si queréis que hablemos...

—Será muy claramente, como lo hemos hecho otra vez. Sentaos y escuchadme, don Juan.

—¿Y por qué no hemos de dejar esta conversación para mañana?

—Ya sabéis lo que dice el refrán; que el llanto sobre el difunto.

—Á todos nos conviene salir para buscar á doña Margarita.

—Ahora no hemos de encontrarla por estos alrededores.

—Sin embargo...

—Caballero, escuchadme, y no me obliguéis á que adopte alguna resolución extrema.

—Dispuesto me tenéis á terminar el asunto con la espada.

—La mía no se cruza con la de los criminales. Si yo quisiera aniquilaros, me sería muy fácil en estos momentos, porque aquí os encerraría, y vigilado quedaríais por mis amigos.

mientras yo iba á Palacio para dar al Rey noticia del suceso. Quiero ser generoso una vez más, y generoso hasta el exceso. Habéis procedido de mala fe, no habéis cumplido lo que me prometisteis, y de mis amenazas apenas habéis hecho caso. Después de todo esto, no había nada tan justificado como mi severidad: sin embargo, no me tomaré la molestia de imponeros el castigo que merecéis. No es todo misericordia, D. Juan, sino que tengo el capricho de dejaros para que vayáis hasta donde es posible que os lleve vuestra maldad, porque así vos, sin que nadie os empuje, caeréis al fondo del abismo que á vuestros pies se abre. No hay nada más estéril que la venganza, porque el criminal, cuando se le deja, va siempre á parar á su perdición.

—No quiero vuestra generosidad!

—¡No aceptéis — repuso D. Lope; — pero yo seré siempre generoso.

—¡Está bien! ¿Era eso lo que teníais que decirme.

—Recordaros también que, según nuestro convenio, yo estaba en libertad de hablar al Rey de vuestra pasión desde el momento en que vos le dijeseis quiénes eran los dos hidalgos que de vos se burlaron en la posada. Supongo que recordaréis...

—¡Nada he olvidado!

—Entonces...

—Es verdad que averigüé quiénes eran los hidalgos y al Rey le dije sus nombres.

—Y sin embargo, he guardado silencio sobre lo que tanto os importa, y con mi generoso proceder he dado ocasión para que consuméis el abuso que ahora deploramos.

—¿Y qué deducís de todo eso? — replicó impacientemente D. Juan.

—Aún no es tiempo de hacer deducciones.

—Nuestra situación...

—Nosotros mismos no la conocemos.

—Doña Margarita ha desaparecido.

—Buscadla, que yo haré lo mismo; y si no la encuentro por espacio de algunas horas, diré al Rey lo que pasa para que adopte la resolución que más conveniente le parezca.

—Comprendo — dijo el señor de Haro.

Y desplegó una irónica sonrisa.

—Debéis estar preparado para todo — repuso D. Lope.

—Lo estaré.

—Más franqueza no podéis pedir.

—¡Gracias, caballero!

—No digo que en peligro esté vuestra cabeza, porque esto no es asunto de los tribunales; pero recordad que en el Alcázar de Segovia hay calabozos para los reos de Estado.

D. Juan se estremeció; gotas de frío sudor corrieron por su páldid frente.

—¡He concluido! — dijo el señor de Santisteban!

—¡Yo también!

D. Lope, siempre con su calma terrible, volvióse á Gil y le dijo:

—Con esa mujer te irás, la dejarás en su casa y harás lo que bien te parezca, para nuestra seguridad y el logro de nuestros deseos.

—Entiendo, señor.

—Después me buscarás en la hostería.

Gil se acercó á la vieja y le dijo:

—¡Seguidme, si vuestra vida estimáis!

—¡Soy una infeliz que!...

—¡Nada perderéis si cumplis mis órdenes!

¿Qué había de hacer la desdichada vieja? Temblando y sollozando siguió al sirviente. D. Lope, Cabral y el Sr. Domingo salieron también sin pronunciar una palabra. Cuando en la calle estuvieron, Gil preguntó á la bruja:

—¿Dónde habitáis?

—En la Morería.

—¡Pues vamos!

Y mientras todos se alejaban del ruinoso edificio, D. Juan se entregaba á los transportes de la desesperación. Lucas había recobrado la calma; pero una calma sombría y terrible.

—Ya ves el resultado de tus planes — le dijo el señor de Haro.

—No es el resultado de mis planes, sino de vuestras vacilaciones — respondió el escudero. — ¿Por qué habéis perdido un tiempo precioso? ¿Por qué os entregasteis á ilusiones? Las ilusiones se desvanecen más ó menos tarde, y esto habría de suceder. Os dije que desde luego debíamos apelar al último recurso, porque estaba visto que doña Margarita no había de ceder. Si mi consejo hubierais puesto en práctica, vuestra sería ya y podríais dejarla sin temor de que huyese.

El razonamiento de Lucas no tenía réplica

—Todo eso está bien—dijo D. Juan;—pero ello es que ha sucedido otra cosa. ¡Hay que buscar á Margarita!

—Y al mismo tiempo haremos otra cosa.

—¿Qué?

—Poner á salvo nuestra vida, que mucha importancia tiene; y si es que otra vez queiréis entregaros á ilusiones, os abandonaré, señor, porque no me he metido en este negocio para ser víctima de vuestras torpezas.

—¡Lucas!...

—Quizás mañana mismo conozca el Rey el abuso que hemos cometido llevando al convento á una desdichada que nada tiene que ver con su hija.

—¡Es verdad!

—Lo que entonces debe suceder no necesito decirlo. Me parece que por de pronto debéis desaparecer.

—Al huir, confieso implícitamente mi crimen.

—¿Y qué importa que no lo confeséis, si nuestros enemigos tienen la prueba?

—Jamás, porque eso sería lo mismo que trabajar en favor de nuestros enemigos.

—Ante todo debéis pensar en salvaros.

—¡Lucas, no me abandones en tan horrible situación!

—Señor, quiero vivir.

—¡Yo arrostraré todos los peligros!

—Y como yo os he ayudado...

—Para huir tendrás tiempo, si llega el instante terrible.

—Puesto que os obstináis...

—¡No retrocederé!

—Yo adoptaré algunas precauciones.

—Ningún estorbo te pondré.

—¡Os perderéis, señor!

—Si Margarita ha de ser para mi rival, ¿qué me importa la vida?

—Mientras se vive, es posible luchar.

—¡Lucas, perdemos un tiempo precioso!

—Ahora nada podemos hacer.

—¡Busquemos á Margarita!

—¿Dónde?

—¡No lo sé; pero busquémosla!

—Pues vamos, que pronto os convenceréis de que intentáis un imposible.

Hizo D. Juan sobrehumanos esfuerzos para recobrar la calma en cuanto era posible en

aquellos momentos, y salieron de la casa, donde tal vez no volverían á entrar. Mal que le pesase, D. Juan tuvo que convencerse de que nada conseguiría aquella noche. Fueron de un lado para otro, se detuvieron junto al convento de San Plácido contemplando el caballero los sombríos muros y hubiera permanecido allí toda la noche; pero Lucas le recordó que necesitaban descanso. Alejáronse, y antes de media hora llegaban á su casa.

CAPÍTULO VII

El misterio se descubre.

Las coincidencias más sencillas tienen muchísima importancia y trastornan todos los planes, creando situaciones que nadie pudo prever y que siempre son las más extrañas. No había en aquella época muchos médicos en Madrid, sino pocos, y poquísimos, no más que dos ó tres, que tuviesen cierta reputación, resultando que éstos eran los que visitaban á la gente rica y de noble clase. El Dr. Pedrosa era uno de ellos, y precisamente el que fué llamado cuando cayó enferma Margarita á consecuencia de la conmoción producida por el relato de la historia horrible de Cabral. Aunque, según dijimos, los médicos del Rey fueron también á visitar á la joven, Pedrosa continuó como médico de cabecera, pues cuanto había hecho se consideró por los demás como muy acertado.

Valía mucho el buen Pedrosa. Á su cuidado estaba también la salud de la Comunidad de San Plácido, y, por consiguiente, á él buscó el demandadero, diciéndole que el caso era urgente y de cierta importancia, pues se trataba de una mujer misteriosa que en el convento se había presentado, y por la cual parecía interesarse mucho la reverenda Superiora. Pedrosa acudió con la prontitud que el caso requería, y en la celda de Sor Margarita entró, haciendo profundas reverencias y diciendo:

—Reverenda madre, mucho me duele penetrar á estas horas en este recinto sagrado, porque mis visitas son señal cierta de males y apuros. Aquí me tenéis á vuestra disposición, y pidiendo al Omnipotente que me dé

tino y me ayude para devolver la salud á la persona que enferma se encuentra.

—Doctor, se trata de una joven que no pertenece á la comunidad, que ha perdido el conocimiento y que en sí no vuelve por más que apelamos á cuantos recursos están en nuestras manos. Supongo que el desmayo es efecto de grandes conmociones, de sufrimientos horribles; pero esto no es más que una suposición, pues en realidad desconozco los antecedentes. Lo que si os diré es que me ha interesado muchísimo la suerte de esa criatura, sin que yo misma sepa por qué. Ignoro quién es, pues á esta santa casa ha llegado pidiendo refugio. Su aspecto no da lugar á duda en cuanto á su noble clase, y quizás la conozcáis vos, puesto que visitáis á casi todas las familias de Madrid.

—¿Es decir, que tenemos un misterio?

—Sí.

—Lo siento mucho, reverenda madre—dijo el Doctor.

Y sacó su pañuelo para limpiarse la frente y la parte calva de su cabeza, lo cual hacía muy frecuente y maquinalmente.

—De todas maneras, nuestra obligación es hacer lo posible para que esa niña infeliz se salve.

—Pero los antecedentes del mal son la luz que nos guía para hacer apreciaciones y proceder con acierto.

—¡Venid, doctor!

Entraron en el dormitorio, alumbrado por la luz de una bujía. Hallábanse dos novicias junto al lecho, en que yacía Margarita sin dar señales de vida más que por su respiración muy débil y desigual, con el rostro muy pálido, y en desorden sobre su frente y la almohada sus negros, finos y brillantes cabellos. No bien hubo fijado en ella la mirada el Doctor, exclamó con acento de sorpresa profunda:

—¡Ah!—Y quedó inmóvil, como petrificado.

—¿La conocéis?—dijo la Superiora con ansiedad.—¿La conocéis?...

—No... Es decir...

—¡Sí!—replicó enérgicamente Sor Margarita. Y volviéndose á las novicias, añadió:

—Salid, y no entréis sin que yo llame.

Las dos jóvenes obedecieron de muy mala gana. La Superiora se acercó al médico, fijó en

él una mirada profunda y dominadora, y le dijo con tono imperioso, con ese acento que no da lugar á réplicas ni excusas:

—¿Quién es esa criatura, quién es?

—¡Reverenda madre..!

—¡Responded!

—Pues bien; ignoro quién es esta criatura, aunque otras veces la he visto, y una muy grave enfermedad le he curado hace poco tiempo.

—¿Dónde?

—¡Oh! Temo que mis palabras echen sobre mí una muy grave responsabilidad, porque tales cosas he visto...

—Deberíais hacer justicia á mis sentimientos y tener la seguridad de que no he de comprometeros en ningún sentido.

—Pues bien; sabed que á esta joven la vi enferma en la casa de D. Juan de Haro...

—¡En la casa de D. Juan!...

—Por casualidad sé que se llama Margarita.

No pudo el médico proseguir: la religiosa exhaló un grito desgarrador; dejándose llevar de los impulsos de su corazón, de su infalible instinto de madre, cayó sobre el lecho, abrazó á la joven y exclamó:

—¡Hija mía! La besó frenéticamente, y perdió el sentido.

—¡Que Dios me ampare!—exclamó Pedrosa.

Y como mejor pudo colocó también en el lecho á la pobre madre.

—¡Dice que es su hija!—murmuró mientras se limpiaba el sudor copioso y frío que empapaba su rostro! —¡Que es su hija! ¿En qué negocio me ha metido mi desdicha? Ahora comprendo por qué Su Majestad dispuso que fuesen á ver á esta pobre niña los más sabios de mis compañeros, y comprendo también... ¡No, no comprendo nada, ni quisiera comprender! ¡Estoy trastornado, loco! ¿Qué debo hacer? Soy el médico, y hay aquí dos criaturas que se mueren. ¡Y pierdo los minutos, que son preciosos! ¡Necesito auxilio!

El pobre Doctor, más sofocado cada vez, se acercó á la puerta y gritó cuanto pudo; las novicias acudieron.

—¡Dios bendito!—exclamaron al ver en el lecho á la Superiora.

—¡Silencio!

—¿Y por qué se ha desmayado la reverenda Madre?

—Ella os lo explicará cuando el sentido recobre, pues yo no lo sé; si bien me parece que se ha conmovido demasiado ver en peligro la existencia de esta pobre niña. Y lo peor de caso es que poco ó nada puedo hacer sin antecedentes. ¡Veamos, veamos!

Pedrosa examinó el pulso de la hija del Rey, y apreció en cuanto le fué posible los latidos de su corazón; en seguida hizo un gesto de disgusto.

—¡Oh!—murmuró.—¡Empiezan á presentarse síntomas como los de la otra vez! ¡Papel y pluma, porque he de recetar! Veamos la madre...; es decir, la reverenda Madre.

Una de las novicias fué inmediatamente por lo necesario para escribir; la otra dijo:

—Nuestra responsabilidad es muy grande.

—¡Mucho, sí!

—Voy á dar aviso á la madre Virginia, que es la que debe sustituir á nuestra reverenda Superiora.

los pocos minutos se había producido gran conmoción y confusión en el convento; acudieron todas las monjas y novicias, entre ellas Mari-Juana, que al enterarse de lo sucedido, comprendió que aquella joven que había llegado al convento pronunciando el nombre de D. Juan era la pupila de éste. Nadie como Mari-Juana pudo apreciar la situación: poco necesitó reflexionar para convencerse de que estaba perdida, pues la farsa quedaría en claro apenas aquellas dos mujeres recobraran el sentido y se explicasen. En los lances de apuro, el instinto de conservación nos habla antes que ningún otro sentimiento. Mari-Juana pensó que por de pronto le convenía desaparecer, y como necesidad aguza el ingenio, en tanto que el doctor Pedrosa recetaba, y las monjas hacían comentarios, y Sor Virginia, que era una anciana, esforzábale para restablecer el orden, Mari-Juana salió de la celda, corrió, huyó y llegó á la portería sin que nadie se cuidase de ella. Puesta había dejado la llave el demandadero: la joven abrió, salió, y cuando estuvo en la calle respiró libremente y exclamó:

¡Mentira me parece!

No se detuvo un instante: corrió cuanto pudo, y á los pocos momentos había desaparecido entre las tinieblas. Minutos después,

con la receta y una vasija, llegó á la portería el demandadero.

—¡Que Dios me ampare!—exclamó.—¡Tanto me aturdí, que dejé abierto; pero Dios ha querido que ningún mal suceda!

Sin otros auxilios que los del agua fría y el vinagre, recobró Sor Margarita el conocimiento: incorporóse, miró con ansiedad á su hija y después á las monjas que rodeaban el lecho, y que le preguntaban muy cariñosamente cómo se sentía.

—¡Bien!—respondió dejando el lecho.—Me afecté demasiado; pero ya pasó el trastorno. ¡Gracias! ¡Dejadme! ¡Salid todas!

—Ahora necesitáis reposo...

—Silencio y quietud, nada más.

—Pero como...

—¡Salid os digo!—exclamó la Superiora.

Todas obedecieron.

—Tranquilizaos, reverenda madre—dijo Pedrosa,—porque no corre peligro la vida de esta criatura.

Sor Margarita fué hasta la puerta, levantó la cortina, y miró al inmediato aposento para convencerse de que nadie escuchaba; luego se acercó á Pedrosa, y le dijo con grave tono:

—Doctor, acabáis de conocer un secreto de muchísima importancia.

—Contra mi voluntad—murmuró el pobre médico.

—Os advertiré que este secreto puede ser peligroso para quien lo conozca y no sea discreto y reservado, porque afecta á algo más que mi honra.

—Comprendo... Es decir, no entiendo, ni quiero explicaciones.

—Es un secreto de Estado.

—¡Dios misericordioso!

—¿Decís que la vida de mi hija no corre peligro?

—Ahora no; pero después, Dios lo sabe.

El llanto empezó á correr por las mejillas de la Superiora; otra vez se acercó al lecho, y se inclinó besando el pálido rostro de la desgraciada niña.

—¡Hija de mi alma!—exclamó.

Estremecióse Margarita, y sus ojos se abrieron como si el aliento de su madre la hubiese reanimado.

—¡Mi madre!—murmuró.

Y con expresión de extrañeza miró á la Superiora y al médico; exhaló un penoso suspiro y quiso incorporarse.

—¡Quieta!—le dijo el Doctor.

—¿Dónde estoy?

—En lugar seguro.

—¿Qué me ha sucedido?

—Vos debéis saberlo.

—¡Sí—murmuró la infeliz joven,—ya recuerdo...

Su semblante empezó á cambiar de expresión. De repente, y antes de que pudieran estorbárselo, se sentó en el lecho.

—Yo veía—dijo,—veía, aunque confusamente. ¿Quién me ha dado el nombre de hija?

Pedrosa empezó á retroceder, hasta colocarse en el más apartado rincón. Sor Margarita quedó inmóvil; temblaba.

—¿No me respondéis?—preguntó su hija después de algunos minutos.

—Ahora no os conviene hablar.

—¡Vos habéis sido, vos!

—¡Hija!...

—¡Madre de mi alma!—exclamó la joven con acento indefinible.

Y se arrojó del lecho y abrazó á Sor Margarita, mientras que de sus ojos escapábase un torrente de lágrimas. Era imposible el disimulo. ¿Cómo había de contener la madre los impulsos de su razón?

—¡Hija de mi alma!—exclamó.

Juntos y con igual violencia latieron sus corazones; largo rato pasó sin que pudiesen articular una sílaba; el Doctor contemplaba aquel cuadro, y decía:

—¡No estoy tranquilo, porque esto ha de producir graves consecuencias, y puede su-

ceder que, contra mi voluntad, me vea precisado á tomar parte en este asunto! Por de pronto, estas infelices están cometiendo una imprudencia, pues con su extraña conducta dan ocasión á comentarios. Me parece que debo recordarles lo que conviene el disimulo.



—¡Hija de mi alma!—exclamó.

Y á las dos mujeres se acercó, diciendo á Sor Margarita:

—Reverenda madre, el disimulo...

—¡Es verdad!—respondió la Superiora.

Y de los brazos de su hija se desprendió, diciéndole:

—¡Sí, tu madre soy!

—¡Cuánta dicha!...

—Pero silencio, porque de nuestra reserva depende tu felicidad, y de tu felicidad depende mi reposo, y hasta mi vida... Dominate, hija de mi alma, que ahora no podemos desahogar nuestros corazones. Se ha cometido el más criminal y horrendo de los abusos; pero Dios se ha dignado favorecernos. Enjuga el llanto, que son muchas las miradas que van á fijarse en ti. Sonríe como yo, haz un esfuerzo por tu pobre madre...

—¡Ah!...

—Espera, que la miserable criatura que ha servido de instrumento para consumir el abuso, se encuentra en este recinto sagrado. ¡Valor, hija mía, valor y serenidad!

Sor Margarita enjugó el llanto; serenóse, se acercó á la puerta y llamó. Presentóse una religiosa.

—¡Que venga inmediatamente la novicia!

No hay que decir que no la encontraron. Nadie recordaba haberla visto sino en los momentos de confusión y en la celda de la Superiora. La desaparición de Mari-Juana produjo nueva confusión: todos preguntaban cómo y por qué había desaparecido, y nadie podía comprenderlo más que la Superiora, pero no quería decirlo. Aunque se hallaba mejor, tomó Margarita el medicamento recetado por el galeno, y poco á poco fué restableciéndose la calma en la comunidad, si bien en voz baja hacían las monjas muchos comentarios.

Despidióse el buen Doctor, prometiendo volver al otro día, y se destinó á Margarita la celda que Mari-Juana había ocupado. La Abadesa dispuso que todas las monjas se entregasen al reposo, y así quedó en libertad completa para hablar con su hija. Largo rato pasaron sin que hicieran más que prodigarse caricias y dejar que el llanto saliese de sus ojos. Cuando pudieron dominarse hablaron de la situación, dando la joven las explicaciones más minuciosas de cuanto le había sucedido, y confió también á su madre el secreto de su amor. Con la atención consiguiente escuchó Sor Margarita, y pudo apreciar con toda exactitud la situación. Por de pronto D. Juan quedaría castigado, pues no era posible que Rey perdonara el abuso que se había come-

tido y el más horrible que se intentaba cometer; pero esto no era bastante para la felicidad de Margarita. ¿Cambiaría de resolución el Monarca en cuanto á la suerte de su hija?

—La situación es de tal naturaleza—dijo Sor Margarita,—que no es posible adoptar una resolución sino después de meditar muy detenidamente y de ver lo que hace tu padre. Esperemos con calma. Por de pronto, estás á mi lado y á cubierto de los grandes peligros que te amenazaban. Acuéstate y descansa, mientras que yo le escribo dándole conocimiento de lo que ha sucedido. Así tendremos siquiera la ventaja de que para siempre quedará inutilizado el más temible de tus enemigos.

CAPÍTULO VIII

Hasta qué punto deseaba el Rey la tranquilidad.

Debía suceder lo que menos podía imaginarse: el humor del Rey cambiaba, no solamente cada día, sino cada hora, cada minuto, y, por consiguiente, no debía contarse con él para nada, ni siquiera fiar en sus resoluciones, pues eran distintas según se encontraban su organización. Un poco más de frío ó de calor, una ráfaga de aire, el cansancio ó la languidez producida por el descanso, una impresión, en fin, operaban cambios completamente radicales en todos sentidos. D. Lope de Santisteban era el único con habilidad para sostener siquiera por una hora el buen humor de Su Majestad; pero en esto también había sus excepciones.

Sucedió que á la siguiente mañana estaba el horizonte cubierto de nubes, que el aire era frío y la luz opaca, y esto fué suficiente para que se alterasen los nervios del Monarca; cuando despertó y dispuso vestirse, no habló más que algunas palabras para preguntar si hacía mucho frío, y cuando vió que nublado estaba, arrugó el entrecejo y suspiró penosamente. Poco después decían sus servidores:

—¡Mal día nos espera, porque el humor de Su Majestad está como el tiempo!

Solo quedó en su cámara. Sentóse junto á la chimenea, y fijó la mirada en las llamas, que

menguaban y crecían, oscilaban y cambiaban de forma sin cesar: su mirada era triste como nunca, y sus pensamientos no podían ser más amargos y desconsoladores. Había cometido la torpeza de evocar recuerdos muy desagradables: los de su juventud, de sus pasadas alegrías, de su vigor para siempre perdido, y que más valor tenía porque lo comparaba con su triste impotencia. Particularmente pensó en la infeliz que entre los sombríos muros de un convento lloraba sus debilidades y desdichas. Al fin cambió de postura, hizo un gesto de impaciencia y exclamó:

—¡Ah! ¿Por qué no olvido esa historia, que en fuerza de ser risueña ha llegado á ser horrible?—y cambiando de tono, añadió:—¿Y mi hija? Su pobre madre esperará mi respuesta; pero... ¡No, no! Á su lado tiene á la inocente criatura fruto de nuestros extravíos... Que cumpla su deber, y que Dios la perdone y la bendiga. Nada quiero saber de esas infelices, absolutamente nada, porque no tengo fuerzas para soportar cierta clase de emociones.

Volvió á cambiar de postura, miró el reloj y pensó:

—¡Ya es tarde! ¿Qué le sucede á Lope? No ha venido... Tiene el don de distraerme, de hacerme olvidar y de fortificar mi espíritu. Aunque me diga verdades muy amargas, sus palabras no son nunca para mí desagradables. En el gravísimo asunto de mi hija somos de distinta opinión; pero no importa.

Inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y volvió á quedar inmóvil: levantaron la cortina de una de las puertas de la cámara, y se presentó un gentilhomme.

—¿Quién es?—preguntó lánguidamente Felipe IV sin abrir los ojos.

—¡Señor!...

—¡No he llamado!

—Pero han traído una carta...

—¡Dejadme!

—Es de la reverenda Superiora de San Plácido.

—¡Ah!...

Felipe IV se estremeció violentamente, y el gentilhomme le presentó el papel.

—¿Y por qué me escribe Sor Margarita?—dijo el Rey.

No pudo contestar el gentilhomme y se inclinó más.

—¡Está bien! Retiraos, y que nadie entre como no sea Santisteban.

—¡Otra carta!—murmuró sordamente el Monarca.

Y miró con miedo el papel.

—No he contestado, y me escribe

¿Qué he de decirle? ¿Qué he de hacer? Aun suponiendo que á nuestra pobre hija la hubiesen educado muy mal y fuera una criatura tan ruin como su madre la ha juzgado, el mal no tendría remedio. ¿No comprende esto Margarita? ¿Acaso puedo deshacer lo hecho? He cumplido un deber en cuanto me ha sido posible, y ya es hora de que me desentienda de este asunto. Las quejas de Margarita me hacen mucho mal, y si oídos presto, acabará por quebrantarse mi salud más de lo que está quebrantada. Necesito tener energía, porque de otro modo, jamás podré desentenderme de este asunto. Estos males es preciso cortarlos de raíz. ¿Qué puede decirme la pobre Margarita? Que sufre horriblemente, que contra su voluntad se rebela su hija, que tiene que sostener una lucha incesante y de dudoso resultado. ¿Qué conseguiré con saber esto? Sufrir, ponerme peor, quizás morirme, si es que se remedia el mal.

Felipe IV contempló el papel. ¿No era lo más acertado quemarle sin leerle? Creyó el Monarca que sí, porque partía de la suposición de que no había de encontrar allí más que amargas quejas, angustiosos lamentos y duras reconvenções: dudó, vaciló. Nunca hubiera sido tan oportuna la llegada de Santisteban; pero no se presentaba. ¿Qué hacía? Fácil es adivinarlo: conferenciaba con el enamorado mancebo, con Paredes y con Gil, y buscaban medios para averiguar dónde se encontraba Margarita. Sufrían horriblemente, se desesperaban, porque ni un solo rayo de luz esclarecía su inteligencia, porque su ingenio era nulo, y cuánto deseaban lo tenían en el papel que en manos del Rey se encontraba.

—¡Mi vida es antes que todo!—dijo por fin Felipe IV.

Y le arrojó al fuego, envolviéndolo: las llamas, que instantáneamente le convirtieron en pavesas. El Monarca respiró como quien se

siente libre de un peso enorme: aún no habían transcurrido diez minutos cuando se presentó D. Lope de Santisteban.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el Monarca.

—Señor...

—Hoy te esperaba con más afán que nunca, y es cuando más tarde has venido.

—Porque más tarde me he levantado.

—¿Te has vuelto perezoso?

—Es que no estoy completamente bueno.

—Efectivamente, tu rostro está pálido.

—Siento que mi malestar haya disgustado á Vuestra Majestad.

—¡No, no!

—Pero aquí estoy dispuesto á servirle con la lealtad de siempre.

—¿Qué novedades hay, mi querido Lope?

—Tranquilidad completa.

—Para todos menos para mí, pues se empeñan en no dejarme en paz.

D. Lope fijó una mirada escudriñadora en el Rey.

No se atrevió á preguntar.

Después de algunos minutos dijo Felipe IV:

—La pobre Sor Margarita no se convence de que en absoluto quiero desentenderme de la situación de mi hija, y se empeña en que yo remedie lo que no puede remediarse.

—Pues mi opinión....

—Debe de ser distinta de la mía.

—Señor, después de reflexionar muy detenidamente, he comprendido que Sor Margarita siente una duda horrible.

—¿Una duda?

—Y en eso consiste todo; y mientras la duda no se disipe, será imposible su tranquilidad.

El Rey fijó una mirada de extrañeza en su antiguo paje, y dijo:

—No te comprendo.

—Ni yo debo explicarme, porque haría cavilar mucho á Vuestra Majestad.

—Entonces, calla, porque hoy me sucede lo mismo que á ti: me siento mal, muy mal.

—Callo, pues.

—No me digas nada que sea desagradable.

—Pondré término á esta conversación, lamentándome de que Vuestra Majestad no me haya permitido ir al convento para entenderme con Sor Margarita.

—¿Y qué hubiéramos adelantado?

—Salir de dudas.

—Pero ¿qué dudas son ésas?

—La de si es ó no la hija de Vuestra Majestad la joven que han llevado al convento.

—¡Lope!...

—El corazón de la madre no la acepta como hija, la rechaza, y me parece imposible que una madre se equivoque.

—¡Estás loco!

—Tal vez.

—¡Haber puesto á una mujer cualquiera en lugar de mi hija!

—Un abuso, un crimen...

—¡Delirios de tu imaginación! No nablemos más de este asunto, mi querido Lope; no hablemos más, porque puede suceder que me contagie tu locura. Ahora me felicito más y más por el acierto que he tenido al adoptar una resolución enérgica hace pocos minutos. Yo creí que era una gran desgracia que no hubieses venido antes, y veo que es una fortuna, porque, probablemente, me hubieras hecho vacilar.

D. Lope miró al Monarca sin comprender lo que éste quería decir; pero no le quedó duda de que algún nuevo incidente había ocurrido incidente que debía de ser de muchísima importancia.

—Ahora lo comprendo—dijo Felipe IV después de algunos minutos.—No te equivocas, y seguramente hoy me hablaba Sor Margarita con más claridad en cuanto á sus sospechas; pero, afortunadamente, he tenido valor para cerrar los oídos. ¡Cambio de personas! Eso es inverosímil. ¿Y con qué fin se cometería semejante abuso? Lo que no tiene objeto no se hace, y eso no sería provechoso para nadie.

—Señor...

—Si me mostrase débil, acabaríais por trastornar entre todos mi razón.

—¿Y si se presenta la prueba de que se ha cometido ese abuso?

—¡No puede ser!

—Con mucha facilidad, pues bastaría que Vuestra Majestad fuese al convento.

—¡No, no!

—Entonces...

—¡Ver á la infeliz á quien tanto amó Dios! sabe lo que me costaría la conmoción! Ya te

lo he dicho, mi querido Lope: mis fuerzas son muy escasas, y tengo además el deber de vivir. Si te interesas por mi salud, no me hables nunca de este asunto, porque así me evitarás el disgusto de prohibírtelo tan terminantemente como tuve que hacer cuando á todas horas me recordabas la prisión del duque de Híjar. Ni debo, ni quiero, ni puedo preocuparme de mi hija. Ya está al lado de su madre, y he dispuesto que sea dotada con largueza. No está en mi mano hacer más. Es desgraciada, como lo son todas las criaturas, porque en este mundo no hay felicidad posible; pero queda otra vida, la de la eternidad, y allí se verá recompensada con goces inefables. ¿Qué más puede desear una criatura?

La conversación no pudo prolongarse, porque llegó la hora del almuerzo. Pretextando D. Lope su falta de salud, pidió licencia para retirarse á descansar, concediéndosela el Rey, que le despidió muy cariñosamente. Por primera vez perdía la calma el señor de Santisteban. Sin cesar preguntábase qué era lo que había sucedido y en qué consistía la determinación que decía el Rey haber adoptado; no era posible que adivinase; de todas maneras, resultaba que Margarita había desaparecido. ¿Dónde se encontraba? ¿Por qué no había ido á ponerse bajo la protección del señor de Santisteban, en cuya esposa hubiera encontrado una madre? ¿Á quién habría acudido en demanda de amparo? Á nadie conocía en Madrid, y, por consiguiente, al salir de su encierro debió de dirigirse al primer transeunte que encontrase, pues otra cosa no le era posible hacer.

El Sr. Domingo, cuya desesperación apenas se concibe, opinaba que debía acusarse claramente á D. Juan de Haro, diciendo al Rey que la joven había desaparecido: las pruebas se encontrarían fácilmente en el convento, puesto que no era Margarita la que allí habían llevado. Empero no pensaba Cabral que así quedaría también probado que D. Lope había tomado parte muy activa en aquel asunto, y comprometido é inutilizado para siempre. ¿Qué había de hacer el infeliz mancebo cuando le faltasen la protección y el auxilio de don Lope? Estas razones le convencían por algunos minutos; pero después preguntaba:

—¿Y qué haremos?

Entonces el señor de Santisteban, Paredes y Gil inclinaban la cabeza y quedaban silenciosos. Pocas veces en la vida la desesperación trastorna á la criatura tan profundamente como entonces trastornaba al Sr. Domingo: aunque convencido de que nada había de conseguir, no era posible que permaneciese inactivo. Salió con sus amigos de la hostería, y fueron á la calle de Convalecientes á contemplar el ruinoso edificio. ¿Por qué Margarita no había de haber pedido refugio en alguna de las calles vecinas? Determinaron preguntar en todas ellas, lo que era casi imposible; pero á Cabral no le parecía nada imposible cuando de su amor se trataba. Dieron principio á la difícil obra. ¿Qué debían conseguir? Ya sabemos que los vecinos no se habían dado cuenta del suceso.

¿Y D. Juan? ¿Y las dos infelices mujeres? En estas tres personas debemos por de pronto fijar la atención. El señor de Haro había dormido hasta las ocho de la mañana; tranquilizábase más y más al ver que pasaban las horas sin que nadie le pidiera cuenta de su conducta. Necesitaba averiguar lo que había sido de la joven, y para esto no sirvió el ingenio de Lucas. Después de almorzar salieron también para vagar por las calles en busca de la hija del Rey, y entretanto la Superiora de San Páido contaba los minutos y esperaba con ansiedad la contestación de su antiguo amante, las monjas continuaban haciendo comentarios, y la atención de todas fijábase en la joven que de tan extraña manera se había presentado en el convento.

CAPÍTULO IX

Lo que hizo la monja.

¡Qué tristes, qué largas y penosas fueron las horas de aquel día para las dos pobres mujeres! Felipe IV no contestaba. Pensaron que para molestarse lo menos posible, habriábase contentado el Rey con imponer el castigo que merecía á D. Juan de Haro. No era esto bastante para que las infelices quedasen satisfechas; necesitaban algo más: que se resolviera su extraña situación. Llegó la noche; ma-

dre é hija se abrazaron, lloraron y se mortificaron con amargas reflexiones: la indiferencia del Rey hacía un mal inmenso en la noble niña. ¡Su padre la olvidaba! El egoísmo de Felipe IV llenaba de amargura el alma de su hija: lo que padecía por ello no puede concebirse.

Hubiérase arrepentido de haber buscado refugio en el convento, á no haber hallado en el sagrado recinto á su desgraciada madre y adquirido la prueba de que ésta no la había abandonado. Á pesar de su inmensa desdicha, considerábase afortunada la hija del Rey. En realidad, nadie tenía derecho para ponerle estorbos si del convento quería salir, puesto que allí había ido para pedir amparo en un momento de apuro, y pasado éste, debía salir; pero en él estaba su madre. ¿Cómo había de separarse de ella, de abandonarla para siempre? Por su parte, la Abadesa estaba dispuesta á hacer en favor de su hija cuanto le fuera posible; pero, desgraciadamente, le faltaban los medios. Al otro día las dos mujeres siguieron esperando; pero el Rey no contestaba, y no podían ellas permanecer en aquella incertidumbre. ¿Qué había hecho Felipe IV? ¿Había castigado ya al miserable que cometió el abuso? Margarita opinaba que su madre escribiese al señor D. Lope de Santisteban; pero no se atrevió la Superiora á dar semejante paso, y después de mucho meditar decidió llamar á D. Juan de Haro, creyendo que así conocería la situación. Á las nueve de la mañana tomó la pluma y escribió al criminal, diciéndole:

«Caballero, tengo necesidad de hablaros para un asunto de mucho interés, y espero que no tardéis en venir, en la inteligencia de que os recibiré á cualquiera hora.»

Firmó y cerró la carta, mandando que inmediatamente la llevasen al caballero. Esta orden fué cumplida; pero D. Juan había salido de su casa. Á las doce volvió para comer: estaba preocupado y sombrío, tan desesperado como Cabral. Si no encontraba á Margarita, ¿qué le importaba quedar impune? Le entregaron la carta.

—¿Quién la ha traído?—preguntó el señor de Haro.

—El demandado de la comunidad de San Plácido.

Lo que sintió D. Juan no puede concebirse: tembló; se hizo más densa la palidez de su rostro, y tuvo miedo de abrir el pliego. Llamó á su escudero y le dijo:

—¡Mira!

—¿Y qué es eso?

—Me escribe Sor Margarita.

Lucas hizo un gesto de disgusto.

—¡La fortuna me vuelve la espalda!—murmuró sordamente D. Juan.

—Leed, señor, que lo bueno se encuentra cuando se espera lo malo. Probablemente, Sor Margarita os escribe para quejarse del proceder de la que le hemos presentado como hija suya, y así lo hace porque no ha recibido contestación de Su Majestad.

—Abre tú la carta, y léemela.

Obedeció el escudero.

—¡Qué necesita hablarme!—murmuró don Juan.

—Mi suposición ha sido acertada: á vos acude Sor Margarita para que con vuestra autoridad hagáis entender sus deberes á la novicia. Tal vez Mari-Juana haya exagerado al representar su papel, pero, afortunadamente, esta situación terminará pronto.

—¡No estoy tranquilo!

—¿Qué teméis de la monja?

—Si ha descubierto la farsa...

—¡Imposible!

—Dudo si debo ir al convento.

—Si no vais, sospechará la Superiora.

—Pero ir á ciegas...

—Para evitar compromisos seréis muy reservado, callaréis, dejando que hable la monja, y luego haréis lo que convenga en vista de la situación.

—Y entretanto Margarita...

—El que busca, encuentra más ó menos tarde.

—También mis enemigos pueden encontrar antes que yo, en cuyo caso, mi perdición sería cierta.

Á este punto llegaban de la conversación, cuando se levantó la cortina y apareció un criado que dijo al escudero:

—Os busca una mujer.

—¿Una mujer á mí?

—Es joven, y dice que tiene que hablaros de un asunto de mucho interés.

—Voy á verla, si permiso me dais, mi noble señor.

—¡Sí, sí, y en seguida volverás!

Lucas fué al aposento donde se encontraba la que había solicitado hablarle; el otro criado se alejó: la mujer, que recataba el semblante, echó á la espalda el manto.

—¡Mari-Juana!—exclamó el escudero con tono de profunda sorpresa.

—¡La misma!

—¿Tú aquí?...

—¿No sabías que me encontraba ya fuera del convento?

—¡Tripas de Lucifer!...

—Ayer quise venir á verte; pero no me atreví.

—¡Mari-Juana, te ha faltado la paciencia, y nos has comprometido! El convento debías abandonar; pero no ahora, sino cuando pasase un mes y en los momentos en que fuese oportuno.

—Para entonces no era posible que en el convento me encontrase, sino en un calabozo, y no es eso lo que hemos tratado. He hecho cuanto era posible hacer, y no es culpa mía si el Diabolo tiró de la manta y todo se desarregló. ¿Por qué no habéis guardado mejor á la otra? Si habéis cometido una torpeza vosotros, debéis pagarla, y no yo: por consiguiente, obligados estéis á darme la recompensa prometida.

—No te entiendo.

—¿Pues quién ha de entenderme?

—¿Qué estás diciendo de haber guardado mejor á la otra? ¿Y por qué hablas de calabozos y xiges lo que no has ganado?

—¿Acaso no sabéis lo que anteanoche sucedió?

—Lo ignoramos absolutamente.

—Pues se armó en el convento la de San Quintín, y pude salvarme porque el Diabolo es mi protector y porque soy más lista que las monjas.

—Explicate con claridad, y deja para después los comentarios.

—Se presentó una mujer en el convento, y con el nombre de D. Juan de Haro consiguió que dieran aviso á la Superiora. Recibida fué, y perdió el conocimiento.

—¡Por Satanás!...

—Sor Margarita se desmayó también, y fue en busca del Doctor.

—¡Empiezo á comprender!—murmuró con voz opaca el escudero.

—Yo también comprendí que aquella oven era la pupila de D. Juan, y no se me ocultó que apenas recobrara el sentido, había de quedar en descubierto la farsa, y yo, comprometida y sin que me fuera posible defenderme. La confusión fué grande: la aproveché, salí del convento y hui, y aquí me tienes con la conciencia muy tranquila, porque con lealtad he cumplido lo que prometí.

Lucas quedó inmóvil: todo lo esperaba, menos lo que acaba de oír. ¡Margarita en el convento! Era una fortuna; pero, en cambio, quedaba en descubierto la farsa, y D. Juan debía considerarse perdido. ¿No había dado la Superiora aviso al Rey? Debía creerse que no, puesto que nada había hecho el Monarca, ni siquiera había llamado á D. Juan para pedirle cuentas de su proceder. ¿Y por qué llamaba á D. Juan de Haro? Inmediatamente caviló el escudero para explicarse lo que sucedía. La situación se había complicado.

—¡Está bien!—dijo después de algunos minutos.

—Ahora...

—Te esperarás á que yo haya conferencia con mi señor.

—No tengo prisa.

—Tendrás la prometida recompensa; pero te advierto que aún será preciso que hagas algo.

—¡Según!

—Nada que pueda comprometerte.

—¡Veremos!

Lucas volvió á la cámara de su señor.

—¡Vive el Cielo! ¡Acabaré por volverme loco!

—¿Qué pasa? ¿Quién es la mujer que haberte quería?

—¡Felicitao señor; pero también debéis temblar!

—¿Que me elicite?

—Ya sé dónde se encuentra doña Margarita.

—¡Ah!...

—En el convento la tenéis.

—¡En el convento!...

—Allí buscó refugio; le encontró, y ya la farsa está conocida por la monja...

—¡Lucas!...

—Mari-Juana se salvó milagrosamente aprovechando la confusión, porque la madre y la hija perdieron el sentido.

Frío sudor empezó á correr por la frente del señor de Haro. Pidió más explicaciones; quiso ver á Mari-Juana, á quien acosó á preguntas, y entre otras cosas supo que el médico á quien había llamado era Pedrosa.

—¡Estoy perdido!—exclamó al fin D. Juan.

—¿Y os sorprendéis?—le dijo su escudero. —Ya os advertí que el peligro era inminente. Sin embargo, me tranquiliza la circunstancia de que el Rey os haya dejado en paz, y creo que aún podremos conjurar la tormenta.

—¿Qué puedo hacer?

—Señor, haced un esfuerzo, dominaos, desaturdíos, y acudid al llamamiento de Sor Margarita. Tendréis que oír acusaciones y terribles amenazas; pero el resultado depende de vuestra habilidad. En último apuro, apelaréis á la generosidad de doña Margarita, que os perdonará fácilmente, porque ya nada tiene que temer de vos.

—¡Perdonarme la que tanto ha sufrido por mí!

—No os costará mucho trabajo hacerle comprender que la vengaza no mejoraría su situación, y que, por consiguiente, le conviene ser generosa, siquiera para tener una satisfacción y el derecho de mostrarse más severa y terrible el día que intentéis cometer nuevos abusos.

D. Juan se paseó por la cámara con agitación cada vez más violenta; Lucas, que se había respuesto, siguió aconsejándole. Por fin el caballero decidió visitar á Sor Margarita. Fué despedida Mari-Juana, entregándole una bolsa con buena cantidad de monedas de oro, y recomendándole reserva, y que á todas horas esperase órdenes: la tal salió muy contenta. El señor de Haro tomó un tente en pie.

—¡Vamos!—le dijo á Lucas.

—No olvidéis que de vuestra habilidad depende todo.

—Ya lo sé; pero estoy trastornado.

—No podéis quejaros de la fortuna, pues en realidad la situación es para nosotros mucho mejor que para nuestros enemigos.

—Tal vez.

—Por de pronto, la circunstancia de no haber dado Sor Margarita parte del suceso al Rey...

—Es una gran ventaja, sí.

—Mis esperanzas no se han desvanecido.

—Las mias tampoco, porque sin esperanzas me sería imposible vivir.

—Espero que ahora seguiréis mis consejos, porque la experiencia me ha dicho que son acertados.

—Me arrepiento de no haberlos puesto en práctica con más exactitud.

—La lección es dura; pero muy provechosa.

Así hablando llegaron al convento. Apenas pronunció su nombre D. Juan, acudió el demandadero haciendo profundas reverencias. Lucas quedóse en la portería, y el caballero entraba minutos después en la celda de la Superiora.

CAPÍTULO X

Una visita inesperada.

Antes de que Sor Margarita se repusiera de una sorpresa, debía experimentar otra, siendo así muy difícil que se desaturdiese. Después que quedó sola y reflexionó sobre cuanto acababa de decirle D. Juan, cuya audacia y cinismo la habían aturdido, llamó á su hija para seguir ocupándose en el mismo asunto. Buscaba un medio para realizar lo imposible: que el Rey consintiera en hacer feliz á su hija, dominando su egoísmo. Así pasaron cerca de dos horas, y en tanto que con lágrimas desahogaba su dolor, llegó á la portería D. Lope, solicitando ver á la Superiora.

—¿Quién sois?—le preguntó la hermana tornera.

No quería pronunciar su nombre el caballero, porque la prudencia le aconsejaba ser muy reservado, y decidió cometer un abuso que ya otras veces había cometido.

—Soy—respondió—un criado de Su Majestad el Rey nuestro señor.

—¡Un criado de Su Majestad!—exclamó la religiosa.

Y ya no se detuvo un instante, sino que dispuso que dieran aviso á la reverenda Madre.

—¡De parte del Rey!—exclamó ésta, mientras palidecía.

Por algunos momentos no pudo articular una sílaba: creyó de buena fe que iba á recibir contestación á su carta, y que si antes no la había recibido fué porque el Monarca debió de querer reflexionar muy detenidamente por ser demasiado grave el asunto.

—Que entre el enviado de su Majestad—dijo al fin,—y que dos novicias le acompañen, guardándole las debidas consideraciones.

Luego dispuso que á su celda se retirase la joven, y esperó con ansiedad creciente y con temor á la vez. ¡Con cuánta violencia latía su corazón! Bien pronto se levantó la cortina de la puerta, y apareció la interesante figura de D. Lope, cuya varonil belleza y noble continente llamaban la atención de todo el mundo.

—Reverenda madre—dijo al entrar y mientras se inclinaba respetuosamente,—dichoso me consideraría en estos momentos si no fuese desagradable el motivo de mi visita; pero creed que vengo impulsado por el deseo de hacer bien, en cuanto el bien sea posible con los medios de que dispongo.

El saludo no podía ser más extraño; pero probaba que el caballero no era un hombre vulgar.

—Bien venido seais; y cualquiera que sea el objeto de vuestra visita, os escucharé con la atención que merecéis y con la que merece la augusta persona que os envía. Sentaos, y si alguna carta traéis...

—Ninguna.

—Pues cuando á bien lo tengáis, explicaos.

—Ante todo he de pedir os perdón.

—¿Perdón decís?

—Sí, reverenda madre, porque una grave falta he cometido, un abuso de bastante importancia. Os he engañado.

Una mirada de profunda sorpresa fijó Sor Margarita en el caballero, que añadió:

—Soy D. Lope de Santisteban.

—¿Vos D. Lope?...

—Y no me ha mandado venir Su Majestad; pero he tomado su nombre para poder llegar á este sitio sin tener que pronunciar el mio. Ése es el abuso.

—Sin necesidad, puesto que si vuestro nombre hubieseis pronunciado...

—No me convenia, porque nadie debe saber que á esta santa casa he venido. Á vos, que separada del mundo estáis y que no conocéis cierta clase de intrigas, os parece que estos detalles no tienen ninguna importancia; pero os equivocáis.

—Perdón me pedis cuando haciendo estáis lo que más me conviene y deseo. ¡Ah! ¡No se equivocaba mi pobre hija al asegurar que era imposible que la abandonaseis y que la olvidaseis!

—Mucho me complace que doña Margarita haga justicia á mis sentimientos.

—Si supiese que os encontrarais aqui...

—Después se lo diréis, y la veré.

—Según parece, no os sorprende que á mi lado se encuentre mi hija.

—Me hubiera sorprendido hace dos horas—dijo D. Lope,—porque aún no había conseguido averiguar dónde se encontraba.

—¿Acaso no habéis visto la carta que últimamente escribí á Su Majestad?

—Ni noticias tengo de que la hayáis escrito.

—¿... ues si para vos no tiene secretos...

—Según, pues cuando le conviene, es reservado conmigo lo mismo que con todos.

—No comprendo eso bien.

—Sospeché que á Su Majestad habíais escrito; pero creí que vuestra carta tenia el mismo objeto que la anterior, y no pude sospechar que le participaseis que se habían engañado y que ya estaba en este recinto vuestra hija.

—Si, le di conocimiento del abuso que se había cometido; y aún no acertó á explicarme su indiferencia, pues ni me ha contestado, ni ha castigado al criminal como merecía. Tan extraño proceder lo explica D. Juan de Haro diciendo que el Rey, para evitarse disgustos y molestias, no quiere ocuparse en ningún sentido en este asunto, y que se muestra indiferente, porque ya tiene la seguridad de que ha sucedido lo que deseaba, que su hija está en el convento.

—No.

—Entonces...

—Su Majestad no puede haber leído vuestra carta.

—Si no la ha recibido...

—Sí.

—Pues recibíendola...

—Ha tenido miedo, y la ha guardado sin abrir, ó quizás la ha quemado.

—¡Imposible!

—Os lo aseguro, reverenda madre.

—Pero...

—Yo conozco al Rey.

—Yo también.

—Antes, en la época de vuestras desdichas; ahora no.

—Eso mismo dice D. Juan.

—Y la verdad dice por primera vez en su vida.

—¿Creéis que hubiera castigado al criminal si el crimen conociese?

—Y el castigo sería terrible.

—¡El Cielo os envía!

—No para lo que vos pensáis.

—Si mi carta no ha leído...

—Yo tampoco le daré á conocer el abuso.

—¡Caballero!...

—Os sorprendéis; pero me explicaré, y tengo la seguridad de que seréis de mi opinión.

—¿No queréis favorecer á mi hija?

—Sí.

—¿No deseáis el castigo de D. Juan de Haro?

—Con toda mi alma.

—Siquiera para que inutilizado quede.

—Perdonad; pero no habéis pensado que sería gran torpeza inutilizar á nuestro enemigo á costa de inutilizarnos también nosotros.

—Eso es incomprensible.

—Es muy sencillo y muy claro.

—Como vos no habéis cometido ningún abuso...

—El Rey no me castigaria, ya lo sé; sino que, por el contrario, me agradecería mucho que le diese á conocer la verdad.

—Pues siendo así...

—Adoptaría también tales precauciones, y tales cosas haría, que la felicidad de vuestra hija sería en absoluto imposible, mientras que ahora es hasta fácil.

—D. Lope, tenéis el don de sorprender.

Sor Margarita acabó de convencerse de que el señor de Santisteban era un hombre verdaderamente extraordinario: así se explicaba cómo había podido hacer su fortuna y cómo había conseguido ejercer en el ánimo

del Rey una influencia incontrastable. ¿En qué sentido podía ser ventajoso que impune quedara el crimen cometido por D. Juan? No lo adivinó la religiosa, y con asombro miró al señor de Santisteban. Éste, con la serena sencillez que le caracterizaba, prosiguió diciendo:

—Suponed que por una serie de circunstancias, de casualidades, de coincidencias que del caso no son ahora y que inventaríamos muy fácilmente, hubierais descubierto la farsa. ¿Qué hubiera sucedido?

—Al mismo tiempo que proceder contra la desdichada que se prestó á servir de instrumento para el criminal engaño, hubiera dado parte del suceso á Su Majestad.

—Supongamos también que, prevenida esa desdichada de que en descubierto quedaba el engaño, aprovechaba una ocasión cualquiera y desaparecía, como creo que ha sucedido, y lo creo, porque de ella no habláis.

—No os equivocáis, caballero.

—La situación sería entonces la siguiente: que el Monarca determinaría castigar terriblemente al señor de Haro, y mandaría que por todos los medios imaginables se buscase el paradero de su hija.

—Pero sucedería también...

—Adivino lo que vais á decirme.

—Tal vez.

—D. Juan pediría misericordia, fundándose en que, si bien había cometido el abuso, las consecuencias no habian sido desagradables, puesto que á vuestro lado se encontraba doña Margarita. ¿No era esto lo que ibais á decirme?

—Sí; lo habéis adivinado.

—Pues eso no sucedería.

—¿Cómo podéis asegurarlo?

—Porque alguien daría á D. Juan oportunamente aviso para que en salvo se pusiera; y como huria, se ocultaría y quizás saldría de España para estar más seguro, no podría decir nada al Rey.

—Comprendo.

—Inútil sería cuanto se hiciese para averiguar el paradero de vuestra hija, y de esto os respondo. Bajo mi amparo quedaría y al cuidado de mi noble esposa, amada y bien defendido su honor, y fuera de España, y cuando oportuno se creyese se casaría, volviendo á su

patria con otro nombre antes ó después de que muriera su padre. Nadie la conoce, y sin ningún temor podría presentarse al mundo. Así sería dichosa, en cuanto la dicha es posible para ella, y con el goce de vuestra hija vos gozaríais, porque así es como gozan las madres.

—¡Ah!...

—¿Os convencéis de que nos conviene guardar el secreto de lo que ha sucedido?

Por algunos momentos se sintió aturdida la monja.

El plan de D. Lope tenía tanto de ingenioso como de atrevido; pero era realizable, y sólo faltaba que Sor Margarita tuviese valor para ponerlo en práctica.

—Caballero, lo que acabáis de decir...

—¿Os asusta?

—No lo sé; pero...

—¿Os parece irrealizable?

—No puedo decirlo en este momento.

—¡Miedo tenéis, reverenda madre, y así lo dice vuestro rostro!

—¡Sí, tengo miedo!

—¡Cosa extraña!

—Por mucho que sea mi valor...

—¡Miedo una madre cuando se trata de la felicidad de su hija!

—Los peligros que á mí me amenacen no me espantan.

—¿Pues qué es lo que os infunde pavor?

—Lo que puede suceder á mi hija.

—Yo la protegeré.

—No sois omnipotente; y también podéis equivocaros.

—En esta ocasión no es probable.

—¿Y habéis contado con los sucesos imprevistos? ¿Habéis contado con esas coincidencias, esas casualidades que trastornan los planes más hábilmente combinados?

—Puedo verme en algún apuro; pero lucharé como he luchado siempre, y Dios me protegerá, porque favorezco la causa de la justicia.

—Podéis sucumbir, como han sucumbido muchos defendiendo una noble causa.

—En ese caso, os resignaríais, y vuestra hija nada perdería, puesto que lo peor que puede sucederle ya ha sucedido.

—Sin embargo...

—No es posible ganar sin arriesgarse á perder.

—Ciertamente.

—Y si nada arriesgamos, absurdo será que aspiremos á nada.

—No acierto á contestaros.

—Porque réplica no tienen mis razonamientos.

—Porque aturdida estoy.

—Pues recobrad la calma y medidad.

Motivo sobrado había para que la monja se aturdiese. Cada vez miraba con más asombro al caballero, que permanecía tranquilo y como si se tratase del asunto de menor importancia; su plan era demasiado atrevido; pero no podía serlo menos el que trazase Lucas. Los unos y los otros trabajaban y luchaban como quien ha llegado al último punto de la desesperación. Aspiraban á lo que era casi imposible, y, por consiguiente, tenían que cometer locura tras locura. Sor Margarita había dicho la verdad; no la espantaba ningún peligro para ella; pero si los que pudieran amenazar á su hija. Bien combinado estaba el plan de D. Lope; pero y los sucesos imprevistos, las casualidades y las coincidencias? Si la infeliz madre llegaba á decidirse, no sería sin apurar todos los medios y convencerse de que no le quedaba más recurso que el de la desesperación.

—Sí—dijo después de algunos minutos,—necesito meditar muy detenidamente, pues se trata de la suerte de mi hija, y no he de arriesgar su porvenir con ligereza.

—Aún podemos disponer de algunos días; y para que os sirva de gobierno, os daré á conocer á fondo la situación, pues hay muchas cosas que no puede habérosias dicho vuestra hija, porque las ignora.

D. Lope hizo un relato fiel de todos los sucesos, sin olvidar lo referente al Sr. Alfonso ni la historia del padre de Cabral. Explicó también el estado moral del Rey, y sus relaciones con él cuando se trataba de aquel grave negocio. Con atención profunda escuchó Sor Margarita. Las palabras de Santisteban fueron para ella torrentes de luz, y al mismo tiempo llenaron de amargura su alma. Cuando hubo concluido su relato el caballero, dijo:

—Ya podéis decidir con pleno conocimiento de causa.

—Gracias, caballero, pues acabáis de disipar las tinieblas de la ignorancia en que yo vivía. He sufrido mucho al oiros, porque habéis dicho verdades muy amargas; pero, en cambio, podré contribuir más eficazmente á la dicha de esa criatura, que es fruto de mi pasión y de mis debilidades. La llamaré, y la veréis. Hablad en su presencia como lo creáis más conveniente, y nada más os digo, porque consejos no necesita quien tanto vale.

Sor Margarita llamó, y mandó que dieran aviso á la novicia, la cual se presentó. No esperaba ver allí á D. Lope, y dejó escapar una exclamación de profunda sorpresa: estaba muy conmovida. Margarita pudo desahogar su corazón diciendo cuanto sentía, pues D. Lope le inspiraba la confianza más ciega. Éste tuvo buen cuidado de referir, como debía, la historia de Cabral, y así se disiparon los últimos escrúpulos de la infeliz joven. Convinieron en que se verían secretamente, adoptando todas las precauciones imaginables. El señor de Santisteban se despidió y salió.

—¡Madre mía!—exclamó la joven.

—¡Hija de mi alma!—dijo la monja.

Y se abrazaron, dejando que el llanto corriera por sus mejillas.

CAPÍTULO XI

Un descubrimiento y una amenaza.

D. Lope necesitaba á toda costa averiguar qué había sido de la carta escrita por la Superiora al Rey. Estaba claro que éste no la había leído; pero ¿la habría guardado sin abrirla? ¿La habría quemado para evitar tentaciones, suponiendo que su contenido era poco más ó menos como la del anterior? Si la carta no había desaparecido, sería imposible poner en práctica el atrevido plan trazado por el caballero, puesto que la Superiora no habría de contradecirse escribiendo nuevamente para asegurar que ignoraba el paradero de su hija. Todo aquel día y aquella noche caviló el señor de Santisteban.

Hasta cierto punto estaba tranquilo, y el enamorado mancebo había recobrado ya la calma, porque sabía que la hija del Rey encontrábase en el convento y libre, por consiguien-

te, de cierta clase de peligros. ¿Cómo habrían averiguado el paradero de Margarita? Al preguntar de casa en casa en todas las de la calle de Convalecientes, llegaron á la en que habitaba el honrado albañil, y éste respondió que había tenido la fortuna de proteger á la joven en cuanto le fué posible, acompañándola hasta el convento de San Plácido. Muy largamente quiso D. Lope recompensar al artesano; pero éste nada aceptó, fundándose en que no había hecho más que cumplir su deber. Sin embargo, no pudo rechazar la protección del caballero, y, por consiguiente, hizo su fortuna, que bien merecía por su honradez.

La circunstancia de haber quedado impúne hasta entonces alentó á D. Juan de Haro, que al día siguiente se presentó en la morada real. Allí le vió D. Lope. No hablaron, pero cruzaron una mirada demasiado expresiva. El señor de Santisteban entró en la cámara real. El Rey se encontraba mejor, y recibió con sonrisas y palabras agradables á su favorito.

—Doy gracias á Dios—dijo D. Lope—por la mejoría que revela el semblante de Vuestra Majestad.

—Se inclinó y besó respetuosamente la diestra del Monarca.

—Sí; mejor estoy, y me propongo pasear luego por los jardines, salvo que el tiempo no lo permita.

—El día está sereno—repuso Santisteban,—y el Sol calienta bastante.

—¡Gracias á Dios, pues ya sabes lo que me espanta el frío!

—También parece que está sereno el ánimo de Vuestra Majestad.

—Sí.

—Y me convenzo de que fué muy acertado lo de esas determinaciones enérgicas que...

—Mi querido Lope—interrumpió el Rey desplegando una sonrisa maliciosa,—veo que te consume la curiosidad como á una mujer.

—Pues es una curiosidad de que yo mismo no me doy cuenta.

—Algunas indicaciones te hice el otro día; y como no te dije nada con claridad, estás cavilando para adivinar en qué consiste la resolución que adopté.

—Si Vuestra Majestad me permite que le hable con franqueza...

—Así me complazarás.
 —Pues bien; no he tenido que cavilar mucho para adivinarlo todo.
 —Es posible que te equivoques.
 —Tal vez.
 —¡La pícara vanidad, mi querido Lope!
 —Al fin, soy una débil criatura.
 —Veamos si aciertas.
 —Lo que Vuestra Majestad se dignó decirme, me hizo comprender que había recibido una carta de Sor Margarita.
 —Sin que yo te dijese nada, pudiste saberlo por los gentiles hombres que estaban de servicio.
 —Ello es que no estoy equivocado.
 —Pero no es eso lo que importa, sino mi resolución.
 —Seguramente, ha consistido en guardar la carta sin leerla, ni siquiera abrirla.
 —¿Y dónde la he guardado?—preguntó el Rey con una complacencia pueril.
 —Señor..
 —Si más no aciertas á decirme, es poco. Has adivinado, pero á medias.
 —Me parece que lo importante no es el sitio donde Vuestra Majestad haya guardado la carta, sino el no haberla leído.
 —Te equivocas.
 —Apreciando así la cuestión..
 —Mi querido Lope, preciso es que te declares vencido.
 —Si es verdad que Sor Margarita escribió..
 —Verdad es.
 —Y si Vuestra Majestad determinó guardar la carta sin leerla..
 —Falta lo principal, la parte enérgica de mi resolución; y eso no lo has adivinado, ni es posible que lo advines.
 —No tengo exagerado amor propio—dijo D. Lope,—y me declaro vencido.
 —Pues voy á premiar tu modestia dándote á conocer el secreto.
 —Grande es la recompensa, porque es una prueba de confianza que me honra.
 —Pásmate, mi querido Lope: tuve valor para quemar la carta sin abrirla.
 —¡Señor!..
 —¿Parece que te asustas?
 —Es tan grave la resolución...

—Pues por eso precisamente tiene algún mérito.
 —Si Vuestra Majestad se arrepintiese..
 —No me arrepentiré de habermé asegurado alguna tranquilidad.
 —Sin embargo..
 —Ten por seguro que si leo la carta y contesto, Sor Margarita hubiera repetido sus quejas y no me dejaría momento de paz. Si á todas horas he de preocuparme de mi hija, si unas veces han de decirme que sufre y otras que es una criatura ruin, ¿para qué ha de estar en el convento?
 —Ciertamente.
 —No he querido sacrificarla, sino terminar para siempre este asunto.
 —Entiendo..
 —Me parece que Sor Margarita no volverá á escribirme.
 —Si no recibe contestación, ¿para qué ha de tomarse la molestia de escribir?
 —Lo que podía decirme en la última carta, lo adiviné.
 —¿Y no teme Vuestra Majestad haberse equivocado?
 —La equivocación era imposible.
 —Reducida la carta á cenizas..
 —Que el viento se llevó.
 —Y las dudas en cuanto á que la mujer que está en el convento sea la hija de Vuestra Majestad..
 —¡Deliras otra vez, mi querido Lope!
 —No he de convencerme sin ver á doña Margarita.
 —Y yo no quiero que vayas á verla, porque sería lo mismo que contestar indirectamente á su pobre madre.
 —Haciendo la visita por mi propia cuenta y advirtiéndome claramente que no iba por orden de Vuestra Majestad..
 —Tu situación con respecto á mí no permite eso.
 —Pues quedo con mis dudas.
 —Lo siento mucho, porque cuando los absurdos nos hacen cavilar, estamos en peligro de perder la razón.
 —¡Dios me libre de tan horrenda desgracia!
 —¿Has visto á D. Juan de Haro?
 —Al entrar.
 —¿Qué te ha dicho?

—No hemos hablado.

—Ya debe de estar tranquilo.

D. Lope hizo un gesto de duda.

—¡Oh!—murmuró el Monarca.—¡Eres increíble hasta la exageración!

—No lo niego.

—Lope, los crímenes no se cometen por el solo placer de hacer mal. Los abusos, de cualquier clase que sean, tienen un objeto, un fin.

—Ciertamente.

—¿Qué podía proponerse D. Juan de Haro al llevar al convento á otra mujer?

—Eso, señor, lo averguaríamos después de conocer el abuso.

—¿Y qué habia de hacer con mi hija?

—No lo sé.

—Convéncete: tus dudas son un delirio. La carta de Sor Margarita te impresionó demasiado vivamente, y has dejado que tu imaginación vuele y se extravíe.

—El tiempo dirá quién se equivoça.

—Y yo entretanto viviré tranquilo.

Como acabamos de ver, D. Lope averiguó lo que el Rey habia hecho con la carta. Lo que fué una desgracia dos días antes, llegó á ser una fortuna, pues quedaba Sor Margarita en libertad completa para referir los sucesos como le pareciese mejor, y asegurar que no habia visto á su hija. Enforzóse el señor de Santisteban para ocultar su contento, y la conversación tomó nuevo giro. Una hora después salía el Monarca para pasear en los jardines acompañado por D. Lope, á quien todos miraban con envidia. Cuando se separó de Felipe IV, encontróse con D. Juan en una galería, y le detuvo diciéndole:

—Es preciso que hablemos de un asunto de muchísimo interés.

—Dispuesto me tenéis á escucharos.

—Ahora no puedo explicarme.

—Pues cuando bien os parezca...

—Todas las noches estaré en mi casa desde las ocho á las nueve.

—Iré cuando tenga necesidad de hablaros; pero siendo vos quien hablar conmigo necesita...

—¡Mal pagáis mi generosidad!

—Caballero, tanto habláis de vuestra generosidad...

—Porque así conviene.

—Ni la he solicitado, ni la quiero.

—Entonces, me considero en completa libertad.

—Sí, hablad al Rey de mi pasión, y...

—De otro asunto le hablaré, y así cumpliré las órdenes que me ha dado.

—Haced lo que bien os parezca.

—Su Majestad quiere reposo, tranquilidad absoluta, y para evitarse conmociones que pudiesen alterar su salud, ha decidido desentenderse en cuanto sea posible de su hija.

—No lo ignoro.

—Poniendo en práctica esta resolución, no quiso leer la carta que Sor Margarita le escribió á la mañana siguiente de la noche inolvidable en que desapareció su hija, librándose así de vuestra persecución y de vuestros abusos.

Palideció D. Juan.

—Ignoro—dijo—si la monja ha escrito á Su Majestad.

—Sí; pero el Rey me entregó la carta para que yo la leyese y le diera cuenta de su contenido si necesario y conveniente me parecía.

—¿Y en esa carta?...

—Debéis suponer lo que dice Sor Margarita.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por la frente de D. Juan. El señor de Santisteban desplegó una sonrisa burlona, y dijo:

—¿Por qué palidecéis?

—¡D. Lopel...

—¿Y vuestra arrogancia?

—¡Oh!...

—La carta de Sor Margarita está en mi poder, y con ella puedo enviaros á un calabozo del alcázar de Segovia; es decir, á una prisión de Estado, á una de esas sepulturas donde el infeliz encerrado consume su existencia y exhala el último suspiro, separado del mundo y olvidado hasta de sus parientes.

—¡Ah!...

—No esperéis, pues, que me moleste en visitaros.

—Yo iré...

—Haced lo que bien os parezca; pero no olvidéis que vuestra vida depende de mi voluntad. Y si no comprendéis por qué soy tan generoso, meditad, y al fin caeréis en la cuenta

de que precisamente con mi generosidad me hago dueño de armas terribles con las cuales fácilmente puedo aniquilarlos.

—D. Lope, enemigos somos...

—Y nos odiamos.

—Pero quizás á todos nos conviene una tregua.

—Sí.

—Nada perderéis por esperar algunos días...

—Si no son muchos...

—Siquiera dos ó tres.

—Concedido tenéis el plazo.

—Os visitaré una noche.

—Todas os esperaré—dijo Santisteban.

Y se alejó, desapareciendo al extremo de la galería. D. Juan quedó inmóvil; sentóse aturrido como si un tremendo golpe hubieran descargado sobre su cabeza; sus ideas eran confusas, y se apoderó el pavor de su espíritu. Largo rato pasó sin que pudiera moverse, y al fin, haciendo esfuerzos sobrehumanos, exclamó con voz ronca:

—¡Estoy perdido!

Se pasó las manos por la frente, que tenía empapada en frío sudor, y miró en torno suyo.

—¿No estoy soñando?—murmuró.—¡Por desgracia, no es esto una pesadilla!

Era imposible que en aquellos momentos adoptase una resolución. Con pasos inseguros salió de la morada real y se encaminó á la suya, donde preguntó por Lucas.

—Está en su aposento, señor—le respondió el criado.

—L'amadde, y que inmediatamente venga.

—¡Por Satanás!—exclamó el escudero al ver el rostro lívido y desfigurado de D. Juan.—¿Qué pasa?

—¡Estoy perdido, completamente perdido!

—Explicaos, señor.

—¡No hay salvación posible! ¡Para salvarme, tendría que hacer sacrificios más duros que el de la existencia!

—No adivino...

—¡Acércate más! Sientate y escucha. ¡Antes mira si algún criado anda por ahí!

—Podéis hablar con descuido.

—Déjame descansar algunos momentos, porque mis ideas están en completo desorden.

La mirada del sirviente se había tornado sombría, y se fijó con ansiedad indescriptible

en el señor de Haro, que inclinó la cabeza y guardó silencio por algunos minutos.

CAPÍTULO XII

Lucas tranquiliza á su señor.

Con voz alterada por el miedo y por la ira, refirió lo que acababa de suceder en la morada real, escuchándole con atención profunda el escudero, cuyo rostro se contrajo más de lo que estaba. Sin embargo, no debió de dar al suceso tanta importancia como su señor ni considerarlo tan grave, porque desplegó una leve sonrisa y exclamó:

—¡Por quien soy, que el susto no me saldrá del cuerpo en muchos días!

—¡Ya lo ves—dijo D. Juan,—mi perdición!...

—Perdonad; pero no somos del mismo parecer. Os lo diré con franqueza, porque así debemos hablar, aunque me sea preciso olvidar el respeto.

—Lucas, tu tranquilidad, la casi indiferencia con que me has escuchado...

—¡Estáis aturrido, mi noble señor!

—No lo niego.

—Habéis visto fantasmas, y aunque no sois cobarde, os habéis dejado dominar por el miedo.

—¿Hay salvación posible para mí?

—Cuando os hayáis desaturdido me explicaré, y os convenceréis de que vuestro temor es infundado.

—Lucas, si no te conociese bien, creería que intentabas burlarte de mí. ¡Por Dios vivo! ¿Infundado dices que es mi temor?

—Sí.

—Pruébalo, y me habrás hecho un gran beneficio.

—La carta de Sor Margarita se encuentra en poder de D. Lope.

—Y si al Rey la presenta...

—¿Por qué no lo ha hecho? ¿Creéis que le ha detenido un sentimiento de generosidad?

—Cualquiera que sea la causa, lo que me importa es el hecho, y lo positivo, lo indudable, es que esa carta puede servir para mi perdición.

—No adivino lo que se propone el señor de Santisteban; pero de su extraño proceder

debe deducirse que si de la carta no ha hecho uso, es porque se contenta con obligaros á desistir de vuestros propósitos. Os amenaza, y cuando habléis con él os impondrá condiciones.

—Tendré que aceptarlas todas.

—Y que cumplirlas fielmente.

—Sí. ¿Y no quedará inutilizado? ¿No tendré que renunciar para siempre á satisfacer la pasión que me devora y que hace de mi vida un tormento? La alternativa es bien horrible: ¡morir, ó renunciar á la belleza incomparable de Margarita!

—Si D. Lope os exige que renunciéis á satisfacer vuestros deseos, renunciareis; si os prohíbe acercaros al convento, le prometeréis no pisar en vuestra vida aquellas calles, y responderéis de que no las pisará ninguna persona que ayudaros pueda en esta intriga; y si exige también que de la corte os alejéis...

—Tendré que prometerlo.

—Y que cumplirlo.

—Y exigirá también que tú...

—Os acompañaré en vuestro viaje.

—Aún no te entiendo.

—Si todas las condiciones aceptáis y fielmente las cumplís, por satisfecho tendrá que darse el señor de Santisteban, y no hará uso del arma terrible que Satanás ha puesto en sus manos, sino que únicamente se ocupará en favorecer al Sr. Domingo, haciendo lo posible para conseguir que Sor Margarita le ayude en su empresa.

—¡Mi paciencia apuras! ¿Quiéres explicarte con claridad?

—Poco tengo que deciros para que os tranquilicéis y os regocijéis.

—La tranquilidad es imposible en esta situación.

—Señor, ya tengo un plan de seguro resultado para sacar á doña Margarita del convento contra su voluntad y sin producir ningún escándalo, más sigilosamente que la sacamos de esta casa.

—¡Sacar del convento á Margarita! ¿Cómo? —preguntó ansiosamente D. Juan.

—Lo sabréis después; pero ahora quiero que tengáis ciega confianza en mí y que me autorizéis para hacer lo que se me antoje.

—Ciega confianza tengo en tu lealtad, y en

tu ingenio también; pero puedes equivocarte, Lucas, y la equivocación me costaría muy cara.

—Pues nada haré—replicó fríamente el escudero.

—¿Por qué guardas conmigo tanta reserva?

—Repito que el plan lo conoceréis; pero no ha de ser ahora mismo.

—Y entretanto...

—Cuando la noche llegue, iréis á ver á don Lope, le escucharéis y os someteréis á todo.

—Si en ello te empeñas...

—¿Podéis hacer otra cosa? Las circunstancias son superiores á vuestra voluntad.

El señor de Haro se puso en pie y comenzó á cruzar con pasos desiguales el aposento; cuanto más cavilaba, más se convenía de que le era preciso hacer lo que le aconsejaba Lucas, puesto que no tenía medios para resistir á D. Lope. Al fin dijo á su escudero:

—Dispón lo que quieras.

—¡Gracias, señor!

—¡Tan desesperado estoy!...

—No os arrepentiréis de haber confiado en mí.

Lucas salió de la cámara, porque tenía mucho que hacer para preparar cuanto antes el terrible golpe. D. Juan no estaba tranquilo, á pesar de las seguridades que le había dado el sirviente. El mayor de los sacrificios hubiera hecho por conocer el plan trazado por Lucas, pues le parecía imposible sacar del convento á la hija del Rey. Á las ocho en punto se presentó el escudero á D. Juan, diciéndole:

—¡Ya es hora!

—¿Me acompañarás?

—Sí, señor; porque solo no habéis de atravesar las calles.

—No tengo miedo.

—Pero otra cosa no he de hacer hasta más tarde, y será preciso que me acompañéis para ver á una persona que ha de representar gran papel en esta intriga.

—Te acompañaré, pues he prometido obederte.

—Cuando salgáis de la morada de D. Lope, os daré á conocer mi plan.

—Como quieras.

No hablaron más entonces. Veinte minutos

después entraban en la vivienda del favorito del Rey.

—Necesito ver á D. Lope—dijo D. Juan al portero.

—Subid, y os guiarán á la cámara de mi noble señor.

En el portal quedó el escudero, sin que le hicieran pregunta alguna. D. Lope recibió ceremoniosamente á su enemigo, le ofreció una silla y le dijo:

—Os molestaré muy poco, á menos que vos mostréis empeño en prolongar esta entrevista.

—D. Lope, estoy en vuestro poder, podéis aniquilarme con mucha facilidad, y, por consiguiente, me someto desde ahora. Decid lo que queréis, y si no me exigís nada imposible, cumpliré vuestras órdenes. Por lo demás, bien comprenderéis...

—Que me odiais.

—¡Como nunca!—dijo el señor de Haro, de cuyos ojos se escaparon dos centéllas.

—Entre nosotros es imposible una verdadera reconciliación.

—¡Sí, es imposible!

—La situación la conocéis.

—He perdido la partida, ya lo sé.

—¿Tenéis algún medio para tomar el desquite?

—Ninguno me queda, y por eso he dicho que me someto; pero tened entendido que si algún día me favoreciesen las circunstancias...

—Os revolveríais contra mí.

—No podemos engañarnos, D. Lope. ¿Para qué he de ocultar lo que siento?

—Sería trabajo perdido.

—Suponed que Felipe IV muriese esta noche.

—No se prolongará mucho su existencia.

—Pues mirad lo que hacéis, porque si no triunfáis mientras viva...

—¡Comprendo!

—Ahora decid le que bien os parezca.

D. Juan temblaba á impulsos de la ira. Para un hombre de su carácter, no había nada más horrible que la humillación por que estaba pasando. El señor de Santisteban no había perdido un instante la calma, y dijo:

—¿Prometeréis mucho?

—Cuanto se os antoje, porque tenéis levantado sobre mi corazón un puñal, y no puedo defenderme.

—Pero os conozco, y sé que las promesas no las cumpliréis con lealtad.

—En mi triste situación...

—D. Juan, cometeréis alguna locura.

—No lo sé.

—Contáis con mi generosidad.

—¡Vuestra generosidad!...

—Os ha salvado hasta hoy, pues no he cumplido algunas de mis amenazas, y seguiréis creyendo que ahora tampoco las cumpliré; pero todo tiene su término, y lo tiene también mi paciencia.

—Y vuestra conveniencia.

—Con franqueza os dije esta mañana que por conveniencia he sido generoso; pero ya no me conviene serlo.

—Bien lo sé.

—Si lo prometido olvidáis, D. Juan, como antes ha sucedido...

—¿Entregaréis la carta á Su Majestad?

—Sin ninguna vacilación.

—¿Qué queréis de mí?

—Que no os cuidéis de la criatura infeliz que ha sido vuestra víctima.

—No me cuidaré de ella mientras viva Felipe IV; pero después...

—Para después os dejo en libertad completa.

—¿Nada más queréis?

—Si acudís á otra persona para que trabaje por vos...

—No acudiré á nadie.

—Estoy en las mejores relaciones con Sor Margarita.

—Lo he supuesto.

—Nada podréis hacer sin que yo lo sepa.

—¿Queréis que me vaya de Madrid?

—No es menester tanto.

—Si lo exigís, lo haré; diré al Rey que necesito descansar porque mi salud está quebrantada á consecuencia de las luchas que he tenido que sostener para cumplir mis deberes, y me retiraré á mi casa de Segovia.

—Repito que no es menester tanto.

—Para mí tiene mi pasión más importancia que mi vida; y si renuncio á luchar, no es por temor á la muerte, sino porque espero que el Rey muera antes de que mi rival consiga realizar su deseo.

—Todo es posible.

—Por eso me resigno, D. Lope.

—Pues si vuestra promesa cumplís, no haré uso de la terrible carta que en mi poder se encuentra.

—¿Os ofenderéis si desconfío de vos como vos desconfiáis de mí?

—Tanto os desprecio, D. Juan, que vuestras ofensas no las tomo en consideración.

—Pues decidme, entonces, qué garantía tengo del cumplimiento de vuestras palabras. Me prometéis guardar ese documento terrible, y bien podéis hacer uso de él mientras yo cumpla lo pactado.

—¿Queréis que le queme?

—Sería lo más justo.

—Pero no lo más conveniente para mí.

—Puesto que en buenas relaciones estáis con Sor Margarita, otra carta igual puede daros en el caso de que yo no cumpla lo prometido.

—¿Y si circunstancias imprevistas me ponían algún estorbo?

—Vuestra previsión es exagerada.

—La experiencia me ha enseñado mucho, D. Juan. ¿Qué haríais si en mi lugar os encontraseis?

—Ya no existiría mi enemigo.

—Ahora habláis con franqueza.

—He venido para hacerlo así.

—Me pedís lo que no he de conceder.

—Entonces...

—Aceptad, si bien os parece: en libertad plena os dejo para todo, menos para atentar contra la hija del Rey. Á todas horas tendréis un espía.

—He contado con eso.

—El criminal que os ayuda no dará un solo paso sin que yo lo sepa, mientras que vos no os cuidaréis de mí para nada. Os queda prohibido salir de la corte; y si el Rey tuviese noticias de lo que hacemos, aunque la culpa no sea vuestra, sufriréis el castigo.

—D. Lope, lleváis la injusticia hasta la exageración.

—Las circunstancias me obligan.

—Si cualquiera persona, por odio ó por un celo mal entendido, da al Rey noticias que os perjudiquen...

—Esa persona puede trabajar por vuestra cuenta, aparentando que no os conoce. ¿Quién

ha de mezclarse en este asunto si vos no lo hacéis? Á doña Margarita nadie la conoce en Madrid, y, por consiguiente, nadie puede cuidarse de ella.

—Os equivocáis, porque cuando enferma estuvo la vieron tres médicos; otra vez puede enfermar, y...

—Los médicos no piensan más que en la enfermedad.

—La conocen también las monjas de San Plácido.

—Pero no conocen el secreto de su vida, ni mucho menos el de su amor.

—Sin embargo...

—Está dicho, D. Juan: si otra persona se mezcla en este asunto, vos pagaréis su indiscreción, porque inmediatamente presentaré la carta á Su Majestad.

—¿Y he de someterme á tales exigencias?

—Rechazadlas.

—¿Acaso puedo?

—Si valor tenéis para arrostrar el peligro...

—¡Vive el Cielo! ¡Valor me sobra; pero impotente soy!

El señor de Santisteban se encogió de hombros; corrientes de fuego se escaparon de los ojos de D. Juan. Parecía que dudaba, que vacilaba; pero sus dudas eran fingidas.

—¿Qué decidís?—preguntó al fin D. Lope.

—Me someto, como vos os someteríais después que os hubiesen reducido á la impotencia.

—Pues por mi parte, he concluido.

—Por la mía también—dijo D. Juan poniéndose en pie.

—Esperad mejores tiempos para vos, y cuando la ocasión tengáis...

—¡Os mataré!—dijo con voz reconcentrada D. Juan.

—Del dicho al hecho hay gran trecho.

El señor de Haro salió de la cámara y bajó, encontrando á su escudero en el portal.

—¡Vamos!—dijo.

Cuando en la calle estuvieron, exclamó:

—¡Cuánto he sufrido!...

—Lo comprendo, señor.

—¡Lucas, preciso es que muera D. Lope; absolutamente preciso, porque mientras él viva, será imposible la felicidad para mí!

—Todo se hará, mi noble señor; pero no tan

pronto como deseamos. Yo también me complacería viendo morir á ese hombre y á su criado; pero no es fácil acabar con ellos.

— ¡Los aborrezco más aún que á mi rival!

— Á vuestro rival podríais despreciarle si no contase con el apoyo de D. Lope.

— No quiere que salgamos de Madrid.

— Porque así nos vigilará más fácilmente.

— En cuanto á las demás condiciones, son las mismas que habías supuesto.

— ¿Las habréis aceptado?

— Sí.

— Pues tenemos cuanto necesitamos.

— Me habías prometido darme á conocer tu plan.

— Y ahora mismo cumpliré mi promesa.

— Te escucho.

Las palabras del escudero no debemos repetir las, pues su ingenioso y atrevido plan lo veremos puesto en práctica muy pronto. Escuchábase D. Juan entusiasmado, y así dejaron atrás varias calles. Cuando el escudero hubo terminado sus explicaciones, D. Juan exclamó

— ¡Vive el Cielo!...

— ¿Qué os parece?

— ¡Lucas, eres un gran hombre! ¡Desde hoy te considero como el mejor de mis amigos!

— ¡Mucho me honráis!

— Admiro tu acierto y la habilidad con que sacas partido de los antecedentes de esa mujer.

— Vais á verla, la escucharéis, y no os quedará duda de que ha de servirnos con la mejor voluntad del mundo.

— Si tiene la costumbre de entender en cierta clase de intrigas...

— Las circunstancias la obligaron, y pruebas dió de que sabía fingir admirablemente.

— ¡Esa mujer es un tesoro! ¡Vamos, vamos!

Llegaron á Santo Domingo, entraron en la calle de Convalecientes y luego en la de la Justa, deteniéndose á la puerta de la primera casa á la derecha.

— Aquí es—dijo el escudero.

— ¡Pues llama!

Pocos minutos después abrióse una ventana del piso principal y preguntaron:

— ¿Quién es?

— La persona á quien esperáis—respondió el sirviente.

— ¡Voy al momento!—Y se abrió la puerta, presentándose una vieja haraposa y con aspecto de bruja.

— ¿Y vuestra señora?—le preguntó Lucas.

— No ha querido acostarse por si veniais—respondió la vieja.

— Ha tenido acierto.

— Entrad, y que seáis bien venidos.

Los dejaremos por ahora. Basta decir que era de muchísima importancia la entrevista. Otro nuevo personaje ha de figurar en este drama; pero ahora no conviene que le demos á conocer. No transitaba alma viviente por la estrecha y tortuosa calle. Transcurrió una hora; rechinó la llave al girar en la cerradura, se abrió la puerta, y salieron D. Juan y su escudero.

— ¡Que Dios os acompañe y os libre de todo mal!—les dijo la vieja.

Dieron ellos algunos pasos, y se detuvieron.

— ¿Estáis satisfecho?—preguntó el cri-

— ¡Lucas, en cuanto lleguemos á casa he abrazarte, en prueba de mi cariño y de mi entusiasmo!

— Supongo que ahora no dudaréis del triunfo. Me parece que esa mujer...

— ¡Es un tesoro, según habíamos dicho!

— Representará su papel á las mil maravillas.

— ¡Cuánta diferencia en algunas horas!

— Sí; la situación cambia.

— Esta mañana me trastornaba el miedo, y ahora estoy loco de alegría. Si llegamos á triunfar, á ti te deberé la dicha, y rico serás, Lucas, porque te daré oro á manos llenas.

— Por supuesto, que no volveréis á cometer la torpeza de deteneros ante escrúpulos de ninguna clase.

— ¡Escrúpulos! ¡Harto me pesa haber llevado mi generosidad hasta el punto de guardar consideraciones á Margarita!

— Por su voluntad nada habéis de conseguir, aunque la amenacéis con la muerte; pero cuando por la fuerza seáis dueño absoluto de su hermosura, se someterá.

D. Juan estaba muy agitado; brillaban como luces fosfóricas sus pequeños ojos en medio de las tinieblas. Alejáronse de aquel sitio, y llegaron sin novedad á su morada.

¿Qué había determinado entretanto Sor Margarita? Vacilaba. Había conferenciado con su hija, y no hay que decir que á la joven le pareció muy bueno el plan del señor de Santisteban; pero la madre tenía miedo, no por ella, sino por su hija. Á pesar de todas las precauciones, la presencia de la hija del Rey había llamado la atención de las monjas, y la desaparición de Mari-Juana contribuyó mucho á dar á los sucesos un carácter misterioso que los hacía doblemente interesantes; se hicieron comentarios hasta de la circunstancia de tener el mismo nombre las dos mujeres que al convento habían ido de tan extraña manera.

CAPÍTULO XIII

El deber.

Á la mañana siguiente decidió D. Lope ir á Palacio, y después visitar á Sor Margarita para saber si ésta se había decidido; pero le anunciaron la visita de una persona á quien tenía que guardar muchas consideraciones: era el primogénito del noble duque de Híjar.

Los dos caballeros se saludaron cariñosamente. El heredero del Duque estaba pálido, y algo sombrío brillaba en su mirada.

—Una vez más—dijo gravemente—voy á mortificaros, á sabiendas de que ha de ser estérilmente; pero vuestro cariño será indulgente. Vuestra situación con respecto á mi noble y desgraciado padre la conozco bien; estoy convencido de que nada podéis hacer en su favor, y, sin embargo, á vos acudo, no para que me ayudéis con vuestra influencia, sino para que con vuestra clarísima inteligencia me deis luz. Además, cumplo así las órdenes de mi padre, según veréis por algunos párrafos de la carta que anoche recibí.

—Caballero—respondió D. Lope,—aunque de vuestra desgracia no me hablaseis, yo sufriría, porque ni por un solo instante olvido al hombre que con su generosidad y su cariño contribuyó tan poderosamente á mi dicha. Puedo cometer todas las faltas, todos los crímenes; pero jamás seré ingrato. Cuando preso pusieron á vuestro noble padre, con asombro del mundo y con mengua de la justicia, le defendí valerosamente, y Su Majestad oyó de

mis labios lo que nadie se hubiera atrevido á decirle. Se cometieron los mayores abusos, y despechados los jueces, llevaron sus rigores hasta la crueldad, aplicando el tormento á vuestro padre para arrancarle la confesión de una falta que no había cometido. No contaron con su valor heroico, con la fuerza incontrastable de su voluntad, y nuevo motivo de desesperación tuvieron al verle con una serenidad inconcebible mientras destrozaban sus miembros en el potro.

—¡Padre mio!

—No pudieron condenarle á morir, como hicieron con el desdichado Padilla y el marqués de la Vega de la Sagra; pero los jueces no querían reconocer que se habían equivocado, y apelando á sutilezas de todas clases, fundaron la sentencia de encierro perpetuo. El Rey, cuya conciencia no podía estar tranquila, quiso olvidar en cuanto era posible, y terminantemente me prohibió pronunciar en su presencia el nombre del duque de Híjar. Mi situación la conocéis: huérfano y pobre, fui amparado por Su Majestad; me protegió, me amó casi como ama un padre, y deudor le soy de grandes beneficios, de cuanto tengo, de casi todo lo que me ha hecho feliz. Yo me consideraba autorizado y libre para favorecer la justicia; pero no para ser ingrato. ¿Qué me era posible hacer? Lo que hubiera hecho con mi padre, pues el lugar de mi padre ocupaba el Monarca.

—Ya le habíais salvado la vida.

—Cumplí ese deber.

—Y vuestra obligación era también respetarle.

—Así lo hice; pero no pude dejar abandonado á vuestro ilustre padre.

—Hicisteis prodigios hasta penetrar en su encierro.

—Y quise devolverle la libertad con el auxilio del noble D. Luis de Vargas, del mejor de sus amigos.

—Mi padre quería justicia, y prefería morir antes que salir de su prisión como sale un criminal; quería que su inocencia se reconociera. ¿Qué le importaba la libertad si pesaba sobre él una sentencia infamatoria?

—Exageró vuestro padre. Tenía hijos, y el sacrificio debió hacer por ellos recobrando la

libertad, puesto que se le presentaba la ocasión. Al huir no hacía más que defenderse, porque víctima era de la injusticia más atroz.

—Conocéis su carácter...

—Aquella noche terrible pude penetrar hasta lo más recóndito de su alma. Sus guardianes dormían profundamente, porque yo les había dado un narcótico; de par en par estaba abierto el balcón de la cámara, y una escala permitía bajar á la calle, donde le esperaba el mejor de sus amigos. Sin embargo, declaró que de allí no saldría sino después que se hubiera reconocido su inocencia á la luz del día y en presencia de todo el mundo. Inútiles fueron mis razonamientos y mis súplicas: me vió desesperado y sufriendo horriblemente; me vió llorar...

—¡Oh!...

—Salí y allí le dejé, y con él quedó mi alma. ¿Creéis que puedo haber olvidado aquella noche? Más de catorce años han transcurrido, y ni siquiera ha querido escucharme el Rey.

—Los aduladores que le rodean os han puesto estorbos de todas clases, y ni las súplicas de mi padre para que la causa se revise, ni las mías pidiendo gracia...

—Ninguna ha llegado á Su Majestad. Si yo me hubiese atrevido á hablarle de semejante asunto, á pesar de mi influencia, de todo el cariño que me tiene, ya estaría desterrado. Cada día que pasa se hace más imposible la salvación de vuestro padre. Á vos os diré lo que á nadie diría, y mis afirmaciones las probaré con hechos.

—Vuestras palabras no necesitan pruebas, D. Lope.

—El solo recuerdo de vuestro padre espanta á Su Majestad.

—Porque su conciencia le acusa.

—Á costa de todo quiere tranquilidad de espíritu para prolongar su débil existencia, y esa tranquilidad todo lo sacrifica.

—Tomad y leed—dijo el ilustre caballero, sacando la carta que de su padre había recibido.

Después de hablar de otros asuntos de familia, el Duque decía lo siguiente:

«Mi salud es perfecta, puesto que no tengo ninguna enfermedad; pero siento algo que no acierto á explicarme, y seguro estoy de que

mi existencia no puede prolongarse mucho tiempo.

»La muerte no me espanta; la miro frente á frente y con serenidad, y á darme valor debe contribuir la circunstancia de ser víctima de la injusticia de los hombres, pues si sed de justicia tengo en este mundo de miserias, hartío de justicia debo ser en el mundo de la eternidad.

»Lo que me espanta es morir en la soledad de mi prisión, sin abrazar á los seres á quienes amo tanto, y morir sin que se reconozca mi inocencia.

»Habla con nuestro amigo Santisteban y ruégale que busque un medio, no para que se me conceda ninguna gracia, sino para conseguir que al Rey llegue mi voz. ¿Por qué no ha de escucharme Su Majestad? ¿Qué perdería por conceder esto á quien resignado y tranquilo sufre como yo?

»Si no le acusa su conciencia, no debe tener miedo á mi voz; y si mis jueces se equivocaron ó dieron satisfacción á sus particulares odios, razón más para que me escuche el Rey. Lo que pido se concedería al último criminal.

»Me ocupo en hacer los preparativos convenientes para dejar bien arreglados mis negocios.

»Ya ves que te hablo con calma de tan grave asunto.

»Repito que mi salud es perfecta; pero siento algo que me anuncia el fin de mi vida, algo que no tiene explicación ni nadie comprendería.

»No temas que el valor me falte en los momentos terribles; serenamente he vivido y he sufrido, y serenamente moriré.»

Con atención profunda leyó don Lope, y nerviosa palidez cubrió su rostro.

—¡Oh!—murmuró sordamente, devolviendo la carta.

Poniale en gran cuidado el triste presentimiento del Duque; presentimiento á que daba mucho valor. Á pesar de las seguridades que el noble preso daba en cuanto á su salud, creyó D. Lope que pronto tendrían que deplorar una desgracia irreparable. Había llegado, pues, el momento de hacer algo, de poner en práctica una resolución enérgica, de jugar el todo por el todo.

—¿Qué me aconsejáis?—preguntó al fin el hijo del Duque?

—Que os concretéis á esperar—respondió Santisteban.

—Á pesar de la sencillez con que mi desgraciado padre habla de sus presentimientos...

—¿Teméis una desgracia? Yo también.

—Pues, entonces, cada día que pasa...

—Es un tesoro que se pierde, y por eso aprovecharé los minutos.

—¿Qué pensáis hacer?

—Muy pronto partiré para León. Por segunda vez intentaré sacar de su encierro á vuestro padre, y lo conseguiré si él mismo no me pone estorbos.

—¡Sacarle de su encierro!...

—No es posible hacer otra cosa.

—¿Y no convendría intentar antes que el Rey?...

—Nada se conseguiría.

—Pediré una audiencia á Su Majestad.

—Quizás os la conceda; pero os recibirá en presencia de otras muchas personas, y apenas le habléis de vuestro padre, os interrumpirá para deciros que hará cuanto le permita la justicia. Pedid la audiencia, caballero, que yo entretanto prepararé mi viaje.

—No llevaréis á mal que dé el último paso. Ya sé que he de sufrir mucho al poner el pie en el interior de la morada real; pero quiero que mi conciencia quede tranquila. Y en cuanto á vuestro viaje...

—¿Qué os parece?

—Casi una locura. Es tan delicada vuestra situación...

—Caballero, si nada me fuera preciso arriesgar, ¿qué mérito tendría mi proceder? Tengo una deuda de gratitud, una deuda de corazón, y la pagaré en cuanto me sea posible, aunque me cueste la vida. Para cumplir sus deberes nunca se detuvo vuestro noble padre, y ejemplo dió de fortaleza de espíritu, de grandeza de alma. Hoy mismo, después de catorce años de encierro y en los instantes terribles en que presiente su cercano fin, le veis sereno y pensando ante todo en el cumplimiento de su deber. Ejemplo de tanta grandeza me dió también don Luis de Vargas, y en cuanto alcancen mis fuerzas, no he de ser menos que el más honrado y el más noble. Ya sé que arriesgo

más que la vida, mucho más; pero no me detendré, ni siquiera vacilaré un instante. Lo que me espanta no es el peligro, sino la entereza de vuestro padre, que puede hacer estériles todos los sacrificios.

—¡Alma noble!—exclamó el hijo del Duque.

—Conciencia recta nada más, caballero, porque la rectitud de la conciencia basta para engrandecer al más pequeño.

—D. Lope, no me sorprende lo que acabáis de decir, porque os conozco demasiado bien. ¡Que Dios os bendiga y os recompense con la felicidad que tenéis sobradamente merecida!

—Sobrada recompensa es la satisfacción de haber hecho algún beneficio, y hasta la vanidad de no haber sido vergonzosamente débil como lo son algunos desdichados. Ahora vais á conocer el secreto de una historia tristísima y horrible, porque si llego á morir en la empresa que acometeré muy pronto, á vos quedará encomendada la continuación de la obra empezada por mí.

—Os escucho, D. Lope.

El Sr. de Santisteban refirió todos los sucesos que nos son conocidos; y el hijo del Duque prometió proteger á Cabral y á la hija del Rey en el caso de que el generoso Santisteban sucumbiera. Una hora después se separaban, quedando D. Lope muy pensativo. Cuanto más reflexionaba, más se convencía de que era preciso acudir inmediatamente en socorro del Duque, pues si se dejaba pasar algún tiempo, no habría salvación posible. Adoptada esta resolución, quiso ponerla en práctica en seguida, para lo cual se fué á Palacio. Apenas le vió el Rey, le dijo:

—Algo desagradable te sucede, mi querido Lope.

—¡Muy desagradable, señor!

—¿Estás enfermo?

—Gozo de perfecta salud.

—¿Tu esposa?

—También.

—¿Pues qué pasa?

—Que postrado se encuentra D. Luis, y, según las noticias que he recibido, su estado es grave. Esta desgracia me obliga á suplicar á Vuestra Majestad que me permita salir de la corte por algunos días, pues D. Luis me

llama, y á su llamamiento no puedo dejar de acudir.

—Es verdad; pero ¿qué haré mientras tú estás ausente? Me quedaré solo en medio del bullicio de los aduladores cortesanos. ¿Con quién hablaré?

D. Lope guardó silencio; el Rey añadió:

—No quiero ser egoísta: el deber te llama, y no te pondré estorbos para que lo cumplas. Licencia tienes; pero vuelve en cuanto te sea posible.

—Mi ausencia no será larga.

—¿No sabes qué enfermedad tiene D. Luis?

—Lo ignoro, pues lo único que me dicen es que está muy decaído. Si Vuestra Majestad es bondadoso hasta el punto de concederme licencia, hoy mismo partiré.

—Licencia tienes. Di á D. Luis de Vargas que su salud me interesa, y que á Dios le pido que pronto la recobre por completo.

D. Lope salió de la morada real y á buen paso fué á la hostería, encontrándose allí con el Sr. Domingo, el Sr. Diego y el padre de éste. Fijando la mirada en el enamorado mancebo, le dijo:

—Siempre habéis sido esclavo del deber, y os hago la justicia de creer que vuestro valor no ha menguado. ¿Sabéis para qué necesita el hombre el valor? Pues no es para arrostrar serenamente los peligros, no es para morir con la sonrisa en los labios, sino para sufrir y resignarse sin que se entibie la fe en la justicia y en la misericordia divina.

—Sí, para sufrir es para lo que el hombre necesita el valor; pero no se me alcanza por qué me lo recordáis. Graves y severas son vuestras palabras, y nada bueno me dice vuestro semblante. ¿Me traéis la noticia de alguna nueva desgracia?

—Sí—respondió D. Lope sin vacilar.

El Sr. Diego de Paredes arrugó el entrecejo, y el anciano se estremeció.

—Explicaos—dijo Cabral,—que el valor no ha de faltaros.

—Ahora mismo iré al convento de San Plácido, después á mi casa, y en seguida partiré en compañía de Gil: correré, volaré, y muy pronto estaré en León.

—¡Higados de Lucifer!—gritó el Sr. Diego poniéndose en pie.—¿Á León os vais?

—Allí me llama el deber.

—¡Ahl...

—Aquí os quedaréis...

—¡Eso no!—interrumpió vivamente el enamorado mancebo.—¡Adonde vayáis iré!

—He dicho que os quedaréis.

—Pues no he de quedarme, porque vais en busca del peligro, y con vos me salvaré ó moriré.

—Sr. Diego, aquí es necesaria vuestra presencia. He determinado irme sin más compañía que la de Gil, y así lo haré.

—¿Cuál es la causa de tan repentina determinación?

—El duque de Híjar está enfermo, y temo que muera. Ya he pedido licencia al Rey, diciéndole que D. Luis de Vargas se encuentra postrado. Para representar bien la farsa, irá mi esposa á la casa de campo, y allí permanecerá durante mi ausencia. Dentro de una hora podréis verme en mi casa, y os daré instrucciones y consejos. No me detengo más, porque los minutos tengo contados. Pedid á Dios que me proteja para favorecer la causa de la justicia y pagar la deuda de gratitud que tengo con el noble y desgraciado Duque.

D. Lope fué al convento, donde explicó á Sor Margarita la situación, y le dió acertados consejos para evitar nuevas desgracias. Luego volvió á su morada, donde ya le esperaban el Sr. Domingo y el Sr. Diego. Con ellos y con Gil conferenció, conviniendo en el plan de conducta que á todos les convenía seguir; después habló con su esposa, dió órdenes, pusieron en movimiento, y una hora más tarde la esposa y los hijos de Santisteban entraban en un coche, y él montaba á caballo, haciendo lo mismo Gil y los demás criados que debían acompañar á la dama, pues los esposos debían separarse media hora después, siguiendo distintos caminos.

Hasta el Puente de Segovia los habían acompañado Cabral y el Sr. Diego. El primero cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil como una estatua; y el segundo arrugó el entrecejo, se retorció el bigote, y exclamó con voz reconcentrada:

—¡Por el Infierno! ¡Si á cuchilladas pudiera acabarse este negocio, pronto cambiaría la situación! ¡Pero me consuela que tarde ó tem-

prano he de retorcer el pescuezo al viejo ruin y criminal que en tales conflictos nos pone! Tengo que quedarme en Madrid, cuando hay tanto que hacer en León... ¡Fuego de Satanás! ¡Paciencia, que día llegará en que me sea posible desquitarme!

Y acercándose á su amigo, añadió:

—¡Señor Cabral, no olvidéis que ahora es cuando necesitamos dar pruebas de valor y de cordural!

—¡Margarita!—exclamó el enamorado mancebo.

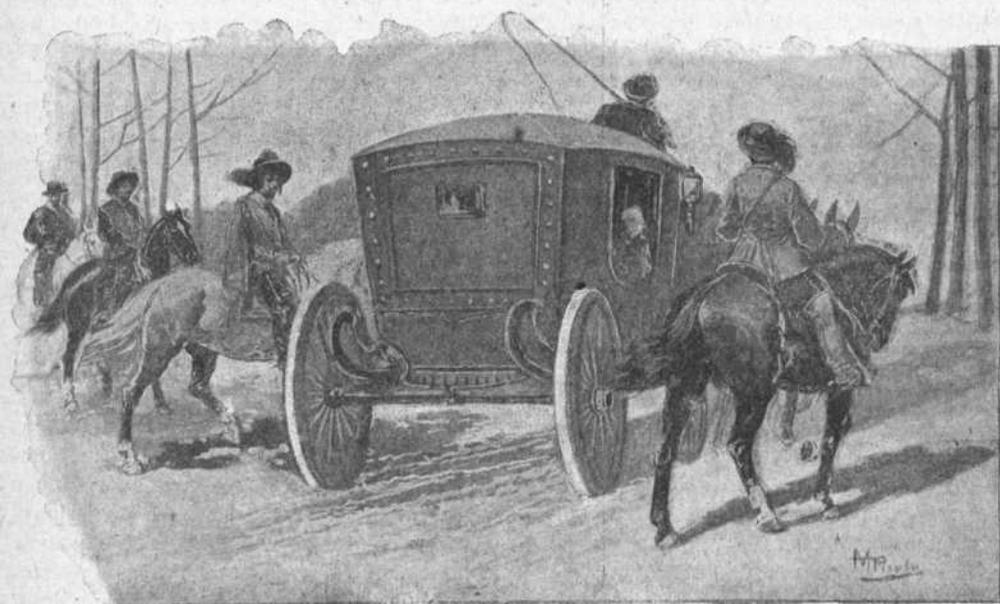
—Creo que por algunos días nos dejarán en paz.

—Y los aprovecharemos. En situaciones como ésta es cuando se aprecia el valor del tiempo.

—¿Has visto á doña Juana?

—Aún no hace una hora. El asunto está muy adelantado, y me parece que en esta misma semana todo se arreglará. No nos conviene apelar á ciertos recursos para ganar un día, porque daríamos lugar á sospechas.

—Sí; conviene que vaya al convento sin que llame la atención.



Él montó á caballo, haciendo lo mismo Gil y los demás criados.

CAPÍTULO XIV

Un ángel y un demonio.

D. Juan de Haro supo también que había partido D. Lope y dió la noticia á su escudero, que le respondió:

—Me parece que ahora no dudaréis de que os protege la fortuna como pocas veces protege á nadie. Mucho valen los dos hidalgos, pero es muy poco lo que pueden hacer sin el auxilio de D. Lope de Santisteban; por consiguiente, hemos ganado mucho.

Desde aquel día reinó la calma, si bien una calma aparente, que ocultaba la agitación más violenta.

D. Juan de Haro iba diariamente á la morada real, volvía á su casa y no salía para ningún asunto; su escudero salía poco también, y para ir solamente á la calle de la Justa. Nuestros amigos le espían á todas horas y con gran disimulo; tanto, que el escudero no pudo advertir el espionaje. Cinco días transcurrieron así. Ya las monjas no se preocupaban tanto de la hija del Rey, porque tuvieron objeto distinto para sostener sus conversacio-

nes. Decíase que otra novicia iba á entrar en el convento; una señora de cierta edad que había sufrido muchas desgracias, y que quería acabar tranquilamente su vida en las soledades del claustro. Sor Margarita reunió á la comunidad, oficialmente anunció que iba á tener una nueva hermana, y concluyó diciendo:

—Desconozco su historia; pero sé que ha sufrido mucho, que los desengaños la han convencido de lo que debe esperarse de este mundo de desdichas, y no anhela más que la paz. Estas circunstancias la hacen acreedora á nuestra consideración, porque no hay nada tan respetable como la desgracia.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, presentáronse dos mujeres en el convento: una parecía la señora, y la otra su dueña; ambas iban vestidas de negro y con anchos mantos que ocultaban su rostro. Abriéronse inmediatamente las puertas del sagrado recinto. La señora dijo á su dueña:

—Buena Aldonza, vamos á separarnos para siempre, y aunque para mí ya no existe el mundo, conservaré el más grato recuerdo de vuestra lealtad. Por espacio de diez años me habéis servido con fidelidad bien rara. Yo quisiera recompensaros como merecéis; pero no soy bastante rica para que vos lo seáis también. Venid á verme cuando bien os parezca, y rogad á Dios por mí.

—¡Señora mía!—exclamó la dueña, de cuyos ojos brotó el llanto.

Abrazáronse, y entre sollozos cruzaron algunas frases de tierna despedida.

Unos cuarenta y cinco años ó poco más representaba aquella mujer; negros como el azabache habrían sido sus cabellos, pero en gran parte habían encanecido. Bastaba el primer golpe de vista para comprender que habían agitado grandes pasiones su espíritu. Llamábase doña Juana Villegas, poseía algunos bienes, que había vendido, y con su producto pudo llevar á la comunidad un dote no despreciable. Fué conducida á la celda de la Superiora, en la cual entró con la serenidad de quien ha sufrido y no se impresiona fácilmente. Sor Margarita había dado á su semblante la expresión de gravedad que al acto convenía; doña Juana se acercó á la monja, se inclinó y la besó la diestra, quedando luego con la cabeza

inclinada sobre el pecho y la mirada fija en el pavimento.

—¡Que Dios os conceda su santa gracia!—dijo la Superiora.

—De su infinita misericordia necesito—respondió doña Juana con voz medio ahogada por los sollozos que contenía.—Mis sufrimientos son muchos; pero no menos mis faltas.

—Todas las perdona el Omnipotente cuando el arrepentimiento es verdadero.

—Reverenda madre, tengo que agradecer mucho á la misericordia divina, porque ha iluminado mi entendimiento, y así he podido desentenderme de las vanidades de este mundo, que abandono con alegría. Si el llanto veis en mis ojos, no es porque me pese haberme encerrado en esta sepultura de los vivos, que puede ser el camino de la bienaventuranza eterna, sino porque lloro mis culpas y me espanta lo inexorable de la justicia divina. Tengo necesidad de vuestros consejos, y el mayor beneficio me haréis si fortificáis mi espíritu en los momentos de tribulación, y si encendéis mi fe más y más en esos terribles instantes de dudas.

—En la oración encontraréis el consuelo y la fuerza de que necesitáis para seguir por el camino de la salvación. Yo soy también una criatura débil, más joven que vos y con menos experiencia. También he pecado, y temo el castigo que por mis culpas merezco. Si habéis sufrido, regocijaos, porque bienaventurados son los que sufren en este mundo de miserias; si lloráis, considerad que vuestras lágrimas son una dicha, porque los que lloran este mundo han de sonreír en la eternidad; y si vuestros dolores reconocen por causa las injusticias del mundo, felicitaos, que hartos han de ser de justicia los que de justicia tienen sed.

—Vuestras dulces palabras son un bálsamo para las heridas abiertas en mi corazón por la amargura de los desengaños—dijo doña Juana.

Con vivo interés la contempló Sor Margarita. Luego hizo que se presentase la comunidad, á fin de presentar á la nueva hermana. Ceremoniosamente fueron abrazando á doña Juana las religiosas, y lo mismo tuvo que hacer Margarita. La mujer criminal se estremeció ligeramente, y, aunque con disimulo, miró con ansiedad á la joven. No necesitaba que le dijese

que aquélla era la víctima de D. Juan, pues la conoció por el parecido que con su madre tenía, por su juventud y porque su aspecto la diferenciaba mucho de las demás. Terminada la ceremonia, fué instalada en una celda, y al verse sola se entreabrieren sus labios y desplegó una burlona sonrisa.

—¡Me parece—dijo que represento bien mi papel! No podía suceder otra cosa, puesto que lo que de mí se exige está en armonía con mis deseos, con mis antiguos odios. Al servir á D. Juan de Haro gozaré, porque veré sufrir á la que fué un estorbo para la satisfacción de mis deseos, para mi dicha. Después de tantos años... ¡Ah!... ¡Mis esperanzas se habían desvanecido, me había resignado, y ahora se me presenta la ocasión que tan afanosamente busqué!

Un relámpago se escapó de las pupilas de doña Juana; se contrajo violentamente su rostro y se cubrió de nerviosa palidez.

¡Pobre Margarita! Y D. Lope de Santisteban encontrábase muy lejos, dejando casi en completa libertad á sus ruines adversarios, pues poco ó nada podían hacer los dos hidalgos mientras no volviese á Madrid D. Lope. En cambio, doña Juana aprovecharía el tiempo, pues ningún estorbo había de encontrar. Muy pronto empezó á inspirar confianza á la hija del Rey.

Doña Juana empezó á cumplir sus deberes con la más escrupulosa exactitud. Tres días después fué á visitarla la dueña, y dos más tarde doña Juana, en uno de esos momentos de expansión de la amistad, dijo á Margarita:

—Sois muy desgraciada, quizás tanto como yo, y sufrís mucho. No lo neguéis, porque lo afirma vuestro semblante. Las criaturas que tenemos una dolorosa y larga experiencia penetramos en el fondo del alma sin ninguna dificultad.

La hija del Rey exhaló un suspiro.

—No habéis nacido para la vida religiosa—añadió doña Juana.

—¡Señoral!...

—Yo tampoco, y por eso á una celda no he venido sino cuando mis aspiraciones son absolutamente imposibles y cuando mis cabellos han encanecido. Me interesa vuestra suerte, porque vuestros sufrimientos son de la clase

de los míos, y os diré con franqueza lo que á nadie diría.

La joven miró con sorpresa á su terrible enemiga.

—Sí—prosiguió diciendo ésta;—os diré lo que á nadie puede decirse. Yo no hubiera dejado el mundo; pero el mundo me ha dejado á mí. Contra la vejez no hay lucha posible, y he tenido que declararme vencida. Mi historia os daré á conocer algún día, porque vos sabréis guardar el secreto, y os convenceréis entonces de que es muy poca la diferencia que hay entre vuestras desgracias y las mías. Pude ser dichosa; pero me detuve ante consideraciones que ningún valor tenían, y que á mí me parecieron muy graves, porque aún no me había enseñado la experiencia á discurrir. No puedo hacerme dichosa; pero tal vez mis circunstancias me permitan favoreceros en algún sentido. Si mis consejos necesitáis, os los daré, y si no contáis con amigos de fuera de esta santa casa, os proporcionaré también alguna persona que os sirva por mi mediación.

—Amigos tengo.

—¿Os sirven para poneros en comunicación con el mundo? Me parece que no, y quizás eso es lo que más necesitáis.

Muy turbada se sintió Margarita. ¿No sería una dicha recibir una carta de su amante y poder escribirle para darle seguridades de su amor? Sí; pero esto no se lo permitía su madre, á pesar de que quería favorecerla y de que le hubiera sido muy fácil proporcionar á los dos enamorados los medios de comunicación por escrito. Recordó que doña Juana había tenido una dueña con la cual conservaba cariñosas relaciones, y que iba á visitarla; por medio de ella, era posible recibir y enviar cartas, adoptando las precauciones que aconsejaba la prudencia. Dudó la joven; pero la pasión la impulsaba.

—Pues bien—dijo después de algunos minutos y con voz alterada;—sufro mucho, soy la más infeliz de las criaturas, y no os habéis equivocado al suponer que no he nacido para la vida religiosa. Pero las circunstancias de mi vida son de tal naturaleza...

—Os he observado con atención profunda, y tanto dolor he visto en vuestro semblante, que no he podido permanecer indiferente. Amáis, y

sois amada. Circunstancias que desconozco, pero que muy poderosas deben de ser, levantan un obstáculo entre vuestro corazón y el del hombre que os ama.

—¡Un obstáculo invencible!

—¿Quizás sois huérfana?

—Estoy separada de mis padres—murmuró la joven.

—¿Es digno de vos ese hombre?

—Sí, porque noble es su alma, y noble también su cuna.

—¿Tenéis la seguridad de que os ama verdaderamente?

—Completa.

—Pues, entonces, dispuesta me tenéis á favoreceros en cuanto dependa de mí.

—¡Gracias, señora!—dijo Margarita estrechando las manos de doña Juana.—Hay en mi vida un misterio...

—No quiero penetrarlo, ni lo necesito para hacer en vuestro favor cuanto me sea posible. Me basta dejarme llevar de los impulsos de mi corazón. ¿Cómo queréis que con indiferencia os mire, cuando vuestros sufrimientos son como los que yo misma he devorado?

—Si me fuera posible comunicarme con el hombre á quien amo...

—Es posible si sabéis disimular. Escribid, que yo entregaré vuestra carta á la fiel Aldonza, y á manos de vuestro amante llegará. Ella traerá la contestación, y así podréis poner os de acuerdo para lo que os convenga determinar.

—¿Con qué os pagaré tan gran beneficio?

—Sobrada recompensa será para mí la satisfacción de haber contribuido á endulzar vuestros dolores. Nada más deseo, porque todo acabó para mí ya en el mundo.

—¡Sois un ángel que Dios me envía!

—Sí, creo que la mano de Dios me ha traído á este santo lugar.

—Desde hoy...

—Seremos las mejores amigas; pero es menester que ocultemos nuestra amistad. No debemos permanecer mucho tiempo juntas, y por eso esperaré hasta mañana para daros á conocer mi triste historia.

—Ya conozco vuestra alma, y es bastante.

Se separaron. La hija del Rey se sentía muy agitada, y tuvo que hacer para dominarse

grandes esfuerzos. No le fué difícil proporcionarse lo que necesitaba para escribir, porque cuando se le antojaba, y sin ninguna ceremonia, entraba en la celda de su madre. Aquel mismo día escribió al Sr. Domingo, y entregó la carta á su pérfida amiga. Había una circunstancia que sirvió de base para la intriga: la de no conocer la hija del Rey la letra del Sr. Domingo; por consiguiente, era muy fácil escribir una carta y hacerla creer que la enviaba su amante. Dos días después se presentó la dueña, y con gran disimulo pudo doña Juana entregarle el papel. Desde aquel momento Margarita esperó con ansiedad inconcebible. Otra coincidencia favoreció á sus enemigos: á la mañana siguiente, cuando estaba con la Comunidad en el coro la hija del Rey, vió que un hombre atravesaba el templo, se detenía y volvía la cabeza para mirar al sitio donde las castas vírgenes rezaban; era el Sr. Domingo Cabral.

Muy poco faltó para que Margarita exhalase un grito. Creyó que había recibido su carta, y que acudía por eso á la iglesia.

CAPÍTULO XV

Lo que averiguó el Sr. Diego.

No estará demás que expliquemos cómo el Sr. Domingo decidió ir á la iglesia de San Plácido, pues así conoceremos su estado moral y sus ideas respecto á la situación. La noche anterior á la mañana en que ocurrió el último suceso que hemos referido, y cuando ya se había entregado al sueño el Sr. Alfonso, su hijo y Cabral después de la cena hablaban y bebían. No hay que decir cuál era el objeto de la conversación. El semblante del mancebo revelaba la tristeza más dolorosa, y estaba pálido y ojoso; la mirada de su amigo era sombría.

—Sr. Diego—decía Cabral,—preciso es vencerse de que D. Lope ha cometido una torpeza; lo cual no es extraño, pues al fin es un hombre como todos, y puede equivocarse.

—¿Y en qué consiste la torpeza?—respondió Paredes mientras echaba vino en un vaso.

—No lo ha previsto todo, y ha dado instruc-

ciones como si la situación hubiera de continuar lo mismo. Contó con que D. Juan cumpliría lo prometido.

—Eso no es exacto, Sr. Domingo, pues don Lope ha sabido siempre que vuestro rival continuaría la lucha, si bien con disimulo; y no ha sido poca fortuna nuestra si hemos conseguido averiguar lo de las visitas del escudero á la casa de la calle de la Justa.

—¿Y qué hemos conseguido?

—Nada, puesto que la mujer casi misteriosa que allí habitaba desapareció sin que nadie sepa adónde ha ido; pero algún día averiguaremos más. Por de pronto, no dudo que esa mujer está en relaciones con D. Juan para favorecerle en la intriga que nos interesa.

—Estamos lo mismo que antes, y, por consiguiente, las instrucciones de D. Lope son muy acertadas.

—Según vuestra opinión.

—Bebed, Sr. Cabral, porque veo que vuestra inteligencia se oscurece.

—¡Vive Dios!...

—Siempre resulta que nada podemos hacer mientras Sor Margarita no acabe de decidirse.

El enamorado mancebo fijó una mirada ardiente en su amigo, y le preguntó:

—¿Habéis contado bien los días que han pasado desde que partió D. Lope?

—Sí.

—¿Y creéis que puedo vivir sin ver á Margarita y sin siquiera saber cómo se encuentra?

—La prueba de que vivir podéis, es que vivo estáis.

—¡Sr. Diego!...

—No os enfadéis, mi buen amigo.

—¡Si amaseis como yo!...

—¿Podéis hacer algo más de lo que hacemos?

—Si en libertad completa me dejasen...

—Pues figuraos que libertad completa tenéis, porque nada os ha prohibido D. Lope; y hecha esta suposición, decidme lo que haríais. Viendo estáis que no pierdo la calma: si á vos os sucediera lo mismo, ganaríais mucho y tal vez mejoraría la situación.

El Sr. Domingo no acertaba á responder, pues la verdad era que nada podían hacer y tenían que esperar á que las circunstancias los favoreciesen. Sin embargo, el ingenio de

los que aman es muy fecundo, y Cabral dijo después de algunos momentos:

—Durante el día van las monjas varias veces al coro. Á las horas en que el templo se abre, puede entrar quien quiera, y si yo voy y en sitio conveniente me coloco...

—Puede suceder que os vea Margarita.

—Me verá; no lo dudéis. Yo la veré...

—Eso no, porque el coro está casi en obscuridad completa, y allí las monjas apiñadas y tras una doble reja. Todo lo más que conseguiríais sería distinguir confusamente bultos blancos ó negros, según el color del hábito que usen las monjas de San Plácido, lo cual ignoro.

—Pero si ella me ve, se convencerá de que no la olvido.

—Eso no es nada, puesto que la situación quedaría lo mismo, y no se trata de vuestras complacencias ó satisfacciones, sino de hacer algo que nos favorezca.

—Escribiré á Margarita.

—Podéis hacerlo; pero ¿cuándo llegará la carta á sus manos? Si de acuerdo estuviérais con anticipación, todo sería fácil hasta cierto punto; pero no sucederá así.

—Pues he de buscar un medio, y lo encontraré. ¡Ayudadme!

—Reconozco mi impotencia en esta ocasión.

—¡Vive el Cielo!...

—Cavilad, y contad conmigo para todo. En el sitio donde os encontráis caviló mucho también vuestro desgraciado padrè, y tramas encontró para hacer lo que imposible parecía.

El Sr. Domingo bebió, apoyó los brazos en la mesa, cerró los ojos y quedó inmóvil. Así transcurrió muy cerca de media hora, y al cabo el enamorado mancebo se pasó las manos por la frente.

—¡Y no lo había pensado antes!—exclamó.

—¿Parece que habéis encontrado lo que buscabais?—dijo Paredes.

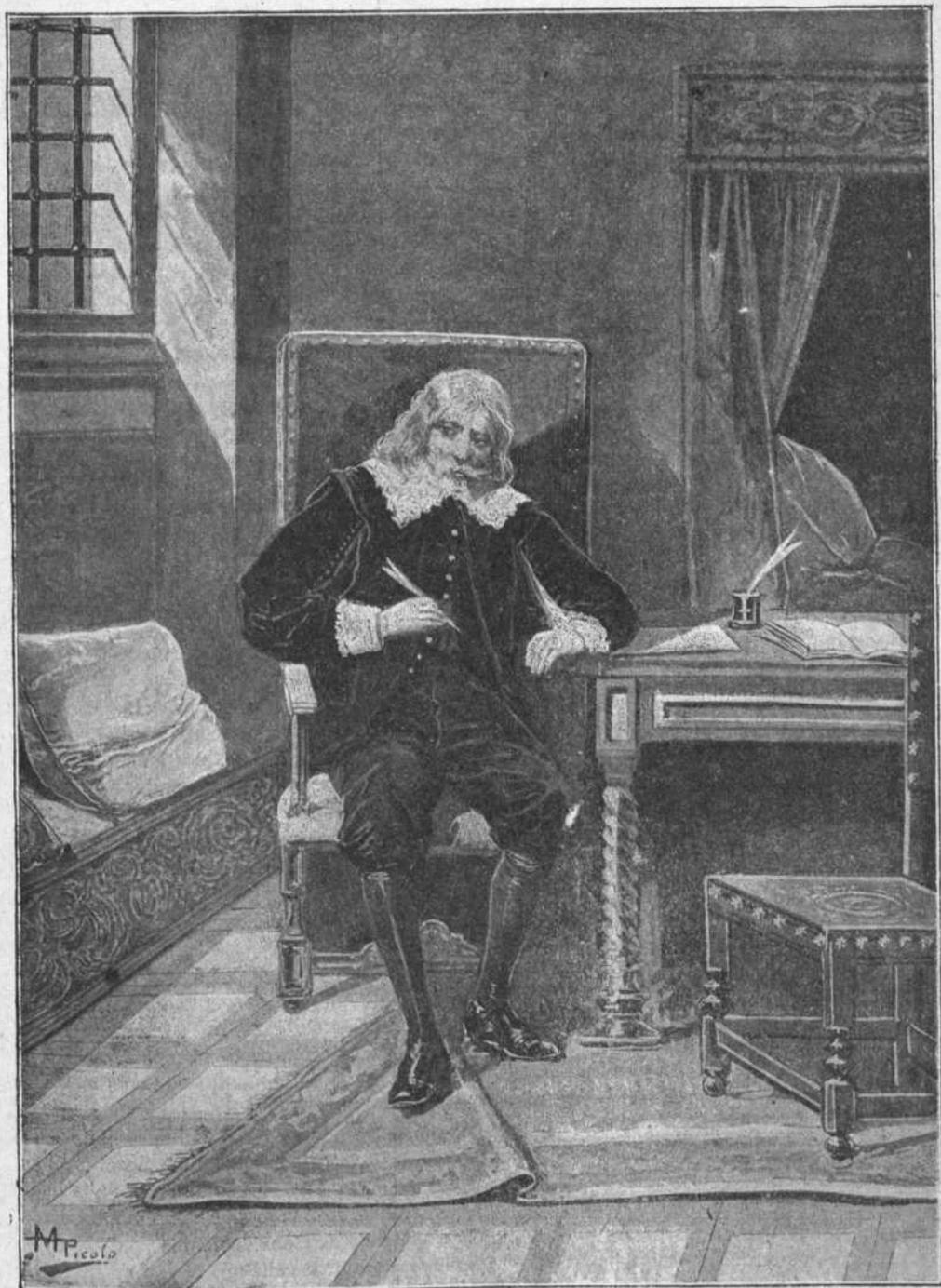
—Sí; me pondré en comunicación con Margarita, escribiendo y recibiendo sus cartas.

—¿Y cómo?

—Por la reja del coro le daré una.

—¡Loco estáis, Sr. Domingo! Lo cual no me sorprende, porque todos los que se enamoran pierden el juicio.

—Después haremos lo que sea más fácil y conveniente, pues, estando de acuerdo en to-



El Duque de Híjar.

dos los detalles, medios sobrarán para que vayan y vengan nuestras cartas. No es todo lo que deseo; pero por de pronto tendré un consuelo y un goce, que para mí es de grandísima importancia.

El Sr. Diego se encogió de hombros: la primera parte del plan era de fácil realización, pues nadie había de ponerle estorbos para ir al templo; pero en cuanto á lo segundo, pensó que había de llevar un desengaño, pues encontraría muchos inconvenientes que no había podido prever, incluso el de la disposición en que están colocadas las dos rejas del coro.

Hasta las die permanecieron reunidos, y luego se acostaron. Aquella noche durmió Cabral como hacía mucho tiempo que no dormía, con tranquilidad completa y soñando dulcísimo. Despertó antes de que el Sol saliese, se vistió, y apenas se abrieron las puertas de San Plácido, entró en la iglesia, se acercó al coro, examinó muy disimuladamente, aunque con atención profunda, las rejas, y desplegó una sonrisa. Acababa de convencerse de que no era ni siquiera difícil introducir una carta, colocándola al extremo de un palo delgado ó de un bastón. Empero quedaba por resolver el punto principal. ¿Cómo sabría Margarita que había de acudir para tomar el papel? Podía caer, si no lo cogía, en manos de cualquiera monja, y se produciría un escándalo cuyas consecuencias no era fácil prever. Al regresar á su posada le preguntó el señor Diego:

—¿Qué habéis conseguido?

—Cuanto era posible en estos momentos.

—¿Habéis visto á Margarita?

—Me parece que sí. Además, he examinado muy detenidamente las rejas del coro bajo.

—¿Y habéis encontrado un medio para avisar á Margarita y que acuda á recoger vuestra carta?

—Lo encontraré, no lo dudéis.

—Pues si eso conseguís, en vez de enviarle el aviso para que vaya al coro, debéis enviarle el papel, y nada más necesitáis.

—Sr. Diego, os burláis de mi plan.

—Almorcemos para recobrar las fuerzas y que vuestro entendimiento se aclare.

—¿Y vuestro padre?

—Tomó alimento, y salió á pasear por la plaza.

Según vemos, eran poco menos que un delirio las trazas que Cabral había buscado para ponerse en comunicación con Margarita: si lo conseguía pronto, quedaría descubierta la falsedad de doña Juana. Desde aquella mañana, quien quisiera ver al Sr. Domingo no tenía que hacer más que ir á buscarle al templo de la Encarnación Benita á las horas en que abierto estuviese. Entretanto el Sr. Diego, con el auxilio de otra persona á quien daremos oportunamente á conocer, seguía espionando á Lucas. Éste no había vuelto á la casa de la calle de la Justa; pero diariamente iba á otra de la calle de Segovia, de aspecto miserable.

—¡Averigüemos!—dijo Paredes.

No tuvo que trabajar mucho, pues á las pocas horas supo que allí se había instalado pocos días antes una mujer anciana que vivía pobremente, aunque con cierto decoro, y que, al parecer, hacía profesión de beata. Desde que esto supo el Sr. Diego se cuidó muy poco de Lucas, creyendo que toda su atención debía fijarla en la vieja; así, desde el amanecer situóse en las cercanías de la casa. Bien pronto, y con tanta sorpresa como alegría, vió á la vieja y la reconoció, pues era la misma que en la calle de la Justa servía á la mujer misteriosa.

—¡Por Satanás!—exclamó Paredes.—¡La intriga se hace cada vez más interesante, se enreda más, y más se oscurece; pero yo la pondré en claro ó dejaré de ser quien soy!

Mucho valía el Sr. Diego para negocios tales. Ni una palabra quiso decir de sus observaciones al enamorado mancebo; dejó que la persona de quien se servía vigilara á Lucas, y él se dedicó exclusivamente á espíar á la beata, siguiéndola como la sombra al cuerpo. De paciencia tuvo que armarse y de una constancia que en el hidalgo parecía inverosímil, pues otros cuatro días pasaron sin que la llamada Aldonza hiciera más que ir á misa y al jubileo. Por fin una tarde, después de rezar en la iglesia de Santo Domingo el Real, tomó la beata hacia la calle de Convalecientes, pasó por la embocadura de la calle de la Justa, y ni siquiera miró hacia su antigua posada; siguió sin sospechar que la espíaban, y entró en la calle del Pez.

—¡Que el Diablo me lleve—dijo el Sr. Diego—si no va al convento de San Plácido!

No era posible que la intriga adivinase; pero sí comprendió que la vieja trabajaba por cuenta de D. Juan en el gravísimo asunto que tanto interés tenía para todos.

—¡Está bien—murmuró Paredes;—ya tengo el hilo, y acabaré por encontrar el ovillo! El escudero iba á visitar diariamente á la mujer misteriosa á quien esta vieja servía. De repente ha desaparecido la señora, y la criada, que ha cambiado de condición, viene al convento donde está Margarita. Entonces pude averiguar que esta bruja se llamaba Manuela, y ahora sus vecinos la conocen con el nombre de Aldonza, circunstancia bastante para sospechar que no se ocupa en nada bueno. Ha llegado, y ha entrado en seguida, lo cual prueba que no es enteramente desconocida en esta santa casa, y que con alguna monja está en relaciones. ¡Rayos y truenos! El asunto se complica demasiado, y empieza á sucederme lo que al Sr. Domingo: que no soy de la misma opinión que D. Lope de Santisteban, pues me parece que la mejor solución sería aplastar al viejo ruin, y así todo concluiría de una vez. La prudencia es muy conveniente; pero llevada al extremo, puede hacernos mucho mal. No me atrevo á echar sobre mí la responsabilidad de ciertas resoluciones; mas creo que por de pronto sería lo más acertado hacer que esta bruja hable, lo cual no puede ser empresa muy difícil. ¿Debo decir lo que sucede al Sr. Domingo? Dudo, porque está trastornado, y sería posible que se dejara arrebatar hasta el punto de cometer la mayor de las locuras. Sin embargo, cuando el caso llegue, si es que llega, de que consiga ponerse en comunicación con la hija del Rey, convendría que preguntase si algunas noticias tiene de la tal Aldonza, y que la prevenga para que á todas horas esté sobre aviso.

Así discurrió el hidalgo por espacio de media hora, y mientras paseaba sin perder de vista la puerta del convento, la beata salió y por distinto camino se dirigió á su morada. Por la noche Lucas la visitó, y su visita duró muy cerca de una hora, lo cual probaba que de mucho interés era el asunto de que trató con la vieja. Mucho caviló el Sr. Diego, du-

dando si deb'a hablar de sus observaciones á Cabral. Al fin se decidió, y al día siguiente le dió cuenta detallada de todo lo que había visto.

—¡Por el Infierno!—exclamó el Sr. Domingo.—¿Y aún me aconsejaréis que no haga más que esperar?

—Algo hemos de hacer; pero no locuras.

—¡Viéndolo estáis: un nuevo lazo tienden á Margarita, y si los dejamos, conseguirán lo que desean antes de que vuelva D. Lope!

—¿Y cómo lo evitaremos?

—No lo sé; pero hemos de hacer algo, señor Diego.

—Ésa es mi opinión; pero ¿en qué consiste ese algo que conviene hacer? Aguzad el ingenio, amigo Cabral, pues yo reconozco mi impotencia y la confieso francamente.

—¿Por qué no hemos de pedir á D. Juan de Haro cuentas de su proceder?

—Porque para hacer eso no nos ha autorizado el señor de Santisteban.

—Nuestro enemigo hizo una promesa, y no la cumple.

—Á D. Lope le toca castigarle; pero sabéis que al hacerlo así nos colocaríamos en situación más apurada, pues sería imposible que del convento sacásemos á la hija del Rey. Yo no encuentro más que un recurso: prevenir á Margarita cuando sea posible hacer llegar una carta á sus manos, y entretanto, tener paciencia.

—¿Y si se consume el abuso?

—Vigilaremos á todas horas en los alrededores del convento.

El Sr. Domingo se entregó á los transportes de la desesperación. Mientras él se desesperaba, la hija del Rey considerábase feliz, y una y otra vez leía la carta que le había entregado su falsa amiga, y que creía firmemente escrita por su amado. No hay que decir que la había dictado D. Juan, y que, por consiguiente, expresaba la pasión más intensa. Por consejo de su amiga, y aunque muy á disgusto, quemó el precioso papel la desgraciada joven. En la segunda carta que recibiera debía proponérsele salir del convento con el auxilio de su traidora amiga, asegurándole que por de pronto quedaría bajo el amparo de la esposa de D. Lope, y que, por consiguiente, ningún peligro correría su honor. No debemos olvidar que Marga-

rita amaba con delirio, y, por lo tanto, no era difícil hacerla cometer todas las locuras. Vacilaría mucho antes de decidirse á separarse de su madre; pero al fin triunfaría su intensa pasión. Otra vez escribió al Sr. Domingo.

Le daba las gracias porque diariamente le proporcionaba la inmensa dicha de verle; le hablaba de su amor, y á Dios rogaba que pronto regresase D. Lope para poner término la situación, que consideraba insostenible. No había para la infeliz joven salvación posible mientras Cabral no consiguiera ponerse en comunicación con ella, y ya sabemos las dificultades que esto ofrecía. Regocijábale don Juan de Haro, porque Satánás seguía protegiéndole decididamente, y al mismo tiempo sufría mucho al leer las apasionadas cartas de Margarita. Lucas estaba tranquilo, porque no sospechaba que los dos hidalgos habían conseguido hacer observaciones muy peligrosas para él.

—¡Triunfaremos!—decía.

—¡Si—le contestaba su señor,—triunfaremos, y no me detendré ante ninguna clase de consideraciones ni escrúpulos!

—Y si os detenéis, os abandonaré, pues no he de trabajar para que sean estériles todos mis sacrificios.

El resultado debía verse pronto.

CAPÍTULO XVI

Los dos viajeros.

Tras las montañas de Occidente empezaba á desaparecer el astro del día; algunas nubes manchaban el horizonte; el aire era húmedo y frío; presentaba la tierra huellas de una lluvia reciente, y los caminos, si así podían llamarse los senderos de aquella época, estaban encharcados en algunos sitios y llenos de lodo en otros. Dos jinetes llegaban en aquellos momentos á la ciudad de León, de gloriosos recuerdos, y que representó en nuestra patria un papel de primer orden; eran D. Lope y Gil, cubiertos de lodo, lo mismo que sus cabalgaduras.

En su semblante se revelaba la preocupación y el disgusto por el temor de que no les fuera posible realizar su empresa. Desde que salie-

ron de Madrid, habían conferenciado para comunicarse sus ideas; pero no consiguieron trazar un plan de seguro resultado. Cuando se encontraban muy cerca de la población, Gil levantó la cabeza y murmuró:

—Doy gracias á Dios, porque hemos llegado felizmente, si bien calados hasta los huesos y bi-n molidos.

—No es el principio lo que importa, sino el fin.

El sirviente hizo un gesto de duda.

—¿Desconfiáis?—dijo D. Lope.

—No lo niego, señor.

—Cuando llegue el instante supremo, se iluminará nuestra inteligencia; nos inspirará Dios, no lo dudes, y encontraremos recursos para dar cima á nuestra empresa. Pero hay una cosa que me espanta: el carácter del Duque, sus ideas, la fuerza incontrastable de su voluntad.

—Señor, me parece imposible que después de más de catorce años de encierro...

—Lo que digo lo comprenderías si conocieses como yo al noble Duque.

—Cuando conozca los sacrificios que habéis tenido que hacer, lo que habéis arriesgado...

—Tal vez, mi querido Gil.

—Y si presente un fin cercano, deseará más vivamente abrazar á sus hijos y morir en su casa, aunque sea fugitivo y oculto, en vez de exhalar el último suspiro entre los muros de una prisión.

—En eso se funda mi esperanza.

—Lo que yo temo es que las circunstancias nos pongan estorbos insuperables. Sacar al Duque de su encierro, es empresa más difícil que la de sacar de su sombrío calabozo al anciano Paredes. ¡En mal negocio nos hemos metido! Me parece, y perdonad que os lo diga con franqueza, que habéis exagerado en cuanto al cumplimiento de nuestro deber. Al hombre no hay derecho para exigirle más de lo que humanamente puede hacerse.

—Por eso hago cuanto puedo.

—Hacéis más, señor.

—Si yo me encontrase preso y de ti dependiera mi salvación, ¿no harías lo que yo hago?

—Es que yo estoy obligado.

—Gil, yo debo al Duque más que tú á mi, y es tan sagrada la deuda, que para pagarla tengo obligación de olvidarme de todo, hasta de mi

esposa y de mis hijos. Sobre este punto no hay nada imposible para un hombre honrado.

—Es verdad; pero...

—Busquemos trazas para dar cinta á nuestra empresa, y pidamos al Omnipotente la protección de que tenemos tanta necesidad. Hemos principiado, y tenemos que concluir. Ya estamos en León, y no hemos de retroceder sin haber hecho nada.

—Pues busquemos donde aposentarnos, y disponed, que dispuesto me tenéis para todo.

—Nos instalaremos en una posada cualquiera, porque no nos conviene llamar la atención.

—Por el ropaje no han de suponer que sois un gran señor, pues estáis vestido bien modestamente.

Entraron en el anchuroso zaguán de una posada. Acudió el posadero haciendo reverencias para pedirles órdenes.

—¡Habitación y comida!—dijo D. Lope.

—Servido será vuestra merced con el debido respeto—respondió el huésped.—Precisamente ningún otro viajero hay en mi casa, y podrá vuestra merced aposentarse donde mejor le parezca.

Un criado se encargó de llevar las calbagaduras á la cuadra; el posadero, á pesar de la sencillez y modestia con que se presentaba D. Lope, comprendió que trataba con personas de mucha distinción.

—Por aquí—dijo,—si á bien lo tiene vuestra merced. Os llevaré al mejor aposento de la casa, y arreglaremos en seguida otro para vuestro criado.

—Conmigo ha de quedar, pues así me conviene para que me sirva mejor.

—Entendido, señor caballero; y para que vuestra merced esté con la debida comodidad, le ofreceré una cámara que dos alcobas tiene, y así estaréis al mismo tiempo juntos y separados.

La mejor habitación de la posada era bastante mala; pero el señor de Santisteban dijo que le parecía muy buena. El Sol acababa de ocultarse.

—¡Luz y la cena!—dijo Gil.

—¡Al momento!

—Y tened entendido que á mi señor le agrada tratarse bien.

—¡Contento quedará!

Según el posadero había dicho, había dos alcobas en la sala donde se instalaron los dos viajeros. Llevó la cena el posadero, y mientras comían, con tono de indiferencia D. Lope pidió algunas noticias de la población, concluyendo por hablar del duque de Híjar, como se habla de un asunto cualquiera más ó menos curioso.

—¡Bah!—dijo el posadero.—Nadie piensa ya en el señor Duque, pues después de tanto tiempo como ha pasado desde que vino, no es una novedad.

—Yo le conocí en la corte—dijo el señor de Santisteban,—y desearía verle.

—Pues no será imposible, porque algunos caballeros de la ciudad han conseguido que se les dé licencia para visitarle, y á vos tampoco os lo negarian.

—Debe de estar muy quebrantada la salud del preso.

—Dicen que no.

—Tanto tiempo encerrado...

—Pero le tratan bien, y tiene dos de sus criados que le cuidan, de manera que todo consiste en que no sale del castillo; pero como nada le hace falta y le respetan mucho, resulta que su prisión es casi una ceremonia. Peor debió de estar D. Francisco de Quevedo, pues aunque los frailes de San Marcos le dejaban casi en completa libertad, tenía que asistir al coro al mismo tiempo que la comunidad, rezar como los frailes rezaban, ayunar cuando ayunaban todos, haciendo, en fin, una vida que no debía de estar muy conforme con su carácter alegre.

—Á pesar de todo lo que decís del Duque, su situación debe de ser horrible.

—Sus criados no dicen eso.

—¿Los conocéis?

—Como todo el mundo, pues, aunque con ciertas precauciones, los dejan salir diariamente para comprar la comida de su señor. Y por cierto que se trata bien, pues todo lo mejor que hay en el mercado va al castillo. El Alcaide ha tomado un cocinero que paga el Duque, y cuando necesita ropa, va el sastre. Está privado de andar por donde se le antoja y de ver á sus hijos; pero á todo nos acostumbramos, y en más de catorce años que

hace que el Duque se encuentra preso, deba de haberse habituado á esa clase de vida.

—¿Le habéis visto alguna vez?

—Nunca, señor.

—Deben de vigilarle muy cuidadosamente.

—En cuanto á eso, pasa lo mismo que en todo: según el tiempo transcurre, el deber se cumple más flojamente. Los criados del Duque aseguran que su noble señor ha jurado no salir de su encierro mientras no se reconozca su inocencia, y que, por consiguiente, podrían dejarle sin ninguna guarda y abiertas de par en par las puertas del castillo.

D. Lope hizo un movimiento tan marcado de disgusto, que el posadero le preguntó:

—¿No le parece bien esta salsa á vuestra merced?

—Sí.

—Se cuentan del señor Duque cosas muy raras; entre ellas, que se pasan muchos días sin que una palabra pronuncie.

—Señal cierta de que cavila demasiado.

—Me parece que no hay esperanza de que salga de su prisión.

—Eso dicen.

—Su delito es muy grande.

—No lo sé.

—Sois mucho más joven que yo, y no podéis recordar los sucesos de aquella época. Yo soy un vasallo leal, y me horrorizo lo mismo que todos. ¡Dios haya perdonado á Padilla y á los demás que se metieron en aquel endiablado asunto!

—¡Dios los perdone á todos!

Vuestra merced, que de la corte debe de venir, podrá decirme si es cierta la voz que corre de que la salud de Su Majestad se halla muy quebrantada, pues hay quien asegura que muchos días ni siquiera deja el lecho.

—Está débil, y nada más.

—Si muriese, sería una gran calamidad para los reinos, porque el Príncipe es un niño, y tendríamos regencia, con todos los males que son consiguientes.

Cuando acabaron de cenar despidió D. Lope al posadero, diciéndole que los dejase dormir hasta la hora que les pareciese bien.

—Ya lo has oído—dijo D. Lope á su criado.

—El Duque no quiere salir de su encierro si no se reconoce su inocencia.

—¡Parece imposible!

—Sus ideas son las mismas que hace catorce años.

—¿Es decir que todo lo que hacemos?...

—Será completamente inútil.

—¿Y no encontraréis un medio para obligarle?

—No se obliga á un hombre que tiene una voluntad tan firme como la suya.

—¡Oh!...

—Cumpliré mi deber y tranquilizaré mi conciencia; pero nada más.

—Señor, no quiero perder la esperanza.

—Yo tampoco; pero la desvanecerán los sucesos.

—¡Dios quiera que os equivoquéis!

Apenas habían dormido las noches anteriores, y tan fatigados estaban, que se entregaron al sueño apenas se dejaron caer en el lecho. La verdad es que su situación no tenía nada de risueña.

CAPÍTULO XVII

El duque de Híjar.

Era espacioso y de buenas condiciones el aposento que de prisión servía al Duque: una gran ventana con fuerte reja daba entrada á la luz durante el día; los muebles, pocos y sencillos, eran dignos de la persona á quien fueron destinados; en uno de los extremos de la habitación estaba el lecho, lujoso hasta cierto punto; la puerta, abierta á todas horas, tenía llaves y cerrojos que no se usaban. En el aposento inmediato había dos camas, donde dormían los criados del Duque, y allí se veían algunos otros muebles. Para entrar en esta habitación era preciso pasar por la en que constantemente había dos soldados, que vigilaban y dormían alternando.

Entre estos aposentos y los que ocupaba el Alcaide había otros que no servían más que de paso. En la planta baja estaban los soldados que guarnecían el castillo, con su oficial, el cocinero pagado por el Duque, y los criados del Alcaide, sin autorización del cual no se podía entrar en la habitación del preso, á quien por espacio de un año se vigiló á todas horas tan cuidadosamente, que ni un solo instante

se le perdía de vista; pero convenciéronse bien pronto de que el Duque no tenía intención de fugarse, y de que ni siquiera aprovecharía la ocasión de hacerlo si se le proponía.

Convenciósese el Alcaide de que su descuido no le comprometía, y descuidósese más cada vez: los soldados le imitaron. Los criados del Duque, que muy de veras se interesaban por la suerte de su señor, le hablaron más de una vez de las facilidades que se presentaban para una fuga; pero nunca el Duque quiso escucharlos, ó si los escuchaba, les decía que era

amigos muy poderosos que hubieran podido atender sus quejas y hacer al Alcaide mucho mal. Si otorgaba licencia para que le visitase algún caballero, tenía la obligación de estar presente para oír lo que hablaban; pero esta obligación no quiso cumplirla nunca. No tuvo por qué arrepentirse. Cerca de quince años habían transcurrido, y el Alcaide se convenció de que el Duque no intentaría salir de su encierro, como el Rey no lo dispusiera así.

También el Alcaide era hombre de corazón. Allí estaba desde que fué el Duque, y en fuer-



Dos jinetes llegaban en aquel momento á la ciudad.

firme su propósito de continuar preso mientras no resplandeciera su inocencia.

Algunas concesiones se hicieron al Duque para su bienestar, previa autorización dada por el Ministro en nombre del Rey, aunque el Rey no se mezclaba en este asunto; entre otras, la de poder recibir cartas de su familia y escribir á ésta, si bien quedando autorizado el Alcaide para abrir y leer todas las cartas. No hizo uso nunca de tal autorización, porque le pareció gravísima ofensa al Duque, y porque no le convenía desagradar á éste, pues al fin era un gran personaje, y aún conservaba

za de tiempo y de trato, era natural que le cobrase cariño, y forzoso que le estimara, pues no hay quien deje de estimar á hombres que valen lo que el Duque valía.

El noble Duque se mostró siempre afable y atento con el Alcaide, manifestándole su gratitud por las consideraciones de que era objeto. Al rayar el día dejaba el lecho; pero no se acostaba muy temprano, porque era poco lo que necesitaba dormir. Aunque leía mucho, su vida no podía ser más monótona ni más triste. Imposible parecía que no se resintiera la salud de quien estaba acostumbrado al incesan-

te movimiento y ruido de la corte y á la compañía de su familia; pero la organización del Duque era verdaderamente privilegiada, y no sufrió ni la más leve enfermedad.

Pero envejecía, y disminuían sus fuerzas. Un mes antes del día en que estamos pudo verse que el ilustre personaje estaba más triste y preocupado que nunca. Preguntáronle si su salud se había quebrantado, y respondió negativamente, si bien añadió que comprendía que la pendiente que conduce al sepulcro era más resbaladiza á cada momento, y que, por consiguiente, debía llegar pronto al término del camino de esta vida. Desde aquel momento se mostró más comunicativo, hasta con sus criados, más cariñoso, y con apariencias de vivo interés hablaba de asuntos que ninguna importancia tenían ó que antes había mirado con indiferencia.

También pasaba muchas horas escribiendo, y no eran cartas para su familia, pues lo que escribía lo dejaba en uno de los cajones de la mesa: se despedía del mundo, escribiendo unas Memorias que debían de tener mucho valor histórico y no poco relativamente al corazón humano.

Para las conciencias rectas y los corazones honrados no hay nada tan amargo como la injusticia, y de injusticias atroces habia sido víctima el Duque. Para comprender esto es preciso recordar algunos sucesos de su vida. Quisieron que tomara parte en una conspiración cuyos fines eran casi un delirio: escuchó, fué prudente, se negó á tomar sobre sí la responsabilidad de ciertas determinaciones, y guardó la más absoluta reserva. No faltó quien de su nombre abusara, y así pudo verse comprometido; pero en realidad era inocente. Su delito consistió únicamente en negarse á delatar á los conspiradores, y para obligarle

cometer tan ruin acción apelaron al tormento. El Duque sufrió el bárbaro martirio con una entereza que no se concibe, pues ni una queja exhaló. No murió en el potro gracias á su organización resistente. Después de tratarle como al último criminal, le condenaron á pasar la vida en un encierro. Á las nueve de aquella noche velaba todavía el Duque, sentado junto á la mesa, y parecia revisar lo que acababa de escribir. La lluvia se-

guía cayendo y azotaba los vidrios de la ventana. Los dos criados dormían profundamente, y también los dos soldados, que aprovecharon los restos de la suculenta cena del Duque, sin olvidarse del vino, que era añejo y de la mejor calidad.

De repente cambió la expresión del semblante del Duque: sus labios se entreabrieron, y desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga.

—¡Ésta es la gran solución de todo, la muerte!— murmuró.—¡Así terminan las grandezas y las pequeñeces, los goces y los sufrimientos, las alegrías y las tristezas! ¡Todo va á parar al sepulcro, que lo guarda entre el misterio de las tinieblas!

Dejó la pluma, reflexionó y prosiguió diciendo:

—¡Que Dios me perdone! Afortunadamente, se conserva en mi alma viva la fe. ¿Qué me importan las injusticias de los hombres? Después está la justicia inexorable del Omnipotente. Grandes, pequeños, buenos y malos, todos hemos de ir á parar al mismo sitio. Cualquiera que sea el camino que siga el hombre, ha de dar con su desdichado cuerpo en la sepultura. Bajo la púrpura real hay, lo mismo que bajo los harapos del mendigo, un esqueleto, el polvo, la nada, porque el espíritu se escapa el día fatal para presentarse enteramente desnudo ante la Omnipotencia Divina. Á los bordes del sepulcro he llegado. Y el Rey también. ¿Para qué le sirven ahora los pasajeros goces que le proporcionaron sus extravíos? Yo llevo en mi alma sufrimientos y amargas. ¿No debo considerarme más dichoso?

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos; al cabo de media hora su rostro parecia revelar la tranquilidad más completa. Guardó los papeles, se desnudó, apagó la luz y se acostó. Pocos minutos después dormía. La aurora desplegó sus sonrisas; el cielo se habia despejado. El Duque abrió los ojos y miró hacia la ventana.

—¡Un nuevo día!— dijo.—¡Bendito sea Dios!

Santiguóse y rezó fervorosamente. Cuando los primeros rayos del Sol coronaban las desiguales cumbres y las cúpulas de la catedral, presentóse á la puerta del aposento uno de los criados.

—¡Buenos días!—dijo inclinándose respetuosamente.

—¡Que Dios te bendiga!—le respondió el Duque.

Cuando acabó el Duque de vestirse y de peinarse, se acercó á la ventana y contempló el cielo; luego preguntó al criado:

—¿Está enfermo el buen Alcaide?

—Me parece que no.

—Todos los días—repuso el Duque—viene á saludarme muy temprano.

—Según he podido entender, por lo que con los soldados de guardia hablaba otro, el señor Alcaide tiene una visita. Si quiere Vuecencia que algo se le diga...

—Nada.

El criado volvió á salir.

CAPÍTULO XVIII

Dos hombres que valen mucho.

D. Pedro del Busto, hidalgo de muy buena cunã, aunque pobre, porque era segundón, honrado hasta el último punto de la honradez y dotado de clara inteligencia y de gran corazón, era el Alcaide del castillo. Muy joven, cuando apenas tenía diez y ocho años, emprendió la carrera de las armas, y la influencia de su familia le valió para ser nombrado alférez. No debía esperar de sus parientes otra cosa, pues consideraban que habían hecho bastante con ponerle en el camino de la fortuna. Solicitó ser destinado á los puntos de mayor peligro, dió muy pronto pruebas de valor, y en pocos años alcanzó el empleo de capitán.

Quería ser algo, y con más ardor que nunca trabajó; pero tuvo la desgracia de ser gravemente herido, y obligado se vió á pasar mucho tiempo sin ocuparse más que en recuperar la salud. Volvió á los campos de batalla; adelantó algo más en su carrera, y una segunda herida le dejó medio inútil el brazo izquierdo. Entonces se le concedió la alcaidía, donde podía dar pruebas de lealtad y de celo. Ya no le era posible aspirar á mayor fortuna.

Como era muy severo, creyóse que nadie como él cumpliría la delicada misión de guardar al duque de Híjar, á quien se cons

deraba como reo de Estado de muchísima importancia. Lejos de la corte, y ajeno á toda clase de intrigas, no conocía á fondo el grave asunto de la conspiración y del proceso cuyo resultado fué la muerte de D. Carlos Padilla, del marqués de la Vega de la Sagra y del Sr. Domingo Cabral y la prisión del noble Duque. Las noticias de estos sucesos llegaron á León tarde y exageradas, pues contábanse mil absurdos que cada cual comentaba á su placer. El buen Alcaide principió por mirar con alguna desconfianza al Duque, creyéndole de buena fe un ambicioso que en momentos de delirio se había hecho cómplice, no solamente de delitos de carácter político, sino del intento criminal de asesinar al Rey. Esta desconfianza no se le ocultó al Duque; pero disimuló, y esperó que con el tiempo se le hiciese justicia, lo cual sucedió bien pronto, pues el Alcaide recibió nuevas noticias, y concluyó por suplicar al preso que le diese explicaciones.

—Sois un hombre muy honrado—le dijo el Duque,—y merecéis mi consideración.

—¿Qué pruebas tenéis de mi honradez?—le preguntó D. Pedro.

—Ninguna más que lo que me dice vuestro semblante. Os hablaré como á nadie hablaría; pero á condición de que habéis de seguir cumpliendo vuestros deberes con la más escrupulosa exactitud.

El de Híjar relató fielmente aquellos sucesos, dando á conocer al Alcaide secretos que nadie conocía más que D. Lope de Santisteban y D. Luis de Vargas. Con tanta sorpresa como asombro escuchó D. Pedro, y no le quedó duda de que el Duque era inocente y víctima de la injusticia más atroz; pero esto nada tenía que ver con el cumplimiento de sus deberes. Sin embargo, desde entonces empezó á guardar al preso las consideraciones de que hemos hablado en el capítulo anterior. Así cambió en cierto sentido y completamente la situación respectiva de aquellos dos hombres, estableciéndose entre ellos una amistad verdaderamente íntima. Transcurrieron los años. Treinta tenía el buen Alcaide cuando al castillo fué el Duque, y cuarenta y cinco debía de cumplir cuando á León llegó D. Lope; es decir, que entre aquellos sombríos muros habían envejecido el preso y su guardián.

Lo dicho es bastante para conocer á don Pedro y apreciar los sucesos que vamos á referir. Muy temprano, poco después que el Sol hubo salido, un soldado se presentó al Alcaide diciéndole:

—Un hidalgo acaba de llegar, y con gran empeño solicita hablaros.

—¿Quién es?

—No le conozco, ni él lo ha dicho. Parece persona de distinción, y no debe de ser de esta tierra.

—¿Le habéis preguntado su nombre?

—Sí; pero respondió: «Mi nombre nada importa, puesto que nunca lo ha oído pronunciar el señor Alcaide. Decidle que es urgente y de importancia el asunto de que hemos de tratar.»

—Pues que venga, y saldré de dudas.

Á los pocos minutos se le presentó D. Lope de Santisteban; su ropaje, según ya hemos dicho, no tenía nada de ostentoso, pues era el mismo de que había usado en el viaje. Gil le había limpiado el lodo, y ésta era la diferencia única comparado con el día anterior; empero el continente de D. Lope no podía confundirse con el de los demás: tenía una distinción muy marcada, algo que no se sabía qué era, y que forzosamente llamaba la atención. Le miró don Pedro y dijo para sí:

—¿Quién es este personaje?

El señor de Santisteban fijó una mirada penetrante en D. Pedro, y comprendió que tenía que habérselas con un hombre que algo valía; saludáronse muy ceremoniosamente, como dos personas que nunca se han visto.

—Sentaos, caballero—dijo el Alcaide;—y si á bien lo tenéis, dadme explicaciones sobre el objeto de vuestra visita.

—¿No me conocéis?

—Quince años hace que estoy entre estos muros, y apenas conozco á unos cuantos habitantes de la ciudad. Vos debéis de vivir en la corte, y, por consiguiente...

—Perdonad.

—¿Me equivoco?

—No; pero me sorprende que hayáis adivinado que en la corte tengo mi residencia.

—¡Casualidad, instinto!

—Me place tratar con hombres que valen tanto como vos.

—¡Gracias, caballero!

—¿Y si no lo soy?

—¡Bah! Sobre este punto no temo equivocarme.

—Me felicito, porque si tan buen golpe de vista tenéis, no sentiréis temores de un engaño por mi parte, y desde luego me concederéis lo que tengo que pedir.

—Dependerá de las circunstancias—dijo D. Pedro.

Cuanto más observaba á D. Lope, más creía que éste era un personaje de muchísima importancia.

—Os escucho—dijo el Alcaide después de algunos momentos.

—Anoche llegué á León; y si no vine inmediatamente á veros, fué porque creí que no me recibiríais hasta que amaneciese. Lo que deseo es muy sencillo, y de vos depende, puesto que á otros se lo habéis concedido ya.

—Es posible.

—Para asuntos de familia, [asuntos de muchísimo interés, y para convencerme de si hay motivo que deba hacer esperar una desgracia, necesito ver al señor duque de Híjar.

El Alcaide cambió de postura, miró de pies á cabeza á D. Lope y dijo:

—Continuad.

—Ya he concluido—respondió el señor de Santisteban.

—Pues yo creí que no habíais hecho más que principiár, con la circunstancia de que principiabais al revés, por donde debierais acabar; pero veo que me equivoqué, puesto que nada más tenéis que decirme.

—Lo que pretendo, lo que deseo, lo que me conviene.

—Es indudable.

—Y á vos os toca conceder ó negar, aunque para la negativa no hay ninguna razón.

—Caballero, me permitiré haceros una pregunta.

—Con mucho gusto os contestaré.

—¿Creéis que cumplo mi deber permitiendo que en la prisión de Su Excelencia entren cuantas personas lo soliciten por necesidad ó por capricho?

—He dicho que se trata de un asunto de muchísimo interés.

—Eso puede decirlo todo el mundo, y de interés debe considerarse hasta la curiosidad.

¿Creéis, repito, que de par en par debo abrir las puertas de la prisión á cuantos desconocidos lo soliciten? De seguro, no opináis que debo hacerlo así.

—Según.

—Figuraos que sois el alcaide de esta fortaleza.

—Y que vos llegáis.

—Y sin deciros mi nombre, y fundándome en frases vagas, solicito entrar en la prisión. ¿Qué haríais? Responded, y así conoceré mi resolución.

—Exageráis, y os lo probaré.

—Ni siquiera habéis tenido presente que mi autorización no basta, pues es menester que el señor Duque quiera ver á una persona; tanto es así, que más de una vez se ha negado á recibir á quien solicitaba verle.

—Á mí me recibiría.

—Pero sería preciso que yo le dijese vuestro nombre.

—Me consta que en la prisión entran algunos caballeros de esta ciudad.

—Estoy autorizado para determinar sobre ese punto lo que me parezca mejor, siempre bajo mi responsabilidad; y así ha sucedido, que, previa consulta con el señor Duque y de hacer las averiguaciones convenientes y de meditar con mucha detención, he concedido la licencia; por supuesto, con ciertas condiciones que debéis de ignorar.

Convencióse más y más el señor de Santisteban de que el Alcaide no era un hombre vulgar, y en esta circunstancia consistía el mayor de los obstáculos para la realización de sus planes. ¿Debía revelar su nombre? Esto ofrecía muchos peligros, porque era demasiado conocido.

—Pues bien—dijo—anunciaréis al señor Duque mi visita, y me recibirá cuando sepa que soy la persona á quien hizo feliz con sus consejos y su discreción poco antes de su desgracia. Entonces era yo un niño, me había enamorado, y mi felicidad hubiera sido imposible sin la generosidad del noble Duque.

El Alcaide desplegó una leve sonrisa.

—Eso también es vago—replicó,—y si no os explicáis más claramente...

—Basta para que el señor Duque me en-

tienda; pero si así no sucediera, añadiréis que recuerde mis imprudencias en la calle de las Beatas.

—¿Nada más?

—Y sobra.

D. Pedro quedó silencioso por algunos minutos; se puso en pie, se acercó á D. Lope, le miró y le dijo:



D. Pedro del Busto.

—Podéis hablar sin temor, porque nadie nos escucha.

—Sin temor hablo.

—Honrado fui siempre, y honrado soy; nací en noble cuna, y noble moriré.

—No lo dudo.

—¿Aún no me habéis entendido?

Por primera vez sintióse confundido el caballero.

—No—dijo, por decir algo y para ganar algunos minutos.

Arrugó el entrecejo el Alcaide, y mirando más fijamente al favorito del Monarca, le dijo:

—Acabáis de revelarme el secreto que queríais guardar; y no os digo que por primera vez en vuestra vida habéis cometido una torpeza, porque no he de abusar de mi ventajosa situación.

—¡D. Pedro!...

—Á León habéis venido para sacar de su prisión al noble duque de Híjar.

—¡Caballero!—exclamó D. Lope, que también se levantó.

—Los hombres como vos no deben perder la calma.

—Lo que estáis diciendo...

—Sentaos y escuchad.

—¡Acabáis de acusarme!...

—Acabo de reconocer que sois un hombre de gran corazón y de alma tan noble, que para cumplir vuestros deberes, para pagar vuestras deudas, no os detenéis ante ninguna consideración, ante ningún peligro.

—No os comprendo.

—El deber habéis cumplido; pero, desgraciadamente, no habéis de conseguir lo que deseáis.

—Si quisieseis explicaros con más claridad...

—En su prisión morirá el Duque, y quizás muy pronto.

—¡Ah!...

—Yo deploraré esa desgracia tanto como vos, porque reconozco que el preso es víctima de abusos incalificables; pero nada puedo hacer en su favor, nadie puede hacer nada. En vez de venir, debisteis emplear vuestra poderosísima influencia para conseguir que se extendiera una orden disponiendo que en libertad se pusiese al Duque y declarando que era inocente. Si eso es imposible, hubierais hecho mejor en concretaros á dirigir al Omnipotente súplicas para que iluminase á los que han cometido el error, para que despertase la conciencia de los que olvidaron sus deberes.

Fácil es figurarse lo que D. Lope sentiría al oír estas palabras. Explicación muy sencilla tiene la extraña conducta de D. Pedro. Hemos dicho ya que conocía con todos sus detalles los sucesos que quince años antes habían ocu-

rrido en Madrid, y, por consiguiente, al oír hablar de la calle de las Beatas, comprendió que el caballero era el antiguo paje del Rey. Silencioso quedó el señor de Santisteban, fijando su mirada escudriñadora en el Alcaide.

—¿Todavía no me entendéis?—preguntó después de algunos minutos D. Pedro.

—No.

—Pues no veréis al Duque.

—¡Caballero!...

—Desconfiáis de mí, y no tenéis derecho á quejaros si desconfío de vos.

—Me parece...

—No debemos prolongar esta conversación.

—Es que...

—Me perdonaréis, señor D. Lope de Santisteban—dijo el Alcaide.

—¡Vive el Cielo!...

—¡Gracias á Dios que nos hemos entendido!

—Pues bien—dijo el favorito del Rey;—soy D. Lope de Santisteban. Pero este secreto...

—Lo guardaré si no me amenazáis, porque á las amenazas contestaría enviando ahora mismo un correo á Su Majestad; pediría también mi relevo, y cuando libre estuviese, á vos me presentaría dispuesto á daros satisfacción con la espada.

—¡Basta, D. Pedro!

—Ahora...

—Os conozco, y me felicito—dijo Santisteban con calma.

—Entonces...

—Se cambian los papeles, D. Pedro, pues viendo estáis que he recobrado la tranquilidad.

—Con razón dicen que sois un hombre extraordinario.

—Siendo así, no habéis debido sorprenderos, mientras que yo creí encontrarme con un hombre vulgar, con un rudo soldado.

—Podemos hablar.

—Y por mi parte con tanta franqueza...

—Inútil sería que quisierais engañarme.

—Nunca he contado con que me ayudéis, porque ya sabía que sois honrado y severo hasta la exageración.

—Sin embargo, habéis acometido la empresa.

—Cumpló mi deber.

—No alteraré mis costumbres, no vigilaré al preso más de lo que le vigilo.

—Es cuanto deseo.

—Cambiar de conducta, sería lo mismo que abusar de vuestra franqueza.

—¡Muy bien, D. Pedro!

—Á León habéis venido con el propósito firme de salvar al Duque.

—Sí.

—Haced lo que os sea posible: si triunfáis, tendré paciencia y no me quejaré. Entablado desde luego la lucha, que ha de ser de ingenio y de habilidad; pero desde ahora, y con toda seguridad, os anuncio el resultado: el duque de Híjar no saldrá de su encierro sino después de haber dejado de existir.

—Es temerario asegurar como vos lo hacéis.

—En la lucha que vais á entablar, no es á mí á quien habéis de vencer; no han de ser obstáculos para vos los soldados que guardan las puertas de este castillo, pues el inconveniente habéis de encontrarlo en el mismo Duque.

No necesitó más D. Lope para comprender que el Duque había confiado sus pensamientos, sus propósitos al Alcaide; sin embargo, no perdió la esperanza, porque aún le parecía imposible que el Duque resistiera cuando en nombre de sus hijos le hablase, y cuando presentía su muerte.

—Á pesar de todo eso—dijo,—no puedo retroceder.

—Yo tampoco retrocedería si me encuentro en vuestra situación.

—Según veo, el desgraciado Duque...

—Ha depositado en mí toda su confianza.

—¿Y vos?...

—Le correspondo en cuanto me sea posible, y á su testimonio apelo.

—¡Que Dios os premie!

—Cuando cumplo un deber, no aspiro á recompensa.

—¡Mis temores se realizan!

—Cuando preso se encontraba el Duque en su casa de Madrid, íntest ísteis salvarle.

—No quiso entonces la libertad; pero como la situación no es la misma, como deben de haberse desvanecido todas sus esperanzas...

—Sí; se han desvanecido.

—Siendo distinta la situación...

—Es enteramente ígual su propósito.

—¡Oh!...

—Y si hubiese cambiado, me lo diría, porque es demasiado noble, y antes preferiría morir que abusar de mi confianza. Aún no hace dos días que me dijo: «Cumplid vuestro deber y vigiladme como mejor os parezca; pero os juro que, aunque solo me dejaseis y abiertas de par en par todas las puertas de este castillo, de aquí no me movería.

D. Lope inclinó tristemente la cabeza; el Alcaide añadió:

—El duque de Híjar moriría mil veces antes que olvidar su juramento.

—No os equivocáis.

—Ahora trabajad, realizad esos imposibles, como habéis hecho en otro tiempo; y si el Duque os sigue, que Dios le proteja.

—Mis esperanzas se debilitan.

—Y os advierto que debéis aprovechar los días, porque el ilustre preso, aunque parece que goza de perfecta salud, no vivirá mucho tiempo.

—Presiente su cercano fin, y así lo ha escrito á su familia.

—No se equivoca.

—¿Y en qué fundáis vuestra opinión?

—En el aspecto del Duque encuentro algo inexplicable. Desde hace un mes, ha cambiado mucho. Sus fuerzas disminuyen rápidamente; sus ojos tienen distinta expresión, y hasta su carácter parece que cambia. No todo lo que se comprende se explica, y esto me sucede ahora.

—¡Malas noticias me dais!

—Cuando muera, pediré mi relevo, y me retiraré á mi casa á descansar y esperar el término de mi vida, mientras me alimento con mis desengaños y con los recuerdos de esta época.

—¿No habéis hecho fortuna?

—Ya nada ambiciono.

—D. Pedro, mi influencia es tan grande...

—Nadie lo ignora.

—En vuestro favor la emplearé.

—Os lo agradezco; pero nada aceptaré, porque nada necesito. No tengo familia ni más afectos que el del noble y desgraciado Duque; cuando él muera, todo habrá concluido para mí. Mirad mi cabeza, y veréis que la nieve de la vejez la cubre.

—Una vejez prematura.

—Pero vejez al fin, y, por consiguiente, á nada puedo aspirar. Ya no hay nada que me halague más que la paz del alma; ya no hay para mí felicidad, como no sea la tranquilidad de la conciencia. Dejadme, pues, y decidme claramente si en algo puedo servirlos sin olvidar mis deberes.

—¿Qué he de pedirlos, si nada podéis hacer en el asunto que tanto me interesa?

—Nada.

—Las noticias que me dais sobre la salud del Duque...

—Desgraciadamente, son exactas; no lo dudéis.

—¡Dios mío!—exclamó D. Lope elevando al cielo una mirada dolorosa.

—Eso debéis hacer; invocar al Omnipotente, cuya justicia será igual para todos.

—Pero ahora...

—¡Resignaos, caballero!

—Si he venido para ver morir al Duque...

—No es imposible que suceda así.

—¡Oh!...

—Y aun es probable.

—¡Y nada puedo hacer!

—Me parece que no; pero intentadlo todo, porque así cumpliréis vuestro deber, y porque ya estáis aquí y no habéis de declararos vencido ante el primer obstáculo.

—¡Jamás!

—Opino que por ahora debemos dar por terminada esta conversación.

—Sí.

—¿Deseáis ver al Sr. Duque?

—Y me parece un siglo cada instante que pasa.

—Le veréis, D. Lope.

—¡Gracias, D. Pedro!

—Esperad, porque voy á darle noticia de vuestra llegada.

El Alcaide salió del aposento. D. Lope cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza quedó inmóvil.

CAPÍTULO XIX

Lo que consiguió D. Lope.

El Alcaide entró en el aposento en que se encontraba el Duque, y le dió los buenos días,

preguntándole cariñosamente por la salud.

—Me siento lo mismo—respondió el preso.

—Acabo de tener una visita.

—Eso me han dicho cuando por vos pregunté.

—Se trata de una persona que solicita veros.

—Quizás algún curioso.

—No.

—No tengo en León verdaderos amigos, y...

—Anoche llegó la persona que desea visitaros.

—¿Y viene de Madrid?

—Sí, señor duque.

—¿Conoce á mi familia?

—Mucho.

—Entonces...

—Es uno de vuestros mejores amigos.

Pareció que el Duque se reanimaba.

—¡Uno de mis amigos! ¡Me quedan tan pocos!...

—El más leal y el más íntimo.

—Os equivocáis, D. Pedro, porque mi amigo más leal y más íntimo no puede venir; y lo mismo sucede con otro que se encuentra en el mismo caso.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que ambos me conocen, y saben á qué atenerse respecto de mí.

—Señor duque, cuando yo pronuncie el nombre de vuestro amigo...

—Decid.

—Preparaos, porque la sorpresa y la alegría...

—¡D. Pedro!...

—Se trata de D. Lope de Santistebán.

El Duque se puso en pie como si le impulsara una mano invisible; abrió los ojos como si á saltar fuesen de sus órbitas; palideció, y quedó inmóvil y con la mirada fija en el Alcaide.

—Vuestra sorpresa no se comprende, pues debíais esperar que más ó menos tarde viniese D. Lope para daros un abrazo y llorar con vos.

—¡Ah!...

—Pues qué, ¿no le conocí?

El Duque volvió á sentarse; se paró por la frente, elevó al cielo una mirada,

cuyo significado nadie más que Dios podía comprender, y dijo al fin:

—Tranquilo estoy.

—El de hoy debe ser para vos día de regocijo.

—¡De satisfacción inmensa, sí!

—Ese amigo fiel...

—¿Y por qué no ha entrado? ¿Por qué le ponéis estorbos?

—Por lo mismo que aprecio en lo que valen los lazos de vuestra amistad, no he permitido que entre sin que estéis preparado.

—¡Gracias por vuestro interés!

—Y para vuestra satisfacción os diré que el señor de Santisteban y yo nos hemos entendido muy bien y muy pronto.

—Así debía suceder.

—Es un hombre extraordinario.

—Sí, en todos sentidos.

—Escuchadle, señor duque, y no despreciéis sus consejos.

El de Híjar sonrió irónicamente.

—La situación es grave—añadió D. Pedro.

—Por eso el desenlace está cercano.

—Y si os ofuscáis, si lleváis hasta la exageración ciertas ideas...

—D. Pedro, no es menester que más digáis para que os entienda.

—Pues, entonces...

—¡Perdéis el tiempo!

—Señor duque...

—Mis resoluciones son irrevocables.

—Cuando las circunstancias y la razón...

—Olvidáis una cosa.

—¿Qué?

—Son pocos los días que me quedan de vida.

—¿Quién lo sabe?

—Yo, porque Dios ha querido que el instinto me lo anuncie.

—Aun siendo así...

—Para unos cuantos días de existencia, no he de molestarme en cambiar de conducta; y cuando estoy con un pie dentro de la sepultura, no he de cometer la torpeza imperdonable de destruir en un momento la obra levantada por mi dignidad en el transcurso de toda mi vida.

—Sobradas razones tengo para contestar á cuanto decís.

—Y yo, sobrada firmeza para no cambiar de resolución.

—Si cierta clase de consideraciones os detienen...

—Mi dignidad; porque otras, aunque fuesen grandes obstáculos, tienen fácil solución.

—Como espera D. Lope...

—Deseo abrazarle; pero antes os diré una cosa.

—Os escucho con el respeto que merecéis.

—He jurado que no saldré vivo de aquí si no se reconoce mi inocencia, y os he dicho que podéis estar descuidado, porque no intentaré recobrar la libertad; pero si de resolución cambiase, os lo advertiría para que adoptaseis precauciones, y así me consideraría libre de todo compromiso.

—Y á mí me parecería muy bien que tal hicieseis, porque reconozco que quien está preso, aunque sea el mayor de los criminales, debe apetecer á toda costa recobrar la libertad.

—Menos cuando hay de por medio una cuestión de decoro, de dignidad y hasta de honra.

—En esa clase de cuestiones es muy fácil incurrir en error.

—De errores no estoy libre; pero me dejo llevar de los impulsos de mi conciencia, y nada más puede pedírseme.

—Mucho me consuela oiros hablar así.

—Y os desconsuela más porque sabéis que D. Lope ha venido sin otro fin que el de sacarme de este encierro.

—Sí.

—Probablemente, se ha colocado en situación muy crítica.

—Así lo creo.

—Quizás su noble intento le cueste caro.

—Señor, como nadie más que Dios nos oye...

—Hablamos como quien somos.

—¡Meditad!

—Ya he meditado.

—Escuchad á vuestro amigo...

—Le escucharé con el corazón, porque le amo mucho; pero no será mi corazón el que le responda, sino mi dignidad y mi razón.

Un gesto de disgusto hizo el Alcaide.

—Sí á bien lo tenéis—le dijo el Duque,—permitid que mi amigo entre.

—Tanto ha de sufrir...

—¡No es posible evitarlo!

—Por última vez...

—D. Pedro, os fatigáis en vano; y pensad también que estáis olvidando vuestros deberes.

—Ahora no soy el alcaide, y obedezco los impulsos de mi corazón.

—Os lo prohíbe el deber.

—Pero...

—¡Basta, y!...

—¡Escuchad!

—¡No!—replicó enérgicamente el Duque.

—¡Dios nos dé fuerzas!

—¡Y os bendiga!

No hablaron más. D. Pedro fué á su habitación, y dijo al señor de Santisteban:

—¡Venid, y no esperéis nada bueno!

Atravesaron muchas habitaciones; el señor de Santisteban lo examinaba todo muy cuidadosamente, y bien puede decirse que en su imaginación iba grabando el plano del interior edificio. Llegaron á la puerta del aposento que ocupaba el Duque.

—Entrad, y que Dios os inspire—dijo el Alcaide.

Un paso dió Santisteban; vió al Duque, que se puso en pie, rescó un grito, y se abrazaron aquellos dos hombres de gran corazón, sin pronunciar una sola palabra.

Con palabras no hubieran podido expresar lo que sentían; pero, en cambio, sus miradas eran demasiado elocuentes. Un mundo de recuerdos se agolpó en un instante en la imaginación de aquellos dos hombres. Las fuerzas de D. Lope se acrecentaban con la excitación de su ira; las del Duque menguaban gradual y rápidamente. No se había equivocado: estaba al borde del sepulcro, iba á morir muy pronto sin oír la voz de sus hijos. El Duque rompió al fin el silencio y exclamó:

—¡Ah! ¿Quién cerrará mis ojos?

Estas palabras tan sencillas eran demasiado elocuentes, expresaban un dolor mortal, una amargura desgarradora. D. Lope elevó al cielo una mirada de desesperación, que tal vez era impía, y en tanto que dos relámpagos se escapaban de sus ojos, gritó con voz reconcentrada:

—¡Dios mío, Dios justiciero!

Y otra vez quedaron silenciosos. El rostro del Duque continuaba disfigurándose; aunque muy ligeramente, temblaban sus manos: era indudable que una revolución profunda se operaba en su organismo. Con ansiedad creciente le observaba el señor de Santisteban, y tenía que hacer grandes esfuerzos para dominarse y ocultar sus temores, que eran horribles. Acercóse más al Duque, le miró profundamente y le dijo:

—En todo han sido siempre iguales nuestras opiniones, y particularmente en lo que se relaciona con el cumplimiento del deber. Cuando hay que cumplir un deber...

—Se cumple á costa de todo, y por eso yo he cumplido los míos.

—Perdonad...

—¿Lo dudáis?

—No dudo lo que está tan claro como la luz del día.

—Me parece—repuso el Duque—que no principiáis esta conversación por su verdadero principio. El corazón os ha traído, y debéis dejar que hable el corazón. El mío también anhela consuelos. ¿Por qué se los negáis? Más de catorce años hace que no nos vemos, y tampoco me han permitido ver y abrazar á mis hijos. ¿Cómo se encuentran? ¿Qué opinan de esta situación? ¿Cuál es la suya? ¿Qué hacen? ¿Cómo los mira el mundo? ¿Á qué pueden aspirar? Y cuando á todo esto me hayáis contestado, os preguntaré: ¿Cómo se encuentra D. Luis de Vargas? ¿Qué hace el hijo de Cabral? ¿Cuál es vuestra situación en la corte, y particularmente con el Rey? Esto es lo que me interesa, lo que necesito saber, lo único que puede proporcionarme alguna tranquilidad al morir, algún consuelo que me dé fuerzas para resignarme. ¿Por qué me habláis de los deberes? Los cumplí como padre, como vasallo y como caballero. He sido víctima de todas las arbitrariedades, he devorado todas las amarguras, y nadie me ha oído exhalar una queja. Qué más queréis de mí. Pero si algo más debo y puedo hacer, decidmelo después que me hayáis hablado de mi familia, de mis pocos amigos y de vuestra situación, explicándome vuestra presencia en este triste lugar.

Profundamente conmovido se sintió D. Lope: con sobrada razón pedía el Duque que de su

familia se le hablase, pues separado del mundo estaba, y del mundo sólo sabía lo que habían querido decirle sus hijos cuando le escribían; justo era, pues, satisfacer su anhelo.

El señor de Santisteban lo hizo así, dándole las más minuciosas explicaciones, sin olvidarse de la historia de Sor Margarita, del providencial encuentro del Sr. Domingo con Paredes y de cuanto había sucedido en Nápoles, y en Madrid con la hija de Felipe IV. Sin articular una sílaba escuchaba el Duque; su rostro cambiaba con frecuencia de expresión; unas veces se contraía, y otras se entreabrían sus labios para desplegar una amarga sonrisa. Don Lope puso gran cuidado en pintar con los colores más vivos los sufrimientos de la familia del Duque, pues así le sería luego más fácil hacer deducciones para convencerle de que debía aprovechar la ocasión y salir de su encierro.

—¿Otra lucha?—dijo el Duque.—Triunfaréis seréis derrotado; pero es igual: de todas maneras, el verdadero desenlace quedará pendiente y será el mismo, porque otro no puede ser: la muerte y el sepulcro, donde concluyen todos los goces, donde todas las pasiones acaban, y terminan todos los sufrimientos. Vivir y morir. ¿Hay algo más? No os forjéis ilusiones, mi buen amigo. Si conociéseis el mundo como yo, si supierais lo que puede dar de sí el corazón humano, no os molestaríais en sostener esas luchas, completamente estériles.

—Sí—replicó D. Lope—la muerte es el término de todo en este mundo, porque sin la muerte no es posible la vida; pero olvidáis que para algo hemos nacido, que tenemos que cumplir una misión, y no la cumpliríamos si mirásemos la existencia y el mundo desde el punto de vista que vos los miráis. Según vuestro criterio, no hay deberes, no hay nada puramente moral, puesto que no hay más que la vida, que tiene su principio y su fin, no hay más que lo fatal. Y no pensáis, señor Duque, que incurris en una contradicción injustificable, pues al mismo tiempo que sentáis esos principios, habláis de vuestra dignidad, de las obligaciones que os imponen vuestro decoro y vuestra honradez, y hasta vuestro amor propio, que no os permite cambiar de resolución en tal ó cual asunto. Á pesar de todos

esos absurdos, aceptaré vuestro criterio, y os preguntaré por qué os negáis á salir de esta prisión, privándoos así de la dicha inmensa de morir en brazos de vuestros hijos. ¿Qué os importa que vuestros jueces declaren ó no que sois inocente? El desenlace siempre será el mismo, porque vos moriréis, y morirá también Felipe IV, y entre las tinieblas del sepulcro se desvanecerá todo y todo desaparecerá. Decídmelo: ¿qué os importa, si el desenlace ha de ser el mismo, si no hay nada que sea verdad más que la muerte?

Si todo son ilusiones, si nada existe en el mundo moral, ¿por qué preguntabais con doloroso acento quién cerraría vuestros ojos? De mis ilusiones habláis. ¿Y las vuestras? Vuestros ojos los cerrarán vuestros carceleros ó criados, ó abiertos quedarán. ¿Qué os importa, si en gusanos y en polvo han de convertirse de todas maneras? Me habéis pedido que os hable con el corazón, y me respondéis con la cabeza; anheláis los consuelos de la ternura, lo fiáis todo á la justicia divina, y dais gran importancia á vuestras creencias, á la fe, á lo que es puramente moral y espiritual, y después que me habéis escuchado habláis como un descreído. ¿En qué quedamos, señor duque? ¿Es que se ha perturbado vuestra razón? ¿Es que se ha embotado vuestra sensibilidad? No sabéis lo que deseáis ni lo que pedís. Habláis de deberes cuando de vuestro amor propio se trata, y de los deberes os reís cuando os recuerdo los que tenéis para con vuestros hijos.

—¡Callad!—murmuró el Duque con voz alterada.

—No callaré, porque no he venido para volverme sin hacer cuanto mi conciencia me manda.

—¡Me mortificáis!

—Es preciso. Pensad que vuestros hijos no os han pedido la existencia; y puesto que se la habéis dado, obligación tenéis de hacer todos los sacrificios imaginables en aras de su felicidad.

—¿Y qué pueden pedirme?

—Que les proporcionéis la satisfacción de cerrar vuestros ojos, porque así su dolor será soportable.

—¡No puedo!

—No escuchéis la voz de vuestro amor propio, y si ocasión se presenta, salid de este encierro.

—¿Qué conseguiré? Tendré que huir, ocultarme, aprisionarme yo mismo.

—Pero estaréis en vuestra casa, entre vuestra familia.

—Y mi fuga será como la confesión de crímenes que no he cometido.

—No, porque habéis estado aquí un año y otro año pidiendo justicia, y como no han querido escucharos...

—¡Dejadme reflexionar!—interrumpió el de Híjar.

—Es preciso decidir inmediatamente, porque tengo que volver á la corte.

No hubiera podido decir el Duque lo que en aquellos momentos sentía: empezaba á dudar, y esto era cuanto necesitaba D. Lope. Volvieron á quedar silenciosos. Antes había presentado el Duque la muerte; pero entonces la sentía: su pensamiento único fué el de sus hijos adorados, y la ternura paternal se sobrepuso á todos sus sentimientos. Si tenía la dicha de abrazar á sus hijos, ¿qué le importaba el mundo?

—¡Mis hijos!—exclamó al fin.

—Los veréis: pero...

—¡Todo lo haré, todo! ¿Podéis sacarme de este encierro?—preguntó el desdichado Duque con ansiedad inconcebible.

—Si—respondió con imprudente ligereza D. Lope.

—¿Cómo lo haréis?

—¿Qué os importa el medio, si recobráis la libertad?

—¿No cometeréis un crimen?

—No.

—¿No haréis sufrir á un inocente?

—Tampoco.

—¡Pues me tenéis dispuesto!

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el señor de Santisteban.

—¡Dios ve mi conciencia!

—Y os hará justicia.

—¿Qué me importa este mundo, que voy á dejar para siempre? Arrepentido estoy de no haberos seguido cuando la libertad me ofrecíais; pero ahora no vacilaré.

Muy pronto había cambiado de resolución

el Duque, lo cual no era buena señal. Su agitación crecía; sus ojos se humedecieron. El señor de Santisteban quiso aprovechar aquellos momentos, y dijo:

—Señor duque, el tiempo es precioso.

—¡Si—murmuró maquinalmente el ilustre preso,—cada minuto es un tesoro!

—Supongo que vuestros criados...

—Son fieles, y darían la vida por mí.

—¿Sabéis qué clase de precauciones se adoptan para vigilaros? *

—Estoy al corriente de todo. En ese aposento duermen mis dos criados, y en el otro hay siempre dos soldados que vigilan. Se les tiene mandado que mientras uno duerme esté despierto el otro, y los relevan diariamente; pero no cumplen su obligación, porque todas las noches, después que se han comido los restos de mi cena, se entregan al sueño.

—¿Y en el resto del castillo?

—De nada se cuidan, porque ningún peligro amenaza.

—¡Esperad!—dijo D. Lope.

Sus pupilas brillaban intensamente.

—¡Os sacaré de este encierro!—dijo.

—Olvidáis al Alcaide, cuya honradez y buen corazón...

—¡Entiendo!

—No abusaré de la confianza que ha depositado en mí.

—Yo tampoco. Ya sabe que á León he venido para sacaros de vuestra prisión.

—Él lo desea; y cuando me anunció vuestra llegada, me aconsejó y me suplicó que no me detuviese ante escrúpulos mal entendidos.

—Le diré que estoy resuelto á seguir adelante, y que, por consiguiente, se prepare, adopte cuantas precauciones pueda y me ponga estorbos de todas clases. Así la lucha será noble, y cuando se vea derrotado, no tendrá derecho para quejarse, ni para acusarnos de haber abusado de su buena fe.

—Si así lo hacéis...

—Os lo prometo; y para tranquilizaros, en vuestra presencia...

—No es menester; pero ¿cómo os arreglaréis para sacarme del castillo?

—Eso es cuenta mía, señor duque. Os veréis libre, abrazaréis á vuestros hijos...

—¡Cuánta dicha!—exclamó el Duque sin po-

der contenerse, exhalando un suspiro penoso.

Luego añadió:

—¡Quiera Dios que no hayáis llegado tarde! Siento...

—¿Qué?

—El Duque se oprimió el pecho y suspiró.

—¡Responded!—le dijo Santisteban.

—No quisiera haceros sufrir.

—¿Qué sentís? ¡Acabad!

—Frio en el corazón.

Como si se hubiese petrificado quedó inmóvil el favorito del Rey; quiso hablar, y no pudo. Miraba con ansiedad angustiosa al Duque, que había inclinado la cabeza.

—¡Sí—murmuraba como si estuviera solo,—ya es tarde! ¿He cumplido mis deberes? ¡Calla, conciencia! ¿No tengo bastante con quince años de martirio? ¡Quince minutos de paz; no pido otra cosa! ¡No más que quince minutos!

Con la fuerza de la desesperación apretó los puños; dos centellas se escaparon de sus negros ojos. Por fin levantó la cabeza y preguntó:

—¿Tenéis que dar algunas instrucciones á mis fieles criados?

—Ahora no.

—Por si no lo habéis comprendido, os haré una advertencia. Saldré de este encierro cuando me digáis que puedo salir; pero tened entendido que lo hago porque aseguráis que así cumplo un deber sagrado.

—No lo dudéis.

—Mi cabeza se ha debilitado, y puedo equivocarme más fácilmente que vos.

—Fiad en mí. ¡Calma, señor duque, porque la calma ha de devolveros las fuerzas!

—Contad con las de mi espíritu; pero las de mi cuerpo son dudosas. No comprendo lo que me ha sucedido en pocas horas; pero no soy el mismo que era ayer.

—Eso consiste...

—¿Qué me importa la causa? ¡Dejadme, que son un tesoro los minutos que se pierden!

—Volveré pronto.

—¡Dios os bendiga!

D. Lope estrechó y besó muy cariñosamente la diestra del Duque, salió del aposento, atravesó los dos siguientes, y en el tercero encontró al Alcaide, que parecía muy preocupado. Ambos volvieron, sin cruzar ni una sola

frase, á la habitación donde antes habían estado.

—Ahora podemos hablar—dijo D. Pedro.

—Pues sentaos y escuchadme.

—Vuestro semblante no me anuncia nada bueno.

—Vos juzgaréis.

—¡Os escuchó!

CAPÍTULO XX

La gran resolución.

D. Lope dijo con gravedad:

—El Duque ha cambiado de opinión.

—¡Vive el Cielo!

—¿Os desagrada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tened por cierto que el Duque se muere muy pronto, pues de otra manera no hubierais conseguido absolutamente nada. ¡Habéis llegado tarde!

—¡No quiero creerlo!

—Yo tampoco; pero los sucesos nos vencerán.

—D. Pedro, conocéis la situación, y como no necesitáis explicaciones...

—Á León habéis venido para sacar de su encierro al Duque, y yo tengo la obligación de evitarlo.

—Haced cuanto os sea posible.

—Dos soldados vigilan día y noche. Tienen orden para estar despierto el uno mientras el otro duerme, y si la orden no cumplen, la culpa no es mía. Los criados del señor Duque salen del castillo para comprar el alimento de su señor, y esto lo permito después de autorizado por el Rey, ó por su Ministro, que es igual. Las puertas del castillo están bien guardadas, y he dispuesto que una ronda vigile durante la noche. Suponed que mis órdenes no se cumplen con exactitud. ¿Es mía la culpa? No he de convertirme en soldado, en carcelero, en vigilante. Los que olviden sus deberes responderán de su conducta.

—Comprendo.

—Nada más puedo hacer.

—Y si llega un día en que dejéis de ser alcaide de esta fortaleza, iréis á buscar á vues-

tro mejor amigo, que es D. Lope de Santisteban.

—Sois un hidalgo que habéis venido para visitar al Duque de parte de su familia. Os he permitido la entrada en la prisión con las precauciones convenientes, y al hacerlo así no he olvidado mi deber.

—¿Y sabéis mi nombre?

—Vos me lo diréis.

—Antonio Laines.

—No lo olvidaré.

—De una cosa nos olvidamos—dijo D. Lope. Iba á responder el Alcaide; pero resonaron algunos golpecitos dados en la puerta.

—¡Adelante!—dijo D. Pedro.

La puerta se abrió, y se presentó uno de los criados del Duque diciendo:

—Me perdonareis, ¿pero...

—¿Qué ocurre?

—Mi noble señor debe de sentirse bastante mal, porque ha hecho lo que nunca; se ha dejado caer en el lecho.

—¡Por Satanás!—exclamó D. Lope.

—Me parece que deberíamos llamar al médico.

—¡Viéndolo estáis!—dijo el Alcaide á Santisteban.

—¡Sí; lo veo, por mi desdicha!

—Volved al lado de vuestro señor, que inmediatamente vendrá el médico.

—Á su lado iré yo también—dijo D. Lope.

—Aquí esperaréis, porque conviene evitar que en vos se fije la atención demasiado. Ante todo conoceremos la opinión del médico, y si hay un verdadero peligro, determinaremos lo que más convenga.

Veinte minutos después se presentaba el médico, y en compañía del Alcaide entró en el aposento donde estaba el Duque. El médico le dirigió algunas preguntas, y respondió sencillamente.

—Lo que siento es que mi vida se acaba, y será en vano que os esforcéis para evitar lo que yo considero una dicha, y será para mis hijos una desgracia inmensa. La muerte no me espanta, os lo advierto.

El médico apreció el pulso del Duque, le miró muy atentamente, recetó, dió algunas instrucciones, prometió volver después de medio día, y salió con D. Pedro.

—¿Qué opináis?—dijo éste.

—¡No hay salvación posible! Apenas puede decirse que hay enfermedad, porque su vida se extingue sin que se haya producido grave alteración en su cuerpo, y por eso precisamente es por lo que no tengo ninguna esperanza.

D. Lope se volvió á la posada, donde con impaciencia estaba esperando Gil.

—¡Es tarde!—exclamó el caballero.

—Conseguí que el Duque se convenciese y cambiara de resolución; pero apenas esto sucedió, sintióse indispuerto tan gravemente, que tuvo que acostarse.

—¡Vive el Cielo!

—El médico le ha visto, y asegura que el enfermo morirá. Ya lo ves: todos nuestros esfuerzos han sido inútiles, se estrellan contra la implacable y negra fatalidad que persigue al Duque hace quince años. ¡Y no puedo luchar con la muerte! ¡Oh! ¡Ahora comprendo lo que hace sufrir la impotencia!

—Señor, Dios lo dispone así.

—Debo resignarme, ya lo sé; pero es bien triste haber hecho tantos sacrificios para este resultado.

—De todas maneras, no era seguro que de su prisión pudiéramos sacar al Duque.

—Te equivocas, porque el Alcaide, aunque indirectamente, nos hubiera ayudado.

—Vuestro deber habéis cumplido, y aun habéis hecho mucho más de lo que la gratitud y la amistad os exigían.

—Todo es poco para pagar las deudas de corazón.

—Pero me parece que vuestra conciencia estará tranquila, y ahora...

—Tú partirás, y correrás cuanto puedas para entregar una carta mía al hijo del Duque.

—Si aquí os quedáis...

—Mucho arriesgo, ya lo sé.

—Y estérilmente, señor.

—No, Gil, porque quizás con mi presencia proporcione algún consuelo á mi desdichado amigo. Si aquí se encontrara su familia, hoy mismo emprenderíamos el viaje á la corte; pero abandonar á ese infeliz en estos instantes supremos, ¡jamás! ¡Me quedaré, pues!

—Pensad en vuestra esposa, en vuestros hijos...

—¡Aquí está mi deber!

—Pensad en la infeliz doña Margarita, que sufre también, y que quizás á estas horas...

—¡Basta, Gil!—replicó ásperamente el caballero.

Hizo el criado un gesto de desesperación; pero no era posible que se atreviese á replicar. D. Lope escribió al hijo del Duque, diciéndole que sin miramiento alguno corriese al lado de su padre por si Dios quería que aún le encontrase vivo. Gil no se detuvo más que para tomar algún alimento. El Duque pidió ver á D. Lope, que se presentó inmediatamente.

Quiso hablar, y no se lo permitió el enfermo, que le dijo:

—Mi vida se acaba; pero os juro que no mengua mi valor, que no miro con espanto la muerte y que dejo sin pena este mundo, donde cada goce cuesta mil sufrimientos horribles. Tengo hijos; pero ya no me necesitan. Su dolor será grande cuando yo deje de existir, y eso es lo único que me atormenta, porque yo desearía que se convenciesen de que, en vez de una desgracia, la muerte ha sido para mí una gran fortuna. Os encargo que así se lo digáis. El Rey vivirá poco; pero poco tiempo necesita también para cometer con mis hijos injusticias como la de que yo soy víctima inocente. Velad por ellos, mi buen amigo, y Dios os bendecirá, como yo os bendigo en estos instantes supremos. He sido débil una vez en mi vida, hace pocas horas; pero me arrepiento, y os juro que si Dios hiciese un milagro y yo recobrará la salud, no saldría de este encierro mientras no se reconociese mi inocencia y se declarase que fué injusta la sentencia del tribunal que me condenó. Arreglaré mis asuntos, aunque es poco lo que me falta hacer en esto, y cuando llegue el instante en que no sea posible poner en duda mis palabras, escribiré al Rey. Veremos si, ya que justicia no me hacen mientras vivo, quieren rehabilitar mi memoria. Respetuosas serán las últimas palabras que dirija á Felipe IV, porque le perdono, lo mismo que á cuantos me han hecho mal, pues sólo así pudo aspirar á que Dios me perdone. No intentéis reanimarme con esperanzas cuya realización es imposible;

haced justicia á mi valor, y hablad de mi cercano fin como de un asunto cualquiera.

—¡Hombre extraordinario!—exclamó don Lope.

—En aquel cajón encontraréis unos papeles donde están consignados mis últimos pensamientos. Leed, por si algo bueno encontráis, que no será difícil, pues la experiencia me ha dado muy provechosas lecciones. Después entregaréis esos papeles á mi hijo primogénito, diciéndole que en ese escrito encontraré siempre el alma de su padre, y que lo consulte si alguna vez le falta el valor para cumplir sus deberes cómo yo los he cumplido.

—Y como yo cumpliré vuestra última voluntad.

—La carta que he de escribir al Rey la pondré en vuestras manos, porque por otro conducto no llegaría á Su Majestad.

—¡Por quien soy os juro que ha de leerla!

—¡Gracias, D. Lope! En mi nombre abrazaréis á D. Luis de Vargas, mi mejor amigo, mi maestro, porque mucho me enseñó con el ejemplo de sus raras virtudes.

—Á mí también.

—Tenéis con Su Majestad una deuda de gratitud. Pagádsela; pero cuando muera...

—Me alejaré de la corte.

—Sí; alejaos de ese foco de pasiones, de intrigas, de maldades horribles, de miserias que debè mirar con repugnancia un hombre honrado. Buscad la paz del alma y los puros goces de la familia, y seréis todo lo feliz que puede ser la criatura.

—Ya sabéis que no tengo ambiciones y que anhelo la tranquilidad del espíritu.

—Nada más por ahora, mi buen amigo. Dejádme, porque necesito aprovechar los momentos que me quedan de vida.

—Á todas horas me tendréis aquí, y si me necesitáis...

—Os llamaré. Decid á D. Pedro que tengo necesidad de hablarle.

—Hasta luego, mi buen amigo—dijo el señor de Santisteban con voz ahogada.

Y besando cariñosamente la diestra del Duque, salió de la habitación. Hasta entonces no había comprendido lo mucho que amaba á su buen amigo.

Habló éste con el Alcaide, y luego dijo que

quería tranquilizar la conciencia cumpliendo los deberes religiosos. Sin perder tiempo acudió un sacerdote, que era el Padre Francisco de Gandía, tan sabio como virtuoso, y el mismo con quien siempre confesaba el Duque. La noche pasó sin otra novedad.

Llegó el nuevo día, é hiciéronse los preparativos para que el enfermo recibiera el Viático. Ya nadie dudaba de su cercana muerte, aunque, cumplido el último deber, manifestó deseos de quedar á solas con sus criados. Todos creyeron que deseaba despedirse de los que le habían servido tan fielmente; pero se equivocaron, porque el Duque les dijo:

—Traed uno cualquiera de esos libros, papel y el tintero.

—Señor...

—¿Os negaréis á cumplir mis últimas órdenes?—interrumpió el Duque.

Los sirvientes no se atrevieron á replicar, y lleváronle lo que había pedido.

—Incorporadme y sostenedme—dijo.

Sus ojos recobraron el brillo; parecía que acababan de renacer sus fuerzas. Acomodó sobre las rodillas el libro y sobre éste el papel, tomó la pluma, y con mano firme escribió lo siguiente:

«Señor:

»Yo, D. Rodrigo Samaniego de la Cerda y Mendoza y de Villandrando, conociendo que la hora de morir es tan precisa como natural, y por lo que debo á Dios en los antepasados y sucesores que me ha dado, y por la merced que me ha hecho en no dejarme incurrir en culpa divina ni humana contra el Rey nuestro señor, y por la satisfacción que debo dar al mundo de esto, torno á decir que, por lo que debo á mis antepasados y á mi sangre y sucesores de ella, con todo el respeto á la real persona del Rey nuestro señor, por esto y por los particulares favores que me ha hecho naturalmente, y por lo que deseo su larga vida, no es mi intención que le perjudique en nada el citarle ante el tribunal divino, pues Dios, que es la Verdad, la sabe, y desde él puede darle á entender al Rey nuestro señor, y á mi darme la satisfacción que se me debe, haciéndome justicia por su real mano ó por la de Dios, Nuestro Señor, á quien suplico sea en tal forma que á todo el mundo conste mi inocencia.

Y porque es verdad lo que digo, lo firmo de mi mano el día que recibo el Viático.

»Dios guarde la católica y real persona de Vuestra Majestad como la cristiandad ha menester y sus criados y vasallos deseamos.

»León y Diciembre, 20 de 1663.»

»*El conde de Salinas, duque y señor de Hijar, conde de Rivadeo, conde de Belchite.*»

Apenas firmó dejó la pluma, sus fuerzas desaparecieron otra vez, y se dejó caer pesadamente en el lecho. Después de algunos minutos dijo:

—Llamad á D. Lope.

Consultó el Duque con D. Lope; se abrazaron por última vez aquellos dos grandes hombres, y no pudiendo el señor de Santisteban dominarse, dejó correr el llanto por sus mejillas. Desde aquel momento nadie más que el sacerdote y los médicos debían entrar en la prisión; puede decirse que todo había concluido.

El señor de Santisteban se instaló definitivamente en el castillo, pues en aquellos momentos no podía infundir sospechas de que intentase libertar al preso.

CAPÍTULO XXI

El Rey hace lo que nadie espera.

Al día siguiente del en que salió de Madrid D. Lope de Santisteban, el hijo del Duque solicitó audiencia del Rey.

Á las diez de la mañana el hijo del Duque entró en Palacio. Como hacía mucho tiempo que no ponía la planta en aquellas habitaciones, muchos cortesanos le miraron sorprendidos, y todos le saludaron muy ceremoniosa y fríaente: era natural, pues se trataba de un hombre que estaba en desgracia y era hijo de un reo de Estado sobre quien pesaban terribles acusaciones. Pocos minutos esperó, lo cual no fué poca fortuna, pues su situación era violenta entre los cortesanos.

—¡Venid!—le dijo un gentilhombre; y le llevó á la regia cámara, en la cual Felipe IV encontrábase junto á la chimenea. Su aspecto era el mismo de siempre: si alguna diferencia había, era la de expresar aquel día peor humor, más profunda tristeza, ó, por lo menos,

preocupación. Desde que le dieron cuenta de la petición del hijo del Duque recordó sin cesar pasados y horribles sucesos, y su conciencia se levantó terrible como nunca para acusarle. Pocas veces le había hecho tanta falta su antiguo paje, porque á nadie podía decir lo que sentía y lo que pensaba, y encontrábase privado de un desahogo que le hubiese proporcionado mucho alivio. Dudó mucho antes de conceder la audiencia; pero dijo al fin:

—¿Y por qué no he de aprovechar esta ocasión? El Duque no es ya un hombre temible, y si perdón le concedo, no me verá obligado á pensar más en este asunto. Una preocupación menos es un motivo más para estar tranquilo.

Lo que no consiguió fué estar alegre. Alzó la cabeza apenas se hubo presentado el caballero, le miró, desplegó una leve sonrisa y le dijo:

—¡Bien venido seáis! Hablad, que con gusto escucharé cuanto tengáis que decirme.

Estas palabras alentaron al hijo del Duque, que, dejándose llevar de los impulsos de su corazón, exclamó arrebatadamente:

—¡Señor, mi padre infeliz está enfermo, p. esiente un fin cercano!...

—¿Enfermo vuestro padre?—dijo el Monarca.—¡Es una gran desgracia!

—Y de gravedad, según entiendo.

—¿Cuándo habéis recibido tan triste nueva?

—Hace tres días.

—¿Y por qué no vinisteis inmediatamente á comunicármela? ¡Enfermo, y separado de su familia; en peligro de muerte, y sin abrazar á sus hijos!... ¡Oh! ¿Qué queréis?

—¡Ver á mi padre, recibir su bendición, cerrar sus ojos, y...!

—¿Nada más?—preguntó dulcemente el Monarca.

—¡Señor!...

—Poco pedís para tan grave caso.

Una mirada de asombro fijó el caballero en el Rey, pues todo lo esperaba menos lo que sucedía. El Monarca cambió de postura, y dijo gravemente:

—Nunca he querido que el duque de Hijañ muera en una prisión, sino en su casa. Preciso era que hasta cierto punto se cumpliera lo mandado por la justicia; pero siempre tuve

la intención de mostrarme clemente. Aún no está vuestro padre en edad de morir.

—Pero ha sufrido y envejecido mucho; su salud se ha quebrantado...

—Yo lo ignoraba.

—Una y otra vez he querido hacer que mis súplicas llegasen á Vuestra Majestad; pero siempre me han puesto estorbos insuperables.

—Como se trata de un gravísimo negocio de Estado...

—Señor, mi padre es inocente.

—Yo no le he condenado, y más que nadie tengo la obligación de respetar el fallo de los tribunales de justicia. No me habléis, pues, de la inocencia de vuestro desgraciado padre, porque sobre este punto no me está permitido tener ninguna opinión. En cambio, puedo ser clemente, me complazco en serlo, y os lo probaré. Perdonado está vuestro padre. Si es inocente, Dios le recompensará. Hoy mismo firmaré la orden para que en libertad se le ponga, y hoy mismo también partirá un correo para León. Si vos queréis enviarla ó llevarla, se os entregará antes de dos horas. Tranquilizaos, pues, que mi real palabra tenéis. Vuelva al seno de su familia el noble Duque, y que Dios le dé salud y larga vida.

—¡Señor!—exclamó el caballero.

Y cayendo de rodillas, besó respetuosamente la diestra del Monarca, que dijo:

—He hablado más de lo que mis fuerzas me permiten. No os molestéis en dirigirme palabras de gratitud. ¡Alzad! ¡Que Dios os guarde! Llevarán la orden á vuestra casa.

No podía ya el caballero detenerse, porque se lo prohibían el respeto y la etiqueta. Levantóse y salió de la cámara profundamente conmovido, atravesando los salones sin saludar á nadie.

Todos creyeron que había sufrido un desengaño y que había sido tratado con dureza por el Rey; pero muy pronto conocieron su error, porque Felipe IV mandó que fuesen inmediatamente en busca de su primer Ministro, y dispuso que sin perder un momento se escribiese la orden mandando devolver incondicionalmente la libertad al Duque. La noticia cundió con rapidez, haciéndose muchos comentarios.

¡Perdonado el Duque! Esto no se conce-

bía. También se hubiera sorprendido D. Lope de Santisteban, á pesar de conocer al Monarca como nadie le conocía. Antes de dos horas el hijo del Duque recibía la orden. Preparó su viaje inmediatamente, y salió de Madrid con el acompañamiento debido á su rango.

Entretanto Gil reventaba caballos y no se permitía momento de reposo. Así pudo suceder que el hijo del Duque llegase á Valladolid cuando muy cerca de esta población se encontraba el fiel criado de D. Lope. Allí debía pasar la noche el caballero en la mejor de las posadas; y cuando la noche cerró, llegó Gil, que á la puerta de la misma posada se detuvo. Su caballo cayó cuando se sintió libre del jinete.

—¡Muerto!— dijo el posadero— ¡Y era un hermoso animal!

—¡Un aposento, comida, buen vino y un caballo vigoroso, cueste lo que cueste!— le dijo Gil.

—No todo lo que pedís puede proporcionarse en seguida— respondió el huésped.

—Cuando la bolsa está bien provista y se abre con facilidad, todo puede hacerse! ¡Aposento, comida!...

—¡Comida tendréis á vuestro gusto: la habitación no será muy buena, porque las mejores las tiene ocupadas un personaje que llegó hace una hora; y como trae muchos criados y todos se tratan bien...

—¡Vive Dios! ¿Y qué me importa?

—Mucho, porque mi casa está llena.

—Me acomodaré en cualquier parte.

—Eso es otra cosa.

—Lo que necesito con más urgencia es el caballo.

—Le buscaré.

—Y pronto, porque mañana he de estar en Madrid antes del mediodía.

—¿En Madrid antes del mediodía? ¡Imposible!

—¡Si no queréis ó no podéis servirme, peor para vos!

—Es que...

—¡Por Satanás!— interrumpió bruscamente Gil.— ¡No he venido para escuchar vuestras necesidades! ¿Podéis proporcionarme un buen caballo inmediatamente? ¡Responded con claridad!

—Os enfadáis...

—¡Y algo más haré si me detenéis y apuráis mi paciencia!

—Puesto que habéis de pagar largamente, tendréis caballo.

—Pues llevadme al aposento donde haya de descansar mientras me dais la comida.

Entraron en la posada. Los criados del Duque iban y venían para dar órdenes y cumplir las de su señor. Á uno de ellos conocía Gil de vista.

—¡Que el Infierno me trague!— exclamó cuando subían la escalera. Y se detuvo, deteniendo al criado que bajaba.

—¿Qué queréis— preguntó éste.

—¿Y vuestro señor?— preguntó afanosamente Gil.

—Mi noble señor...

—¡Llevadme á su aposento! ¡Tripas de Lucifer!... ¡Probablemente, hay una complicación más! ¡Rayos y truenos! ¿Acabaréis? ¡Necesito ver á vuestro señor!

Y sin decir más, de dos en dos subió los escalones, llegó á un corredor y empujó una puerta. En aquel aposento se encontraba el hijo del Duque, que con extrañeza miró al sirviente. La escena no pudo ser más extraña, pues el caballero no conocía al criado de don Lope, y, por consiguiente, se sorprendió y arrugó el entrecejo cuando le preguntó:

—¿Quién sois?

—¡Vive Dios! Perdonadme, porque no había pensado... ¡Oh! ¡Tengo la cabeza trastornada! Me llamó Gil; soy criado de D. Lope de Santisteban...

—¡Ah!...

—Mi noble señor me honra con su confianza; conozco todos sus secretos, le ayudo en la lucha que sostiene, y á León fui con él, y allí le he dejado.

—¡Ahora comprendo!

—Por eso pregunté...

—¿Y mi padre?

—Enfermo— respondió Gil.

—¡Dios mío!

—¿Por qué os encuentro aquí, caballero?

—¡Enfermo mi padre, cuando le llevo la libertad!

—¿Acaso el Rey?...

—Apenas me presenté, me concedió más de

lo que le pedi, y sin perder un instante mandó que la orden se pusiese. Yo mismo he querido llevarla para abrazar más pronto á mi padre.

Gil se sentó sin ninguna ceremonia, porque apenas podía sostenerse. Su frente se contrajo más de lo que estaba, y su mirada se tornó profundamente sombría.

—¿Y por qué os habéis separado de don Lope? ¿Qué sucede en León que os obliga á volver á Madrid? Puesto que, más que criado, sois amigo del señor de Santisteban y en sus luchas tomáis parte tan activa, debierais alegraros al saber que mi noble padre ha conseguido al fin que se le devuelva la libertad; y sin embargo, cualquiera creería que os entristecéis. ¿Queréis explicarme vuestra extraña conducta?

—Estoy muy fatigado, porque llevo muchas noches sin dormir y muchos días sin descansar. Á la puerta de esta posada tenéis mi caballo muerto, y sin vida han quedado otros en el camino, lo cual prueba que he corrido mucho.

—Habéis estado en León, habéis vuelto...

—Allí he descansado veinte horas.

—No concibo cómo una criatura resiste tanto.

—No es eso lo que me anonada, sino que cuanto hacemos...

—¿Qué?—preguntó ansiosamente el hijo del Duque.

—La enfermedad de vuestro ilustre padre...

—¿Ofrece peligro?

—Parece que sí.

—¡Oh!...

—Ahora necesitáis más calma y valor que nunca.

—¡Decidme la verdad!

—Os la dirá esta carta que os envía mi noble señor.

El caballero tomó la carta, y la leyó con el afán que era consiguiente.

—¡Padre mio!—exclamó.

—¡Dios querrá protegernos!

—¡Llegaré tarde para abrazarle, recibir su bendición y cerrar sus ojos!

El caballero se acercó á la puerta, dejándose llevar del arrebato de su dolor, y empezó á

gritar llamando á sus criados, que acudieron precipitadamente.

—¡Los caballos! ¡Hemos de partir ahora mismo! ¡Corred! ¿Por qué os detenéis, villanos?

—¡Quietos—dijo Gil,—porque tanto tiempo queréis ganar, que todo lo perderéis!

—¡No esperaré ni un instante!

—Partiréis ahora mismo, correréis, y á media noche todos vuestros caballos estarán inútiles. ¿De dónde sacaréis otros? Un hombre solo ó dos corren mucho y en todas partes pueden encontrar lo que necesitan; pero con todos vuestros criados...

—¡Es verdad!—dijo tristemente el caballero.

—Por de pronto, yo volaré llevando la orden...

—¡Y yo, porque quiero abrazar á mi padre!

—Pues partiremos los dos sin ninguna compañía, y vuestros criados pueden seguir con cuanta prisa les sea posible. No sé si vuestras fuerzas alcanzarán para hacer un viaje como yo lo hago; pero nada perderéis por hacer la prueba.

—¡Aunque hubiese de morir en el camino, iré con vos!—repuso el caballero.

—Cumpliréis vuestro deber.

—¡Sin vacilar!

—Pues permitidme tomar algún alimento, y dentro de una hora, ó de dos lo más, podremos emprender el viaje. Arriesgamos la vida, pues hemos de pasar por sitios donde en esta estación cruda y durante la noche es posible que nos quedemos helados. Yo lo advierto porque vos no sabéis lo que es caminar así.

—¡Ya he dicho que nada me detendrá! ¿He de hacer menos que D. Lope de Santisteban? ¡Mengua sería si me detuviere ante ninguna consideración!

—Descansad, cenaremos y partiremos.

—Poco tiempo necesitamos para cenar.

—¡Cada minuto es un siglo!

El hijo del Duque dió las órdenes convenientes. En su misma habitación, y con asombro del posadero, cenó Gil.

La noche estaba oscura y fría. Para emprender un viaje á aquellas horas, se necesitaba mucho valor; pero lo que á Gil le atormentaba era el cansancio. Llegó la hora, y los dos viajeros salieron de la posada; envolvié-

ronse en sus capas, montaron, y desaparecieron entre las tinieblas.

No referimos los comentarios que inspiró á los criados aquella extraña partida.

CAPÍTULO XXII

Siguen las escenas tristes.

En el castillo de León reinaba un silencio profundo y que tenía algo de lúgubre. Los criados del Duque encontrábanse en su aposento, y también el Alcaide y D. Lope. El silencio fué interrumpido por la voz del sacerdote, que en la habitación inmediata dirigía palabras consoladoras al moribundo.

Desaparecieron los últimos rayos del astro del día; el sacerdote salió, y con voz ahogada dijo:

—¡Respetemos los fallos del Omnipotente! Arrodiáos!

D. Lope, el Alcaide y los dos sirvientes callaron de hinojos, é hicieron por el alma del Duque una oración entrecortada por sollozos. Santisteban, con mirada sombría y lúgubre aspecto, entró en el aposento del Duque, se le acercó al lecho, besó la frente del cadáver y cerró los ojos. La noticia cundió con rapidez por la ciudad; muchos de sus habitantes acudieron para hacer demostraciones de dolor, y mientras esto sucedía, dos jinetes descalbagan, diciendo uno de ellos con imperioso tono:

—¡Paso en nombre del Rey!

—Entrad—le dijo un soldado,—que ¿hora están abiertas para todos las puertas de este castillo.

El hijo del Duque y Gil, pues ellos eran, corrieron, guiados por el soldado, hacia la habitación del Alcaide. Cuando llegaban á ella presentóse D. Lope de Santisteban, que salía á su encuentro.

—¿Y mi padre?—preguntó con ansiedad angustiosa el hijo del Duque.

Por toda contestación, el favorito del Rey abrió los brazos y entre ellos estrechó fuertemente al ilustre caballero, que exhaló un grito, comprendiendo la horrible verdad.

—¡Padre mío!—exclamó sollozando.

Santisteban dijo con muy grave tono:

—Espero que no desmentiréis vuestro nom-

bre. Obligado estáis á tener tanto valor como vuestro padre.

Durante media hora entregóse el heredero del Duque á los transportes del dolor; pero al fin hizo grandes esfuerzos, y consiguió dominarse en cuanto era posible. Después de los arrebatos del dolor sintió el ilustre caballero la amargura. Había llegado tarde; por algunas horas no pudo proporcionar á su padre un gran consuelo, pues lo hubiera sido el saber que se le había hecho al fin justicia devolviéndole la libertad. Tristísimas reflexiones hizo el hijo del Duque y manifestó vivos deseos de ver el cadáver.

—Vais á mortificaros—dijo D. Lope.—No seré yo quien os ponga estorbos, pues la criatura tiene obligación de aceptar los sufrimientos, y cuando los rehuye, comete una grave falta. Cumplid vuestra misión y resignaos, que después de esta vida pasajera tenemos la eternidad, y allí ha de gozar más el que más ha sufrido en este mundo, allí ha de sonreír el que aquí ha llorado, allí ha de encontrar justicia el que aquí ha sido víctima de las arbitrariedades de los hombres. Pero no olvidéis cómo os llamáis, y que vuestro ilustre nombre os impone grandes deberes. Dejad que el dolor destroce vuestra alma; pero no hagáis demostraciones de debilidad. El mundo os mira, como miró á vuestro padre, y es menester que os considere digno del nombre que acabáis de heredar.

—Me dominaré, os lo juro.

Con pasos inseguros siguió el caballero á D. Lope. Llegaron donde el cadáver se encontraba entre cirios, cuya rojiza luz daba un tinte lúgubre á la habitación y á todos los objetos.

El caballero se arrodilló. D. Lope, el Alcaide y Gil se arrodillaron también.

Largo rato pasó. Al fin se acercó á su amigo y le tocó en un hombro. El huérfano se estremeció violentamente.

—Venid—le dijo Santisteban:—ya habéis cumplido vuestro deber.

Maquinalmente se levantó el hijo del Duque, besó la frente del cadáver y salió de la estancia. Estaba grave y tranquilo, pero con una tranquilidad imponente; le pidió explicaciones Santisteban, y se sorprendió al conocer la or-

den del Rey, que fué entregada al Alcaide. Poco después cundía la noticia del suceso, y fueron al castillo todas las personas distinguidas de la población. Ya nadie temía el enojo del Monarca, y en alta voz decían todos que siempre habían reconocido la inocencia del Duque. Después de muerto debían hacerle justicia, lo cual era un nuevo motivo de amargura para su familia, á la cual envió mensajeros D. Lope, y con la actividad que le caracterizaba adoptó inmediatamente las resoluciones que convenían para que el cadáver fuese embalsamado y trasladado á Madrid, donde se le harían las honras que correspondían á su clase. Al día siguiente estaba todo arreglado. Debían partir inmediatamente; pero Santisteban dijo que se quedaría con Gil, porque aún tenía que hacer en León. En tanto llegaron los criados del Duque, que habían caminado tan aprisa como pudieron, salió del castillo el cadáver para ser conducido á la corte, y allí quedaron D. Lope y Gil.

—¿Qué esperamos?— preguntó el sirviente á su señor.

—Aún falta mucho que hacer. Al Duque le otorgó perdón el Rey como se otorga una gracia; pero esto no es bastante: falta que se rehabilite su memoria, que se reconozca su inocencia.

—¿Y habéis de conseguirlo en León?

—En Madrid; pero antes he de hacer algo aquí.

—El Rey acabará por sospechar, y vuestra situación...

—Sería muy crítica, ya lo sé; pero cumpliré mi deber sin vacilar.

Lo que D. Lope necesitaba era un testimonio más para que de la inocencia del Duque no quedase duda. Cuando se sosegaron los ánimos tuvo una entrevista con el confesor; y aunque éste opuso algunas dificultades, deci-

dióse al fin á escribir al Monarca de esta suerte:

«Señor:

»Con la obligación de confesor del duque de Híjar, y haberlo sido tiempo ha y haber muerto en mis manos, digo á Vuestra Majes-



...besó la frente del cadáver...

tad, cómo el ánimo del Duque fué de todas maneras protestar todo lo tocante á su inocencia, como siempre lo hizo, y su ánimo fué hacerlo de cuantas maneras pudiese, y á mí en la hora de la muerte me pidió que lo hiciese notar á Vuestra Majestad. Por cumplir con esto que me pidió lo hago por esta carta, pi-

diendo á Nuestro Señor que guarde la católica y real persona de Vuestra Majestad, como la cristiandad ha menester.

»León y Enero 2 de 1664.

»De Vuestra Majestad á los pies.

»FRANCISCO DE GANDÍA.»

Esta carta no era tan expresiva como hubiera deseado D. Lope; pero al fin tenía toda la fuerza de un testimonio de mucha importancia, pues era el de un sacerdote, y se fundaba en las declaraciones hechas en el acto de la confesión.

Ya no tenía para qué permanecer en León D. Lope y se despidió del Alcaide, que le prometió hacerle una visita en cuanto le relevasen de su empleo, lo cual iba á pedir inmediatamente.

—Ahora correremos—dijo el señor de Santisteban á su fiel criado.

No habían perdido tiempo, pues debían llegar á Madrid el mismo día que el cadáver del Duque. Á las diez de la mañana atravesaban el puente de Segovia, y poco después encontrábanse en la calle de D. Pedro.

—Ve—dijo á su criado—á la casa de campo para dar aviso de nuestra llegada; yo voy á Palacio.

Y otra vez cabalgó Gil, aunque estaba molido. El señor de Santisteban se encaminó á la morada real. El día estaba sereno, brillaba el Sol en un horizonte purísimo. El Rey había salido para pasear en los jardines. Todos los cortesanos miraron con sorpresa á D. Lope.

Habíase sentado el Monarca, y tenía los pies sobre un almohadón, según costumbre, para que no le hiciese daño la humedad de la tierra. Miraba distraidamente á su alrededor con expresión de tristeza y disgusto. Al ver á su paje exclamó:

—¡Por fin! Has cumplido tu deber, mi querido Lope; pero á costa mía. Al mayor de mis enemigos no le deseo mi situación. ¡Qué días tan tristes! Encontrarse entre muchas personas sin que haya una que nos entienda, es muy horrible. Y precisamente en estos días he tenido que entender en grandes asuntos, he necesitado tus consejos.

—Bien sabe Dios...

—Ya estás aquí, y, por consiguiente, todo ha pasado. ¿Cómo se encuentra D. Luis?

—Goza de perfecta salud.

—Su enfermedad ha sido larga. Por aquí también hemos tenido novedades.

—Lo sé.

—No me acordaba de que para ti no hay nada oculto. Sin embargo, es posible que ignores lo de mayor importancia.

—¿Se refiere Vuestra Majestad al desgraciado duque de Híjar?

—Sí.

—Hace una hora que á Madrid llegó su cadáver.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Y sé también que Vuestra Majestad había dispuesto que en libertad se le pusiese.

—Lo hice por ti.

—¡Gracias, señor!

—Pero, desgraciadamente, la orden llegó tarde.

—Señor—dijo D. Lope después de algunos momentos,—yo desearía que de este asunto me permitiese Vuestra Majestad hablar otro día, porque estos momentos no son oportunos.

—¿Y qué has de decirme de lo que ya terminó completamente? El Duque ha muerto, lo cual siento mucho, porque al fin fué mi servidor y uno de los hombres que más valían, y, por consiguiente, mi querido Lope, nada más puedo hacer.

—Mucho, señor.

—No adivino; pero te escucharé cuando quieras.

D. Lope dijo para sí:

—¡Algo que ignoro ha sucedido!

Luego añadió en voz alta:

—Me parece que el semblante de Vuestra Majestad...

—No puedo estar mejor, porque cada día tengo un nuevo motivo de preocupación.

—Si sucede algo más que lo de la muerte del Duque...

—Nada más sé; pero...

Se interrumpió Felipe IV, cambió de postura y dijo:

—Aún no me has dado explicaciones de la enfermedad de D. Luis.

El antiguo paje guardó silencio.

—¿Por qué no me contestas?

—Porque la contestación ha de ser desagradable.

—De tal manera vuelves, que no te reconozco.

—Si yo me permitiese preguntar á Vuestra Majestad en qué consiste el cambio...

—En lo misterioso que te presentas.

D. Lope desplegó una muy leve sonrisa.

—Necisito tranquilidad—dijo el Monarca después de algunos momentos;—pero hasta tal punto has picado mi curiosidad, que deseo conocer esa respuesta, aunque sea muy desagradable.

—Si desde luego me otorga perdón Vuestra Majestad...

—Concedido.

—Pues bien; D. Luis de Vargas no ha estado enfermo.

—¡Lopel!

—Yo no he ido á la casa de campo.

—¿Qué estás diciendo?

—He hecho un viaje, y acabo de entrar en Madrid: ó lo que es igual, he mentido, he engañado á Vuestra Majestad, porque así me lo mandaba un sagrado deber; pero me tranquilizo porque estoy perdonado.

Silencioso quedó el Rey, no sorprendido, pues ya sabía que D. Luis gozaba de perfecta salud; pero tampoco esperaba que su favorito confesase su falta con aquella claridad. El señor de Santisteban no se parecía á ningún cortesano: intrigaba cuando le era preciso; pero su sistema era siempre distinto. Á esto debió los triunfos que había conseguido en las luchas más peligrosas y difíciles.

—Si—dijo Felipe IV,—mi perdón te concedo y perdonado estás; pero aún no comprendo por qué has representado esa farsa. Ciega fe tengo en tu lealtad, y seguro estoy de que lo habrás hecho para prestar algún nuevo servicio.

—Para cumplir un deber, señor, ya lo he dicho; para pagar una deuda de gratitud.

—Explicate.

—He ido á León.

—¿Á León tú?—exclamó el Rey.

—He consolado al duque de Híjar y he cerrado sus ojos, haciéndole así un inmenso beneficio. Esto no es una traición, no dañaba á Vuestra Majestad, ni mucho menos era contrario á la justicia. He recogido las últimas palabras del Duque; soy depositario de su últi-

ma voluntad, y ya que no he podido hacer nada en su favor, he tranquilizado mi conciencia. Sali de León después que se llevaron el cadáver, y al mismo tiempo he llegado á la corte.

Ya no podía acusar el Rey á su antiguo paje. Aquella confesión espontánea era su mejor defensa. Por otra parte, lo que había hecho nada tenía de criminal, sino que, por el contrario, probaba la nobleza de su corazón. Medido aturdido se sintió el Rey, que replicó:

—Muchas veces te lo he dicho: tienes el don de sorprender.

—Señor, otra vez suplico á Vuestra Majestad que me conceda la gracia de escucharme en ocasión más oportuna para hablar de este asunto.

—Puesto que ahora hemos principiado, podemos concluir.

—Nadie nos escucha; pero son muchas las miradas que fijas están en nosotros.

—Muy grave debe de ser lo que tienes que decir.

—Mucho, señor. El Duque ha muerto, y me parece que ya puedo pronunciar su nombre en presencia de Vuestra Majestad.

—Sí.

—Tengo las pruebas de la inocencia del Duque—repuso D. Lope.

—¡Pruebas!...

—Irrecusables.

—¡Me parece imposible!

—Las presentaré, y Vuestra Majestad pronunciará el fallo con calma. Siempre he dicho que el Duque era inocente y que se cometió una injusticia al imponerle una pena quizás más terrible que la que sufrieron Padilla y el Marqués.

—¡Oh!—murmuró el Monarca.

—Viéndolo está Vuestra Majestad: el asunto es muy desagradable.

—Sí, hablaremos mañana.

—Y si ahora me lo permite Vuestra Majestad... He pasado algunos días sin dormir apenas ni alimentarme.

—Tienes licencia hasta mañana.

—Señor, quiera Dios conceder á Vuestra Majestad salud y larga vida, para que se reparen las injusticias cometidas.

—Al perdonar al Duque...

—Ha principiado Vuestra Majestad, y tengo la esperanza de que concluya felizmente.

—Así lo deseo.

Pocas frases más cruzaron. D. Lope besó la diestra del Monarca y se alejó, deteniéndose apenas para saludar á algunos cortesanos. Descanso necesitaba; pero no volvió á su vivienda entonces, sino que se encaminó á la hostería, encontrando allí al Sr. Domingo Cabral.

—¡Ah!—exclamó éste al ver al caballero.

—¿Hay novedades?—preguntó el señor de Santisteban.

—Y de mucha importancia. ¡Qué largos han sido los días de vuestra ausencia! Un deber habéis cumplido; ¡pero Dios sabe lo que nos costará!

—Supongo que D. Juan de Haro no ha cumplido su promesa.

—Trabaja el miserable como nunca, con el auxilio de su escudero.

—¡Peor para él!

—Y peor para nosotros.

—Aquí me tenéis ya.

—Desesperado me encontraréis, porque hemos perdido un tiempo precioso. Ya estáis aquí; pero temo que sea tarde.

—¡Señor Domingo!...

—¿Qué es de Margarita?

—Debe de estar en el convento.

—Sí.

—Entonces...

—Pero ¿qué peligro la amenaza?

—Al lado de su madre...

—¡Oh!—exclamó el infeliz mancebo con voz reconcentrada.

—Explicaos; decidme lo que ha sucedido y en qué se fundan vuestros temores, pues creo que exageráis.

—Pronto os convenceréis de que el peligro es mayor quizás de lo que yo temo.

—¡En gran cuidado me ponéis!

—El Sr. Diego opina lo mismo que yo.

Mientras Cabral refiere cuanto había sucedido desde que de la corte se ausentó Santisteban, conviene que nos traslademos al convento de San Plácido para conocer la verdadera situación de la hija del Rey.

CAPÍTULO XXIII

Lo que sucedía en el convento.

Dejamos á Margarita escribiendo y recibiendo cartas que eran incentivos de su amor. La fingida vieja encontró mil pretextos para hacer más frecuentes sus visitas; ni remotamente sospechó la intriga la Superiora, constantemente preocupada con la suerte de su hija. Las cartas que iban y venían eran como las de todos los enamorados. Á la tercera ó cuarta que escribió Margarita, hablaba ya como si hiciera mucho tiempo que á su amante conociese.

D. Juan de Haro había ido preparando el ánimo de la joven, y ésta caviló, dudó, luchó á todas horas, sin saber qué resolución tomar. Por su desdicha, acababa siempre por pedir luz y consejos á doña Juana, y no hay que decir que los consejos de ésta eran los que convenían al señor de Haro: aquella mujer misteriosa tenía el don de persuadir.

Diariamente iba al templo el Sr. Domingo. Siempre llevaba una carta, que alguna vez sacó, dobló y desdobló para que la viese Margarita, aprovechando los momentos en que allí no había ningún devoto; pero nada consiguió, á pesar de tales demostraciones, pues la joven, aunque todo lo observaba desde el coro, no creyó nunca que lo que quería su amante fuese entregarle una carta, sino que manifestaba su entusiasmo por las que recibía. De otra manera, hubiera hecho algo para que á sus manos llegaran aquellos papeles.

¿Qué más le era posible hacer al mancebo? Lo que hizo: intentar sobornar al demandadero; pero éste ni siquiera quiso escuchar las deslumbradoras proposiciones que se le hacían. Pasaban los días, y, como era natural, desesperábase el Sr. Domingo, y su compañero continuaba espiando á la vieja. Alguna determinación violenta hubieran adoptado; pero no se atrevieron, porque temían disgustar á D. Lope. Por fin D. Juan, de acuerdo con su cómplice, decidió dar el último paso, y escribió á Margarita muy apasionadamente, haciendo una pintura de su horrible desesperación, advirtiéndole que los peligros se multiplicaban á medida que pasaba el tiempo, y diciéndole:

«De D. Lope, aunque se interesa vivamente por nosotros, no hay que esperar más que una protección prudente, pues su situación no le permite otra cosa. ¿Qué ha de hacer más de lo que ha hecho? En cuanto á tu desgraciada madre, sucede lo mismo. ¿No la ves vacilar á todas horas? Pues así pasará toda su vida. Como ha sufrido mucho, la espantan más los temores de nuevas desgracias; y aunque es joven todavía, extinguióse ya su antigua pasión, y no comprende la nuestra ni lo que sufrimos. No puedo vivir así, te lo juro. ¿Me amas como yo te amo? Siendo así, ante nada te detendrás. En estas situaciones no hay término medio posible, sino triunfar ó morir. Yo prefiero la muerte á lo que sufro, y la buscaré sin vacilar.

»Margarita, decide, porque el momento ha llegado. Del convento saldrás, ó en el convento te quedarás para siempre; y yo, con mi amargura, con la desesperación en el alma, iré á Flandes, y allí en los campos de batalla buscaré la paz del sepulcro. Mi resolución es firme, y será inútil que busques razonamientos para hacerme desistir. Si tu respuesta es vacilante, no volveré á escribirte, y partiré inmediatamente. Los obstáculos que puedas encontrar los vencerás con el auxilio de esa noble dama que el Cielo te ha enviado, y que nos proporciona la dicha de comunicarnos. ¡Dios la bendiga! Con ansiedad espero tu resolución. ¿No se cansará de perseguirme la negra fatalidad? Lo dudo, y por eso he decidido morir. Para ti será el último suspiro y la última palabra de tu amante,

»DOMINGO.»

Aldonza entregó esta carta á doña Juana con el disimulo con que siempre lo hacía. Media hora después la criminal encontrábase á solas con Margarita, y le presentaba el papel.

—¡Ah!—exclamó la infeliz joven, leyendo con el afán consiguiente.

Su corazón empezó á latir con violencia. Empero al llegar á los párrafos de que hemos hecho mención, tembló y palideció.

—¡Dios mio!—exclamó.

La espantaba la sola idea de abandonar á su madre de la manera que le proponían; parecíale que era cometer un crimen, y al mismo

tiempo creía firmemente que su amante, trastornado por la desesperación, cumpliría su propósito. En su alma se entabló una lucha desgarradora. Doña Juana guardaba silencio; por fin la joven elevó al cielo una mirada dolorosa y exclamó:

—¡Dios misericordioso!

—¿Qué os sucede?—le preguntó doña Juana.

—¿Os amenaza algún nuevo peligro?

—¡La muerte—respondió Margarita,—porque no podré soportar mi sufrimiento!

—Ahora que debéis tener más esperanza..

—¡Leed, y decidme si no soy la más desdichada de las criaturas!

Doña Juana leyó, aunque no necesitaba haberlo, y pareció muy preocupada.

—¡Esto es grave!—dijo después de algunos minutos.

—Vos también debéis de horrorizaros. ¡Huir, engañando y dejando á mi pobre madre!

—Escuchad, porque el dolor os trastorna, y he de haceros comprender cómo debe discuscribirse en estos momentos decisivos. Las circunstancias son muchas veces superiores á la voluntad de la criatura; mas, por horribles que sean, hay que aceptarlas y ver el mejor partido que de ellas puede sacarse.

—La alternativa en que me encuentro...

—Es dura; pero no debéis dar á los sucesos una importancia que no tienen, porque así aumentáis vuestros sufrimientos. Pensad ante todo que el Sr. Domingo os ama con locura, que conoce el mundo mejor que vos, que puede apreciar la situación de D. Lope de Santisteban, y que tiene la seguridad de que éste no irá más allá de ciertos límites, porque arriesgaría demasiado, porque se perdería. En esto no se equivoca vuestro amante, y no puede tampoco quejarse de su protector, porque sería locura exigirle que para favoreceros pudiese en peligro, no solamente su existencia sino hasta la suerte de su esposa y de sus hijos. El señor de Santisteban es padre, y un padre siempre es prudente; de esto resulta que cuando algún paso da, mira ante todo si han de perjudicarse sus hijos.

—Comprendo.

—Ha hecho más de lo que hubiese hecho cualquiera. Ha trazado un plan ingenioso, y estaba dispuesto á realizarlo; pero necesitaba

el auxilio de vuestra madre. Ese auxilio se le niega.

— Mi madre tiene miedo.

— Y siempre lo tendrá, porque no se siente impulsada por una pasión como la vuestra.

— Duda, vacila...

— Haced el último esfuerzo; suplicadle...

— ¡Será en vano! Por de pronto, se excusa con que quiere esperar á que vuelva D. Lope, y dice que entonces adoptará una resolución.

— ¿Cuál puede ser? No más que una, pues cuanto más tiempo pase, más difícil será poner en práctica el plan de D. Lope de Santisteban. Antes era fácil, muy sencillo; ahora presenta más obstáculos; dentro de algunos días será imposible.

»El señor de Santisteban tendrá que resignarse; y tranquila quedará su conciencia, porque habrá hecho mucho más de lo que podía. ¿Qué recurso quedará? Entonces ni siquiera podréis huir, porque vuestra madre, que sabe muy bien de lo que es capaz una mujer apasionada, os vigilará cuidadosamente y adoptará todas las precauciones imaginables.

Otra mirada de súplica desgarradora elevó al cielo Margarita; doña Juana, siempre con la misma dulzura, añadió:

— Pasarán los días, y también los meses. Desvanecida una esperanza, otra os alentará; pero al fin llegará la amargura del último desengaño. Haréis grandes esfuerzos para engañaros, para no creer en vuestra desgracia; pero más ó menos tarde os convenceréis, porque esto es forzoso que suceda. ¿Qué haréis entonces? Cumpliréis vuestro deber y os resignaréis.

— ¡Moriré!

— ¿Cometeréis el crimen de atentar contra vuestra vida?

— No; pero...

— Por fortuna unas veces, y por desgracia otras, el dolor hace sufrir y quebranta la salud, pero no mata. Esto lo sabe quien tiene la triste experiencia que yo tengo, quien ha sufrido y visto lo que yo. Las fuerzas de la criatura lo resisten todo. Vos resistiréis; y como ninguna esperanza os quedará, acabaréis por pronunciar los sagrados votos, lo mismo que yo hago después de una lucha que ha destrozado mi alma. ¿Qué he conseguido con resis-

tirme á creer que ninguna esperanza había para mí? Nada más que mortificarme.

— Pero andando el tiempo, cambiando las circunstancias...

— Pensad que el Sr. Domingo no tiene tanta paciencia como vos. Lo que ha determinado, es horrible; pero lo hará. Quizás muy pronto haya dejado de existir en los campos de batalla, pronunciando vuestro nombre, pero maldiciendo su estrella, y... ¿Quién sabe si también os acusará de su desdicha por haberos faltado el valor para seguirle? Y como, más ó menos directamente, vos habéis sido la causa de su muerte, vuestra conciencia...

— ¡Callad, callad!

— ¿No me pedís consejos? La verdad os digo, y no es culpa mía que la verdad sea tan horrible. En este mundo no hay nada risueño más que la mentira, pues mentira son las ilusiones y las esperanzas. La verdad es la muerte, y...

— ¡Cuánto sufro! ¡Lo que me propone es criminal!

— El crimen es la violencia de que sois víctima. ¿Quién tiene derecho para disponer de vuestro corazón? ¿Por qué vuestro padre quiere obligaros á que al pie del altar hagáis un sacrificio contra vuestra voluntad y vuestros sentimientos? Es un crimen ofrecer á Dios el corazón que se ha entregado á un hombre; á ello os obligan, y vos...

— ¡No lo haré!— interrumpió enérgicamente Margarita.

— Pero tampoco saldréis de esta sepultura, y el Sr. Domingo morirá. ¡Crimen llamáis á la defensa! Y al huir, porque no os queda otro recurso, ¿qué haríais sino defenderos? Vuestra madre...

— Me ama.

— Y os protege contra las asechanzas del mundo; pero os niega la dicha que puede proporcionaros. ¡Meditad!

— Mi razón...

— Está ofuscada, ya lo veo, y cuando se despeje, os arrepentiréis de haber vacilado; pero ya será tarde para remediar la desgracia, porque vuestro amante habrá partido, ó tal vez haya muerto.

La infeliz joven se oprimió el pecho con fuerza convulsiva. Apenas podía respirar. Su

trastorno era cada vez más profundo, la lucha, cada vez más tenaz, y aunque convencida de que era inútil, quiso hacer la última prueba suplicando á su madre.

—Reflexionaré— dijo,— y decidiré mañana. Necesito desaturdirme, recobrar la calma...

—¡Dios os ilumine!

Separáronse. Por espacio de una hora rezó y lloró Margarita, haciendo grandes esfuerzos para recobrar alguna tranquilidad; pero no lo consiguió: se horrorizaba á la sola idea de que su amante pusiese en práctica la desesperada resolución que había anunciado.

¡Verse abandonada por el hombre á quien amaba tanto! La cariñosa y desgraciada madre observó á su hija y dijo para sí:

—Parece que hoy sufre más que nunca. ¡Dios mío! ¿Cómo la consolaré?

Era imposible que Margarita disimulase, porque en su rostro se veían las señales inequívocas del llanto, y sus ojos revelaban el dolor más intenso.

Á la hora en que las religiosas dormían, y según costumbre de todas las noches, Margarita fué á la celda de su madre, que la esperaba con tanta ansiedad como temor.

INDICE

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| CAPÍTULO I.—Cómo se encontraba Margarita. | 5 |
| II.—La madre sufre y delira..... | 8 |
| III.—El efecto que produjo la carta. | 14 |
| IV.—De cómo el Sr. Diego de Paredes adivinó el misterio..... | 17 |
| V.—Lo que puede hacer una niña inocente..... | 22 |
| VI.—Situación violenta..... | 26 |
| VII.—El misterio se descubre..... | 32 |
| VIII.—Hasta qué punto deseaba el Rey la tranquilidad..... | 36 |
| IX.—Lo que hizo la monja..... | 39 |
| X.—Una visita inesperada..... | 42 |
| XI.—Un descubrimiento y una amenaza..... | 46 |
| XII.—Lucas tranquiliza á su señor. | 49 |
| XIII.—El deber..... | 54 |
| XIV.—Un ángel y un demonio..... | 58 |
| XV.—Lo que averiguó el Sr. Diego. | 61 |
| XVI.—Los dos viajeros..... | 66 |
| XVII.—El duque de Híjar..... | 68 |
| XVIII.—Dos hombres que valen mucho. | 71 |
| XIX.—Lo que consiguió D. Lope.... | 76 |
| XX.—La gran resolución..... | 81 |
| XXI.—El Rey hace lo que nadie espera | 84 |
| XXII.—Siguen las escenas tristes..... | 88 |
| XXIII.—Lo que sucedía en el convento | 92 |

R. ORTEGA Y FRIAS

El testamento de un conspirador

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

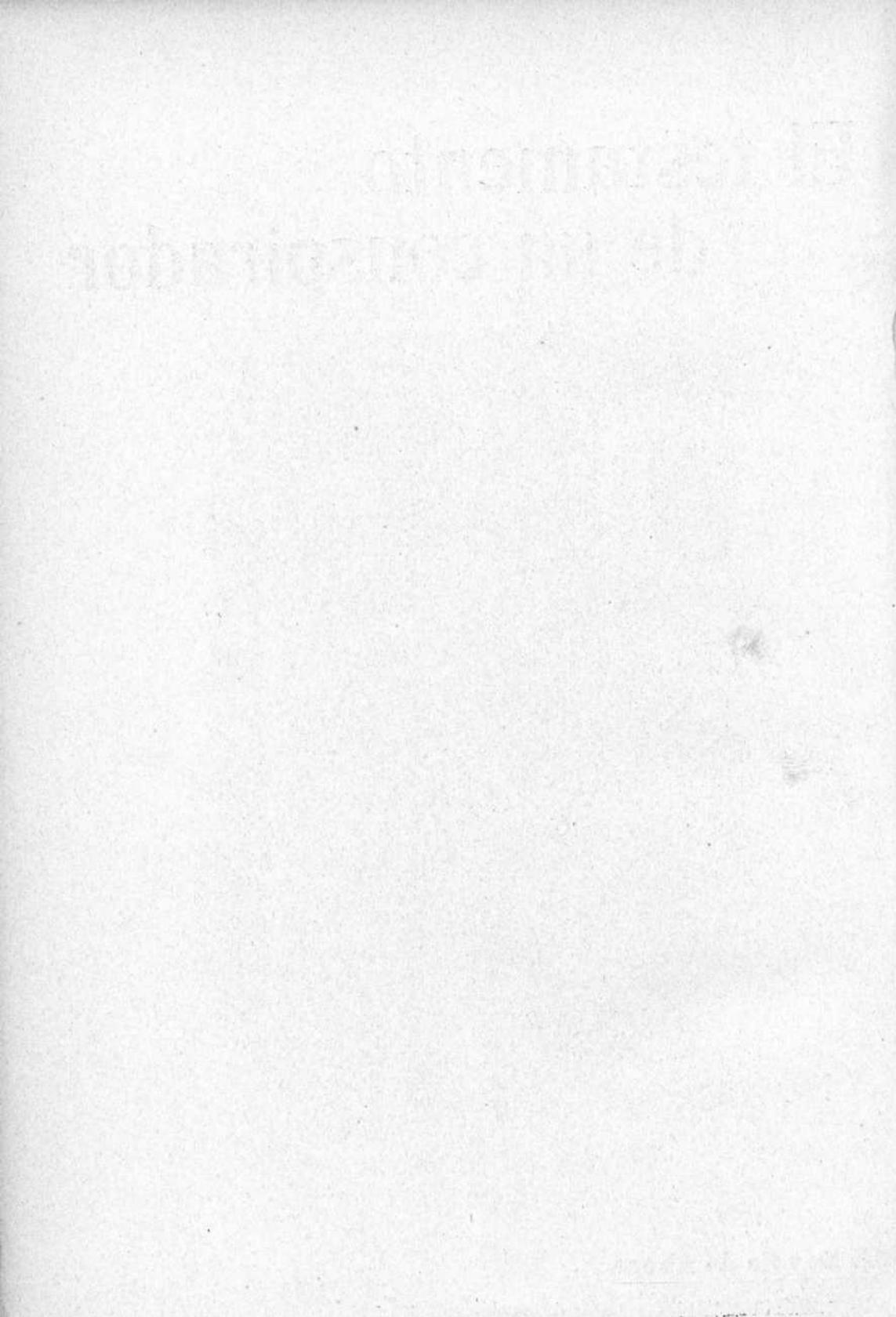


La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○○○ Año IV.

Número 71.



LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

71



Al ver al Rey y á D. Lope dejó escapar una exclamación...

RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO V



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR

CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1876

Joaquín del Pozo Aramburu



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que consiguió la hija del Rey.

Sor Margarita fijó en su hija una mirada profunda, mirada de madre, que hasta lo más recóndito del alma penetra, y la joven, dejándose llevar de los impulsos de su corazón, abrazó á la Superiora, mientras de sus ojos se escapó un raudal de lágrimas. La frente de Sor Margarita se contrajo; guardó silencio, y dejó que pasasen algunos minutos antes de preguntar:

—¿Qué sucede? ¿Por qué hoy sufres más que otros días?

—¡Madre de mi alma!—exclamó la joven.

—Responde. Quiero saber la verdad; tengo derecho á saberla, no solamente porque soy tu madre, sino porque te amo con un amor infinito.

En algunos momentos no acertó á responder Margarita.

—Te escucho—dijo gravemente su madre.

—Pues bien; es verdad que sufro como nunca, que mi sufrimiento es mayor cada día, porque cada día también menguan mis esperanzas, y falta muy poco para que se desva-

nezca la última. La situación no es ya la misma.

—¿En qué consiste la diferencia?

—Cada vez os veo menos dispuesta á realizar los planes trazados por D. Lope; y como de otra manera es imposible mi salvación...

—Te equivocas, porque no cuentas con las circunstancias. ¿Sabes lo que ha de suceder dentro de pocos días?

—No; pero...

—Si tuvieses experiencia, no se desvanecerían tus esperanzas. Á todos los sacrificios está dispuesta tu madre; pero no ha de cometer una locura. Una serie de sacrificios que apenas puedes concebir es mi existencia. ¿Qué me importa uno más? Pero tú no puedes apreciar la situación, porque ni siquiera tienes conocimiento de las personas que por ti se interesan. ¿Crees que D. Lope desea con toda su alma hacerte feliz para que también lo sea el hombre á quien favorece?

—Lo creo.

—Y, sin embargo, viendo estás que no cometes ninguna ligereza, que lleva á cabo su obra

poco á poco, y que ni siquiera hace uso de las terribles armas de que dispone. Ha podido aniquilar al señor de Haro, y no lo hace. ¿Por qué? ¿Será por el placer de sufrir y de prolongar una lucha que para él ofrece más peligros que para nadie?

—La situación especial del señor de Santisteban...

—Es la más ventajosa.

—No puede traspasar ciertos límites, porque se perdería, y las consecuencias las sufrirían también sus hijos. Es padre, y...

— ¡Margarita! — interrumpió la religiosa. — ¿Quién te ha enseñado á discurrir así?

—Nadie — respondió con voz insegura la joven.

—Lo que acabas de decir no puede haber brotado de tu mente.

—Madre mía...

— ¡Basta! — interrumpió severamente Sor Margarita.

La joven inclinó la cabeza y fijó en el suelo la mirada.

—Está bien — añadió después de algunos momentos la monja. — No es menester que te molestes en decir lo que deseas: yo te lo diré. Quieres que sin esperar á que vuelva D. Lope yo adopte una resolución, y no has pensado que eso es en absoluto imposible, siquiera porque no hay medio de poner en práctica el plan sin su auxilio. ¿Adónde irías al separarte de mí? ¿Dónde encontrarías seguro refugio contra las asechanzas del miserable que tanto te ha hecho sufrir, y que ni siquiera tu honor ha respetado? ¿Dónde estaría á cubierto tu pudor, dónde tendrías la seguridad de que los maliciosos y murmuradores no pusieran en peligro tu reputación?

—La esposa de D. Lope...

—¿Ignoras también que salió de Madrid?

— ¡Que salió de Madrid! — exclamó Margarita fijando en su madre una mirada de asombro.

—Y no volverá hasta después que su esposo haya vuelto.

Más aturdida que nunca se sintió la joven. Si la esposa de Santisteban no se encontraba en Madrid, ¿cómo el Sr. Domingo le proponía que saliera del convento? ¿Adónde pensaba llevarla? ¿Y cómo se explicaba que el hombre que la amaba tanto quisiese

exponerla á lo que podía perjudicar su reputación? He ahí un pícaro detalle en que no había pensado D. Juan.

—Además—prosiguió diciendo Sor Margarita,—bien puede suceder que por efecto de las circunstancias á D. Lope le convenga cambiar de plan ó modificar el que trazó. Ya hace muchos días que se fué, y ha de venir muy pronto. ¿Por qué no hemos de esperar? ¿Qué perderemos por tener paciencia algunas horas más?

—Si es que pensáis hacer al fin lo que ha propuesto D. Lope...

—Aún no he decidido.

—Pues, entonces...

—Sigue escuchando, que no he concluido. Supongamos que cometo la locura de acceder á lo que tan vivamente deseas y decido que mañana salgas de este santo recinto. ¿No sería menester estar antes de acuerdo con el señor Domingo Cabral?

—Sí.

—¿Y cómo haríamos para conseguirlo? Resuelve esta dificultad, y entonces tus súplicas tendrán algún fundamento.

Para responder necesitaba Margarita decir que estaba ya en comunicación con su amante.

— ¡Habla! — le dijo su madre. — ¿Qué temes?

—Que impulsado por la desesperación el infeliz á quien amo...

—¿Qué ha de hacer?—preguntó Sor Margarita, en tanto que fijaba una mirada penetrante y ardiente en la joven.

El rostro de ésta enrojeció como si fuese á brotar sangre; más de lo que estaba se contrajo la frente de la religiosa. Ya no dudó de que su hija le ocultaba algo, y repuso con grave y severo tono:

— ¡Tú guardas un secreto!

— ¡Madre mía!...

— ¡No me dices la verdad! En vano callará tu lengua lo que dice tu semblante. ¿Por qué enrojecen tus mejillas? ¿Por qué tiembles? ¿Por qué no me miras frente á frente? Cuando la verdad se dice, no se bajan los ojos, y se tiene el valor que da la conciencia tranquila. Mientes por primera vez, y para tu madre infeliz has guardado el disimulo que no has tenido para nadie. ¡Ah! ¡Reservada me estaba esta amargura también! Dios lo dispone, y

débo resignarme y sufrir. Calla, pues; déjame, y cuando haya reconocido, cuando comprenda...

—¡Perdón!— exclamó Margarita sin poder contenerse.

Y en los brazos de su madre se arrojó, besándola con frenesí, mientras el llanto que corría por sus mejillas amenazaba ahogarla.

—¡Perdón, madre mía!

—Perdonada estás.

—¡Sufro tanto, que el dolor me trastorna, me enloquece!

—¿Y por qué no has venido á buscar los consuelos de tu madre?

—¡Todo lo sabréis, todo! Pero me perdonaréis, madre mía. He tenido un momento de debilidad...

—¡Pobre hija mía!

—Mi situación es horrible.

—La conozco.

—No, porque ignoráis que desesperado está el hombre á quien amo, que se ha trastornado su razón y quiere ir en busca de la muerte para descansar.

—¡Margarita!

—Antes me habéis preguntado por qué no habíamos de esperar algunos días, quizás algunas horas más. Preguntádselo á ese infeliz, porque á mí no me ha dicho más sino que tiene la seguridad de que D. Lope no ha de ir más allá de donde le permite su situación.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Poco después de salir de la corte el señor de Santisteban, he visto á Cabral.

—¡Comprendo! Debe de venir á la iglesia á las horas en que tú estás en el coro. Pero no puede hablarte.

—Me escribe, y yo le contesto.

—¿Que te escribe? ¿Y cómo llegan sus cartas á tus manos?

—Lo sabréis, pues ya os he dicho que nada os ocultaré; pero antes he de leeros la última carta que Cabral me ha escrito, y decidme luego si hay remedio posible para mi mal. La juventud se arrebata fácilmente, y...

—¡Dame esa carta!

Margarita sacó el papel y con mano trémula se lo entregó á su madre, que leyó con atención profunda, meditó y analizó cada una de las frases dictadas por el miserable D. Juan.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de doña Margarita. No sospechó la procedencia de aquella carta, y, lo mismo que su hija, creyó que estaba escrita por el desdichado mancebo. Lo que sintió Sor Margarita no tiene explicación. Había creído ciegamente en la nobleza del Sr. Domingo, y su ilusión se desvanecía. Volvió á mirar severamente á su hija, y le dijo:

—¡Ese hombre es indigno de tu amor!

—¡Madre mía!...

—Por tu propia dignidad debes olvidarle.

—¡Olvidarle!

—Y si no puedes, sufre; resignate, muere sin exhalar una queja, porque antes que la vida es la dignidad. ¡Sí, ruin es el alma del Sr. Domingo Cabral; ruin como la de su padre!

—¡No, no!—gritó desesperadamente Margarita.

—¿Qué esperas de un ingrato?

—Vuestras acusaciones...

—Justificadas están por su mismo proceder. Todo, hasta la vida, y lo que es más, el reposo y hasta el honor de su madre se lo debe á D. Lope de Santisteban y á D. Luis de Vargas. D. Lope le manda esperar mientras arriesga la vida para pagar una deuda de gratitud y de corazón, y cuando faltan muy pocos días para que vuelva, quizás algunas horas, ese hombre, sin miramiento alguno, sin que le obligue ninguna nueva circunstancia, quiere obligarte á que le sigas para desaparecer contigo. Si es verdad que te ama, ¿por qué no mira por tu honor, que debe ser el suyo? No ignora que fuera de Madrid se encuentra la esposa de D. Lope, y que, por consiguiente, no puedes ponerte bajo su amparo. ¿Qué haría contigo si de mí te separases ahora? ¿Adónde te llevaría? ¡No; ese hombre no te ama y es indigno de tu amor! Tu dignidad te manda olvidarle, y hasta tu conveniencia también. Pronto le verás inclinando la frente como el criminal la inclina; pronto verás cómo desaparece toda su ilusión grandeza; pronto verás toda su ruindad, apreciarás toda su pequeñez. Ahora quiero saber cómo han podido llegar á tus manos las cartas de ese hombre.

—La persona que me ha favorecido no es culpable, porque su intención...

—¿Crees que ha sido la de favorecerte?

—No podía ser otra.

—Probablemente, la de satisfacer su codicia, porque la han sobornado. ¿Quién es?

—Prometédme...

—Si esa persona ha querido hacerte desinteresadamente un beneficio, cuando yo me convenza, lo cual es bien fácil, la dejaré tranquila y ni una palabra desagradable le diré.

—Cometo un abuso al pronunciar su nombre...

—Á una madre se le dice todo.

—Esa señora que aquí se ha refugiado para buscar la tranquilidad del espíritu después de haber sufrido mucho...

—¡Basta!

—Bien comprendéis que no es posible que la haya movido la codicia. Del mundo se ha separado voluntariamente, á nada aspira más que á la eterna salvación, y...

—¡Eres demasiado inocente! Esa mujer es criminal.

—¡Imposible!

—Tendrás la prueba.

—Cuando conozcáis su triste historia...

—Á esta santa casa ha venido para secundar los planes del hombre á quien amas.

—Para eso sería preciso...

—¡Basta!

—¡Madre mía!

—Déjame hacer lo que conviene á tu dicha y á tu honor.

—Pero...

—Ni una palabra digas á esa mujer. Guarda la más profunda reserva.

—Sabe que esta noche había de haceros la última súplica.

—Pues bien; le dirás que sigo vacilando, y fingirás que tú también vacilas. Así ganaremos algunas horas siquiera, que es cuanto necesito.

—¿Qué pensáis hacer?

—Lo sabrás mañana—respondió la monja,—porque nada quiero ocultarte.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque no apreciaríais los sucesos en su verdadero valor. Ten fe en el cariño de tu madre. Lo que yo no haga por ti, ¿quién lo hará?

Abrazáronse otra vez, mezclando sus lágrimas, y se separaron. Margaritano pudo conciliar el sueño; tampoco había de lograrlo su

madre hasta que transcurriesen algunas horas. Meditaba, trazaba un plan, cuyo resultado debía ser que su hija se convenciera de que era indigno de su amor el Sr. Domingo Cabral. Apenas amaneció, Sor Margarita dispuso que á su celda fuese el demandadero, el cual salió diciendo:

—¿Qué sucede? ¡Algo muy grave! Las órdenes que me ha dado la muy reverenda Superiora huelen á intriga desde muy larga distancia; pero las cumpliré con toda exactitud, porque las amenazas son terribles.

Resonaron las campanas del convento; e sacristán abrió la puerta de la iglesia, y poco después entró el Sr. Domingo Cabral, colocándose en el mismo sitio que todos los días. Su mirada ardiente fijábase con ansiedad en la reja del coro. Las monjas volvieron á sus celdas; suspiró el mancebo, y continuó inmóvil y con la mirada fija en la doble reja, esperando alguna señal. Cuando iba á salir del templo se le acercó el demandadero, diciéndole:

—¡Perdone vuestra merced!

—Perdonado estáis—le respondió Cabral con tono de extrañeza.

CAPÍTULO II

Descubrimientos.

Un destello de alegría se escapó de los ojos del enamorado mancebo, pues creía que el demandadero iba á buscarle de parte de la hija del Rey. No era el templo el sitio más á propósito para entablar conversación, y, por consiguiente, el Sr. Domingo se concretó á preguntar:

—¿Qué queréis?

—Venid, si lo tenéis á bien.

—Y muy complacido.

Salieron, y pocos pasos tuvieron que dar para llegar á la portería, donde el demandadero entró seguido de Cabral, cuyo corazón latía mucho más violentamente que antes.

Detuviéronse junto á una puerta, donde el demandadero dió algunos golpecitos. La puerta se abrió.

—¡Por aquí!—dijo el criado, mientras sonreía muy dulcemente.

Llamábale al Sr. Domingo la atención que con tanta facilidad le introdujesen en el sagrado recinto, y se preguntó si todo aquello se hacía de acuerdo con la Superiora; pero no quiso pronunciar una palabra. Atravesaron varios aposentos, subieron sin hallar á nadie, y, por fin, el demandadero se detuvo junto á una puerta, levantó una cortina, se inclinó respetuosamente y dijo:

—¡Entrad!

Entró el mancebo, y encontróse en la celda de la Superiora, con gran asombro suyo.

—¡Ah!—exclamó con acento indefinible.

Sor Margarita le miraba, y ambos quedaron como estatuas por algunos minutos. No tardó el joven en serenarse: tenía valor, le sobraba ingenio, y como su conciencia estaba tranquila, era imposible que se dejase dominar mucho tiempo por aquella clase de emoción. Dió algunos pasos más, y con voz tranquila dijo:

—Reverenda madre, aquí me tenéis. Me han dicho que venga, y he venido ignoro con qué fin, y...

Se interrumpió, examinó detenidamente el semblante de la Superiora, y añadió:

—Supongo que sois Sor Margarita, y me considero muy afortunado al tener esta ocasión de conoceros personalmente. Si me equivoco, vos me lo diréis; pero, de todas maneras, estoy dispuesto á servirlos, cumpliendo así mis deberes de caballero.

—No os equivocáis—respondió la monja.—¿Sois el Sr. Domingo Cabral?

—El mismo, reverenda madre.

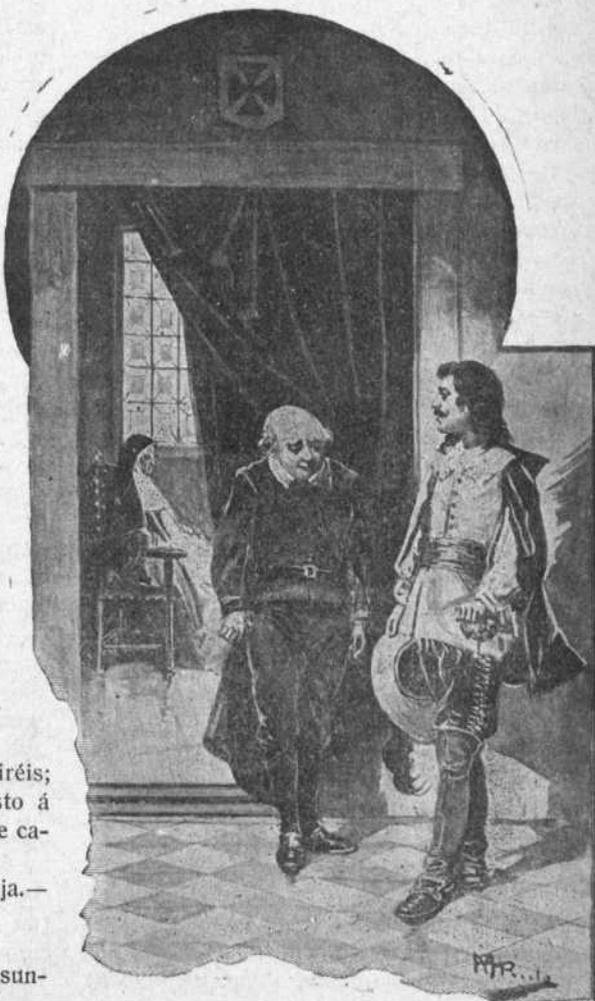
—Tengo necesidad de hablaros de un asunto de importancia.

—Me honráis.

—Sentaos, escuchadme, y tened entendido que es completamente inútil el fingimiento, completamente inútil la mentira, y que, por consiguiente...

—Perdonad—interrumpió el hidalgo.—Lo que acabáis de decir es, por lo menos, una suposición ofensiva; pero no la tomo en consi-

deración, porque sois una dama, doblemente respetable por vuestro carácter religioso, y más respetable todavía por los lazos que os unen á la persona á quien más amo en el mundo. Sin necesidad de hacerme esa clase de advertencias podéis decir lo que os pa-



—¡Entrad!

rezca bien sobre el asunto de que hemos de tratar. Os escucharé con la atención que merecís, os responderé como respondo á todo el mundo, y si os parece que miento, os volveré la espalda y deploraré mi desdicha.

Sor Margarita miraba al enamorado mance-

bo sin comprender cómo era posible fingir con tanta habilidad y tan descaradamente. Su semblante expresaba los sentimientos más nobles. ¿Era posible que tal hombre hubiese escrito aquella carta y fuera ingrato y ruin hasta el último grado de la ruindad? El mancebo se sentó.

—Escucho—dijo.

—Sr. Cabral, si las noticias que tengo son exactas, vos lo debéis todo, absolutamente todo, á D. Luis de Vargas y á D. Lope de Santisteban.

—Les debo más que la vida, y por eso les pago, no solamente con amor filial, sino con un respeto profundo.

—D. Lope ha tenido que partir para cumplir un deber.

—Con su ejemplo me ha enseñado, y si algo noble hay en mi alma, se lo debo también.

—Comprendo la violencia de las pasiones; sé cómo trastornan, cómo enloquecen y cómo hay momentos en que todo se olvida.

—Conozco vuestra historia con todos sus detalles.

—Me alegro, porque así podréis apreciar la situación. Amáis á mi hija, y no me sorprende que tengáis momentos de delirio.

—Pero aun en los momentos más terribles no he olvidado mis deberes. Amé á vuestra hija sin saber quién era, y después...

—Lo sé todo.

—Vuelvo á escuchar, reverenda madre.

—Al partir D. Lope, dispuso que esperaseis.

—Y viendo estáis que espero, aunque cada día, cada hora, cada minuto me parecen un siglo, una eternidad.

—Sin embargo, vuestra paciencia...

—Es inagotable; y la prueba la tenéis en que sufro y aguardo, á pesar de que en estos momentos nos amenazan á todos grandes peligros, y particularmente á vuestra hija. Al templo he venido todas las mañanas, es verdad; pero al hacerlo no he desobedecido las órdenes del señor de Santisteban, ni á nadie hice mal. He respirado la atmósfera que respira la mujer á quien adoro. No la he visto; pero he creído que ella me veía, y así he sido dichoso algunos minutos.

—Todo eso está bien, Sr. Cabral; pero hay algo más que no decís.

—Con el auxilio de mi amigo el Sr. Diego de Paredes he trabajado, he vigilado sin cesar, porque nuestro enemigo es muy temible, y así hemos podido hacer grandes descubrimientos de que os daré noticia, pues muy cerca de vos se encuentra una de las miserables criaturas que sirven á D. Juan. Como no me estaba permitido visitaros porque me lo había prohibido D. Lope de Santisteban, y como no era de absoluta necesidad daros un aviso para evitar sorpresas, busqué medio de ponerme en comunicación con vuestra hija.

—Y el medio lo encontrasteis.

—Sí.

—Y el uso que habéis hecho...

—Desgraciadamente, no he podido hacer ninguno, porque si el plan tracé, no lo he realizado.

—Sr. Domingo...

—Afortunadamente, os veo y podré deciros lo que pasa.

—¿Nada más habéis hecho?

—Nada más, reverenda madre.

Se arrugó el entrecejo de la Superiora. Volvió á sentirse indignada, porque creyó que mentía descaradamente el mancebo, y la mentira era muy grave. Después de algunos minutos la monja rompió el silencio para decir:

—De la manera que hemos principiado, no concluiremos jamás.

—Me habéis dispensado una honra que agradezco mucho: me habéis proporcionado la satisfacción de veros, satisfacción inmensa, si quiera porque sois la madre de la mujer sublime á quien amo; pero aún no sé con qué fin habéis provocado esta conversación, y si no me lo decís con alguna claridad, si continuáis con frases vagas, con indicaciones oscuras, con reticencias, me será imposible complaceros.

—Pues bien—replicó Sor Margarita, sin poder ya contenerse;—os he llamado para deciros que habéis cometido un abuso, que sois indigno del amor, no solamente de mi hija, sino de cualquiera mujer honrada.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del mancebo; circuló por sus venas fuego en vez de sangre por el ultraje que le inferían, y al cual no podía responder como exigía su dignidad, porque el ultraje se lo hacía una mujer, la

madre de Margarita, además inviolable por su carácter religioso. Apretó los puños, se contrañeron sus labios con expresión de desdén, y levantó la cabeza con toda la altivez de quien tiene conciencia de lo que vale.

—¡Continuad!—dijo con breve acento.

—¿Os parece poco lo que acabo de decir?

—Por lo mismo que es mucho, necesita justificación. No puedo hacer con vos lo que haría con un hombre, no puedo arrancaros la lengua; pero os impondré el castigo que merecéis si no me anonadáis con las pruebas de vuestra acusación.

—¿Pruebas queréis?

—¡Y por quien soy os juro que no saldré de aquí sin que las pruebas me presentéis, ó á mi honra herida deis satisfacción tan cumplida como la exige!

—¡Caballero!...

—Podéis abusar de las ventajas de vuestra situación, y fácilmente conseguiríais que me sacasen de aquí para llevarme á un calabozo; pero siendo víctima, sería más grande que vos, y con la tranquilidad de mi conciencia os miraría con desdén y con lástima en los momentos en que me encontrase en manos del verdugo.

—¿Conocéis el valor de las palabras que acabáis de pronunciar?

—Sí—respondió Cabral,—y acepto la responsabilidad de mi proceder.

—¿Levantáis la frente?

—¡Como quien es honrado!

—La inclinaréis muy pronto como la inclina el criminal.

—¡Las pruebas, señora!

—¡Tomadlas!—dijo Sor Margarita.

Sacó la carta y se la entregó al mancebo, que la desdobló, la miró por todos lados, empezó luego á leer, y antes de concluir exclamó:

—¡Miserables!...

—¿Qué diréis ahora? Si sois inocente, presentad las pruebas, señor hidalgo, porque ahora yo las exijo, como vos las habéis exigido antes.

—¿Pruebas queréis de mi inocencia, pruebas de mi honradez?

—Sí.

—¡Pues tomadlas!—dijo el Sr. Domingo.
¡Las tenéis en ese papel!

La monja se sintió aturdida. Ambos quedaron inmóviles y en silencio. Por fin la religiosa empezó á sospechar que de ella quería burlarse el mancebo, y dijo:

—¡Mirad lo que hacéis, porque!...

—Las pruebas de mis abusos os pido, y no me las presentáis; vos me pedís las de mi inocencia, y os las presento inmediatamente.

—¡Sr. Cabral!...

—¡Basta, reverenda madre! ¡Lo comprendo todo!

—¿Y qué es lo que comprendéis?

—Os han hecho creer que esa carta es mía.

—¡Sr. Domingo!...

—¿Quién os ha dado ese papel, quién? ¡Eso es una intriga horrible! No he conseguido que mis cartas lleguen á manos de Margarita. Esa yo no la escribí, y la prueba es tan sencilla como clara. Ved mi letra, comprobad.

Y al decir esto sacó el joven la carta de que siempre iba prevenido, con la esperanza de encontrar ocasión favorable para hacerla llegar á poder de Margarita. En un instante cambió la escena. No necesitaba la monja explicaciones para comprender la intriga. Había faltado muy poco para que su hija cayese en poder de D. Juan de Haro. Hay peligros de tal naturaleza, que espantan aun después de haberse conjurado.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Sor Margarita elevando al cielo una mirada.

—Reverenda madre...

—¡Pobre hija mía!

—Recobrad la calma, explicaos, y...

—¡Olvidad cuanto he dicho!

—Olvidado está.

—Os he ofendido gravemente...

—En vuestro lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—Todo he podido sospecharlo menos esta intriga incalificable.

—Porque ignorabais que dentro de este sagrado recinto se encuentra uno de los cómplices de D. Juan.

—Le conozco.

—Si no le conocieseis, yo os diría quién es.

—Una mujer que ha entrado aquí como novicia.

—Y que frecuentemente tiene entrevistas.

con una vieja que ha cambiado su nombre por el de Aldonza.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Dios quiso favorecer á mi amigo Paredes, que ha descubierto la intriga; pero ignorábamos el medio de que se servían nuestros enemigos para conseguir sus fines. Escuchad.

El mancebo refirió detalladamente cuanto había hecho su amigo Faredes y lo que habían conseguido. Poco á poco recobraron la calma. El mancebo dijo:

—Ahora más que nunca tenemos necesidad de la calma y de la prudencia.

—Esa mujer sufrirá el castigo que merece, porque antes de una hora estará en un calabozo de la Inquisición, lo mismo que la otra que la ayuda.

—Y como consecuencia inmediata, á la Inquisición irían también muy pronto D. Juan de Haro y su escudero. Mi odioso rival pagaría de ese modo cuanto debe; pero...

Se interrumpió el Sr. Domingo é hizo un gesto de disgusto.

—¿Qué os ocurre?—le preguntó Sor Margarita.

—¡Siempre hay un obstáculo para aniquilar á ese miserable!

—¡Obstáculos! Nadie puede ponerme estorbos para que yo haga uso de la autoridad que tengo en este sagrado recinto, ni estorbos han de encontrar tampoco las autoridades eclesiásticas.

—Sin embargo...

—¡Pronto lo veréis!

—No haréis nada, reverenda madre—dijo tristemente el mancebo.—Por bien que conozcamos la situación, no podemos apreciarla como D. Lope de Santisteban; y quizás cometeríamos una locura adoptando una resolución antes de que vuelva.

—Inutilizar á nuestros enemigos...

—No habéis pensado en algunas de las consecuencias que el golpe produciría. Por de pronto, sería imposible ocultar que aquí se encuentra vuestra hija, y, por consiguiente, imposible también poner en práctica el plan trazado por D. Lope.

—Tenéis razón.

—También sucedería que el Rey, para que su hija estuviese bien guardada, determinara

llevarla á otro convento, donde la vigilarían muy cuidadosamente, haciendo imposible su felicidad. Forzoso es, pues, que tengamos paciencia y esperemos á que vuelva D. Lope.

—Pero entretanto esa mujer...

—La dejaréis en paz.

—Y mi hija...

—Fingirá que sigue teniendo confianza en ella; pero que vacila para seguir á su amante, y escribirá cartas y recibirá las contestaciones. Así ganaremos tiempo. D. Lope no puede tardar muchos días, y cuando venga adoptará la resolución que le parezca más conveniente. Por mi parte nada haré, porque le he prometido esperar y sufrir, y quiero cumplir mi promesa. Si alguna determinación tomáis, lo haréis bajo vuestra responsabilidad, y conste que yo me opongo.

—Esa mujer es muy peligrosa.

—Muy temible es el enemigo á quien no se conoce; pero á ella la conocéis, y bastará con que disimuladamente adoptéis precauciones para evitar nuevos abusos.

—De todo son capaces nuestro enemigos.

—Sí, pues tenemos la prueba en lo que han intentado.

—¡No vivirá tranquila!

—Vigilaréis á todas horas, y Margarita se guardará y desconfiará de todo. Reverenda madre, mi propósito es firme, y no haré absolutamente nada, porque antes que todo es mi deber con D. Lope de Santisteban.

—Esperaré.

—¡Gracias, señora!

—Ahora tengo que pedir os una gracia; pero...

—Digno sois de mi consideración.

—¿No me permitiríais ver un instante, un solo instante, á vuestra hija?

—¡Sr. Domingo!...

—¡Aquí, en vuestra presencia! ¡Un instante no más!

—Lo que pedís...

—¡Concedédmelo, y os juro que no abusaré de vuestra bondad! La veré, y si me prohibís que hable, ni una palabra pronunciaré.

—¿No comprendéis que esa entrevista ha de ser un sufrimiento, lo mismo para ella que para vos?

—¡Sufrimiento!—exclamó el Sr. Domingo, cuyos negros ojos brillaron con el fuego de su

pasión. ¡Sufrimiento ver al hombre á quien ama!

—Sí, porque no podréis con palabras desahogar vuestro corazón.

—Nuestros ojos dirán lo que sentimos, y nos entenderemos.

—Como habriais de separaros muy pronto...

—Breve sería nuestra dicha; pero dicha al fin, una dicha inmensa.

—¡Señor Domingo!...

—¡Concededme esa gracia!

—¡No me atrevo!

—¡Por el amor de vuestra hija!

La pobre madre dudó; no podía resistir á la súplica del mancebo, y respondió al fin:

—¡Un instante no más, entendedlo bien! Y no hablaréis más que lo preciso para cumplir los deberes de la cortesía.

—Os lo prometo.

—Saldréis apenas yo lo disponga.

—¡Descuidad!

—En vuestra promesa fio.

—¡No os arrepentiréis!

—Sentaos y esperad.

—¡Que Dios os bendiga!

Obedeció el mancebo. Sor Margarita salió de la celda y fué á la de su hija. La halló triste y preocupada, la besó con inmensa ternura, y le dijo:

—Hija mía, arrodíllate y da gracias al Omnipotente, porque te ha librado de una desgracia horrible.

—No adivino...

—Esa mujer ha venido á esta santa casa para engañarte, para perderte.

—¡Madre mía!...

—Ha venido para favorecer los planes de D. Juan de Haro.

—¡Imposible!...

—Tengo las pruebas.

La joven fijó una mirada de estupor en su madre, que prosiguió diciendo:

—El Sr. Domingo Cabral no te ha enviado ninguna carta. Esas cartas que has recibido están escritas por D. Juan de Haro.

Un grito de terror exhaló la infeliz.

—¡Dios Omnipotente!—exclamó.

—Sí, Dios me ha inspirado para que te salve, y determiné hablar con el hombre á quien amas. Ha visto la carta que me entregaste, y

me ha enseñado, y en mi poder está, la que tenía escrita, esperando una ocasión para hacerla llegar á tus manos. No conoce a esa mujer que viene á visitar á la novicia sino porque ha conseguido averiguar que está en relaciones íntimas con el escudero de D. Juan de Haro, y han visto que á esta santa casa venía.

Margarita temblaba.

—¿Necesitas más pruebas?—preguntó la monja.

—¿Y cuándo habéis visto á Cabral?

—Ahora, hace pocos momentos... Aún está en mi celda.

—¡En vuestra celda!—exclamó la joven poniéndose en pie.

Y obedeciendo maquinalmente al primer impulso de su corazón, dió un paso hacia la puerta.

—¿Adónde vas?—le preguntó su madre.

Margarita se detuvo, sonrojándose é inclinando la cabeza; quedó inmóvil como una estatua.

—Sí, verás al hombre á quien amas; pero un solo instante. Después hablaremos, y conocerás el plan que hemos trazado. No olvides que en presencia de tu madre vas á ver al hombre á quien amas.

—No puedo olvidar mi decoro; á esto debo mi salvación.

—¡Vamos, pues!

Con pasos vacilantes siguió á su madre hasta la celda en que estaba Cabral. Los dos enamorados exhalaban un grito y se contemplaron con ansiedad indescriptible. Intensamente brillaron sus ojos con el fuego de su pasión inextinguible. El Sr. Domingo había dicho bien: no necesitaban hablar para expresar lo que sentían.

—¡Margarita!—exclamó el mancebo después de algunos minutos.

—¡Ah!—murmuró la joven.

Y silenciosos quedaron otra vez. No les estaba permitido dirigirse una palabra de ternura, y, por consiguiente, no encontraron nada que decir. Horas y horas hubieran permanecido inmóviles y contemplándose con la misma ansiedad. Al fin comprendió Sor Margarita lo que antes debió comprender, que aquella entrevista era combustible añadido á la hoguera

de la pasión de los dos jóvenes; convenía que se separasen.

—¡Basta!—dijo la monja.—Sr. Cabral, seguidme; y tú, hija mía, me esperarás aquí.

—¡Gracias, señora! ¡Os soy deudor de una dicha inmensa! ¡Adiós, Margarita! ¡Mi alma es tuya!

La joven puso la diestra sobre su corazón, oprimiéndolo fuertemente: tan expresiva fué su mirada en aquellos instantes, que no necesitó hablar para que la entendiese su amante, que salió de la celda con Sor Margarita; la joven elevó al cielo una mirada de ternura.

Se dejó caer en una silla, y el llanto del placer nubló sus ojos.

Entretanto el mancebo se despedía de la monja, y guiado por el demandadero salía de aquella santa mansión.

CAPÍTULO III

Sigue la farsa.

Margarita tuvo bastante fuerza de voluntad para dominarse y ocultar lo que sentía: se trataba de su amor, y se sentía con valor para todo. Una hora después de las escenas que hemos pintado hablaba con la cómplice de don Juan.

—¿Aún vaciláis?—preguntó ésta.

—Sí—respondió la joven.

—No os aconsejo, porque la responsabilidad sería muy grande; pero os recuerdo que es absolutamente preciso adoptar una resolución. ¿No os atrevéis?

—Confieso mi cobardía.

—Quedaos, pues, en esta sepultura; pero habéis de decirselo así al Sr. Domingo Cabral, porque aguarda vuestra respuesta para poner en práctica su resolución.

—Le suplicaré.

—Leed otra vez su carta, y os convenceréis de que vuestras súplicas no servirán más que para hacerle sufrir. Cuando un hombre como él hace un propósito, lo cumple á despecho de todo el mundo.

—Haré la prueba.

—¿Habéis hablado con vuestra madre?

—Anoche.

—¿No cede?

—Vacila, y se empeña en esperar á que vuelva D. Lope.

—Viendo estáis que el señor de Santisteban no ha de hacer mucho más de lo que ha hecho.

—Pero mi madre no se convence.

—Entonces...

—Voy á escribir.

—¡Dios os ilumine!

Muy pensativa y disgustada quedó doña Juana: había creído que la hija del Rey se decidiría, y el desengaño la hizo sufrir mucho.

—¿Desconfía?—se preguntó.

Pero después de reflexionar muy detenidamente, se convenció de que no era desconfianza, sino miedo. También los más astutos se equivocan. Empezó á temer que la empresa no pudiera realizarse, porque si pasaban algunos días, la joven recobraría la calma, sería dueña de su razón, y no cometería la locura de salir del convento. Preciso era apelar á medios extraordinarios.

Margarita escribió sin manifestar desconfianza; pero negándose á seguir á su amante mientras D. Lope no volviese á Madrid, pues antes no tenía quien la tomase bajo su protección sin que su honra padeciera. También doña Juana escribió á D. Juan, y entre otras cosas le decía:

«Creo que nada conseguiremos por este camino, porque la primera impresión no ha sido bastante para que se decida, y después acrecentarán sus temores. Nos queda el otro recurso, y á él debemos apelar sin vacilaciones ni miramientos. Tened presente que nuestro enemigo más terrible ha de volver muy pronto á la corte, y que, por consiguiente, aumentarán las dificultades. Si os decidís, enviadme lo que necesito y preparaos, pues he de aprovechar la primera ocasión que se me presente.»

Dos días pasaron. Se presentó la bruja, y la novicia le dió, en vez de una, dos cartas, que D. Juan recibió y leyó con atención profunda, conferenciando luego detenidamente con su escudero. Después escribió, pintando su pasión devoradora, como había hecho otras veces, y jurando que le era odiosa la existencia; y para tranquilizar y acabar de decidir á la joven, añadió lo siguiente:

«La esposa de nuestro protector no espere

más que mi aviso para volver á la corte y que bajo su amparo quedés. Así queda vencida la única dificultad que has encontrado, y que era digna de ser tomada en consideración. Decide de una vez, en la inteligencia de que si continuas vacilando, no volveré á escribirte y partiré inmediatamente. Á pesar de todo, será para ti mi último recuerdo y mi último suspiro. ¡No puedo más! Mi amor me mata, y, sin embargo, mi amor es mi dicha. ¡Adiós para siempre!»

Á doña Juana escribió también, dándole las instrucciones convenientes; la vieja llevó las cartas á su señora, y además le dió un pomito que no sabemos lo que contenía. Por última vez conferenció doña Juana con la hija del Rey.

—Decidid—le dijo.—Yo he hecho cuanto me ha sido posible para contribuir á vuestra dicha; y si no lo consigo, por lo menos, quedará tranquila mi conciencia.

—La mía también.

—No del todo.

—¿De qué puede acusarme?

—Preguntadle, y os lo dirá.

—Señora...

—¿Por qué habéis alimentado las esperanzas de Cabral? ¿Por qué le habéis jurado amor eterno? ¿Por qué le habéis dicho que estabais dispuesta á todos los sacrificios?

—Pero mi honor...

—¿Qué teméis? La esposa de D. Lope ha de venir para tomaros bajo su protección, y bien guardada estará vuestra honra.

Margarita, que aunque inocente era mujer al fin, representó admirablemente su papel; inclinó la cabeza y exhaló un doloroso suspiro. Doña Juana dijo después de algunos momentos:

—Vais á decidir de la vida del hombre que tanto os ama. Nada más os diré, porque no quiero responsabilidades; pero os aseguro que os arrepentiréis si á vuestro amante no seguís. ¡Entonces sabréis lo que hace sufrir el arrepentimiento!

—Meditaré.

—Hacedlo desde hoy hasta mañana, porque luego será tarde.

No hay que decir que la hija del Rey entregó también aquella carta á su madre. Viendo-

lo estaban, y aún se resistían á creer que fuera posible tanta maldad. Inclinada se sintió la pobre madre, hasta el punto de que faltó muy poco para que adoptase una resolución enérgica; mas no lo hizo, merced á las súplicas de su hija. Desde aquel momento les pareció un siglo cada día que pasaba. No era posible que estuviesen tranquilas, pues sus enemigos eran capaces de cometer todos los abusos, y no siempre se librarían de tales asechanzas.

Todas las noches á las doce en punto dos hombres con una silla de mano llegaban á la calle de la Luna y se detenían como si estuviesen esperando á que otra persona saliera de una casa cercana á San Martín. Al mismo tiempo iba y venía por la calle de San Roque un embozado: Lucas; y como quien se impacienta, paseábase en su anchurosa cámara don Juan de Haro. ¿En qué consistía lo que ellos llamaban el último recurso? He aquí el plan: doña Juana entraría una noche en la celda de Margarita, destaparía el pomito, y se lo acercaría á la nariz; esto la haría quedar narcotizada: entonces la sacarían del convento, pues la cómplice de D. Juan había hecho un estudio del interior del edificio y de las costumbres de sus guardianes, y sabía que para salir á ciertas horas y sigilosamente no encontrarían ninguna dificultad. D. Lope debía llegar muy pronto; pero quizás fuera tarde.

Doña Juana esperó lo absolutamente preciso para dar el golpe con seguridad. Una noche dijo:

—¡Dentro de algunas horas, todo habrá concluido!

Á la mañana siguiente debía llegar á la corte el señor de Santisteban; pero ya la hija del Rey se encontraría en poder de D. Juan de Haro.

CAPÍTULO IV

Se cambian los papeles.

Con la atención que el caso requería escuchó el señor de Santisteban cuanto le dijo Cabral. Estaba tranquilo, pues rara vez se alteraba, pero comprendió que la situación era muy grave, y muy horribles los peligros que los amenazaban. Cuando hubo concluido el interesante relato, dijo:

—Viendo estáis que me he dominado.

—No os arrepentiréis. Pero aún no podemos cantar victoria.

—Nuestro enemigo es capaz de todo.

—Mientras en el convento se encuentre esa mujer, amenazaré á Margarita un peligro espantoso.

—Aprovecharé el tiempo.

—¿Qué pensáis hacer?

—Lo que convenga, según las circunstancias.

—Pero...

—Sr. Cabral, puesto que tantos días habéis esperado, tened paciencia algunas horas más. ¿Qué queréis que determine sin saber si algún otro suceso de importancia ha ocurrido en el convento de San Plácido? Ante todo necesito ver á Sor Margarita.

—¿Me permitiréis acompañaros?

—Sr. Domingo, si ahora cometéis una imprudencia...

—Perdonad.

—Aquí os quedaréis, y cuando el Sr. Diego venga, le daréis noticia de mi llegada. Aguardadme.

—Pues que Dios os inspire y os proteja.

D. Lope, como si no estuviese muy fatigado, salió de la hostería y se encaminó al convento, siendo recibido por la Superiora apenas llegó. Era indudable que doña Juana no había podido descargar el golpe, por haber encontrado algún obstáculo imprevisto.

—¡Ah!—exclamó la monja al ver al caballero.

—Aquí me tenéis, reverenda madre.

—¡Bendito sea Dios!

—Me esperabais con impaciencia, y...

—¡No podéis comprender lo que he sufrido!

—Sí lo comprendo, porque el pobre Cabral me ha dado cuenta detallada de todo. Vengo antes de haber adoptado ninguna resolución, porque necesito saber si algo más ha sucedido.

—Mucho y nada; pero siempre resulta que grandes peligros amenazan á mi hija.

—Supongo que habéis representado bien vuestro papel.

—Veréis el resultado en una segunda carta de nuestro enemigo. He observado á todas horas, y he visto muy preocupada á esa mu-

jer; anoche la sorprendí vagando por los pasillos y á poca distancia de la celda ocupada por mi hija.

—Algo intentaba.

—La interrogué, se turbó, y no acertó á contestarme sino vagamente. Su rostro estaba muy pálido y contraído, había en su mirada algo que me infundía pavor; pero nada vi que me permita hacer deducciones con alguna seguridad.

—Sin embargo, es indudable que algo se proponía

D. Lope inclinó la cabeza y quedó silencioso. Después de mucho reflexionar, convencióse de que no era posible que todo aquello se hiciera sin que doña Juana y el señor de Haro se comunicasen sus ideas. Para hacer esto tenían que escribirse; y aunque era natural que quemasen las cartas, bien podían haberse descuidado alguna vez. ¿Qué se perdía por hacer una prueba?

—Reverenda madre—dijo D. Lope después de algunos minutos,—vuestra autoridad no tiene límites dentro de este sagrado recinto. Aquí nadie puede tener nada oculto, á nadie le está permitido guardar ningún secreto. Pues bien; haciendo uso de esa autoridad, registraréis la celda de la criminal novicia, y si nada encontráis, haréis lo mismo con sus ropas, aunque preciso sea ponerla en cueros.

—¿Qué resultado esperáis?

—Algo hemos de encontrar que sea un rayo de luz. La situación ha de cambiar, pues no es prudente que esa mujer siga viviendo tan cerca de vuestra hija.

—Dudo que se consiga lo que os proponéis; pero lo haré inmediatamente.

—Ahora mismo, si lo tenéis á bien.

Sor Margarita salió de su celda; llamó á dos monjas y dos novicias, y les dijo gravemente:

—Tengo que cumplir un deber penoso, porque hay sospechas de que en esta santa casa están fraguándose las más criminales intrigas, y por nuestro prestigio y para la seguridad de nuestras personas es preciso que evitemos el mal. Vamos á registrar la celda, y aun la persona de la nueva novicia; vosotras me ayudaréis, y seréis testigos del resultado.

—Mandad, reverenda madre.

Fueron á la celda de doña Juana. Las mon-

jas y las novicias quedaron inmóviles junto á la puerta. La Superiora entró con aspecto grave é imponente.

—Ya sabéis—dijo á doña Juana—que en este lugar sagrado nadie puede tener ni siquiera voluntad. No ignoráis tampoco que mi autoridad no tiene límites, y que cuando dicto una orden, no estoy obligada á dar explicaciones de ninguna clase.

—Lo sé—respondió doña Juana, que empezó á perder la tranquilidad.

—Va á procederse al registro más escrupuloso de este aposento.

—¿Qué buscáis?

—Acabo de deciros que no estoy obligada á dar explicaciones. Respetad mis órdenes y cumplidlas.

—Las cumpliré, reverenda madre; pero no negaréis que algo de ofensivo tiene vuestra determinación.

—Nunca se considera ofendido el que es humilde, y la humildad representa el principal papel en este sagrado recinto. No hay aquí amor propio, ni dignidad, ni vanidad, ni derechos; hay solamente obligaciones, y el más grande debe considerarse el más pequeño de todos. Aquí se viene para sufrir, porque los sufrimientos purifican la conciencia; se viene para ser la última criatura. Al dejar el mundo se deja todo, sin que quede más que el alma para elevarla á Dios. Aún no habéis pronunciado los sagrados votos, y tiempo es de que volváis al mundo si no os sentís con fuerzas para soportar las austeridades de esta vida.

—Perdonadme.

—Estáis perdonada.

Sor Margarita se volvió á las monjas y les dijo:

—Registrad escrupulosamente hasta el último rincón.

Poco tenían que hacer para cumplir esta orden, pues no eran muchos los muebles que allí había. Nada quedó sin revisar, pues hasta en el interior del colchón metieron las manos. Por momentos hacíase más densa la palidez de doña Juana. Ya no podía dudar que se había hecho sospechosa.

—Viéndolo estáis, reverenda madre—dijo una de las monjas;—nada encontramos.

—Pues cerrad la puerta.

Así lo hicieron las novicias. La Superiora dijo entonces con grave tono:

—Bajo santa obediencia, y so pena de excomunión mayor, me obedeceréis.

—Dispuestas estamos.

Sor Margarita dió otro paso hacia doña Juana, la miró profundamente y le dijo:

—¡Desnudaos!

—¿Que me desnude?

—Ni una sola prenda ha de quedar en vuestro cuerpo.

—¡Señora!..

—¡Obedeced!—replicó la Superiora con tono imperioso y duro.

Lívido se tornó el rostro de la cómplice de D. Juan; como carbunclos relumbraron sus pupilas, y tembló á impulsos de la ira y del miedo.

—¡Señora—dijo con voz alterada,—lo que me mandáis ofende mi pudor!

—Todas somos mujeres.

—Á pesar de eso...

—¡Desnudaos!

—Pues bien; no quiero sufrir tantas humillaciones. Aún no he pronunciado votos que me separen del mundo; soy libre, y de aquí saldré inmediatamente. Me desnudaré, si; pero será para cambiar de ropa otra vez y abandonar este recinto, donde se me hacen tales ofensas. ¡Dejadme, pues, que desde este momento no reconozco vuestra autoridad!

—Si, saldréis; pero cuando me haya vencido de que ninguna grave falta habéis cometido estando bajo mi autoridad. Si criminal sois, ningún castigo os impondré; pero os entregaré á la justicia para que determine lo que proceda.

—Habláis de crímenes...

—¡Basta, señora!

—Suponed que no os obedezco.

—Haré uso de la fuerza.

—¿Os atreveríais?

—¡Á todo!—replicó enérgicamente Sor Margarita.

Centellas se escaparon de los ojos de doña Juana, que parecía dispuesta á sostener una lucha cuerpo á cuerpo. La expresión de su rostro era terrible.

—¿Obedeceréis?—le preguntó Sor Margarita.

—¡No!

—Registradla, y desnudadla si es preciso.

—¡Oh! ¡No os acerquéis á mí—gritó la mujer criminal.—¡No os acerquéis, porque en estos momentos soy capaz de todo!

Las monjas vacilaron; la Superiora abrió la puerta, habló con dos religiosas que por allí pasaban, y pronto se percibió ruido de muchos pasos. Á los pocos minutos toda la comunidad se encontraba en la celda. La escena no podía ser más extraña. Convencióse doña Juana de que era inútil resistir. Nadie comprendía lo que estaba sucediendo; pero Sor Margarita amenazaba con la excomuni6n, y todas las monjas se dispusieron á obedecer. Inútilmente gritó, amenazó y habló de sus derechos doña Juana: la sujetaron, y no fué menester entablar una verdadera lucha. Uno de aquellas manos se introdujo bajo su ropaje; se deslizó sobre el pecho, y tropezando con el pomito, lo sacó y se lo presentó á la Superiora. La criminal quedó inmóvil, lívida y muda; su perdición era inevitable. En vez de discutir estérilmente, le convenia meditar para buscar un medio de salvarse.

—¿Qué es esto? —le preguntó Sor Margarita.

Doña Juana no respondió.

—¡Decid!—repuso la Superiora.

—Entregadme á la justicia, y contestaré. Vos no sois mi juez, y antes consentiré en morir que en daros explicaciones.

—Pensad que agraváis vuestra situación.

—Estoy dispuesta á todo.

—He descubierto vuestras criminales intrigas. Están en mi poder las cartas que habéis entregado á esa pobre niña

—Señora—interrumpió doña Juana,— os daré explicaciones; pero no en presencia de todo el mundo.

—Os escucharé sin testigos. ¡Salid!—dijo Sor Margarita á las monjas.

Todas obedecieron; ni comprendían lo que todo aquello significaba. No esperó doña Juana á que la Superiora la interrogase, sino que desde luego dijo:

—Señora, me dejaréis salir sin molestarme más, y si así no lo hacéis, la comunidad sabrá muy pronto que esa joven que vino tan misteriosamente es vuestra hija. Ahora decidid,

y tened entendido que de nada servirá que neguéis, pues á pesar de todas las negativas, recordarán las monjas muchas observaciones que habéis hecho, y quedaréis desprestigiada.

Por algunos minutos guardó silencio la Superiora, y luego dijo:

—Conocéis un secreto de Estado. ¡Peor para vos!

—Me consuela que no he de ser yo la única persona que sufra.

—¡Lo veremos!

—¿Me permitiréis salir?

—Aún no lo sé.

—Reflexionad, y decidid cuando bien os parezca, porque yo no tengo prisa.

—Aquí me esperaréis.

No hablaron más. Sor Margarita salió de la celda y volvió á la suya; no podía ocultar su agitaci6n.

Refirió á D. Lope cuanto acababa de suceder, y le entregó el pomito. El caballero murmuró sordamente:

—¡Oh! ¡Me parece imposible que vuestra hija se haya salvado; pero Dios ha querido que lleguemos á tiempo!

—¿Qué creéis que intentaba esa mujer?

—Aquí debe de haber un veneno ó un narcótico.

—¡Dios mío!

—Nada de esto me sorprende, tratándose de D. Juan de Haro.

—Pero ese hombre...

—Será muy difícil que le inutilicemos, porque nos inutilizaríamos también nosotros.

—¿Y qué hemos de hacer, D. Lope? Mi pobre hija sufre horriblemente.

—Y Cabral también.

—No tengo esperanza...

—Un solo recurso nos queda; ya lo sabéis. Permitid que vuestra hija salga del convento y quede bajo mi amparo y el de mi esposa. No hay otro medio de salvaci6n para ella; el tiempo os lo dirá, reverenda madre.

—Cuando el señor de Haro vea que está en descubierto...

—Dudo que cambie de conducta.

—No se atreverá...

—Á todo, señora; pero si me equivoco, lo veremos antes de dos horas, porque desde aquí iré á visitar á nuestro enemigo; y volveré

antes de que termine el día. Aconsejad á vuestra hija que se domine y que espere sin impaciencia, pues la impaciencia puede perdernos á todos. Adoptad precauciones para que esa mujer esté muy vigilada y no pueda salir de su celda.

—Encerrada permanecerá hasta que vos determinéis otra cosa.

—¡Calma, reverenda madre, mucha calma!

—¡Y que Dios nos proteja!

El caballero salió tan preocupado como era consiguiente, y cuando estuvo en la calle exclamó.

—¡Vive el Cielo! ¡El asunto se complica, los peligros son mayores cada vez, y no sé cómo hemos de dominar todas las dificultades! Sor Margarita tiene miedo, y razón le sobra, y el Sr. Domingo acabará por perder la paciencia y cometer todas las locuras.

Sin apresurarse se encaminó á San Martín, y entró en la vivienda del señor de Haro, que no había salido aquel día, y se sorprendió muy desagradablemente cuando le anunciaron la visita del señor de Santisteban.

—Cuando se toma la molestia de venir á buscarme—dijo para sí,—no será para nada bueno. Hoy debe de haber llegado á Madrid, puesto que ayer no estaba. Sin descansar me busca, y... ¡No estoy tranquilo!

Pocos momentos después se presentaba D. Lope, que parecía tranquilo; en cambio, D. Juan había palidecido, y su mirada era tan sombría como recelosa: tenía miedo, pero no tanto como el que debiera tener, pues era cosa fácil que le aniquilase D. Lope con las pruebas que tenía.

—¡Vos en mi casa!—exclamó el criminal.

—¡Por desgracia vuestra!—le respondió don Lope.

—En ninguna ocasión considero que sea una fortuna verme obligado á entenderme con vos.

—¿No adivináis el objeto de mi visita?

—No.

—¿Habéis olvidado nuestra última conversación?

—Tengo buena memoria.

—Entonces, no debéis de tener mucho apego á la vida.

—Os equivocáis. Viejo soy; pero, por lo mismo, amo más la existencia.

—D. Juan, puesto que recordáis bien nuestra última conversación...

—No es menester que os molestéis en repetir lo que no he olvidado.

—Hicisteis una promesa, y no la habéis cumplido.

—Según el punto de vista desde el cual se mire el asunto.

—Os advierto que no he venido para complacerme en hablar con vos.

—Pues decid de una vez lo que queréis, y os responderé con tanta claridad como brevedad.

—¡Señor de Haro—dijo enérgicamente don Lope,—sois un miserable!

Se hizo más densa la palidez de D. Juan; acababa de comprender que su intriga se había descubierto, y, por consiguiente, sería nítido negar.

—¿Me habéis entendido?—preguntó el señor de Santisteban después de algunos momentos.

—Sí.

—¿Por qué no habéis cumplido lo que prometisteis?

—Por la sencilla razón de que no he podido dominarme.

—Todo lo sé; conozco vuestra criminal intriga hasta en sus últimos detalles; tengo pruebas, que os presentaré para que no dudéis, y en mi poder se encuentra la mujer que os ayuda, así como muy pronto estará la otra en poder de la justicia. He sido generoso; pero mi generosidad os ha dado alientos...

—¡No os molestéis!—interrumpió D. Juan, que parecía recobrar la calma.—Habéis conseguido descubrir mi último abuso. Sabéis que en el convento de San Plácido hay una mujer que me sirve, y que ha puesto en manos de Margarita algunas cartas, haciéndola creer que son de su amante. Esas cartas, por lo menos las últimas, son las pruebas que debéis de tener, y sin necesidad de esas pruebas bastarían las declaraciones de doña Juana y de la vieja que la sirve. Es verdad que he intentado sacar del convento á la hija del Rey, y, desgraciadamente, no lo he conseguido; verdad es también que más hubiera hecho si algunos días tardaseis en volver á Madrid. ¿Es eso todo? ¿Tenéis algo más de qué acusar-

me? No he cumplido lo pactado entre nosotros... me amenazasteis con la carta de Sor Margarita, y ahora...

—¡Os aniquilaré!

—No lo habéis hecho antes porque no habéis podido.

—¿Quién me lo estorbaba?

—Vuestra propia conveniencia.

—Pronto os convenceré de que os equivocáis.

—D. Lope, ya veis que he recobrado la calma; y si vos no la perdéis...

—¡Sois poco para tanto!

—Escuchadme, y terminaremos muy pronto. Por lo demás, licencia tenéis para ultrajarme con las palabras más ofensivas, pues no producirán en mí ningún efecto.

—¡Tanto cinismo!...

—Caballero, hemos entablado la lucha; me defiende, y esto es natural. Si triunfo, tendréis paciencia, y yo me resignaré si me toca ser derrotado. Antes no comprendí vuestro proceder, no acerté á explicarme vuestra generosidad; pero ahora lo comprendo todo, porque así como vos habéis conseguido descubrir mis planes, yo conozco el vuestro. Por eso os he dicho que si no me habíais aniquilado, no fué por falta de deseo, sino por vuestra conveniencia.

—Pues ha llegado el día. ¿Lo dudáis?

—D. Lope, valéis mucho, muchísimo; pero acabáis de cometer una torpeza. Si decidido estáis á descargar sobre mí el terrible golpe, ¿por qué habéis venido? Puesto que el momento ha llegado, las amenazas están demás.

La lógica del señor de Haro no podía ser más severa; D. Lope empezó á comprender que no conseguiría más que mortificarse.

—Continuad—dijo, por responder algo.

—Arracadme la máscara, presentad al Rey las pruebas de mis abusos; decidse todo, en fin.

—Lo haré.

—Si no me dejáis tiempo para huir, medios sobrarán para proceder contra mí, y quizás muy pronto mi cabeza quede entre las manos del verdugo; pero yo, siempre haciendo uso del derecho que tengo para defenderme y dando satisfacción á mi deseo de haceros mal, diré también todo lo que puedo decir. No dudo que

el Rey os perdone; pero sabrá que su hija está en el convento de San Plácido, y que su madre está dispuesta á favorecer esos amores; á otro convento la llevará, y con un pretexto cualquiera el Sr. Domingo irá á un calabozo, de donde, probablemente no saldrá en toda su vida. ¿Acaso podéis hacerme mal sin hacerse-lo también á vuestro protegido? Yo moriré á manos del verdugo; pero Margarita no será esposa de Cabral.

Lo que sitió D. Lope no puede explicarse: el señor de Haro acababa de decir la verdad. ¿Cómo denunciar sus abusos sin hacer imposible la unión de los dos enamorados? Terrible vería el castigo que á D. Juan impusieran; pero Margarita se veía separada de su madre, encerrada y vigilada á todas horas, y el enamorado mancebo sufriría una suerte parecida á la que sufrió el Sr. Alfonso de Paredes. Y bien podía suceder que no se contentase el Rey con encerrar al Sr. Domingo en un calabozo, sino en la sepultura.

Todo esto lo sabía muy bien D. Lope, que por aquella vez tenía que declararse vencido.

Había ido para amenazar, y le amenazaban: los papeles se habían trocado. En realidad, había terminado la conversación, pues no era posible que el señor de Santisteban cometiese la torpeza de amenazar otra vez.

—En poder de vuestra cómplice se ha encontrado un pomito...

—Sí, que contiene un narcótico—interrumpió tranquilamente D. Juan.—Basta olerlo para dormir profundamente algunas horas. Guardadlo por si lo necesitáis, pues difícilmente adquiriréis otro igual.

—De manera que vuestros abusos...

—¿Qué haría mi rival si por ese medio le fuera posible conseguir lo que tanto desea? Me parece que no se defendería.

—Pero Margarita os odia.

—Yo estoy enamorado de ella.

—Su corazón....

—¿Qué me importa, si satisfago lo que anhela el mío? D. Lope, en vano os fatigaréis, porque lucharé hasta triunfar ó morir.

—¿Y no os infunde miedo?...

—Nada.

—¡Está bien! ¡Hemos concluido!

—Supongo—repuso el señor de Haro—que en libertad dejaréis á mi cómplice.

—¿Y si así no lo hago?

—Peor para vos, porque ella dirá lo que tanto os conviene que se ignore.

—¡Luchemos, pues!

—Y no me amenacéis, señor de Santisteban.

—Cuando me sea posible descargaré el golpe, y os juro que lo sentiréis antes que el amago.

—¡Procuraré hacer lo mismo!

Parecía mentira que aquellos dos hombres hubiesen tratado tan gravísimo y trascendental asunto, con tanta frialdad y casi con sencillez. Por primera vez en su vida D. Lope sintióse pequeño y salió despechado.

—¡Algo aturdido estoy!—murmuró.

Dudaba si volver al convento ó ir á la hostería; por fin decidió lo segundo. El Sr. Domingo le esperaba con creciente ansiedad, y escuchó el relato de lo que acababa de suceder, sin poder dominarse, entregándose á los arrebatos de la ira. El señor de Santisteban dejó que se desahogara, y luego le dijo:

—Si algún medio encontráis para salir inmediatamente de este apuro, me alegraré.

—D. Lope, os he obedecido ciegamente y me he concretado á cumplir vuestras órdenes.

—¿Estáis arrepentido?

—No; sino que, por el contrario, me alegro de haberme dominado, pues así ha podido llegar el día en que tengáis la prueba de que los miramientos y consideraciones serán nuestra perdición.

—¿Qué hemos podido hacer?

—Si me hubieseis dejado en completa libertad, ya habría dejado de existir, ó D. Juan de Haro estaría en la sepultura, y, como consecuencia inmediata, Margarita se encontraría libre y seríamos dichosos. Desengañaos en esta clase de luchas no hay término medio, ni más desenlace que vencer ó morir.

—Si capaz sois de asesinar á vuestro enemigo...

—No; pero frente á frente...

—¡Loco estáis! ¿Creéis que D. Juan de Haro respondería á vuestras provocaciones? Además, la experiencia os ha probado lo que puede suceder en estos lances. Vuestra espada se cruzó con la de D. Juan; le heristeis...

—Pude matarle.

—¿Y por qué no lo hicisteis?

—Estaba herido, indefenso.

—Pues ya lo veis. Se curó su herida y quedasteis en igual situación. ¿Quién os responde de que no sucedería lo mismo otra vez?

—¡D. Lope!...

—Esforzaos, porque calma necesitáis.

—Si esperamos á que Sor Margarita nos ayude...

—Mucho vacila, ya lo veo.

—Pues, entonces...

—Adoptaremos una resolución.

—Si ella quiere salir del convento...

—Creo que sí.

—Haremos la prueba.

—Y entretanto...

—Á esa mujer que sirve á D. Juan de Haro habremos de dejarla en completa libertad.

—Que salga del convento, y después...

—¿Qué haréis?...

—Nos apoderaremos de ella.

—No será difícil; pero ¿qué conseguiréis?

El mancebo no acertó á responder; D. Lope añadió:

—Nos contentaremos con vigilar.

—¿Y el escudero?

—Ya sabéis dónde podéis encontrarle; pero tened entendido que nada adelantareis aunque se le inutilice, porque D. Juan de Haro encontrará sobradamente miserables que le sirvan. No olvidéis, señor Domingo, que vuestra situación es muy delicada, pues en Nápoles os comprometisteis demasiado, y á la justicia le sobrarian pretextos para encerraros en un calabozo.

—No os equivocáis.

—Ahora escuchad, porque vais á conocer mi opinión, y luego hablaremos despacio con vuestro amigo Paredes.

—Decid.

—Aún no conocéis á D. Juan de Haro.

—Es la más miserable de las criaturas, capaz de cometer todos los crímenes.

—Seguro estoy de que hará cuanto pueda para comprometeros, y conviene que adoptéis algunos precauciones. El Rey no ha olvidado que vos y el señor Diego intentasteis sacar de su calabozo al infeliz señor Alfonso, y muchas

veces recuerda la circunstancia de que con vosotros había en Nápoles un anciano.

—Ignoraban quién fuese.

—Pueden averiguarlo, y si lo consiguen, no habrá perdón para vosotros. Pensad que si en estos momentos críticos perdéis la libertad...

—Todo se perdería.

—Pues bien; seamos prudentes.

—¿Qué debemos hacer?

—Aquí permaneceréis; pero buscaréis otra casa donde refugiaros en caso de necesidad, y el Sr. Alfonso se irá entretanto á vivir en compañía de vuestra madre y de D. Luis, pues en estas circunstancias no puede ser más que un estorbo.

—Estoy de acuerdo con vos.

—Exigiré á Sor Margarita una resolución terminante.

—Y si se niega á prestarnos ayuda...

—Tendremos un adversario más, otro obstáculo; pero entablaremos la lucha sin mirar alguno. Si este plan no os parece bien...

—¡Inmejorable!

—Pues al convento voy.

—¡Dichoso vos!

—Haré lo posible para ver á Margarita, y le diré que siempre la amáis y que estáis dispuesto á morir por ella.

Incansable debía de ser D. Lope de Santisteban, pues otra vez se encaminó al convento, donde con tanta ansiedad como antes el Sr. Domingo le esperaba Sor Margarita. Brevemente habló el señor de Santisteban de su entrevista con D. Juan de Haro, y luego expuso las razones que había para que su plan se pusiese en práctica.

—Meditad—dijo D. Lope á la monja,—y adoptad la resolución que mejor os parezca.

—¿Y qué haréis si al fin no me atrevo?

—Os lo diré con franqueza, reverenda madre: sin contar con vos, á despecho vuestro y de todo el mundo, haré lo posible para sacar á vuestra hija de esta santa casa. Os parecerá una locura semejante intento, pero si conocierais mi historia...

—Ya sé que para vos no hay nada imposible.

—No sé á qué clase de medios tendré que acudir, porque eso depende de las circunstancias; pero lealmente os digo que vuestra hija saldrá de su celda y libre se verá, ó yo mori-

ré. No solamente los deseos de mi corazón me impulsan, sino también mi amor propio, que interesado en demasía está ya en este asunto. D. Juan de Haro podrá tener la complacencia de verme sin vida; pero derrotado, jamás, y derrota sería que yo no consiguiera realizar la dicha de esas dos infelices criaturas.

—¿Es decir, que estáis muy cerca de ser mi enemigo?

—Vuestro adversario no más, señora.

—Caballero, me permitiréis reflexionar por última vez.

—¿Me contestaréis mañana?

—Sí.

—En cuanto á esa mujer...

—Tendremos que ponerla en libertad.

—Pero no lo haréis hasta después de las nueve de la noche, porque así nosotros tendremos tiempo para adoptar las precauciones necesarias.

—Aquí permanecerá todo el día.

—¿Me permitiréis saludar á vuestra hija?

—Perdonad; pero...

—Comprendo.

—Como no sabéis cuál será vuestra resolución...

—De eso depende todo.

—Entretanto desconfiáis, y es natural.

—Y tan cuidadosamente vigilaré á mi pobre hija, que será imposible que de acuerdo os pongáis con ella. Si la vieseis ahora, aunque fuera en presencia mía, podría's decirle lo que yo no quiero que sepa.

—¡Sois previsor!

—En esta santa casa penetró muchas veces el hombre á quien amé, y no ignoro cómo puede hacerse eso.

—Me parece que seréis mi adversario más temible.

—Mucho lo sentiré.

—Os dejo para que reflexionéis.

El señor de Santisteban salió del convento, fué á la hostería, halló allí al Sr. Diego de Paredes, conferenció con ellos largamente, y pusieron de acuerdo en cuanto habían de hacer.

—Pues ahora—dijo D. Lope—me permitiréis descansar, que bien lo necesito.

Entretanto D. Juan conferenciaba también muy detenidamente con su escudero.

CAPÍTULO V

Una pícara coincidencia.

Á la mañana siguiente muy temprano el Monarca recibió de manos de su Ministro unos papeles. Lo que praahablaron no tenemos qué repetirlo, pues hemos de ver el resultado. El Rey quedó muy pensativo; almorzó á la hora de costumbre, volvió á quedar solo en su cámara, y á pesar de que todo lo sacrificaba á la tranquilidad de su espíritu, ocupóse en examinar los papeles que su Ministro le había entregado.

—¡Oh!—murmuró al fin con voz oscurecida.—¡He aquí los inconvenientes de no atacar los males en su raiz!

—¡Libre!—exclamó después de algunos minutos.—Si ahora se me presentase con el aspecto terrible que debe de tener la víctima cuando se pone frente á su verdugo... ¡No, no! ¡Ah! ¡No me siento con fuerzas para soportar tanto!

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

—¿Dónde puede estar? Si á Madrid ha vuelto el uno, el otro habrá venido también; y si aquí se encuentra el hijo, creo que su padre...

Se interrumpió el desdichado Monarca.

—¡Dios mío!—exclamó con tono lastimero.—¿No me concederéis un momento de tranquilidad en los últimos días de mi amarga existencia? ¿No es posible la paz del espíritu para quien está al borde de la sepultura? Graves faltas he cometido; pero tanto sufrimiento, tan incesante agitación... ¡Y mi conciencia implacable, cruel, terrible!... ¡Ah!...

Aquellos papeles contenían una noticia que nadie podía esperar, y que era un nuevo peligro para Cabral y Paredes: las casualidades y las coincidencias habíanse conjurado contra el enamorado mancebo. Para que nos sea posible apreciar en todo su valor la nueva desgracia, tenemos que dejar al Rey entregado á sus amargas ideas, porque será preciso que á Nápoles nos traslademos y retrocedamos cerca de un mes. Muy comprometida era la situación de D. Juan de Haro; pero muy pronto hemos de ver que Satanás se había declarado su profector, y que, por consiguiente,

aún podía tener esperanza, si no de un triunfo completo, de que su rival quedase inutilizado.

Volvamos al castillo del Ovo. El anciano Pietro encontrábase en su habitación; pero no como siempre le hemos visto, sino en el lecho, y moribundo á consecuencia de una enfermedad que desde dos semanas antes le tenía postrado. Los recursos de la Ciencia habían sido inútiles, y llegó el momento en que no delió pensar más que en la salvación del alma; su hijo estaba junto al lecho. El anciano conservaba toda su inteligencia, y pudo hablar por última vez con el noble Paolo algo muy interesante y motivo más de preocupación para el hijo.

Como consecuencia de ella, y para tranquilizar su conciencia, llamó á un sacerdote y le contó la participación que tomó en la libertad del Sr. Alfonso de Paredes, con encargo de comunicárselo al Virrey si lo creía conveniente. No hay que decir si el confesor se apresuró á hacerlo, ni si tardó mucho el Virrey en poner el hecho en conocimiento de Felipe IV, que tan ajeno estaba de que viviera su víctima.

Paolo cumplió los deberes de buen hijo. Sabía que su padre había determinado revelar el secreto de la evasión del Sr. Alfonso, y aun no estando conforme con semejante determinación, no pudo evitar que en práctica la pusiera. Pensó que aquel negocio podía tener muy graves consecuencias; no era imposible que además de los nobles hidalgos él se viera comprometido también si con algún acierto se hacían averiguaciones, ó si su padre al revelar el secreto había cometido la imprudencia de dar á conocer todos los antecedentes y pormenores. Le pareció, pues, que debía hacer algo para ponerse á cubierto de una desgracia; y como ya no tenía en Nápoles ningún pariente ni afectos de ninguna clase, decidió trasladarse á España, donde quizás haría fortuna con la protección de D. Lope de Santisteban; así también podía dar aviso al Sr. Diego de Paredes y á Cabral para que viviesen prevenidos.

Empero la realización de este plan no era tan fácil como parecía, pues hay que tener en cuenta que Paolo era pobre, y un viaje á Madrid, aun hecho con mucha economía, era bastante costoso. Ocupóse en arreglar cuanto ne-

cesitaba; pero antes de que partiera cumplió su encargo el sacerdote. Grande fué la sorpresa del Virrey. Parecía imposible que el señor Alfonso estuviera en salvo; pero se convenció al recordar la circunstancia de que un anciano de aspecto enfermizo acompañaba á los dos atrevidos hidálgos en los últimos días que en Nápoles estuvieron. Para convencerse más y más fué al calabozo, y allí vió el letrero grabado en la piedra.

El Alcaide estaba aturdido; pero ya no podían poner remedio al mal, y el único consuelo era buscar al Sr. Alfonso de Paredes y castigar á los que de la prisión le sacaron con tanto ingenio como audacia, y que debían de encontrarse en Madrid. Al siguiente día partió un correo con un pliego para el Ministro de Felipe IV.

Entretanto Paolo continuaba haciendo los preparativos para su viaje. Lo que sucedió al llegar á Madrid el correo, se comprende sin explicaciones. La gravedad del asunto la apreció el Ministro á poco que reflexionó, y no queriendo echar sobre sí la responsabilidad de una determinación, se presentó al Monarca y le entregó el escrito del Virrey. Fué enorme la sorpresa de Felipe IV. Sufrió mucho con temores ilusorios, pues creyó que el Sr. Alfonso de Paredes podía presentársele como se aparece un fantasma, para acusarle, para pedirle cuentas de las injusticias de que había sido víctima.

—Vuestra Majestad determinará—le dijo el Ministro.

—¡Ahl—exclamó el Rey.—¡Lo que determino es que me dejen en paz!

—Esos hombres...

—Son peligrosos, sí.

—Por de pronto podríamos apoderarnos de ellos, y después...

—¡No, no!—interrumpió vivamente el Monarca.

—Y si en libertad los dejamos...

—Tampoco.

—Entonces...

—¡No sé, no sé!

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—¿No comprendéis que necesito reflexionar muy detenidamente? Una ligereza me costaría muy cara. Antes de encerrar á esos hombres...

Se interrumpió Felipe IV; al fin dijo:

—Hay gravísimas razones para no proceder sin detenida meditación, y tendremos además que adoptar precauciones extraordinarias.

El Ministro hizo un gesto con el cual significó que nada entendía. ¿Cómo había de entenderlo, si no tenía en cuenta las relaciones que mediaban entre D. Lope de Santisteban y el Sr. Domingo Cabral? También ignoraba que éste fuese el amante de la infeliz Margarita. Nadie más que el Rey podía apreciar la situación.

—Guardaréis la reserva más absoluta sobre este asunto—dijo Felipe.—Nada haréis, entendlo bien, *nada*, sin recibir mis órdenes.

—Hasta me olvidaré de este negocio mientras de él no me hable Vuestra Majestad. Así tendré un cuidado menos.

—Pero habrá para mi un motivo más de disgusto y de intranquilidad.

—No he podido evitar...

—Habéis hecho muy bien en darme parte de este asunto.

Se despidió el Ministro y salió, mientras decía para sí:

—¡No lo entiendo; pero me parece que este negocio ha de darnos mucho que hacer y ha de proporcionar algún serio disgusto!

Cuando estuvo solo el Monarca volvió á leer el escrito del Virrey, y reflexionó largo rato; pero no resolvió cosa alguna.

CAPÍTULO VI

Se prepara otro golpe.

Las dudas y vacilaciones del Monarca consistían principalmente en la conducta que debía seguir con D. Lope de Santisteban. ¿Le convenía darle noticia del suceso? Sobre este punto reflexionó muy detenidamente, discutiendo de la manera que menos convenía á nuestros amigos. Si el Sr. Alfonso se había salvado, ¿cómo lo ignoraba el señor de Santisteban? Y si lo sabía, ¿por qué guardaba una reserva tan absoluta? No era esto una verdadera deslealtad; pero desagradaba mucho á Felipe IV. Los reyes necesitan poco para considerarse ofendidos. Recordando además lo que había hecho su antiguo paje para salvar

al duque de Híjar, llegó á deducir que estaba inclinado á favorecer á los perseguidos.

—Sea por generosidad ó por otra razón cualquiera, resulta que Lope protege al hijo de Cabral—dijo Felipe IV.—Con más ó menos disimulo, ha manifestado su opinión condenando lo que se hizo con el Sr. Alfonso de Paredes, y claro es que ahora, si sabe que ha de procederse contra ellos, los favorecerá también, y la justicia quedará burlada.

Por más que caviló, no encontró más que dos soluciones al asunto. Dejar en el olvido y en paz á los hidalgos, ó proceder contra ellos enérgicamente. Lo primero era inaceptable para el Monarca; espantábase el temor de que el antiguo notario revelara el secreto de sus desdichas. Indudablemente, lo más fácil y lo que de raíz cortaba el mal era encerrarlos á todos. Fundamento tendría la justicia para proceder contra ellos, pues se los acusaría de haber hecho en Nápoles resistencia á los agentes de la autoridad.

Sin embargo, no era el partido más conveniente, porque el escándalo se produciría, y cuando el juez interrogara á los culpables, éstos podrían decir lo que convenia callar. Preciso era proceder sigilosamente, porque el ruido de un proceso era mayor peligro que la impunidad. ¿No había prisiones de Estado? Lo mismo que en otro tiempo se encerró al Sr. Alfonso de Paredes, podía encerrarse á los hidalgos, y por segunda vez al padre infeliz que tanto había sufrido. Así desaparecían de repente, nadie sabría dónde se encontraban y nadie podría favorecerlos.

D. Lope de Santisteban tendría que contentarse con hacer comentarios, y al fin se resignaría y al olvido daría aquel negocio. ¿Por qué no había de guardar el Monarca un secreto para su antiguo paje? Poniendo en práctica este plan, se conseguiría otro resultado ventajoso; el de que quedase en paz Margarita en su celda. Volvió á revisar el manuscrito. Media hora después su resolución era irrevocable: el Sr. Domingo Cabral, Diego de Paredes y su padre debían ir muy sigilosamente á Segovia, en cuyo alcázar ocuparían tres calabozos, de donde no saldrían sino para la sepultura.

Parece que todo esto era bastante para po-

ner en gravísimo riesgo á nuestros amigos; pero aún le pareció poco á la negra fatalidad que los perseguía, y ocurrió otro incidente no menos peligroso. D. Juan de Haro conferenció con su escudero, según ya hemos dicho, y como resultado de la conferencia se dispuso á dar un paso que ofrecía grandes peligros, pero también grandes ventajas; quiso jugar el todo por el todo, pues desesperado estaba ya, y se había convencido de que aquella lucha se prolongaría mucho tiempo, sin que los unos ni los otros consiguieran más que sufrir. Encaminóse, pues, á la morada real, llegando precisamente cuando el Monarca acababa de decidir que los infelices hidalgos fuesen encerrados en el alcázar de Segovia. Solicitó D. Juan ver al Rey.

—Parece—le contestaron—que Su Majestad está peor, ó por lo menos muy preocupado, pues á nadie ha querido recibir.

—De todas maneras, podríais hacerle presente mi solicitud, pues si no se digna recibirme, habré cumplido mi deber.

Un gentilhomme se atrevió á entrar en la cámara del Monarca.

—¿Qué queréis?—preguntó éste con aspereza.

—Señor, D. Juan de Haro...

—¡Ah!...

—Muestra tanto empeño en tener la honra de ser recibido por Vuestra Majestad...

—¡Que entre!

El señor de Haro había dado pruebas de ser enemigo de Cabral y de Paredes, y esto era bastante para que le escuchase el Monarca.

—Hace muchos días que no os veo—le dijo Felipe IV.

—Ninguno he dejado de venir; pero Vuestra Majestad, con sus graves ocupaciones y su falta de salud...

—No estoy bien, D. Juan.

—Á Dios le pido...

—¿Ocurre alguna novedad?

—Y de importancia, señor.

—Que es lo mismo que decir que me traéis malas noticias.

—Según.

—Explicaos.

—Hoy necesito toda la benevolencia de Vuestra Majestad.

—La tenéis.

—Gracias, señor; pero aun así, no acierto á salir del compromiso en que estoy.

—Si no os explicáis más claramente, no os entenderé.

—Señor, mi situación es la más extraña que puede imaginarse. Me han hecho revelaciones de importancia grandísima; pero antes me exigieron solemne juramento de no dar explicaciones sino hasta cierto punto. Aún á riesgo de provocar el enojo de Vuestra Majestad, he decidido cumplir mi deber, y aquí estoy para decir todo lo que puedo, todo lo que mi juramento me permite. Advertiré que he jurado por mi honor, y que, por consiguiente...

—No he de ser yo quien os obligue á ser perjuro. ¿De qué se trata?

—De vuestra hija.

—¡Otra vez mi hija!...

—Y otras mil, mientras ese criminal mancebo sea dueño de sus acciones y cuente con la protección que le dispensan los que debieran volverle la espalda.

Esta alusión á D. Lope no desagradó al Monarca; pero, en vez de contestar, preguntó:

—¿Y qué sucede con mi pobre hija?

—Lo peor que podía suceder, lo que tanto temíamos y hemos querido evitar: su madre ha sido débil, las circunstancias se han combinado no sé cómo, y ha sucedido que el secreto, el gran secreto...

—¡D. Juan!

—Sí; doña Margarita sabe que su madre es la Superiora de la Comunidad de San Plácido.

—¡Por Dios vivo!—exclamó el Rey en un arranque de ira.—¿Cómo Sr Margarita ha tenido el atrevimiento de desobedecer mis órdenes?

—Ya he dicho que las circunstancias...

—¡Con nada se excusará, con nada; y juro que ha de pesarle la indiscreción!

—Suplico á Vuestra Majestad que haga un esfuerzo y recobre la calma, pues si con ligereza se procede en este asunto, si las resoluciones son hijas de la justa indignación de Vuestra Majestad, podría suceder...

—¡Sí, me dominaré; pero no serán menos terribles los efectos de mi enojo! Cuando á costa de tantos desvelos y sinsabores conseguí encontrar una solución para todos benefi-

ciosa... ¡Oh! ¡Creen que impunemente se burlarán de mí; pero muy pronto se convencerán de su error! ¡Continuad!

—La madre se compadece de la hija.

—Y opinará que debo casarla con el hombre que la ha trastornado, á pesar de ser mi enemigo, porque ha heredado los odios de su padre.

—Eso parece que opina, aunque sobre este punto nada sé con seguridad.

—Sor Margarita debe de recordar su juventud, y se muestra demasiado sensible á los sufrimientos de amor.

—Lo positivo es que doña Margarita está en el convento como una educanda y no hace la vida de las novicias, lo cual prueba que no ha pensado pronunciar los votos religiosos, ni su madre la obliga á semejante cosa. Lo que puede suceder, Dios lo sabe, y me parece que si al remedio no se acude pronto, tendremos que deplorar desgracias muy grandes. Yo no tengo interés en este asunto, como no sea el que me inspira la suerte de esa infeliz criatura y el reposo de Vuestra Majestad; pero me ha parecido que mi obligación era dar este aviso, pues así estará tranquila mi conciencia.

—Sí; habéis cumplido vuestro deber, y me dáis una prueba de lealtad. Falta que me digáis cómo habéis podido averiguar todo eso, porque si no fuese verdad y partiésemos de un error, nos comprometeríamos gravemente.

—Se me ha presentado la prueba.

—¿En qué consiste?

—No puedo decirlo sin olvidar mi juramento. Pero aseguro á Vuestra Majestad que no hay error ni engaño, y con mi cabeza respondo. Tampoco me está permitido pronunciar el nombre de la persona que me ha dado la noticia y me ha presentado la prueba.

—Lo siento.

—Señor, he jurado por Dios, y también por mi fe de caballero.

—¡Basta, D. Juan, basta, pues caballero soy yo también! Si seguridad tenéis.

—Completa.

—Si la prueba habéis visto...

—Prueba irrecusable.

—Entonces, no dudo. Decidme ahora vuestra opinión en cuanto á lo que debe hacerse.

—La responsabilidad de un consejo...

—La aceptaréis, D. Juan, porque así me daréis una prueba de vuestra lealtad.

—No encuentro más que un recurso para evitar los grandes males que amenazan.

—¿En qué consiste?

—En separar á la hija de la madre y llevarla á otro convento.

—Pero adónde quiera que vaya...

—Hay que sacarla de San Plácido sin anunciarle la determinación, repentinamente; y tampoco se le dirá adónde ha de ir. Si esto se hace durante la noche y con sigilo, el criminal mancebo ignorará dónde se encuentra su inocente víctima, y será imposible que lo averigüe, á menos que el secreto se lo revele alguna de las personas que han de entender en el asunto ó que conozcan el secreto porque Vuestra Majestad haya querido honrarlas con una confianza que puede ser peligrosa.

—No sucederá.

—Me ha mandado Vuestra Majestad que manifieste mi opinión, y acabo de hacerlo lealmente; quizás he dicho más de lo que debiera, pues hay circunstancias y personas...

—Estoy satisfecho de vuestro proceder. Nadie conocerá mis determinaciones sobre este asunto, y el golpe descargaré sin que haya sido posible sospecharlo.

—Como se necesita el auxilio de otras personas...

—Solamente vos me ayudaréis.

Lo que sintió D. Juan no puede concebirse; escapóse de sus labios un relámpago de sáustica alegría: si él solo era el encargado de trasladar á otro convento á la hija del Rey, podría con mucha facilidad consumir el abuso.

—Arreglaré todos los detalles—dijo el Rey después de algunos minutos,—aunque tal vez no necesitemos poner en práctica este plan.

—Si otro más acertado combina Vuestra Majestad...

—Os confiaré un secreto. Cabral y su amigo Paredes se han metido en un mal negocio, en un negocio de Estado, y será preciso utilizarlos para siempre, porque así lo exigen gravísimas razones.

—¡Tiemblo!

—En el alcázar de Segovia hay calabozos que son como sepulturas.

Otra vez relumbraron los ojos de D. Juan.

No solamente le entregarían á la infeliz joven, sino que su rival iría á una prisión de Estado, donde se consumiría su triste existencia, sufriendo horriblemente.

—Quedando inutilizado Cabral—dijo el Rey,—no será tan necesario, ó tan urgente por lo menos, llevar á otro convento á mi hija.

—Siempre quedará la situación que ha creado la indiscreción de la reverenda Superiora.

—Pues haremos lo uno y lo otro; es decir, que de convento cambiará mi hija, y á un calabozo irá el mancebo.

—Así de una vez y para siempre quedaría resuelta la situación.

—Idos, D. Juan, y mañana volveréis. No olvidaré el servicio que acabáis de prestarme.

Salió el caballero trastornado por la alegría. No era posible que ocultara completamente lo que sentía. Su semblante, y particularmente sus ojos, revelaban su júbilo diabólico. Quiso la casualidad que al atravesar uno de los salones se encontrase de repente con D. Lope de Santisteban, que le miró fijamente. No se saludaron.

—¿Qué sucede?—dijo para sí el señor de Santisteban.—Este miserable está muy contento, poseído de júbilo. ¿Por qué? ¡Necesito averiguarlo á toda costa!

D. Lope empezó á perder la tranquilidad. Sin detenerse entró en la cámara del Rey, que le dijo.

—¡Bien venido seas!

—Señor, deseo que Vuestra Majestad disfrute de salud—respondió el antiguo paje.

Y como se había colocado cerca del velador, vió los papeles que aún se encontraban allí. No podía reconocer la letra ni descubrir la firma; pero sí un sello que le reveló la procedencia de aquel escrito, pormenor que tenía mucha importancia para un hombre como el señor de Santisteban. El Rey pensó entonces que debía haber quitado de allí aquellos papeles; los tomó, se puso en pie, atravesó la cámara, y los guardó en uno de los cajoncitos del precioso mueble donde conservaba la carta del padre de Cabral y otros documentos reservados y de muchísima importancia.

No hay que decir que todo esto lo observó D. Lope con atención profunda; empero no podía hacer deducciones que le descubriesen

la verdad. Nunca como entonces necesitó de todo su ingenio y de toda su habilidad.

—Hoy—le dijo el Rey, volviendo á sentarse—desperté bastante mal; pero después me he sentido mucho mejor, y tengo la cabeza despejada, y el ánimo alegre.

—No sería posible que nada más agradable me dijera Vuestra Majestad.

—Ya lo sé, porque te interesas verdaderamente por mi salud.

—Me había puesto en gran cuidado, señor, porque al entrar me pareció que estaba muy preocupado Vuestra Majestad.

—Muchas veces y solo como estoy, sin ninguna distracción, me aburro; pero...

Se interrumpió el Monarca, y miró hacia uno de los balcones.

—El cielo está despejado—dijo—y serena la atmósfera. Hace un día primaveral. Pasearé, tú me acompañarás, y así será imposible que me aburra.

Al decir esto se puso en pie; llamó D. Lope, anunciando que Su Majestad iba á salir; le llevaron el sombrero y el bastón en que casi siempre se apoyaba, porque su extrema debilidad así lo exigía.

Pasearon por los deliciosos jardines. Felipe IV hablaba más que de costumbre; pero de asuntos sin importancia. Atrevióse el señor de Santisteban á preguntar si alguna noticia había recibido de su hija.

—Debe de tener salud—respondió Felipe IV, —puesto que su pobre madre no me ha escrito.

—Quizás se considere ofendida porque Vuestra Majestad no contestó á sus últimas cartas.

—Lo que me importa es que en paz me dejen.

Iba á suplicar D. Lope; pero no pudo hacerlo, porque el Rey le preguntó:

—¿Qué ha sido de Cabral?

—No le he visto después de mi regreso á la corte.

—¿Sabes si se encuentra en Madrid?

—Lo ignoro; pero sería fácil averiguarlo.

—No es menester. ¿Qué me importa lo que haga ese desdichado mancebo? Que viva en paz, y que Dios le ilumine para cumplir sus deberes.

Tampoco sobre este asunto quiso el Rey

prolongar la conversación. Llegó la hora de comer, volvió á su morada, y el señor de Santisteban se alejó del Buen Retiro, mientras exclamaba:

—¡Vive el Cielo! ¡Algo muy grave sucederá! ¿Qué le ocurre al virrey de Nápoles? Me parece que debemos adoptar algunas precauciones. D. Juan de Haro ha visto al Rey, y estaba muy contento; no podía ocultar su satisfacción. En cuanto á Su Majestad, le conozco demasiado bien, y tengo la seguridad de que algo me oculta. Se ha esforzado para fingir; pero no puede engañarme.

Á la hostería fué D. Lope, hallando á Cabral y á Paredes. El anciano acababa de comer, y se había acostado para reposar algunos minutos.

—¿Traéis alguna noticia de interés?—preguntó el enamorado mancebo á D. Lope.

—Sí—respondió éste.

—¿Qué sucede?

—Lo ignoro.

—Entonces...

—Nos amenaza un gran peligro.

—¡Por Satanás!—exclamó el Sr. Diego.

—¿Un peligro?—murmuró sordamente Cabral.

—D. Juan ha visto al Rey, y de la cámara salió radiante de alegría. Además, el virrey de Nápoles ha escrito, ignoro con qué fin; pero sus noticias deben de ser de mucha importancia.

—¡Cien mil legiones de condenados!

—Y el Rey ha sido muy reservado conmigo.

—¡No os equivocáis—dijo Cabral;—un gran peligro nos amenaza!

—Pero ¿de qué clase?

—¿Y cómo nos defenderemos?

—¡Calma, mis buenos amigos! De este asunto trataremos ahora con la atención conveniente, y adoptaremos precauciones, que es cuanto podemos hacer. Conviene también que sepamos lo que ha determinado Sor Margarita.

—Me parece—dijo Cabral—que ante todo deberíais ir al convento. Tal vez allí averigüeis algo de interés.

—Pues esperadme.

—Y entretanto...

—Estaréis sobre aviso.

—¡Descuidad!

Con mucho acierto determinó D. Lope ir inmediatamente al convento de San Plácido; salió de la hostería, y emprendió su camino á grandes pasos.

CAPÍTULO VII

Lo que determinó la monja.

Lo mismo que siempre, Sor Margarita recibió á D. Lope apenas le dieron aviso: presentóse el caballero con aparente tranquilidad, pues no quería ejercer más influencia que la que había ejercido sobre lo que determinase la religiosa. No se sorprendió ésta de la visita, pues ya sabemos que la esperaba desde el día anterior; había prometido reflexionar y decidir, y cumplió su promesa.

—Reverenda madre—dijo el señor de Santisteban,—aquí me tenéis dispuesto á escucharos, y pidiendo á Dios que os haya dado acierto para contribuir á la felicidad de vuestra inocente y noble hija.

—Tan grande, tan tremenda es la responsabilidad que desde hoy pesará sobre mi conciencia, que me espanta la sola idea de que he de dar cuenta al Omnipotente para que pronuncie su inexorable fallo.

—Más que vuestra voluntad, son las circunstancias las que disponen. Os escucho, reverenda madre.

—Antes de daros á conocer mi resolución, deseo saber si alguna novedad ocurre.

—Novedades ha de haber diariamente mientras nos encontremos en la crítica situación que tanto nos hace sufrir; pero nada sucede que sea digno de tomarse en consideración para arreglar vuestra conducta.

—Como madre, soy débil.

—Deberiais decir que amáis mucho á vuestra hija, y os falta valor para verla sufrir.

—No os equivocáis.

—Como no se trata de un sufrimiento pasajero, sino de toda la vida, y como, además, otra noble criatura sufre también, habéis decidido...

—¡Oh!...

—¿Favoreceréis á esas infelices criaturas?

—Sí.

—¡Que Dios os bendiga, señora!

—¿Qué consecuencias tendrá mi proceder?

—No soy adivino; pero puedo asegurar que todas las desgracias no serán tan horribles como la de condenar á vuestra hija á consumir su existencia en este encierro.

—Su tormento nadie puede apreciarlo como yo.

—Peligros nos amenazan y han de amenazarnos mientras el Rey viva; pero nos defenderemos, y con la protección del Omnipotente, triunfaremos al fin. En la justicia divina tengo ciega fe.

—Pero esa justicia no se manifiesta siempre en este mundo, sino que está reservada para el mundo de la eternidad.

—Sin embargo...

—¡Pobre hija mía! Tendrá que sostener luchas horribles, y...

—¡Tranquilizaos, señora!

—Mis temores...

—¡Son exagerados!

—¡Quiera Dios que no os equivoquéis!

Al señor de Santisteban le pareció prudente no hablar de sus sospechas de nuevas desgracias, pues no conseguiría más que hacer sufrir á la pobre madre, cuyo corazón estaba ya destrozado: cualquiera que fuese el nuevo peligro que amenazaba, no se conjuraría con darlo á conocer á Sor Margarita, sino que, por el contrario, tal vez ésta cambiaría de resolución al saber que el señor Domingo tendría que entablar nuevas luchas cuyo resultado no era posible prever. Siguió, pues, disimulando el caballero, la religiosa habló tristemente del gran sacrificio que hacía al separarse para siempre de su hija, cuando apenas había conseguido abrazarla; pero su corazón de madre no se detenía ante ninguna consideración. D. Lope quería volver pronto al lado de sus amigos, y decidió abreviar la conversación.

—Convengamos en los detalles—dijo.—Yo desearía que hoy mismo saliese de su encierro vuestra hija; pero eso no puede ser.

—¿Ha vuelto á Madrid vuestra esposa?

—Volverá mañana, porque hoy mismo le escribiré.

—Pues cuando en Madrid se encuentre pondremos en práctica nuestro plan. Vos esperaréis á media noche junto á la puerta de esta

—santa casa, y yo, mientras reposa la comunidad, abriré las puertas para que salga mi hija. La echarán de menos, preguntarán por ella; pero impondré silencio después de decir que la joven que se había refugiado en este recinto ha vuelto al seno de su familia. Se murmurará, se harán comentarios; pero... lo que para mí tiene gran importancia es la suerte de mi pobre hija.

—¿Cuándo me la entregaráis?

—Pasado mañana.

—No nos conviene dilatar la terminación de este asunto, porque cada día que pasa es un nuevo peligro.

—Por eso no aguardaré más que el tiempo preciso para que vuestra esposa venga y descanse.

—Pues á la puerta de esta santa casa me tendréis pasado mañana, á las doce en punto de la noche. Me acompañarán el Sr. Domingo, Paredes y un criado tan valeroso como leal. En una silla de manos será llevada vuestra hija. Para que más tranquila estéis y se desvanezcan todos vuestros escrúpulos, en la silla vendrá mi esposa y á su lado irá vuestra hija.

—Gracias, caballero.

—Ya veis que procuro no olvidar ningún detalle.

—De todas maneras, mi corazón...

—No os separaréis de vuestra hija para siempre, pues pasado algún tiempo, podrá venir, y la abrazaréis.

—Si Su Majestad llegara á saber...

—No es posible.

—D. Juan de Haro...

—No le conviene al miserable decir una sola palabra de este asunto.

Sor Margarita hizo un gesto de indiferencia. Antes lo había dicho: no le importaba nada en el mundo más que la suerte de su hija. Era posible que más ó menos tarde se descubriera la verdad y la hiciesen responsable de cuanto había sucedido; pero si su hija se había salvado, si era feliz, todo lo sufriría sin quejarse.

D. Lope no pidió aquel día ver á la hija del Rey, porque hubiera perdido un tiempo precioso. Con ansiedad creciente le esperaban Cabral y el Sr. Diego.

—Sr. Domingo, dadme un abrazo, porque

estáis muy cerca de la felicidad—dijo D. Lope.

—¡Ah!—exclamó el enamorado mancebo.

Y en tanto que sus ojos relumbraban con el fuego de la más viva alegría, abrazó al señor de Santisteban. No necesitaba más explicaciones para comprender que Sor Margarita había decidido favorecer á su hija. Paredes hizo un gesto de duda, y como si hablara para sí murmuró:

—¡Cerca, muy cerca de la felicidad! ¡Tripas de Lucifer! ¡Que el Diablo me lleve! ¡Estar cerca no es haber llegado, y antes de llegar pueden suceder muchas cosas! Pero, en fin, algo es algo, y, siquiera para consuelo, sirven estas alternativas.

El enamorado mancebo abrazó á D. Lope.

—No os entusiasmeis demasiado. ¿Acaso no estáis oyendo lo que dice el Sr. Diego de Paredes?

—Si creéis que me forjo ilusiones...

—Os diré lo que siento—interrumpió Paredes.

—Desconfiáis; ¿no es verdad?

—Se me ha puesto entre ceja y ceja que este negocio lo resolveremos por de pronto á cuchilladas.

—Todo es posible.

—No digo que me alegraré; pero tampoco ha de pesarme, pues si hemos de estar así toda la vida, no conseguiremos más que aburrirnos.

—Sor Margarita no vacilará, y pasado mañana por la noche saldrá su hija del convento.

—Pasado mañana!—replicó el Sr. Domingo.

—¿Os parece tarde?

—¿Por qué no ha de salir esta noche?

—Debe esperar á que mi esposa vuelva á Madrid, y eso no ha de suceder hasta mañana.

—Pues mañana mismo...

—Algo habéis de conceder á esa madre infeliz, dejándole un día más para que goce viendo á su hija. Dicen que los enamorados son egoístas; pero á mí me parece que no hay nada que al amor siente tan mal como el egoísmo. Ya sabe Margarita que pronto estará libre, ningún obstáculo se opone á la realización de nuestro plan, y, por consiguiente, no debe sufrir. Dejadle que siquiera algunas horas esté tranquila al lado de su madre.

—Esperaré; pero si antes sucede...

—El peligro será igual todos los días.

—Me parece—dijo el Sr. Diego—que nos conviene preocuparnos más de nuestras personas y menos de Margarita, pues para nosotros son los peligros que amenazan.

—Recordad—respondió D. Lope—que en Nápoles hicisteis resistencia á los agentes de la autoridad, y que los acuchillasteis sin ninguna consideración. Aquellos sucesos podrían ser fundamento bastante para que la justicia os llevase á un calabozo. Pues bien; lo que temo es que el Rey, para quedarse tranquilo, haya pensado que lo más conveniente sería encerraros en la cárcel, así como en un convento está encerrada su hija. Con semejante fin habrá pedido antecedentes y documentos á Nápoles, y así me explico la circunstancia de tener á la vista un escrito del Virrey. Sobre este asunto puede haber consultado con D. Juan, y, por consiguiente...

—Seguro estoy de que adivináis...

—Pues si intentan perdernos—dijo Cabral, —tendremos que hacer lo que en Nápoles hicimos, pues antes prefiero morir que verme en un calabozo, precisamente en los momentos en que Margarita debe salir del convento.

—La resistencia agravaría nuestra situación.

—¿Hemos de dejar que nos encierren?

—Tampoco.

—Pues, entonces...

—Será preciso resistir; ya lo veo.

—Y después nos ocultaremos como mejor nos sea posible.

—Supongamos que viene á prenderos la justicia.

—Responderemos á cuchilladas—dijo Paredes.

—¿Y vuestro padre?

—¡Vive Dios!

—Es viejo y débil.

—Para un lance de esa naturaleza, nos estorbaría.

—Pues ése es el primer inconveniente que debemos salvar.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente, porque ahora mismo se vendrá á mi casa, y allí esperará los sucesos.

—Y nosotros quedaremos aquí hasta que del convento salga Margarita.

—Yo seguiré haciendo lo posible para averiguar, y Gil vigilará á todas horas por los alrededores de esta casa.

—Estamos de acuerdo.

No necesitaban conferenciar mucho aquellos hombres, porque se entendían con pocas palabras. Motivos sobrados tenían para temblar, pero estaban perfectamente tranquilos en cuanto á lo que podía poner en peligro su existencia. Sin embargo, había otra cosa de mayor importancia para ellos, y era la suerte de Margarita, y su amor propio, interesado demasiado vivamente en aquella lucha.

—Creo—dijo el señor de Santisteban—que durante el día nada debéis temer, pues los negocios se arreglan generalmente de noche.

—Prudente será que á todas horas estemos prevenidos.

—Vendré poco ó nada, por si me espían.

—Y nosotros no iremos á vuestra casa.

—Despertad á vuestro padre, Sr. Diego, y de la mejor manera hacédle comprender que es preciso que á mi casa se venga.

—¡Padre mío! Salió de su encierro para vivir sobresaltado á todas horas! ¿Cuándo tendrá tranquilidad?

—Llegará día en que descanse.

Paredes fué al aposento donde reposaba su padre.

Éste se presentó pocos minutos después, muy agitado. Saludó á D. Lope con tanto respeto como cariño, y trataron de tranquilizarle.

—No abandonéis á mi hijo—dijo al señor de Santisteban.

—Para que vuestro hijo sucumba, yo habré de morir.

—¡Que Dios nos proteja!

Muy poco más hablaron, y D. Lope y el señor Alfonso salieron de la hostería, mientras Diego y Cabral se dispusieron á beber, hablando de su crítica situación.

CAPÍTULO VIII

Se acerca el momento.

Mientras D. Lope iba y venía, conferenciaba con sus amigos y trazaba planes más ó menos ingeniosos, y en tanto que Margarita abrazaba á su madre y ambas lloraban sin que pudiesen

decir si era el dolor ó la alegría la causa de su llanto, el Rey hablaba con su Ministro. Su conversación era demasiado interesante, y debemos repetirla.

—¿Habéis pensado en el grave asunto de que hablamos esta mañana?—preguntó Felipe.

—Algo más he hecho, aunque nada que pueda entorpecer las resoluciones que á bien tenga adoptar Vuestra Majestad. Nada se perdía con averiguar si en Madrid se encontraba el hijo del conspirador; y, efectivamente, á Madrid volvió: habita en una hostería de la Plaza Mayor.

—La de maese Crispín—dijo el Monarca.

Y con disgusto recordó la época en que lleno de vida había conocido al padre de Cabral, recordó la noche que en la hostería cenó alegremente con el terrible conspirador, y contra su voluntad suspiró tristemente.

—¡Cuánta diferencia!—dijo.

El pícaro tiempo hace unos cambios verdaderamente horribles: los recuerdos de la juventud son algunas veces el entusiasmo ó la vanidad de la vejez; pero también un tormento.

—¡Continuad!—dijo el Rey.

—Algún tiempo después de haber venido á la corte Cabral, llegó su amigo Diego de Paredes, y con Paredes vino un anciano.

—¡Su padre!—exclamó el Rey.

Y densa palidez cubrió su rostro.

—No se equivoca Vuestra Majestad.

—Ya tenemos la prueba.

—Me parece que sí.

—¡Oh!...

—¡Mucho valen esos hombres!

—Y el otro que los acompañaba en Nápoles, joven también...

—He supuesto que debe de ser el mismo que se apoderó de la primera orden enviada al virrey de Nápoles.

—¿Y quién es ese hombre?

—Nadie lo sabe.

—También debe de conocer el secreto.

—Lo mismo que los otros. ¡Pocas serán todas las precauciones con enemigos tan temibles!

—¡Preciso es que todos queden inutilizados!

—Fácilmente lo conseguiremos en cuanto al anciano Paredes, á su hijo y á Cabral; pero el otro...

—Nos queda un recurso. Si aplicásemos el tormento á esos hombres...

—Conseguiríamos lo mismo que en otro tiempo se consiguió del duque de Híjar.

—¡No recordéis lo que no hace al caso!

—El tormento no puede servir más que para matar á esos hombres extraordinarios; pero si Vuestra Majestad se empeña...

—Por de pronto, os apoderaréis de ellos.

—Irán á un calabozo.

—No á la cárcel, porque la justicia tendría que entender en el asunto y se produciría el escándalo, que es precisamente lo que queremos evitar.

—Entonces...

—Á Segovia.

—¡Comprendo!

—Son reos de Estado. Nada más tengo que deciros. Preparadlo todo, y cuando llegue la noche, á la hora que os parezca más conveniente, con mucho sigilo os apoderaréis de esos tres hombres.

—Sin perder un momento saldrán de Madrid en un coche y con buena escolta.

—Y no se detendrán por ningún motivo, ni se les permitirá hablar con nadie.

—Así se hará, señor.

—Cuando estén presos y salgan de la corte, vendréis para [decirme que mis órdenes están cumplidas. Os esperaré toda la noche.

—Así acabaremos de una vez.

—Y si hacen resistencia...

—Serán tratados como merecen.

—No guardéis ninguna consideración á esos criminales, y mirad bien de qué clase de gente os servís para que de ellos se apoderen.

—No olvido lo que hicieron en Nápoles.

La sentencia estaba pronunciada; la salvación de nuestros amigos era casi imposible, pues, como ya habían probado que valían mucho, no había precauciones que el Ministro no adoptase para dar el golpe con toda seguridad. Aquella misma tarde volvió D. Lope á Palacio, según su costumbre, hallando al Rey lo mismo que por la mañana. Se esforzaba para fingir y ocultar lo que sentía.

Desaparecieron los resplandores del crepúsculo, y las tinieblas se esparcieron por la villa. El horizonte estaba despejado; pero la Luna no se había dejado ver, y, por consiguiente, no

había más luz que la escasísima de las estrellas. Á las diez eran muy pocas las personas que transitaban por los principales sitios de la población; á las once no se veía más que algún que otro negro bulto, ó alguna ronda que perezosamente cumplía su deber ó aparentaba cumplirlo.

Á las once y media una ronda entró en la Plaza Mayor por el lado de Santa Cruz, la atravesó lentamente y salió hacia las Platerías. Alcalde y alguaciles iban silenciosos; sus pasos apenas producían ruido; las luces de sus linternas esclarecían á su alrededor un pequeño espacio. Pocos minutos después de haber desaparecido la gente de justicia por la calle de Toledo desembocaron dos hombres envueltos en negras capas. Iban silenciosos. Atravesaron parte de la plaza, y desaparecieron al meterse en los soportales del lado occidental. Nada más se vió entonces, y ningún otro ruido se percibió. Para ver algo hubiera sido preciso entrar en la hostería del honrado Crispín, donde se encontraban Cabral y Paredes, que habían cenado muy bien.

Á las once llamaron á maese Crispín, y el Sr. Diego le dijo:

—Nos traeréis por lo menos una botella de aquel vino de Jerez añejo y puro que reservado tenéis para los amigos y personas de distinción.

—Ya quedan pocas; pero más de las que habéis de beber esta noche.

—Os advierto, maese Crispín, que no nos acostaremos hasta que salga el Sol.

—Dueños sois de hacer en vuestra casa lo que mejor os parezca.

—Pero es el caso que vos tampoco podréis dormir como no sea sentado, pues así estaréis pronto para acudir á lo que sea menester.

—¿Esperáis visita?

—Esperamos algo que puede ser tan divertido como desagradable.

—¡En cuidado me ponéis!

—Tranquilizaos, buen Crispín, que si algún peligro amenaza, no es para vos, sino para nosotros.

—¿Y creéis que yo miraría con indiferencia vuestra desgracia?

—Preciso es resignarse cuando no hay otro remedio. Os agradecemos mucho vuestro in-

terés; pero os agradeceremos mucho más que estéis vigilante. Por lo que pueda suceder, haré una suposición. Si llaman y os mandan abrir en nombre del Rey...

—¡Ah!...

—¡No tembléis! Escuchad, Sr. Crispín, y tened entendido que si no nos servís lealmente, lo pasaréis muy mal.

El hostelero tembló. No necesitaba más explicaciones para comprender que había peligro de que la justicia se metiera en su casa, y, lo que era peor, que se metiese de muy mala manera. Paredes prosiguió:

—Supongamos que llaman en nombre del Rey.

—Tendré que abrir.

—Antes haréis otra cosa.

—La desobediencia me comprometería.

—Obedeceréis; pero después de habernos dado aviso. Luego abriréis. La justicia entrará y os preguntará por nosotros.

—No podré negar que aquí os encontráis.

—Pero como no nos habéis visto desde que cenamos, sin ningún riesgo podréis decir que suponéis que dormimos.

—¿Y luego?

—Guiaréis con todo respeto á los que nos busquen, y en cualquier sitio, lo mismo aquí que en otro, si oís mi voz, fingiréis que os asustáis.

—No tendré que fingir, porque muy de veras me asustaré.

—Y con el susto, no será extraño que de las manos se os escape el velón y al suelo caiga. Aprovechando la obscuridad, retrocederéis y pondréis á salvo vuestra persona.

—¡Dios mío!...

—De lo que suceda después no seréis responsable; y si la fortuna nos es contraria, tendremos paciencia.

—Pero es el caso que...

—Maese Crispín, haced lo que más os convenga. Si nuestras órdenes no cumplís con la más escrupulosa exactitud, si indirectamente no nos ayudáis, tened por cierto que no ha de quedar en vuestro cuerpo hueso sin romper; ó lo que es igual, elegiréis entre un peligro cierto y muy grande y otro dudoso y de poca importancia.

—No tenéis en cuenta que el crédito de mi casa...

—Se os pagarán daños y perjuicios con tanta largueza que la desgracia llegue á ser una fortuna, pues saldréis ganancioso.

Tristemente suspiró Crispín. No podía negarse á servir lealmente á los hidalgos, y dijo:

—Quedaréis satisfechos de mi proceder.

—Pues traednos la botella, porque queremos alegrar nuestro ánimo.

El hostelero obedeció.

—Si nos dejasen en paz, representaríamos el más ridículo papel, después de haber adoptado tantas precauciones—dijo Paredes.

—Nada perderíamos.

—Maese Crispín tendría el derecho de burlarse de nosotros.

—Desgraciadamente, no sucederá.

—Lo peor es que pasaremos la noche sin dormir, mañana sucederá lo mismo, y al otro día también, puesto que al convento hemos de ir.

—Dormiremos de día.

—Sí; nos contertiremos en aves nocturnas.

—Tiempo nos sobraré después para descansar.

—Lo dudo, porque el enredo se complica, y me parece que no nos dejarán momentos de reposo.

—Si conseguimos que Margarita salga del convento, todo lo demás me parecerá muy bien.

—Entonces aumentarán las dificultades.

—¡Mi amor me alienta!

—Y á mí, el deseo de vengar á mi padre.

En tanto que así hablaban, bebían. Maese Crispín habíase acomodado en un sillón para dormir, si se lo permitían. Ya sus criados se habían entregado al reposo. Dieron las doce, hora terrible, y mucho más en aquella época, porque á las doce en punto iban á las Vistillas de San Francisco los desesperados para llamar á Lucifer y entregarle el alma á cambio de diabólica protección, y á esa hora también remontaban su vuelo las brujas. Por el lado oriental de la Plaza Mayor entraron siete hombres; es decir, igual número que los pecados capitales. ¿Era una ronda? No llevaban luz. Uno de ellos iba delante, á tres ó cuatro pasos de distancia de los otros; todos envueltos en negras capas, por bajo de las cuales asomaba la reluciente punta de sus espadas desnudas.

Andaban acompasadamente y en silencio. En línea recta marcharon; se detuvieron al llegar al lado opuesto de la plaza, y por algunos momentos permanecieron inmóviles. El que iba delante, y debía de ser jefe de aquella tropa, miró á todos lados y escuchó. No descubrió alma viviente ni percibió el más leve ruido. Sin embargo, no debió de parecerle esta precaución bastante, porque se acercó á uno de los otros y le dijo:

—Has de ir á la casa, para que no nos quede duda de que allí están nuestros compañeros y vigilan como se les ha mandado.

El embozado se alejó hacia las Platerías, y el que parecía jefe dijo á los otros:

—Voy á recorrer los soportales; estad atentos por si llamo.

Y así lo hizo, dando una vuelta á la plaza: aunque no había luz, hubiera percibido á cualquiera persona que por allí hubiese. Satisfecho quedó, puesto que nadie había, y cinco minutos después volvió el otro, diciendo:

—En sus puestos están y vigilantes.

Debemos advertir que la casa del buen Crispín tenía por el lado opuesto ventanas que daban al sitio llamado Cava de San Miguel. No se había olvidado esta circunstancia, y se quiso evitar que los perseguidos huyeran por allí mientras que por la puerta de la plaza entraban los perseguidores. Faltábales, pues, este recurso á nuestros amigos, porque si por aquel lado intentaban salvarse, se encontrarían con las espadas de otros seis hombres y en situación muy desventajosa. Convencido el jefe de aquella tropa de que no había por allí ningún observador importuno, exclamó:

—¡Manos á la obra! Ya sabéis que este servicio ha de ser recompensado con largueza; pero también ofrece algún peligro, pues son hombres de muchísimo valor los dos con quienes tenemos que entendernos.

—Si resisten...

—Me parece lo más probable, porque deben de sospechar la suerte que los aguarda, y se defenderán como desesperados.

—Peor para ellos, porque somos siete.

—En caso de lucha, no tendréis ninguna consideración.

—Si nos autorizáis para herir de veras, muertos ó vivos quedarán en nuestro poder.

—Tres de vosotros entrarán conmigo, y otros tres se quedarán á la puerta para que nadie pueda entrar ni salir, y para evitar también que los curiosos se detengan y nos estorben. ¡Principiemos!

No eran aquellos hombres tímidos corchetes, á los cuales fácilmente se arrollaba, sino desalmados muy valerosos, de los que secretamente prestaban servicios de mucha importancia al Gobierno.

Llegaron á la puerta de la hostería y llamaron, oyéndose poco después la voz alterada de maese Crispín, que preguntaba:

—¿Quién es?

—¡Abrid!—le respondieron.

—Á estas horas...

—¡En nombre del Rey!

—¡Ah!...

Reinó un silencio absoluto, que algo tenía de pavoroso.

CAPÍTULO IX

Función de cuchilladas.

Se abrió la puerta de la hostería, presentándose maese Crispín con un velón en la siniestra mano. Al primer golpe de vista comprendíase que estaba poseído de pavor, pues á pesar de los grandes esfuerzos que hacía para mostrarse sereno, temblaba, y tampoco podía evitar que su rostro estuviese pálido como el de un difunto. Sabía que los dos hidalgos estaban decididos á resistir, y que, por consiguiente, las consecuencias serían peores en todos sentidos.

—¡La justicia!—exclamó.

—¿Por qué os sorprendéis?—le preguntó ásperamente el que antes había dado órdenes.

—Como soy un hombre honrado y honradas son cuantas personas hay en mi casa...

—¡Pronto lo veréis!

—Si tenéis á bien decirme...

—¡Silencio, y escuchad!

Entró el jefe y los tres que debían acompañarle, quedando los otros junto á la puerta.

—Aquí habitan dos hidalgos que se llaman Sr. Domingo Cabral y Sr. Diego de Paredes. También hay un anciano...

—Pero salió á mediodía, y no ha vuelto.

—¿Que no ha vuelto?

—Os convenceréis de que digo la verdad, porque registraréis la casa hasta el último rincón.

—Salir el anciano y pasar la noche fuera de su aposento... ¡Eso es imposible!

—Á mi también me parece extraño; pero...

—Maese Crispín, á un calabozo iréis, y el tormento se os aplicará sin compasión si una sola palabra decis que no sea verdad.

—Nunca he mentado.

—Debéis de haber preguntado por el anciano.

—¡Díos me libre de hacer semejante cosa!

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que el Sr. Diego de Paredes, cuando se le dirigen cierta clase de preguntas, tiene la mala costumbre de responder con las manos. Al aposentarse en mi casa me hizo varias advertencias sobre los peligros que ofrece la curiosidad, y me prohibió que hablara en su presencia como no fuera que me lo mandase. El otro tiene el genio más dulce; pero también saca á relucir la espada con mucha facilidad.

—¿Qué hacen ahora esos dos hombres?

—Están en el aposento del Sr. Domingo, y no sé si duermen. Cenaron, me mandaron que los dejase, y no me he cuidado más de ellos.

—¡Guiadnos á su habitación!

El hostelero, que parecía haberse tranquilizado, volvió á temblar. Entraron en un pasillo, llegaron al pie de una escalera, y tuvo que hacer maese Crispín grandes esfuerzos para sostenerse, pues su situación no podía ser más comprometida. Tenía que ir delante para guiar y alumbrar, y si los dos hidalgos salían al encuentro y acometían de repente, se encontraría entre los unos y los otros, sin poder huir, pues el paso le cerrarian por ambos extremos de la escalera, y á los lados tenía las paredes; dejaría caer el velón, la luz se apagaría, principiarían las cuchilladas, y era cosa segura que los primeros golpes de los unos ó de los otros los recibiría él. Figuróse ya ver sobre su cabeza moviéndose y relumbrando las seis espadas, que le destrozarían en pocos instantes. Pensó que debía salvar ante todo su persona diciendo la verdad á los perseguidores; pero la cólera de los perseguidos sería

después doblemente terrible, y en particular el Sr. Diego de Paredes no perdonaría la traición.

—¿Qué esperáis?—dijo ásperamente el que mandaba la ronda.—Parece que vaciláis para cumplir vuestro deber.

—¡No vacilo!—respondió con voz insegura el hostelero.

Y se pasó la diestra por la frente, que tenía empapada en frío sudor.

—¡Por ahí!—dijo señalando á la escalera.

—Subid delante para que alumbréis.

El último esfuerzo hizo Crispín; subió uno de los escalones. En el momento resonó la voz de Paredes, que gritaba:

—¡Tripas de Lucifer! ¿Quién se toma la libertad de molestarnos?

Y apareció blandiendo la espada; el hostelero exhaló un grito destemplado, que expresaba su terror. No tuvo que fingir, porque contra su voluntad escapóse el velón de su mano; retrocedió, tropezando con los agentes del Ministro, y como éstos se movieron también violentamente, el pobre hostelero, sin que supiese cómo, cayó, rodó, fué magullado por los pies de aquellos hombres, se revolvió, consiguió levantarse y huir, en tanto que al Omnipotente dirigía súplicas para que le librase del tremendo peligro.

Al mismo tiempo los agentes retrocedieron un paso preparándose para la defensa, y bajaron de dos en dos los escalones el Sr. Diego y Cabral. Quiso la casualidad que la luz no se apagase, circunstancia contraria á su plan; pero no por eso habían de retroceder. También habían creído que tendrían que habérselas con miseros corchetes, y pronto se convencieron de su error. Eran cuatro hombres valerosos y serenos: dividiéronse, colocándose dos á cada lado de la escalera, y resultó que dejaron entre ellos á nuestros amigos, los cuales viéronse obligados á colocarse espalda con espalda para hacer cada uno de ellos frente á dos de los otros.

—¡Por el Infierno!

—¡Atrás, villanos!—exclamó el Sr. Domingo.

Y acometieron con furia sin igual. Las espadas chocaron y resonaron. Los agentes resistieron con gran firmeza aquella arremetida; bien es verdad que tenían de su parte todas

las ventajas. Comprendiendo Paredes que la luz era un peligro, mientras descargaba golpes y paraba los que con gran acierto le dirigían, dió al velón con un pie, haciéndole rodar. La luz se apagó, y la lucha fué doblemente horrosa. Resonaron juramentos, blasfemias y terribles amenazas. Como si la confusión no fuese bastante horrorosa y bastante espantoso el ruido, otras voces destempladas resonaron también hacia la puerta de la casa: los del pasillo creyeron que sus compañeros acudían para ayudarlos; mas se equivocaron. Los tres que habían quedado junto á la puerta oyeron los gritos de sus compañeros, y en cumplimiento de su deber dispusiéronse á entrar en la casa; pero en aquel instante, y como si brotasen de la tierra, aparecieron dos hombres. No pronunciaron una palabra; pero sus espadas cayeron sobre los agentes, que tuvieron que acudir al peligro más cercano. Aturdidos por la sorpresa, pudieron los otros darles nuevos golpes: uno cayó herido, y los otros dos dejaron escapar gritos de rabia.

Los dos aparecidos eran adversarios muy temibles. Pocos momentos después otro de los agentes cayó en tierra muerto ó malherido. El que con vida quedó tuvo que retroceder; se metió en la casa, le persiguieron los otros, y se encontraron todos á oscuras. Las espadas seguían resonando, y también las amenazas, las blasfemias y los ayes.

—¡Luz!—gritaban los agentes.

—¡Luz, ó pegaremos fuego á la casa!

—¡Por Satanás!

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¡Socorro!

—¡Teneos al Rey!

—¡Luz, luz!

No es posible dar á conocer las peripecias de aquella extraña lucha: lo único que podemos decir es que Paredes y Cabral habían cuidado ante todo de no separarse.

No tenemos que decir que los dos aparecidos que tan oportunamente socorrieron á los dos hidalgos eran D. Lope y su fiel criado Gil, que no se atrevieron á avanzar mucho y continuar descargando golpes, porque podían herir á sus amigos. D. Lope se subió el embozo recatando el semblante, y dijo:

—¡Abre la linterna!

Gil sacó de debajo de la capa y abrió la linterna de que iba prevenido. Al mismo tiempo el Sr. Diego de Paredes atravesó con su espada á uno de los adversarios.

—¡Aquí estamos!—gritó Gil.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó Cabral.

Y todos redoblaron sus esfuerzos. Los agentes vieron que acababan de entrar nuevos enemigos, y no sabían cuántos eran; lo cual empezó á desalentarlos, y, como otro de ellos cayó herido por Cabral, empezaron á temer que los envolviesen. El pasillo, aunque ancho, no lo era bastante para que todos se moviesen con el desembarazo que les convenía.

—¡Todos á mí!—exclamó D. Lope.

Al decir esto hirió y desarmó al agente que más cerca tenía, y empezó á retroceder; los hidalgos, haciendo una evolución muy hábil, consiguieron colocarse junto al señor de Santisteban y Gil. No podían combatir todos á la vez, porque no lo permitía la anchura del pasillo; D. Lope, siempre ocultando el rostro y con una serenidad inconcebible, dijo á sus amigos:

—¡Colocaos detrás de mí!

Desde aquel instante su espada no más hizo frente á los cuatro enemigos, concretándose á defenderse: no parecía que tuviese intenciones de herir.

—¡Hacia la puerta!—ordenó.

Sólo dejaba ver sus negros ojos, que brillaban como carbunclos, y retrocedía paso á paso; su brazo parecía de acero, como su espada.

Gil, que conservaba toda su serenidad, dirigía la luz de la linterna hacia los ojos de los agentes, deslumbrándolos así y poniéndolos en gravísimo apuro. Al señor de Santisteban no podía molestarle la luz, porque le daba en la espalda. Los agentes juraban y maldecían sin cesar.

—¡Salid!—dijo D. Lope cuando llegaron á la puerta.

Entonces él se colocó en el umbral, y extendiendo el brazo y moviendo la espada, dijo:

—¡Uno de vosotros se apoderará de la llave para cerrar oportunamente!

Y acometió con tanto impetu y de tal manera, que desarmó al enemigo que tenía más cerca; los demás retrocedieron. Al mismo

tiempo Gil cerró la linterna, y como ya había colocado la llave por el otro lado de la cerradura, cerfó por fuera. Todo había concluido.

Los heridos continuaban pidiendo socorro y exhalando ayes de dolor.

Entretanto los agentes golpeaban la puerta y llamaban á grandes voces á maese Crispín, que acudió con su criado. No hay que decir que estaba lívido.

—¡Divina misericordia!—exclamó.

Y faltó muy poco para que otra vez se le escapase de las manos el velón, y él mismo cayese también en tierra.

—¡Nos han encerrado!—decían los agentes.

—¡Se han burlado de nosotros!

—¿Y nuestros compañeros?

—¡Llamadlos.

—¿Por dónde?

—¡Pronto, maese Crispín!

—¡Ah!...

—¡Por el Infierno!...

—¡Apenas puedo sostenerme!

—¡Corred! ¡Llevadnos á las habitaciones que tengan ventana á la Cava de San Miguel!

—¡Por ahí!

—¡Mil rayos! ¿Acabaráis de moveros?

Uno de los agentes levantó la espada con intención de descargar un cintarazo sobre las costillas del hostelero: la amenaza no pudo ser más eficaz para resucitar las fuerzas de maese Crispín, que corrió, librándose así del golpe. Los agentes le siguieron, y él abrió una ventana.

El jeje de la derrotada tropa se asomó á la ventana, silbó y gritó luego:

—¡Todos á la plaza!

Se percibió ruido de pasos; volvieron á la puerta de la casa, y poco después oyeron que decían:

—¡Aquí estamos!

—¡Abrid!—respondió el jeje.

—¡Lo haréis vosotros.

—¡Vive Dios! ¡La llave la tenéis por ese lado!

—No está.

—¡Se la han llevado!

—¡Un martillo, una palanqueta, un demonio que cargue con vos, maese Crispín!

—¡Voy al instante!

El hostelero y su criado corrieron de un

lado para otro: al fin acertaron á llevar no sabemos cuántas herramientas, y rompieron la cerradura.

En los soportales no encontraron más que al agente herido por Gil, y que estaba sin conocimiento. Algunos transeúntes empezaban á detenerse. En el centro de la plaza brillaban algunas luces de las linternas que llevaba una ronda. La escena que ocurrió apenas es descriptible: los corchetes, que habían oído voces, acercábanse para averiguar lo que sucedía; los agentes tenían entonces el don de la oportunidad lo mismo que ahora, y casi siempre llegaban tarde; los pocos curiosos que se habían detenido alejáronse con cuanta prisa pudieron, porque sabían que permaneciendo allí había de molestarlos mucho la justicia, y, probablemente, les costaría dinero conseguir que se reconociera su inocencia. El Alcalde que mandaba la ronda, al ver los bultos de los agentes y de maese Crispín, que los seguía con el velón, dijo á los alguaciles:

—¡Aprisa, más aprisa! ¡Y preparaos para todo, pues parece que el negocio es serio!

Más de un alguacil tembló, y algunos se hicieron los reacios, quedándose un poco atrás para poder así parapetarse con sus compañeros en caso de apuro.

—¡Más aprisa he dicho!—exclamó el Alcalde blandiendo la vara de la justicia.—¡Y tened entendido que el que atrás se quede pagará su desobediencia con un mes de cárcel y cincuenta azotes!

Mal que les pesara, redoblaron el paso los corchetes; llegaron á los soportales y á la hostería.

—¡Teneos al Rey!—exclamó el Alcalde.

—¡Sí—respondió uno de los agentes,—en nombre del Rey pedimos auxilio!

—¡Un muerto!—exclamó uno de los alguaciles.

—Si no está difunto, lo parece—añadió otro.

—¡Todo el mundo quieto, y que nadie hable sino para contestar á mis preguntas!

—¡Señor alcalde, este infeliz y otros esperan vuestros socorros para no morir!

—¿Otros decís?

—Escuchad.

Efectivamente; oyeron los ayes angustiosos

de los heridos que estaban en el interior de la casa.

—¿Pues qué ha sucedido aquí? ¿Acaso se ha dado alguna batalla? Este cadáver, esos otros, vuestro especto... ¿Y por qué tenéis la espada desnuda? Explicaos, pues antes que socorrer á los heridos es poner en claro los sucesos. ¿Quiénes sois?

El jefe de los agentes del Ministro envainó la espada, sacó un papel y se lo entregó al Alcalde, que dijo á uno de los alguaciles:

—Tú, *Cucaracha*, acércate, y levanta esa linterna para que yo pueda ver lo que esto significa.

Con el auxilio de la luz pudo examinar el papel.

—¡Ah!—exclamó.

—¿Está satisfecho Vuestra Señoría?

—¡Oh!

—Pues ahora prestadme auxilio.

—Pero necesito explicaciones.

—¿Me permitiréis socorrer á los heridos?

—Los socorreremos.

—Los criminales se han escapado.

—¿Cuántos eran? Supongo que veinte lo menos—dijo el Alcalde,—porque para hacer lo que han hecho...

—Eran dos, luego cuatro, y...

—¡Comprendo! Fueron multiplicándose hasta lo infinito; y claro es que vosotros, á pesar de todo vuestro valor, os habéis visto envueltos y habéis sido acuchillados bárbaramente.

—Daré explicaciones á Vuestra Señoría hasta donde me está permitido darlas.

—Sí; supongo que se trata de un asunto de carácter reservado.

—Mucho.

—Esos infelices se quejan, y sus lamentos me parten el alma.

—¡Maese Crispín, ayudadnos! Que vuestro criado corra en busca de un cirujano, y vos nos facilitaréis trapos, vendas, camas y cuanto sea menester.

Desde aquel momento ocupáronse solamente en socorrer á los heridos. Acudió el médico y se restableció el orden. Las explicaciones de los agentes se refirieron principalmente á los detalles de la lucha, pues de lo demás nada dijeron. El Alcalde respetó la reserva, porque comprendía que se trataba de un negocio de

Estado. Nada más era posible hacer sin recibir orden terminante del Ministro. Se despidió, pues, y salió de la hostería con los corchetes. Los agentes se fueron también, no sin amenazar terriblemente á maese Crispín para el caso de que no cuidase bien de los heridos ó cometiera la indiscreción de hablar del suceso. Maese Crispín prometió ser mudo como una piedra.

En busca del Ministro fueron los agentes para decirle que muchos hombres habían acudido en socorro de los dos hidalgos, y una hora después, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, el Ministro fué á la morada real. El Monarca se había acostado á la hora de costumbre; pero dejando dispuesto que se le despertase si su Ministro se presentaba. En el dormitorio de Su Majestad entró el Ministro. Incorporóse Felipe IV.

—Acercaos y hablad. Supongo que me traéis la noticia de estar ya los criminales camino de Segovia.

—Señor, el hombre propone, y Dios dispone.

—¿Qué queréis decir?—replicó el Monarca, cuya frente se contrajo

—Humanamente no es posible hacer más de lo que se ha hecho, y á unos cuantos infelices y leales servidores de Vuestra Majestad les ha costado la vida.

—Pero esos hidalgos...

—Han desaparecido.

—¿Qué han desaparecido? ¿Cómo ha sucedido eso? ¡Probablemente, se habrá cometido alguna indiscreción ó alguna torpezal

—Ni lo uno ni lo otro.

—Explicaos.

—Á media noche fueron á prender á los criminales doce hombres de mi confianza y muy valerosos, á las órdenes de otro que ha dado muchas pruebas de lealtad; es decir, trece hombres acostumbrados á batirse, para apoderarse de dos, pues el Sr. Alfonso de Paredes no hay que contarle.

—Contra tanta fuerza está la astucia.

—Nada se olvidó; y para evitar que los delinquentes escapasen por las ventanas que dan á la Cava de San Miguel, seis de mis agentes se situaron allí. Los otros siete llegaron á la hostería: tres quedaron á la puerta, y entraron

cuatro; pero cuando la escalera iban á subir, viéronse de repente acometidos por Cabral y Diego de Paredes. Se entabló la lucha. Debían quedar derrotados los dos criminales; pero otros se presentaron de repente, acometiendo á los que en la puerta estaban, y otros después, y...

—¡Oh!...

—Lo demás es inexplicable. Se produjo la confusión más espantosa. Corrió la sangre, y el resultado...

—¡Eso es inconcebible!

—Pero es verdad, señor, y por fin desaparecieron los dos hidalgos.

—¿Y el viejo?

—No estaba en la hostería.

—Todo eso prueba que vivían prevenidos, y como no debían de tener ningún recelo...

—No tienen la conciencia tranquila, y espectralaban lo que ha sucedido. Son previsores y cautos, valen mucho, señor, y si he de hablar con franqueza...

—Decid.

—Pues bien; después de lo que ha sucedido esta noche, temo que esos hombres nos den que hacer tanto como en otro tiempo aquel personaje misterioso de quien el vulgo decía que era *Escudero de Satanás*.

—¡No quiero recordar aquella época!

—Es preciso, señor, porque se trata del hijo de Cabral.

—¿De manera que todo mi poder?...

—Es sobrado para castigar á esos hombres; pero...

—Por de pronto, se han burlado de la justicia.

—Peor para ellos, porque así su crimen es mayor.

—¡Peor para mí, porque ahora sin miramiento alguno publicarán el secreto que tanto importa guardar!

—¿Tienen que andar ocultos...

—¿Qué más habéis hecho?

—Nada era posible hacer. Una ronda llegó cuando todo había concluido; pero el Alcalde se desentendió del asunto apenas comprendió que se trataba de un negocio reservado.

—¿Quién es el Alcalde?

—D. Juan de Lezcano.

—Acabaremos por encomendarle este asunto.

co para que busque á los criminales y los entierre, sin hacer otra cosa hasta recibir nuevas órdenes.

—Mis agentes secretos le ayudarán.

—Mal han principiado.

—Por eso debe creerse que concluirán bien.

—¿Cuántos son los heridos?

—Cuatro, y dos de ellos será milagro que se salven.

El Monarca inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—¡Ah!—exclamó después de algunos minutos.—¡Parece que una horrible fatalidad pesa sobre mí! ¡Cuando creí que las circunstancias me prometían la tranquilidad que tanto anhelo, nuevas complicaciones me quitan el reposo, obligándome á pensar á todas horas en este grave asunto!

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—¡Mis órdenes!—replicó el Monarca con amargura.

—Nada me atrevo á determinar.

—Ni yo tampoco, sino después de haber reflexionado muy detenidamente. Dejarme, porque ante todo necesito descansar.

Salió el Ministro, alegrándose mucho de que no se prolongara aquella conversación; y aún no comprendía toda la gravedad del negocio, pues ignoraba la complicación de los amores del Sr. Domingo y la hija del Rey. Felipe pensó que convenía poner cuanto antes en práctica el plan que había trazado para separar á la hija de la madre, pues la primera estaría en constante peligro mientras de libertad disfrutase el Sr. Domingo Cabral.

Aquella mañana debía levantarse mucho más tarde que de costumbre. En cuanto á los fugitivos, la vivienda de D. Lope les sirvió de refugio.

CAPÍTULO X

El Rey sigue disimulando.

Á la hora de costumbre fué aquella mañana D. Lope á Palacio, y le dijeron que el Monarca no se había levantado todavía.

—¿Acaso está peor?—preguntó á un gentil-hombre.

—Nadie lo sabe, porque no lo ha dicho.

—¿Ocurre alguna otra novedad?

—Á vos os lo diré, señor de Santisteban. Sospecho que la noche pasada han interrumpido el sueño de Su Majestad. Serían cerca de las tres de la madrugada cuando se presentó el Ministro. No sabemos por qué; pero debe de ser muy grave el asunto de que trataron.

D. Lope dió las gracias por la noticia, mientras decía para sí:

—Todo me lo explico perfectamente. El Rey empieza á desconfiar, y es posible que cometa la torpeza de creer en la buena fe de D. Juan de Haro. La situación se complica, y necesito poner en claro la verdad. ¿Por qué tan repentinamente ha determinado Su Majestad proceder contra el Sr. Domingo y Paredes? Y, según pude ver, no se trataba de llevarlos á la cárcel como á todos los delincuentes, pues no fué un alcalde con sus alguaciles quien en la hostería se presentó, sino esos bribones desalmados que secretamente sirven al Ministro cuando se trata de asuntos de cierta clase.

No necesitó cavilar mucho el señor de Santisteban para adivinar que á los hidalgos los hubieran llevado sigilosamente á los calabozos del alcázar de Segovia ó á otro encierro por el estilo. El peligro había sido muy grande; y si por de pronto se habían salvado, no podían considerarse seguros, puesto que tenían necesidad de salir con frecuencia del sitio en que se ocultasen, y no creía difícil que cayeran en poder de la justicia. Lo que ni remotamente sospechó D. Lope, fué que se hubiesen adoptado también resoluciones extraordinarias con respecto á Margarita.

Atravesó el caballero un pasillo, y poco después se encontraba junto al lecho de su augusto protector, que no dormía.

—¡Ah!—exclamó mientras cambiaba de postura.—¡Mucho me alegro que hayas venido, Lope, porque me aburro!

—Si el aburrimiento ó la pereza es el único motivo de permanecer aún en el lecho Vuestra Majestad...

—Hay algo más que eso. He pasado muy mala noche. Siéntate, mi querido Lope, porque hemos de hablar de un negocio de grandísimo interés. ¡Desdichado de mí! ¡Ya he perdido la última esperanza de disfrutar algún reposo!

Condenado estoy á vivir en incesante agitación!

D. Lope se sentó junto al lecho; su mirada inteligente se fijó en el Monarca.

—¿No sabes lo que pasa?—dijo el Rey.

—Nada sé. De mi casa he salido sin ver á nadie más que á mis criados, y aquí nada me han dicho de particular, como no fuese que temian que se hubiera quebrantado la salud de Vuestra Majestad.

—Pues el suceso ha sido ruidoso, y, además, creí que tu protegido Cabral hubiera ido á buscarte, pues mucha necesidad ha tenido de tu protección.

—No le he visto desde hace bastante tiempo—respondió sencillamente el señor de Santisteban.

—Ahora no te quedará duda de que el hijo de Cabral ha heredado el alma de su padre.

—Todo es posible, señor; pero lo dudo.

—¿Lo dudas después que yo lo afirmo?

—Porque supongo que las apariencias han engañado á los que...

—No son apariencias—interrumpió el Rey.

—Pues si en realidad ha delinquido ese mancebo desdichado, debe imponérsele el castigo que merezca. Nunca he defendido á los criminales, sino á los inocentes que han sido víctimas de los rencores y de las intrigas de gente ruin. Señor, obedeciendo los impulsos de mi conciencia, he abogado siempre en favor del duque de Híjar, cuyo espíritu debe de estar en el Cielo disfrutando de goces inefables, porque bienaventurados son en el mundo de la eternidad los que aquí sufren, porque hartos son de justicia los que sed de justicia tienen en este valle de lágrimas.

—Mi querido Lope, me parece que nada tiene que ver el duque de Híjar con ese mancebo, cuyos desmanes apenas se conciben.

—Tiene que ver en cuanto á las razones que puede haber para calificarle de criminal. Aquí, señor—dijo D. Lope, colocando la diestra sobre su pecho,—tengo la prueba de la inocencia del noble Duque, prueba que presentaré á Vuestra Majestad en el momento oportuno.

—¿La prueba?

—¡Irrecusable!

—¡Divagamos, Lope!—replicó Felipe IV, que

no quería tratar de lo que podía ser motivo para que le atormentara su conciencia.

—Perdóneme Vuestra Majestad—repuso Santisteban;—pero me parece...

—¡Hablemos de Cabral!

—¿Del padre, ó del hijo?

—No tenemos para qué hablar del asesino, del suicida...

—Si Vuestra Majestad me permitiese...

—Di cuanto quieras; pero no hables del Duque, no evoques recuerdos de aquella época, que pasó para no volver.

—Con mi cabeza respondo de la honradez del hijo de Cabral.

—¡Arriesgas la cabeza muy fácilmente!

—Conozco sus sentimientos.

—Ocasión has tenido para conocerlo bien, —No hará nada que no sea noble, no dará un solo paso sino en favor de la justicia.

—¿Sabes lo que ese mancebo y el hijo de Paredes hicieron en Nápoles?

—Señor, el hijo de Paredes fué á Nápoles para cumplir un deber sagrado. Más de quince años hacía que su honrado padre gemía en un calabozo, y...

—En cuanto al hijo, todo lo comprendo; pero Cabral...

—Se trataba de salvar á un inocente, y ayudó á los que acometían tan noble empresa.

—Pues eso era un delito.

—Delitos hay...

—Y no ignoras que hicieron resistencia á la justicia cuando se les presentó en nombre del Rey. Corrió la sangre, porque acuchillaron á los que me representaban, y eso fué un crimen.

El señor de Santisteban se encogió de hombros. Aquel día no disimulaba tan cuidadosamente como en otras ocasiones, y esto consistía en el estado de su ánimo; estaba dispuesto á todo, y quizás iba más allá de donde le convenía.

—Pues bien—añadió el Monarca;—querían sacar de su calabozo al Sr. Alfonso de Paredes, y le sacaron; es decir, rompieron el velo que encubría un secreto de Estado; y para conseguirlo cometieron una profanación, puesto que al calabozo llevaron un cadáver, poniéndole en lugar del preso.

Esperaba el Rey gran sorpresa de su paje;

pero se equivocó, porque sencillamente respondió D. Lope:

—Si eso es verdad, tendremos que reconocer...

—Que se cometió un gran abuso.

—Pero es tan ingenioso el medio...

—¡Lope, hoy te desconozco!—replicó severamente Felipe IV.

—Pues creo que soy el mismo de siempre.

—Lo que á todo el mundo asombraría, tú lo escuchas casi con indiferencia. Además, se trata de un secreto que puede comprometerme.

—De ese secreto no han de abusar los que le conocen.

—Alfonso de Paredes y su hijo deben de odiarme.

—¡Lo dudó!

—No es posible que me perdonen, y para vengarse cometerán todos los abusos.

—Señor, perdóneme Vuestra Majestad que diga que divagamos otra vez. El hecho es que se salvó Alfonso de Paredes.

—Y que está en Madrid con su hijo.

—¡Es natural!

—Y que viven en compañía de Cabral.

—Tampoco eso me sorprende.

—Y que hasta ayer los has tenido en la hostería de la Plaza Mayor.

—Sí—repuso el antiguo paje con un si es no es de ironía, que pudo costarle muy cara,—la hostería de maese Crispín, donde habitó también el célebre conspirador, y donde en otro tiempo...

—¡Lope!—interrumpió severamente el Monarca.

—Tuve la honra de decir á Vuestra Majestad que me desentendía de este asunto. Si esos hidalgos han delinquido, procédase contra ellos, que yo no he de poner estorbos á la justicia, y ni siquiera he de venir á pedir gracia á Vuestra Majestad. Bajo su responsabilidad hacen ellos lo que bien les parece; ellos sostendrán la lucha y se defenderán, si defenderse pueden. ¿Me reconoce ahora Vuestra Majestad?

—Sí.

—Me felicito.

—Tu lealtad nunca la he puesto en duda, mi querido Lope; pero á veces discurre de una

manera... ¡En fin, dejemos los comentarios!

—Lo que interesa es lo de haberse salvado el Sr. Alfonso de Paredes.

—Y anoche fueron á prenderle.

—¡Pobre anciano! ¡En los últimos días de su existencia y habiendo sido siempre honrado!...

—Las circunstancias...

—¿Y está encerrado otra vez el infeliz?

—No se encontraba en la hostería.

—Con perdón de Vuestra Majestad, me alegro.

—Á mí no me pesa; pero si me desagrada que su hijo y Cabral hicieran resistencia.

—No son hombres que se dejen prender.

—Otros criminales llegaron en su auxilio; se produjo gran escándalo, y se dieron cuchilladas...

—¿Y de todos se burlarían?

—Desaparecieron, dejando malheridos á tres ó cuatro infelices.

—La situación se ha puesto así en claro, porque ahora la justicia los buscará, y ya sabe cada cual á qué atenerse.

—Sí; pero entretanto, declarada la guerra, no guardarán los hidalgos ninguna clase de consideraciones, y el gravísimo secreto...

—Tal vez lo publiquen.

—¡Oh!...

—Ése era uno de los peligros de la lucha.

—Hay otro, mi querido Lope.

—No lo veo.

—Libre se encuentra Cabral.

—Hasta cierto punto, porque tiene que ocultarse.

—¿Te olvidas de mi hija?

—Mientras esté en el convento...

—¡No estoy tranquilo!

—Si Vuestra Majestad ha pensado adoptar alguna otra resolución...

—Tengo que reflexionar.

—Lo que no comprendo es cómo ha podido descubrirse que un cadáver pusieron en el calabozo en el lugar de Alfonso de Paredes.

—El hombre leal que fué su carcelero ha confesado en su agonía. Así ha podido conocerse la verdad, encontrando las pruebas en las mismas paredes de la prisión, donde los criminales grabaron un letrero.

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Tal es la situación.

—Nada agradable.

—Forzosamente he de ocuparme en este asunto, y mientras en él me ocupo, no tendré un instante de tranquilidad.

—Señor, no puedo ofrecerme á ser perseguidor del Sr. Domingo Cabral, porque la situación en que me encuentro...

—Ya lo sé.

—Tampoco quisiera que Vuestra Majestad me diera á conocer sus resoluciones, y mucho le agradecería que ni siquiera me hablase de este asunto, pues tales cosas pueden suceder, que se crea que he cometido alguna indiscreción, algún abuso para favorecer á Cabral.

—Eso podría creerlo cualquiera, pero yo no.

—Sin embargo...

—Acabo de decirte que de tu lealtad estoy satisfecho.

—Vuestra Majestad me honra mucho; pero mí tranquilidad...

—Nada temas mientras yo te ame como te amo y tenga en ti la más ciega confianza. La situación la conoces ya, y comprendes que en el punto á que han llegado las cosas es preciso, es de necesidad absoluta hacer algo.

—Y ese algo ha de consistir forzosamente en perseguir á Paredes y á Cabral.

—Los buscará la justicia, y al fin los encontrará.

—Se ocultarán ellos, se defenderán cuando se los ataque, y el resultado lo sabe Dios.

—Opino que de todo esto debes hablar á D. Luis de Vargas.

—¿Con qué fin?

—Para que, haciendo uso de la gran influencia que debe de tener sobre ese desdichado mancebo, evite mayores desgracias.

—Ya son inevitables.

—Si Cabral renuncia á sus locas aspiraciones...

—Las aspiraciones de Cabral son las de su amor.

—Todo se lo perdonaré, si no piensa más en mi hija.

—Vuestra Majestad quiere un imposible. La pasión de ese mancebo es tan violenta como la que trastornó á Vuestra Majestad cuando profanó el sagrado recinto de la Encarnación Benita. Entonces ninguna fuerza humana, ningún peligro, nada hubiera detenido á Vuestra

Majestad, y ahora tampoco ha de detenerse el Sr. Domingo. Que vigilen á doña Margarita, que la vigilen mucho, porque bien puede sacarla de su celda quien valió bastante para sacar de su calabozo al Sr. Alfonso de Paredes.

—¡Lopez!

—Hablando así doy una prueba de lealtad y de amor á Vuestra Majestad. Lo que digo puede ser desagradable...

—Pero, desgraciadamente, es verdad; ¡ya lo veo!

—Señor, neutral me declaro.

—Pues si tú no defiendes á esos hombres...

—Ni los atacaré.

—Entonces, que se consideren perdidos.

—Obligación tendrán de resignarse, pues para triunfar ó morir provoca el hombre estas luchas. Yo nunca me quejé de mis desgracias. Luché y me defendí: si triunfé, á Dios lo debo, y si hubiera sucumbido, el mundo me habría visto morir sin exhalar una queja.

—Pero esos hombres no valen tanto como tú.

—¿Quién lo sabe?

—Mi querido Lopez, tú eres mi consuelo, tú disipas mi mal humor.

—Porque siempre os digo la verdad.

—¡Tengamos paciencia, porque Dios lo dispone!

Como se ve, el Rey tuvo buen cuidado de ocultar sus planes con respecto á su hija, lo cual probaba que, á pesar de cuanto dijo sobre la confianza que le inspiraba su antiguo paje, sentía algunas dudas. Determinó dejar el lecho, y D. Lope permaneció al lado del Rey hasta la hora de comer. Cuando salía halló en uno de los salones á D. Juan de Haro, que no parecía tan satisfecho como la víspera.

—¡Otra vez por aquí este miserable!—dijo para sí el señor de Santisteban.—Luego sabré si ha visto al Rey y si ha sido larga la conferencia.

De la morada real salió el noble caballero, y fué á su casa para comer y dar cuenta á sus amigos del interesante descubrimiento que acababa de hacer.

Apenas comió el Monarca, dispuso que entrase D. Juan de Haro, á quien recibió con las palabras más cariñosas.

—Preparaos para esta noche—le dijo.

—Preparado estoy siempre.

—He combinado el plan con todos sus detalles.

—Mucho me alegro, señor, porque así no tendré que hacer más que cumplir las órdenes de Vuestra Majestad.

—Á las diez en punto de la noche estaréis aquí; solo, porque ese criado, que decís es de vuestra completa confianza, debe ir á las diez y media á la calle de San Roque.

—Comprendo.

—Pero no irá solo, sino con otros dos que han de llevar una silla de manos. Si esos dos hombres pudieran ser enteramente desconocidos, si no supiesen quién es la persona que les paga ni comprendieran más que lo que materialmente hacen, quedaríamos á cubierto del peligro de una indiscreción.

—Todo eso es fácil, porque mi fiel escudero encontrará dos hombres como los necesitamos.

—Esperarán con la silla cerca del convento, y vuestro criado recorrerá aquellos sitios para convencerse de que no andan por allí Cabral ni ninguno de sus amigos. Nada más por ahora, D. Juan.

El caballero fijó una mirada de extrañeza en el Monarca. ¿Por qué no le daba desde luego todas las órdenes? Empezó á temer algo que no le conviniese; pero no le estaba permitido preguntar, ni le convenia, porque hubiera infundido sospechas.

—Si nada más tiene Vuestra Majestad que decirme...

—Podéis volver á vuestra casa y dar á vuestro criado las órdenes convenientes para que todo quede preparado con la debida oportunidad.

—Señor, deseo que Vuestra Majestad...

—¡Se me olvidaba una cosa! Anoche fueron á prender á los dos hidalgos.

Relumbraron los pequeños ojos de D. Juan.

—Resistieron, otros criminales acudieron en su auxilio, corrió la sangre, y...

—¿Qué sucedió al fin?

—Desaparecieron. ¡La audacia de esos hombres no tiene igual! Por de pronto, se han salvado; pero caerán en poder de la justicia, y como anoche agravaron sus crímenes con el que cometieron al hacer resistencia á los

que en mi nombre les mandaban entregarse, el castigo será mayor que el que antes merecían.

—Los sucesos van probando que con sobrada razón acusé á Cabral. Si está libre...

—¿Creéis que se atrevería á ir esta noche por las cercanías del convento?

—Tanta es su audacia...

—Mucho me alegraré de que cometa esa locura, porque allí mismo podrá caer en manos de la justicia.

—No estaría demás que se adoptaran precauciones en tal sentido.

—Se adoptarán.

—Pero al mismo tiempo...

—No habrá nadie que haga observaciones en cuanto á lo que se relaciona con mi pobre hija.

—La previsión de Vuestra Majestad...

—Por de pronto, esos hombres han de vivir ocultos.

—Alguna ventaja es para nosotros.

—Lo demás se hará con el tiempo.

El Rey dió así por terminada la conversación, y satisfecho, hasta cierto punto no más, salió de la cámara D. Juan esforzándose en adivinar por qué había de ir aquella noche á Palacio, y por qué el Rey no le daba desde luego instrucciones. Con impaciencia le esperaba su escudero. Conferenciaron muy detenidamente, y tampoco Lucas pudo adivinar lo que el Rey se proponía; pero, de todas maneras, era preciso cumplir sus órdenes.

—Prevenidos estaremos para todo—dijo.

—Y algo ganaremos al separar á la hija de la madre.

—Y no solamente separarlas, sino que Cabral ignore dónde se encuentra la hija.

—Ocúpate ahora en buscar los hombres que han de llevar la silla, y arréglate de modo que no puedan saber á quién sirven.

—Eso es fácil, porque la silla la llevarán primero vuestros criados á las afueras del postigo de San Martín. Allí la encontrarán los otros.

—Bien pensado.

—Ahora, mientras huyen ó se ocultan nuestros enemigos, no se ocuparán en espiarnos.

—Pero tampoco debemos estar con descuido completo.

—Haré cuanto convenga.

—Mi suerte va á decidirse, y si triunfo...

—Aún no ha llegado el momento de entusiasmarse.

—¿Desconfías?

—Señor, después de lo que ha sucedido... Hemos adelantado mucho; pero aún falta lo más difícil.

—¡Sí—dijo D. Juan de Haro, cuyos ojos dejaron escapar llamaradas de su pasión;—falta que en mi poder se encuentre Margarita, falta que sea mía!

—En eso ha de consistir el triunfo.

—¡Lucas, no te detengas!

—El encierro para doña Margarita le tenemos preparado, y para hacer lo demás me sobra tiempo.

El escudero salió de la casa. Entretanto el Rey escribía una carta y muy reservadamente disponía que la llevasen al convento de Santo Domingo el Real, para que fuese entregada á la Superiora. Antes de transcurrir una hora recibía la contestación, que hizo desplegar al Monarca una sonrisa de satisfacción.

—¡Bien, muy bien!—dijo.

En seguida mandó que fuesen en busca del Ministro y conferenció con él sobre el asunto de los hidalgos, conviniendo en lo que había de hacerse. Apenas se fué á su despacho, mandó el Ministro llamar al alcalde D. Juan de Lezcano, que la noche anterior había llegado demasiado tarde á la hostería. Cuando se separaron arrugó el buen Alcalde el entrecejo y dijo:

—¡Mal negocio es éste, y mucho ha de darme que hacer! ¡Cabrall! ¡Vive el Cielo! ¡No he olvidado lo que hizo el padre; y si el hijo se le parece, nos hemos de ver en más de un conflicto!

El Rey paseó aquella tarde por los Jardines del Buen Retiro acompañado por D. Lope, con quien habló de asuntos que ninguna importancia tenían. Media hora después de ponerse el Sol, decía el Sr. Domingo á D. Lope:

—¿Qué haremos ahora?

—Nada tenemos que hacer más que descansar.

—Yo iría á la calle del Pez...

—Sí; cometeríais esa imprudencia, que podría costaros muy cara. ¿No pensáis que han

de buscaros en los alrededores del convento? Yo iré con Gil, y habremos de modificar el plan en alguno de sus detalles. Conveceos de que la situación es muy crítica, y si cometemos una ligereza...

—¡Esperaré veinticuatro horas, que serán veinticuatro siglos!

—¡Paciencia, Sr. Cabrall!

No debían salir aquella noche. Mientras ellos descansaban, la hija del Rey sería sacada del convento y llevada al de Santo Domingo el Real. Cuando nuestros amigos conociesen la desgracia, ya no tendría remedio. Necesitaban descanso, y se entregaron al reposo con el más completo descuido, creyendo inútil espiar al señor de Haro. Los más astutos y previsores cometen también torpezas.

Entretanto Lucas cumplía con mucho acierto las órdenes del Rey. Las primeras horas de aquella noche pasaron tranquilamente. El Alcalde había empezado á trabajar para averiguar dónde se ocultaban los supuestos criminales. En el convento de San Páedro nada de particular sucedía. La hija del Rey seguía cantando las horas con ansiedad creciente.

Antes de las diez salió de su casa D. Juan de Haro, encaminándose con cuanta prisa pudo hacia el Buen Retiro. El Rey había dado las órdenes convenientes para que el caballero llegase hasta él sin ningún obstáculo.

—¡Voy á salir de dudas!—dijo para sí don Juan mientras entraba en el aposento donde le esperaba Felipe IV.

CAPÍTULO XI

La fortuna vuelve la espalda á don Juan.

El Rey dijo á D. Juan:

—¡Acercaos!

Obedeció el caballero; el Monarca sacó un papel, y añadió:

—Aquí tenemos una carta que habéis de entregar á Sor Margarita para que no le quede duda de que vais en mi nombre, de que me representáis.

—Esta carta es de absoluta necesidad.

—Mi hija os seguirá.

—Creo que todo depende de los términos

en que Vuestra Majestad se haya dignado escribir esta carta.

—No dan lugar á dudas y vacilaciones.

—Necesitaré también otra carta para la Superiora de Santo Domingo.

—No.

—Si está prevenida y ha de ser suficiente que yo diga mi nombre...

—Lo que habéis de hacer en Santo Domingo lo sabréis oportunamente.

Sorprendido miró D. Juan al Monarca, que se puso en pie y cogió su capa y su sombrero; el señor de Haro palideció.

—¡Vamos!—dijo el Rey.—¡Por aquí!

Y se dirigió hacia la puertecilla secreta; tan aturrido se sintió D. Juan, que no acertó á moverse. Todo lo había supuesto, menos que el Monarca saliese de Palacio; le parecía inverosímil, y, sin embargo, estaba sucediendo.

—Tomad esa linterna, que ya está encendida—dijo Felipe IV;—pero no la abríis ahora.

El caballero obedeció maquinalmente, y pocos minutos después el Rey abrió una puerta y salió fuera del edificio.

—¡Luz!—gritó el Monarca.

D. Juan abrió la linterna. Sufrió horriblemente, y, sin embargo, ni remotamente sospechaba lo que era posible que sucediera. Nunca como entonces tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos para dominarse. Por su fortuna, no era posible verle el semblante, que tenía cubierto de nerviosa palidez. La luz de la linterna se esparció, y cual si de la Tierra brotasen aparecieron dos bultos á diez ó doce pasos de distancia. El señor de Haro no debía pronunciar una palabra mientras el Rey no le preguntase. Avanzaron, pues, silenciosamente, seguidos por los bultos como si fueran su sombra. Felipe IV, aunque apoyándose en su bastón y en un brazo de D. Juan, andaba con bastante ligereza. Llegaron al Prado y se detuvieron; las sombras se acercaron más.

—¡Avisad!—dijo el Rey.

Uno de aquellos hombres se alejó y desapareció entre la arboleda. Á los pocos momentos se percibió un ruido sordo, que gradualmente resonaba más. D. Juan se preguntó si soñaba. Pronto salió de dudas, porque de entre la arboleda salió un coche tirado por dos vigorosas mulas, con cuatro faroles en-

cendidos, el cochero en el pescante, y en la zaga dos lacayos, que de un brinco se pusieron en tierra.

Además se presentaron otros tres hombres. Uno de los lacayos abrió la portezuela. El Monarca entró en el pesado vehículo, diciéndole á D. Juan:

—¡Subid!

El caballero obedeció, colocándose al vidrio y volviendo á cerrar la linterna; uno de aquellos hombres se acercó á la portezuela y se inclinó respetuosamente.

—¡Á la calle de San Roque!—le dijo Felipe IV.—Os defendréis frente al convento de San Plácido. Si en el camino observáis algo digno de mi atención, avisadme.

El pesado vehículo se puso en movimiento, y como el Rey no hablaba, el viejo tenía que guardar silencio también. Llegaron; se detuvo el carruaje, y otra vez se abrió la portezuela, diciendo el Rey al caballero:

—Llamaréis, daréis vuestro nombre, y que para un asunto de muchísimo interés necesitáis ver inmediatamente á la Superiora.

—Señor, es posible que á pesar de todo eso no quieran franquearme la entrada.

—En ese caso, mandaréis abrir en mi nombre.

—¡En nombre de Vuestra Majestad!

—Sí, porque fácilmente probaríais que no habíais cometido un abuso. Con mi carta os harán entrega de mi hija.

—Y si resiste...

—Le recordaréis sus deberes.

—Aún así, temo...

—En el último apuro, me daréis aviso para que yo adopte la determinación que bien me parezca.

—Antes de llamar he de ver si mi escudero se encuentra por aquí.

—No os molestéis—dijo el Monarca.

Se asomó á la portezuela, y preguntó:

—¿Hay novedad?

—Señor—le contestaron,—como á treinta pasos de este sitio hay algunos hombres y una silla de manos.

—Pues decidles que se acerquen y esperen aquí las órdenes de su señor.

El señor de Haro se sentía más aturrido cada vez.

Recios golpes dió con el aldabón en la puerta del convento. No le contestaron; volvió á llamar con más fuerza, y á poco percibió ruido de pasos en el interior, y una voz que decía:

- ¿Quién llama?
- ¡Abrid!—respondió el caballero.
- ¿Abrir? Sin duda, venis equivocado.
- Sé adonde vengo.
- Á estas horas...
- Soy D. Juan de Haro.
- ¡Ah!—exclamó el demandero, recordando

Debió de alejarse el demandero; resonó en el interior una campanilla; el Rey no dió señales de impaciencia. Por fin resonaron pasos otra vez; abrióse un ventanillo, porque el criado quería convencerse de que la persona que llamaba no era un criminal que abusaba del nombre del señor de Haro. Al verle no dudó. Entró D. Juan y á la luz de la palmaria pudo verse su rostro pálido y contraído. El demandero volvió á cerrar. Atravesaron el pasillo que ya conocemos, y encontróse el



Felipe IV, aunque apoyándose en un bastón y en un brazo de D. Juan, andaba con bastante ligereza.

la noche en que Margarita se presentó pidiendo refugio y pronunciando también el nombre de D. Juan.

Este nombre había sido bastante para que la reverenda Superiora mandase abrir, y al demandero no le pareció prudente responder con nuevas negativas.

—Perdonad—dijo,—pero sin dar parte á la muy reverenda Superiora, no me atrevo...

—¡Hacedlo pronto!

—He de avisar á las madres que vigilan, porque á mí no me está permitido llegar hasta la celda de la reverenda Superiora; pero no tendréis que esperar mucho.

señor de Haro con dos monjas, una de las cuales dijo:

—¡Bendito y alabado sea Dios! ¡Venid!

Tan preocupado estaba D. Juan, que no respondió al saludo. Bien pronto entró en la celda de Sor Margarita, cuyo semblante expresaba la sorpresa más profunda.

—Reverenda madre—dijo,—vengo contra mi voluntad y para cumplir una orden muy desagradable.

—¿Quién os envía?

—El Rey.

La religiosa se sintió tan aturdida, que no acertó á replicar. D. Juan añadió:

—Voy á entregaros la carta que para vos se ha dignado darme Su Majestad.

Y esto diciendo sacó y presentó á Sor Margarita el papel que leyó.

—¡Oh!—exclamó la religiosa con acento de indignación profunda.—¿Mi hija en vuestro poder? ¡Jamás!

—¡Señora!...

—¡Vos, que sois su verdugo, que habéis cometido abusos tan horribles que apenas se conciben, vos que nada habéis respetado!...

—El Rey lo manda.

—¿Y quién es el Rey para disponer de la honra de mi hija? ¡Á pesar de su corona, es poco para conseguir tanto! ¿Ha olvidado el Rey que yo soy la madre de esa infeliz criatura y que la defenderé como las madres defienden á sus hijos? ¡Antes de dar esta orden debí quitarme la vida! ¡El Rey! Debe de saber que en este sagrado recinto su autoridad no tiene fuerza, porque no hay más autoridad que la mía!

—Os dejáis arrebatar, y...

—¡Bien decidis!—interrumpió la Superiora cambiando de tono.—Si esto manda el Rey es porque ignora que sois la más criminal de las criaturas, ignora lo que habéis hecho, y fiando en vuestra honradez, sin sospechar que sois el lobo que con la piel de la mansa oveja se cubre, os entrega el inocente cordero que queréis devorar. ¿No habéis pensado que antes que poner en vuestro poder á mi hija descubriré vuestros crímenes?

D. Juan tembló. La situación tomaba el giro más peligroso para él. ¿Qué le era posible hacer para salir del apuro? Convencióse de que Sor Margarita se dejaría matar antes que permitir que se llevara á su hija quien era su más temible enemigo. Y si la resistencia era firme, ¿qué recurso quedaba? ¿Qué determinaría el Rey? Peligroso era que tan cerca se encontrase. Cuanto más discutiese el señor de Haro, más difícil sería su situación. En vano cavilaba buscando un recurso salvador.

—¿Qué esperáis?—le dijo Sor Margarita. ¡Salid, que vuestra presencia me ofende!

—Olvidáis que en estos momentos represento á Su Majestad.

—¡En estos momentos, lo mismo que siempre, sois un miserable, un criminal!

—¿Os negáis á cumplir lo que manda e Rey?

—Si; decidle que si quiere llevarse á mi hija, él mismo ha de venir por ella, pues ni á vos ni á nadie se la entregaré. Decídselo así.

—Y las consecuencias...

—Acepto toda la responsabilidad de mi conducta.

—Cuando el Rey manda...

—¡Yo no obedezco!—replicó enérgicamente Sor Margarita.—¡Salid, os digo! ¡Salid, ó mandaré que os echen como al último criminal; ó más bien, dispondré que den aviso á la justicia para que haga con vos lo que merecéis!

Al decir esto, la religiosa agitó la campanilla que había sobre la mesa. Las dos monjas se presentaron.

—¡Acompañad á este caballero!

Ya no había lugar á réplicas; intentar resistir, hubiera sido ¡provocar un conflicto muy grave; frío sudor corrió por la frente pálida y contraída de D. Juan de Haro, y sordo rugido resonaba en el interior de su pecho. Sus pasos eran inseguros. Por fin creyó encontrar un medio, si no de salvación completa, de ganar tiempo. Se esforzó más y más para aparecer algo tranquilo. Cuando del convento salió acercóse al carruaje.

—¿Venís solo?—le preguntó el Monarca.

—Señor—respondió el criminal,—no goza de perfecta salud la novicia, y la reverenda Superiora ruega que la dejen para que se recupere, porque... En fin, Vuestra Majestad debe comprender.

—¡Demasiado!

—¡Me parece que para evitar escenas muy desagradables, deberíamos dejar para otro día!...

—¡No, no!

—La madre, como madre al fin...

—¿Resiste?

—Natural era que sucediera así, y el caso ya lo habíamos previsto; pero...

—¡Concluyamos!—interrumpió el Rey con tono de impaciencia.—¿Se niega terminantemente Sor Margarita á cumplir mi orden?

—Si no terminantemente, por lo menos...

—¿Desconoce mi autoridad?

—No tanto; pero...

—¡Basta!—interrumpió Felipe IV.

Ya no pensó más sino que, además de rey, era el padre de Margarita, es decir, que tenía dobles derechos y todos incontestables. Sintió renacer toda su energía; encendiéndose su soberbia. Sin decir más salió del coche, y se acercó á la puerta.

—¡Llamad!—exclamó.

Obedeció el señor de Haro, cuyas manos temblaban convulsivamente. Nadie respondió, porque el demandadero escuchaba en aquellos momentos órdenes reservadas de Sor Margarita.

—¡Llamad otra vez—dijo Felipe IV,—y hacedlo con más fuerza!

D. Juan, trastornado por vértigo espantoso, levantó y dejó caer el aldabón varias veces. Repitióse el eco de aquellos golpes; al fin acudió el demandadero y preguntó:

—¿Quién es?

—¡Abrid al Rey!—respondió Felipe IV.

—¡El Rey!...

—¡Abrid pronto!

—¡Que Dios nos asista!

Aturdido á más no poder y sin darse cuenta de lo que hacía, el demandadero abrió y fijó una mirada de sorpresa y de miedo en el señor de dos mundos. Muy poco faltó para que de la diestra se le escapase la palmatoria al sirviente.

—¡Señor—balbuceó,—Vuestra Majestad!... ¡Ah!... Yo... ¡Perdón, porque!... ¡Dios mío!...

—¡Entrad!—dijo el Monarca al señor de Haro.

Sintió éste que se le doblaban las rodillas; la luz huyó de sus ojos: empezaba á comprender toda la gravedad de su situación.

CAPÍTULO XII

Cómo D. Juan encontró su perdición donde pensaba hallar su fortuna.

Dió un paso D. Juan entrando en la portería; volvió á detenerse, y miró á todos lados como si temiese la aparición de un fantasma. Hubiera querido que la Tierra se abriese y se lo tragase.

—¿Qué esperáis?—le dijo el Rey.

—Nada; pero...

—¡Vamos!

El demandadero cerró; pasó delante, y mientras andaba exclamaba:

—¡Su Majestad el Rey nuestro señor!

Estas voces produjeron el efecto que era consiguiente; las dos monjas se presentaron.

—¡Ah!—exclamaron.

Una de ellas corrió y desapareció; la otra no sabía qué hacer ni qué decir.

—¡Tranquilizaos!—le dijo dulcemente el Monarca.—Guiadme á la celda de la reverenda Superiora.

—¡Por aquí! ¡Perdone Vuestra Majestad!...

—Yo os pido perdón, porque he turbado vuestro reposo.

—Nos consideramos honradas... con... la...'

D. Juan de Haro estaba lívido. ¿Revelaría la pobre madre el terrible secreto de los abusos que se habían cometido con su hija? La monja había prevenido ya á la Superiora, y ésta no podía sorprenderse al ver al Monarca; después de tantos años, ¿qué efecto produciría en la infeliz la presencia de su antiguo amante, del hombre á quien la unían lazos indisolubles?

No pudo contener un grito al ver al Rey. Ya sabía que era viejo, que estaba muy débil, y que había cambiado tanto, que parecía otro. Sin embargo, nunca pudo imaginarse la verdad. El cambio era horrible. ¿Era aquél su amante? ¿Era aquel viejo moribundo el que veinte años antes pasaba las horas de la noche al pie de la reja donde Margarita se asomaba para escuchar frases de amor y para sentirse trastornada al ver los arrebatos de una pasión delirante?

También en la mente del Monarca acumularon los recuerdos: contempló á Sor Margarita todavía hermosa, y algo sintió renacer en él; pero se dominó, dió algunos pasos y se sentó, porque las fuerzas le faltaban.

—¡Sentaos, reverenda madre!—dijo con grave tono.

—La religiosa obedeció maquinalmente; algunos minutos pasaron sin que pronunciasen una palabra. D. Juan parecía haberse petrificado. El Monarca rompió el silencio para decir:

—Debéis de haber recibido una carta mía.

—Sí, señor—respondió la religiosa.

—Según parece, buscáis pretextos para que

no se haga lo que dispuse, y como merecís todas las consideraciones por mi parte, como nadie os respeta tanto como yo, vengo para daros algunas explicaciones y haceros comprender que se trata del bien de nuestra hija, de su reposo, de su felicidad, en cuanto es posible en su situación.

—No es menester que Vuestra Majestad se moleste en darme esas explicaciones, porque nada se me oculta.

—Entonces...

—Pero no soy yo la que ignora, sino Vuestra Majestad. Prescindo ahora de la crueldad de separarme de mi hija y de sacrificarla cuando puede ser feliz, y por de pronto me concretaré á lo relativo al cumplimiento de la orden.

—Si yo lo mando terminantemente, ¿os opondréis á que nuestra hija salga de este convento para ir á otro?

—No, porque no siendo novicia y declarando ella misma que no está dispuesta á pronunciar los sagrados votos, el brazo secular, con acuerdo y auxilio de la autoridad eclesiástica, tendría derecho para sacarla de aquí; y como el brazo secular es de vuestra voluntad ciego instrumento, mi resistencia no serviría más que para hacer más crítica mi situación y doblemente terrible mi sufrimiento.

—Muy bien, señora: os reconozco, porque nada ha perdido vuestra clarísima inteligencia, y me felicito al ver que desde luego os colocáis en el terreno de la razón.

—Á cumplir la orden no me opongo, porque no puedo.

—Sin embargo, no la habéis cumplido.

—Justificaré mi conducta, y vos la aplaudiréis, señor.

—Eso es incomprensible.

—Pronto lo comprenderá Vuestra Majestad.

¿Qué sintió D. Juan de Haro? No lo sabemos; pero sí que para sostenerse tuvo que apoyarse en la pared: temblaba.

—Os escucho—dijo el Rey.

—Señor, si Vuestra Majestad me promete dominarse y escuchar hasta el fin sin interrumpirme para preguntar y hacer observaciones...

—Tenéis mi real palabra. Hablad.

—Recordaréis que os escribí diciendo que había sufrido el dolor de encontrar en mi hija

una criatura tan depravada, que ni el sentimiento del pudor tenía.

—Después os habréis convencido de que os equivocasteis.

—De lo me he convencido es de que se cometió un abuso inconcebible, porque ese hombre en cuya honra habéis confiado, no me trajo á mi hija, sino á una desdichada que se prestó á representar farsa tan criminal.

Su real palabra había dado Felipe IV; pero no era posible que se dominara al oír acusación de tal naturaleza.

—¡Oh! exclamó.

Y en pie se puso como si le impulsara un resorte, fijando su mirada terrible en el criminal, que sufría tanto, y á tal punto había llegado el trastorno producido por el pavor, que ni se movió ni articuló una sílaba.

—Señor—dijo la religiosa,—tengo la palabra de Vuestra Majestad...

—¡Es verdad!—murmuró el Rey.—Pero creí que habíais concluido...

—Falta mucho; lo más grave.

—¿Más aún?

—Sí, más todavía.

El Monarca volvió á sentarse; había recobrado el vigor.

—¡Continuad!—dijo con voz alterada por la ira.

—Mientras en mis brazos ponían á una de esas criaturas abyectas que son una mancha de la sociedad, mi pobre hija era encerrada, y ese hombre, en cuyo pecho arde una pasión impura, se disponía á apelar á todas las violencias...

—¡Miserable!...

—Dios quiso proteger á la inocente criatura fruto de nuestras debilidades: una noche consiguió salir de su encierro, y vino á buscar refugio en esta santa casa. Lo que entonces sucedió; no acierto á explicarlo. Escapóse de mi alma un grito contra mi voluntad... ¡No sé, no sé!... La pobre niña supo que estaba en brazos de su madre, y aprovechando los momentos de trastorno y confusión, la mujer criminal desapareció.

—¿Ya habéis concluido?

—Todavía no.

—¡Ira del Cielo!... ¿Es posible más?

—No hace mucho tiempo que en este sagra-

do recinto, y fingiéndose desengañada y arrepentida, se presentó una mujer.

—Decidme ante todo por qué de esos abusos no me habéis dado cuenta.

—Lo hice en una segunda carta que escribí á Vuestra Majestad, y ni contestación merecí.

—Esa segunda carta...

—No debisteis de leerla.

—Lo confieso, no la leí; la quemé sin abrirla.

—Entonces...

—¡Y yo creí que mi amado y fiel Lope deliraba! ¡Y he dudado de su lealtad! ¡Le he ofendido, he cometido una injusticia; pero la repararé! ¡Acabad, señora!

—Esa mujer consiguió inspirar confianza á nuestra inocente hija, le ofreció ayuda para que se comunicara con su amante, le entregó cartas que parecían escritas por el hidalgo Cabral, y que eran obra de D. Juan de Haro. Poco faltó para que en el lazo cayese la desgraciada niña cuando vió que su amante, desesperado, amenazaba con buscar la muerte si no le seguía.

—¿Y esa mujer?...

—El señor de Haro puede decir dónde se encuentra, porque yo la dejé en libertad, evitando así los escándalos con que me amenazaba en este sagrado recinto. Ahora decid si debía entregar á ese hombre...

—¡Basta, basta!

Silenciosa quedó Sor Margarita; algunas lágrimas se escaparon de sus ojos. D. Juan de Haro, que iba reponiéndose, porque fuerzas le daba el instinto de conservación, dijo:

—¡Faltan ahora mis explicaciones! Soy criminal; pero otros...

—¡Callad!—interrumpió Felipe IV.

—¡Señor!...

—¡Callad, que os lo manda el Rey! ¡Hablaréis cuando yo lo isponga!

El criminal inclinó la cabeza; quedaron silenciosos: el Monarca sentíase horrorizado.

Empero una cosa era el crimen de D. Juan, y otra su hija. Castigaría á éste; pero no consentiría que la joven fuera esposa de Cabral, que también merecía castigo por lo que en Nápoles había hecho, y después de lo sucedido la noche anterior no era posible dejarle en paz, máxime estando libre, siendo audaz hasta lo inconcebible, ingenioso, é impulsado por

su pasión. Sabía además dónde se encontraba la hija del Rey; y aunque no fuese probable, era posible que algún día consiguiera sacarla del convento. Para evitar todo esto convenía otro encierro á la infeliz joven, pues nada le sería posible hacer á Cabral mientras ignorase dónde ella se encontraba. Escuchando siempre la voz de su egoísmo, el Rey buscó medio para que su voluntad se cumpliera sin producir grandes trastornos.

—Escuchad—dijo.—Habéis reconocido que tengo el derecho de disponer de mi hija.

—He reconocido que Vuestra Majestad tiene por lo menos la fuerza.

—Convencida estáis también de que la resistencia sería inútil. Pues bien; evitemos el disgusto de una lucha estéril. El criminal y sus cómplices quedarán castigados; pero de esta santa casa ha de salir vuestra hija, porque así lo exige su propia conveniencia.

—Pero habrá de permitirme Vuestra Majestad que prepare el ánimo de la inocente criatura.

—Hacedlo; pero brevemente.

—¿Y me negaréis la gracia de dejarla á mi lado siquiera un día más?

—¡No puede ser!

—Señor...

—¡Repito que no!

—Esa crueldad...

—Señora, es preciso, porque las circunstancias lo exigen así. Esperaré en mi coche, y allí, en presencia de mis criados, me haréis entrega de nuestra hija.

—¿En presencia de vuestros criados?

—Porque así todos nos dominaremos, y sufriremos menos que dejándonos arrebatat por el dolor.

Al decir esto el Rey se puso en pie.

—¿Os vais?—exclamó indignada la Superiora.

—Recordad los votos que habéis pronunciado, y pensemos en la salvación de nuestra alma, llorando nuestras culpas para que Dios se apiade de nosotros.

—¡Pobre alma mía!...

El llanto corría por el pálido rostro de la infeliz religiosa. El Monarca, que en realidad no se sentía con muchas fuerzas, se dirigió hacia la puerta, diciendo á D. Juan de Haro:

—¡Seguidme y callad!

El caballero comprendió que los momentos no eran oportunos para hacer ninguna observación. Obedeció, y salieron.

CAPÍTULO XIII

La separación.

Felipe IV hizo seña para que se acercase á uno de aquellos hombres; le habló al oído y en seguida entró en el coche, diciendo al señor de Haro:

—¡Esperad!

El que había recibido la orden habló con los otros, fué al sitio donde estaba la silla de manos, se acercó á Lucas y le dijo:

—Venid vos solo. Esos hombres deben esperar.

Lo que menos sospechaba Lucas era lo que acababa de suceder; tranquilamente fué adonde estaba su señor, que sin poder contenerse exclamó:

—¡Todo se ha descubierto!

—¡Por Satanás!

—En ese coche está el Rey.

—¡Ira de Dios!

—¡Silencio!—dijeron los criados del Monarca, rodeando á D. Juan y á Lucas.

Sujetaron al primero y le quitaron la espada. Quisieron hacerlo con el segundo; pero, convencido de que le esperaba la horca, porque tenía méritos sobrados para que le entregasen al verdugo, se revolvió impetuosamente y agitó su espada, consiguiendo verse en un instante á dos ó tres pasos de los otros. No le convenía entablar una lucha, porque eran siete los adversarios, y con acierto admirable aprovechó aquellos momentos de sorpresa para fugarse con la agilidad propia del que huye de un peligro. Cuatro de los criados del Rey le siguieron, mientras los otros tres guardaban á D. Juan, amenazándole con amordazarle si pronunciaba una palabra. Lucas corrió con velocidad pasmosa; llegó á la calle de la Luna, y muy pronto se perdió de vista, favorecido por las tinieblas. Los perseguidores se volvieron.

—¿Le traéis?—preguntó el Monarca.

—Señor, no hemos conseguido darle alcan-

ce. Llevaba mucha ventaja; ha desaparecido al salir á la calle de Convalecientes, cuando nosotros nos encontrábamos en la de la Justa.

—Pues ahora—dijo el Monarca—tres de vosotros llevaréis á ese hombre á Palacio. Si grita, si habla siquiera, le mataréis. Sigilosamente le encerraréis en las cuevas, y vigilaréis hasta recibir nueva orden. Con vuestra cabeza me respondéis del criminal. ¡Ya lo habéis oído, D. Juan: si una palabra pronunciais, moriréis!

La orden era demasiado terminante. Para mayor seguridad, atáronle los brazos á la espalda.

—¡Vamos!—le dijeron.

Fueron hasta la calle del Pez. Algo tranquilizaba á D. Juan la circunstancia de haberse salvado Lucas.

Mientras atado y maltratado le llevaban á un encierro, la madre y la hija se abrazaban para separarse y sentían destrozada el alma. La pobre madre quiso averiguar á toda costa adónde se llevaban á su hija, y para conseguirlo encontró un medio, á pesar de su profundo trastorno.

—Dominate, hija mía—dijo,—que algo puede hacer aún por ti tu desgraciada madre.

Y queriendo animar con su ejemplo á la infeliz niña, Sor Margarita enjugó su llanto, hizo un esfuerzo verdaderamente sobrenatural, y apareció tranquila en cuanto era posible en aquellos momentos.

—¡Madre mía, el valor me sobra para todo, menos para soportar esta nueva desgracia, y ni siquiera me conceden el consuelo de llorar á vuestro lado! ¡Pero no retrocederé, lucharé mientras tenga vida; si hasta hoy me he detenido ante ciertas consideraciones, ahora no me detendré!

—Espera, porque en vez de lamentar nuestra desdicha, debemos aprovechar estos minutos para algo que pueda serte beneficioso.

Sor Margarita habló con una novicia á quien llamó, y poco después el demandadero entraba en la celda, aturdido por los extraños sucesos que ocurrían aquella noche.

—Espero vuestras órdenes, reverenda madre—dijo.

—La hermana Margarita va á salir del convento.

—¡Que Dios la acompañe!—dijo el sirviente, por decir algo.

—Supongo que sabréis si en la calle hay muchas personas.

—Algunos hombres, un coche y... ¡No sé; no lo entiendo!... Antes vi que corrían, sonaron voces... ¡En fin, no acierto á explicarme!

—Tranquilizaos, porque si sois leal, como siempre lo habéis sido, estaréis siempre bajo mi protección, y ya sabéis que aquí represento yo por lo menos tanto como en el mundo representa el Rey.

—No lo ignoro—dijo el demandadero con voz que revelaba su turbación profunda.

—Escuchad. En ese coche ha de irse la hermana Margarita, aquí presente. Os arreglaréis de modo que, sin que nadie lo note sigáis el coche y veáis adónde va. Supongo que se detendrá á la puerta de otro convento de monjas.

—¿Y si va á otra parte?

—Le seguiréis también, y después que la hermana Margarita quede en otro convento ó en alguna casa, os volveréis.

—Cumpliré vuestras órdenes.

—Si lo hacéis con acierto, os recompensaré; pero en el caso contrario, debéis considerar inevitable vuestra perdición.

—¡Que Dios me proteja!

El demandadero salió de la celda para ir á situarse en la portería.

Por última vez se abrazaron la madre y la hija; volvió á correr en abundancia el llanto por su rostro; hicieron el último esfuerzo, y salieron de la celda; la joven iba envuelta en ancho y negro manto; dió dos ó tres pasos, entró en el coche, inclinó sobre el pecho la cabeza y cerró los ojos. Felipe IV temblaba. Creyó que su hija se entregaría á los transportes del dolor; empezó á respirar libremente cuando vió que guardaba silencio y ni siquiera le miraba. Se puso el carruaje en movimiento, y minutos después se encontraba en la calle de Convalecientes. El demandadero iba tras del coche, por supuesto á larga distancia, y guiado por las luces y el ruido. Llegó el carruaje á la Cuesta de Santo Domingo, y se detuvo á la puerta del histórico convento que desapareció hace algunos años.

—¡No se equivocaba la reverenda Madre!—

dijo el demandadero observando desde una esquina.

Ni una sola palabra había pronunciado la desdichada joven. Uno de los criados se acercó á la ventanilla y preguntó si debía llamar. El Rey contestó afirmativamente. Resonaron los golpes dados en la puerta del convento. No debían esperar, pues ya sabemos que la Superiora estaba prevenida. Se abrió un pequeño ventanillo, rechinaron llaves y cerrojos, se abrió la puerta, presentándose el demandadero. El Rey subió el embozo y se recató el semblante.

—¡Por aquí, caballero!

Atravesaron un pasillo. Detuviéronse junto á una puertecita que se abrió, y se presentaron dos novicias con sendas palmatorias.

—Seguidnos, si á bien lo tenéis—dijo una de ellas.

Avanzaron por un verdadero laberinto de galerías, pasillos y habitaciones silenciosas. Sintió Margarita como si las bóvedas pesasen sobre su cabeza, y andaba como un autómatas que obedece á sus resortes. Detuviéronse las novicias al fin junto á una puerta y levantaron una cortina, diciendo:

—¡Entrad!

Dieron algunos pasos el padre y la hija, y se encontraron frente á la Superiora, anciana, de escasa estatura, flaca, débil y enfermiza, que estaba sentada en un ancho sillón. También ella creía que era D. Juan de Haro quien había de hacerle entrega de la joven, y se sorprendió al ver que el caballero entró sin descubrirse la cabeza.

—¡Dios os guarde!—dijo el Rey.

Y bajó el embozo.

—¡Bien venido!—respondió la Superiora, mientras hacía un gesto de disgusto por el poco respeto con que era tratada.

Y añadió, dirigiéndose á la joven:

—¡Acercaos, hija mía!

—Antes—dijo el Rey—os haré algunas observaciones y me despediré, porque no puedo detenerme.

—¡Caballero!...

—No soy D. Juan de Haro. Reverenda madre, soy el Rey.

—¡Ah!—exclamó la anciana, poniéndose en pie como impulsada por un resorte.

—¡Sentaos y escuchadme!—dijo dulcemente el Rey.

CAPÍTULO XIV

Cómo se separaron el padre y la hija, y el apuro en que D. Lope se vió.

La anciana religiosa se pasó las manos por la frente, abrió cuanto pudo los ojos, y volvió á mirar al Monarca.

—Perdóneme Vuestra Majestad...—volvió á decir.

—Yo soy quien ha de pedir os perdón; pero no puedo detenerme. D. Juan de Haro, que debia haber venido para dejar bajo vuestra protección á esta desgraciada criatura, me ha engañado, ha abusado de la confianza sin límites que en él deposité, y gracias á la protección divina, esta niña inocente se ha salvado del peligro más espantoso. Os doy á conocer este suceso para haceros comprender que es absolutamente preciso que desconfiéis de todo el mundo, aun de las personas que os hayan dado más pruebas de lealtad, pues si á mí me engañan, si de mí abusan, siendo el Rey y sobrándome medios para imponer un terrible castigo, ¿qué harían con vos?

—Tranquilo puede estar Vuestra Majestad.

—La situación de esta pobre niña la comprenderéis sólo con deciros lo que nadie puede saber: es mi hija

—¡Ah!

—Su desgracia ha querido que un hombre encienda en su pecho una pasión...

—¡Jesús!—exclamó la anciana santiguándose; y añadió.—¡Siempre Satanás inspira á las pobres criaturas que atravesamos este valle de lágrimas! ¡No necesitó más explicaciones!

—Sí, porque conviene también que sepáis que el mancebo que ha trastornado la cabeza de mi hija es mi mayor enemigo, y también el hijo de un terrible conspirador que intentó asesinar me y que se ahorcó en su calabozo para no morir á manos del verdugo, como murieron sus cómplices D. Carlos de Padilla y el marqués de la Vega de la Sagra.

—Recuerdo aquellos espantosos sucesos.

—Ese hombre, que se llama como su padre,

Domingo Cabral, vino de Nápoles hace poco, y allí cometió otros crímenes, por los cuales le persigue la justicia. Á vuestro cuidado deo hacer que esta criatura comprenda sus deberes y su verdadera felicidad, que no está en este mundo, sino en el otro.

Esperaba Felipe IV que su hija hablase, aunque no fuera más que para defender al hombre á quien amaba; pero se equivocó, pues permaneció inmóvil y muda.

El Rey, que habia hablado más de lo que debia esperarse y con una energía que pocas veces mostraba, dijo:

—También os advierto que ese hombre está dotado de un ingenio prodigioso, que su audacia no tiene límites, y que nada respeta, de todo es capaz. Vigilad, pues, y tened entendido que pocas son las precauciones. Siento deciros que desde este momento sois responsable de cuanto pueda suceder. Y nada más, reverenda madre. Que os guarde el Cielo.

Volvióse el Monarca hacia la puerta para salir; su hija se le acercó, y le dijo con voz que revelaba emoción profunda:

—Padre y señor, tengo la esperanza de que me perdonaréis, si quiera porque soy muy desgraciada, y porque yo no pedí la tristísima existencia que es un tormento para mí.

Estas palabras respetuosas entrañaban una verdadera acusación; por lo menos el Monarca las interpretó así, frunció el entrecejo, fijó en su hija una mirada severa, y le dijo:

—Doña Margarita, tened entendido que las faltas ajenas no pueden nunca excusar las vuestras. Por lo demás, soy padre al fin, y no solamente os perdono, sino que me envanezco al ver que la grandeza de vuestra alma es digna de vuestra ilustre estirpe. Soberbia sois, porque en vuestras venas está la sangre del gran Emperador y del gran Felipe, mi abuelo. Sois mi hija, y me complazco en reconocer que algo habéis heredado de mí.

—Puesto que también sois padre...

—¿Tenéis que pedirme alguna gracia? Decid.

—Vamos á separarnos, quizás para siempre.

—No tal.

—Me dice el corazón que esta despedida es eterna.

—Tristes son siempre los presentimientos el que sufre.

—No me atrevo á pedir un abrazo á mi padre; pero besar cariñosamente sus manos...

—¡Pobre hija mía!—exclamó Felipe IV; y abrió los brazos, recibiendo en ellos á su hija.

No pudo ya la infeliz contener el llanto. Breves momentos permanecieron inmóviles; imposible que no se conmoviera el padre, á pesar de todo su egoísmo.

—¡Ah!—exclamó Margarita con voz ahogada por los sollozos.—¡Moriré, padre mío; pero no exhalaré una queja, y en los momentos de mi mi agonía, os bendeciré!

Se desprendió de los brazos de su hija y salió; temblando y tan agitada como aturdida siguió la anciana Superiora; las novicias esperaban en otro aposento, y sin sospechar que era el Rey, le acompañaron hasta la portería. Felipe IV entró en su coche y ordenó:

—¡Á Palacio!

—¡Ah!—exclamaba el Rey.—¡No puedo más! ¡Esto es demasiado para mis escasas fuerzas! ¿Me dejarán en paz? Y el miserable D. Juan de Haro... ¡Oh!... ¡Juro por quien soy que ha de ser tremendo el castigo! La culpa es mía, porque no escuché á Lope; creí que deliraba cuando sospeché lo que, desgraciadamente, era verdad. Ahora veo que motivos sobrados tenía para odiar á D. Juan de Haro, motivos sobrados para mirarle con desconfianza. ¡Lope es el único corazón verdaderamente leal para mí!

Se interrumpió el Monarca, y después de algunos minutos añadió:

—Á pesar de todo, guardaré hasta con Lope la más absoluta reserva. ¿Qué perderé por callar?

Entretanto el demandadero, cumpliendo las órdenes que se le habían dado, volvió al convento de San Plácido, donde Sor Margarita esperaba con creciente ansiedad.

—¿Adónde han ido?—le preguntó.

—Á Santo Domingo el Real. Allí se ha quedado la hermana Margarita. Como llevaban muchas luces, pude verla salir del coche y entrar en el convento. Después salió solo...

—¡Entiendo!

—¿Estáis satisfecha, reverenda madre?

—Sí. Mañana os entregaré veinte ducados como recompensa por este servicio.

—¡Gracias, reverenda madre! No necesito

recompensas extraordinarias para serviros con lealtad, como es mi deber; y si me dais vuestra bendición, satisfecho estaré.

—Mi bendición tenéis; pero también los veinte ducados. Retiraos y descansad.

El demandadero, muy alegre, no por la bendición, sino por los ducados prometidos, se fué á su aposento; Sor Margarita se entregó á las reflexiones á que daba lugar la situación.

Llegó el nuevo día. En un horizonte purísimo brillaba el Sol radiante. Poco hacía que D. Lope había dejado el lecho, cuando uno de sus criados le entregó una carta, y al ver la firma,

—¡Por el Infierno!—exclamó.

—¿Otra desgracia?—le preguntó Cabral.

No respondió el señor de Santisteban: leyó la única línea que la carta tenía, la dobló y la guardó. Presente estaba también el Sr. Diego de Paredes, que nada preguntó; pero arrugó el entrecejo.

—Tengo que salir—dijo D. Lope,—y aquí debéis esperarme. Hablaremos después.

El noble caballero llamó á Gil y le dijo:

—Has de acompañarme.

Cuando iban á salir se presentó un individuo de la servidumbre real.

—¿Qué queréis?—le preguntó el señor de Santisteban.

—Su Majestad quiere que vayáis en seguida.

—¡Vive el Cielo! Pues decid á Su Majestad que en seguida iré, pero que no será muy deprisa, porque tengo un pie malo.

—Dios os guarde.

—No es preciso que os deis prisa para llevar mi respuesta, porque yo he de andar muy despacio.

Cuando á solas estuvo el caballero con su fiel criado en la calle, sacó la carta y le dijo.

—¡Mira lo que me escribe Sor Margarita!

Gil leyó lo siguiente:

«¡Venid, D. Lope, venid corriendo!»

El criado hizo un gesto de disgusto y murmuró:

—¡No saldrá esta noche del convento doña Margarita!

—Su madre me llama, y me dice [que corra; el Rey me manda lo mismo... ¿Adónde acudiré?

- Al convento y á Palacio.
 —¡Que Dios nos proteja!
 —¡Vamos, señor, vamos!

CAPÍTULO XV

Al convento, á Palacio y á las cuevas.

D. Lope y su fiel criado corrieron cuanto les fué posible, y jadeantes llegaron á la calle de la Madera; el caballero entró en la portería de San Plácido.

Recibido inmediatamente por la Superiora, en cuyo pálido rostro veíanse las señales del llanto y del insomnio, comprendió D. Lope que algún suceso muy grave había ocurrido.

—Reverenda madre—dijo,—os agradeceré que os expliquéis con brevedad, porque al salir de mi casa recibí orden de ir inmediatamente á Palacio, y si el Rey espera mucho, sospechará lo que no nos conviene.

—La situación ha cambiado, y casi puede decirse que todo se ha perdido.

—¡Señora!...

—Reconozco que gran parte de la culpa es mía, porque si hubiera seguido vuestros consejos, ahora mi hija sería feliz; pero mis dudas, mis vacilaciones, mis temores, imaginarios los unos y exagerados los otros...

—¿Qué ha sucedido?—interrumpió el caballero.

—Me han separado de mi hija...

—¡Vive Dios!

—Su padre se la ha llevado.

—¡Por Satanás!—exclamó D. Lope, sin pensar que se encontraba en lugar sagrado y en presencia de una monja.

La Abadesa contó cuanto había sucedido. Al saber D. Lope que había desenmascarado á D. Juan, se sulfuró sin poder contenerse.

—Habéis cometido una torpeza, y me habéis comprometido.

—Pero el criminal será castigado.

—Sí, castigado terriblemente; pero hablará, probará que yo represento el principal papel en esta intriga, y...

—¡Dios mío!...

—Continuad, reverenda madre, y perdonad

si con tanta franqueza os hablo, haciendo así más aflictiva vuestra situación; pero es preciso, para que los sucesos no os encuentren desprevenida.

—¡Tiemblo!

—Proseguid, que contados tengo los minutos. Por lo demás, valor me sobra para arros-trar los peligros, y mientras mi conciencia esté tranquila, no me arrepiento de lo que hice.

—El Rey no permitió á D. Juan de Haro pronunciar una palabra.

—Se lo habrá permitido después, cuando le haya parecido oportuno—replicó D. Lope.

—Salieron, y no sé lo que en la calle sucedió; pero si que cuando de mi hija me separé en la portería nadie había en el coche más que el Rey.

—¿Y adónde ha llevado á doña Margarita?

—No quiso decírmelo, porque ya desconfía de todo el mundo; pero hice seguir el coche, y sé que en el convento de Santo Domingo el Real se encuentra mi hija.

—¡Gracias señora, gracias! ¡No necesito más! Bien pronto conoceré la gravedad de los peligros que me amenazan.

—Pero...

—No puedo detenerme, ya os lo he dicho. Volveré y hablaremos más despacio; pero desde ahora os aseguro que si de la libertad no me privan, sacaré á vuestra hija del convento de Santo Domingo, ó dejaré de ser quien soy. Tened calma, esperad sin impacientaros, y confiad en la protección del Omnipotente.

—Si mis ruegos escucha...

—¡Que Dios os consuele, reverenda madre!—dijo D. Lope.

Y no quiso detenerse un instante más.

—¿Otra desgracia?—le dijo su criado, al verle.

—Anoche se llevó el Rey á doña Margarita.

—¡Dios de Dios!

Enterado del suceso, exclamó Gil:

—Señor, si no supiese lo que valéis, diría que estabais perdido.

Se dirigieron muy presurosamente hacia el Buen Retiro. Nunca como entonces tuvo el señor de Santisteban que hacer uso de todas las fuerzas de su voluntad para dominarse, y de toda su habilidad para fingir. Aparentaba la

tranquilidad más perfecta, y entró en la cámara real, como siempre lo hacía; sin anunciarse.

—¡Gracias á Dios!—le dijo el Rey.

—Tarde he venido y con temores, porque hay días aciagos.

—¿Qué te ha sucedido, mi querido Lope?

—Nada que importancia tenga; pero lo suficiente para contrariarme.

—Me han dicho que estás cojo.

—No es nada, señor; pero si Vuestra Majestad me dice que de perfecta salud goza...

—Siéntate, mi querido Lope, porque hemos de hablar con sosiego. Mirame bien, y dime si estoy más pálido que otros días. He pasado una noche horrible, y apenas he dormido.

—Pues el insomnio no ha dejado huellas en el rostro de Vuestra Majestad.

—Dios quiso darme anoche tantas fuerzas, que yo mismo no me conocía.

—¡Buena señal!

—Lope, tú eres la única criatura que me ama verdaderamente. He tenido ocasión de admirar tu gran inteligencia, y también de arrepentirme por no haber escuchado tus consejos.

—No adivino...

—Antes has adivinado, porque era verdad que el miserable D. Juan de Haro llevó al convento de San Plácido, no á mi pobre hija, sino á una desdichada que se prestó á representar tan indigno papel. Conozco ya todos los abusos que ha cometido ese hombre.

—¿De modo que?...

—Razón te sobra para acusarle.

—¿Y cómo se defiende?

—Su defensa es imposible, y no he querido escucharle. Encerrado está en las cuevas, y sin descanso busca la justicia al escudero, que debe de ser otro criminal. Anoche consiguió salvarse; pero tarde ó temprano caerá en mi poder.

—Señor, es incomprensible lo que acaba de decir Vuestra Majestad.

—No sabiendo cómo proporcionarme la tranquilidad de que tanto necesito para vivir, determiné llevar á mi hija á otro convento. Luego te daré á conocer las graves razones en que me fundaba.

—Muy graves deben de ser.

—Á San Plácido fui anoche con D. Juan.

—¡Buena compañía!—dijo irónicamente el antiguo paje.

—Sor Margarita, arrebatada por el dolor, acusó á D. Juan, refiriendo cuanto había sucedido. Milagrosamente se ha salvado mi pobre hija.

—Sí, porque la pasión más impura ardía en el pecho de D. Juan, y...

—¿Sabías eso? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—No tenía pruebas: lo sospeché, y si de mis sospechas hubiese hablado...

—Temías que yo te dijese que delirabas. ¡Cuanto pienso que mi pobre hija ha estado á merced de ese hombre, me horrorizo!

—Es decir, que hay algo mucho más temible que el amor de Cabral.

—Malo es lo uno y lo otro. En cuanto á don Juan, se conjuró el peligro, porque encerrado está.

—Pero libre queda su escudero.

—Ahora mi hija...

—Señor, tengo que pedir una gracia á Vuestra Majestad. Consideraré como el más señalado favor que Vuestra Majestad no me diga en qué convento se encuentra doña Margarita.

—¿Por qué no quieres saberlo?

—Puede suceder que el Sr. Domingo Cabral averigüe dónde está la mujer á quien ama, y suponerse, no que yo había revelado el secreto, sino que había cometido alguna indiscreción que fuese un rayo de luz para el enamorado mancebo.

—Poca confianza tienes en tu prudencia.

—Señor, los secretos son una carga muy pesada para todos, y más para quien sabe guardarlos. Yo también deseo tranquilidad de espíritu, y la tranquilidad es imposible con las responsabilidades.

—Lo cual significa que quieres desentenderte de este asunto.

—Ése es mi deseo, á menos que mi auxilio necesite Vuestra Majestad.

—Tal vez.

—En ese caso...

—¡Veremos, mi querido Lope!

—Pero, de todas maneras, quizás me sea posible servir á Vuestra Majestad sin conocer ciertos secretos.

—Si te empeñas, callaré.

—Yo lo agradeceré muchísimo.

—Ahora voy á darte á conocer los abusos que ha cometido D. Juan de Haro, abusos de tal naturaleza, que apenas se conciben.

El Rey dijo cuanto sabía: aparentó don Lope que escuchaba con atención profunda, y hasta lanzó algunas exclamaciones para expresar su indignación; pero lo que verdaderamente le interesaba era lo que el Rey había de determinar con respecto á D. Juan de Haro, pues de esta resolución dependía todo.

—Puesto que ya la situación conoces, quiero que me aconsejes con respecto á D. Juan de Haro.

—Me parece que no es posible entregarle á la justicia ordinaria, porque se produciría un escándalo muy peligroso, y dejarle en libertad...

—¡No, no!

—Pues no queda más que un camino.

—Un calabozo en Segovia ó en Simancas; la prisión de Estado sin procesos, sin ruidos, sin decir una sola palabra al criminal ni escucharle tampoco.

—¿Es decir, que desaparezca como desapareció Alfonso de Paredes?

—Eso es.

—¿Y que pase su vida encerrado, á menos que algún amigo le salve?

—No se encuentran todos los días amigos como los que de su calabozo sacaron á Paredes.

—Es verdad.

—Y aun así, los que esa empresa han realizado pagarán su triunfo con la vida ó con otro encierro.

D. Lope empezó á tranquilizarse: no debía temer si desde luego se adoptaba la determinación de enviar á una prisión de Estado al delincuente, pues nadie le escucharía, y sería inútil que se empeñase en hacer revelaciones.

—Todo lo perdonaré—dijo el Rey después de algunos minutos, —absolutamente todo; pero cuando se abusa de mi confianza, no debe esperarse clemencia.

—El crimen de D. Juan es horrendo, y me parece que cualquiera que sea la determinación de Vuestra Majestad...

—En práctica la pondré inmediatamente.

Nada más tenía que decir D. Lope. El Mo-

narca quedó también silencioso, cambió de postura y dijo:

—Quiero ver cómo se encuentra ese hombre.

—¿Se dignará Vuestra Majestad ir á su encierro?

—Y tú me acompañarás.

—Señor...

—No tengo otra cosa que hacer.

—Pero...

—¡Vamos, mi querido Lope!

No podía excusarse el caballero, y á pesar de que le amenazaba un gran peligro, no perdió la serenidad. En pie se puso; el Rey se apoyó en uno de los hombros de su antiguo paje, y le dijo cariñosamente:

—¡Vamos, hijo, vamos! ¡Sólo tú puedes comprenderme!

Salieron de la cámara por la puertecilla secreta, bajaron escaleras, dejaron atrás aposentos lóbregos y húmedos, y se detuvieron al fin en uno donde había dos hombres, los que vigilaban á D. Juan de Haro.

—¿Hay novedad?—les preguntó el Monarca.

—Ninguna, señor.

—¿No ha llamado el preso?

—Ni siquiera nos ha contestado cuando hemos ido á preguntarle si algo deseaba.

—¡Abrid!

Uno de los guardianes levantó una compuerta.

—Encenderé luz—dijo.

—No es menester.

—La escalera está muy oscura y es resbaladiza.

—¿No importa!

—Si hemos de bajar...

—Os quedaréis aquí.

El Monarca y D. Lope empezaron á bajar la empinada escalerilla. Por de pronto nada vieron; pero sus pupilas se dilataron, y llegaron también á un sitio donde había alguna claridad: dieron algunos pasos más sobre un suelo muy húmedo y en medio de una atmósfera fría y pesada. Se detuvieron, y distinguieron por fin á D. Juan sentado en una piedra. No había lecho ni ninguna otra comodidad: debían de haber sido muy horribles las horas que allí había pasado el preso, el cual estaba lívido y desfigurado. Al ver al Rey y á don Lope, dejó escapar una exclamación que lo-



Al ver al Rey y á D. Lope, dejó escapar una exclamación...

mismo podía ser de sorpresa que de ira: se puso en pie, pareció reanimarse repentinamente, y sus ojillos brillaron como luces fosfóricas. Indudablemente, tenía la esperanza de ver sufrir á D. Lope, pues creyó que el Rey le permitiría hablar para defenderse, ó siquiera para demandar perdón. No sucedió así.

—Señor—dijo el criminal con voz muy débil,—mucho agradezco á Vuestra Majestad que me proporcione esta ocasión...

—¡Esperad!—interrumpió Felipe IV.

Empezaba á sentir como si sus huesos se helaran: aquella atmósfera húmeda y fría le impresionaba desagradablemente. Debemos recordar que el Rey se espantaba á la sola idea de sentir frío; quizás á esta circunstancia debió D. Lope la salvación, pues el Monarca gimió:

—¡Estoy mal aquí, muy mal!

—Señor, temo que esta atmósfera perjudique á vuestra salud.

—¡No te equivocas!

—Si hemos de permanecer aquí siquiera algunos minutos...

—¡No, no!—replicó vivamente Felipe IV.

Luego, volviendo la espalda á D. Juan, dijo al señor de Santisteban:

—¡Vamos, mi querido Lope, vamos!

—Es lo más prudente, señor.

Como si fuera poco lo que sentía para que horror le inspirase aquel lugar, empezó á toser, y luego estornudó.

—¡He cometido una imprudencia!—dijo.

Entretanto D. Juan exclamaba:

—¡Señor, deteneos! ¡Escuchadme, y probaré que el mayor de los criminales es el hombre que á Vuestra Majestad acompaña! ¡Lo probaré, sí, y entonces veremos quién merece mayor castigo!

Ni siquiera entendió el Rey lo que D. Juan de Haro le decía, y el caballero no podía correr para alcanzar al Rey y hacerse escuchar, pues tenía los pies sujetos.

—¡Mal estoy, muy mal!—decía el Monarca.—¡Quiera Dios que no me cueste la vida la imprudencia que he cometido!

Acabaron de subir, los guardianes cerraron la compuerta, y Felipe IV volvió á su cámara y se sentó junto á la chimenea. Poco le faltaba para tiritar.

—¿No tienes frío?—le preguntó á D. Lope.

—Algo, señor—respondió el caballero.

—¡Á mi edad no hay calor, no hay vida más que en el espíritu! ¡El frío es muy triste, muy desconsolador! ¡Añade leña, mi querido Lope! ¡Temo enfermar! ¿Por qué no me has impedido cometer esta locura?

—Tanto empeño mostraba Vuestra Majestad...

—Dejaré que D. Juan de Haro pase algunos días en la cueva, porque el frío le hará sufrir. Se asegura que entre el fuego están los que son condenados por el Omnipotente; pero á mi me parece que sería tormento mayor sepultarlos en la nieve. En otro tiempo, en noches muy frías me lanzaba por esas calles en busca de aventuras, de expansiones.

Tristemente suspiró el Monarca.

—¡Ah!—exclamó con lánguido acento.—¡En la vejez son un tormento el más horrible los recuerdos de la juventud, porque despiertan deseos que no pueden realizarse, porque tenemos que reconocer nuestra impotencia!

—¿Parece que Vuestra Majestad recobra la energía?

—¡Éstas son las fuerzas de la desesperación, las fuerzas que nos quedan en la vejez! Casi debemos considerar dichoso al que muere en la juventud; pero... ¡No, no; porque la muerte también es fría!

—Esas ideas tan desagradables...

—Son propias de la vejez.

—Pero no saludables.

—Para el alma, sí, porque mientras se piensa en la muerte, no se piensa en lo que puede dañar al alma. Cuando seas viejo recordarás todo esto, mi querido Lope, y entonces comprenderás lo que sufro.

Así continuó el Rey hablando, hasta que dijo que quería reposar. El señor de Santisteban aprovechó la ocasión, y despidiéndose salió de la cámara y de Palacio. Se había salvado milagrosamente; pero quedaba el escudero, que no era posible que se declarase vencido, pues odiaba profundamente al señor de Santisteban y al enamorado mancebo, y, además, le convenía servir á D. Juan de Haro para obligarle á que le recompensara con largueza.

CAPÍTULO XVI

El escudero cavila.

La salvación de D. Lope de Santisteban era aparente, pues D. Juan de Haro haría tales esfuerzos, que acabaría por comprometer á su terrible adversario. Hasta entonces no había querido escucharle el Rey; pero ¿quién fiaba en semejante cosa? Ya conocemos á Felipe IV, y sabemos que con mucha facilidad cambiaba de opinión. El peligro sería siempre igual mientras en Madrid permaneciese el señor de Haro. Cuando le encerraran en el alcázar de Segovia ó en el de Simancas, le sería mucho más difícil, casi imposible, hacer que su voz llegase al Monarca.

Además, quedaba el escudero, cuyas declaraciones serían muy peligrosas para nuestros amigos; y como si esto fuera poco, los dos hidalgos tenían que ocultarse, atender ante todo á burlar la persecución de la justicia, y poco les sería posible hacer para realizar su intento. Una sola ventaja habían conseguido: saber dónde se encontraba la infeliz Margarita; pero esto era bien poco en comparación con los grandes obstáculos que tenían que vencer y los peligros que habrían de arrostrar.

Las resoluciones que adoptaron no podemos darlas á conocer todavía, porque ante todo hemos de averiguar lo que Lucas había hecho y lo que se proponía hacer. Retrocederemos, pues, volviendo al punto y hora en que el escudero desapareció mientras le perseguían los criados del Rey. Después de dar mil vueltas y revueltas, fué el escudero á parar á un sitio donde nadie podía presumir que estuviese, á la calle del Pez. Seguro de que ya nadie le perseguía, detúvose para recobrar el aliento; y como el peligro había pasado por de pronto, y era audaz y tenía la costumbre de verse en grandes apuros y sostener aquella clase de luchas, con el aliento recobró también la serenidad y pudo entregarse á reflexiones sobre su situación.

—Lo que sucede—dijo—tiene fácil explicación, pues no puede haber ocurrido más sino que Sor Margarita, queriendo evitar que la separen de su hija, ha dicho la verdad, acu-

sando á mi señor. De mi humilde persona habrán hablado también mucho más de lo que me convenía, y ha resultado lo que era forzoso. Yo he conseguido escapar; pero en poder del Rey ha quedado mi señor. No creo que Su Majestad se atreva á dar á la justicia conocimiento de este asunto, porque habían de sacarse á relucir cosas que le conviene ocultar. Tampoco es posible que á D. Juan perdone dejándole libre, y, por consiguiente, debo creer que le enviarán sigilosamente á una prisión de Estado para que allí acabe su existencia. ¿Qué me conviene hacer ahora? Por de pronto, debo observar lo que pasa en los alrededores del convento, y luego adoptaré la resolución que más me convenga, en vista de las circunstancias, pues ahora sería completamente inútil trazar planes. Mucho arriesgo mientras por estos sitios me encuentre; pero acostumbrado estoy á jugar la vida para hacer fortuna, y no he de detenerme cuando se trata precisamente de la última intriga en que habré de jugar el todo por el todo.

Recató el semblante, aunque inútil era esta precaución, porque la obscuridad de la estrecha calle no permitía reconocer á una persona, y avanzó resueltamente. Al verle nadie hubiera creído que aquel hombre tenía algo que temer. Ya se habían llevado á D. Juan, y, por consiguiente, había disminuído el número de personas que al Rey acompañaban. Observó, y vió el coché y las luces.

—¿Y mi desdichado señor?—se preguntó.

Decidió seguir observando. Al fin pudo ver que una mujer salió del convento y entraba en el coche.

—No puede ser otra que doña Margarita.

Calle arriba tomó el carruaje. Antes de que desapareciese, un hombre salió del convento y siguió despacio, sin separarse de la pared, sin producir ruido y como quien desea ocultarse. No necesitaba ver más el astuto Lucas.

—¡Fuego del Infierno!—exclamó.—¡La cosa está clara como la luz del día! Ese hombre debe de ser el demandadero: le reconozco por lo ruin de su persona. Ha salido para espiar y ver adónde llevan á la hija del Rey. En esto no había pensado nadie, y reconozco mi torpeza, pues á mí tampoco se me había ocurrido. Bien me parece; y puesto que así es, seguiré el

ejemplo, aunque cuidando de ver si alguien me observa. Miró Lucas en torno suyo, escuchó sin percibir más ruido que el del carruaje que se alejaba, y cuando le pareció conveniente se puso en movimiento. No era posible que el demandadero notase que le espiaban. Dejó que al convento volviese, y siguió al Rey cuando éste se volvió á Pa acio. Volvió á reflexionar. ¿Dónde buscaría refugio? Después de mucho cavilar, exclamó:

—¡Mil rayos! ¡Empiezo á temer que mi entendimiento se ofusca, pues no se me ocurre ni lo que es más sencillo! ¿Qué debo temer? Nada, pues el Rey no se atreverá á disponer que la justicia me busque y á la cárcel me lleve, porque moviendo la lengua puedo producir el escándalo más horrible; y aunque trastornado cometiese semejante torpeza, no han de ir á buscarme á la morada de mi señor, pues no es posible que nadie crea que allí me encuentro. En último apuro, allí me sería fácil escapar por el tejado de la pequeña casa que da al arroyo.

Dió media vuelta y tomó por la Carrera de San Jerónimo.

—De todas maneras—decía,—acabo de hacer un gran descubrimiento, pues conozco un secreto que tiene muchísima importancia; el del lugar donde han encontrado á esa pobre criatura, tan codiciada por todos, y que quizás no será para nadie.

Á San Martin llegó el criminal, sin haber encontrado una sola persona. Como siempre iba provisto de la llave, pudo entrar en la casa de su señor sin esperar á que le abriesen. Los demás criados habían recibido la orden de acostarse sin cuidarse de cuándo volvería su señor, y dormían profundamente. Era, pues, dueño absoluto de la casa hasta el amanecer y podía hacer cuanto se le antojara. Pensó que nadie le pondría estorbos para romper la cerradura del cajón donde D. Juan guardaba el dinero, apoderarse de éste y desaparecer antes de que nadie se diese cuenta del abuso; así podría dar por terminado aquel asunto y no preocuparse más del señor de Haro, de Margarita ni del enamorado mancebo. Empero nuestras pasiones son siempre el mayor de nuestros enemigos, y cuando se encienden y levantan la voz para aconsejarnos, nos hacen

cometer las mayores torpezas y nos arrastran hasta el fondo del abismo de donde queremos huir. La pícaro vanidad y el endiablado rencor fueron causa de que aquella noche no hiciese Lucas un gran negocio que le permitiera alejarse de la corte y establecerse en cualquiera población como un hombre honrado, para pasar su vida con tranquilidad y con las comodidades que podía proporcionarle el dinero. En aquella lucha se había interesado su amor propio. Además, odiaba profundamente, no sólo á Cabral, que le había burlado, sino á don Lope de Santisteban y á Gil.

Como estaba seguro de no haberse equivocado en sus suposiciones, creía que no era imposible que D. Juan de Haro recobrará muy pronto la libertad, pues si era acusado, podía acusar á su vez á D. Lope de Santisteban, presentando pruebas de los abusos que éste había cometido, y era forzoso que sucediera una de dos cosas: ó que le dejasen libre, ó que también prendieran al antiguo paje. Lo primero le pareció á Lucas más probable que lo segundo, y, por consiguiente, empezó á temer que al otro día se le presentara su señor. Por lo mismo que no tenía tiempo para reflexionar, sus dudas eran mayores. Ya sabemos hasta qué punto le dominaba la codicia.

Con desiguales pasos recorrió muchas veces la anchurosa cámara. Por fin se detuvo junto á la mesa que sostenía la papelera con incrustaciones de nácar y marfil, en uno de cuyos cajones estaba el tesoro codiciado. Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado; luego se agitaron sus dedos, sin que él se diera cuenta de lo que hacía, y frío sudor empapó su contraída frente. Así transcurrió una hora. Había triunfado su rencor, su anhelo de venganza. Pensó que si D. Juan de Haro no volvía, siempre sería tiempo de apoderarse de su dinero.

Le convenía reposar para que renacieran sus fuerzas, y sobre todo para desaturdirse; pero ¿cómo se entregaba al sueño en aquellos instantes de inminente peligro? No se atrevía á acostarse. Acomodóse en un sillón, después de colocar la luz donde no hiriera sus ojos, y poco después dormía el criminal. Pero al menor ruido hubiera despertado, y como estaba vestido y con la espada ceñida, se encontraría

pronto para huir ó defenderse. Pasaron las horas tranquilamente, y se hizo de día. Los criados dejaron el lecho, sin saber si había vuelto su señor. Para averiguarlo tenían precisamente que entrar en la cámara. Dudaron; uno de ellos levantó la cortina y miró.

—¿Estoy soñando?—dijo.

Se restregó los ojos y volvió á mirar. No hay que decir que la causa de su sorpresa era haber visto al escudero en el sillón y durmiendo á pierna suelta. Miraron los demás, absortos de asombro, y se retiraron para conferenciar.

—¿Qué haremos?—decían.

—Nuestro señor no está.

—Por lo mismo, debiéramos despertar á Lucas.

—¿Y si se enfada?

—¿Qué puede hacer?

—Se quejaría á nuestro señor, y todos saldríamos de la casa, pues ya sabéis que ha llegado á ser poco menos que un segundo amo.

—Pero me parece que no se enfadará porque le avisemos para que sepa que es de día.

—Quizás tenga que cumplir algunas órdenes urgentes.

—¿Y nuestro señor?

—Más de doce años hace que le sirvo, y ni una sola noche ha dejado de venir á casa.

—Tampoco habréis visto nunca cosas tan extrañas como las que ahora suceden.

—Eso es verdad.

—¿En qué clase de intrigas se ha metido nuestro señor?

—¡Dios lo sabe!

—Tened la lengua, porque es peligroso murmurar.

—¿Y en qué quedamos?

—Yo despertaré á Lucas.

—Bajo tu responsabilidad.

—¡Por supuesto!

El criado que esto determinó volvió á la cámara, y entró resueltamente. Apenas puso una mano sobre Lucas, éste se estremeció, abrió los ojos, se puso en pie, llevó la diestra á la espada y exclamó:

—¡Por el Infierno!

Empero se tranquilizó muy pronto, porque reconoció á su compañero.

—¡Ah!—dijo mientras se pasaba las manos

por la frente.—No te había conocido, y creí que... En fin, ya he sacudido la modorra, y me parece que si no me despiertas, paso aquí todo el día.

—Nos pareció conveniente saber si nuestro noble señor había despertado, y vine...

—Nuestro señor ha pasado la noche en otra parte, y no puedo deciros cuándo volverá.

—Ni á nosotros nos importa más sino que ninguna desgracia le haya sucedido.

—Ninguna; pero en su nombre, y para cumplir sus órdenes terminantes, os haré algunas advertencias. Si alguien pregunta por nuestro señor, responderéis la verdad, que no ha dormido en su casa y que ignoráis dónde se encuentra; y si por mí preguntasen, diréis lo mismo, pues nadie ha de saber que aquí he pasado la noche.

—Así lo haremos.

—Esperaréis á todas horas y dominaréis vuestra curiosidad, pues nuestro señor está dispuesto á castigar muy severamente al que se meta en sus asuntos.

—¡Dios nos libre de hacer semejante cosal

—Pruebas habéis dado de lealtad, y si lo lo hacéis ahora, seréis recompensados largamente. Voy á salir. Cuando vuelva me diréis si alguien ha venido; y si los que me busquen me esperan aquí, uno de vosotros se situará en un balcón, y así comprenderé que personas extrañas me aguardan. Se trata de un negocio de mucha importancia, y si una torpeza ó una traición cometéis, no se contentará nuestro señor con despediros.

—Tranquilo puede estar.

—Repetirás á nuestros compañeros cuanto acabas de oír.

No dijo más Lucas, y recatándose el semblante, saltó de la casa. Tomó por el arroyo del Arenal, y una vez en la Puerta del Sol, se metió en una taberna para tomar alimento. Luego se dirigió al Prado, y allí se situó en el sitio que le pareció más conveniente. Antes de adoptar una resolución, necesitaba hacer averiguaciones, pues era muy peligroso avanzar á ciegas y fiado solamente en suposiciones y conjeturas. Hora y media transcurrió.

—¡Ah!—exclamó al fin.

Acababa de descubrir á D. Lope y á su fiel criado, que muy presurosamente se dirigían

al Buen Retiro. Los ojos de Lucas se iluminaron con el fuego de la más reconcentrada ira. Más de otra hora transcurrió. Lucas hubiera hecho el mayor de los sacrificios por saber lo que en Palacio sucedía. Cuando el antiguo paje y Gil se dejaron ver de nuevo, los miró con ansiedad indescriptible. En el semblante de D. Lope se revelaba la tranquilidad más perfecta; el criado entreabría los labios como si fuera á sonreír, y esta circunstancia parecía probar que en ningún apuro se encontraban. El escudero empezó á sospechar que D. Lope había obrado de acuerdo con el Rey, representando así un doble papel.

Lucas los siguió, aunque á larga distancia, y no pudo averiguar nada de particular, pues ya sabemos que el caballero fué á su morada. Ansioso por adquirir noticias dirigióse á San Felipe el Real, en cuyas célebres gradas se reunían los vagos de la coronada villa. Ni un solo conocido encontró allí, pues eran pocos los amigos que tenía en la corte, y, sobre ser pocos, de tal calaña, que ninguno se hubiera atrevido á presentarse en el famoso mentidero. Lo que sí pudo hacer fué escuchar con disimulo muchas conversaciones. Se referían sucesos que en nada se parecían al que interesaba al criminal, el cual acabó de convencerse de que nadie tenía noticias de su señor.

En las gradas permaneció hasta la hora de comer, y volvió á su casa.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó.

—Ninguna.

En vano esperó á su señor. Cerrada la noche, y después de haber cenado muy bien, volvió á salir. Recorrió gran parte de la villa y habló con muchas personas, llegando á saber positivamente que la noche anterior no había ido á la cárcel más que un desdichado que intentó apoderarse de la bolsa de un caballero. El tiempo pasaba, y el escudero se veía en la necesidad de hacer algo. Pensó de nuevo en el dinero encerrado en la papelera; pero tampoco se atrevió á romper la cerradura. Al otro día cayó en la cuenta de que podía hacer un doble negocio, y quiso ponerle en práctica inmediatamente, escribiendo la siguiente carta:

«Al Sr. D. Lope de Santisteban.

»Noble caballero, conozco el secreto del lugar donde han encerrado á la criatura á quien afanosamente debe de buscar vuestro protegido, y, por consiguiente, puedo prestaros un servicio de mucha importancia.

»Para que comprendáis esta determinación, os recordaré que no tengo esperanzas de que mi antiguo señor recobre la libertad; y como ante todo miro mi conveniencia, os ofrezco este servicio, con la esperanza de que me recompenséis con la largueza que tenéis por costumbre. Además, si os conviene, os ayudaré para sacarla de su encierro; pero esto es asunto aparte, que quizás no os convenga, porque vos y vuestros amigos valéis demasiado para necesitar mi ayuda.

»Si aceptáis mi proposición, tendré la honra de ir á veros, pues me consideraré seguro si vos me prometéis dejarme en libertad, cualquiera que sea el resultado de nuestra conferencia.

»Si no queréis que mi humilde persona se honre al pisar vuestra morada, acudiré al sitio que designéis.

»Para que ni remotamente sea posible que quedéis comprometido, bastará que una persona de vuestra confianza vaya á la casa de mi señor y diga al portero la hora que hayáis tenido á bien señalar, sin darle más explicaciones ni hacer ninguna otra indicación. Allí también puede dejarse un papel con la respuesta, y no es menester que esté firmado ni escrito por vos.

»Como de todas maneras me considero perdido, no tengo inconveniente en poner aquí mi nombre.»

Y así lo hizo el criminal, firmando sin más reflexión. Conocía demasiado bien la nobleza del señor de Santisteban, y sabía que éste no había de hacer uso de la carta: la cerró, y se encaminó á la calle de Don Pedro. Como si nada tuviese que temer entró en la suntuosa morada de D. Lope.

—¿Qué queréis?—le preguntó el portero,

—Poca cosa: que esta carta se ponga en manos de vuestro muy noble señor. Que el Cielo os guarde.

El portero hizo inmediatamente llegar la carta á su destino. Á salir se disponía don Lope, y dijo con tono de extrañeza:

—¿Quién me escribe?... No conozco la letra. Rompió el sello, desdobló el papel y leyó; arrugó el entrecejo, luego sonrió, llamó á Gil y le dijo:

—Toma y lee.

Cuando así lo hizo el fiel criado, soltó una carcajada burlona y dijo:

—No deja de tener gracia que como una gran cosa os ofrezca revelaros un secreto que conocéis demasiado bien.

—¿Y no das á esto ninguna importancia?

—Algo peligroso es que ese miserable sepa dónde se encuentra doña Margarita. No ha comprendido que comedia una torpeza, pues ahora no podemos dudar dónde ha buscado refugio.

—En la misma casa de su señor.

—¿Y qué haréis?

—Le llevarás la respuesta, diciendo que puede venir al mediodía, pues antes no tengo la seguridad de volver.

—¿Pensáis divertirlos?

—Algo más.

—¿He de decir lo que pasa á los hidalgos?

—Sí; pueden leer esta carta, que luego me devolverás. Voy á Palacio.

CAPÍTULO XVII

D. Lope se advierte, y Lucas sufre.

Á la hora de costumbre volvió á su casa D. Lope, y poco después se le presentó Gil para decirle que acababa de llegar el escudero. Muy pálido y agitado se presentó Lucas, no porque tuviese miedo, pues sabía muy bien que en ninguna parte se encontraba más seguro que allí; pero al ver al leal sirviente sintió renacer su odio y su deseo de venganza. Hizo un esfuerzo para dominarse y representar hábilmente su papel. El señor de Santisteban le miró desdeñosamente y le dijo:

—Me habéis ofrecido revelarme el secreto del lugar donde se encuentra la desdichada hija del Rey.

—Me considero perdido, y para salvarme tengo necesidad absoluta de huir.

—Ya debíais haberlo hecho.

—No siempre puede uno hacer todo lo que le conviene ó desea. Para alejarme de la corte

y ocultarme, necesito dinero, y como de todas maneras he de abandonar completamente esta intriga, he pensado sacar lo último que puede producir para mí. D. Juan de Haro me había prometido gran recompensa; pero ya está inutilizado. Ignoro en qué sentido le acusarán; pero por de pronto se encuentra encerrado, y si otro recurso no le queda á Su Majestad, dispondrá que lleven á mi señor á un calabozo del Alcázar de Segovia, desapareciendo así del mundo sin que se sepa cómo.

—Todo es posible.

—No hago mal á nadie por el placer de hacerlo, pues me parece una estupidez molestarle sin provecho. Yo podría haceros mucho mal; pero ¿qué conseguiría?

El señor de Santisteban se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—Os dejo en libertad para hacer lo que os parezca mejor.

—Repito que no me tomo la molestia de trabajar inútilmente. Ni siquiera intentaré salvar á mi señor, porque, sobre ignorar dónde le tienen encerrado, podría sucederme que al querer devolverle la libertad yo la perdiese. Esta intriga ha tomado el peor giro para D. Juan, y ya la lucha es imposible. Me resigno, porque antes de dar el primer paso me había enseñado la experiencia que estos juegos son como todos, y que lo mismo se puede perder que ganar. Otras veces he triunfado, y así se compensa mi desgracia de hoy. No tengo inconveniente en deciros cómo pude averiguar á qué convento llevaron á Margarita.

—Lo que habéis hecho no me interesa.

—Pues en cuanto al precio de la revelación...

—Vos la tasaréis.

—Yo lo dejaría á vuestra generosidad.

—Quedaré más satisfecho si lo decís.

—Pues si no os parece exigencia loca mil quinientos ducados...

—Reconozco que vale mucho más el secreto.

—Entonces, me parece...

—Si hubiera de tasarlo el Sr. Domingo Cabral, no habría en el mundo dinero bastante para pagaros.

—Está enamorado, y...

—Ya veis que soy razonable; pero ahora os

diré que no siempre me someto á la razón, y con frecuencia me dejo llevar de los más extravagantes caprichos.

—Eso consiste en que no os parecéis á ningún hombre.

—Es verdad; pero también reconozco que soy el hombre que menos vale.

—Lo que acabáis de decir indica que no estáis conforme con la cantidad que he fijado. Vos diréis lo que os parece bien para recompensarme.

—Creo que ese secreto no vale nada; ni un solo maravedí; ni siquiera la molestia de escucharlo.

Se contrajo la frente de Lucas, y empezó á temer que el señor de Santisteban tuviera el propósito de burlarse.

—Dios os ha dotado de inteligencia muy clara—dijo con reposado tono el caballero;—sois astuto, cauto y previsor; pero no estáis libre de cometer una torpeza. En esta ocasión os ha sucedido así, lo cual prueba que el miedo os tiene trastornado.

—¡Caballero!...

—Debéis escucharme. No es posible que hayáis averiguado á qué convento llevaron á doña Margarita sino solamente habiéndola seguido cuando la sacaron de San Plácido.

—No os equivocáis.

—Y eso lo haríais desde larga distancia.

—Es muy verdad.

—Pues entonces debisteis de advertir que otra persona la seguía también.

—¡Que el Infierno me trague!—gritó Lucas fuera de sí.

Y apretó los puños con fuerza convulsiva, mientras que de sus ojos se escapaban corrientes del fuego de su ira.

—Después de mucho cavilar, no habéis pensado en semejante cosa.

—¡Oh!...

—Es decir, que sabíais que yo conocía ese secreto, porque para mí no había de guardarle Sor Margarita, y, sin embargo, me ofrecéis revelármelo como se ofrece un tesoro.

Efectivamente, en esto consistía la gran torpeza del escudero; tanto había cavilado, tanto se calentó el cerebro, que no pensó en lo que nunca debiera olvidar. No solamente nada había conseguido, sino que acababa de

ponerse en ridículo, y para reirse de él le sobraba razón al señor de Santisteban. Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominar los arrebatos de la ira.

—Seguid escuchando—le dijo el caballero, porque os conviene.

—¿Y qué puedo hacer más que escucharos?

—Cuando os separéis de mí, meditad con calma, y como tenéis muy claro entendimiento, os convenceréis de que es una verdad incontestable lo que voy á deciros.

—¡Amargas son todas las verdades!

—Pero en cambio son muy provechosas. ¿Hay algo más duro, algo que más cueste que las lecciones de ese gran maestro que se llama experiencia?

—¡Bien caras son!

—Desgraciadamente no aprovechamos sus lecciones; pero como nuestra es la culpa, ningún derecho tenemos para quejarnos.

—Me habláis con tono de sencillez y con tranquilidad, y hasta dulcemente, empleando así en esta conversación un tiempo que vale bastante.

—El tiempo vale siempre mucho.

—Sin embargo, soy un miserable indigno de vuestra atención. ¿Por qué hacéis eso?

—Siento mucho que no lleguéis á comprenderme.

—¡Perdonad! Os fatigáis en vano, caballero, porque ya es tarde para mi regeneración. Llegué al fondo del abismo, y no puedo salir, á menos que me saque el Diablo para llevarme hasta el fondo de las tinieblas de sus dominios. Quizás tendríais una complacencia al verme honrado.

—Sí.

—¡No puede ser!

—Lo siento; pero mis deberes cumplo, y así mi conciencia está tranquila. Con la tranquilidad de la conciencia hace el hombre prodigios, y por eso me habéis visto triunfar en muchas ocasiones en que la derrota parecía inevitable. Con la maldad nada se consigue, y vos habéis visto que todas vuestras intrigas, todas vuestras ruindades no han producido hasta hoy más resultado que vuestra perdición. Cuando reflexionéis, os convenceréis de que vuestras desgracias son obra vuestra, no mía, puesto que yo me he concretado á defenderme, y ni

siquiera defenderme he podido mientras estuve en León cumpliendo mi deber.

—Siempre resulta que he cometido una torpeza que no merece perdón.

—Nada habéis perdido, pues en estos momentos os encontraréis en mi casa bajo mi amparo.

—Sobre ese punto estoy tranquilo, y la prueba de que reconozco la nobleza de vuestra alma, la tenéis en el hecho de encontrarme aquí.

—Os daré un consejo, y si no queréis seguirle, peor para vos.

—Por lo menos le agradeceré.

—¡Lo dudo! Salid de la corte, y no esperéis á mañana, porque la justicia os busca, y os encontrará.

—¿Que me busca la justicia?

—¿Por qué os sorprendéis?

—Me parece imposible que Su Majestad haya cometido la torpeza de llevar este asunto por un camino que puede producir el escándalo. ¡Preso yo! No es imposible que las manos me pongan encima los corchetes y que me lleven á un calabozo; pero algún Alcalde habría de entenderse conmigo, me preguntaría, y aun sin preguntarme, yo le diría lo que el Rey no puede querer que se diga á nadie.

—Os forjáis ilusiones. El Rey es... el Rey. Advierte que ha de guardarse tal ó cual secreto, y lo que manda se hace; el secreto se guarda, y si se trasluce, todo lo que puede suceder es que los ociosos murmuren algunos días haciendo comentarios, y mientras los unos creen y los otros dudan, el asunto pierde todo su valor, porque otro suceso cualquiera viene á llamar la atención del mundo. ¿Cuál es el resultado? Que el Rey se queda en su trono con todo su poder y todo su prestigio, sin ser más desgraciado ni más feliz, y la víctima llega á ser olvidada, y muere en un calabozo con la agonía de la desesperación. Tanto es verdad que el Monarca no ha de detenerse ante esas consideraciones, que las órdenes están dadas, y os buscan con mayor afán que á los dos hidalgos á quienes tanto aborrecéis.

—En ese caso...

—Os conviene huir; y si para hacerlo os

galtan recursos, tendréis cuantos sean necesarios.

Silencioso y pensativo quedó Lucas. Como siempre, juzgó por su corazón el ajeno. Creyó el miserable que D. Lope le tenía miedo y que se ingeniaba para alejarle de la corte y evitar que hablase.

—La determinación es grave—dijo después de algunos minutos.

—Sí; pero ya la habíais adoptado, puesto que el secreto me vendíais sin otro fin que obtener dinero para hacer vuestro viaje y estableceros tranquilamente en el rincón de una aldea. Me parece que esto me habéis dicho, con tales ó parecidas palabras. Pues bien; figuraos que yo no conocía el secreto, que acepté el servicio y que os doy la recompensa.

—No es lo mismo.

D. Lope desplegó una sonrisa irónica.

—¡No me equivoqué!—murmuró.

—Difícil es que os equivoquéis.

—Os doy el consejo más saludable; os ofrezco mi ayuda, y... ¿Puedo hacer más?

—Reconozco que es demasiado.

—¿No aceptáis? Peor para vos, y voy á concluir diciendo lo que haréis. Intentaréis herirme, y en cuanto las circunstancias os lo permitan abusaréis de los secretos que habéis sorprendido. Quizás muy pronto veáis en libertad á vuestro señor, y eso ha de infundiros nuevos alientos. Continuaréis la lucha sin deteneros ante ninguna consideración, y prescindiendo de que nosotros lleguemos á triunfar, acabaréis por sufrir el último golpe, y entonces vuestra salvación será imposible en absoluto. Vos moriréis no sé cómo; pero mal, muy mal.

—Todo es morir.

—Os equivocáis.

—No me espanta el verdugo.

—En cuanto á D. Juan de Haro, sufrirá más á medida que en la lucha se empeñe, y cada peripecia, cada alternativa, será para su pasión como el combustible que se añade á la hoguera. Si encontraréis la ocasión para asesinarle, la aprovecharéis sin vacilar.

—¡Dios de Dios!...

—Y lo mismo sucederá con respecto á mi criado Gil, y á Cabral y á Paredes; pero, por

vuestra desgracia, no se asesina tan fácilmente á un hombre. Bajo la salvaguardia de mi honor habéis venido. Cuando salgáis de esta casa nadie os espiará, y podréis ir adonde se os antoje; pero una hora después me consideraré dueño absoluto de mis acciones, y no me tomaré la molestia de guardaros ninguna consideración. Una verdad habéis dicho: que vuestra regeneración es absolutamente imposible. De los secretos que conocéis, haréis el uso que se os antoje; en la inteligencia de que vuestras amenazas no me quitarán el sueño. Siempre os desprecié, y ahora más que nunca, porque hasta para ser mi enemigo sois poco, y no me rebajaré hasta el punto de tomaros en consideración. Como no sea en caso extremo y en los instantes de una lucha, no he de honraros poniendo mis manos ó mi espada sobre vuestra ruin persona.

Se hizo más densa la palidez del escudero, herido por el desdén profundo de D. Lope. Á pesar de su trastorno, pensaba en lo que el caballero acababa de decirle sobre las probabilidades de que en un breve plazo se viera libre D. Juan. ¿Cómo podía suceder? No lo comprendía, ni le estaba permitido pedir explicaciones. La conversación había terminado sin que mejorase la situación de Lucas, sino que, por el contrario, entonces parecía doblemente crítica.

—¡Idos!—le dijo D. Lope..

—¡No olvidaré esta conferencial!—respondió el criminal.

Y salió con pasos inseguros y trastornado por la ira. Al llegar á la escalera se encontró con Gil, que parecía perfectamente tranquilo y hasta indiferente, y le miró como hubiera podido mirar á cualquiera. Un relámpago de odio se escapó de los ojos de Lucas, que salió, y á buen paso se encaminó hacia el puente de Segovia. ¿Adónde iba? Necesitaba moverse, hacer algo para gastar las fuerzas de su desesperación, desaturdirse y reflexionar. Atravesó el puente, avanzó por la pradera y desapareció entre los árboles. Al cabo de dos horas volvió: parecía muy fatigado, pero era distinta la expresión de su rostro.

Su mirada recelosa fijábase en todos los transeúntes: se hubiera dicho que temía que la justicia se apareciese. Y así era, pues se

había convencido de que ante ninguna consideración se detendría el Rey para mandar que le prendiesen, y si se permitía el desahogo de decir lo que todos habían callado tan cuidadosamente, sería considerado como hombre temible; sin ruidos ni escándalos le llevarían sigilosamente al Alcázar de Segovia, le encerrarían en un calabozo, y allí le dejarían como olvidado para que consumiera su triste y penosa vida. Semejante porvenir no tenía nada de risueño, y estaba muy distante del que había soñado el criminal, que tampoco quería salir de la corte, porque había recibido nuevos ultrajes y necesitaba venganza. Había cometido una gran torpeza, se había reído de él don Lope, y necesitaba probar que algo valía. Además, ya creía firmemente que de su encierro había de salir muy pronto D. Juan, y que, por consiguiente, cambiaría otra vez la situación.

En resumen, Lucas había determinado quedarse en Madrid, si bien adoptando todas las precauciones imaginables para evitar que le echase mano la justicia; y como no se quedaba por el solo placer de vivir en la corte ó de favorecer á su antiguo señor, claro es que pensaba trabajar desde luego y sin detenerse por consideraciones ni escrúpulos de ninguna clase. Poco después se encontraba en San Martín y entraba en la vivienda de su señor, que también era la suya.

—¿Hay novedad?—preguntó á sus compañeros.

—Ninguna—le contestaron.

—Es cuanto puedo pedir á la fortuna en estos momentos de peligro—murmuró el criminal.

—¿Qué haremos si preguntan por vos?

—Lo que os dije.

Y penetró en la cámara de su señor, pues ya no se acomodaba bien en ningún otro aposento.

CAPÍTULO XVIII

El Rey sigue dudando y sufriendo.

No trataremos ahora de los inconvenientes casi insuperables que habían de encontrar los unos y los otros para la realización de sus planes. Nos concretaremos á pintar las escenas

que ocurrieron en Palacio, y cuyas consecuencias debían ejercer gran influencia en el desenlace del drama que constituye el asunto de este libro.

Como de costumbre, al entrar D. Lope de Santisteban en Palacio se vió rodeado por los que siempre le adulaban, y á todos respondió con palabras agradables. Pronto supo que nada de particular se decía y que ni remotamente había sospechado nadie que encerrado estuviese D. Juan de Haro. Penetró en la cámara real, y halló á Felipe IV junto á la chimenea y con la mirada fija en las oscilantes llamas. El día estaba sereno, brillaba el Sol en un horizonte purísimo, y la temperatura era muy agradable; pero el Monarca sentía frío y se complacía acercándose al fuego. Levantó la cabeza, miró á su antiguo paje y le dijo:

—¡Bien venido seas, mi querido Lope!

—Y feliz me consideraré si Vuestra Majestad me dice que se siente mejor.

—Para hablar de mi salud me vería hoy muy apurado, ó por lo menos, me sería preciso dar muchas explicaciones. Creo que estoy mejor, y, sin embargo, la cabeza, es decir, los pensamientos, las cavilaciones y...

Se interrumpió, cambió de postura, y dijo luego:

—Quiero hablarte despacio. Di que no nos interrumpas, cualquiera que sea el motivo.

Salió D. Lope para obedecer, y luego que volvió quedó en actitud respetuosa.

—Siéntate, Lope; y ante todo dime si en tu opinión hay algo más desagradable que la duda. Nuestra conciencia no vacila nunca para acusar, y lo hace con firmeza, con la seguridad del juez que sabe que no puede cometer un error.

—No los comete nuestra conciencia.

—Convento en que siempre nos dice la verdad, y no tengo inconveniente en reconocer que es infalible; pero lo que no me explico es por qué muchas veces al consultarla vacila, duda, parece que se inclina á decir cosas contrarias, y en vez de señalarnos un camino nos deja más perplejos que antes, más confusos. En esta situación, y obligados por las circunstancias, adoptamos al fin una resolución cualquiera; y como muy rara vez acertamos, sucede que luego se levanta terrible y nos acu-

sa porque no hemos hecho todo lo contrario. ¿Es esto justo? ¿Por qué no nos dió el consejo cuando se lo pedíamos? ¿Por qué vacilaba y dudaba, como duda y vacila nuestra pobre razón al hacer esfuerzos entre los impulsos de nuestras debilidades y de nuestras pasiones? Si me explicases esto, me harías el más señalado favor.

No necesitó más el señor de Santisteban para comprender que aquél era uno de los días en que más debilitada estaba la cabeza de Felipe IV. Lo que acababa de decirle era uno de esos delirios de la imaginación en los desdichados momentos en que se exalta y vuela, y sin el compensador del sano juicio, se remonta y se extravía. Para otro cualquiera hubiera sido muy difícil la contestación; pero fué fácil para D. Lope, porque sabía que en tales momentos no tenía que hacer más que seguir los extravíos y responder con algunas frases que ningún valor tenían. Así salía del apuro pronto y bien; y, además, contaba con otros medios de resultado positivo.

—Señor—respondió sin vacilar,—la conciencia es un juez, y no un consejero; preciso es tener presente la diferencia.

—Entiendo.

—Dios ha dado á la criatura el libre albedrío; es decir, le ha dado la razón, la inteligencia para que aprecie, y la voluntad para que ejecute, así como también le ha dado la memoria para que pueda tener presentes las provechosas lecciones de la experiencia.

—Es verdad.

—La criatura hace lo que quiere, sin encontrar ningún estorbo, y después la conciencia pronuncia su fallo, nos acusa y nos pide cuenta de nuestro proceder, porque si en completa libertad nos ha dejado, justo es que seamos responsables de nuestras acciones. ¿Por qué á la conciencia acude Vuestra Majestad para que le dé consejos? ¿Acaso no los tiene, todos saludables, en los principios de la moral y de la justicia? ¿Acaso la razón serena no nos dice lo bastante para guiarnos por el buen camino? ¿Y la experiencia, señor? No merecemos perdón si hacemos dos veces lo que ya fué motivo para el arrepentimiento. Puede haber horas de ofuscación, momentos desdichados en que la criatura no ve el abismo que á

sus pies se abren; pero son momentos no más que pronto pasan, y la razón recobra su imperio, á despecho de las pasiones. Distingui- mos siempre el bien y el mal, aun en los momentos de perturbación más profunda; y si no nos detenemos, si pecamos, es porque no que- remos hacer uso de la fuerza incontrastable de nuestra voluntad, de esa fuerza que todas las domina, de esa fuerza cuyos límites se pierden en lo inconcebible, en lo infinito.

—¡Ah!—exclamó el Rey.—¡No hablas como ningún hombre!

—Eso debe de consistir...

—En dos cosas.

—Creí que solamente en una.

—En que Dios ha querido darte una gran inteligencia, y en que me amas verdaderamente. Así se explica que con nadie pueda entenderme bien más que contigo, y los envidiosos murmuran, y quizás los más ruines te odian. ¡Así es el mundo! Pero dejemos para otro día estas reflexiones, y ocupémonos en lo que nos interesa y necesita una pronta resolución.

—Esperó las órdenes de Vuestra Majes- tad.

—Necesito tranquilidad, mi querido Lope, y la necesito á toda costa.

—Deseo que Vuestra Majestad se la proporcione; pero que no sea engañosa, que no sea esa falsa tranquilidad de algunos momen- tos ó de algunos días, engendrada de ma- yores borrascas que las que se han querido conjurar. Remedio que ha de producir un nuevo mal, quizás mayor que el que cura, no es remedio.

—¡Qué admirablemente discurre!

—Podía recordar ejemplos que no dejarían duda á Vuestra Majestad; pero son tan des- agradables...

—No es menester, porque nada he olvida- do. Nos concretaremos al caso presente.

—Me parece bien, señor.

—¿Qué debo hacer con ese hombre, con ese miserable que tantos y tan horribles abusos ha cometido?

—Mi opinión es tan contraria á la de Vues- tra Majestad...

—Eso no importa.

—Si D. Juan de Haro no me ha hecho mu- cho mal, ha querido hacérmelo; motivos tengo

para odiarle, y si sólo mirase mi conveniencia, haría lo posible hasta conseguir que desapa- reciera del mundo, porque así ya nada tendría yo que temer. Sin embargo, le devolvería la libertad y le dejaría que bajo su responsabili- dad hiciese lo que bien le pareciera.

—¡Devolverle la libertad!—exclamó el Mo- narca. Y fijó una mirada de asombro en su antiguo paje.—¡Impune ese miserable! ¡Lope, no has pensado bien lo que dices!

—Señor, si Vuestra Majestad me lo permi- te, me explicaré. Veamos lo que sucedería de- volviendo la libertad á ese hombre.

—Intentaría cometer nuevos abusos.

—Al fin se comprometería de tal manera, que Vuestra Majestad no podría salvarle, aunque quisiese; pero por de pronto no tendrían Vuestra Majestad que ocuparse en este asunto; y cualquiera que fuese el resultado, su conciencia estaría perfectamente tranquila, porque la conciencia no acusa por exceso de generosidad. Á D. Juan de Haro podría man- dársele salir de la corte; por su propia conve- niencia callaría y evitaríamos que se produje- sen escándalos de cierta clase. Así Vuestra Majestad no tendría que ocuparse más que en adoptar precauciones para evitar que doña Margarita se fuese del convento. Es decir, que quedaría una lucha que sostener, por lo menos una preocupación; pero ésta es inevitable en uno y en otro caso, puesto que, vivo ó muerto D. Juan de Haro, el hijo de Cabral no ha de retroceder.

—Pues si lo de mayor importancia no se evita...—murmuró el Rey.

—Será peor lo que suceda si D. Juan de Haro va á consumir su vida en el Alcázar de Segovia, porque hará todo lo posible para que su voz llegue hasta Vuestra Majestad; su cria- do, que libre se encuentra, trabajará sin des- canso también; y como esos hombres, cuando otra cosa no pueden conseguir, se complacen en hacer mal, Dios sabe lo que intentará con- tra doña Margarita, resultando que Vuestra Majestad no tendría ni un momento de repo- so, que es precisamente lo que ante todo ne- cesita para la conservación de la salud.

—No te equivocas.

—Fuera de estas dos cosas, no hay otra que hacer; y aunque ambas ofrezcan dificultades,

opino que debe elegirse la que tenga menos inconvenientes.

—Casi me has convencido.

—Puede llegar un día en que Vuestra Majestad se arrepienta, y...

—No quiero que ese caso llegue—interrumpió vivamente el Monarca.

—Pues para evitarlo...

—En cuanto á mi hija, no aprecias bien la situación.

—Todo es posible.

—Primeramente, ni D. Juan ni nadie tiene medios para averiguar en qué convento se encuentra.

D. Lope se atrevió á desplegar una sonrisa de ironía muy marcada, la cual no pudo pasar inadvertida para el Rey, que arrugó el entrecejo.

—¿Parece que dudas?—dijo.

—Señor, cuando se tiene seguridad de una cosa, la duda es imposible.

—Explicate.

—Vuestra Majestad cree que no es posible averiguar dónde se encuentra doña Margarita, y siento decirle á Vuestra Majestad...

—Responde clara y terminantemente.

—Pues bien; Vuestra Majestad se equivoca.

—¡Lope!...

—La prueba no da lugar á duda.

—¿Y en qué consiste esa prueba?

—El escudero sabe dónde está doña Margarita.

—¡Por quien soy!...

—Y ha cometido la torpeza de escribirme, ofreciéndome la revelación del secreto, si yo pagaba este servicio como merecía.

—Medio aturdido se sintió el Monarca; lo que estaba oyendo le parecía inverosímil. ¿Cómo era posible que tan pronto se hubiera averiguado el lugar donde se encontraba la infeliz joven? ¿Para qué había servido separarla de su madre y pasar aquella horrible noche que pudo tener las peores consecuencias? Todas las precauciones habían sido inútiles. Por algunos minutos permaneció silencioso el Monarca; al fin dijo:

—¡No lo entiendo, no lo entiendo!

—Pues era muy fácil averiguar adónde llevaba Vuestra Majestad á doña Margarita.

—¿Fácil?

—Espiendo, siguiendo...

—¿Y quién había de hacer eso, quién?

—El escudero mismo, que apenas desapareció, pudo volver á las cercanías del convento y observar.

—Hay una circunstancia que me llama la atención. Comprendo que á Cabral le ofrezcan la revelación del secreto; pero á ti, ¿para qué?

Volvió á sonreír maliciosamente D. Lope, y respondió:

—Eso tiene su fin; pero, afortunadamente, lo adivino.

—Pues yo reconozco mi torpeza.

—Si yo aceptase la proposición, quedaría probado que tengo interés en saber dónde se encuentra doña Margarita, ó lo que es igual, que favorezco esos amores, y si algún día Cabral consiguiera lo que desea, yo sería también responsable. Si mientras se hace eso se dice que yo he tomado parte en esta intriga, aparecerá justificado...

—¡Comprendo!

—El plan está combinado hábilmente, y no puede negarse que el tal escudero es astuto; pero como, aunque torpe, soy cauto, como la experiencia me ha enseñado á desconfiar de todo, no he caído en el lazo. Al escudero veré, á menos que Vuestra Majestad me lo prohíba; le escucharé, le daré una lección que no olvidará fácilmente, y le dejaré para que siga por ese camino que ha de conducirle á su completa perdición.

—¿Es decir, que nada he conseguido con sacar á mi hija del convento de San Plácido?

—Una cosa no más.

—¿Cuál?

—Mortificarla, y hacer sufrir horriblemente á su pobre madre. Tenían un consuelo en su propia desgracia, y de ese consuelo se ven privados para siempre. ¡Dignas son de que se las compadezca!

—Lope, tus opiniones sobre ese punto no tienen valor.

—Ya lo sé, porque como son distintas de las de Vuestra Majestad...

—Sí; crees que debo casar á mi hija con el hijo del terrible conspirador, el hijo del asesino y del suicida... ¡Jamás! Y como sobre este asunto no he de escuchar consejos ni observaciones, y como no he de retroceder, claro

es que debo adoptar todas las precauciones imaginables. En San Plácido y al lado de su madre no estaba segura mi hija, mientras que ahora sería vano todo intento para sacarla del lugar donde se encuentra. Quise decirte adónde la llevé.

—Y yo no quise saberlo, porque no quiero responsabilidades.

—Ya no es posible guardar el secreto.

—Lo siento mucho, señor, porque ha de llegar un día en que contra mi voluntad lo conozca.

—Bien sabes que tu lealtad no he de ponerla jamás en duda.

—Pero deseo que ni siquiera las apariencias me condenen.

—Lo que acabas de decirme, aumenta mis dudas.

—Es natural.

—Tengo miedo al escándalo.

—Con razón.

—Y más miedo, á cierta elase de derrotas. La prisión de D. Juan de Haro significa una complicación más.

—Y grave, señor.

—¡Sobradas complicaciones había para que yo no tuviese un solo instante de reposo!

—Ahora, con conocimiento de causa puede Vuestra Majestad hacer lo que bien le parezca.

—¿No quieres acompañarme?

—No me atrevo.

—Verdad es que no has ocultado tu opinión. Mi querido Lope, con nadie cuento ahora más que contigo.

—Y estoy dispuesto para todo.

—Quiero que veas á D. Juan de Haro.

—¡Ver á D. Juan!...

—Es preciso.

—Le veré; pero conste que será para cumplir la orden de Vuestra Majestad.

—Explorarás su ánimo en todos sentidos.

—No hemos de conseguir averiguar absolutamente nada de interés.

—Y según lo que resulte, determinaré. Obsérvale como tú sabes observar. Yo no me atrevo á bajar á las cuevas, porque recuerdo el frío que allí se siente.

—Cometería Vuestra Majestad una imprudencia.

—Los guardianes del criminal te conocen, y saben que han de respetarte como á mí.

—¿He de hacer á D. Juan de Haro alguna indicación sobre probabilidades de que recobre la libertad?

—Lo que bien te parezca.

—Dios me dé acierto; aunque, de todas maneras, ha de resultar lo mismo.

—Sal por este lado, para que crean que todavía te encuentras aquí. Así á nadie se le ocurrirá interrumpirme.

D. Lope salió por la puertecilla secreta.

CAPÍTULO XIX

Cómo desempeñó D. Lope la comisión.

En pie se pusieron los dos hombres que guardaban á D. Juan, y muy respetuosamente saludaron á D.^o Lope de Santisteban, que les dijo:

—Su Majestad me manda á ver al preso.

Levantaron la compuerta; bajó D. Lope la estrecha, empinada y resbaladiza escalera, y llegó al departamento de los subterráneos donde se encontraba D. Juan, cuyo aspecto no podía ser más lastimoso, pues había enflaquecido durante las horas que allí se encontraba, y su semblante estaba lívido y desfigurado. Santisteban le contempló, sorprendiéndose de verle tan abatido.

Sentado en la piedra donde ya le hemos visto otra vez, apoyando los brazos en las rodillas, contraído, encorvado, habiase reducido á la mitad del volumen normal que presentaba otras veces. Se estremecía. Prescindiendo de sus temores, de su ansiedad y de todas las mortificaciones morales, sufría físicamente lo que apenas se concibe. El más duro juez no le hubiera tratado con la crueldad que sus guardianes. Poquisimo y de malas condiciones era el alimento que habían dado á D. Juan, y ni siquiera un montón de paja le habían facilitado para que se entregara al sueño. Sin luz apenas, en medio de aquella atmósfera húmeda, glacial y casi corrompida, casi sin alimento y sin ninguna comodidad para el cuerpo, era absolutamente imposible que se prolongara muchos días la existencia del señor de Haro. Ya

se había quebrantado su salud, y á todas horas sentía el frío desconsolador de la fiebre.

Avanzó D. Lope hacia el sitio donde se encontraba el desdichado preso, el cual levantó la cabeza y se estremeció violentamente. No es posible explicar lo que expresó su semblante al reconocer á D. Lope; imposible comprender lo que sintió. Exhaló un gemido, que lo mismo podía ser manifestación de sus dolorosos sufrimientos que del arrebató de su ira y su desesperación.

—Caballero—le dijo D. Lope con grave y reposado tono,—vengo para cumplir una orden de Su Majestad; pero no para gozarme con vuestro martirio. Así os lo advierto para que no forméis juicios temerarios y apreciéis con exactitud la situación.

Los ojos de D. Juan se revolviéron en sus órbitas, y fijáronse luego con una mirada profunda en el señor de Santisteban, que se acercó á la escalerilla y llamó á los guardianes, á quienes dijo:

—Inmediatamente desataréis á este caballero y le traeréis una silla. Después que me vaya, si para poner á cubierto vuestra responsabilidad creéis que es preciso martirizarle, haréis lo que bien os parezca; pero entretanto, yo no contemplaré estos abusos.

—Las órdenes que nos han dado...

—Las cumplireis después.

Los guardianes obedecieron con cuanta prontitud les fué posible. D. Juan sintió libres los brazos y las piernas, y pudo acomodarse en una de dos sillas que llevaron, lo que fué para él un gran alivio, un goce inmenso. Sin embargo, tiritaba de vez en cuando, castañeteaban sus dientes, y aún sentía muy doloridos sus ateridos miembros. Siempre con la tranquilidad que le caracterizaba, comenzó así D. Lope:

—D. Juan, entablásteis una lucha muy peligrosa, y nunca se os ocultó que la derrota era más probable que el triunfo, porque aspirabais á lo que en sana razón debía considerarse imposible.

—¿Para qué recordáis eso?

—Para recordaros también que ningún derecho tenéis á quejaros.

D. Juan levantó la cabeza, miró á su adversario con expresión de odio profundo, y replicó:

—¿Habéis dicho que venís para obedecer órdenes de Su Majestad? Pues hacedlo.

—No es menester que me recordéis mis deberes.

—Cualquiera que sea mi situación, cualquiera la suerte que me aguarda, quiero que de una vez se decida. Decís que no habéis venido para gozaros con mi tormento; pero me parece que no estáis haciendo otra cosa.

—¡Caballero!...

—No niego que soy criminal; pero vos diréis si es justo que aquí se me tenga, mientras que vos estáis libre y gozáis de vuestra influencia de siempre. ¿En qué consiste mi delito? He abusado de la confianza que en mi depositó Su Majestad; pero, prescindiendo de las fines de mi abuso, vos os encontráis en el mismo caso, puesto que habéis abusado lo mismo que yo, habéis hecho lo posible para evitar que se cumpla la voluntad del Rey.

—Es verdad.

—Yo he trabajado para ser dueño de la hermosura de doña Margarita, lo cual al Rey no podía convenirle.

—Y yo he trabajado y trabajaré para que doña Margarita sea esposa del Sr. Domingo Cabral.

—Habéis fingido, habéis engañado al Rey, habéis abusado de vuestra situación, habéis intrigado, habéis apelado á cuantos medios son imaginables. ¿Consiste en otra cosa mi crimen? ¿Puede el Rey acusarme de algo más?

—Os molestáis en vano, puesto que no soy vuestro juez.

—Si el Rey conociese la verdad, nos consideraría igualmente criminales. Porque habéis de tener entendido que á Felipe IV le parece quizás más horrible que su hija sea esposa de Cabral que mía. ¿En qué consiste, pues, la diferencia entre nosotros?

—Hay mucha.

—Ante Dios, ante la justicia; pero en opinión del Rey...

—Somos igualmente criminales.

—Vos habéis sido más hábil ó más afortunado.

—Mañana puedo ser más torpe ó más desgraciado, y entonces no me quejaré, D. Juan, ni os pediré auxilio, aunque mi suerte dependa de vos.

—Yo tampoco os he pedido nada.

—Ni yo he venido para ofrecer os lo que no he de hacer.

Don Juan inclinó otra vez la cabeza. Sus fuerzas habían disminuido y se sentía desfallecer. Murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse. D. Lope le dijo:

—Escuchadme, para que con la brevedad posible pongamos fin á esta conversación.

—Lo deseo.

—¿Comprendéis y apreciáis vuestra situación?

—No lo sé.

—Prescindid de las injusticias y de todas las consideraciones, y colocaos en la realidad.

—Se han descubierto mis intrigas, y el Rey quiere castigarme.

—No le conviene poner os en manos de la justicia.

—No, porque mis declaraciones producirían escándalo.

—Pero le queda un recurso.

—¡Sí—dijo D. Juan con acento de terror;— una prisión de Estado, un calabozo, ó más bien, un sepulcro en el Alcázar de Segovia!

—Eso es.

—Otra cosa no espero.

—Lo cual prueba que comprendéis vuestra situación.

—Pero si el Rey no ha querido escucharme...

—Tenéis la esperanza de que vuestra voz llegue hasta él.

—Así sucederá más ó menos tarde, y entonces...

—Os consuela la esperanza de que ya también sufriría vuestra suerte; pero no habéis pensado que ninguna prueba podéis presentar, mientras que contra vos hay muchas. Sin embargo, no me forjo ilusiones; y para convencer os de lo que puede y vale la tranquilidad de mi conciencia, os diré lo que ignoráis, y una vez más os anonadaré, no con mi grandeza, sino con el profundo desdén que me inspiráis.

—¡Vuestra generosidad!—murmuró irónicamente el señor de Haro.

—No la comprendéis, porque sois demasiado ruín.

—¡D. Lope!...

—Escuchad.

—Otra cosa no puedo hacer.

—Vuestro criado Lucas consiguió escapar la noche de vuestra desdicha, y sus declaraciones pueden ser tan terribles como las vuestras.

—¡Está libre!...

—Y sigue trabajando para hacernos mal. Si se empeña, encontrará algún medio para conseguir que el Rey sepa lo que ignora. Hoy le veré, porque me ha escrito ofreciéndome darme á conocer el nuevo encierro de doña Margarita; y aunque ese secreto lo conozco y no necesito la ayuda de vuestro criado, en libertad le dejaré para que haga lo que bien le parezca. Además, haciendo uso de la influencia que aún conservo, he aconsejado á Su Majestad que se contente con desterraros y ponga así término á este asunto.

—¡Gracias, D. Lope!—dijo irónicamente don Juan.

—Hago lo que me manda mi conciencia, y nada tenéis que agradecerme.

—Sin embargo, si os debo...

—Repito que no, porque tal vez vuestra fortuna consistiría en ir á una prisión de Estado. El Rey se inclina á creer que no os atreveríais á ocupar os más en este asunto; pero yo sé que se equivoca, tengo la seguridad de que al ver os libre continuaréis la lucha y cometeréis mayores abusos, porque ya no podéis dudar que la cuestión es de vida ó muerte.

—Pues si de eso estáis convencido...

—Defiendo la causa de la justicia, y tengo ciega fe en el tiempo. No quiero responsabilidades, y hago lo posible para evitar sufrimientos á mis enemigos. Si al ver os libre abusáis de vuestra situación para ponerme en compromisos...

—Eso no sería un abuso, sino la defensa.

—Dios me protegerá.

D. Juan de Haro empezó á recobrar el aliento con la esperanza de verse libre, pues si para esto no hubiese ninguna probabilidad, el Rey hubiera desde luego adoptado una resolución. ¿Por qué no le llevaba inmediatamente á una prisión de Estado? Creyó que si así no se hacía, era porque algún obstáculo casi invencible lo estorbaba. El miserable no acababa de comprender las vacilaciones de Felipe IV, y

mucho menos comprendía la generosidad, la nobleza sin límites de D. Lope; empezó á cambiar la expresión de su semblante, porque sus fuerzas renacían.

—Caballero—dijo,—mi situación es muy triste; pero el valor no me falta para morir. Os lo he dicho otra vez, y quiero repetirlo; no hay nada que me espante más que ver á doña Margarita en brazos de otro. Si habéis venido para ofrecerme la libertad con alguna condición, habéis perdido el tiempo y la molestia, porque condiciones no aceptaré; de este encierro no saldré sino cuando á viva fuerza me saquen, ó cuando me abran las puertas sin preguntarme adónde he de ir ni lo que pienso hacer.

—No he venido para ofreceros la libertad, porque de mí no depende.

—Entonces....

—Tampoco os impondría condiciones.

—¿Qué queréis, pues?

—Deciros, sencillamente, que si los caprichos de Su Majestad os favorecen, podéis hacer bajo vuestra responsabilidad cuanto se os antoje, en la inteligencia de que no me quejaré y de que mi conducta será la misma que siempre. Trabajaré como antes he trabajado, lucharé con la nobleza con que he luchado siempre, y si alguna desgracia tremenda cae sobre vos, no podréis quejaros de mí, sino de las circunstancias. Su Majestad desea conocer vuestras intenciones, y para que ninguna queja tengáis de mí, estoy dispuesto á decirle lo que os convenga. No es esto generosidad, sino un capricho más ó menos extravagante; y por más extraño que os parezca, os juro por mi honor que al Rey diré lo que me encaraguéis.

D. Juan quedó silencioso. Aunque en nadie reconociese la nobleza de que él carecía, sabía muy bien que D. Lope cumpliría lo que estaba prometiendo, pues había jurado por su honor. ¿Qué significaba aquel proceder? Temía el criminal que le tendiera un lazo; pero de todas maneras, nada perdería con aceptar el ofrecimiento de D. Lope.

—¿Os burláis?—preguntó después de algunos momentos.

—He jurado por mi honor—replicó gravemente el señor de Santisteban.

—Necesito saber una cosa.

—Preguntad.

—¿No habéis venido más que para cumplir la orden que os ha dado el Rey?

—Nada más.

—¡Imposible parece que Felipe IV haya cometido semejante torpeza!

—No es la primera, ni será la última; y debéis tener en cuenta que torpe fué también al fiar en vuestro honor, porque no se le ocurrió pensar que cometeríais un abuso como el que aquí os tiene encerrado. Felipe IV ha cambiado mucho; nadie le reconocería. Su cuerpo está débil, pero más débil está su cabeza, y por eso le veis vacilar y adoptar resoluciones enteramente opuestas en el intervalo de algunas horas. Yo no puedo curarle, porque no puedo devolverle las fuerzas de la juventud, el vigor que ha perdido al cometer ciertos abusos. Le dejo, y me concreto á consolarle en cuanto es posible, pagando así la deuda de gratitud que tengo con él. Ahora decidid lo que más os convenga.

—¿Y si me encierro en la reserva más absoluta?

—Tendré que decirle al Rey, no lo que vos me digáis, sino lo que yo pienso. En ese caso, quedaríais peor, pues opino que, á pesar del tremendo golpe que habéis sufrido y de todo lo desventajoso de vuestra situación, no estáis arrepentido ni pensáis retroceder, sino que, por el contrario, deseáis la libertad para volver á entablar la lucha.

—Pues bien; no os equivocáis.

—Precisamente por eso con la conciencia tranquila puedo contestar al Rey.

—Suponed que finjo estar arrepentido y que aseguro desear la libertad para alejarme de la corte y pasar el resto de mi vida en el rincón de una aldea, llorando mis culpas y pidiendo á Dios que me perdone.

—Si eso dijeseis, yo repetiría fielmente vuestras palabras cuando me preguntara Su Majestad.

—Pero también os preguntaría qué opinabais de mi arrepentimiento.

—Le diría que, tratándose de vos, no espero nada que bueno sea; pero no ineistiría sobre este punto, no haría comentarios, no diría nada que vuestra situación agravase.

-Parece que os complacéis con la lucha que tan cara puede costaros.

- Todo es posible.

- Tenéis medios para inutilizarme.

- ¿Y qué conseguiría?

- Cuando fueseis dueño del campo...

- El resultado sería el mismo, porque doña Margarita quedaría donde está, y lo mismo tendríamos que hacer para realizar su dicha y la de su amante, que es el único fin que me propongo.

- Pero yo puedo ser un estorbo...

- ¡Os forzáis ilusiones!—interrumpió el señor de Santisteban con desdén profundo.

- ¡Caballero!...

- Concluyamos, porque es muy desagradable la estancia en este lugar sombrío y húmedo, y deseo salir de aquí cuanto antes. ¿Qué he de decir al Rey?

- Que hablo sin cesar de mi arrepentimiento, y que como la mayor merced desearía que me escuchase, añadiendo que si aquí me deja algunos días, tengo la seguridad de que he de morir, porque me siento muy mal.

- ¡Intendidlo!—dijo D. Juan poniéndose en pie.

- ¿Ya os vais?

- Me parece que nada tengo que hacer en este lugar.

- Ciertamente; pero...

- Quizás nos veremos muy pronto.

- Ya sabéis que á pesar de todo esto, nos odiamos.

- ¡Que Dios os perdone!

El señor de Santisteban salió del subterráneo y volvió á la cámara real, donde el Monarca le aguardaba impaciente.

- ¿Qué has conseguido?—le preguntó.

- Lo único que en mi opinión es posible.

- Sepamos.

- D. Juan ha enflaquecido en pocos días, y me parece que sucumbirá muy pronto.

- Todo eso está muy bien; pero sus declaraciones...

- Asegura y jura que está arrepentido, y que si desea la libertad, es para retirarse al rincón de una aldea, llorar sus culpas y demandar el perdón de que tanto necesita.

- ¿Y qué opinas de todo eso, mi querido Lope?

- Señor, no me atrevo á manifestar mis opiniones, porque el asunto es demasiado grave y echaría sobre mí una gran responsabilidad. D. Juan de Haro ha querido hacerme todo el mal posible, y creo que me odia cuanto puede odiar; pero le perdono y estoy tranquilo, porque, aunque acuda al medio ruin de calumniarme, tengo la seguridad de que han de sobrarme medios para defenderme, y, en último caso, aunque me tocase ser la víctima, me resignaría y esperaría tranquilo la justicia del Omnipotente, que es la que para mí tiene verdadero valor.

- Todo eso prueba tu grandeza de alma.

- Digo sencillamente lo que siento.

- Pero yo necesito otra cosa.

- Si se trata de mis consejos desearía que me dispensarais de darlos.

- ¿No quieres servirme?

- Señor, si Vuestra Majestad se empeña, mi opinión manifestaré con la franqueza más leal.

- Eso es lo que deseo.

- Pues bien; yo devolvería inmediatamente la libertad á D. Juan de Haro, y se la devolvería sin condiciones.

- ¡Lope!...

- Al decir lo que siento, no hago más que cumplir las órdenes de Vuestra Majestad.

- ¡Lo mismo que siempre, lo mismo! ¡Ah! No te pareces á ningún hombre! Continúa.

- D. Juan de Haro desea que Vuestra Majestad le escuche.

- ¡Eso no!

- Si se le acusa, es justo permitirle que se defienda.

- ¿Acaso no tengo las pruebas de sus crímenes?

- Perdóneme Vuestra Majestad; pero eso no es una razón.

- ¿Qué puede decir para justificar su proceder?

- Lo ignoro.

- ¿Y opinas que debo escucharle?

- Sí, señor.

- Mi querido Lope, tú no crees en el arrepentimiento de ese miserable.

- ¿Y qué importan mis creencias?

- Mucho, porque en ellas debes fundar tus opiniones y tus consejos.

—Señor, deseo que de una vez lo entienda Vuestra Majestad: como mi conciencia está tranquila, me complace que me acusen para tener ocasión de defenderme y anonadar á los que pongan en duda mi lealtad ó mi honradez.

—Una cosa pienso, y no te la he dicho.

—No adivino qué puede ser.

—En este asunto hay algo que no entiendo.

—Lo que hay es una criatura infeliz, inocente, purísima que sufre horriblemente y que está condenada á pagar culpas que no ha cometido, y la influencia de esa mártir, influencia misteriosa que va hasta el fondo de la conciencia de Vuestra Majestad...

—¡Entiendo!—interrumpió el Monarca.

—Si me permito decir...

—Lope, te remontas demasiado, y puedes extraviarte.

—Tal vez.

—Nos concretaremos al asunto principal. He querido conocer tu opinión en cuanto á lo que debemos hacer con D. Juan de Haro; ya la conozco, y...

Se interrumpió el Monarca, cambió de postura, y al cabo de algunos minutos dijo:

—Meditaré y determinaré. De todas maneras, resulta que mi pobre hija está en el convento bien guardada, y, por consiguiente, su situación ha de ser la misma, cualquiera que sea la de D. Juan.

—Eso es.

—En cuanto al hijo del suicida, no puedo cambiar de resolución, porque son muy graves las faltas que ha cometido.

El señor de Santisteban se inclinó, como acatando la regia resolución.

—Lo mismo digo de Paredes—añadió el Monarca.

—Puesto que en ese asunto entiende ya la justicia, nada tengo que decir.

—Por algunos días conseguirán ocultarse esos hombres; pero al fin caerán en mi poder, se convencerán de que es muy peligroso cometer cierta clase de abusos, como tuvo que convencerse su padre. De la justicia es posible burlarse algún tiempo; pero la deuda se paga más ó menos tarde. La experiencia nos ha probado lo que acabo de decir.

—Sí; la experiencia ha probado que un hombre puede burlarse de la justicia y desapare-

cer al fin, como desapareció el *Escudero de Satanás*.

—¡Oh!...

—Ya ve Vuestra Majestad que no olvidó las lecciones de la experiencia.

—Aquél era un hombre extraordinario.

—Aún no ponemos apreciar lo que vale el hijo de Cabral. Por de pronto, ha triunfado haciendo lo que parecía imposible, y me parece que los que en la hostería se burlaron la otra noche de los agentes de la autoridad, pueden dar mucho que hacer y proporcionarnos más de un disgusto.

—Mi querido Lope, cualquiera que sea tu opinión, siempre haré justicia á tu lealtad.

—¡Gracias, señor!

—Yo quisiera encontrar un medio para proporcionarme la tranquilidad de que tanto necesito; pero empiezo á convencerme de que es imposible. Ya te he dicho que meditaré, porque no quiero adoptar con ligereza una resolución. Reflexiona tú también para que con franqueza me digas cuanto te ocurra, pues tus opiniones tienen siempre mucho valor para mí.

Lo que había de decir el Rey lo adivinó fácilmente D. Lope, que salió de la morada real para volver á su casa y hablar con el escudero del de Haro, y después de esta entrevista, que ya conocemos, se dispuso á comer con la misma tranquilidad que siempre.

Entretanto el Rey meditaba, y cada vez se inclinaba más á poner en práctica el provechoso consejo de su antiguo paje. La situación debía complicarse muy pronto.

CAPÍTULO XX

Lo que al fin determinó el Rey.

El Rey comió, reposó por espacio de media hora, volvió á meditar, y al fin se decidió.

—¿Qué perderé?—murmuró mientras contemplaba el fuego de la chimenea.—De todas maneras, resulta que no me dejan un instante de tranquilidad y que no acabo de entender este negocio, á pesar de todas las explicaciones de Sor Margarita, de todas mis observaciones y de cuanto Lope me ha dicho. ¡Triste suerte la mía! ¡Para la vejez me reservaba mi negro destino estos sufrimientos! Lope diría

que son consecuencias inevitables de mis antiguos extravíos; pero más que yo, mucho más han hecho otros, y si no han alcanzado la dicha en la vejez, porque con la vejez la dicha es imposible, han conseguido la calma en los últimos años de su existencia. La vejez es tan triste, que su tristeza puede considerarse castigo sobrado para todas las culpas. Al que llega á viejo debe dejársele, aunque haya cometido muchos crímenes, porque los años, con sus achaques, con su horrible frialdad, son castigo bastante para todas las culpas.

Suspiró tristemente. Llamó y dió orden de que condujeran al criminal á su presencia. Diez minutos después, y con las debidas precauciones y la prudente reserva que el caso exigía, entró D. Juan de Haro por la puerta secreta, que volvió á cerrarse. Allí había más luz que en la cueva, y pudo apreciarse mejor su mísero aspecto. Su ropaje estaba manchado, desarreglado y como si hubiera servido mucho tiempo; su semblante, desfigurado y cadavérico; sólo sus ojuelos conservaban brillo y expresión, y en aquellos momentos parecían dos carbunclos en el fondo de una caverna. Encorvábbase y sus miembros se contraían, porque estaba atormentado por el frío desconsolador de la fiebre; pero el valor había renacido con la esperanza de verse libre, de entablar nuevamente la lucha y de hacerse dueño de la desdichada Margarita. Siempre había estado dispuesto á cometer todos los abusos; pero entonces su resolución era más firme, consolándole la idea de lo que podría hacer en aquellos momentos, pues acusaría á Santisteban, y, aun limitándose á decir la verdad, le dejaría muy comprometido. La esperanza de hacer mal á D. Lope era para don Juan tan halagüeña como la de conseguir que quedaran satisfechos sus impuros deseos. Felipe IV no se dignó levantar la cabeza; siguió con la mirada fija en el fuego y como si no advirtiese la presencia del criminal. Transcurrieron cinco minutos, que cinco eternidades debieron de parecerle al de Haro. Por fin el Monarca levantó la cabeza, miró al criminal y le dijo friamente:

—¡Acercaos!

Dió algunos pasos D. Juan; el Rey añadió:

—He querido llevar mi clemencia y mis bon-

dades hasta la exageración; y en vez de castigaros como merecéis, os permito llegar hasta mí, lo cual es una honra que no habéis debido esperar.

—Señor, no niego que he cometido abusos impulsado por...

—En presencia vuestra os acusó Sor Margarita, presentó las pruebas de vuestros crímenes, y vos quedasteis anonadado.

—Si Vuestra Majestad me hubiese permitido hablar...

—¿Acaso tenéis otras pruebas que justifiquen vuestro proceder? Me parece que no, y, por consiguiente, era inútil que me molestase en escucharos.

—Sin embargo...

—Podéis defenderos, D. Juan; pero tened entendido que la defensa no servirá de nada sino con las pruebas de que sois inocente.

—Si Vuestra Majestad se digna escucharme...

—¡Hablad!

—D. Lope de Santisteban, que tanto debe á Vuestra Majestad...

—Eso no es del caso—interrumpió el Monarca.—Acusar á D. Lope, no es defenderos, pues, todo lo más, probaríais que él también es criminal y merece castigo, si bien no sería posible imponerle ninguno desde el momento en que vos quedáis impune.

—Pero mientras Vuestra Majestad no conozca á ese hombre, en quien ha depositado su confianza...

— Le conozco demasiado bien.

—Está representando un doble papel, y...

—¡Caballero—interrumpió Felipe IV,—concretaos á defenderos, que para acusar á otros no necesito vuestras explicaciones! ¿Es ó no cierto que al convento de San Plácido llevasteis á una desdichada en lugar de mi hija? ¿Es ó no cierto que intentasteis cometer el mayor de los abusos? ¿Es ó no cierto que después habéis falsificado cartas para que mi pobre hija, dejándose arrebatada por su pasión, huyera del convento?

—En todo eso hay exageración, porque...

—Olvidáis que tengo las pruebas. Si esas pruebas son falsas, decidlo. Es una injusticia condenar sin oír al acusado. Aquí me tenéis para escuchar vuestra defensa; pero concre-

taos á probar que sois inocente, y dejad á don Lope de Santisteban y á todo el mundo.

—Para probar mi inocencia necesito acusar á D. Lope, porque sólo así podrá comprenderse por qué he cometido ciertos abusos.

—¿Y qué me importa la causa? Si es verdad que los abusos habéis cometido, no necesito saber más.

Tembló el señor de Haro; frío sudor corrió por su frente. ¿Debía insistir? Era peligroso, porque podía suceder que el Monarca se irritase y dispusiera que otra vez le llevasen al subterráneo. Ante todo quería D. Juan verse libre, porque después no habian de faltarle medios para hacer mal á D. Lope, y cuando otro recurso no le quedase, podría apelar al puñal de otro asesino.

—Pido perdón á Vuestra Majestad—dijo.

—No lo merecéis.

—Señor, quiso mi desdicha que una pasión se encendiera en mi pecho...

—¿Y no os avergonzáis al confesar debilidades de tal naturaleza?

—Soy una criatura como todos.

—Á vuestra edad las pasiones no se encienden con la violencia que en la juventud.

—Señor, no hay pasiones más violentas que las de la vejez.

—¡La vejez es la miel de la vida!

—Si Vuestra Majestad me lo permitiese, recordaría aquello que se dice de que la leña vieja arde más fácilmente que la nueva. Los últimos destellos de una luz son siempre los más vivos; el último esfuerzo que hace nuestra naturaleza, es el más poderoso. Verdad es que el vigor desaparece pronto, porque es un vigor falso; pero mientras dura...

—En cambio, á vuestra edad tiene la razón más fuerza, es más poderosa la voluntad, y así todo queda compensado. Pero aunque fueseis joven y estuviéseis dominado por una de esas pasiones que trastornan, que enloquecen hasta el punto de hacernos irresponsables de nuestras acciones, no sería justificable vuestro proceder, porque hay abusos que nada tienen que ver con la pasión, abusos que son hijos de la ruindad, de la perversidad más repugnante. Yo me he sentido en mi juventud dominado por una pasión, y tan ciego, que no respeté el sagrado recinto donde moran las castas espo-

sas del Señor; pero nunca cometí actos de cobardía como abusar de la fuerza para hacerme dueño de una infeliz mujer. Si la que es hoy Superiora de la comunidad de San Plácido me hubiese negado el sacrificio que le pedía mi desenfreno, me hubiera resignado ó me hubiera desesperado; pero jamás con la violencia hubiera satisfecho mi pasión. Yo buscaba todos los medios para satisfacer el corazón de las mujeres, pero no para someterlas como el verdugo somete á su víctima.

—Loco estuve; lo reconozco.

—¿Y ya habéis recobrado la razón?

—Quizás por mi desdicha, porque el arrepentimiento me hace sufrir horriblemente.

—¡Vos arrepentido!...

—¡No conseguiréis engañarme!—interrumpió el Monarca.—Os perdono; pero tened entendido que mi clemencia no significa que crea en vuestro arrepentimiento. Libre vais á quedar, enteramente libre; pero seguro estoy de que otra vez entablaréis la lucha. Hacedlo, y que os proteja, no Dios, sino el Diablo, porque si otra vez quedáis en descubierto, os juro que todo ha de parecerme poquísimo para castigaros. Libre estáis. El perdón que os otorgo no es todo generosidad, sino que quiero saber hasta dónde llega vuestra maldad, hasta dónde os lleva vuestro delirio. Por lo demás, os haré una advertencia para vuestro bien: á D. Lope de Santisteban le debo la vida, entendedlo bien; y su vida arriesgó más de una vez para servirme; le debo también muchos consuelos, y tales pruebas de lealtad y cariño me ha dado, que yo cometería la más ruin ingratitud con sólo escuchar á quien lo acusara. Pensé desterraros; pero no os destierro. Volved á vuestra casa, permaneced en la corte, ó haced lo que bien os parezca; pero no penseis en mi hija, D. Juan, porque os costaría demasiado caro.

Iba el señor de Haro á replicar; pero el Monarca le interrumpió diciendo:

—¡Salid!

Pronunciar una sola palabra hubiera sido perderse. D. Juan era demasiado astuto para que no comprendiera su situación; resignóse, ya que otra cosa no le era posible hacer, y dió algunos pasos hacia la puerta principal de la cámara; pero el Rey le dijo:

—Por ahí, por donde habéis entrado.

Con pasos vacilantes llegó el criminal á la puertecilla, que se abrió como por encanto; ni siquiera vió á dos hombres que allí habia; pareciale que las paredes se movían á su alrededor, que bajo sus pies se hundía el pavimento, y sin saber cómo, se encontró fuera de la morada real. Al ver el cielo, se restregó los ojos y se pasó las manos por la frente.

—¡Ah!— exclamó.

Grandes esfuerzos tenía que hacer para sostenerse; los transeuntes le miraban con extrañeza. Con pasos inseguros avanzó hacia el Prado. Un caballero le detuvo, diciéndole:

—¿Qué os sucede, D. Juan? ¿Estáis enfermo?

El Sr. de Haro no acertó á responder.

—El estado en que os veo...

—¡Nada me sucede!— dijo por fin don Juan.

—No lleváis sombrero ni espada, y vuestra ropa...

—¡Un olvido! ¡Gracias! ¡No puedo detenerme! ¡Que Dios os guarde!

Y se alejó con cuanta rapidez pudo: no habia caído en la cuenta de que en el subterráneo quedó su sombrero, ni recordó que de su espada le despojaron al prenderle. Natural era que llamase la atención de los transeuntes. Se ocultó como mejor pudo entre los árboles; cuando llegó á la Carrera de San Jerónimo, miró á todos lados recelosamente. Convencido de que no era posible sustraerse á las miradas de los transeuntes, adoptó el partido de correr con cuanta velocidad le permitían sus fuerzas, abreviando así su martirio. Llegó á su casa sin aliento, subió sin escuchar á sus criados, y entró en su cámara, donde estaba Lucas junto á la papelera, porque otra vez dudaba si apoderarse del dinero. La escena que ocurrió apenas puede describirse; una exclamación de profunda sorpresa exhaló el escudero asombrado, y ambos quedaron inmóviles algunos momentos.

—¡Ah!— exclamó al fin el caballero.—¡No puedo más!

—¡Señor!...

—¡Necesito reposo! ¡Dios mío! ¡Me siento morir! ¡Lucas, mata á D. Lope; mátales, y te daré cuanto poseo!

Mientras así hablaba D. Juan, quitábase maquinalmente la ropa.

—¿Estáis libre?—murmuró el criado.—¡No lo entiendo!

—¡Mata á D. Lope, y pídemela hasta la vida!—Y se dejó caer en el lecho, abrigándose cuanto pudo, porque sentía frío en los huesos. Luego, cerró los ojos y quedó inmóvil; su respiración era violenta y desigual.

—¡Por el Infierno!—exclamó Lucas.—¿No estoy soñando?

Se acercó á la cama y contempló á su señor.

—Parece que está enfermo—dijo,—y quizás sería prudente llamar al médico. ¿Para qué he de pedirle ahora explicaciones que no puede dar? ¡Tripas de Lucifer! ¿Estamos peor que nunca? ¡Lo temo!

Lucas concluyó por disponer que fuesen en busca del médico.

CAPÍTULO XXI

Doña Margarita en Santo Domingo.

Mientras D. Juan de Haro reposa, D. Lope de Santisteban calcula y los dos hidalgos... Lector, tu perdón necesitamos, porque es la verdad que nada podemos decirte del Sr. Domingo Cabral, ni del Sr. Diego de Paredes, ni del Sr. Alfonso, pues ni siquiera sabemos dónde se encontraban.

Bien se comprende que no podían estar en casa de D. Lope más que algunas horas, interinamente, pues otra cosa hubiera sido la mayor de las locuras. Tampoco podían moverse de Madrid, puesto que en la coronada villa era donde tenían que hacer, donde estaba el corazón del Sr. Domingo, y donde el corazón se encuentra es preciso que esté la persona. ¿Dónde se habían refugiado? ¿Cómo se ocultaban? ¿Qué medios habían adoptado para su defensa? El infeliz anciano debía de ser un estorbo para cualquiera determinación, y, aun sin esto, era preciso que adoptasen precauciones extraordinarias. Ya hemos visto que el Rey se preocupaba mucho de D. Juan de Haro, pero esto nada tenía que ver con la justicia; que trabajaba sin cesar, haciendo averiguaciones, buscando á los que habían sido causa de

un gran conflicto en la hostería. Indudablemente, en aquella ocasión tenían nuestros amigos que dar pruebas de todo su ingenio. Seguros estamos de que algo habían hecho que á cubierto los pusiera de los peligros que corrían; pero es el caso que nada sabemos sobre este punto, y que, volviendo á pedir mil perdones al lector, iremos al convento de Santo Domingo el Real para saber cómo se encontraba la pobre Margarita, pues su situación no es menos interesante que la de los demás personajes de esta historia.

Tenemos que retroceder al punto y hora en que Felipe IV salió del convento dejando allí á su hija, que permaneció inmóvil y silenciosa. Como una estatua quedó también la anciana Superiora, completamente aturdida, al extremo de dudar si cuanto sucedía era un sueño ó una realidad. ¡Acababa de ver al Rey! Le habían echado encima una responsabilidad tremenda: aquella niña era hija del Rey, y al pensarlo se le erizaban á la Superiora los poquísimos y blancos cabellos que tenía.

Y no era esto lo más grave, sino que en el casto pecho de aquella niña inocente y cándida habíase encendido una pasión por un criminal muy temible que había vertido sangre, y que, por añadidura, era hijo de un condenado, ó lo que es igual, de un suicida. ¿Era posible que todo esto hubiera sucedido sin la intervención del espíritu de las tinieblas? La sencilla anciana creía que no. Y dedujo de ello que, pues los medios humanos eran completamente inútiles, como lo probaba el hecho de no haber servido para nada el poder inmenso del Rey, había que apelar á medios extraordinarios, á los que suministraba la religión, y así se conseguiría indudablemente conjurar el peligro y sacar el Demonio del cuerpo á Margarita.

Diez minutos pasaron, que lo mismo pudieran parecer breves que muy largos á la anciana y á la hija del Rey. Por fin la primera suspiró penosamente, cambió de postura, levantó la cabeza y dijo:

—Acercaos y sentaos. Ahora dispondré que os instalen en la celda que tenéis preparada; pero antes me parece oportuno haceros algunas indicaciones.

Margarita dió algunos pasos, y se sentó en

el mismo sillón que había ocupado su padre.

—Os escucho—dijo.

—Desde ahora estáis bajo mi autoridad. Por de pronto, habéis de hacer la vida que hacen todas las que entraron en esta santa casa: os lo advierto para que os preparéis á despojaros de cuanto tenga relación con el mundo.

—Hay una cosa de que no puedo despojarme.

—¿Y qué cosa es ésa?—preguntó la monja con un candor incomparable.

—Madre mía, dejaré este ropaje del mundo, y vestiré el sayal; habitaré en una humilde celda, en vez de estar en mi cámara; rezaré á las horas en que me manden rezar, en vez de hacerlo cuando mis dolores necesiten el consuelo del llanto y de las palabras que indudablemente llegan á Dios, porque se pronuncian con ciega fe.

—Si todo eso hacéis...

—¿Os parece bastante?

—Sí.

—Pues, entonces, no me mortificaré.

—¿Pues qué más habéis traído del mundo?

—¡Una hoguera, madre mía, una hoguera que mi pecho abrasa!—respondió la joven con febril exaltación.

—¡Jesús!...

—Y eso es lo que no podré dejar, porque estas hogueras se encienden contra la voluntad, y...

—¡Basta, basta!—interrumpió la religiosa.

—Ignoro si os han dado á conocer mi situación.

—Sí.

—Pues, entonces, sabréis...

—Lo sé todo.

—Creo que nadie, absolutamente nadie, tiene derecho para sacrificar mi corazón á sus conveniencias.

—¿Qué estáis diciendo, desdichada?

—Lo que siento, lo que es verdad.

—¡Dios mío!...

—Con delirio amo á un hombre...

—¡Horror!—exclamó la anciana.

—¿Por qué os horrorizáis? ¿Acaso es un crimen el amor?

—¡Callad, pobre niña, callad! Si comprendieseis el valor de lo que estáis diciendo...

—¿Me habéis preguntado, y os respondo.

—Aposentado está Satanás en vuestra alma y á tal punto llega vuestro extravío...

—Reverenda madre, escuchadme para que apreciéis la situación. Voy á daros una prueba de lealtad, de franqueza la más noble, porque os diré lo que siento, lo que pienso, y hasta lo que ha de suceder.

La religiosa fijó una mirada de estupor en Margarita y dijo:

—Hablad, porque no quiero que jamás me acusen de haberos condenado sin oiros.

—Amo, y soy correspondida, y el hombre que es dueño de mi corazón consentiría mil veces morir antes que retroceder. Quizás nos aguarda la suerte más triste; pero sabed que lucharemos á todas horas y en todos los terrenos donde se coloquen nuestros enemigos. En esta santa casa me han encerrado contra mi voluntad; pero no pronunciaré votos que me separen del mundo y del hombre á quien amo. Esperadlo todo, absolutamente todo, porque ya no tengo que guardar consideraciones de ninguna clase, y al Sr. Domingo Cabral le sucede lo mismo. Aquí permaneceré, porque no puedo hacer otra cosa; pero si se me presenta la ocasión de huir...

—¿Huir? ¡Misericordia divina!...

—Preparaos, pues, para la lucha y no os forjéis ilusiones, porque vuestra derrota no es imposible.

—¡Está visto!—murmuró la Superiora como si hablase para sí.—¡Todo es obra del Diablo, y preciso será que apelemos á los remedios que nos ofrece la religión!

—¡Señora!...

—Es una gran desgracia; pero no puedo remediarla sino de la manera que he dicho. No me está permitido daros más explicaciones.

—¡Ni las quiero!—dijo desdeñosamente Margarita.

—Pensad que os encontráis en este recinto sagrado, donde mi autoridad no tiene límites. Si habéis creído que por ser la hija del Rey...

—No puedo envanecerme con ser el fruto de una debilidad.

—Aquí son iguales cuantas se encuentran bajo mi autoridad.

—No os pido ningún privilegio.

—Yo tampoco lo concedería.

—Ni yo lo aceptaría, aunque me lo concedieseis.

La joven mostraba una energía verdaderamente asombrosa. Desde el momento en que la separaron de su madre, decidió no guardar á nadie consideraciones. Era inútil amenazarla. Su energía fué un motivo más para que la Superiora creyese que la infeliz estaba espiritada. Tales cosas habia dicho, que no eran concebibles sino teniendo en el cuerpo á Satanás.

—¡Está bien!—dijo.

—Si más no deseáis saber...

—Por ahora, no.

—Espero vuestras órdenes, reverenda madre.

—Os llevarán á vuestra celda.

—Dispuesta me tenéis.

Llamó la Superiora, y se presentó una novicia.

—¡Que venga inmediatamente Sor Juana de la Santísima Trinidad!

Pocos minutos después entraba en la celda una monja, cuyo semblante revelaba escasísima inteligencia.

—Aquí tenéis á la nueva hermana—le dijo la Abadesa.

—¿He de llevarla á su celda?—preguntó la monja con voz nasal.

—Sí; y le haréis las prevenciones oportunas, porque desde este momento queda sometida á las severas reglas de la comunidad.

—Seguidme, hermana, si á bien lo tenéis, y que Dios y su Santísima madre nos proteja á todos—dijo la monja á Margarita.

Ésta se puso en pie y dió media vuelta para salir.

—¿No besáis la diestra de nuestra muy reverenda Madre?—le preguntó Sor Juana de la Santísima Trinidad.

Margarita se encogió de hombros; pero como no tenia para qué producir escándalos, volviéndose, se inclinó, y besó la diestra descarnada y amarillenta de la Superiora.

De la celda salió la infeliz, y empezó á sentir que se agotaban sus fuerzas. Una vez en la celda que le destinaban, Sor Juana le advirtió que debía acostarse inmediatamente y apagar la luz, y que no le estaba permitido cerrar la puerta con llave ni de manera que no pu-

diesen entrar las morjas que vigilaban. Quedó sola; miró á todos lados. ¡Qué entristecedoras eran aquellas paredes desnudas! Hizo el último esfuerzo, se despojó de algunas de las prendas de su ropaje, apagó la luz, y se dejó caer en el lecho.

CAPÍTULO XXII

Cómo se encontraban unos y otros.

Algo tenemos que decir en este capítulo sobre la infeliz hija del Rey, algo también con respecto á D. Juan y á su escudero, y del señor Domingo Cabral y Paredes, pues es preciso que conozcamos bien la situación de todos los personajes antes de relatar los sucesos, tristes los unos y horribles los otros, que prepararon el desenlace de este drama.

Doña Margarita pasó una noche horrible. Su calma era aparente, porque otra cosa no podía ser: siempre había de quedarle la rara energía de su espíritu; pero esto no era bastante para la lucha que tenía que sostener y para lo que había de sufrir, ya que estaba resuelta á morir antes que ceder. Su amor era más intenso á medida que encontraba obstáculos y sufría contrariedades.

Como no se levantó á la hora en que debía acudir al coro con la comunidad, una monja le dió el aviso, advirtiéndole que dejase el lecho. Margarita respondió que el estado de su salud no le permitía cumplir con tanta puntualidad aquellos deberes. La excusa era respetable: la dejaron, y la joven aprovechó aquella libertad para entregarse á sus reflexiones. ¿Qué le era posible hacer? Tenía forzosamente que esperar á que el Sr. Domingo hiciese algo, pues ella no podía huir del convento para ir en busca de su amante. Decidida estaba á no guardar consideraciones de ninguna clase; pero necesitaba la ocasión. Por fin dejó el lecho. Cuando fué á vestirse se encontró con que su ropa había desaparecido, y en su lugar habían puesto un hábito de novicia. Se vistió, y examinó el interior de la celda con la misma atención que el preso examina su calabozo; pero no vió nada de particular. Lo que era el interior de un convento y las costumbres de una

comunidad, ya lo sabía, y, por consiguiente, no tenía motivos para sorprenderse. Se acercó á la ventana, y vió la frondosa huerta, donde el hortelano se ocupaba en sus faenas; más allá, la tapia, que tenía bastante elevación, y luego, algunos edificios de los que se levantaban por los alrededores de los Caños del Peral.

El día estaba sereno, y el cielo transparente; la temperatura era muy agradable; el Sol brillaba en todo su esplendor. Entre la espesura del ramaje de la huerta revoloteaban los pájaros, y se percibía el dulce murmullo de las aguas de una fuente; ningún otro ruido se notaba, porque en el interior del convento reinaba la calma más absoluta. Instintivamente calculó la elevación de aquella ventana: era bastante alta, porque la huerta se encontraba á nivel mucho más bajo que el edificio. En la celda no había más muebles que la humilde cama, una mesa con un crucifijo, dos sillas y un reclinatorio, que por excepción se había concedido á la hija del Rey. Ni un libro, ni un papel, ni mucho menos nada con que fuera posible escribir.

Entretanto la Superiora, convencida de que el estado de la hija del Rey era efecto de las malas artes de Satanás, consultaba con el capellán del convento, hombre sencillo y de escasa inteligencia, á quien la Superiora le pareció que no había inconveniente en confiar el secreto que tanto importaba guardar. Más de media hora pasaron haciendo comentarios sobre aquella situación apenas concebible, y luego empezaron á discurrir sobre los medios de conjurar los grandes peligros que amenazaban, fallando sin vacilar que doña Margarita estaba endemoniada, y que, por consiguiente, debía pensarse ante todo en los exorcismos que le sacasen á la infeliz del cuerpo los malos espíritus.

Llegó el momento en que la comunidad debía ir al coro, y Margarita no pudo excusarse. Sin articular una sílaba cumplió sus deberes, mirando con ansiedad indescriptible á través de la doble rejá. Algunos fieles había en el templo; pero ninguno era su amante. Una noche había pasado allí, separada de su madre, sola unas veces y otra entre personas extrañas que no podían comprenderla, y que con la indiferencia más fría miraban sus dolores, y ya le

parecía que tuvo la duración de un siglo. Todo aquel día la dejó la Abadesa para que pudiera recobrar el sosiego. Al siguiente la llamó, y le dirigió algunas preguntas sobre su salud y estado moral. Margarita respondió con monosílabos, porque se había convencido de que no le convenía entablar discusión de ninguna clase.

—Veo con placer—le dijo la Superiora—que empezáis á reconocer mi autoridad.

—Reverenda madre—contestó la joven,—lo que reconozco es mi impotencia. No ignoráis que contra mi voluntad me encuentro aquí, y si me resigno, es porque no puedo hacer otra cosa.

—El tiempo os devolverá la calma.

—Sufro las injusticias de los hombres; pero me consuela la seguridad de que el Omnipotente me hará justicia. En cuanto á calma, me sobra, y así os lo probaré, porque las criaturas que han sufrido mucho no se dejan arrebatar fácilmente.

—Reconozco que sois digna de compasión.

—Pero no hay quien piense en aliviar mis desdichas.

—Si el alivio consiste en acceder á vuestros deseos...

—Perdonad, reverenda madre—interrumpió la joven;—pero me parece completamente inútil que hablemos de este asunto, porque jamás estaremos de acuerdo. Amo y amaré al hombre, tan desgraciado como noble, que por mí está dispuesto á sacrificarlo todo: mi padre se opone á mi felicidad; aquí me encierra, y mientras yo suplico al Omnipotente y espero mejores días, vos debéis vigilarme para poner á salvo vuestra responsabilidad. Ni os amo ni os odio: sois para mí una persona indiferente; pero si reflexionáis, comprenderéis que siempre he de miraros como el preso mira á su carcelero. Os respetaré, porque respeto merecéis, tanto por vuestra edad como por vuestro carácter religioso y vuestras virtudes; pero más no esperéis de mí. Ya veis que os hablo con tranquilidad perfecta.

—¿Y no habéis visto nunca el abismo espantoso que á vuestros pies se abre?

—Sí, el abismo de mi desdicha.

—¿No habéis comprendido que para la per-

dición de vuestra alma Satanás ha encendido en vuestro pecho esa pasión?

—Para amar hemos nacido, y nunca creí que el amor fuese obra del Diablo, pues hay mujeres muy virtuosas que aman lo mismo que yo.

—Vuestra inocencia os engaña. Tenéis muy pocos años, no conocéis el mundo, no sabéis adónde puede conducir un amor como el vuestro, y, por consiguiente, debierais dejaros llevar por quien tiene experiencia y puede conocer los peligros.

—Más de lo que han hecho, no pueden hacer.

—Rezad, pedid á Dios que os ilumine, y al fin seréis dichosa.

La joven se concretó á esperar. Pasó aquel día también. Á la mañana siguiente fué al coro con la comunidad, y miró al templo como siempre. Pronto enrojeció su rostro, mientras con desigual violencia latía su corazón: acababa de ver al Sr. Domingo Cabral colocado en sitio desde donde podía mirar al coro sin llamar la atención de los fieles, medio envuelto por la sombra que proyectaba una de las columnas que sostenían los arcos de la nave principal. Al verle se hubiera creído que era una estatua, pues no hacía ni el más leve movimiento: su mirada ardiente estaba fija en la doble reja del coro. Aunque confusamente, veía los bultos de las religiosas. Anhelante permaneció Margarita. No era menester más que mirarla para conocer su profunda agitación; empero ni la Superiora ni ninguna monja se preocupaban de la infeliz.

Terminaron los rezos. La comunidad salió del coro, y reinó en la iglesia un silencio absoluto. El Sr. Domingo Cabral no se movía: salió el sacristán, agitando y haciendo resonar un manojó de llaves, y su ruido hizo volver en sí al enamorado mancebo, que se estremeció violentamente y se dirigió hacia la puerta. Ya en la calle, se pasó las manos por la frente.

—¡Ah!—exclamó con acento indefinible.

Luego pronunció el nombre de la mujer adorada; contempló por largo rato los sombríos muros del antiquísimo convento, que ya no existe, y tomó cuesta abajo. Andaba con lentitud mirando las tapias de la huerta, examinándolas con atención profunda, como si las midiese y contase uno por uno los des-

conchados y las grietas. Sólo pudo ver las copas de los árboles, alguna ventana con celosía, y la puertecilla que había en la tapia por el lado de los Caños del Peral, puerta que servía únicamente para que entrase y saliese el hortelano. Tan absorto iba en sus ideas, que no se cuidó de ocultar el semblante. Así llegó a la hostería del honrado Crispín, sin que, por fortuna, nadie le conociese. Allí aguardaba su amigo Paredés, que al verle exclamó:

—¡Tripas de Luc! ¡Sin ninguna consideración me tenéis en ayunas, y tampoco habéis mirado que nos espera D. Lope para darnos noticias de mucho interés y para que conferencemos y adoptemos al fin un plan!

—Pues aquí me tenéis—respondió el enamorado mancebo, mientras se sentaba junto á la mesa, donde todo estaba preparado para almorzar.

—¡Ya os veo!

—Sabéis que fui á Santo Domingo.

—Y no quisisteis que os acompañara.

—¿Para qué? Mientras, podiais aprovechar el tiempo, como lo habéis aprovechado, para que el almuerzo nos preparen.

—Y con gran disgusto de maese Crispín, pues apenas me vió, empezó á temblar.

—Natural es que tenga miedo.

—Desde que entré, no hace más que mirar hacia la puerta, porque cree que ha de presentarse un ejército de corchetes y se ha de armar otra función como la que la otra noche pudo costarle muy cara. En otra hostería hemos debido almorzar, ó en casa de D. Lope; pero no pensé que aún se encuentran aquí dos de los heridos, que el Alcalde viene todos los días para preguntar cómo siguen saber si hay alguna novedad, y que, por consiguiente, cometíamos una imprudencia.

—Ciertamente.

—Otra vez seremos más cautos.

—Pocas son todas las precauciones en la situación en que nos encontramos.

—Me permitiréis que pida el almuerzo, y mientras las fuerzas recuperamos me diréis, si habéis visto á doña Margarita y lo que sentís y pensáis.



Se acercó á la ventana y miró por ella...

El Sr. Diego se acercó á la puerta y gritó:

—¡Maese Crispín, que os esperamos!

Bien pronto se presentó el hostelero, saludando muy cortésmente al Sr. Domingo y diciendo:

—¡Que Dios nos dé su protección!

—Nos la concederá, buen Crispín, porque defendemos la causa de la verdadera justicia.

—Sin embargo, el peligro es de tal naturaleza...

—¡Tranquilizaos!

—¡Que me tranquilice! ¡No comprendo cómo tenéis apetito!

—Cuidad de que el almuerzo esté bien condimentado, porque lo demás corre de nuestra cuenta.

Tristemente suspiró Crispín, y les sirvió. Los dos amigos entablaron animada conversación, de la que no tenemos que repetir más que una parte.

—Me parece—dijo Cabral—que ahora vuestra opinión y la de D. Lope será igual á la mía.

—Probablemente.

—La situación ha cambiado. Los miramientos serían nuestra perdición, y si algo hemos de conseguir, será preciso que no nos detengamos ante ninguna clase de consideraciones.

—Pero habréis de dominar vuestra impaciencia. Una cosa es avanzar resueltamente, y otra cosa es cometer locuras. Recordad vuestros consejos cuando estábamos en Nápoles, y aplicadlos ahora,

—El caso no es igual.

—Se trataba entonces de sacar á mi padre de un calabozo, y ahora, de sacar de su celda á doña Margarita. ¿Qué diferencia encontráis? Me parece que no hay ninguna entre meterse en el castillo del Ovo ó en el convento de Santo Domingo el Real. Quizás esta empresa sea más fácil en un sentido; pero en otro presenta mayores dificultades.

—No lo niego.

—Sin contar con que entonces nadie se preocupaba de nosotros, y ahora se preocupan demasiado, nos persiguen, y no podemos dar un solo paso sin arriesgar la vida.

—¿Y qué deducis de todo eso?

—Lo que antes os he dicho: que conviene que dominéis vuestra impaciencia.

—La dominaré; pero ante todo es preciso que tracemos un plan, pues con propósitos de hacer no se hace, ni con estas consideraciones, por prudentes y acertadas que sean, hemos de sacar del convento á Margarita.

—Todo depende de la situación. ¿Qué ha determinado el Rey? ¿Está ya libre D. Juan de Haro? Sin saber eso, nada podemos decidir.

—Lo sabremos muy pronto.

—Pues entonces determinaremos, de acuerdo con el señor de Santisteban.

—Quizás en estos momentos se encuentre más comprometido que nosotros.

—¡Si tal sucediese—dijo el Sr. Diego,—os juro que todo me parecería poco para vengarle!

—¡Á nadie, ni al Rey, respetaría yo si una injusticia se cometiese con el hombre generoso á quien tanto debo y que tantos beneficios hizo á mi noble padre!

—Sr. Domingo, al entregarnos á ideas desconsoladoras y al hacer suposiciones tristes, y que quizás son absurdas, cometemos la mayor de las torpezas. Aquí hemos venido para almorzar, y debemos hacerlo con la tranquilidad y alegría posibles, pues de otro modo, ni recobramos las fuerzas de que quizás necesitemos muy pronto, ni se despejará nuestra inteligencia. Tan preocupado estáis y de tan mal humor, que ni siquiera habéis probado el vino. ¡Vive el Cielo! ¡Si el amor os abrasa, templad vuestros ardores con este jugo delicioso, porque mortificando nuestro cuerpo no hemos de remediar nuestras desdichas!

Y esto diciendo, Paredes llenó su vaso y bebió con el garbo que de costumbre tenía, imitándole Cabral. Ambos se animaron muy pronto, si bien la mirada del Sr. Domingo era siempre sombría.

—Escuchad—le dijo el Sr. Diego.

—Otra cosa no te go que hacer.

—En mi opinión, la fortuna nos favorece, y no tenemos motivo para decir que somos desgraciados. Hace pocos días estábamos peor que ahora, mucho peor, porque no se había inutilizado el más terrible de nuestros enemigos.

—Sí, ya no puede engañar al Rey; pero si en libertad se le deja...

—¿Qué ha de hacer?

—Mucho, puesto que no ha renunciado á la satisfacción de sus deseos. Conoce el lugar donde se encuentra Margarita, y si grandes dificultades tiene que vencer para llegar hasta ella, no menos serán las que nosotros encontraremos.

—Ése miserable no cuenta con la voluntad de doña Margarita, como nosotros contamos.

—Éro tiene una ventaja muy grande, pues

si la libertad se le devuelve, le dejarán tranquilo, mientras que á nosotros nos perseguirán á todas horas y en todas partes.

—Por de pronto, y aunque sea con riesgo de nuestra vida, libres andamos por donde se nos antoja.

—Pronto nos veremos obligados á vivir como las aves nocturnas.

—¿Y qué nos importa, si en pleno día no hemos de ir al convento?

—Otras muchas cosas podríamos hacer.

—Las hará D. Lope.

—Hará lo que le permita su situación.

—Sr. Domingo, veo que hacéis lo posible para desconsolaros.

—Y vos, para entregaros á ilusiones que se desvanecerán muy pronto.

—Ya me conocéis.

—Sí; tenéis la facilidad de creer que siempre ha de suceder lo que os conviene.

—Así no sufro sino cuando me cae encima la desgracia. ¿Por qué he de mortificarme ahora? ¿Acaso sabemos lo que ha de suceder? Igualmente posible es que dentro de algunas horas nuestra desgracia no tenga remedio, ó que seamos completamente dichosos. Pues si Dios tiene dispuesto que seamos felices, ¿por qué hemos de mortificarnos con temores imaginarios. ¡Bebed, Sr. Domingo, bebed, que el vino da fuerzas al cuerpo y alegra el alma!

Terminado el almuerzo, salieron de la hostería y se encaminaron á la calle de Don Pedro.

Entretanto D. Juan estaba en el lecho y conferenciaba con Lucas. La salud del caballero se habia quebrantado seriamente; pero sus fuerzas habian disminuido mucho, y necesitaba que se repusiesen con el reposo del cuerpo y la tranquilidad del espíritu. Como gran fortuna debia considerar el verse libre después de haber estado en peligro de ir á consumir su existencia en un calabozo del Alcázar de Segovia; pero entretanto Margarita se encontraba en el convento, y libre también el Sr. Domingo Cabral, aunque le buscara la justicia, y más libre y con muchos recursos D. Lope de Santisteba.

—Lucas—decía D. Juan,—yo no podré dejar la cama en dos ó tres días, y como los minutos son preciosos, debes aprovecharlos.

—Descuidad, porque este asunto no tiene para mí menos interés que para vos.

—Ya lo sé.

—No penséis en nada desagradable, porque es preciso que se repongan vuestras fuerzas. Para hacer averiguaciones—repuso el escudero,—no necesito ayuda. Además, es muy poco lo que en estos momentos podemos hacer.

—¡Poco!...

—Sabemos donde se encuentra doña Margarita.

—¿Y Cabral?

—La justicia le persigue, lo mismo que á Paredes, y nosotros los perseguiremos también; pero bien comprendéis que con la protección de D. Lope les será fácil ocultarse.

—Si consiguiésemos averiguar dónde tienen su guarida los dos miserables hidalgos...

—No pierdo la esperanza, señor.

—Son hábiles y astutos.

—Pero han de ir á los alrededores del convento, los hemos de ver algún día, y...

—Comprendo.

—Á Dios gracias, no tenéis más enfermedad que el cansancio, y pronto recobraréis el vigor.

—¡Bien lo necesito!

—Dejadme, pues, que yo haré lo que convenga.

—¡Si pudiera matar á D. Lope!... ¡No puedes comprender hasta qué punto he llegado á odiarle!

—Yo también, porque se ha burlado de mí.

—Mientras viva, nada conseguimos.

—Por eso morirá, os lo juro; pero esa empresa no puede realizarse tan pronto como desearíamos.

D. Juan se revolvió en el lecho para cambiar de postura; exhaló un gemido, y cuando se hubo acomodado como mejor le fué posible, dijo:

—No ignoras, Lucas, hasta qué punto me trastorna la pasión encendida en mi pecho por doña Margarita. Pues bien; si me diesen á elegir entre la posesión de esa escritura ó la muerte de D. Lope, quedaria perplejo, sin saber qué decidir. No es posible comprender lo que sufro con sólo pensar que ese hombre está en el mundo.

—Puesto que ese odio sentís, comprenderéis el mío. Pero el deseo no basta, ni es tam-

poco bastante la voluntad. Parece que don Lope no se guarda, y, sin embargo, sería más fácil matar al Rey que matarle á él.

—¿Qué privilegios tiene ese hombre?

—No lo sé; pero es lo cierto que siempre ha triunfado, y es también la verdad que se ha encontrado en situaciones bien difíciles. Dice que esos milagros los hace con la tranquilidad de su conciencia; pero sobre este punto ya conocéis mis opiniones.

—Ello es que la fortuna se ha declarado su protectora. Al devolverme la libertad el Rey, dijo que quería escucharme por si algo tenía que decir en mi defensa; pero apenas nombré á D. Lope me mandó callar, advirtiéndome que las acusaciones contra otro no podían justificar mi proceder. Luego me recordó que debe la vida á su antiguo paje, y que, por consiguiente, no puede permitir que en su presencia le acuse nadie.

—¡Cosa extraña!—dijo el escudero.

—Sí, la gratitud de un rey...

—¡Es un ejemplo bien raro, señor!

—Pero resulta positivamente que se encuentra en terreno muy firme, y que si le acusásemos, nos colocaríamos en peor situación.

—Señor, os diré lo que me parece más acertado. Debemos preocuparnos exclusivamente de doña Margarita; y como nuestros enemigos trabajan en el mismo asunto, nos encontraremos más de una vez en las cercanías de Santo Domingo el Real. Nos prevendremos oportunamente, y más ó menos tarde se nos presentará ocasión para descargar el golpe. Cabral, como buen enamorado, cometerá mil locuras, irá más de una vez á contemplar las paredes del convento y á suspirar lánguidamente; y si nosotros estamos prevenidos á todas horas, será fácil...

—¡Entiendo, entiendo!

—Y el día que Cabral desaparezca...

—¡Ah! ¡Ese día me consideraré el más feliz de los hombres!

—No serán grandes las ventajas que nos proporcione la desaparición del rival odioso; pero, en cambio...

—Así podré tener la seguridad de que suya no será Margarita, y si mía tampoco llega á ser, podré resignarme.

—Ahora no es posible que tracemos un plan, pues necesitamos antecedentes, que han de ser como la luz que nos guíe en el nuevo camino.

—Lucas, en ti he depositado mi confianza y tengo ciega fe en tu lealtad, á pesar de lo que has hecho.

—Si os referís á lo de haber ido á casa de D. Lope para ofrecerle la revelación del secreto, debierais haber comprendido que lo que deseaba era ponerme en relaciones con él, inspirarle confianza, y...

—¡No hablemos más de este asunto!

—Dejadme en libertad completa, y estad seguro de que si no llevo á triunfar, moriré. Debéis recordar que si no sois dueño de la hermosura de doña Margarita, la culpa es vuestra, de vuestros escrúpulos.

—¡Es verdad!—dijo tristemente el señor de Haro.

—La experiencia nos ha dado lecciones muy provechosas.

—Y no las olvidaré.

—Ahora que á todo estáis decidido y que ante nada os detendréis, triunfaremos.

Seguro ya de que nada tenía que temer, Lucas salió para dar principio á sus averiguaciones. ¿Y qué hacía el señor de Santisteban? De éste es muy poco lo que tenemos que decir. Aquella mañana, y á la hora que conveniente calculó, fué á la morada real, diciendo á Gil:

—Tú te quedarás, porque han de venir Cabral y Paredes: si no he vuelto cuando lleguen, me esperarán.

—Me parece que cometen una locura, y perdónadme la observación.

—No te equivocas; pero será la última.

El Monarca le recibió con palabras más agradables que nunca, y le dijo:

—Tu consejo ha sido para mí muy provechoso.

—Me felicito, señor.

—Ayer tarde dispuse que de su encierro sacasen á D. Juan de Haro.

—Así se encuentra Vuestra Majestad libre de ese cuidado.

—Le otorgué además la gracia de escucharle para que se defendiera; pero en vez de ofrecer pruebas, siquierapara atenuar sus crímenes

nes, quiso hablar de ti para acusarte y convencerme de que eras tan criminal como él.

D. Lope se encogió de hombros y dijo con calma:

—Curiosidad tengo de conocer la calumnia.

—Pues con la curiosidad has de quedarte.

—Si Vuestra Majestad no quiere darme á conocer las palabras de D. Juan...

—No puedo, porque no quise escucharle; y además le advertí que en mi presencia no debía nadie hablar mal de ti, porque poner en duda tu lealtad, es ofenderme.

—Señor...

—Esto no debe sorprenderte.

—No me sorprende; pero es una prueba más del cariño con que Vuestra Majestad me honra, y, por consiguiente, un motivo más para mi gratitud.

—También he visto que no exagerabas en cuanto á lo que ese hombre debe de sufrir, y creo que si permanece tres ó cuatro días más en las cuevas, hubiera muerto. Quizás la muerte sería su mayor fortuna, pues, si no está verdaderamente arrepentido, cometerá más de una locura, y tarde ó temprano sufrirá el castigo que merece. He sido clemente una vez; pero no podría serlo dos, porque toda mi fuerza moral desaparecería, y porque, alentado, se lanzaría más ciego que nunca en el camino del crimen, y Dios sabe lo que podría suceder.

—Seguro estoy de que D. Juan de Haro ha de pagar sus culpas algún día; pero entretanto, ¿qué será de sus inocentes víctimas?

—Te contradices, Lope.

—No sé en qué consiste la contradicción.

—Si crees que aún puede hacer mucho mal ese hombre, ¿por qué me aconsejas que le deje en libertad?

—Por las mismas razones que pedí gracia para doña Leonor de Maldonado y para otros criminales, y, sobre todo, porque quiero probar hasta la evidencia que no soy rencoroso, que no quiero vengarme, que perdono de todo corazón á mis enemigos. Como tengo la conciencia tranquila, no siento ningún temor; pero esto nada tiene que ver con lo que me interesa la suerte de la noble hija de Vuestra Majestad.

—Aprovechas todas las ocasiones para inclinarme á lo que es imposible. Si mi hija no

se hubiera enamorado, aún tendría remedio su desgracia; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo. Para que te convenzas, supón que decido casar á mi pobre hija con un hombre que a merezca, tanto por la nobleza de su cuna como por la de su alma. ¿Qué sucedería?

—Doña Margarita no se casará con un hombre á quien no ame verdaderamente; y como ya está enamorada del Sr. Domingo, no puede dar á otro su corazón.

—Pues no me queda más que un recurso, no hay para ella más que un camino, porque no he de dejarla sola en el mundo. Ella misma se encerraría en un convento el día que se convenciéra de que sus aspiraciones no habian de realizarse.

—Pero de eso no ha de convencerse mientras viva el hombre á quien ama.

—El rey soy, y, sin embargo, no puedo reabilitar el nombre de Cabral, condenado, declarado envilecido por una sentencia de los tribunales de justicia. Quizás ese desdichado tenga un alma muy noble; pero está deshonrado para el mundo, y no he de darle por esposa á mi hija. Con tu influencia puedes conseguirlo todo; pero en este asunto no he de cambiar de resolución.

—Callo, pues.

—Monja será mi hija.

—Sí; monja será, si en lo humano hay fuerza para obligarla á pronunciar los sagrados votos.

—Eso no ha de conseguirse con la fuerza, sino con el tiempo y las circunstancias.

—Veremos quién se equivoca.

—Hablemos de D. Juan.

—Ya está libre y sin condiciones. Le tenemos, pues, otra vez en campaña.

—Si á molestarte se atreve...

—Á mí no, ni tampoco me quejaría; pero en cuanto á doña Margarita...

—¡Desdichado del que piense en ella!

—Señor, forzosamente ha de pensar el señor Domingo.

—La justicia le persigue.

—También persiguió al *Escudero de Santánas*.

—Como aquel hombre no hay otro.

—No debemos olvidar lo que en Nápoles han hecho los dos hidalgos.

—Á pesar de todo eso, caerán en poder de la justicia: entonces viviré completamente tranquilo, y casi me consideraré feliz, todo lo feliz que una criatura puede ser en la vejez. Compréndelo bien, mi querido Lope: quiero ante todo tranquilidad de espíritu, calma absoluta, y para conseguirlo soy capaz de todo. No puedes comprender el valor del sacrificio que tuve que hacer la otra noche para presentarme á la desdichada que por mí olvidó sus deberes. ¡Cuántos recuerdos se agolparon á mi mente! ¡Cuántos remordimientos me destrozaron el alma! Digo que soy débil; pero no, porque fuerte, muy fuerte debo de ser cuando pude soportar aquellas rudas conmociones. Alguna vez me pareció que en los ojos de Sor Margarita brillaba aún el fuego de su antigua pasión, fuego quizás oculto, pero no extinguido; oculto á costa de esfuerzos que apenas se conciben. Y para que nada faltase, cuando creía encontrarme con una anciana, débil como yo, desfigurada por la mano implacable del tiempo, me encontré con una mujer hermosa, más hermosa que cuando encendió mi pecho; con formas admirables, con encantos poderosísimos, con atractivos irresistibles, provocativos los labios, aunque contra su voluntad; fascinadores los ojos, donde se ven las llamaradas de un espíritu ardiente, vigorosísimo, y...

El Monarca se interrumpió, porque apenas podía respirar. Parecía otro: relumbraban sus pupilas; sus manos temblaban. D. Lope no se atrevió á pronunciar una palabra, porque sabía que en aquellos momentos podía ser peligroso arriesgar ninguna observación.

—¡Ah!—exclamó el Rey después de algunos momentos.—¿Por qué no me ha dicho nadie que esa infeliz estaba más hermosa que nunca? Me hablan de lo que puede mortificarme, pero no de lo que me conviene. Á ti puedo decírtelo todo, mi querido Lope, y no te ocultaré que sentí en la sangre un calor desconocido hace mucho tiempo.

—Lo concibo, señor.

—¡Es verdad! Me comprendes sin que yo me explique. Conseguí dominarme; pero ¡á cuánta costa! Y luego, cuando en los negros ojos de Margarita no veía las llamaradas de su pasión criminal, veía el alma de la madre, el alma destrozada, angustiada mortalmente,

porque la separaban de su hija, le arrebatában cruelmente el testimonio, el fruto de su amor, ¡el alma de su alma! ¡Pobre mujer! ¡Pobre madre! Y yo tenía que mostrarme indiferente, frío, despiadado; tenía que representar el papel de hombre sin corazón, sin conciencia, el papel horrendo de verdugo.

—Esos recuerdos...

—No sé si me hacen mal; pero, de todas maneras, los evoco para hacerte comprender que el sacrificio ha sido demasiado grande, y no es posible que me resigne á que sea estéril. ¿He de renunciar á mi tranquilidad, cuando la pago tan cara? No, Lope. Y de los sufrimientos de esa noche terrible es la causa D. Juan de Haro, porque sin su traición, sin sus crímenes, yo no hubiera tenido necesidad de ir al convento. Ya te lo he dicho: una vez le he perdonado; pero no podré hacer lo mismo la segunda. ¿Y qué habrá pensado la pobre Margarita de mí? ¿Cómo me juzgará?

—Tiene sobrada inteligencia, y...

—La mujer puede perdonármelo todo; pero la madre no me perdonará—dijo tristemente el Monarca.

Y como si desaparecieran sus fuerzas instantáneamente, exhaló un penoso suspiro, casi un gemido, inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

—Señor—dijo D. Lope,—no me atrevo á manifestar mi opinión.

—La adivino—murmuró el Rey.—Crees que todos estos sufrimientos me los hubiera evitado permitiendo que mi hija se casase con Cabral.

—Me parece que...

—¡No, no!

—Yo desearía desentenderme de este asunto.

—Es imposible, á menos que me prive del consuelo de estos desahogos, puesto que con nadie más que contigo puedo hablar de este asunto.

—Mucho me honra siempre Vuestra Majestad.

—Tengo frío—interrumpió Felipe IV.—Pon más leña. ¡Triste vejez!

—¡Triste vida, señor!

—No en la juventud.

—Siempre es la lucha, las esperanzas que

nos alientan, y los desengaños que amargan el alma.

—Y después de todo, la muerte...

—El principio de otra vida eterna.

Aún permaneció D. Lope más de una hora en la cámara. Si alguna esperanza pudo alentar de que el Rey cambiara de resolución, acababa de perderla. No le quedaba más recurso que la lucha sin miramiento alguno y arrojando todos los peligros. Pocas veces volvía á su casa el caballero tan preocupado. Ya sabemos que le aguardaban Cabral y Paredes.

CAPÍTULO XXIII

Lo que trataron D. Lope y sus amigos.

D. Lope miró el rostro de Cabral, y éste el de aquél, como si cada uno de ellos quisiese averiguar lo que el otro pensaba ó sentía. Ambos hicieron un gesto de disgusto. Paredes los miraba á los dos, y sonreía con expresión irónica.

—Estáis mal dispuesto—dijo el señor de Santisteban al Sr. Domingo.

—Y vos no me traéis noticias que puedan ponerme de mejor humor.

—No; pero tampoco sucede nada de particular, nada que deba ser considerado como una nueva desgracia.

—Estáis preocupado como nunca os he visto.

—Eso consiste en que desde que salí del Buen Retiro he tenido que cavilar mucho.

—Caballero—dijo Paredes,—si á mal no lo lleváis, os haré una súplica, y me permitiré un rasgo de vanidad.

—Decid.

—Dadnos cuenta sencillamente de lo que pasa, para que nos sea posible apreciar la situación: ó más bien, para que yo la aprecie, pues creo que ahora mi cabeza es la que está más despejada y mi ánimo el que está más sereno, y tal vez me sea posible discurrir con más claridad y acierto que vosotros. Esto, repito, es pura vanidad; pero...

—No os equivocáis: en estos momentos vos ó Gil valéis más que nosotros. No está mi es-

piritu completamente tranquilo, y con mi agitación no tienen que ver los temores de lo que pueda suceder, pues la causa es mi manera de sentir. Acabo de ver algo que me desagrada mucho: sufrir al Rey como pocas veces sufre una criatura; y al contemplarle dominado por debilidades que apenas se conciben, se han agolpado en mi mente las ideas más tristes, y contra mi voluntad he tenido que entregarme á las reflexiones más desconsoladoras. Trementas han sido las debilidades de Felipe IV; pero os aseguro que sobradamente castigado está. Mucho nos hace sufrir; pero á costa de grandes sufrimientos suyos: no lo dudéis, merece compasión como pocas criaturas.

—Vos le amáis—dijo Paredes.

—Sí; le amo, á pesar de todo.

—Pues yo no puedo olvidar lo que con sus extravíos, sus abusos y su egoísmo ha hecho sufrir á mi honrado padre. Como noble pagáis los beneficios que habéis recibido del Monarca; pero yo, como buen hijo... Si me he salvado del abismo del crimen, ha sido por casualidad, porque Dios ha querido hacer un milagro, porque las circunstancias lo han dispuesto así; pero, de todas maneras, jamás seré un hombre como vos ó como el Sr. Domingo Cabral, y privado me veré toda mi vida de ciertos goces tranquilos y puros. Porque ya no puedo sentir como vosotros, sentir como hubiera sentido si no me viera privado de mi padre. ¡Dios perdone á Felipe IV, porque yo no soy bastante virtuoso para perdonarle! ¿Decís que sufre mucho? ¿Qué me importa? Para que supieseis lo que es sufrir, era menester que con nosotros hubieseis venido á Nápoles y penetrado en el calabozo donde por espacio de diez y seis años gimió mi padre infeliz; era menester que le hubieseis visto sin conciencia ya, ni aun de su propia existencia, y...

—¡Basta, Sr. Diego!

—¡Tenéis razón, no podéis escucharme!

—Me lo prohíben sagrados deberes.

—Sepamos lo que pasa.

—Aunque muy débil—repuso el señor de Santisteban,—conservé un resto de esperanza de que el Rey cambiase de resolución. Esa última esperanza ha desaparecido, y, por consiguiente, no nos queda más que un camino: la lucha.

—¡Lucharemos—dijo enérgicamente Cabral, —y si no queréis seguirme, yo lucharé solo hasta triunfar ó morir!

—¿Y D. Juan?—preguntó el Sr. Diego.

—En libertad completa desde ayer tarde; una libertad sin condiciones.

—¿De manera que puede permanecer en Madrid sin que haya motivo para acusarle?

—Sí.

—Y libre se encuentra también su escudero.

—Lo mismo que su señor.

—¡Pues me alegro!—dijo Paredes.

—¡Y yo también—añadió el Sr. Domingo,—porque no quiero que ese miserable vaya á morir á una prisión de Estado!

—¿Le mataríais de muy buena gana?

—¡Sí!

—Pero no habéis pensado que es muy difícil hacerlo así. Si provocáis á D. Juan, os responderá que el motivo de vuestra querrela desapareció, porque ya no se preocupa de doña Margarita; y cuando un hombre se empeña en no batirse, es preciso dejarle, porque para matarle sería preciso lo que vos no habéis de hacer.

—Ciertamente; pero...

—Atengámonos á los hechos, á lo positivo. D. Juan de Haro está libre, y libre su escudero, que le ayudará más de veras que nunca, y que es un desalmado que puede hacer mucho, según lo ha probado ya.

—Nosotros no tenemos más libertad que la que queramos ó podamos tomarnos.

—La justicia os busca sin descansar un instante; los esbirros secretos del Ministro trabajan sin descanso con el mismo fin. Os persiguen, y á todas horas el último corchete puede poner os las manos encima.

—La situación de D. Juan es, por consiguiente, mucho mejor que la nuestra.

—En cierto sentido. Puede presentarse á todo el mundo sin ningún temor, mientras que nosotros tenemos que ocultarnos. En eso consiste su ventaja; pero, en cambio, contáis con mi ayuda y con la de Gil.

—Yo estoy dispuesto á todo; ya os lo he dicho.

—Yo, también—añadió Paredes.

—Y yo—repuso D. Lope—no tengo para qué

guardar ahora cierta clase de consideraciones ni miramientos.

—Pues sólo falta que tracemos un plan, y que inmediatamente lo pongamos en ejecución.

—Ni á D. Juan de Haro ni á Lucas podemos amenazarlos como antes, puesto que sus crímenes están ya descubiertos, y ningún valor tendrían nuestras acusaciones.

—En cambio, él...

—Ha intentado acusarme, pagando así la libertad que me debe.

—¡Miserable!...

—Pero su intento ha podido costarle muy caro, porque no solamente no quiso escucharle Su Majestad, sino que le prohibió que hablara de mí.

—Eso no significa más sino que por de pronto os habéis salvado.

—No creáis que sobre ese punto me forjo ilusiones. En su estado de debilidad, el Rey cambia de opinión cada minuto; y si ayer no quiso escuchar á D. Juan, puede suceder que le escuche otro día, así como unas veces tiene en mi lealtad ciega fe, y otras desconfía, se muestra reservado y se guarda de mí como de su mayor enemigo. No olvido nada de esto; pero no me detendré.

—Hemos principiado por buscar sitio donde vivir ocultos y en condiciones de defendernos en caso de ataque; pero no hemos encontrado ninguno.

—Hace quince años se preocupó mucho la justicia de la casa de la calle de Segovia, y aunque duda no quedó de que allí se ocultaba el hombre misterioso á quien todos conocían por el *Escudero de Satanás*, como desapareció sin que se hayan vuelto á tener noticias suyas, como casi se le ha olvidado, nadie piensa ya en ese edificio, que si llama la atención de alguien, es porque aún lo miran con terror los supersticiosos vecinos de aquellas cercanías.

—Por de pronto, y mientras esos vecinos llegan á tener ocasión de hacer observaciones que puedan perjudicarnos, debemos considerarnos seguros.

—En cuanto á la casa de la plazuela del Alamillo, nunca llegó á ponerse bien en claro que estuviese en comunicación con la otra, y, por

consiguiente, allí nadie ha de fijar la atención. Sin embargo, para evitar toda ocasión de comentarios y observaciones, debemos preveniros. No hay nada tan peligroso como la curiosidad, porque no hay nada tan insaciable; nada tan ingenioso, tan astuto y que esté dotado de tanta constancia, de tanta paciencia y de tanto valor. Sobre todo, la curiosidad de los vecinos es la más temible. Conviene que nadie vea en vosotros nada que á misterio huela, porque si algo viesen misterioso, la curiosidad se despertaría, y Dios sabe lo que podría suceder.

—Estamos de acuerdo.

—Bien podéis ser dos hidalgos que por cualquiera razón os habéis establecido en Madrid, que no tenéis parientes, ni apenas amigos, que vivís decorosamente con vuestras rentas, que os recogéis temprano como hombres de buena conducta, y que salís á dar un paseo y á cumplir vuestros deberes religiosos. Habéis traído á Madrid una antigua criada, mujer sencilla, atenta con todos y que no tiene intimidad con nadie; franca, sin ser habladora ni demasiado expansiva, y que no tiene inconveniente en dar razón á todo el mundo de la vida que hacen sus amos. Ella cuida del interior de la casa y es para vosotros como una madre, y tenéis además otro criado que á todas horas se deja ver, y que tampoco hace ningún misterio.

—Esas dos personas...

—He de proporcionáros las yo. Así no tendréis necesidad de salir para comer en una hostería, arrojando peligros que en ningún caso pueden ofrecer ventajas. Durante el día, y con raras excepciones, permaneceréis en vuestra vivienda, aunque vuestros criados dirán que habéis salido, y cuando cierre la noche, á la hora convenida, saldréis, ya por la calle de Segovia, ya por la plazuela del Alamillo, según convenga.

—No necesitamos más explicaciones.

—Pues si de acuerdo estamos sobre este punto, trataremos de lo demás. Ante todo, es preciso que con Margarita nos pongamos en comunicación, y por conseguir esto hemos de trabajar todos y hacer todos los esfuerzos imaginables.

—Soy de vuestra opinión—dijo Cabral,—

porque nada conseguiremos si antes no estamos de acuerdo con Margarita.

—¿Y cómo hemos de conseguirlo?—dijo Paredes.

—Hay varios medios: el del soborno de los dependientes de la comunidad; es decir, el demandadero, el hortelano, el sacristán...

—Por de pronto—interrumpió el Sr. Domingo,—yo acudiría á otro medio, pues aunque no nos sirva más que para una vez, será bastante.

—Supongo que os referís á lo que teníais pensado cuando doña Margarita se encontraba en el convento de San Plácido.

—Sí.

—No me parece mal.

—Según mis observaciones, en Santo Domingo será más fácil poner en práctica aquel plan, porque así lo permite la disposición particular del coro.

—Y después—dijo Paredes—que una carta se haya conseguido hacer llegar á manos de doña Margarita, ¿qué haremos para enviarle otras y lo que pueda necesitar?

—Eso más fácilmente podrá combinarlo ella.

—D. Lope, me parece que nada perderíamos por trazar un plan y proponérselo.

—Si vos tenéis alguno, sepamos.

—Tened en cuenta que doña Margarita ha de necesitar con qué escribir, y tal vez le convenga tener dinero. Pues bien; cartas y cuanto se nos antoje podemos arrojar desde la calle al interior de la huerta, y ella puede enviar las contestaciones por el mismo medio. Á la huerta podrá ir durante el día, y recogerá lo que nosotros hayamos echado la noche anterior.

—Si antes no lo ha recogido el hortelano.

—Reconozco que el resultado depende de una casualidad; pero nada podremos hacer sin arrostrar esta clase de peligros.

—Durante el día no podrá doña Margarita enviarnos la contestación desde la huerta.

—¿Y no podrá de noche echar sus cartas á la calle por los agujeros de alguna celosía?

—Eso es lo que no podemos adivinar, y ha de decirnos doña Margarita.

—Quizás ella misma no lo sepa hasta que conozca bien el interior del edificio.

—De todas maneras, nada perderemos con

proponerle este plan y los demás que se nos ocurran, advirtiéndole que atenta debe estar á todas horas, muy particularmente con los dependientes de la comunidad, por si conseguimos que alguno quiera servirnos.

—Por mi parte, apruebo lo que proponéis —dijo D. Lope.

—Y yo —añadió Cabral.

—¡Pues manos á la obra! Hoy mismo escribiré una carta para Margarita.

—Y desde mañana, aunque mucho arriesguéis, iréis á la iglesia de Santo Domingo á todas las horas que abierta está. Cuando doña Margarita note que al templo vais con frecuencia, irá al coro, no solamente á las horas en que reza la comunidad, sino á otras, y así debe presentarse pronto una ocasión para que por la reja introduzcáis vuestra carta.

—¡Pronto será!

—Yo os acompañaré.

—¿Con qué fin?

—Primeramente no quiero dejaros solo en los momentos en que corréis un peligro, y, además, es posible que mi ayuda necesitéis.

—También irá Gil —dijo D. Lope,—y allí estará como si no os conociese, pues si os sucede alguna desgracia, convendrá que inmediatamente me traiga la noticia.

No podían en aquellos momentos hacer más, pues sin ponerse en comunicación con doña Margarita no había medio de trazar plan alguno con seguridad. Ella era la que debía apreciar los inconvenientes ó las ventajas de lo que se propusieran hacer los dos hidalgos, pues todo dependía de la clase de vigilancia que se ejerciera, de las costumbres de la comunidad, y hasta de la distribución interior del edificio. D. Lope prometió que aquel mismo día quedaría instalada la sirvienta en la casa de la plazuela del Alamillo, y que llevaría las instrucciones necesarias para no cometer ninguna torpeza.

En cuanto al criado, ninguno tenía las condiciones de Gil; pero éste ofrecía el inconveniente de ser ya conocido por el escudero. No le faltaba á D. Lope un criado leal de quien disponer, y se convino en que Gil quedase donde estaba y otro fuese á la casa misteriosa. Así contarían también con un nuevo auxiliar, y siempre serían cinco en vez de cuatro. Los

hidalgos se dispusieron á salir; D. Lope aconsejó nuevamente la calma al enamorado haciéndole comprender que una imprudencia podía ser causa de la perdición de todos, y se despidieron, prometiendo Cabral dominarse.

Recatándose el semblante tomaron hacia San Andrés, para meterse en las estrechas calles de la Morería. Nadie se fijó en ellos, porque su aspecto nada tenía de particular. Llegaron á la plazuela del Alamillo, y entraron en la casa, que se encontraba lo mismo que en otro tiempo, pues D. Lope y su esposa no permitieron que nada se cambiase, porque para ellos aquel lugar era un santuario de recuerdos de ternura y de dolor.

—¡Vive el Cielo! —exclamó el Sr. Domingo. —¡En este sitio cometió D. Lope de Santisteban las mayores locuras, fué imprudente hasta el último grado de la imprudencia, perdió la calma, se dejó arrebatar, y ahora me aconseja la prudencia, y dice que nos perderemos si hago lo que él hizo! ¿No piensa que amo como él amó? Y si mi situación es la misma, si los mismos son mis sufrimientos, claro es que, á pesar de todas las conveniencias, he de hacer lo que él hizo.

—Sr. Domingo —dijo Paredes,—me parece que estáis perdiendo lastimosamente el tiempo en hacer en esos comentarios. ¿Qué nos importa lo que hizo D. Lope, ni lo que sucedió ni pudo suceder? Pensemos en lo presente, y de lo pasado no nos acordemos sino por lo que pueda sernos provechoso.

—Ahora nada tenemos que hacer.

—Veréis cómo busco distracción agradable. Mientras sorbo á sorbo apuro el contenido de una de esas empolvadas botellas que veo en este armario, y que en otro tiempo debieron de servir á D. Luis de Vargas y á su hija, podremos calentar el estómago para que bien preparado esté á la hora en que D. Lope tenga por conveniente enviarnos el socorro de algún alimento.

—¡Pues bebamos!

Abrió el Sr. Diego un armario muy grande, donde, entre otras muchas cosas, había varias botellas de añejo vino, copas y otras vasijas; destaparon una, prepararon dos copas, se despojaron de capas, sombreros y espadas, se sentaron descuidados, y alegremente brindó el

Sr. Diego, mientras distraído bebió el Sr. Domingo, y hablaron animadamente. De pronto interrumpiéronse.

—¡Cuernos de Lucifer!—exclamó Paredes. Cabral arrugó el entrecejo.

—Me parece—dijo—que...

—¡No lo dudéis, ruido ha sonado dentro de esta casa! ¡Por Dios vivo!

—¡Fuego de Satanás!

—¡Suenan pasos!

—¡Pues que Dios tenga piedad del que en esta casa se ha metido!

No era tiempo de hablar, sino de hacer lo que convenía. Pusiéronse en pie, desvainaron las espadas, y se colocaron á los dos lados de la puerta, inmóviles, con la mirada fija y el oído atento. No se habían equivocado, pues ruido de pasos resonaban en el inmediato aposento. No parecía que quisiera recatarse la persona que en la casa había entrado y que se acercaba. Cuando estuvo próxima á la puerta, percibióse hasta su respiración, que parecía indicar la fatiga. Por fin llegó y abrió. Vieron el bulto los hidalgos, extendieron los brazos, y presentaron la punta de las espadas.

—¡Mil rayos!—gritó Paredes con voz de trueno.

Al mismo tiempo resonó un grito destemplado, grito de sorpresa y de pavor, y otro ruido, el de un cuerpo al caer, y además el que producen al romperse objetos de porcelana y cristal. Lo que sucedió entonces apenas tiene explicación; pero todo fué cosa de un instante.

—¡Quieto!—exclamó el Sr. Domingo, para evitar que su compañero arremetiese contra la persona que había llegado.

—¡Que el Infierno me trague!...

—¡Dios misericordioso!—exclamó la pobre mujer que junto al umbral estaba.

Porque era una mujer como de cincuenta años, robusta, colorada y de aspecto rudo. Iba con un gran cesto, donde llevaba muchas y muy buenas provisiones de boca, botellas y otras vasijas. Al ver á los dos hidalgos con

las espadas desnudas y como amenazando atravesarla de parte á parte, aturdida por el espanto, dejó caer el cesto, esparcióronse las viandas, rompiéronse algunas botellas, y formó arroyos el vino, que mejor empleado estuviera en calentar el estómago. Era la criada que debía servir á los hidalgos. Como al darle instrucciones las más minuciosas le dió el señor de Santisteban una llave de la casa, pudo entrar sin dar ningún aviso.

—¡Vive Dios!—exclamó Cabral.— ¡Hemos representado el más ridículo papel!

—Si aquí se encontrase Gil, se burlaría de nosotros.

—¿Pues no sabiais que yo habia de venir?—preguntó la criada.

—Como no habéis llamado...

—¿Y para qué, si una llave me ha dado mi noble señor?

—Perdonad; pero al oír ruido...

—¡Buen susto me habéis dado, pues al ver las espadas creí que me moría!

—Lo peor del caso—dijo Paredes—es lo que se ha perdido. ¡Mirad esos capones cebados, ese pastel, ese vino, que corre como si agua despreciable fuera; y mientras que en tan la timoso estado se encuentran esas exquisitas viandas, nuestros estómagos nos atormentan sin compasión por falta de alimento!

—Descuidad—respondió la criada,—que no ha de faltarnos de comer, pues lo que se haya perdido se repondrá inmediatamente.

—¿Cómo os llamáis, buena mujer?—preguntó Paredes.

—Feliciana.

—¡Pues que Dios os haga feliz!

Dejaron las espadas los hidalgos, bebieron para tranquilizarse, y Paredes acabó por reír de la mejor gana, burlándose del ridículo papel que habían representado al acometer con las espadas y tan furiosamente á la pobre mujer, que lo arregló todo con prontitud y bastante bien. Antes de que transcurriese media hora, los dos hidalgos comían con el mejor apetito.

INDICE

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| CAPÍTULO I.—Lo que consiguió la hija del Rey | 5 |
| II.—Descubrimientos..... | 8 |
| III.—Sigue la farsa..... | 14 |
| IV.—Se cambian los papeles..... | 15 |
| V.—Una pícara coincidencia..... | 23 |
| VI.—Se prepara otro golpe..... | 24 |
| VII.—Lo que determinó la monja... | 29 |
| VIII.—Se acerca el momento..... | 31 |
| IX.—Función de cuchilladas..... | 35 |
| X.—El Rey sigue disimulando..... | 40 |
| XI.—La fortuna vuelve la espalda á D. Juan..... | 45 |
| XII.—Cómo D. Juan encontró su per- dición donde pensaba hallar su fortuna..... | 49 |
| XIII.—La separación..... | 52 |
| XIV.—Cómo se separaron el padre y la hija, y el apuro en D. Lope se vió..... | 54 |
| XV.—Al convento, á Palacio y á las cuevas..... | 56 |
| XVI.—El escudero cavila..... | 61 |
| XVII.—D. Lope se advierte, y Lucas sufre..... | 65 |
| XVIII.—El Rey sigue dudando y su- friendo..... | 68 |
| XIX.—Cómo desempeñó D. Lope la comisión..... | 72 |
| XX.—Lo que al fin determinó el Rey. | 77 |
| XXI.—Doña Margarita en Santo Do- mingo..... | 80 |
| XXII.—Cómo se encontraban unos y otros..... | 83 |
| XXIII.—Lo que trataron D. Lope y sus amigos..... | 91 |

R. ORTEGA Y FRIAS

El testamento de un conspirador

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○○○ Año IV.

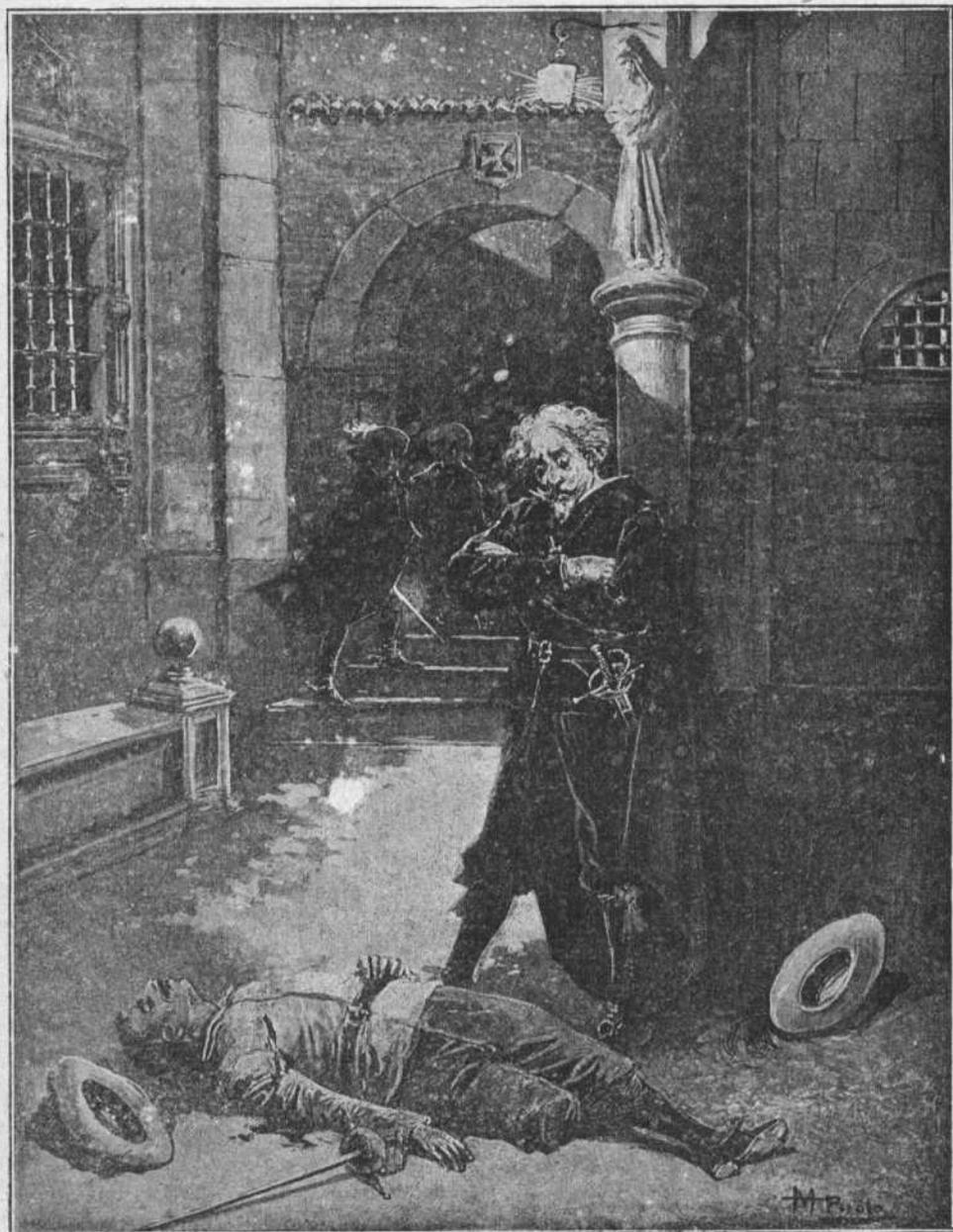
Número 72.

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

72



Se había vuelto loco.

RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO VI



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1878

Joaquín del Pozo



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPÍTULO PRIMERO

Sombras chinescas.

Á las diez de la noche, hora en que apenas transitaba persona alguna por las calles de la coronada villa, en que al reposo estaban entregados sus honrados vecinos, y en que los criminales de profesión recorrían las calles y los enamorados empezaban á entonar sus tiernas cántigas; la hora, en fin, del silencio, de la quietud y de la calma, un hombre atravesó con paso silencioso por los Caños del Peral y tomó por la cuesta de Santo Domingo. No era posible distinguir sus facciones, ni siquiera la clase á que pertenecía, pues la Luna no había tenido por conveniente dejarse ver, y no había más claridad que la dudosa de las estrellas. Al mismo tiempo, de las encrucijadas de Santa Catalina de los Donados, salió otro hombre, que bajó también por la cuesta de Santo Domingo.

El primero se detuvo frente á la tapia de la huerta del convento; el segundo quedó inmóvil junto al pórtico de la iglesia, donde había alguna claridad: la de un farolillo que ardía pendiente del techo y frente á una imagen de a Virgen pintada en hierro. Las pupilas de

aquellos dos hombres debían de estar muy dilatadas, por efecto natural de la escasez de luz, y brillaban como brillan las del gato en medio de la obscuridad. Costumbre debían de tener de aquella clase de aventuras, y sin duda se distinguieron, aunque fuera muy confundidamente, pues el primero murmuró:

—¡Vive el Cielo!

Casi al mismo tiempo que el segundo se apoyaba en la pared, un tercer personaje salía de la calle de las Veneras, bajando lentamente también por la cuesta. Parecía un fantasma. Llegó donde se encontraba el primero, se detuvo y le miró. Tal vez se conocían, pero no se hablaron; quizás vió á los otros, porque volvió á ponerse en movimiento, y no se detuvo hasta llegar á cinco ó seis pasos de distancia del que sólo podemos designar, llamándole el segundo. Tras él bajó el que primero se había presentado, se desvió algo del convento, y parado quedó frente al otro, al que se apoyaba en la tapia. De esto resultó que el segundo embozado quedase con uno de los otros á cada costado, y el tercero enfrente. Si esto

no era una provocación, se le parecía mucho.

El principal papel le representaban las actitudes y los ojos, que cada vez brillaban con mayor intensidad. La escena no podía ser más extraña: pareciase á las de las sombras de la linterna mágica. Aún faltaba una sombra, y se presentó antes de que pudiera el más comprometido adoptar una resolución, subiendo desde los Caños del Peral. Al llegar donde los otros formaban tan extraño cuadro, se detuvo, los miró en cuanto la claridad permitía, dió algunos pasos á la derecha acercándose al que en la tapia se apoyaba, y sin miramiento alguno y con un atrevimiento que apenas se concibe, abrió una linterna sorda, cuya luz, concentrada á través del convexo cristal, fué á dar de repente en el rostro del embozado, que no se movió ni se cuidó de recatar el semblante.

Sus labios se entreabrieron para desplegar una sonrisa irónica: era el Sr. Diego de Paredes. El curioso atrevido cerró la linterna, se colocó frente al que marcaba el ángulo superior de aquel triángulo, maniobró con la luz de igual modo, y pudo ver otro semblante alegre y de burlesca expresión: el de Gil. Al del tercer ángulo fué el curioso, y pudo reconocer por el mismo sistema al Sr. Domingo Cabral, que no sonreía y tenía la impaciencia pintada en el rostro. ¿Quién era el que estaba en medio y en situación tan comprometida? El quinto embozado no tuvo necesidad de hacer nuevo reconocimiento, sino que se acercó y le dijo:—Aquí estorbáis.

Estas pocas palabras produjeron un efecto mágico. El desconocido rugió sordamente; pero dió media vuelta y se alejó cuesta abajo. ¿Quién era? Debe haberlo adivinado el lector; pero si no ha sucedido así, le diremos que era Lucas. No tenía nada de cobarde, ya lo sabemos; pero recordaba la terrible noche en que Cabral se introdujo en la vivienda de su señor, y no quería exponerse á sufrir una nueva burla. Sabía quiénes eran aquellos cuatro hombres, y reconocía superioridad en el que menos valiese de ellos. Sobre todo D. Lope de Santisteban, que era el que le había mandado alejarse, le infundía verdadero pavor; así es que ni siquiera se atrevió á detenerse en los alrededores del convento.

Parecía natural que los otros cuatro hablasen, aunque fuera poco; pero no sucedió así. Tres de ellos, D. Lope, Gil y Paredes se agruparon; el Sr. Domingo empezó á vagar, subiendo unas veces y otras bajando, y mirando siempre los sombríos muros que guardaban al objeto de su amor. Calculaba, sin duda, y tal vez inútilmente; pero gozaba, tenía un consuelo, porque los enamorados, aunque son muy descontentadizos, se consuelan y gozan fácilmente y con bien poco.

Muy rápidamente pasaba el tiempo para el desdichado galán, porque dejó que su imaginación extendiera las alas en el espacio infinito de las suposiciones y de las ilusiones de todas clases. Parecía ver á Margarita en su celda, y no solamente la veía como si en su presencia estuviera, sino que creía penetrar hasta el fondo de su alma y ver también lo que sentía. La infeliz tenía inclinada sobre el pecho la cabeza, y de vez en cuando pronunciaba el nombre del objeto de su pasión, escapándose de su pecho lánguidos suspiros. Así la veía el mancebo.

Así transcurrió una hora. D. Lope se acercó al mancebo y le dijo:

—Me parece que ya nada tenemos que hacer aquí.

—No lo sé—respondió Cabral.

—Sabemos todo lo que es posible saber ahora: que nuestros enemigos aprovechan el tiempo y hacen lo mismo que nosotros.

—Tal vez sus planes...

—Serán como los que hemos trazado. Nos encontraremos con frecuencia, y en uno de los encuentros se resolverá la cuestión.

—¡Quiera Dios que sea pronto!

—Todo es posible.

—¡Vamos, pues!

Y alejaronse cuesta abajo. Tomaron por la calle del Tesoro, se internaron en las encrucijadas de San Nicolás, dejaron atrás la calle de la Almudena, atravesaron por la plaza de San Salvador hasta San Justo, bajaron por la de Tente-tieso, salieron á la de Segovia, y se detuvieron ante la puerta del edificio misterioso, mirando á todos lados en cuanto la obscuridad se lo permitía. El Sr. Domingo y Paredes desaparecieron, y D. Lope y Gil se alejaron hacia San Andrés.

—¿Qué te parece de todo esto?—preguntó el primero al segundo.

—Que está tan oscuro como esta noche.

—Á ti puedo decírtelo con franqueza.

—No es menester, porque lo adivino: no acabáis de tranquilizaros.

—No.

—Pues yo tampoco.

—Tantas dificultades hemos de encontrar...

—Y tanto tiempo hemos de perder... ¿Qué hemos adelantado esta noche?

—¡Nada!

—El Sr. Domingo ha contemplado las paredes del convento, y ha suspirado...

—Mañana contemplará la reja del coro, suspirará, y nos quedaremos lo mismo.

—Así pasarán los días, y al fin...

—¡No, no quiero perder la esperanza!

—Nunca queremos perder ninguna, señor; pero ellas se desvanecen.

—¡Mengua sería que nos declarásemos vendidos!—replicó D. Lope.

—Pero bien puede suceder que doña Margarita se quede en el convento, y...

—¡Eso no!—interrumpió vivamente D. Lope.

—Yo no he de retroceder.

—¿No sacasteis de su calabozo al desdichado Paredes?

—Sí.

—¡Pues te juro que de su celda he de sacar á doña Margarita, ó he de morir en la demanda!

—No estoy tranquilo; pero...

—Tampoco he perdido la fe.

—Jamás la perdéis.

—Con la fe y la constancia se hace mucho.

—¡Dios nos ayude!

Hablando así llegaron á su morada.

Todo aquello había concluído por aquella noche. El Sr. Diego de Paredes cenó por segunda vez, bebió como siempre lo hacía, y obligó á beber al Sr. Domingo, anunciándole que así pasaría una noche deliciosa. En toda la población reinó la calma, pues, por excepción, las rondas vigilaron muy cuidadosamente, y no se cometió ningún crimen, ni hubo rivales que cruzasen el acero para disputarse el corazón de una dama.

Lució el nuevo día, y empezaron á repicar las campanas de los conventos; salieron los

dos hidalgos, se encaminaron á buen paso hacia Santo Domingo el Real, y al mismo tiempo salía también de su casa Gil y avanzaba en la misma dirección. Debían encontrarse los tres en la iglesia, si bien aparentando que no se conocían, según lo convenido.

CAPÍTULO II

Escena borrascosa.

Al llegar á la cuesta de Santo Domingo separáronse los dos hidalgos, tomando delante Cabral, para entrar solo en el templo. Nadie había en las naves más que el sacristán, que iba de un lado para otro encendiendo velas. La comunidad acababa de instalarse en el coro. El Sr. Domingo, después de santiguarse muy devotamente y de tomar agua bendita, se situó donde ya le hemos visto otra vez, y allí quedó inmóvil y con la mirada fija en la doble reja, á través de la cual hubiera querido que penetrara su alma. Poco después entró el señor Diego, que se colocó en sitio desde donde podía ver á su amigo; y en breve se presentó Gil, yendo á situarse á bastante distancia de los otros, dispuesto á observar con el acierto de siempre.

Entretanto la hija del Rey, en medio de las novicias y de las monjas, miraba ansiosamente al templo: difícil era distinguir á una persona desde el sitio donde ella se encontraba; pero sus ojos tenían el doble alcance, la perspicacia que les daba el amor, y podía descubrir lo que para todos permanecía oculto. Inmediatamente vió á su amante. Con desigual violencia empezó á latir su corazón, y se consideró feliz. Debemos advertir que á consecuencia de los últimos sucesos Margarita no ignoraba el plan que se había propuesto realizar su amante para ponerse en comunicación con ella, y pensó que era probable que entonces quisiese hacer lo mismo, y que á todas horas debía estar prevenida y fijar particularmente la atención en las rejas del coro.

Algunos fieles entraron en la iglesia. Muy atentamente los examinaron el Sr. Diego y Gil. Entre ellos se presentó Lucas: con la capa y el ala del sombrero, que sostenía con una mano, trataba de recatar el semblante; pero

tenía que ser reconocido inmediatamente. Miró á todos lados; pero no pudo al primer golpe de vista reconocer á sus adversarios, porque aún sus ojos no se habían acostumbrado á la escasez de la luz del templo. Desde luego fijó la atención en el sacristán, que iba y venía cumpliendo sus deberes. Atravesó el escudero la nave principal de la iglesia, fué á situarse al pie del prebisterio y cerca de la sacristía, y se arrodilló.

Para observar á sus adversarios no podía elegir sitio peor; pero no debía de ser esto lo que se proponía, ni mucho menos mirar al coro, puesto que nada tenía que hacer por aquel lado. No temía que le sucediese lo que la noche anterior, pues hubiera sido imposible en pleno día, y particularmente en el templo. Salió el sacerdote, y principió la misa. No se percibía más ruido que el de las voces de las religiosas.

El Sr. Domingo, aun á riesgo de ser observado, sacó un papel y empezó á darle vueltas entre los dedos, con la esperanza de que Margarita lo viese y comprendiera lo que aquello significaba. ¿Lo advirtió la joven? Sí; y no pudiendo hacerle indicación alguna, siguió mirando á su amante en cuanto podía, en tanto que movía los labios fingiendo rezar; mas, por fortuna, ninguna monja la observaba. El Sr. Domingo volvió á guardar el papel y quedó en la actitud que le convenía. Pasaba el tiempo con lentitud insoportable para él. Por fin terminó la misa; fueron saliendo los fieles del templo y quedaron únicamente los dos hidalgos, Gil y Lucas. La comunidad se retiró del coro. Se acercaba el momento decisivo.

Cabral miró con impaciencia á todos lados: vió á sus amigos, pero también á Lucas, que arrodillado permanecía junto al prebisterio. El sacristán, que debía de ser muy activo, volvió al templo; ocupóse en arreglar la luz de una lámpara, y fué de un altar á otro, cumpliendo sus deberes. Mientras anduviese por allí, nada podían hacer los hidalgos.

Entretanto Margarita había vuelto á su celda. —¡Ah! exclamó.—¡No me olvida!

Reflexionó sobre la conducta que debía seguir. No dudaba que el Sr. Domingo se proponía introducir un papel por la reja del coro, y, por consiguiente, ella debía ayudarle en

cuanto le fuera posible. Pensó que muchas veces algunas monjas ó novicias iban al coro para rezar fuera de las horas en que tenían obligación de hacerlo reunidas, lo cual no llamaba la atención de nadie, pues era un acto de devoción muy laudable. Si ella hacía lo mismo, no infundiría sospechas.

¿Y cómo haría el mancebo para que el papel, después de pasar por entre los hierros de una reja, llegase hasta la otra? Entre ambas había una distancia de más de tres palmos; los hierros estaban cruzados, y tan unidos, que entre sí no dejaban huecos de más de una pulgada en cuadro; es decir, que era imposible hacer pasar una mano por allí. Todo esto sin contar con las puntas de que estaba erizada la reja exterior, lo mismo que la interior, para evitar que á ellas pudieran acercarse el semblante los curiosos ni las monjas.

Empero todo esto lo tenía muy presente el Sr. Domingo Cabral, que había buscado los medios para contrarrestarlo. Después de meditar muy detenidamente, la joven decidió ir al coro por si encontraba la ocasión de estar allí sola. Así lo hizo, y la fortuna quiso protegerla, pues nadie había en el coro; pero la infeliz no reparó en que á larga distancia una monja la seguía. Á todas horas sucedía lo mismo. No podía dar un solo paso sin que la espiasen.

Tales cosas le habían dicho á la Abadesa del enamorado galán, y tan segura estaba de que el Demonio andaba en aquel asunto, que pocas le parecían todas las precauciones para guardar á Margarita. La joven se colocó en el sitio del coro que le pareció más conveniente para sus planes, y entretanto la monja que espiaba arrodillóse en el umbral, y allí quedó tan bien oculta, que no era fácil descubrirla sin acercarse á ella.

El Sr. Domingo vió que en el coro entraba una religiosa. ¿Era Margarita? Quiso salir de dudas. Se acercó más á la reja, miró, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse y no exhalar un grito de alegría. La había reconocido, y hacía más de dos meses que no conseguía verla. Lo que sintió no puede explicarse. Por fin consiguió recobrar la calma. Volvió la cabeza para ver si aún andaban por la iglesia el sacristán y Lucas. Allí estaban

los dos. Nada podía hacer. Fuese por casualidad ó porque le llamase la atención, el sacristán, que arreglando estaba una lámpara, interrumpíase con frecuencia para mirar al señor Domingo.

Lo mismo Paredes que Gil esperaban á que el rapavelas terminase aquella operación para acercarse á él, y con un pretexto cualquiera hacerle entrar en la sacristía, dejando así en libertad al Sr. Domingo. No pudieron poner en ejecución este plan, porque cuando, terminada su operación, el sacristán atravesaba el templo, Lucas se puso en pie, y se le acercó, y le habló en voz muy baja, mientras sonreía dulcemente.

—¡Se nos adelanta este bribón!—pensó Gil.

—¡Fuego de Satanás!—murmuró Paredes, sin pensar que se encontraba en lugar sagrado.—Bien puede suceder que le conquiste; pero en tal caso, todo será cuestión de cantidad, y el que mejor pague será el que más consiga. Debemos dejarlos, que no por correr mucho se llega más pronto.

Pocos momentos después el sacristán y Lucas entraron en la sacristía. Los momentos eran preciosos. Si el enamorado mancebo no los aprovechaba, tal vez no encontraría ocasión como aquélla. Sacó una vara ó bastón muy delgado que oculto llevaba, y á uno de sus extremos sujetó el papel de manera que abultara muy poco; echó otra ojeada en torno, y convencido de que no le observaba nadie más que sus dos amigos, introdujo la vara con el papel por uno de los claros de la reja, y bien pronto le hizo llegar hasta la otra.

Margarita, que observaba con atención profunda, tembló convulsivamente. Volvió la cabeza á todos lados, y tampoco entonces percibió á la monja que la espiaba, y que seguía ocultándose muy bien. La infeliz joven se puso en pie. Temblando y con pasos inseguros se acercó á la reja, y mientras miraba á su amado con ansiedad indescriptible, quitó el papel del extremo de la vara. Hubiera sido una imprudencia permanecer allí: ocultó el papel entre sus manos, dió media vuelta y salió del coro. Á los pocos pasos se encontró con la monja: tembló, y con cuanta rapidez pudo se dirigió á su celda. Apenas podía respirar. Al

verla se hubiera creído que acababa de cometer el más horrendo crimen.

—¡Dios mío!—exclamó con voz que revelaba su agitación violenta.

Desdobló el papel, y leyó con la ansiedad que era consiguiente. El Sr. Domingo había tenido el acierto de hablar ante todo del plan que habían trazado, dejando para la conclusión de la carta las frases de ternura y los desahogos de su pasión.

Cuando apenas acababa Margarita de leer las instrucciones que tanto la interesaban, abrióse la puerta y se presentó la Superiora. La joven exhaló un grito de sorpresa y de terror; palideció, y ni siquiera acertó á moverse. La religiosa, cuyo semblante tenia una expresión de imponente severidad, dió algunos pasos, se acercó á Margarita, la contempló, y le dijo con grave tono:

—¡Bien, muy bien! ¿Quién hubiera creído que hasta tal punto se llevaran los abusos? Viéndolo estoy, y lo dudo. ¿Qué habéis hecho, desdichada criatura? ¿No os ha detenido la idea de que cometíais una horrenda profanación? ¡Que Dios os perdone y se digne con su misericordia infinita apartaros del camino de la eterna perdición!

Inmóvil continuó Margarita.

—¿No me oís? ¿No me habéis visto?—le preguntó la anciana.

—Sí—respondió por fin la joven.

—Sentada permanecéis, sin miramiento ni respeto á mi autoridad.

Margarita se puso en pie: comenzaba á desatardirse y á recobrar el valor.

—¡Dadme ese papel!—dijo la Superiora alargando su descarnada diestra para tomarle mientras le pedía.

Empero la joven, con la ligereza propia de su edad, retrocedió, y oprimiendo con fuerza convulsiva la carta, exclamó enérgicamente:

—¡Jamás!

—¿Os atreveríais á desobedecerme?

—¡Sí!

—¡Horror!

—¡Me dejaré matar antes que entregar este papel!

—¿Olvidáis quién soy?

—No lo olvido.

—Pensad que me sobran medios para obli-

garos á obedecer y para castigaros como merecís.

—Haced lo que bien os parezca.

—Si habéis creído que por ser quien sois he de permitir que impunes queden vuestras demasías, os equivocáis, porque ningún privilegio tenéis en este sagrado recinto, ni he de dar lugar á que vuestro ejemplo relaje las costumbres de la comunidad. Dadme ese papel, ó inmediatamente haré uso de la violencia.

Más de lo que estaba se contrajo la frente de Margarita; brillaron sus negros ojos, se entreabrieron sus labios con desdeñosa expresión, irguió la cabeza soberbiamente, y dijo con voz reconcentrada:

—¡Violencias á mil!

—¡Á vos!

—¡Oh!...

—Aquí no tiene límites mi autoridad.

—¡Ofensas de tal clase á mil!...

—¿Quién sois para no sufrir lo que todos sufren?

En el pasillo y junto á la puerta habían quedado dos religiosas y una novicia.

—¡Por última vez!—dijo la anciana.

—Reverenda madre, yo no cambio de resolución. He dicho que á nadie entregaré este papel y que antes consentiré morir, y cumpliré mi propósito.

En situación muy parecida habíase encontrado Margarita con D. Juan la noche que por el balcón recibió la carta de D. Lope. Tuvo aquella noche la defensa de guardarla donde las manos de D. Juan ni de nadie podían meterse, so pena de incurrir en gravísima falta que hubiera merecido el castigo más duro; pero el día en que estamos semejante precaución era completamente inútil, porque las manos de la monja podían ponerse sobre el cuerpo de la joven sin ofender su pudor. La Superiora se volvió hacia la puerta y dijo:

—¡Entrad!

Así lo hicieron las dos religiosas y la novicia.

—En la mano derecha tiene la hermana Margarita un papel, y se niega á entregármelo. Haced uso de la fuerza; y si las vuestras no son suficientes, acudirán otras hermanas. ¡Os lo mando bajo santa obediencia!

Avanzaron las dos monjas y la novicia hacia

la hija del Rey; pero ésta, sin dar tiempo para que las manos le pusiesen encima, metióse el papel en la boca, le hizo pedazos, le masticó rápidamente y se lo tragó. Una exclamación de sorpresa exhalaban las religiosas. Margarita quedó inmóvil, con la cabeza erguida, ardiente la mirada, contraído el labio inferior, y siempre desdeñoso y soberbio el continente. Algunos minutos pasaron sin que nadie articulase una sílaba.

—¡Horror!—exclamó por fin la anciana.

Entonces Margarita, dirigiéndose á las monjas, les dijo:

—¡Sabed que el Rey es mi padre!

—¡El Rey!

—Sangre real corre por mis venas, y la dignidad vale para mí más que la vida: valor me sobra para morir sonriendo y despreciando á mis verdugos.

—¡Eso más!—exclamó la Superiora.

—Ya no me detendré ante ninguna consideración, porque ninguna se guarda conmigo.

—Ese terrible secreto...

—Lo conocerá todo el mundo, y así se sabrá que soy víctima de una injusticia que apenas se concibe.

Estas palabras, que debían considerarse como la mayor de las imprudencias, como una locura, produjeron el efecto que era consiguiente.

La anciana Superiora estaba horrorizada; las dos monjas y la novicia no pudieron permitirse manifestar su asombro sino con alguna mirada que cruzaron. Muy pronto nadie ignoraría en el convento lo que tanto importaba callar. Las tres religiosas empezaron á explicarse los sucesos que antes no habían comprendido. La joven se había presentado en el convento de una manera misteriosa, á media noche y en compañía de un caballero que á nadie dijo su nombre, y que fué recibido con toda clase de consideraciones.

Del último grado de terror había pasado Margarita al extremo de la audacia. ¿Qué le importaban las conveniencias? Para ella no había más que sus sentimientos, los impulsos de su corazón. En realidad, acababa de colocarse en la situación más difícil.

Largo rato permanecieron todas inmóviles y mudas. La reverenda Superiora temblaba, por-

que motivos tenía para temblar; casi como un secreto de confesión habíasele confiado aquél, y su responsabilidad era muy grande. ¿Qué sucedería cuando el Rey supiera que el secreto era conocido por toda la comunidad? Para consolarse, quiso seguir creyendo la anciana que los malos espíritus se habían metido en el cuerpo de la joven, pues de otro modo no concebía que tan desvergonzadamente dijese lo que decía. Y si la infeliz estaba espiritada, ¿qué había de hacerse? El único recurso eran los exorcismos con su aparato imponente, con sus formas terroríficas, con sus efectos terribles.

Reflexionó la Superiora cuanto podía reflexionar en aquellos momentos, y pensó al fin que lo mejor era poner término á la conversación, pues cuanto más se hablara del asunto, mayor había de ser el escándalo. De todas maneras, el papel había desaparecido; y si era posible sacar del cuerpo de la joven los espíritus infernales, no había medio para hacer lo mismo con aquella carta. La reverenda Superiora, que á pesar de todo no se olvidaba de quién era, ni podía cejar un punto en lo tocante á su autoridad dentro de aquel sagrado recinto, volvióse á las dos monjas y á la novicia, y les dijo gravemente:

—¡Salid!

Obedecieron. La anciana se sentó, fijó su mirada severa en la joven y le dijo:

—¡Sentaos!

Así lo hizo la hija del Rey, y otra vez quedaron silenciosas.

—¡Ah!—exclamó al fin la reverenda Madre.—La prueba ha sido dura; pero confío en la misericordia infinita de Dios que fuerzas me dará para cumplir mis deberes. Supongo, niña

desgraciada, que no apreciáis en su verdadero valor lo que acabáis de hacer.

—Os equivocáis, reverenda madre—respondió Margarita.—Sé que he jugado el todo por el todo. Indecisa estaba mi suerte; pero tal vez acaba de decidirse. Y no me pesa, madre mía, porque todo lo prefiero á las dudas, á las vacilaciones, á la incertidumbre que tanto me



—¡Me dejaré matar antes que entregar este papell

han hecho sufrir. Prefiero de una vez la muerte á la vida, porque peor que la muerte es la agonía incesante.

—¡Vuestra razón se ha trastornado!

—Todo es posible, reverenda madre.

—No lo dudéis.

—Pues si estoy loca, dejadme, porque es

vano intento llevar al camino de la razón á los que la han perdido. Si estoy loca, ¿por qué me habláis como al que sano tiene el juicio? Y si mi razón conservo, ¿por qué hacéis conmigo lo que se hace con el desdichado que delira?

Esta lógica no podía ser más severa; pero á la anciana le quedaba un recurso, y replicó:

—He dicho que estáis loca, no porque vuestra razón se haya perturbado, sino para hacerlos comprender que os encontráis en momentos de ofuscación tan peligrosa como horrible. Hasta hoy os habéis librado de esa terrible enfermedad que se llama locura; pero eso nada tiene que ver con el trastorno producido por las inspiraciones de Satanás, que se ha posesionado de vuestra alma.

—¿Es decir—replicó la joven con ligera ironía,—que el sentimiento de ternura, el amor inmenso que hay en mi alma, es un espíritu malo, es Satanás?

—¿Quién lo dudaría?

—Yo no lo dudo, reverenda madre, puesto que lo aseguráis vos; pero á mal no llevaréis que me ocurra pensar en la inmensa desdicha de tantos y tantos miles de mujeres que aman, y á las cuales se presenta como un modelo de tudes porque son buenas esposas.

—¿Con vuestra pasión queréis comparar ese amor santificado por la Iglesia?

—Si en eso consiste todo, no me pongáis obstáculos para que mi amor santifique, pues eso es precisamente lo que quiero, eso pido, por eso lucho.

—¡Jesús! exclamó la anciana.—¡Viéndolo estoy, y me parece mentira que tanta astucia inspire Satanás! ¡No nos entenderemos!

—Me parece que no, porque vos no amáis, y yo sí.

—Y mientras que yo, á pesar de ser la última de las pecadoras, estoy en el camino de la salvación eterna, vos os encontráis en el de la condenación. Al traerlos á esta santa casa os han hecho el mayor de los beneficios que puede hacerse á una criatura, porque esta vida es breve como un relámpago, y lo que importa es la eternidad. Sufrid ahora unos días, y conquistaréis para siempre un lugar en la mansión de los bienaventurados.

—Reverenda madre, creo que los que en este mundo lloran, serán consolados en el otro;

que los que aquí sufren, allí gozarán, y que en la mansión del Omnipotente se convertirán en sonrisas las lágrimas que se han derramado en esta Tierra de desdichas.

—Si eso creéis...

—Pero en todas las situaciones de la vida puede la criatura ser virtuosa, en todas las situaciones se puede aspirar á la eterna bienaventuranza, porque en todas pueden hacerse sacrificios agradables á Dios, pueden ejercitarse las virtudes. Gran merced me otorgaríais si me sacaseis de una duda.

—Sepamos.

—¿Es lícito ofrecer á Dios el corazón que no nos pertenece? ¿Puedo sin pecar jurar que renuncio al mundo, cuando en el mundo tengo el corazón, tengo el alma?

—La causa de vuestras dudas no la habéis comprendido.

—¿Cuál es?

—Que vos misma os engañáis. Os inspira Satanás, enciende en vuestro pecho una pasión horriblemente pecaminosa, y os dejáis arrebatar por ese impulso sin oponerle ningún dique, sin intentar siquiera contrarrestarlo. Lucháis para conseguir la satisfacción de vuestros impuros deseos; pero no lucháis para ahogarlos.

—Esa lucha la intenté; pero impotente es mi voluntad contra mi corazón.

—En un día no se alcanzan esos triunfos: se necesita constancia, tiempo, fe ciega en la misericordia divina, y así se consigue lo que imposible parece. Orad á todas horas, elevando vuestro espíritu al Omnipotente, y al fin á vos descenderá la divina gracia, cambiarán vuestros sentimientos, recobrará la tranquilidad vuestro espíritu, y seréis feliz con la paz del justo. De otro modo no es posible combatir las pasiones.

—Antes lo habéis dicho: no nos entenderemos jamás.

—Sentiré que vuestro extravío me obligue á adoptar medidas extraordinarias; pero si os obstináis, si os empeñáis...

—Perdonad—interrumpió la joven;—pero me parece que lo mejor será poner fin á esta discusión estéril. Aquí me han traído contra mi voluntad, y aquí estaré mientras no me sea posible salir.

—Pero no saldréis.

—Vos habéis aceptado una gran responsabilidad. Vigíladme.

—Acabáis de tener una prueba de que vigilo muy cuidadosamente.

—Por más que os desagrade, ésta es una lucha que vos sostendréis para cumplir vuestro deber, y yo para realizar lo que creo que puede ser mi dicha. Adoptad todas las precauciones; yo apelaré á todos los medios para hacer inútil vuestra vigilancia, y que Dios dé el triunfo á quien lo merezca. Si derrotada soy, me resignaré; y me veréis morir sin exhalar una queja; si llevo á triunfar, tendréis paciencia.

—De una cosa os olvidáis, de lo que quizás tiene mayor importancia. Habéis cometido una locura, cuyas consecuencias pueden ser las más horribles.

—Si os referís al secreto de mi existencia, reconozco que consecuencias muy graves pueden producir lo que acabo de hacer; pero ya no tiene remedio.

—Lo tiene, si declaráis que con el fin de daros importancia ó de atormentarme habéis dicho...

—No, reverenda madre; eso no lo declararé jamás, porque sería mentir. Ya he dicho que el Rey es mi padre, y no diré lo contrario. Tal vez así he creado yo misma nuevas dificultades para conseguir la realización de mis deseos; pero tendré paciencia, y lo que pueda sucederme lo consideraré como justo castigo por no haber sabido dominarme.

—Pensadlo bien.

—De tal naturaleza es la resolución, que no necesita reflexiones.

—Tened en cuenta que ha de producirse un escándalo, y vuestro augusto padre será objeto de comentarios que han de ofender la majestad de su elevadísima posición.

—Á Dios pongo por testigo de que estoy dispuesta á sacrificar la vida por mi padre; pero eso nada tiene que ver con mi defensa, ni tampoco el cumplimiento de mis deberes filiales es una razón para que no me queje de los abusos de que soy víctima. Disponga mi padre de mi existencia; pero que respete mi pobre corazón. Todo se exige de mí para reposo de los demás, y todo se me niega para mi dicha.

Además de esto, me condena el mundo porque no conoce la verdad: sufriré la última injusticia. Puesto que sin ninguna consideración me tratan, ninguna consideración guardaré á los demás. De las ventajas de su situación abusa mi padre...

—¡Pensad lo que decís!

—Digo que, ya que todos abusan, es justo que yo haga uso de los medios que á mi alcance están.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la religiosa como si horrorizada estuviese.—¡Nada respetáis!

—¿Y quién respeta mi dolor?

—¡Ya no hay duda!—replicó la anciana.—¡Satanás está en vuestra alma!

—Siendo así, ¿cómo puedo tener la fe que tengo en la misericordia y en la justicia divina? Porque es preciso que de una vez lo sepáis: creo firmemente que triunfaré; y lo creo fundándome no más en que Dios protege á la inocencia, protege al desvalido, se apiada del que sufre, y escucha al que con verdadera fe le suplica. Estos sentimientos no puede poseerlos quien en su alma tiene á Satanás.

—Pero siempre resulta que vuestra pasión...

—Mi amor, mi ternura.

—¡Acabaréis por aturdirme! Meditad, y que Dios os ilumine—dijo la religiosa poniéndose en pie.—En cumplimiento de mi deber, daré á vuestro augusto padre la noticia de este suceso.

—Haced lo que bien os parezca.

La anciana volvió á su celda con ánimo resuelto de escribir inmediatamente á Felipe IV. Aturrida estaba, y le pareció conveniente consultar el caso con el capellán, pues no quería cometer una ligereza. Del resultado de aquella conferencia nada tenemos que decir, pues se adivina fácilmente. Una hora después escribió una carta, cuyo contenido daremos á conocer oportunamente.

CAPÍTULO III

Cómo probó el Sr. Diego que era cómico muy hábil.

Dejamos al enamorado mancebo en el instante en que introdujo la carta y vió que la tomaba la hija del Rey; pero aún quedó inmóvil

por algunos minutos el galán, porque cuando ya no vió á Margarita le pareció distinguir su sombra. Su agitación no era menos profunda que la de la joven, aunque las causas fuesen distintas. Por fin se separó de la reja y avanzó hacia el sitio donde había quedado Paredes; pero éste no estaba ya donde se quedó, y mirando por todo el templo, vió Cabral que su amigo se encontraba muy cerca de la sacristía. Gil no se había movido, pues debió de creer prudente no hacer por entonces otro papel que el de espectador.

Dudó el enamorado mancebo en cuanto á la conducta que debía seguir, y al fin concluyó por creer que le convenia disimular y dejar que su amigo hiciera lo que bien le pareciese. Se detuvo, pues, en el centro de la nave, y aún no habían pasado tres minutos cuando Lucas salió de la sacristía, revelando en su faz la satisfacción más completa. Entonces miró á todos lados, vió á sus enemigos, y los reconoció perfectamente.

En el primer instante no pudo disimular y arrugó el entrecejo; pero atravesó el templo, tomó agua bendita y salió. El Sr. Diego de Paredes se acercó entonces á Cabral, y le dijo en voz muy baja:

—Os felicito; pero lo que habéis hecho no es bastante, ni tampoco nos sacará del apuro lo que tenemos proyectado.

—Ya está mi carta en manos de Margarita, y aunque os parezca poco...

—Me parece mucho — replicó Paredes; — pero repito que no es bastante.

—Si continuamos así...

—Os ruego que ahora me dejéis, y no os preocupéis del escudero aunque le encontréis en la calle.

—¿Y Gil?

—También se irá.

—Supongo que hemos de esperaros.

—Pero si tardo en salir, os iréis, porque estáis corriendo gran peligro.

Al decir esto Paredes se separó del señor Domingo y se acercó á Gil.

—Idos — le dijo, — que después hablaremos.

—Supongo que no se os ha ocultado que el sacristán es un estúpido.

—Lo dice su semblante.

—Pues no olvidéis que los tontos son má peligrosos que los astutos y los bribones.

Gil dió media vuelta y salió, mientras hacia lo mismo Cabral. El Sr. Diego se arrojó, cruzó las manos, inclinó la cabeza y quedó inmóvil. Poco después se presentó el sacristán agitando el manojito de llaves para dar aviso de que iba á cerrar las puertas del templo. Paredes levantó la cabeza. Hubiera sido difícil reconocerle, pues había cambiado completamente la expresión de su semblante. Su mirada era candorosa; sonreía con dulzura sin igual: parecía la personificación de la inocencia. Hizo una señal mientras en pie se ponía. El sacristán se le acercó. El hidalgo miró á todos lados como recelosamente, y dijo:

—Hermano, me perdonaréis; pero las circunstancias me obligan á molestaros.

—¿Qué deseáis?—preguntó el rapavela.

—Vos y yo, vos particularmente (entendido lo bien, hermano), estamos, ó más bien, estáis al borde de un horrendo precipicio.

El significado del gesto que hizo el sacristán se comprendería si hubiésemos hecho el retrato de su persona; pero hemos olvidado el cumplimiento de este deber. Nos parece que para cumplir una obligación nunca es tarde, y ahora nos permitiremos una digresión. Si habéis creído que todos los sacristanes han de ser flacos, cetrinos, huesosos y con cara semejante á las lechuzas que moran en las torres de sus iglesias, chupan el aceite de las lámparas y graznan para espantar á los supersticiosos, os habéis equivocado, porque la historia sacristanesca nos ofrece ejemplos de que no todos los sacristanes se asemejan á las lechuzas.

El que había en Santo Domingo el Real en la época á que nos referimos, no se parecía á otros que antes hubo ni á los que le sucedieron, pues era de escasa estatura, abultado de carnes, de redondas formas, blanca tez, mejillas coloradas, nariz roma, boca grande, tan grande que sus ángulos se encontraban á muy poca distancia de las orejas; frente deprimida y ojos redondos, salientes y con párpados muy carnosos, que trabajosamente levantaba, despatañados y de apagada pupila, que le quitaban toda la expresión. Verdad es que de

vez en cuando se escapaba de aquellos ojos un destello; pero estos relámpagos, que quizás eran llamaradas de alguna pasión, no hablaban en favor de la inteligencia del individuo.

Su cabeza era redonda, casi tan perfectamente redonda como una bola de billar, y tersa también, lisa, brillante, como si estuviera charolada, pues no tenía más que algunos cabellos,—no sabemos cuántos, aunque podemos asegurar que pocos eran—de color castaño, finos, lacios, y que formaban como un cerquillo, ocultando la parte posterior de sus orejas y la nuca, y cayendo sobre la parte que vulgarmente es conocida con el nombre de cogote. No hubiera sido posible decir cuántos años tenía, porque era uno de esos seres privilegiados en cuanto á la estupidez y que envejecen muy poco á poco, seres felices desde el punto de vista de un bienestar que nosotros no concebimos, pero que es bienestar al fin, porque la imaginación siempre dormida ó soñolienta, siempre en quietud, y la sensibilidad embotada para todo lo que no sea de interés del individuo, la parte moral ó la intelectual, no destruye ni altera la física. Los años que tiene un jumento no se conocen sin mirar el interior de su boca, pues su aspecto nos engañaría, á pesar de que algo languidecen sus orejas, y la misma dificultad hay para adivinar los años cuando se trata de esos hombres que se asemejan á los jumentos.

Á pesar de la escasez de su inteligencia, no dejaba de ser astuto el sacristán, y para su conveniencia tenía un talento profundo. Esto es casualidad de los tontos y de los egoístas, de lo cual debe deducirse que egoísta y tonto era el personaje que ocupa nuestra atención, aunque tenía sus pretensiones de sabio, como todos los necios, y aseguraba con mucha formalidad que si no había cantado misa, no fué por falta de estudios, pues se preciaba de conocer el latín, la Teología y los cánones, sino porque su desdicha le había llevado por otro camino y no le dejó más recurso que el de rapar las velas, economizar el aceite y aprovechar las gangas de su oficio. Al oír lo que le dijo Paredes arqueó las cejas, abrió cuanto pudo los ojos y la boca, dilató las narices, y con expresión de asombro, y aun de espanto, jó la mirada en el hidalgo que tan sin consi-

deración y tan de repente le alarmaba con aquellas frases terribles.

El Sr. Diego arqueó también las cejas, suspiró penosamente y dijo:

—Para que nos salvemos, ó más bien, para que os salvéis, convendría que hablásemos; y como supongo que el cumplimiento de vuestros penosos y sagrados deberes os deja en el transcurso del día siquiera una hora de tregua y de reposo, podríamos aprovecharla para conferenciar como lo hacen los hombres honrados y de buena fe.

—¿Y qué clase de peligro es ése?—dijo al fin el sacristán.

—Ahora sería imposible que entrásemos en explicaciones, porque las reverendas madres pueden observarnos desde el coro.

—Eso es verdad; pero...

—Me parece que nada perderiais por escucharle. Creo que mi aspecto es el de un hombre tan pacífico como vos.

—¡Dios me libre de pensar mal de quien no conozco!

—Pues si nada arriesgáis, si nada os pido, si á nada os comprometéis...

—Os escucharé.

—¿Cuándo y dónde?

—En realidad, no cuento por mí más que las horas de la noche; y como no tengo costumbre, *habitus*, de salir de mi pobre morada, *domus humilde*... ¿Me entendéis?

—Demasiado bien—dijo gravemente el señor Diego,—porque en mis mocedades estudié latín con el más severo de los dómínes. *Acuerdus perfectus*. ¿No es verdad? La hora, el sitio, la señal, y acudiré con toda exactitud, porque el asunto me interesa tanto como á vos.

El sacristán empezó á sentirse aturdido, aunque no más que porque se encontraba tan de repente con un sabio como él.

—Más abajo del pórtico y de la portería ha y otra puerta. Cuando hayan dado las diez, llamaréis con suavidad; pero habéis de venir si n ninguna compañía.

—*Ego solitarius*. ¡Que Dios os bendiga *frater!*

—¡Amén!

No dijo más el Sr. Diego, porque más no podía decir, pues la risa le retozaba en los labios y muy difícilmente la contenía y repre-

sentaba su papel. Dió media vuelta, llegó á la pila del agua bendita, se hizo tres cruces en la frente y salió del templo, mientras el sacristán cerraba. Cuando en la calle estuvo soltó una carcajada estrepitosa.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el Sr. Domingo Cabral.

Gil, que también esperaba y se le acercó, dijo:

—¡Dejadle que se desahogue!

—¡Tripas de Lucifer! ¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Ahora os enfadáis?

—No se enfada—dijo Gil,—sino que se desahoga; pero como me parece que ya nada tenemos que hacer aquí, convendría que nos alejásemos, pues Lucas se fué, y es posible que vuelva con alguna compañía que nos desagrade.

—¡Vamos, pues!—dijo Paredes; y los tres se pusieron en marcha.

Por fin el Sr. Diego refirió lo que había hecho, y luego añadió:

—Tened por cosa cierta que el escudero ha hecho lo posible para despertar la codicia del sacristán; pero no puede haber conseguido en un instante todo lo que desea.

—No es poco si el terreno ha conseguido preparar.

—Pues bien; si yo me hubiera presentado al sacristán ofreciéndole también dinero ó haciéndole comprender que conmigo podía ganar, hubiéra desconfiado del uno y del otro. Pero al fin con el oro le haré mi esclavo, si bien me convenía que antes me escuchase, y ya veis que lo he conseguido con mucha facilidad.

—Quizás con Lucas tenga otra cita.

—Pero, de seguro, no será para esta noche.

—¿Y cómo os arreglaréis?

—Aún no lo sé, ni me tomaré la molestia de cavilar mucho tratándose de semejante hombre.

—¡Dios os dé acierto!

—Antes de las diez vendremos. Adoptaremos todas las precauciones imaginables, porque es seguro que aquí ha de venir á buscarnos la justicia. Entraré en la morada del sacristán, y... Después veremos, porque no soy adivino.

—Sr. Diego, quizás de vos dependa mi dicha. ¡Sois mi mejor amigo!

—Desde que me hicisteis el mayor de los beneficios al salvar á mi padre.

—Cumplí mi deber.

—Ahora yo cumplo el mío.

—¿Hemos de volver á nuestra casa?

—Sería imprudente que otra cosa hiciésemos.

—Gil dará explicaciones á nuestro protector.

—Y nosotros esperaremos instrucciones.

—En estos momentos Margarita...

—¡Dios sabe lo que hace!

—Ya debe de haber leído mi carta.

—Si ha tenido ocasión.

—¡Ah!...

—Sr. Domingo, que el rostro descubris, y podemos encontrar á quien nos conozca.

—¡Es verdad, lo olvidaba!

—¡Sois un verdadero enamorado!

—¡Hasta el alma!

—¡Bien se os conoce!

Hablando así llegaron á la calle de Segovia. Los hidalgos tomaron hacia la plazuela del Alamillo, y Gil se encaminó á la calle de Don Pedro para dar á su señor noticia de lo que acababa de suceder.

CAPÍTULO IV

La carta.

D. Lope hablaba tranquilamente con su esposa cuando fué interrumpido por un criado que le dijo que de parte del Rey le buscaban con gran prisa.

—¿Qué novedad puede haber?—murmuró el señor de Santisteban.

Pero no perdió el tiempo en empeñarse en adivinar, sino que salió para acudir con la prontitud que debía al llamamiento del Monarca. Se encaminó á la morada real, y en la cámara de Felipe IV entraba veinte minutos después.

—¡Ah!—exclamó al ver á su antiguo paje.—¿Hasta cuándo abusarán de mis bondades? ¿Cuándo me concederá la fortuna la tranquilidad que tanto necesito para vivir? ¿Acaso no debo esperar más reposo que el de la sepul-

tura? ¡Acércate, Lope! ¡Siéntate, que nadie nos interrumpirá!

—Vuestra Majestad me pone en gran cuidado.

—Y sobran motivos.

—Ninguna novedad había esta mañana, y en las pocas horas que han transcurrido...

—En un instante, mi querido Lope, en un solo instante me han hecho perder la tranquilidad. ¡Cabral, siempre Cabral! ¡Oh! ¡Lo mismo que su padre, me persigue como la sombra al cuerpo, y no parece sino que aquel miserable ha resucitado!

—Pues siempre he creído que no había semejanza entre el hijo y el padre.

—Cada cual sigue su camino, es verdad pero ambos van á parar al mismo punto. ¿Qué me importa que el hijo no se parezca al padre, si el resultado es igual para mí?

D. Lope no sabía qué responder, pues era imposible que adivinase lo que había sucedido en el interior del convento. Para no comprometerse con palabras pronunciadas con ligereza, creyó el caballero que lo más conveniente era callar.

—Lope, ha llegado el momento de que me prestes el mayor de los servicios, de que hagas por mí lo que puede serme más beneficioso, y espero que emplees todo tu talento, toda tu experiencia y toda tu habilidad.

—Supongo que Vuestra Majestad no ha dudado de que estoy dispuesto á sacrificar hasta la vida.

—Ya lo sé, y por eso acudo á ti.

—Pues si Vuestra Majestad se digna darme explicaciones...

—Escúchame. En cierta clase de situaciones es preciso adoptar medidas enérgicas y que corten el mal de raíz, pues de otro modo, el remedio no sirve para nada. ¡Dentro ó fuera, mi querido Lope! Quiero acabar de una vez; pero la dificultad consiste en encontrar el remedio. Hace una hora que cavilo, sin conseguir más que atormentarme.

—Temo que me suceda lo mismo que á Vuestra Majestad.

—Lo mismo que en otras ocasiones has hecho verdaderos prodigios, puedes hacerlos ahora.

—Señor, eso depende de las circunstancias.

—Si tú no me sacas del apuro, ¿á quién acudiré? Mi pobre hija, trastornada por su pasión, está loca ó poco menos, y hace lo que parece imposible que haga una criatura de sus pocos años y de su inocencia.

—El más tímido se defiende, y no es extraño que así lo haga doña Margarita. La lucha se entabló; se ha visto maltratada, la han separado de su madre, y sola, sin afectos ni consuelo, debe de haber decidido defenderse en todos los terrenos y con todas las armas. No hay que fiar en la timidez, señor, ni tampoco debemos olvidar que doña Margarita es mujer; y bien sabe Vuestra Majestad que una mujer alentada por el amor, impulsada por una pasión...

—¡Si; es capaz de todo! De todas maneras, necesito adoptar una resolución enérgica, porque no he de estar así toda la vida. Antes de hacer comentarios y ninguna clase de observaciones, lee la carta que me ha escrito la Superiora de Santo Domingo el Real: léela y admírate, porque verás hasta qué punto puede llegar la audacia. Ahí la tienes. Quiero que leas en voz alta.

El señor de Santisteban tomó un papel que había sobre un velador, lo desdobló, y empezó á leer lo siguiente:

«Señor: Deseo que el Omnipotente conceda á Vuestra Majestad, no solamente salud, sino fuerza y resignación para soportar las desgracias con que pone á prueba vuestras virtudes y vuestra fe.

»Yo no quisiera escribir esta carta, porque ha de ser muy desagradable para Vuestra Majestad; pero las circunstancias me obligan: tengo que cumplir mis deberes, y quiero ante todo tranquilizar mi conciencia.

»Principiaré diciendo que he conseguido descubrir en qué consiste la desgracia de la pobre niña que á mi cuidado ha puesto Vuestra Majestad, desgracia de que hablaré después, y contra la cual, afortunadamente, tiene sobrados recursos nuestra santa religión.

»Hecha esta advertencia, hablaré del suceso que acaba de producir un gran escándalo en esta santa comunidad, y cuyas consecuencias pueden ser las peores en todos sentidos.

»He vigilado tan cuidadosamente, que no era posible que la desgraciada joven diera un

solo paso sin que yo tuviese noticia; y así ha podido suceder que se la sorprenda al comer una locura incalificable, una profanación que apenas se concibe. Cuando nadie había en el coro, ella fué con apariencias de rezar; pero en la iglesia había un hombre, que supongo es ese audaz mancebo que en pecado mortal vive, y sirviéndose de un bastón, introdujo un papel por entre las rejas del coro.»

—¿Qué te parece?—preguntó el Monarca.

—Señor, hasta ahora no veo más que travesuras de enamorados. El medio es ingenioso, y hay que reconocerlo así. Esto y mucho más hemos hecho en nuestra juventud, y debemos tener en cuenta que ni doña Margarita ni Cabral se han resignado. En cuanto á la importancia de lo que llama profanación la reverenda Superiora, supongo que Vuestra Majestad...

—Comprendo; pero no porque yo haya cometido una falta debo perdonárselas á los demás. Profanaciones cometí, ya lo sabes, y arrepentido estoy. Sé lo caro que cuestan esos extravíos, y precisamente por eso tengo más obligación de evitarlos. Continúa leyendo.

«Tomó el papel la pobre niña, y á su celda volvió. Me dieron el aviso de lo que acababa de suceder; acudí prontamente, y la encontré leyendo. Le mandé que el papel me entregase, y con tanta firmeza se negó, que tuve que mandar que se lo arrebatasen á la fuerza.

»Entonces pude ver hasta dónde va la criatura cuando está ciega por una pasión: la infeliz apeló al medio de comerse el papel; y cómo si esto fuese poco, y para que el escándalo llegara á su último punto, declaró en presencia de las monjas que era hija del Rey.»

—Ya lo ves: el secreto que tanto importa guardar, lo conoce ya todo el mundo; y lo mismo que sin ningún miramiento ha dicho que soy su padre, dirá también quién es su madre.

—Reconozco que ha cometido una locura—dijo D. Lope.

—Y esa locura crea una situación muy difícil.

—Hasta cierto punto, señor.

—Con tanta calma has leído y hablas de este asunto, que cualquiera creería que con indiferencia miras lo que es tan grave.

—Si la calma pierdo, ¿cómo podré discurrir con claridad? Al llevar á doña Margarita al

convento de Santo Domingo, sabíais que su amante haría todo lo posible para ponerse en comunicación con ella; yo creía lo mismo, y, por consiguiente, no me sorprende lo que ha sucedido. Vuestra Majestad no cede, y doña Margarita tampoco; Vuestra Majestad adopta precauciones, y ella se defiende y busca medios para conseguir lo que desea. Esto no es más que una lucha como cualquiera otra; lucha en que el ingenio representa el principal papel, y el que sea más hábil, más previsor ó más listo, triunfará. En cuanto á lo de revelar el secreto que tanto importa guardar, me lo explico por el arrebato propio de aquellos momentos de exaltación. Doña Margarita se vió maltratada, quizás la ultrajaron, y arrebatada por la ira, quiso imponerse con esa declaración. Resulta que nada ha conseguido, y no es fácil que lo consiga, puesto que á todas horas está espíada, y le será imposible responder á su amante. Un papel ha entrado por las rejas del coro; pero el segundo no entrará.

—Acudirán á otros medios.

—La Superiora tiene la obligación de preverlos todos.

—Eso es imposible.

—Entonces...

—Se necesita tu ingenio, tu habilidad.

—Señor, lo diré con franqueza: no me atrevo á entablar esa clase de luchas con una mujer, porque de seguro me vería derrotado. Además, yo no puedo irme á vivir al convento, y, por consiguiente, no tengo medios de entablar la lucha.

—Pero puedes aconsejar, trazar planes para que otros los pongan en práctica.

—¿Y si al hacerlo cometen una torpeza?

—Tú no has de ser responsable de las torpezas de los demás.

—En ese caso...

—Querías desentenderte de este asunto; pero no puede ser, porque con nadie cuento que me ayude y que valga lo que tú vales. Acaba de leer, aunque no sé si tiene importancia lo demás que dice la monja.

Mucha y ninguna tenía, pues hablaba de lo de estar espíridada la hija del Rey y de la conveniencia de apelar á los exorcismos para devolverle la salud del alma y la del cuerpo. De este asunto hablaba como de cosa indudable,

diciendo que convenía acudir cuanto antes al remedio, y para hacerlo así pedía licencia al Rey. Entonces fué cuando el señor de Santisteban arrugó el entrecejo. Ya no se mostró indiferente, y dijo con energía:

—Señor, si se cometen cierta clase de abusos, si la crueldad se lleva hasta el refinamiento, si además de haber violentado los sentimientos de esa noble y desgraciada criatura se la hace víctima de la estupidez de la anciana Superiora de Santo Domingo, yo, que ante todo quiero tener mi conciencia tranquila...

—¡Basta; no sigas, porque te comprendo! No consentiré que se haga con mi pobre hija lo que la Superiora propone, pues, aunque es posible que el Demonio se poseione del espíritu de una criatura, no creo que esto haya sucedido ahora. Tranquilízate, porque no he de hacerte cómplice de cierta clase de abusos. Pronto la justicia se apoderará de los dos hidalgos, y esto sucederá más fácilmente, por lo mismo que no se recatan y cometen tantas locuras. He debido pensar antes que estando mi hija en Santo Domingo, allí debían ir á buscar á los delinquentes; pero no es tarde.

—También se sabía que se encontraban en la hostería de maese Crispín, y nada se consiguió.

—¿A pesar de todo eso...

—Hay muchas probabilidades de que se apoderen de ellos, ya lo sé; y en ese caso, no será menester tomarse la molestia de guardar á doña Margarita.

—Sin embargo, conviene evitar sucesos como el de hoy.

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—Poco tengo que decirte, porque tú has de buscar las medios. Te daré una carta para la Superiora de Santo Domingo, irás al convento, y allí dispondrás lo que mejor te parezca, pues te doy amplias facultades, y la Superiora te respetará como pudiera respetarme á mí.

—Recuerdo otra vez que las torpezas que puedan cometerse...

—No será tuya la culpa.

—Conste que si en este asunto me ocupo, es para dar á Vuestra Majestad una prueba de mi amor y gratitud.

—Lo sé.

—No debemos olvidar á D. Juan de Haro.

—Su sentencia está pronunciada.

—Pero entretanto puede darnos mucho que hacer.

—Aprovecharé estos momentos en que tengo algunas fuerzas, y escribiré.

—Si he de llevarme ahora la carta...

—Sí, porque hoy mismo has de ver á la reverenda Madre.

Felipe IV hizo un esfuerzo más, y escribió muy expresivamente. ¿Cómo había de sospechar que por segunda vez encargaba la vigilancia de su hija precisamente á quien había de hacer lo posible para no guardarla? Antes la confió á D. Juan de Haro, que estaba dispuesto á cometer todos los abusos, y luego á D. Lope, que era el protector más decidido de los dos amantes. Con aquella carta podría el señor de Santisteban entrar en el convento á todas horas y disponer cuanto se le antojara. Sin embargo, entonces necesitaría más habilidad y más disimulo que nunca, porque no podía declararse abiertamente protector de los dos enamorados. Nunca como entonces podía comprometerse y quedar en la situación más difícil y peligrosa.

—Has de examinar el interior del convento hasta el último rincón, y teniendo en cuenta todos los detalles y todas las circunstancias, dispondrás lo que bien te parezca.

—¡Dios me dé acierto!

—De D. Juan de Haro te ocuparás cuanto te parezca conveniente; y si comete un abuso, procede contra él sin ninguna consideración, acude á la justicia si es necesario, y toma mi nombre, porque para ello te autorizo incondicionalmente.

—Tanta confianza...

—La mereces.

—Pero la responsabilidad...

—¿Qué puedes temer si yo tengo ciega fe en tu lealtad?

—Nada temo, señor.

El señor de Santisteban salió de la morada real poco después, muy preocupado, porque no sabía cómo arreglarse para representar el doble papel de guardián y de protector. Á buen paso se encaminó á su casa. Refirió á Gil cuanto sucedía, y le mandó que fuese á ver á los dos hidalgos para darles á conocer la situación y

decirles que esperasen nuevas instrucciones.

—¡El asunto se enreda!—dijo el sirviente.

—Bastante; y lo que es para mí motivo de preocupación, lo será de alegría para Cabral.

—¡El Rey tiene el don del acierto!—dijo irónicamente Gil.

—A pesar de esta gran ventaja que hemos conseguido, no sé cómo habremos de arreglarnos para dar cima felizmente á nuestra empresa.

—Si habéis perdido la fe...

—¡Eso no!

—Yo tampoco.

—Gil, aún no tengo ningún plan; pero sí creo que ha de ayudarnos Dios.

—¿Ahora vaís al convento?

—Sí.

—Me divertiría ser testigo de lo que allí ha de suceder.

—Yo también me reiría si no se tratara de la suerte de esas infelices criaturas.

CAPÍTULO V

En qué consistieron las precauciones adoptadas por el señor de Santisteban.

En nombre del Monarca, y dando el suyo, se anunció en el convento D. Lope de Santisteban; la Superiora, que esperaba con ansiedad la respuesta de Felipe IV, se apresuró á recibirle. No debemos olvidar que D. Lope tenía ese don que Dios concede á pocas criaturas para inspirar confianza con su sola presencia. Grave y respetuosamente saludó á la anciana, pidiéndole como gran merced que le permitiera besar su rosario, demostraciones que debían ser muy agradables para la Superiora, la cual correspondió con las palabras más halagüeñas.

—Reverenda madre—dijo el caballero,—voy á tener la honra de poner en vuestras manos la carta que para vos se ha dignado entregarme Su Majestad. Os suplico que la leáis con mucha atención y que con franqueza me digáis si algo falta en ella para el objeto que se propone Su Majestad, pues en tal caso, otra carta se escribiría y otras mil, hasta tanto que satisfecha quedaseis.

—Así lo haré, con tanta más razón, cuanto que se trata de un asunto muy delicado, pues supongo que la carta que me traéis es contestación á la que esta mañana tuve la honra de escribir á Su Majestad.

—No os equivocáis.

—¡Dios nos dé acierto para cumplir nuestros deberes!

—Falta nos hace la protección divina—dijo D. Lope.

Y entregó la carta á la Superiora, que la leyó trabajosamente. Su sorpresa fué grande, pues todo lo esperaba menos aquella determinación del Rey. Miró á D. Lope, volvió á leer, y al fin dijo:

—¡Esto es casi incomprensible!

—Os lo explicaré, reverenda madre, y os parecerá muy sencillo. Ante todo os diré que Su Majestad me honra con una confianza sin límites. Para mí no tiene secretos. Vuestra carta he leído, y por ella se ve que no tenéis completa seguridad de conseguir lo que deseamos, pues se trata de un enemigo muy temible.

—El peor de todos, de Satanás—dijo la Superiora estremeciéndose.

—No es Satanás, sino un hombre con mucho ingenio y muy atrevido, y una mujer que está enamorada y que, con la fuerza de su amor, es capaz de todo. Hasta este momento no ha sucedido nada que sea sobrenatural, y, por consiguiente, no debemos perder el tiempo en hacer suposiciones que no han de conducir á ningún fin práctico.

—¿Dudáis de la desgracia de haberse aposentado el Demonio en el alma de esa infeliz criatura?

—No dudo, reverenda madre, pues no creo semejante cosa. Á Su Majestad le sucede lo mismo que á mí, y la prueba la tenéis en que me envía para que tratemos de este asunto, pues si creyera necesario apelar á los exorcismos, mi presencia sería inútil. No intentéis nada en este sentido, porque os lo prohíbe Su Majestad, y muy á mal llevaría que no se respetaran sus determinaciones.

—Lo siento, porque tengo la seguridad de que con los medios puramente religiosos habíamos de llegar al fin deseado. Si aquí estuviésemos y pudierais observar como yo, no di-

riáis lo que decís; pero respetaré lo que disponga Su Majestad: esperaremos, y el tiempo dirá quién se equivoca.

—Cuando se trata de hombres como el señor Domingo Cabral, son pocas todas las precauciones.

—La experiencia lo ha probado así. Puesto que mi carta habéis leído, comprenderéis toda la gravedad del suceso.

—Sí—dijo D. Lope;—una profanación que apenas se concibe.

—¿Y aún creéis que quien eso hace no está dominado por Satanás?

—Reverenda madre, no ignoráis que el Demonio, como otra cosa no tiene que hacer, para cumplir su terrible misión se ocupa constantemente en tentar á la criatura, y no siempre Dios nos concede su gracia para resistir las tentaciones. De esto resultan los crímenes; y aunque el arrepentimiento viene después, la desgracia no puede remediarse siempre. Para considerar espiritada á una criatura se necesitan muchas pruebas que no tenemos, una larga observación, que no habéis podido hacer, y otros muchos requisitos que no deben olvidarse. Por eso Su Majestad, que nunca quiere juzgar con ligereza, porque la ligereza es la madre del error, suspende su juicio, y desea que sobre ese punto os concretéis á hacer observaciones de acuerdo con el padre capellán.

—Con él he consultado, y es de mi opinión.

—Á pesar de todo eso, se os prohíbe apelar á los exorcismos. Lo que se necesita es adoptar medidas extraordinarias, y el Rey me manda para auxiliaros, pues como soy conocedor del mundo, y en particular de esta clase de intrigas, adivinaré fácilmente los planes de esas desdichadas criaturas, y así será más fácil conjurar el peligro. Vos tenéis una buena fe que raya en candor, mientras que yo soy desconfiado, malicioso, suspicaz; vos no tenéis bastantes fuerzas para sostener esta lucha, porque los años han hecho en vuestra organización los estragos que hacen en todas.

—Reconozco mi debilidad.

—Yo soy vigoroso, y á todas horas estoy dispuesto para moverme.

—¿Y cómo podréis ayudarme?

—Con mis consejos, puesto que aquí no he

de estar. Vos me daréis á conocer las precauciones que hayáis adoptado.

—Y os venceréis de que no es posible hacer más.

—Luego me permitiréis examinar la celda de doña Margarita y todas las puertas del convento, y me daréis explicaciones minuciosas del sistema de vida de la comunidad.

—Puesto que á Su Majestad representáis, nada os ocultaré.

—Ya sabéis que todos los refranes son verdaderos; y hay uno que dice «que más ven cuatro ojos que dos». Lo que vos hayáis olvidado, yo lo recordaré, y veré lo que no hayáis visto. Nos pondremos de acuerdo en todo, y mientras vos vigiláis en el interior de este santo recinto, yo vigilaré fuera.

—¡Bien pensado, muy bien!—dijo la Superiora con entusiasmo.

—No sé si conocéis con todos sus detalles la historia de esa niña infeliz.

—Sé que ha tenido la desgracia de enamorarse de ese mancebo criminal, y que después de haberla tenido en San Piácido ha sido preciso ponerla bajo mi autoridad, porque allí había conseguido encontrar medios para realizar sus planes.

—Ignoráis, entonces, la existencia de otro enemigo mucho más temible que el mancebo; digo más temible, porque no tiene conciencia, es capaz de cometer todos los crímenes, y, además, lo que se propone es muy horroroso.

—¡Otro enemigo!

—Una circunstancia ha debido llamaros la atención. Á la hija del Rey debió traerla don Juan de Haro, y, sin embargo, no se presentó.

—Vino con su padre.

—Pues la explicación de estos hechos interesa mucho, porque mal podéis adoptar con acierto ninguna resolución cuando no conocéis todos los antecedentes.

—Es verdad, caballero.

—No olvidéis que os hablo en nombre de Su Majestad. Esa pobre niña fué confiada á don Juan de Haro; y aunque éste, al parecer, cumplió sus deberes y la educó cristianamente, sucedió que con el tiempo, la frecuencia del trato, las tentaciones de Satanás y... ¿No me entendéis?

—Confieso mi torpeza.

—Ya sabéis aquello de que el fuego junto á la estopa...

—Sí; pero aunque fuego consideremos á doña Margarita, la estopa...

—Es D. Juan de Haro.

—¡Virgen Santísima!

—Una pasión de las más violentas se encendió en el pecho de ese hombre, á pesar de que ya tiene más de cincuenta años; pero la vejez no es inconveniente para que arda la leña, sobre todo cuando sopla el Diablo, como sopló entonces...

—¡Que Dios nos asista!—exclamó la anciana. Y se santiguó tres veces.

—No se me oculta que vuestros castos oídos...

—¡Horror!...

—Es preciso que escuchéis.

—Puesto que así lo exige mi deber—dijo la anciana religiosa,—escucho.

—Doña Margarita no pensó corresponder al amor de ese viejo sátiro.

—Sátiro!—murmuró la Superiora en tono de extrañeza.

—No os explico lo que esa palabra quiere decir, porque heriría vuestro pudor, vuestro sentimiento de santa castidad.

—Os suplico que en cuanto sea posible evitéis decir lo que algo tenga de pecaminoso.

—¡Descuidad! La terminante negativa de la hija del Rey fué un incentivo para la pasión del caballero; y como su alma es ruin hasta el último punto de la ruindad y tampoco conoce el santo temor de Dios, resultó que, desesperado, decidió alcanzar por medio de los abusos y de las violencias lo que legítimamente no podía. Cometió el abuso de encerrar á doña Margarita, mientras que en su lugar llevó al convento de San Plácido á una mujer desalmada y perdida, y si Dios no hubiera hecho un milagro, la infeliz hubiera sucumbido; pero consiguió salir de su encierro, se refugió en San Plácido, y la otra desapareció.

—¿Y el Rey?... -

—Nada de eso supo hasta el momento en que de aquella santa casa debió salir su hija. Entonces mandó encerrar al señor de Haro para imponerle el castigo que merecía; y como en aquellos momentos yo no me encontraba á su lado, tuvo él mismo que traer á su hija.

Su Majestad, inclinado siempre á la clemencia, porque tiene un corazón muy sensible, acabó por escuchar á ese miserable y le perdonó, dejándole en libertad, si bien con el propósito de castigarle terriblemente en caso de reincidencia.

—Por fortuna, ya nada puede hacer.

—Mucho, reverenda madre.

—Su víctima se encuentra bajo mi amparo.

—Antes estaba también bajo el amparo de la reverenda Superiora de la Encarnación Benita. Pruebas tengo de que D. Juan no ha renunciado á sus criminales propósitos; y, además, se ha observado que anda por los alrededores de esta santa casa su escudero, que siempre le ayudó en la criminal empresa, y que es aún más atrevido que el mancebo, y astuto y desalmado como ningún hombre. No adivino de qué medios han de valerse; pero algo harán, y conviene que estéis prevenida. De lo que es capaz el señor de Haro, lo sabréis cuando doña Margarita os refiera con detalles lo que en San Plácido sucedió. Debéis preguntárselo, pues la verdad ha de deciros, porque ningún interés tiene en mentir sobre este punto.

—¡Me aturdis, caballero! ¿De manera que tengo que guardarme?...

—De dos enemigos, que enemigos son á su vez, puesto que son rivales. Esto no deja de ser una fortuna, porque cada uno de ellos ha de hacer al otro todo el mal posible, y si se destruyen, nos dejarán en paz.

—Os lo diré con franqueza: no veo claro en este asunto.

—Necesitáis tiempo, reflexión, y el conocimiento de todos los antecedentes. Pero entretanto; vigilaréis, y así quedará á cubierto vuestra responsabilidad.

—¡No me tranquilizo!

—Conviene también que conozcáis el carácter de doña Margarita, y así se evitarán disgustos como el de esta mañana. Es tenaz, y cuando se hace uso de la violencia, antes que ceder, prefiere morir. Con suavidad, con dulzura, conseguiréis mucho más. En mi opinión, conviene dejarla algunos días para que vaya recobrando el sosiego y para que se convenza de que sus esfuerzos son inútiles. Así se desvanecerá su última esperanza, y entonces no

se resistirá á pronunciar los sagrados votos, puesto que nada esperará del mundo.

—Me parece que de acuerdo estamos.

—Pues ahora, si á bien lo tenéis, llevadme á la celda de doña Margarita, anunciándole antes quién soy y que vengo por orden de Su Majestad. Hablaré con ella, le daré consejos saludables, y la haré comprender que no le conviene provocar el enojo de su augusto padre.

—¿Y qué hemos de hacer en cuanto á ese secreto que la desdichada niña reveló tan imprudentemente?

—Lo peor sería preocuparse mucho de ese asunto, porque se le daría mayor importancia. Las monjas harán comentarios; pero se cansarán al fin. Tened por cosa cierta que han de concluir por poner en duda que doña Margarita sea hija del Rey.

—Me parece bien.

—Si os empeñáis en probar que ha mentido creerán firmemente lo que doña Margarita dice, y por eso conviene que vean que ninguna importancia dáis á ese incidente.

—Me tranquilizáis, caballero.

—Su Majestad está satisfecho de vuestro proceder, y cuando habla de vos no salen de su boca más que palabras para alabaros.

—Tanta bondad...

—Es justicia, reverenda madre.

—Voy á mandar que le den aviso de vuestra visita; y si os parece que mi presencia puede ser un estorbo para que le habléis como convenga, á solas os dejaré.

D. Lope se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia y dijo con frialdad:

—¡No sé! Me parece... Tal vez, como está muy reciente el suceso de esta mañana... En fin, determinad lo que mejor os parezca.

—Os acompañaré hasta su celda—dijo la monja,—y luego os dejaré.

La anciana llamó, y presentóse una novicia.

—Decid á la hermana Margarita que se disponga á recibir á D. Lope de Santisteban, enviado por el Rey nuestro señor.

No se necesitaba más para que ya no se dudase de que la joven era hija de Felipe IV. La novicia salió, volviendo á los pocos minutos para decir:

—La hermana Margarita espera.

—¡Vamos, pues!

Salieron de la celda, llegaron á un largo pasillo donde había muchas puertas, y hallaron una monja que por allí vagaba, y á quien la Superiora llamó y dijo:

—No os cuidéis de la hermana Margarita mientras esté en su celda este caballero.

La monja que allí estaba para espiar, se alejó y desapareció. La Superiora abrió una de las puertas, y entró seguida por D. Lope.

CAPÍTULO VI

El ingenioso medio que buscó D. Lope.

¿Qué sintió la desdichada joven cuando le anunciaron la visita de D. Lope de Santisteban? Lo comprendemos; pero no podemos explicarlo. Cuando creía que su situación había llegado al último punto de las dificultades, se le presentaba el mejor de sus amigos, su protector más poderoso, lo cual era una fortuna incomparable. Si doña Margarita hubiera podido hablar libremente con él, hubiérase considerado la más dichosa de las criaturas. Muy poco faltó para que cometiese alguna torpeza, dejando ver lo que sentía; pero consiguió dominarse, y respondió gravemente que esperaba.

Con ansiedad aguardó. Por fin la puerta se abrió, entrando primero la anciana Superiora y en pos D. Lope. Su mirada se fijó en la hija del Rey, y tan expresiva fué, tan consoladora y tan dulce, que la infeliz empezó á recobrar la calma.

En todos los momentos peligrosos, en todas las situaciones difíciles, D. Lope probaba que era un hombre extraordinario: comparados con él, nada valían el Sr. Domingo Cabral ni Diego de Paredes, nada valía Gil, ni tampoco don Juan de Haro y su escudero. La Superiora se acercó á la joven y le dijo:

—Aquí tenéis á D. Lope de Santisteban, enviado por vuestro augusto padre para saber de vuestra salud y para daros consejos, lo cual os prueba que con generosidades y actos de bondad de toda especie se pagan vuestras ligerezas, vuestros extravíos, vuestras imprudencias casi criminales. Así sabréis apreciar

lo que es el corazón de un padre. Todos se esfuerzan para haceros feliz, todos os ofrecen los medios de verdadera salvación; y si aún os obstináis, no tendréis derecho á quejaros. Meditad, pobre niña, abrid los ojos á la luz de la razón, y dejad que manos amigas os separen del borde del abismo hacia donde os arrastra Satanás para complacerse con la perdición de vuestra alma. Á solas os dejo con el señor de Santisteban; escuchadle, y que Dios os conceda su gracia.

No pudo responder doña Margarita, porque la Superiora le volvió la espalda y salió de la celda.

—¡Ah!—exclamó la joven con acento indefinible.

—Escuchadme—dijo D. Lope,—porque estos momentos son preciosos, y si no los aprovechásemos, cometeríamos la mayor de las torpezas.

Doña Margarita cogió entre las suyas las manos del señor de Santisteban, se las estrechó con fuerza convulsiva, y exclamó:

—¡Gracias, caballero! ¡Aunque después de esta lucha no encuentre mi desdicha más que la muerte con las negras tinieblas del sepulcro, mi gratitud!...

—Perdonad; pero no es ocasión de que demos desahogo á nuestros corazones, pues ante todo es preciso que hablemos de lo que más interesa. Dominaos, pues, y haced lo que yo hago, que si llegamos á triunfar, tiempo tendremos de sobra para hablar de nuestros sentimientos; y si sucumbimos, nuestra derrota y nuestro dolor serán más elocuentes que nuestras palabras.

—Pero mi deber...

—Si lo cumplís y vuestra conciencia está tranquila, nada más necesitáis. No habéis querido seguir mis consejos, y nos habéis colocado en la situación más crítica.

—¡Que no he querido seguir vuestros consejos!—replicó la joven,

—No, porque os dije que era absolutamente preciso disimular y fingir; y en vez de representar vuestro papel de víctima, una víctima que reconoce su impotencia, que se resigna y se entrega á su dolor, os habéis mostrado dispuesta á luchar con todo el mundo, y habéis cometido todas las imprudencias imaginables.

¿Sabéis lo que con eso habéis conseguido? Lo que era natural que sucediese; porque en vez de la niña tímida, han visto en vos á la mujer fuerte y valerosa, os han mirado con mayor desconfianza, y han creído de absoluta necesidad acudir á remedios extraordinarios para someteros. Está bien lo de que os comieseis la carta del Sr. Domingo, porque no convenia que cayera en manos de la Superiora; pero hicisteis muy mal en mostraros tan rebelde, tan audaz y tan resuelta á olvidar todas las consideraciones.

—Ya mi torpeza no tiene remedio.

—Hasta cierto punto se remediará si sabéis dominaros.

—¿Acaso debo declarar que he mentido al decir que soy la hija de Felipe IV?

—No. Pero aún es tiempo de que inspiréis confianza.

—Lo dudo, caballero.

—Los medios os daré, y todo dependerá de vos.

—Después de lo que ha sucedido...

—Haré algunas suposiciones, y así me comprenderéis mejor. Suponed que yo, deseando con toda mi alma secundar á vuestro padre, acudo al ingenioso medio, y más que ingenioso criminal, de deciros que al fin el Sr. Domingo Cabral y el Sr. Diego de Paredes han caído en poder de la justicia, y que si de su calabozo no salen para morir á manos del verdugo, será porque vayan á una prisión de Estado.

Tembló doña Margarita. El señor de Santisteban prosiguió diciendo:

—Tened presente que no hago más que suposiciones.

—Son tan horribles...

—¿Qué os importa? Al conocer desgracia tan espantosa, os entregáis al dolor, os dejáis llevar por todos los trasportes de la desesperación; pero al fin os convencéis de que es imposible la realización de vuestros deseos, ó lo que es igual, se desvanece vuestra última esperanza; y como nada que os halague tenéis en el mundo, como destrozado ha quedado vuestro corazón, buscáis en Dios el consuelo, aceptáis vuestra desdicha, os resignáis cristianamente, y pedís que os dejen acabar vuestra triste vida en este santo recinto.

—Pero todo eso...

—Es una farsa como cualquiera otra; farsa de la cual depende vuestra dicha, si la representáis con habilidad. Cuando no hagáis más que llorar y rezar, cuando vean que nada hace tampoco el hombre á quien amáis, no os mirarán con desconfianza ni se tomarán la molestia de vigilaros como ahora os vigilan. Comprendo que es muy difícil poner en práctica este plan; pero no sin grandes trabajos podemos conseguir el triunfo.

—Á todo estoy dispuesta.

—Ahora recorreré el interior de este convento; lo examinaré todo, pediré á la Superiora explicaciones sobre las costumbres de la comunidad, y con estos antecedentes trazaré el plan que me parezca de más seguro resultado. Ese plan lo conoceréis, porque os escribiré y pronto os haré otra visita. Si á solas no me dejan con vos, al entrar ó al salir, aprovechando un momento oportuno, dejaré mi carta donde sea posible, debajo de la silla donde me haya sentado, tras esa puerta, en un rincón ó en otro sitio cualquiera, ó tal vez os la entregue en presencia de todo el mundo oculta en un objeto que os traeré como regalo de vuestro padre ó de mi esposa. Vos cavilaréis después para encontrar la carta, pues yo no puedo hacer más que traerla y dejarla aquí, quizás en vuestras manos. El Sr. Diego de Paredes vendrá esta noche á la habitación del sacristán, hablará con él, y veremos si consigue tener un auxiliar dentro de esta casa.

La joven fijó una mirada de asombro en el señor de Santisteban, que con la misma sencillez y la misma calma que antes prosiguió diciendo:

—En cuanto á los peligros que amenazan á Cabral, no tengáis ningún cuidado, porque antes que él perezca yo habría de sucumbir.

—Vuestra generosidad...

—No es ninguna, puesto que este asunto ha llegado á ser tanto mío como vuestro, y al protegeros trabajo en mi favor, sin contar con que cumplo una obligación al favorecer la causa de la justicia. No dudéis del triunfo, no perdáis la fe, porque todo se perdería.

—Espero que Dios me dé fuerzas.

—Os sobrarán, no lo dudéis.

—¡Tenéis el don de devolverme la tranquilidad!

—Porque os recuerdo lo que olvidáis en momentos de ofuscación y de arrebató.

—Caballero...

—Voy á concluir, y ahora es cuando debéis escucharme con más atención. En el momento en que yo os lo diga, exhalaréis un grito desgarrador, y luego fingiréis que os dejáis arrebatar por el dolor más intenso; fingiréis que la desesperación os trastorna. Esto lo explicaré diciendo que os he dado la noticia de la prisión de vuestro amante, y después haréis lo que convenga. Preparaos, pues, porque nuestro triunfo depende de vuestra habilidad para fingir, doña Margarita — dijo D. Lope.

—De mi habilidad desconfío.

—Si desconfiáis, nos perderemos.

—Como mi amor no me dé fuerzas...

—Preparos, pues, doña Margarita, porque se acerca el momento.

Se hizo más densa la palidez de la joven: tembló, agitada profundamente por el temor de no fingir con bastante habilidad; pero reconocía que el plan trazado por D. Lope era el más conveniente, el único tal vez que había de darles el triunfo.

—Estoy preparada—dijo después de algunos momentos.

—Pues bien—repuso D. Lope;—suponed que acabo de daros la terrible noticia. ¡Ahora el grito! ¡Veamos!

Y al decir esto cambió la expresión del semblante de D. Lope, y su mirada se fijó profundamente en la hija de Felipe IV. Hizo ésta un esfuerzo. Por primera vez en su vida iba á mentir; su rostro se contrajo hasta el punto de desfigurarse, abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de las órbitas, miró á D. Lope, y dejó escapar un grito destemplado, que debió de resonar á larga distancia.

—¡Muy bien!—murmuró el caballero.

Y en pie se puso. Debía principiar la farsa. Nuevos gritos, ayes desgarradores exhaló doña Margarita: parecía que estaba en el último grado de la desesperación. Empezaba admirablemente, y si lo mismo continuaba, no podía pedirse más. Sucedió lo que era preciso que sucediera: los ayes fueron oídos por

algunas monjas; y aunque ninguna espiaba, fijaron la atención, como era consiguiente, y se acercaron á la puerta de la celda, convenciendo de que algo muy grave pasaba allí.

Entonces oyeron la voz grave de D. Lope, que decía:

—Agradeced á Dios que os envíe sufrimientos, porque así se acrisolará vuestra virtud y más fácilmente conseguiréis la salvación eterna. La criatura no ha nacido para gozar, sino para luchar constantemente, para sufrir; y su primera obligación es resignarse, porque el que no se resigna, da una prueba de que no respeta los fallos de Dios.

—¡Pobre alma mía!—exclamó la joven con voz ahogada por los sollozos.

—¿Dónde está el valor de que tantas pruebas habéis dado?

—¡Mis fuerzas son pocas para resistir este golpe tremendo!

—Las fuerzas de la criatura lo resisten todo cuando no se pierde la fe en la misericordia y justicia divina.

—Una de las monjas que escuchaban creyó que debía dar parte á la Superiora, y así lo hizo, repitiendo las palabras que habían oído pronunciar al caballero y á Margarita. La causa de este incidente no pudo adivinarla la reverenda Madre; pero por lo mismo que el caso era extraordinario, determinó acudir para salir de dudas. Llegó, y se sintió aturdida al ver á Margarita como si loca estuviese por el dolor. D. Lope la contemplaba compasivamente y le dirigía las frases más cariñosas.

—¿Qué sucede?—preguntó la anciana.

—Lo que forzosamente había de suceder—respondió el caballero,—pues esta situación no podía resolverse más que así. Ya os he dicho que por fin la justicia consiguió apoderarse de esos dos desgraciados, y que en un calabozo están. Esta noticia acabo de darle, y sus efectos...

—No comprendo bien.

—Reverenda madre, como un acto de justicia y de consideración á la desgraciada, debemos dejar que esta pobre niña desahogue con el llanto su dolor. Debe de sufrir mucho, porque en un instante ve desvanecida su última esperanza; pero este arrebató pasará, com-

prenderá su deber de resignarse, y entonces podréis consolarla y hacerla comprender que la dicha que pierde en este mundo la ganará con creces en el otro.

—Pero...

—Vamos, reverenda madre, si á bien lo tenéis, porque Su Majestad me espera y no puedo detenerme mucho.

Maquinalmente salió la anciana con don Lope. Cuando pudieron hablar, dijo éste:

—Me he visto precisado á apelar al último recurso; pero así terminaremos de una vez. He tenido que destrozar el alma de esa infeliz criatura, y Dios sabe lo que he sufrido; pero las circunstancias lo exigían así. Yo tenía que cumplir mis deberes, porque para algo he venido.

—Aún no entiendo. Si no os explicáis con claridad...

—Hay mentiras que son provechosas, y hay situaciones y momentos en que está permitido mentir para hacer un bien. De todas maneras, es mía solamente la responsabilidad de lo que acabo de hacer, y, por consiguiente, vuestra conciencia puede estar tranquila. He disipado la última esperanza de doña Margarita diciéndole que el Sr. Domingo Cabral y el amigo que le ayuda han caído en poner de la justicia; y como ella sabe que de su calabozo no pueden salir sino para morir á manos del verdugo ó para ir á una prisión de Estado, lo cual es enterrarlos en vida, ha perdido toda esperanza, lo mismo que si su amante hubiera muerto. ¿Comprendéis ahora? Mál que le pese, habrá de resignarse, y ya no luchará para salir de esta santa casa, puesto que nada la espera en el mundo.

—Ese medio...

—¿Lo desaprobáis?

—No; pero...

—Es eficaz; no lo dudéis.

—Nunca se me ocurrió semejante cosa.

—Permitidme un desahogo de vanidad diciéndoos que por algo deposita en mí su confianza el Rey. ¿Cómo me hubiera mandado venir sin la seguridad de que había de encontrar medio para salir del apuro? Primero acudí á la persuasión; pero encontré una resistencia invencible: me convencí de que no habíamos de conseguir nada, y entonces resolví des-

cargar el golpe tremendo. El resultado será el mejor; ya lo veréis.

—No lo dudo.

—Y es posible que mi mentira se convierta en verdad muy pronto, puesto que la justicia busca á los dos hidalgos, y ha de encontrarlos al fin.

—Un inconveniente encuentro á vuestro plan. Ese mancebo vendrá diariamente á la iglesia, y desde el cielo puede verle doña Margarita.

—Vendrá; pero no entrará, porque á todas horas habrá por estos alrededores algunos corchetes, y cuando los vea retrocederá.

—Si esa prevención se adopta...

—Y otras muchas, reverenda madre, pues yo no hago las cosas á medias.

—Ya lo veo.

—Por lo que pueda suceder, no quiero entregarme á ilusiones. Según habíamos convenido, examinaré el interior de esta santa casa, y os daré algunos consejos en cuanto á las precauciones que deben adoptarse, puesto que nada perderemos. En lo demás haréis lo que bien os parezca, y con palabras dulces iréis proporcionando consuelo á esa infeliz criatura. Dentro de muy pocos días volveré para saber cómo se encuentra, y entretanto, si alguna novedad ocurre, daréis aviso á Su Majestad, ó me lo daréis á mí.

Convencida quedó la anciana. Salió con don Lope para recorrer el convento, dándole á conocer todas las entradas y salidas, todos los rincones, y cuanto se hacía para evitar cierta clase de abusos. Así pudo el señor de Santisteban saber donde tenían su habitación, lo mismo el sacristán que el demandadero, el hortelano y otros sirvientes, y sobre esto hizo muchas preguntas, cuyas contestaciones debían serle muy útiles. Comprendió todas las dificultades que había para introducirse en el convento, y hasta para ponerle en comunicación con la joven. El sacristán podía serle muy útil; pero la dificultad consistía en conseguirle, en que se decidiera á ser traidor.

Hasta los camaranchos recorrió el señor de Santisteban, haciéndose cargo de las pequeñas ventajas que tenían, y que daban á los tejados. Puede decirse que en su imaginación quedó grabado el plano del interior del edifi-

cio. S empre representando hábilmente su papel, D. Lope hizo algunas advertencias á la Superiora y le dió algunos consejos para que adoptara ciertas precauciones que en ningún caso podían perjudicar á doña Margarita; consejos que agradeció mucho la anciana, y prometió seguirlos al pie de la letra. Una hora después habían terminado, y el caballero dijo:

—Me parece que no necesitáis más explicaciones ni advertencias.

—Lo que necesito es que á la iglesia no vengán esos dos hidalgos.

—Descuidad.

—Lo principal está hecho con haber desvanecido las últimas esperanzas de doña Margarita.

—Creo que muy pronto cambiará, y que ella misma pedirá pronunciar los votos que han de separarla para siempre del mundo.

—¡Dios lo quiera!

—Así todo habrá concluido.

—Y á vos se os deberá.

—Reverenda madre, os felicito por vuestro celo y por la gran inteligencia que habéis demostrado para cumplir vuestros deberes.

—Decid á Su Majestad que cuente conmigo como con el más leal y fiel de sus vasallos.

—¡Que Dios os recompense!—dijo D. Lope.

Se inclinó y besó respetuosamente las camándulas que pendían de la cintura de la religiosa.

—¡El Cielo os bendiga!

Así terminó la conversación; llamó la reverenda Madre para que dos novicias acompañasen hasta la puerta al noble caballero, y cuando éste se encontró en la calle desplegó una burlona sonrisa y exclamó:

—¡Vive el Cielo! ¡Apurado me he visto; pero Dios ha querido protegerme! ¿Y qué haremos ahora? ¡No lo sé! ¿Debe el Sr. Diego acudir á la cita que tiene con el sacristán? Creo que sí; pero ¿no cometerá alguna torpeza? Pruebas ha dado de que vale mucho; pero... ¡Dudo!

Cuesta arriba tomó el caballero, que ante todo debía ir á Palacio para dar cuenta al Rey de lo sucedido y seguir representando la farsa. Estaba seguro de que Felipe IV había de aprobar cuanto había hecho, pues bien debía parecerle todo lo que le proporcionase tranquilidad de espíritu. No tenemos para qué re-

petir su conversación con el Rey, y nos concretamos á decir que los últimos rayos del Sol acababan de desaparecer cuando D. Lope sabía del Buen Retiro.

CAPÍTULO VII

De cómo el Sr. Diego y D. Lope consiguieron aturdir al Sr. Domingo.

—¡Truenos y rayos! ¡Si no estáis convencido, os convencerá la experiencial! La alegría trae la alegría, y la tristeza, la tristeza: esto sucede por la misma razón que el dinero se va siempre á manos de los ricos y huye de los pobres. En la Naturaleza hay misterios que el hombre no ha penetrado y que, probablemente, no penetrará; pero los hechos son innegables. Ya sabéis aquello que dice el adagio de «Bien vengas, mal, si vienes solo;» y es porque tras una desgracia caen mil sobre la misma criatura, como si por ráfagas y lo mismo que el viento llegasen á nosotros la fortuna ó la desdicha. Esto consiste en que hay una atracción misteriosa entre todo lo malo y entre todo lo bueno, y la fortuna, que es, indudablemente, una mujer siempre joven, siempre bella, y sobre todo siempre alegre, huye de la tristeza, del dolor y del llanto. Y la verdad es que yo hago lo mismo, á pesar de que no soy mujer bonita ni caprichosa. No debéis ignorar que el gran emperador Carlos V, ó sea el bisabuelo de nuestro augusto Monarca, dijo que la fortuna vuelve la espalda á los viejos. No se equivocó; y si he de decir con franqueza lo que siento, alabo el gusto de la fortuna. Así queda explicado por qué me veis alegre, ó haciendo esfuerzos por alegrarme, aun en los momentos de mayor apuro, pues no quiero con el mal humor ó la tristeza atraer las adversidades. ¡Que el Diablo cargue conmigo! Tengo que interrumpirme para hacer os una advertencia. ¡Tripas de Lucifer! Ya que otra cosa no hacéis, ¿por qué no llenáis los vasos? Miradlos vacíos, meláncolicos y con la boca abierta, esperando lo que yo también espero. ¡Gracias á Dios! ¡Así! ¡Muy bien! ¡Brindemos por la salud del sapientísimo sacristán!

No hay que decir que quien así hablaba era el Sr. Diego de Paredes; pero conviene añadir que su alegre discurso lo pronunciaba á las nueve de la noche y en tanto que cenaba en compañía del Sr. Domingo Cabral, que, como buen enamorado, estaba triste. La verdad es que motivos sobrados había para su preocupación, pues en aquellos momentos se decidía su suerte, y lo mismo podía ser la más feliz que la más desgraciada de las criaturas. Bebió maquinalmente y guardó silencio. Iba su amigo á perorar otra vez sobre la conveniencia de estar alegre; pero no pudo hacerlo, porque la puerta se abrió, presentándose en ella D. Lope de Santisteban.

—¡Ah!—exclamó el enamorado mancebo.

—¡Á tiempo llegáis!—dijo Paredes.

—Me felicito, porque no hay nada que más me desagrade que ser inoportuno.

—Eso es imposible cuando se trata de nosotros—repuso Cabral;—primeramente, porque siempre venis para hacernos beneficios, y, además, porque ésta es vuestra casa, y nadie es inoportuno cuando en su casa entra. Con ansiedad os esperábamos, y...

—Habéis debido comprender que la prudencia me aconsejaba venir á estas horas.

—¿Nos traéis alguna noticia?—preguntó ansiosamente el Sr. Domingo.

—Muchas y muy buenas—respondió Paredes sin dar tiempo á que respondiese don Lope;—y si no estuviéseteis tan preocupado y tanto os perturbase la preocupación, hubierais conocido en el semblante del señor de Santisteban que hay algún motivo para que nos felicitemos.

—Hasta cierto punto no más—replicó el caballero,—pues con frecuencia la fortuna es engañosa, y, sobre todo, no debemos olvidar que siempre detrás de la fortuna está la desgracia.

—¿Habéis estado en Santo Domingo?

—Cumplí la orden de Su Majestad, y la cumplí lealmente, con un celo exagerado, pues no me contenté con dar consejos á la reverenda Superiora para que adoptase nuevas precauciones, sino que descargué el golpe terrible, el golpe decisivo, y así ha cambiado competamente la situación.

—¿Habéis visto á Margarita?

—Á solas hablé con ella y sin que nadie es-

cuchase nuestra conversación. La traté con alguna dureza porque ha sido imprudente en demasía y ha podido comprometernos; la hice comprender que sin mucha calma y mucho disimulo todos nos perderíamos, y cuando reconoció que mis consejos eran acertados, le di la terrible, la espantosa noticia de vuestra prisión y del Sr. Diego de Paredes.

—¡Nuestra prisión!

—Le aseguré que ya estabais en un calabozo, de donde no saldríais sino para morir á manos del verdugo, pues castigo tal merece quien ha hecho lo que vosotros hicisteis en Nápoles.

—¡Caballero!...

—Y añadí que si por casualidad, por milagro, os librabais de la muerte, iríais á una prisión de Estado, y os sepultarían vivos en el Alcázar de Segovia.

—Pero...

—Estas noticias produjeron el efecto que era consiguiente: la pobre niña exhaló un grito desgarrador, y como si el juicio perdiera, entregóse á todos los transportes del dolor y de la desesperación. En vano intenté consolarla haciéndola comprender que su obligación era resignarse, y que en la vida eterna sería recompensada largamente por los sufrimientos que en este mundo destrozasen su alma.

—¡Perdonad!—dijo con impaciencia el señor Domingo.

—¿Qué se os ocurre?

—La duda de si habláis seriamente.

—Sí; y así debierais comprenderlo con sólo pensar que lo cortés no quita á lo valiente; es decir, que mi deseo de que seáis dichosos nada tiene que ver con mi obligación de servir lealmente á Su Majestad. En mí ha depositado el Rey su confianza, todo lo espera de mí, y no había de pagarle con un engaño, con una alevosía, porque eso no lo permite mi conciencia.

Mientras así y muy gravemente hablaba D. Lope, el Sr. Diego de Paredes le miraba, hacía un gesto de significado dudoso y echaba vino en su vaso. Se contrajo la frente de Cabral.

El señor de Santisteban añadió:

—El Rey me suplicó que le sacara del apuro, y le prometí hacerlo así, porque le debo más

que la vida. Bien sabéis que esclavo soy de mis palabras, y lo que prometo lo cumplo. Busqué un medio para terminar de una vez este negocio, y no encontré más que uno eficaz; el de disipar hasta la última esperanza de doña Margarita, pues así aceptaría su triste situación y acabaría por ser monja, que es lo que desea su padre. Si todo lo pierde en el mundo, claro es que ha de buscar refugio en el claustro; y aunque no os olvide, mientras crea que estáis en el calabozo nada hará para salir del convento.

—¿Y luego?

—Sucedió lo que era natural: los gritos desgarradores de la pobre niña llamaron la atención de algunas monjas, que dieron aviso á la Superiora; acudió ésta, se enteró del suceso, me ayudó como pudo á tranquilizar á doña Margarita, y al fin determinamos dejarla para que con entera libertad y con lágrimas desahogase su dolor. Nos ocupamos entonces en recorrer el convento, y examiné detenidamente hasta los camaranchones. Salí, y al Buen Retiro me encaminé para dar al Rey noticia del suceso.

—Y el Rey..

—Como era natural, se entusiasmó hasta el punto de abrazarme, y después de tratar del asunto con el detenimiento que su gravedad exige se acordó prevenir á la justicia para que á todas horas, lo mismo de día que de noche, haya vigilantes junto al convento. Así se evitará que vos entréis en la iglesia y que os vea doña Margarita; es decir, se evitará que se descubra la farsa.

—¡Admirable!—exclamó por fin el Sr. Diego de Paredes.

Y bebió con entusiasmo. El Sr. Domingo Cabral permaneció silencioso, probando así que es muy verdad que el amor sirve lo mismo para aclarar la inteligencia más oscura que para obscurecer la más clara.

—Con esa vigilancia constante—añadió don Lope—se conseguirá también que la justicia se apodere de vosotros, si es que cometéis la locura de acercaros al convento. Me parece que el plan está bien combinado, y no extrañaréis que me envanezca de él.

—¡Vive Dios!—exclamó el Sr. Domingo, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas

¿Y qué corchete ni alcalde pondría las manos sobre mí sin perder la vida?

—Ahora sois el verdadero hijo del capitán Domingo Cabral.

—Podrán matarme; pero...

—También vuestro padre juró que no consentiría morir á manos del verdugo.

—Pues yo también juro...

—¿Estáis decidido á morir? Pues precisamente complaceréis á Su Majestad, ya que cuando dejéis este mundo nada tendrá que temer, y complaceréis también, y mucho más, á D. Juan de Haro.

—¡Á ése no, porque le mataré antes de morir!

—He ahí un gran desenlace; y sobre todo, así quedaría bien asegurada la felicidad de la mujer á quien amáis.

—¿Me queda otro recurso?

—Si reflexionáis...

—Caballero, si pensáis aconsejarme que espere sin saber hasta cuándo, que deje la solución á las circunstancias, que lo fie todo al tiempo...

—Por el contrario, os aconsejo que no os descuidéis, que luchéis con más ardor que nunca; pero que no os dejéis arrebatar cometiendo imprudencias que os costarían muy caras.

—Si las imprudencias consisten en acercarse al convento...

—Os aconsejo la calma, como á doña Margarita se la aconsejé.

—¡Eso es muy vago!

—¡Cien mil legiones!—exclamó Paredes.—¡Ya se acabó mi paciencia, Sr. Domingo! ¡Imposible parece que estéis representando tan triste papel!

—¡Creo que acabaréis por volverme loco!

—Yo creo que ya lo estáis; y la culpa es vuestra, porque en vez de beber, de hablar mucho y de reir más, como habéis visto que yo hacía, estáis toda la noche silencioso y triste. Si el vaso habéis llevado á la boca, ha sido menester que yo os lo mande cien veces. Si de vos me burlo ahora, no tendréis derecho para quejaros, pues vuestra es la culpa. ¡Imposible parece que un hombre como vos se aturda con tanta facilidad! Cuanto ha dicho D. Lope es muy cierto. Ha cumplido su deber;

pero debierais haber comprendido que principió por advertir á doña Margarita, y...

—¡Soy un estúpido!—exclamó desesperadamente Cabral.

—Viéndolo estáis: mi alegría ha traído la alegría. La situación ha cambiado; y aunque hemos de vencer muchas dificultades y nos amenazan muy grandes peligros, contamos con ventajas muy grandes.

—¡Cuánto os debo!—dijo Cabral estrechando las manos de D. Lope.

—Me consideraré pagado si sois prudente.

—Dispuesto me tenéis á obedecer vuestras órdenes, aunque me parezcan el mayor de los desatinos.

—¡Lo veremos!

—Caballero—dijo Paredes,— se acerca la hora de la cita, y hemos de determinar lo que ha de hacerse. En vista del cambio de situación y de circunstancias, ¿debo ver al sacristán?

—Opino que sí.

—¿Y en qué sentido he de hablarle?

—Sr. Diego, sobre ese punto nada puedo decir. Puesto que vos habéis principiado la farsa, obligación vuestra es concluirla. Vos debéis de saber lo que os proponiais, pues no creo que sin ningún plan acometierais la empresa.

—Aún no he perdido la razón.

—Pues bien; yo tengo en vos la confianza más ciega. Únicamente me permitiré recordaros que una torpeza, una imprudencia, la ligereza de menor importancia, puede comprometernos á todos y hacer imposible la felicidad de dos criaturas tan nobles como desgraciadas.

—No se me oculta que mi responsabilidad es muy grande; pero al aceptarla doy una prueba de gratitud á mi mejor amigo, al que ha sacado de su calabozo á mi infeliz padre.

—Vuestro proceder es noble.

—Puedo equivocarme, porque al fin soy una criatura como todas; pero si una torpeza cometo, os juro que no me perdonaré, y que yo mismo pondría fin á mi existencia. Sobre este punto, D. Lope, no os molestéis en hacerme reflexiones. Debéis conocerme, y...

—Sí, os conozco bien.

—Hablemos, pues, de lo que más interesa en estos momentos.

—Si opináis como yo...
 —Acudiré á la cita.
 —No olvidéis que los alrededores del convento están vigilados.
 —No lo olvido; pero tengo la esperanza de burlarme de los corchetes que andan por allí.
 —Os acompañaremos.
 —¿Y Gil?
 —Le dejé hablando con vuestro criado.
 —¿Supongo que está al corriente de cuanto ha sucedido?
 —Sí.
 —¿Habéis traído linternas?
 —Una cada cual.
 —Pues lo mismo haremos nosotros, porque no sabemos lo que puede ocurrir.
 —Ya es hora de que en marcha nos pongamos.
 —Sr. Domingo— dijo Paredes, —como quien arriesga un maravedí voy á jugar vuestra dicha.
 —¡Mi mejor amigo seréis, aunque la fortuna os vuelva la espalda!
 —No me la volverá, porque aún no soy viejo.

La expresión del semblante de Cabral había cambiado. Todos, provistos de linternas sordas, que cuidaron de cerrar, envueltos en sus capas y con el oído atento, la mirada escudriñadora y la espada en la diestra, salieron de la casa sin producir el más leve ruido, dirigiéndose á Santo Domingo el Real.

CAPÍTULO VIII

Idas, venidas, conversaciones y cintarazos.

Mientras dejaban atrás calles y calles, no pronunciaron ni una sola palabra. Á los caños del Peral llegaron, detuviéronse, y entonces dijo D. Lope:

—Señor Diego, ahora no somos más que vuestros auxiliares, y este papel lo represento con gusto. Puesto que la responsabilidad es vuestra, á vos os toca disponer, pues así no podréis quejaros de nuestras torpezas.

—Estamos de acuerdo, D. Lope, y ni siquiera consejos os pido. Vos, amigo Gil, vais á tomar por el Arroyo, á subir por San Martín,

haciendo de paso las observaciones que sean convenientes; yendo á parar á las encrucijadas de Santa Catalina, llegaréis á la cuesta. Dejando ver la luz de vuestra linterna cuando lo creáis oportuno, bajaréis por el lado derecho, examinándolo todo para poder decirme si hay allí vigilantes.

—Continuad.

—He concluído con respecto á vos; y en cuanto á vuestro noble señor, algo tengo también que ordenar.

—Decid.

—Caballero, cuando yo os avise, que será en el momento en que divisemos la linterna de vuestro criado, subiréis por la cuesta, y por el lado opuesto al en que él ha de examinar.

—Supongo que Gil se reunirá con vosotros en este sitio, y yo volveré por el lado de la Inquisición.

—Eso es.

—¡Pues manos á la obra!

—¿Y qué hemos de hacer entretanto?—preguntó Cabral.

—Esperaremos—le respondió Paredes;—y si algún peligro nos amenaza, como no somos más que dos, podremos deslizarnos por entre estos alrededores, y desapareceremos con mucha facilidad.

Lo que intentaban era casi impracticable; pero no habian de retroceder, ni siquiera detenerse ante ninguna consideración. Ni más instrucciones pidió, ni más habló Gil.

Abrió su linterna y se encaminó al arroyo del Arenal. Pronto desapareció. El señor de Santisteban y sus dos amigos quedaron inmóviles. Los minutos pasaron con mucha lentitud para el enamorado mancebo.

—¿Qué hace Gil?—preguntó Cabral.

—Quizás haya encontrado algo que le interese ver.

—¡No estoy tranquilo!

—Pues si algo teméis—replicó el Sr. Diego, —callad, porque no es menester que nos llenéis de tristeza.

Poco después brilló una luz en la parte superior de la cuesta.

—¡Allí le tenéis!—dijo D. Lope.

Y sin esperar más, abrió también su linterna y se dirigió hacia Santo Domingo, empezando á subir por la derecha, es decir, sin sepa-

rarse de la tapia de la huerta y de los sombríos muros del convento. Del pórtico de éste se escapaban algunos débiles rayos de la luz que ya hemos dicho ardía en un fanal pendiente ante la imagen de la Madre Santa del Salvador.

Mientras subía, por el opuesto lado bajaba Gil, sin que su mirada penetrante y escudriñadora perdiera ni un solo detalle de cuanto por allí había. Antes de llegar á lo que es hoy calle de Fomento, percibió el bulto de un hombre en el hueco de una puerta. Aparentó Gil que nada había visto. Adelante siguió, ni de prisa ni despacio. Su aspecto era el de cualquier transeunte pacífico. Después vió otro bulto tras una esquina, y otro después en el hueco de otra puerta.

—¡Y van tres!—dijo para sí—¡Pues si no hubiese más, salvo la inconveniencia de producir un escándalo, nos quitaríamos muy fácilmente el estorbo!

Siguió bajando; otro embozado encontró, oculto como era posible.

—¡Cuatro!—murmuró el sirviente.

Entretanto D. Lope, que al mismo paso subía, vió que en el hueco de la puertecilla por donde precisamente había de entrar el señor Diego encontrábase un hombre oculto. Para mayor comodidad, se había sentado en el escalón de la puerta; y tal vez se había dormido, pues como la noche no estaba fría y la quietud convida al sueño, no teniendo otra cosa que hacer, era natural que sus ojos se cerrasen. Si dormía ó estaba despierto, no pudo verlo D. Lope; pero sí que no hizo el más leve movimiento. Avanzó más, llegó al pórtico, y vió allí otro embozado en pie y apoyado en el muro: ya eran seis. Siguió D. Lope, llegó al término de la Cuesta, se detuvo un momento, volvió á la izquierda, y entró por la calle donde se levantaba el edificio donde estaba el Tribunal Supremo de la Inquisición. Pocos pasos había dado por allí cuando otras luces vio brillar, luces llevadas por gente que caminaba en dirección opuesta.

—¡Una ronda!—murmuró el caballero.

Y bien pronto se encontró con los corchetes y el Alcalde, que le dió la voz de alto.

—¿Queréis llevarme preso?—le dijo don Lope, mientras le alargaba la diestra.

—¡Ah!...

—¿Os sorprendéis al encontrarme por aquí?

—En verdad que no debe sorprenderme, pues ya sé que en este asunto, tan misterioso como desagradable, habéis de tomar parte muy activa.

—Por mi desgracia, pues, sobre que mejor me encontraría en mi vivienda, no quisiera compromisos ni responsabilidades.

—Caballero—repuso el Alcalde, apartándose de los corchetes para que éstos no pudiesen oír,—si me dieseis algunas explicaciones sobre este asunto, os lo agradecería con toda mi alma, pues á ciegas voy; y cuando á ciegas se va, es lo más probable tropezar y caer.

—Cierta noche inolvidable tuvisteis la desgracia de llegar á la Plaza Mayor, precisamente en los momentos en que dos hidalgos acababan de acuchillar á los agentes secretos del Ministro. Como quiso la casualidad que tomaseis parte más ó menos activa en aquel suceso, fuisteis el designado por el Rey para perseguir á los criminales.

—Y eso nada tiene de particular.

—Sabéis que soy vuestro verdadero amigo.

—Porque lo sé os hago estas preguntas.

—Pues bien; os diré cuanto me sea posible decir, porque me desagradaría mucho que os encontraseis en algún conflicto. Sois honrado y leal, merecis to la clase de consideraciones por vuestro talento y los servicios de gran importancia que habéis prestado á la justicia, y voy á daros una prueba de la consideración con que os miro; si bien os advierto que mis palabras no son ni pueden ser consejos, y que en libertad quedáis para hacer después lo que vuestra conciencia os dicte ó lo que mejor os parezca.

—Siempre os viviré agradecido,

—Cumpló un deber que me impone la amistad; si bien no puedo ser tan explícito como desearía, porque me lo prohíben mis estrechos deberes y mi situación excepcional.

—Comprendo.

—Uno de los dos criminales es un hijo del tristemente célebre Cabral.

—Ya lo sé, y no olvido que mucho nos dió que hacer su padre hace quince años ó poco menos. El otro, es el hijo de un notario de la Inquisición, llamado Paredes, á quien conocí.

Era muy honrado. Empezó un viaje, no sé con qué objeto, aunque dicen que para asuntos del servicio, y desapareció como si se lo hubiera tragado la Tierra. Ya nadie se acuerda de semejante hombre; y en cuanto á su hijo, por lo que he podido averiguar, ha llevado una vida borrascosa.

—Vuestros informes son exactos.

—Lo que me llama la atención es que me manden proceder contra ellos, diciéndome que cuando se encuentren en un calabozo me entregarán las pruebas de los grandes crímenes que han cometido. ¿Qué razón puede haber para este proceder misterioso? Habrá alguna; pero no la adivino.

—¿Y no os han dado más explicaciones?

—Algo más me han dicho esta tarde al darme las órdenes para que en particular vigile por los alrededores del convento de Santo Domingo, advirtiéndome que por aquí he de encontrar á los criminales, porque Cabral se metido en no sé qué intriga amorosa con una novicia de la comunidad de Santo Domingo. Siendo así, claro es que ese mancebo ha de acercarse al sitio donde se encuentra el objeto de su amor, y, por consiguiente, ella ha de ser como el cebo que se pone para que el inocente pájaro caiga en la red que se le ha tendido.

—Comprendéis bien la situación.

—Pero el asunto no lo entiendo.

—Os falta saber qué clase de crimen han cometido esos hidalgos, y si os parece que sabiéndolo habéis de quedar en situación más ventajosa, os lo diré reservadamente, y vos seguiréis aparentando que lo ignoráis.

—Si tenéis confianza en mí...

—Ciega.

—¡Gracias, D. Lope!

—El notario Alfonso de Paredes desapareció porque le encerraron en el castillo del Ovo en Nápoles, y más de quince años ha estado allí. El por qué, no puedo deciroslo, porque tampoco os importa: ello es que allí consumía su horrible existencia, sin que su nombre conociera ni aun su carcelero.

—Lo que diciendo estáis...

—Os parece un secreto de Estado, y lo es.

—¡No quiero conocerlo!—replicó vivamente el Alcalde.

—Ni yo os lo revelaré.

—¿Y qué tiene que ver la desgracia del padre con el hijo?

—Que el hijo, con la ayuda de Cabral, ha conseguido sacar de su calabozo al padre. En lugar del preso dejaron un cadáver; cuando la intriga fué conocida, fueron perseguidos, hicieron resistencia con las armas, y la vida perdieron algunos agentes de la autoridad.

—Señor de Santisteban, casi me arrepiento de haberos pedido explicaciones.

—Lo que habéis de saber algún día, podéis saberlo ahora.

—Sin embargo...

—Á España se volvieron, y el Rey, que sobrados motivos tiene para recordar con horror al tristemente célebre Cabral, ha tomado este asunto con el calor que era consiguiente. Hay, además, otra circunstancia muy grave, que es también otro secreto de Estado.

—¡Callad, D. Lope, callad!

—¿Os parece que ahora os amenazan peligros?

—Y muy grandes.

—Pues en mayor apuro habéis de veros el día que os apoderéis de los dos hidalgos.

—¡Que Dios me asista!

—Os advierto que valen mucho, que de vos se burlarían más de una vez, y que si llega el caso de una lucha, respetarán vuestra vida lo mismo que la de los corchetes.

—Siendo de tal naturaleza este negocio, Su Majestad ha debido apelar á medios extraordinarios, pues esto de echar sobre mí tales responsabilidades, mandarme por un terreno desconocido y entre tinieblas... ¡En fin, que el Rey nuestro señor me perdone; pero!...

—Tranquilo debéis estar si vuestros deberes cumplís.

—No es eso bastante.

—Me parece haber visto algunos bultos cerca del convento.

—Si; seis corchetes que allí se han situado para observar.

—Me parece que se exponen á una de dos cosas: ó á perder el tiempo, ó á sufrir algún serio disgusto. Pero, de todas maneras, vos dejáis así á cubierto vuestra responsabilidad, y no podrá decirse que os habéis descuidado. Además, rondáis, como viendo estoy y á Sa

Majestad diré; pero esta molestia es inútil, y quizás hariais mejor en volver á vuestra casa para descansar.

—No he pensado permanecer aquí toda la noche.

—Determinad lo que bien os parezca: yo no puedo hacer más, no puedo daros más explicaciones,

—Ni las quiero.

—Aunque convencido de que nada adelantaré, he querido dar una vuelta por aquí, y ahora me retiraré, pues no puedo convertirme en corchete.

—Ni yo.

—Aparentad que buscáis sin cesar á los hidalgos; pero...

Se interrumpió D. Lope. No era menester que más dijese: sus palabras tenían un valor inmenso, puesto que nadie ignoraba la intimidad de sus relaciones con Felipe IV; y al tratarse de aquel asunto tenían doble valor, porque especialmente se le había encargado auxiliar á la justicia. El buen Alcalde no mintió al decir que estaba arrepentido de haber pedido explicaciones, pues se trataba de un secreto de Estado, y esto era mucho más peligroso. Despidiéronse como buenos amigos, y D. Lope siguió calle abajo para volver á los Caños del Peral, donde le esperaban sus amigos, mientras muy pensativo quedó el Alcalde, empezando á comprender que su situación era crítica. Volvió á ponerse en marcha con los corchetes, se detuvo al llegar junto á la Cuesta, dudó, y al fin determinó alejarse, dejando allí á los que ocultos vigilaban. La ronda desapareció en el laberinto de calles de Santa Catalina. Entonces el señor de Santisteban dijo á Paredes:

—Esta noche nos protege la fortuna.

—Haré lo posible para aprovechar su protección.

—Ya no tenemos más estorbos que esos seis desdichados.

—Son las diez, y el sacristán me espera.

—¿Qué determináis?

—Acudiré á la cita.

—Dios sabe hasta qué hora permanecerán ahí los corchetes.

—¿No son seis?

—Y nosotros cuatro.

—Contamos con las ventajas de la sorpresa.

—Quizás alg'no duerma.

—Le despertaremos á cintarazos, que bien merece algún castigo quien así cumple su deber.

—Se armará la función, y aprovechando tan oportunos momentos...

—Todo se arreglará como deseamos.

—Ocultemos las luces,

—¡Quietas las lenguas, y que todo lo hagan las manos!

—¡Seguidme!—dijo Paredes,

—¡Vamos, pues!

Uno tras otro y separados por cuatro ó cinco pasos de distancia, tomaron Cuesta arriba por el lado de la derecha sin producir el más leve ruido. Los que en el opuesto lado estaban debieron de fijarse en aquellos bultos, porque alguno salió de su escondite; pero no hicieron más. Al llegar Paredes á la puertecilla de la vivienda del sacristán, se detuvo, dió rápidamente media vuelta, vió que dormía profundamente el corchete que allí estaba sentado, y por no perder un instante, envainó la espada, colgó la linterna en su cinturón, y asíó por la garganta al descuidado vigilante, apretando con fuerza suficiente para producir la asfixia, aunque su intención no era causarle semejante mal. Se estremeció violentamente el infeliz, abrió los ojos, y sintiéndose medio ahogado, debió de verlo todo confuso. Quiso gritar; pero no pudo, y cuando se revolvió desesperadamente para desasirse, Paredes le arrastró, le sacudió brutalmente, le arrojó al suelo, y en tanto que hacia la puerta volvía, dijo á sus amigos:

—¡Entendeos con ese infeliz!

Exhaló un grito el pobre corchete y pretendió levantarse; pero la espada de Gil, aunque de plano, cayó sobre su dolorido cuerpo, haciéndole rodar otra vez: los otros alguaciles acudieron presurosamente blandiendo las espadas y abriendo las linternas.

—¡Teneos al Rey!—exclamaron.

Empero antes de que pudieran ordenarse para defenderse, se vieron tan furiosamente acometidos, que tuvieron que retroceder. El que se había visto en peligro de morir ahogado, apenas consiguió levantarse, huyó mientras exhalaba destemplados gritos, pues le parecía

CAPÍTULO IX

Donde veremos lo que hizo el Sr. Diego de Paredes.

Mientras sus amigos y compañeros perseguían á los corchetes, el Sr. Diego daba algu-

que aún las duras manos de su enemigo oprimían su garganta.

Otro de los corchetes recibió un cintarazo tan terrible, que en tierra dió con su cuerpo. Quedaban cuatro: dos de ellos eran valerosos; los otros dos retrocedieron como quien se dispone á huir, y pensando los primeros que no podrían hacer frente á sus terribles enemigos, retrocedieron también. Entretanto gritaban, creyendo que por allí se encontraría la ronda y que en su socorro acudiría; pero cada grito les costaba un golpe. Pronto buscaron con los pies la salvación que imposible les parecía con las manos y las espadas: don Lope, Cabral y Gil los persiguieron, porque les convenía que despejado quedase el lugar; luego retrocedieron hacia la puertecilla cuando los corchetes se alejaron bastante en distintas direcciones.

El Sr. Diego había entrado en el convento.

—¡Vamos! —dijo D. Lope.

—¿Y hemos de abandonar á nuestro amigo? —replicó Cabral.

—Para entrar ha necesitado nuestra ayuda; pero no ha de necesitarla al salir. Observaremos lo que pueda suceder, pero no desde este sitio, porque es lo más probable que muy pronto vuelvan con refuerzo los corchetes, y nos veríamos muy comprometidos.

—Tenéis razón.

—Ya nos ha proporcionado el Sr. Diego un desahogo, y debéis contentaros por ahora. ¡Dios le dé acierto, porque aún ha de hacer lo más difícil!

Recogieron la espada del corchete para que por allí no quedara esta señal del suceso, se fueron otra vez hacia los Caños del Peral, y ocultáronse allí, quedando inmóviles: y con el oído atento. Entretanto que esperan, volvamos nosotros en busca de Paredes,



Asió por la garganta al descuidado vigilante.

nos golpes en la puertecilla, la cual se entreabrió. Pudo entonces distinguir el semblante del rapavelas, que parecía poseído de profundo terror, por haber oído los gritos de los corchetes.

—¡Ah! —exclamó.

—Nada temáis —le dijo el hidalgo, —pues bien podemos nosotros hablar mientras esos

desdichados se acuchillan unos á otros.

—Pero si observan...

—¿Cómo queréis que de nosotros se cuiden los que tienen que fijar la atención en la defensa de su vida?

Paredes entró, cerró otra vez el sacristán, que en la siniestra mano tenía una palmatoria y no acababa de tranquilizarse.

—Vamos á vuestro aposento—le dijo el hidalgo,—que yo os devolveré la calma.

Siguieron por un estrecho y largo pasillo hasta una habitación donde había una humilde cama, una mesa y tres ó cuatro banquillos. Sobre la mesa dejó el sacristán la palmatoria, y se sentó. Levantó la cabeza y miró al hidalgo, que suspiró penosamente y dijo:

—Yo también he pasado buen susto, porque cuando me acercaba principiaron las cuchilladas, y temi que sin saber lo que hacían me diesen algún golpe que á mi existencia pusiera fin.

—Debísteis retroceder.

—No lo hice porque soy esclavo de mi palabra; y como os prometí venir á las diez en punto, no he querido faltar á la cita.

—Me parece que todavía suenan voces.

—Ahora estamos seguros; si bien es verdad que el susto hemos sufrido, y...

—¡Tiemblo, señor hidalgo!

—Para estos casos uso cierta medicina que me devuelve la calma. Afortunadamente, por circunstancias que ahora os diré, conmigo la llevo, y, con vuestra licencia, la tomaré.

—¿Qué medicamento es ése?

—La verdadera panacea inventada por Noé, según dicen los sabios historiadores; invención que por Dios fué, indudablemente, inspirada.

—Mi curiosidad picáis.

—¡Mirad!—dijo el hidalgo.

Y desembozándose, llevó la diestra á la cintura y enseñó una bota que llevaba pendiente. No era muy grande, pero bien podría contener líquido suficiente para satisfacer al bebedor más insaciable. Con asombro la miró el sacristán, que sin darse cuenta de lo que hacía, movió los labios y por ellos pasó y repasó la lengua; lo cual probaba que le agradaba el vino. Notó el hidalgo que el sacristán se relamía; pero fingió no haber visto semejantes manifes-

taciones del deseo de beber, y descolgando la bota y poniéndola sobre la mesa, dijo:

—Por la más extraña coincidencia veis en mi poder esta bota: lo cual no quiere decir que el vino me desagrade, pues, por el contrario, creo que sin el vino es imposible el vigor, la salud, y hasta la inteligencia. En prueba de esto, os referiré...

Se interrumpió Paredes, tomó la bota y bebió; luego castañeo la lengua, se relamió, y mientras sonreía exclamó:

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios, qu: tales cosas cria! ¡No me han engañado, y me parece... ¿No queréis beber? Hacedlo, y recobraréis la calma. No creáis que este delicioso líquido se parece á los brebajes que en la taberna dan, pues es un vino añejo, de cerca de cien años.

—¡Un siglo!

—¿Qué os admira?

—Nunca he probado semejante cosa.

—Pues ahora se os presenta la ocasión, y gran torpeza cometeréis si no la aprovecháis. Bebed, y veréis cómo apenas en vuestro cuerpo entren algunas gotas, sentís un vigor extraordinario y una alegría, una satisfacción que no pueden concebirse si no se han experimentado. No os molestéis en sacar vasos, pues entre hombres como nosotros, los cumplimientos y las ceremonias están demás. ¡Tomad, hermano! Pero ahora caigo en la cuenta de que ignoro vuestro nombre.

—Me llamo Casimiro.

—¡Por muchos años! Otra vez os ofrezco..

—Mi deber es aceptar, siquiera sea para corresponder á vuestra cortesía como merece.

Tomó la bota el hermano Casimiro, y empezó á beber con tanta ansiedad como delicia. Cambiaba la expresión de su semblante á medida que tragaba; brillaban más y más sus ojos: tanto debía de ser su entusiasmo, que no apreció el tiempo que pasaba.

Largo rato trasegó el líquido espirituoso desde el interior de la bota al de su cuerpo.

En realidad, el vino era muy bueno; pero aunque malo hubiera sido, lo trasegara con igual entusiasmo. Por fin puso término á su inmenso goce, no porque estuviera satisfecho, sino por temor á lo que pudiera pensar el hidalgo.

—¿Qué tal?—le preguntó éste.

—¡Exquisito!

—Ahora no dudaráis de su antigüedad,

—¡Nunca imaginé que tal cosa hubiera en el mundo! ¡Ah! ¡Los que esto beben son muy felices; pero los pobres!...

—Viendo estáis que también se nos presenta la ocasión de proporcionarnos estos goces. No tiene precio este vino: cada gota vale un tesoro, y sin embargo, á mi nada me cuesta.

—¿Nada?

—Tengo un pariente muy rico, que es el dueño de la bodega donde se guarda esta ambrosía, y aunque algo tacaño es y nunca me ha dado nada, de vez en cuando me envía de este vino, quizás con el fin de que yo le alabe, y proporcionarse así satisfacciones para su vanidad.

—Os miro con envidia; es decir...

—Yo envidiaría á quien tuviese esta fortuna.

—Y no habéis exagerado en cuanto á los efectos, pues no solamente he recobrado la tranquilidad, sino que siento el vigor de la juventud, mis ideas son alegres, y casi, casi tengo ganas de reír.

—¡Por vuestra salud!—dijo el Sr. Diego bebiendo otra vez.

Y volvió á dar la bota al sacristán, que la tomó, deleitándose nuevamente. ¿Se proponía emborracharle el Sr. Diego? No deseaba semejante cosa, sino ponerle en ese estado que es como el principio de la embriaguez, estado de loca alegría en el cual no podemos permanecer silenciosos, y somos indiscretos hasta el punto de decir lo que más nos conviene callar.

—Este mundo—dijo Paredes—es un valle de lágrimas. Pero cuando Dios nos ha dado los medios para gozar, es porque quiere que tengamos algunas horas de descanso, reanimándonos así para soportar todas las penalidades.

—Pero en esas horas de descanso—dijo tristemente el sacristán—es cuando corremos peligro de que nos tiente Satanás, que siempre se nos presenta revestido con las galas deslumbradoras de los goces.

—¡Muy bien, hermano Casimiro, muy bien!—dijo entusiasmado el Sr. Diego.—Veo con tanta sorpresa como placer que sois elocuente y que no en vano estudiasteis latín, Teología y otras cosas por el estilo. Vos miráis con

envidia mi fortuna porque de balde puedo beber este vino delicioso que cuenta un siglo de antigüedad; pero más envidio yo vuestra sabiduría.

—¿Y para qué me sirve?

—Para ser un gran hombre, y...

—Mirad á vuestro alrededor, señor hidalgo; mirad bien, y veréis que vivo en la última pobreza. Cuando la desgracia por un lado y por otro las intrigas de los hombres, las injusticias del mundo nos persiguen, todos nuestros esfuerzos son inútiles, y la criatura tiene que pasar por la amargura de verse como yo me veo.

—Pues creí con toda mi alma que lo pasabais muy bien.

El sacristán suspiró tristemente.

—Lo que me dan—dijo—apenas me alcanza para comer, y los percances son tan escasos y de tan poquísima importancia, que no me permiten ningún desahogo. Por ejemplo...

—¡Pero bebed—interrumpió el hidalgo:—estamos haciendo una ofensa á este líquido venerable, siquiera por su antigüedad!

—¡Este vino es una tentación!

—Pero no diabólica, pues inventado fué, como antes he dicho, por el santo Noé, único patriarca que se libró en tiempo del diluvio de las iras del Omnipotente. *Dies iræ*; ya lo sabéis.

—Y además, como el vino representa la sangre de nuestro Redentor...

—Vuestra conciencia puede estar tranquila.

No necesitaba Casimiro muchos razonamientos. Por tercera vez bebió; sus pupilas relumbraban, y hasta tal punto había cambiado la expresión de su rostro, que no hubiera sido fácil reconocerle. Pero á pesar de aquella animación, parecía más estúpido que nunca.

—Pues sí—dijo después de limpiarse la boca con la sotana;—aquí todo se economiza, todo se escatima, y hasta me ajustan la cuenta de la cera que puede caer de las velas que se consumen; de manera que no puedo vivir, pues mi alimento es tan frugal, que á todas horas me atormenta el estómago, porque no le lleno.

—¿Y cómo os resignáis con tan triste situación?

—No me resigno; pero...

—Como buen cristiano, tenéis la obligación

de aceptar todos los sufrimientos; pero eso nada tiene que ver con las injusticias del mundo. Si nos hacen mal, debemos defendernos, lo cual no significa que nos rebelemos contra las desgracias que Dios nos envía. Habéis hecho cuanto os ha sido posible para proporcionaros un pedazo de pan, puesto que habéis empleado vuestra vida en el estudio, sois honrado, sufris con paciencia los trabajos de esta vida. ¿Qué más puede pedir os el mundo? ¿Qué más ha de pedir os Dios?

—¡Discurris admirablemente!

—A pesar de todo eso, no haréis fortuna.

—Me muero de hambre, señor hidalgo; y no digo de este vino, sino que de ninguno puedo beber, pues hasta el que se gasta para decir misa lo guardan cuidadosamente las reverendas madres, y cada día dan lo absolutamente preciso para la iglesia.

—Por eso habéis comprendido al fin que estáis representando un tristísimo papel, y apenas se os ha presentado la ocasión, la habéis aprovechado.

—¡La ocasión!—murmuró el sacristán con tono de extrañeza.—No os comprendo.

—Hermano Casimiro, vuestra dignidad estaba herida; lo cual es digno de alabanza, puesto que el hombre que dignidad no tiene, no puede hacer nada bueno. ¿Por qué habéis de negar que en vuestra alma hay sentimientos nobles?

—No hago semejante cosa; y si otro lo negase, me ofendería.

—Pues bien; al hablar de ocasiones, me he referido al suceso de esta mañana.

El sacristán abrió más los ojos, arqueó las cejas, según su costumbre, se pasó las manos por la calva, y como no le convenía responder, pensó que se excusaría ocupando de algún modo la boca. ¿Qué mejor justificación que el delicioso vino? Sin pedir licencia tomó la bota.

—¡Ah!—exclamó.—¡Cuanto más se bebe de este vino, mejor sabe!

—Estamos, pues, de acuerdo en que esta mañana habéis aprovechado la ocasión...

—No os entiendo.

—Me explicaré con más claridad. Hemos hablado de todo menos del asunto que nos interesa. ¿Por qué me encuentro aquí? Había-

mos de tratar de lo que puede influir en vuestra salvación.

—¿Acaso me amenaza algún peligro?

—Al borde de un abismo estáis.

—¡Señor hidalgo, conseguiréis turbar la alegría que me ha dado este delicioso vino!

—Si queréis que me vaya sin daros á conocer el objeto de nuestra entrevista...

—¡No, no! Decid lo que bien os parezca.

—Escuchad. pues.

—No os conozco, en mi vida os he visto.

—Algún día han de principiár las relaciones entre dos personas, porque todo tiene principio menos Dios.

—*Infinitus Deus.*

—Eso es.

—Si dejádomé llevar de la costumbre os hablo alguna vez en latín...

—Ya sabéis que lo entiendo.

—Por eso me dejo llevar de mis aficiones.

—*Ego sum latinus.*

—*Et ego sum amicus fideli.*

—Si habéis de entenderme con más facilidad—repuso Paredes con seriedad verdaderamente cómica,—me explicaré en latín.

—No es menester que os molestéis. Además, entre hombres como nosotros, y cuando han brindado juntos...

—Sí, parece que sienta mejor el romance.

—Lo llano, lo sencillo...

—*Simplicitus...*

—¡Eso es!

—Pues escuchad.

—Todo me vuelvo oídos.

—Vais á conocer el peligro horrendo que os amenaza.

—¡Ah!...

—Preparaos para estremeceros, hermano Casimiro.

—¡Oh!...

—Hay situaciones en que la criatura... ¿Comprendéis?

—¡Sí, sí!

—Suponed que, en fuerza de sufrir y atormentado por la sed y las privaciones, en uno de esos momentos en que la desesperación se apodera de nuestro espíritu, os bebéis una parte del vino que tan escasamente os dan para la celebración de las misas.

—Eso no puede suceder, pues ya os he dicho que tan exactamente medido lo dan las reverendas madres...

—Sí; pero lo que de vino se quita se añade de agua, y así la cantidad queda la misma.

—¿Habéis sido alguna vez sacristán?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—Como sabéis esas cosas...

—Así como sé de qué manera puede hacerse cundir el aceite de las lámparas para compensar el que se pega á la ropa, y sé también lo que sucede con los cepillos, y...

—¡Basta, basta!

—Pues, como decíamos, si en alguna de esas ingeniosas operaciones os sorprendiera la reverenda Superiora...

—¡Horror!

—Todo es posible: así como yo noté esta mañana que haciais algo que puede ser muy peligroso para vos; tan peligroso, que os costaría, no dejar de ser sacristán, sino ir á un calabozo de la Santa Inquisición.

Briñcó en su asiento Casimiro, hizo un gesto como si bebiese vinagre, y si los cabellos no se le erizaron, fué porque no los tenía; pero palideció y tembló.

—Ya sabéis—le dijo el Sr. Diego de Paredes, poniendo la diestra sobre la bota—que aquí está el remedio para que pasen los sustos.

No se atrevió á beber el sacristán, aunque ganas tenía, y se contentó con rascarse la calva. El Sr. Diego, siempre con una tranquilidad que en aquellos momentos era espantosa, añadió:

—Y si este vino secular no es bastante para tranquilizaros, aún me queda otro medicamento más eficaz.

—Si se parece al vino...

—¡Es mucho mejor!

—Señor hidalgo, se me ocurre una observación. Os he dicho mi nombre...

—Y es natural que deseéis conocer el mío. Pues me llamo Casiano.

—¡Casiano!—murmuró el sacristán.

—¿Qué encontráis de sorprendente? ¿No os llamáis vos Casimiro?

—Es verdad.

—Me parece que el nombre es lo que menos importa.

—Ciertamente.

—Pues bien; si hemos de entendernos con poca molestia, convendría que me dijeseis qué cantidad os ha ofrecido el bribón con quien hablasteis en la sacristía, ó cuánto pensáis que ha de producir os el negocio que os propone; y cuando yo sepa eso, os presentaré las pruebas de que es muy poco, y mucho menos si se compara con el peligro que habéis de arrostrar.

El aturdimiento y el espanto de Casimiro llegaron al último punto; gotas de frío sudor corrieron por su pálida frente, y no acertó á pronunciar una palabra. El hidalgo desplegó una maliciosa sonrisa. Ya no tenía para qué aparentar inocencia ni candor. Después de algunos momentos de pausa, dijo:

—Hermano, mientras reflexionáis continuaré, y así empezareis á ver el asunto con alguna claridad.

—Lo que habéis dicho...

—No es nada, en comparación de lo que habéis de oír. No ignoráis que en este convento se encuentra hace pocos días una joven misteriosa, que vino misteriosamente también á media noche. Sobre este suceso habrán hecho también comentarios las monjas, y los rumores deben de haber llegado hasta vos.

—Como no soy curioso...

—Pero tampoco sois sordo, y habréis oído.

—Algo.

—Esa desgraciada joven se encuentra en gran peligro, porque la persigue un seductor que la ha trastornado, y ese seductor, que es un impío, apelará á todos los recursos imaginables para introducirse en el convento, y también para llevarse á la novicia.

—En cuanto á eso...

—Puede ser muy difícil; pero no imposible si cuenta con el auxilio de uno de los dependientes de la comunidad, ó lo que es lo mismo, si cuenta con vos.

—¡Conmigo!

—No olvidéis que estamos de acuerdo en cuanto á lo de vuestra dignidad herida por las injusticias que habéis sufrido, y...

—Á pesar de todo eso—interrumpió el sacristán,—no olvidaré mis deberes.

—Hermano Casimiro, la criatura es débil y no puede decir lo que hará.

—Si embargo...

—Recordad lo que antes he dicho de esos momentos de desesperación en que hacemos lo que es más contrario, no solamente á nuestros intereses, sino á nuestras inclinaciones. Debierais ser por lo menos canónigo, y sois sacristán; y como eso es una injusticia y sufris privaciones y toda clase de miserias, es posible...

—¡Entiendolo!

—Supongamos que ese hombre, á quien conozco muy bien, viene á visitaros como yo he venido, y que en vez de poner os sobre esta mesa una bota con vino añejo, pone una bolsa llena de monedas de oro de buena ley; ó lo que es igual, suponed que hace así...

Y al decir esto el hidalgo sacó una bolsa, la abrió, y la vació sobre la mesa. Por primera vez en su vida vió Casimiro relumbrar un montón de monedas de oro. Además de aquellos reflejos deslumbradores, oyó el sonido, no menos tentador. El gesto que hizo es indescriptible: abrió los brazos, los ojos y la boca, y quedó como petrificado. Parecía que las monedas iluminaban los ojos del rapavelas.

—¡Ah! ¡Oh!—exclamó en dos tonos distintos. Su primer impulso fué llevar las manos al oro; pero no se atrevió, y se llevó á su calva cabeza, que frotó una y otra vez.

El hidalgo revolvió las monedas para que resonasen.

—*Vade retro!*—murmuró Casimiro.

—Hacemos suposiciones, y podéis tranquilizaros, porque estas monedas me las llevaré, y así quedará en paz vuestra conciencia.

—¡Tenéis una manera de explicaros!...

—Yo soy así, un poco extravagante.

—¡Lo veo!

—Continúo con las suposiciones.

—Si vais á sacar otra bolsa...

—No; pero también relumbra lo que vais á ver; relumbra como el rayo, como la centella *centellatis terrificum*.

—¡Pobre *anima mea!*

—¡Mirad, contemplad!—dijo el Sr. Diego.

Desenvainó la daga, y la clavó en la mesa. No pudo Casimiro contener un grito de espanto; y con tanta violencia se hizo atrás, que faltó muy poco para que con su cuerpo diese en tierra.

—Continúo con las suposiciones—dijo Pa-
redes.

—¡Basta, basta!

—Hemos de concluir.

—¡Pero guardad esa daga!

—Testigo ha de ser de nuestra conversación, y por cierto el más discreto de los testigos. No la miréis con horror, que ningún mal puede hacer os mientras no esté en mi mano. La vida es así: los contrastes, las alternativas, las compensaciones... ¿Por qué no bebéis?

—¡No tengo sed!

—Pues, como os decía, ese hombre puede hacer lo que yo estoy haciendo, colocándoos en la más espantosa alternativa; no entre la espada y la pared, sino entre un montón de oro y una daga bien afilada. ¿Qué haríais en se mejante caso?

—Sr. Casiano, mis deberes, mi conciencia...

—¿Y vuestra vida?

—¡No sé, no sé!

—Si ese hombre os pide ayuda para consumir su horrenda seducción y os promete el oro...

—¡Soy fiel!

—Pero si al rechazar el oro veis el puñal levantarse sobre vuestro pecho...

—¡Dios misericordioso!...

—¿Sacrificaríais vuestra existencia á vuestra fidelidad? ¿Dejaríais que la daga se clavara en vuestro corazón, ó que las monedas de oro se metiesen bajo vuestra sotana? ¡Responded!

—Como ese horrible caso no ha llegado, ni llegará, porque estoy prevenido...

—Por hacer suposiciones nada se pierde.

—Pues bien; creo que moriría.

—En ese caso, debéis pensar en poner os bien con Dios, principiando por devolver á la comunidad toda la cera que se os ha pegado á los dedos, porque vuestro fin está cercano.

—Huiré de ese hombre; no le escucharé.

—En cambio, no os libraréis de mí; os lo aseguro.

—¿Acaso?...

—No quiero que me ayudéis para seducir á esa niña desgraciada, ni para sacarla del convento, ni para cometer ningún otro abuso, sino que, por el contrario, necesito vuestro auxilio para evitar que eso suceda y para conseguir

que crecibre la calma y el Cielo gane con la vida religiosa; es decir, que mientras el otro quiere obligaros á que cometáis un crimen, yo deseo que me ayudéis para evitar que se cometa. Sobre este punto os daré explicaciones tan claras, que será imposible la duda en cuanto á la rectitud de mis intenciones.

Fácil es emprender la sorpresa con que el desdichado sacristán escucharía las palabras del Sr. Diego. ¿Qué extraño era que cada vez se aturdiese más? Si el hombre que le había hablado aquella mañana se proponía efectivamente el abuso de introducirse en el convento para llevarse á la novicia, ¿por qué el otro no acudía á la Superiora para que se adoptaran precauciones? Además, ofrecer dinero y hacer lo que el hidalgo hacía solamente para pedir el cumplimiento de un deber, era cosa incomprensible, y hasta inverosímil. Algunos minutos pasaron sin que pronunciase una palabra. El Sr. Diego dijo al fin:

—Me parece que ahora debéis beber.

—Mientras esa picara daga esté sobre la mesa...

—Os complaceré—repuso Paredes.

Y volvió á envainar la terrible arma. Casimiro respiró como el que se siente libre de un peso enorme; tomó la bota y bebió bastante. Ya sólo veía las seductoras monedas. Así podía recobrar un tanto la calma.

—¡Pues, señor—dijo,—no lo entiendo!

—La culpa es de vuestra falta de franqueza. ¿Es ó no cierto lo que he dicho del hombre con quien hablasteis esta mañana en la sacristía?

—Cierto es que me dijo que se me presentaba la ocasión de hacer mi fortuna, y cierto también que me enseñó una bolsa llena de oro.

—Pues es indudable que busca vuestra ayuda para cometer algún abuso, pues de otro modo, no os necesitaría.

—¿Y por qué vos acudís á mí también para todo lo contrario?

—Ya os he dicho que os lo explicaré, y entonces podréis juzgar.

—Con tal que guardéis la daga...

—La guardaré.

—Pues decid lo que bien os parezca.

—Antes me permitiréis beber, porque se me ha secado el paladar, y vos también bebe-

reis para que vuestra inteligencia se despeje.

Así lo hicieron, sin que á Casimiro le ocurriera pensar que poco á poco y sin sentir podría embriagarse. Apoyó los brazos en la mesa. Su cabeza empezaba á estar más pesada que de costumbre: á pocas veces más que brindase, no sería dueño de su razón.

—Esa novicia—dijo el Sr. Diego—tiene padre, y no lo tiene.

—Casi adivino lo que queréis decir. Es el fruto de una debilidad.

—Como el padre tiene una esposa y otros hijos, y tiene además ciertas dificultades que del caso no son, claro es que no puede legitimar á su hija, y para evitar escándalos y consecuencias que podrían ser graves, ha determinado que su hija sea monja.

—Una historia como muchas.

—La madre ha recibido de su amante como indemnización una cantidad no despreciable, resultando así que de la noche á la mañana la que era pobre se encuentra rica.

—¡No sabemos por qué camino ha de venir la fortuna!—dijo grave y filosóficamente el sacristán.

—Por aquello de que con un clavo se saca otro, la madre de su hija ha decidido sustituir al que fué su seductor, si bien haciéndolo de manera que no puedan proporcionarle los disgustos que ha sufrido; es decir, que quiere casarse, porque aún es joven y muy hermosa.

—Ese deseo no puede ser más santo.

—Pero la hija se opone.

—¿Y qué le importa que su madre se case?

—Mucho, porque si Dios bendice la unión con otros hijos, serán muchos para heredar; y puede suceder también que el marido sea un bribón que se lo coma todo y maltrate á la madre y á la hija.

—El temor no me parece exagerado; y en cuanto á lo de la herencia, desapruébo que una niña inocente sea tan interesada y mire ante todo el dinero. Comprendo que la madre desee también que su hija sea monja, pues así hará tranquilamente lo que se le antoje.

—Y más vivamente lo desea el que ha de ser su esposo.

—Empiezo á entender.

—Son, pues, contrarios los intereses de ese

seductor y del hombre que aspira á casarse con la madre de la novicia.

—Y vos queréis favorecer...

—Á nadie más que á mí.

—¿Á vos? Si sois amigo ó pariente del que pretende casarse...

—Soy el galán que tiene la preteñsion de casarse. Me parece que ahora entenderéis del todo.

—Si hubieseis principiado por donde concluís...

—Aún falta lo de mayor interés.

Casimiro se restregó los ojos y se pasó las manos por la frente. Empezaba á sentir los efectos narcóticos del alcohol; pero hubiera bebido más si le brindara el Sr. Diego.

—Continuad—dijo,—porque deseo que acabemos de una vez.

—Si oyeseis al seductor, os inclinaríais á creer que yo era el criminal, porque os hablaría del abuso que se comete obligando á esa pobre niña á que pase su existencia en un claustro.

—Hasta cierto punto... En fin...

—Decidlo con franqueza. ¿Os parece una crueldad lo que se hace con esa criatura? ¿Creéis que sus padres no tienen derecho para adoptar semejante resolución?

—No, Sr. Casiano; la autoridad de los padres no la pongo en duda, porque emana de Dios. Otra cosa no puede decir quien ha estudiado como yo.

—Pruebas sobradas dais de vuestra sabiduría.

—Y sin embargo, me veis reducido á la trisísima condición de sacristán.

—Sí; muy triste es que un hombre como vos, en vez de tener en las manos la pluma de doctor, la palma de la gloria, empuñe la caña con el apagador, la escoba y otros útiles indignos de vuestra grandeza.

—No debéis extrañar que la amargura...

—Antes lo he dicho.

—Volviendo á nuestro asunto, me permitiré una observación.

—Decid cuanto se os antoje.

—Fengo entendido que la tal novicia es joven.

—No tiene más que diez y siete años.

—Y bella...

—¡Un prodigio!

—No se concibe cómo ha podido enamorarse de un hombre tan feo, tan soez como el que me habló esta mañana.

Ése no es el galán, sino un desalmado que le ayuda.

—¡Eso es otra cosa!

—El amante es joven, apuesto y gentil; un mancebo hermoso: no puede negarse. Además, es hidalgo de buena cuna, si bien tiene la desgracia de que su nombre se considere envilecido en virtud de una sentencia de los tribunales de justicia, pues en otro tiempo su padre conspiró contra el Rey, y hasta quiso asesinarle.

—¡Horror!

—Fué condenado á muerte con dos de sus cómplices; y si en manos del verdugo no perdó la vida, fué porque él mismo se la quitó ahorcándose en su calabozo.

—¡Misericordia divina!

—Claro es que ni el padre ni la madre quieren que su hija se case con el hijo del conspirador, del asesino, del suicida.

—¡Eso sería una deshonra!

—Y mayor, siendo el padre, como es, de estirpe tan ilustre, que ninguna hay más, ni tanto.

—Tales cosas decís...

—Pues escuchad aún, porque es preciso que todo lo sepáis.

El sacristán cambió de postura. Principiaba á despejarse, y esto consistía en las conmociones que sin cesar experimentaba. El Sr. Diego, mientras que, como distraídamente, movía y removía las monedas haciéndolas resonar, dijo:

—No quiero que fiéis en mis palabras, puesto que no me conocéis: lo mismo puedo ser un bribón que el hombre más honrado.

—¡Libreme Dios de ofenderos con injustificadas sospechas!

—Sin embargo, será prudente que busquéis las pruebas de cuanto he de decir; y cuando estéis convencido de que no miento, determinaréis lo que mejor os parezca.

—¡Sr. Casiano!...

—Me gustan las cosas claras.

—Á mí también.

—No hay secreto que no se trasluzca.

—Dice el refrán que lo que no se hace es lo que no se sabe.

—Por eso tengo la seguridad de que á estas horas la Comunidad habrá empezado á traslucir el secreto que conoce la reverenda Superiora, y que se refiere al padre de la novicia.

—Lo que las monjas no averigüen, no lo averigua nadie.

—Pues, siendó así, ya deben de saber que el padre es...

Se interrumpió el hidalgo, miró recelosamente á su alrededor, y preguntó:

—¿Estáis seguro de que nadie nos escucha?

—Dios solamente.

—Entonces, me atreveré á revelaros el gran secreto, y os diré que el padre de la novicia, ó sea de esa criatura que á esta, santa casa vino á media noche y en compañía de un caballero á quien nadie conoc, ese padre es... ¡El Rey!

Quiso hablar Casimiro, y no pudo; hizo gestos indescriptibles, se puso en pie, volvió á sentarse, se restregó los ojos, se rascó la cabeza, abrió y cerró los ojos muchas veces, y al fin exclamó:

—¡El Rey! ¡Ah! ¡Imposible! ¡No!... ¡Sil!... ¡*Conurbatione spiritus meus!*

—¿No lo sospechabais? ¿No habiais conseguido olfatear alguna cosa que á extraordinario y sorprendente oía? ¿No habéis reparado en lo que ha llamado la atención hasta del pobre demandadero, cuya torpeza no tiene igual? ¿Para qué os sirve haber estudiado latín y Teología?

—Es verdad; pero...

—Ofuscado estáis, trastornado, atribulado, y...

—¡No tanto, mi buen amigo!—interrumpió el sacristán, cuyo amor propio se picó.—¡No tanto! Porque ni me pasó inadvertido que la novicia vino á media noche, ni que en un coche vino y con mucha compañía de criados que llevaban luces, á pesar de que el coche tenía nada menos que cuatro faroles. Esperaba la reverenda Superiora, y aquella noche andaban en un pie las reverendas madres, y las novicias, y el demandadero, y hasta el padre capellán, que sin dormir estuvo por si acaso le necesitaban. Todo esto no se hace por un cualquiera, aunque sea el más ilustre

caballero; y discutiendo como sé discurrir, apenas hice todas esas observaciones, y otras muchas de que no necesito hablar, dije para mi sotana: «¡Esto no se hace por nadie, y, sin embargo, se hace! Ergo se hace por quien vale más que todos; y como ese quién es alguien y viene con tanto aparato de faroles y hachas de viento, probado que la que está sobre los demás; y como de los demás hay muchos que están muy altos, el que está sobre ellos tiene que ser el Rey.» Preguntad ahora para qué me sirve el latín y la sagrada Teología; preguntad para qué me sirve la inteligencia que Dios me ha dado; preguntad todo eso, y ofendedme luego con la suposición de que mi ingenio, mi astucia y mi ciencia no sirven más que para aguar el vino, economizar el aceite y rapar las velas.

—¡Ahora os reconozco!—dijo gravemente el Sr. Diego.

—Lo que es prudencia y discreción lo tomáis por torpeza. Pues sabed que si he callado, es porque sé que la lengua que mucho se mueve puede hacer mucho daño, y que las palabras que salen del cuerpo al cuerpo no pueden volverse.

—¡Muy bien!

—¡Dejadme hablar!—dijo arrebataadamente Casimiro.

Tomó la bota, bebió, se relamió, limpióse los labios con la sotana, y luego dijo:

—No ignoro, porque las estudié, aquellas palabras del Apóstol ó del Espíritu Santo, pues para el caso es lo mismo, cuando dijo que la criatura debía tener el cuello tan largo como una cigüeña, para que antes de que las palabras llegasen á los labios tuviesen tiempo de meditar sobre lo que había de decir.

—*¡Admirabilis sapientia profunda!*—exclamó Paredes arqueando las cejas.

Y bebió como para limpiar la boca de lo que hubiera podido quedar de los desatinos que acababa de decir.

—Puesto que he principiado, quiero concluir.

—¡Sois un hombre de corazón!

—Quizás juego mi porvenir.

—Estais muy cerca de ganar la partida, y la ganancia se encuentra delante de vuestros ojos.

—Esas monedas...
 —Ya os he dicho que vuestras pueden ser
 —Pero dejadme hablar, porque necesito desahogarme, pues ya sabéis que *desahogus tranquillitates anima*.

—¡Es verdad!

—Tampoco ignoro que hoy se produjo gran escándalo en la Comunidad porque ese atrevido mancebo introdujo una carta por la reja del coro, y cuando la reverenda Superiora intentó apoderarse del impío papel, la novicia se lo comió, que fué lo mismo que tragarse á Satanás.

—Aunque joven, tiene mucho valor.

—Luego, sin miramiento alguno soltó la lengua, y tales cosas debió de decir, que las reverendas madres no se atreven á repetirlas.

—Me alegro de que sepáis todo eso.

—Esta tarde vino un caballero de parte del Rey.

—¿Y necesitáis más pruebas?

—Ninguna; pero la prudencia me mandaba callar.

—Pues bien; aunque la reverenda Superiora ha de hacer cuanto le sea posible para guardar á la novicia, yo no puedo estar tranquilo, y como el negocio me interesa muchísimo, quiero hacer algo por mi parte, pues si todo lo dejo á la Abadesa, tened por seguro que el atrevido galán se burlará de ella, como se ha burlado de todo el mundo, hasta del Rey. No puedo presentarme descaradamente como parte interesada, porque me preguntarían que con qué derecho me mezclaba en este asunto.

—Así sucedería.

—Pues ya tenéis explicado por qué apelo á recursos extraordinarios haciendo sigilosamente lo que al descubierto no puedo hacer. Valor me sobra para provocar un lance con ese galán; pero no quiero echar sobre mi conciencia responsabilidades, y, sobre todo, como ha cometido algún crimen y la justicia le busca, le dejo para que pague lo que debe de la manera que debe pagarlo.

—Esa determinación es muy prudente.

—Pues ahora vais á saber por qué esta noche hubo cuchilladas muy cerca de aquí.

—¿Lo sabéis?

—Como que rondaba esperando la hora de nuestra cita, y vi que el atrevido galán andaba

también por estos sitios en compañía del que os habló esta mañana.

—¡Ah!...

—La justicia, sospechando que por aquí vendría el criminal, estaba en acecho; le vió, y cumpliendo su deber...

—¡No necesito más explicaciones!

—Cuatro eran los corchetes; pero cobardes, y los otros dos se defendieron, y me parece que los han hecho huir.

—Un nuevo crimen.

—Si hacen uso de la espada contra los que representan al Rey...

—Morirán á manos del verdugo.

—Sabiendo quién fué el padre, nada bueno debe esperarse del hijo.

—Sí; de tal palo, tal astilla.

—Supongo que recordáis aquellos ruidosos sucesos de hace catorce ó quince años, cuando murieron á manos del verdugo D. Carlos de Padilla y el marques de la Vega de la Sagra de Toledo.

—Todo eso lo recuerdo perfectamente, porque los vi morir en la Plaza Mayor.

—Entonces, no es posible que os sea desconocido el nombre de Domingo Cabral.

—¡Cabral!...

—Un hijo dejó, y ese hijo es el que ha trastornado á la pobre novicia, y entretanto conspira contra el Rey como conspiró su padre.

—¡Apenas se concibe tanto crimen!

—Figuraos ahora lo que puede hacer semejante hombre.

—Sr. Casiano, no exagerasteis al decir que me encontraba al borde de un abismo.

—Y además de salvaros, os recompensaré con este montón de oro; pero habéis de servirme sin deteneros ante ninguna consideración, porque de una vez quiero que esta situación concluya.

—Como no os proponéis nada malo...

—¿Me serviréis?

—Con toda mi alma.

—Sin embargo, por lo que pueda suceder, me permitiré hacereros una advertencia.

—Sepamos.

—Si os negáis á servirme con el sigilo conveniente, en vez de entregaros este montón de oro, os atravesaré el corazón con mi daga.

—¡Señor hidalgo!...

—Cuando un hombre se compromete, es preciso que cumpla sin vacilaciones lo que haya prometido.

—Pero...

—Mirad otra vez—dijo el hidalgo.

Y volvió á sacar la relumbrante daga y la blandió, mientras que de sus negros ojos se escapaban dos centellas.

—¡Guardad eso; os lo suplico!

—¡Elegid!

—Ya os he prometido ayudaros.

—¿Sin deteneros ante ninguna consideración?

—Ante ninguna.

—¡Está bien!—dijo Paredes envainando la daga.

Luego metió las relumbrantes monedas en la bolsa, y añadió:

—Esta cantidad no la tomaréis de una vez, porque de una vez tampoco vais á servirme.

—Me parece justo.

—Os daré una parte cada noche que me prestéis un servicio.

—Por de pronto...

—Sí; convendría que principiásemos en este momento, pues ya que aquí estoy, aprovecharé la ocasión, y así quedarán en vuestro poder algunas de estas monedas.

—Decidme lo que puedo hacer.

—Desde este aposento podéis ir á la sacristía, y desde la sacristía á la iglesia.

—Nadie me lo estorba.

—Hay también una puerta que comunica con el aposento que ocupa el demandadero.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Qué os importa? Si yo no lo supiese, vos me lo diríais, puesto que estáis decidido á servirme con lealtad.

—No lo dudéis.

—Ahora voy á tener una prueba de vuestra sinceridad, y si me engañáis...

—¡No saquéis la daga, Sr. Casiano!

—Suponed que vamos á la habitación del demandadero.

—No podemos ir.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que esa puerta tiene por el otro lado una llave que está en poder del demandadero, y por este lado, un cerrojo, de manera que ni él puede venir á mi

apuesto, porque el cerrojo se lo estorba, ni yo ir al suyo, porque encontraría el obstáculo de la llave.

—Pues bien; suponiendo que pudiésemos ir á la habitación del demandadero, ¿qué puertas encontraríamos?

—En un pasillo, una que da salida á la portería.

—Está bien.

—En un aposento, otra puerta por donde puede irse á la pobre habitación del hortelano.

—¿Y qué más?

—Nada.

El Sr. Diego colocó la diestra en la empuñadura de su daga, y arrugó el entrecejo y fijó una mirada penetrante en el sacristán. Éste palideció.

—Hermano Casimiro, os he preguntado para que me digáis la verdad; y si mentís, aunque sea por primera vez en vuestra vida...

—¡Os aseguro!...

—¿He de sacar la daga?

—¡No, no!

—Vuelvo á escuchar.

—Otra puerta hay en otro pasillo.

—¿Adónde da?

—Á otro pasillo también.

—Supongo que queréis decir que comunica con lo que pudiera llamarse el verdadero recinto del convento, la parte ocupada por la Comunidad.

—Veo que sabéis tanto como yo.

—Es que adivino, lo mismo que vos adivinasteis que era el Rey el caballero que trajo á la novicia.

—¡Eso es otra cosa!

—Para algo ha de haberme servido estudiar latín.

—Entonces, adivinaréis que si bien el demandadero tiene llave para esa puerta, la puerta tiene una segunda cerradura y, además, un cerrojo por el otro lado; cerrojo y cerradura que son la seguridad de las reverendas madres.

—Sí, lo adivino.

—¿Queréis saber más?

—Me parece que ninguna otra noticia podéis darme.

—Ahora decidme de qué modo puedo ayudaros.

CAPÍTULO X

—Principiaréis por tomaros la molestia de acompañarme para que yo examine detenidamente la puerta que comunica con la habitación del demandadero.

—Quedaréis complacido.

—Iremos también á la sacristía, porque puede convenirnos conocer el camino.

—Pero no saldremos á la iglesia, porque puede haber en el coro alguna monja.

—No pasaremos de la sacristía.

—¡Vamos, pues!

—Otra cosa he de deciros—repuso el hidalgo.

—¿Qué?

—No rechazaréis las proposiciones de ese bribón, sino que fingiréis que os dejáis sobornar.

—¿Con qué fin?

—Debierais adivinarlo, aun sin haber estudiado Teología. Es necesario que ese miserable pague lo que debe, y sobre todo, por nuestra propia conveniencia debemos hacer lo posible para que quede completamente inutilizado. Para conseguirlo se tiende la red, se le pone el cebo, que será la novicia, y así...

—¡Entiendo, entiendo.!

—Entretanto os recompensará con cantidades de alguna consideración, que aceptaréis para no despechar sospechas, y eso más ganaréis.

—Pero el dinero adquirido así...

—Lo emplearéis después en obras de caridad—replicó el hidalgo,—y tendréis la ventaja de adelantar mucho para ganar el Cielo.

—¡Es buena idea!

—Además, mientras le tengáis entretenido y alimentéis sus esperanzas, nosotros...

—¡Basta, Sr. Casiano!

—Seréis rico, muy rico.

—¡Buena falta me hace!

—Tomad la luz y guiad.

—¡Mucho silencio, Sr. Casiano!

—Descuidad, que para algo ha de servirme haber estudiado latín.

—¡No había pensado en eso!

—Los hombres como yo no cometen cierta clase de torpezas, Sr. Casimiro.

—Mucho valéis; lo reconozco. Por aquí.

—¡Que Dios nos ayude!

—¡Amen!

Lo que hizo el Sr. Diego, y cómo la fortuna le concedió más de lo que pedía.

El hidalgo sabía muy bien que no le era posible conseguir aquella noche un verdadero triunfo, si bien tenía la seguridad de hacer algo que les ofreciera ventajas de alguna consideración. En la situación en que se encontraban nuestros amigos, algo era mucho. Avanzaron en silencio y con lentitud por el pasillo. El Sr. Diego examinaba las paredes como si buscara el sitio donde estuviese escondido un tesoro. Poco después encontraron una puertecilla bastante sólida, con un cerrojo, y á poca más altura el ojo de una cerradura.

—¡Acercad la luz!—dijo en voz muy baja el hidalgo.

Obedeció el sacristán. Miró el Sr. Diego, y vió que por el otro lado estaba en la cerradura puesta la llave.

—¡Está bien!—murmuró.

Otra vez pusiéronse en movimiento; llegaron á la sacristía; Casimiro dejó la palmatoria sobre una mesa, cruzó los brazos y esperó.

—Creo—le dijo el hidalgo—que aquí podemos hablar sin que nadie nos oiga.

—Sí; pero estaríamos mejor en mi aposento.

—Es igual para mí.

—De todas maneras, os escucho.

—Pues hacedlo con mucha atención, para que no cometáis ninguna torpeza.

—¿Acaso esta noche hemos de hacer algo más de lo que hemos hecho?

—Sí, aunque de poquísima importancia.

—En una cosa no habéis pensado. Hablando y bebiendo han pasado las horas sin sentir; es ya muy tarde, y...

—¡No importa! Precisamente ahora el demandadero, por haber dormido ya mucho, despertará más fácilmente.

—Lo cual es un peligro, aunque no puede ir á mi habitación.

—Hermano Casimiro, si principiáis con vacilaciones, no quedará en vuestro poder una sola moneda, y es posible que otra vez salga á relucir la daga.

—Eso sería un abuso.

—No, porque ahora tengo derecho á reclamar el cumplimiento de una promesa. Antes erais libre y podiais disponer de vuestras acciones para servirme ó para servir á mis enemigos, y yo, que tengo una conciencia escrupulosa, hubiera respetado vuestra resolución; pero la situación ha cambiado, y, por consiguiente... Suponed que algunas veces aunque hayan sido muy pocas, os ha dado un dolor violentísimo en el vientre, y la experiencia os ha probado que el único remedio es e agua con un poco de vinagre.

—Á Dios gracias, nunca he sentido ni el más leve dolor, ni he padecido ninguna enfermedad, como no fuese el sarampión cuando tenía cuatro años.

—Os felicito; pero eso nada tiene que ver con mis suposiciones.

—¿Y con qué fin las hacéis?

—Vais á saberlo. Suponed también que ahora mismo os acomete ese dolor.

—¡Que Dios me libre!

—No tenéis vinagre, y acudís á otros remedios; pero el pícaro dolor aprieta: os ponéis convulso, os arrojáis al suelo, os revolvéis como un espiritado, y sufris hasta el punto de que creéis cercano vuestro fin.

El sacristán se llevó las manos al vientre y se le oprimió mientras decía:

—¡Esas suposiciones son horribles!

—Mientras no os duela... En apuro tan grande, desesperado y sin saber qué hacer, decidís pedir socorro, y con voz angustiada y mientras hacéis gestos y contorsiones y os apretáis con los puños la barriga, llamáis al demandadero, y por amor de Dios le pedís un poco de vinagre.

Casimiro miraba con asombro al hidalgo, que añadió:

—Claro es que el demandadero no ha de negaros el socorro. Acudirá á vuestra habitación, porque allí habréis vuelto para dejaros caer en la cama mientras exhaláis lentos angustiosos. Luego beberéis el agua con el vinagre.

El sacristán hizo un gesto de disgusto.

—Para no infundir sospechas, diréis que os alivias poco á poco: al fin pasará el dolor, y daréis las gracias á vuestro amigo y compa-

ñero, que se irá, ó hará lo que bien le parezca.

—¿Y entretanto vos?...

—Por aquí esperaré hasta que sólo quedéis.

—¿Queréis decirme lo que hemos conseguido con hacer esas suposiciones?

—Siento, hermano Casimiro, que vuestra cabeza no se haya despejado bastante, pues si continuáis tan aturdido, no haremos nada de provecho.

—No hay criatura que libre esté de ofuscación.

—Escuchad otra vez, porque ahora me entenderéis. Encenderé mi linterna; pero la cerraré: iremos al pasillo, me colocaré en sitio conveniente, llevaréis la palmatoria á vuestro aposento, volveréis, os figuraréis que os da el pícaro dolor, golpearéis la puerta, llamaréis al demandadero y le pediréis el vinagre, haciendo lo demás que os he dicho. ¿Comprendéis?

Tenía que entender el sacristán, por torpe que fuese. Mucho le desagradó lo que acababa de oír, y no pudo disimular su disgusto.

—¿No me comprendéis?—preguntó el hidalgo—¿Para qué os tomáis el trabajo de cavilar, si el resultado ha de ser el mismo? ¿Acaso dudáis?

—Sr. Casiano, salvo error de mi entendimiento, creo que me mandáis fingir que me duele la barriga; y debierais haber pensado que el hombre que nunca ha mentado, que no ha fingido, que ..

—Hermano—interrumpió el Sr. Diego,—aunque sea verdad (lo cual es dudoso) que nunca hayáis mentado, alguna vez habéis de principiar, y, sobre todo, como tenéis que cumplir lo prometido y yo no perdono á quien me engaña, y como, además, no es posible que olvidéis que en una mano tengo la bolsa y en la otra la daga, resulta que...

—¡Basta, basta!

—¿Se os ocurre otra observación?

—Lo que se me ocurre es que sin saber cómo, tentado por Satanás, y tal vez trastornado por el vino...

—Esos comentarios están demás.

—¡Que Dios se apiade de mí!—exclamó el sacristán con tono lastimero.

—Dios es infinitamente misericordioso; pero yo no.

—¡Ya lo veo!

—Pues si estáis convencido...

—¿Y no teméis que con el mejor deseo cometa alguna torpeza?

—La voluntad puede mucho.

—Pero si me falta habilidad...

—La tendréis si no olvidáis que la daga y la bolsa...

—¡Siempre esa daga maldecida!

—Pensad también que mi dicha depende de vos, y que, por consiguiente...

—¡Ay!—exclamó el sacristán.—¿Por qué me he metido en ese endiablado enredo? ¿Qué sería de mí si se descubre mi traición? De seguro, mi pobre cuerpo irá á parar á los calabozos del Santo Oficio. ¡Ah, Sr. Casiano; abusáis de las ventajas de vuestra situación, así como habéis abusado de mi buena fe! Es verdad que prometí ayudaros; pero no de manera que me viese obligado á hacer cosas como las que ahora me pedís.

—¡Imposible parece que un hombre de tanto talento se ofusque hasta el punto que vos lo estáis! ¿Y el latín, y la Teología? ¡De la Inquisición habláis! ¿No se os ocurre pensar que en último caso os protegería el Rey, porque vuestro supuesto delito consiste en favorecer sus deseos? Si á la novicia ponéis estorbos para que del convento salga y se la lleve su amante, que sería lo mismo que llevársela el Diablo, ¿podrá nadie decir que sois traidor ó que habéis cometido un crimen? Por el contrario, tendrán que reconocer que habéis prestado un gran servicio y que merecéis una recompensa. ¿No estáis convencido?

—Algo me tranquilizáis; pero no se me alcanza qué habéis de conseguir con que yo represente la farsa del dolor.

—Hermano Casimiro, el tiempo vuela, y si lo perdemos en disputas y explicaciones, todo se perderá. ¿Para qué he de deciros lo que habéis de ver? Acabemos, porque la paciencia me falta, y porque ofendiéndome estáis con vuestras dudas y vacilaciones.

Y esto diciendo el hidalgo, sin dar tiempo á que replicara el sacristán, le asió por un brazo y le sacó de la sacristía; una vez en el pasillo, encendió su linterna, la cerró, y se colocó junto á la pared: ya no sonreía, sino que algo de terrible tenía la expresión de su semblante. Casimiro empezó á temblar: era posi-

ble que de veras le acometiese el dolor; pero no se atrevió á resistir, porque, sobre infundirle terror profunfo la daga, no quiso renunciar á las relumbrantes monedas. Fué á su aposento, dejó la palmatoria en la mesa, sin pensar en que la bota, que aún estaba allí, era testimonio de la intriga y podía llamar la atención del demandadero. Tampoco el Sr. Diego había pensado en semejante circunstancia, á pesar de toda su previsión y de toda su astucia.

Casimiro permaneció inmóvil pensando cómo representaría mejor la farsa, pues había comprendido que una torpeza le costaría demasiado cara. Sabía fingir, sabía mentir; pero tal vez no acertaría á dar sabor de verdad á la proyectada farsa: sus vacilaciones cesaron cuando pensó con cuánta facilidad sacaba el hidalgo la daga á relucir. Se decidió, volvió al pasillo, á obscuras entonces, llegóse á la puertecilla, y empezó á descargar en ella fuertes golpes. Oyóse luego una voz soñolienta que parecía salir de las entrañas de la Tierra, y que preguntaba:

—¿Quién es? ¿Qué sucede?

Entonces el sacristán respondió con tono de mortal angustia:

—¡Hermano Cecilio!... ¡En nombre de Dios!... ¡Ay!... ¡Venid!... ¡Pronto, porque me muerol... ¡Venid!... ¡Ay!...

No dijo más; pero siguió exhalandol lamentos. Percibióse ruido de pasos, rechinó la llave al girar en la cerradura, y salió el demandadero con una luz. El cuadro que se presentó no podía ser más original ni más grotesco.

El demandadero era también de escasa estatura; pero flaco hasta el punto de que hubiera podido asegurarse que sobre sus huesos no había más que la piel amarillenta, áspera y con aspecto de pergamino. De su rostro hubiera sido imposible hacer un retrato. No podemos decir lo que expresaba, porque hay cosas que son indefinibles, y tampoco era posible decir si aquel semblante revelaba inteligencia. Sus músculos se movían con mucha facilidad é incesantemente, gesticulando de la manera más rara que puede imaginarse; y aunque sus pequeños, redondos y hundidos ojos eran inquietos, no tenían ese brillo y esa expresión de la viveza del ingenio ó de la astucia refinada. La

actividad debía de ser la cualidad distintiva de aquel hombre; pero no había otra cosa en él. Su cabeza, proporcionada á su cuerpo ruin, parecía muy grande, porque estaba cubierta de negros cabellos rizados, encrespados y enmarañados, que aumentaban por lo menos dos veces su verdadero volumen. Esta circunstancia contribuía mucho á que más extraña fuese la figura del demandadero. Para concluir su retrato no nos falta decir más sino que representaba unos cincuenta años, y que hacía veinte que estaba al servicio de la Comunidad.

En cuanto á sus cualidades morales, nada podía decirse con seguridad, puesto que contradictorias eran las opiniones de los unos y de los otros.

Inmóvil quedó Cecilio contemplando al sacristán, que en el suelo se revolvía haciendo gestos y exhalando ayes. Nada más podía pedirsele, pues representaba admirablemente su papel.

—¡Misericordia divina!—exclamó el demandadero con voz atiplada.

—¡Me muero!—gritó el sacristán.

—¡Virgen Santísima!...

—¡Ay!...

—¡Hermano Casimiro!...

—¡Este dolor!... ¡El vinagre con agua es el único remedio!... ¡No tengo vinagre!...

—Daré parte á la reverenda Superiora...

—¡No, no!

—¿Queréis que venga el padre capellán para que os confiese?

—¡Hermano Cecilio! ¡Por caridad!

—Como decís que os estáis muriendo...

—¡Dios misericordioso!...

—Venid, os llevaré á vuestra cama...

—¡Vinagre, dadme vinagre, nada más!... ¡Así me salvaréis!... ¡Este dolor me ha dado otras veces!... ¡Ay!... ¡No tengo vinagre!... ¡Dadme un poco!

Con estas explicaciones debió de quedar aturdido el demandadero; pero en último caso, se le pedía vinagre, y corrió para ir á buscarlo.

Casimiro se puso en pie. Volvió á su aposento. En el lecho se dejó caer. Siguió oprimiéndose el vientre y exhalando gemidos. Entretanto el Sr. Diego sonreía, y decía para sí:

—¡Bien merece, además de las monedas, un abrazo!

Con su ligereza de costumbre volvió el demandadero con el vinagre.

—¿Y qué he de hacer ahora?—preguntó.

—¡Allí tenéis un vaso!... ¡Poned un poco de vinagre en el agual!... ¡Pronto, porque me muero!

Cecilio obedeció; acercóse al lecho, y presentó el vaso al sacristán.

—Tomad—dijo,—en nombre de Dios. No sé lo que tenéis, y estoy aturdido; pero si he podido entender que de esto depende la salvación de vuestra vida. ¡Vamos, un esfuerzo más! ¡Cuidado, que como os revolvéis tan violentamente, vais á tirar el vaso!

Casimiro se incorporó, haciendo los gestos más horribles. No tenía sed, ni le agradaba tampoco la vinagrada; pero cerró los ojos, abrió la boca y bebió, dejando el vaso vacío. Luego ocultó el rostro con la almohada, y quedó inmóvil. Respiraba con mucha dificultad, ó por lo menos así lo parecía.

—¿Qué tal?—preguntó al fin Cecilio.

—¡Un poco mejor! Los dolores no son tan continuos ni tan violentos.

—¡Bendito sea Dios! Os aseguro que el susto que me habéis dado no me saldrá del cuerpo en muchos días. Pero lo que importa es que me haya sido posible socorremos. ¿Y qué clase de enfermedad es ésta que con vinagre se cura? ¿Dónde os duele?

—En el vientre, y como si me retorcieran las tripas.

—¡Es cosa bien rara!

—Casimiro no respondió.

El demandadero fué de un lado para otro mientras esperaba el resultado. Maquinalmente se detuvo luego junto á la mesa, y vió la bota.

—¿Qué es esto?—murmuró.—¡Parece vino! ¡Nunca sospeché que tan buena vida se proporcionase el hermano Casimiro!

Estas palabras no pudo entenderlas el sacristán, que tampoco veía á su compañero, porque aún continuaba boca abajo y con el rostro apoyado en la almohada. Los ojos del demandadero empezaron á brillar. Tenía la mirada siempre fija en la bota. No hablaba; pero hacía para sí muchos comentarios. Indu-

dablemente le agradaba el vino, y, por consiguiente, la elástica vasija era una tentación irresistible. Además, quería convencerse de si Casimiro se permitía tener en su habitación aquel medio de gozar. ¿Por qué no había de salir de dudas? Alargó la diestra y palpó la bota, convenciéndose de que no estaba vacía. Su corazón no podía ser vinagre, porque, en el momento, no lo hubiera pedido el sacristán. Para salir de dudas cogió la bota y bebió.

—¡Ah!—exclamó sin poder contenerse.

Era inteligente catador, y se había entusiasmado al paladear aquel vino tan puro como añejo. Casimiro volvió á gemir.

¿Y qué hacía el hidalgo? Aprovechaba el tiempo, pues mientras Cecilio daba el agua y vinagre al sacristán, el hidalgo abría su linterna y traspasaba los umbrales de la puertecilla, que había quedado abierta. Quitó la llave de la cerradura, sacó un pedazo de cera, la reblandeció acercándola á la luz, y en breve la llave quedó moldeada perfectamente en la parte que servía para abrir. Volvió á colocarla en la cerradura, y guardó el molde. Después salió al pasillo y ocultó la luz. El demandadero tardaba, porque estaba dulcemente entretenido con la bota.

—¿Qué hacen?—se preguntó el hidalgo.

Sin producir el más leve ruido acercóse al aposento del sacristán. Cometía una imprudencia; pero otras muchas había cometido en su vida, y, sobre todo, algo tenía que arriesgar si algo había de ganar: llegó á la puerta, que estaba á medio abrir, y vió á Casimiro en el lecho, representando admirablemente la farsa, y á Cecilio junto á la mesa y empinando la bota.

—¡Que el Infierno me trague!—dijo para sí el Sr. Diego.—Hemos dejado ese testimonio tan elocuente, y ahora puede suceder... ¡Oh!... ¡Y parece que le gusta! ¡Esperaremos á que acabe!

Inmóvil quedó el hidalgo. El demandadero había bebido ya dos veces, y no es posible dar idea de la expresión de su semblante. Exhaló un suspiro. Aquel vino era un verdadero tesoro. ¿De dónde lo había sacado el sacristán? El mejor del convento era vinagre, comparado con aquél. No procedía, por consiguiente, del

que la Comunidad entregaba á Casimiro para la celebración de la misa.

—No es del convento—decía para sí,—y cada gota vale por lo menos un escudo. Sobre este punto no puedo equivocarme, porque inteligente soy; pero por si acaso, volveré á probar.

Por tercera vez bebió; pero entonces parecía que la bota se había pegado á sus labios. Inútiles eran todos los esfuerzos de su voluntad para dejar de beber. Estaba dominado por un verdadero vértigo. El espirituoso líquido entraba en su boca y se deslizaba suavemente por su tragadero. Pensó que Casimiro, con el trastorno de su dolor, no podía saber si había dejado poco ó mucho vino en la bota, y, en último caso, aquel goce era recompensa justa por el gran servicio que había prestado al sacristán.

—Si con mi vinagre—decía para sí el demandadero—le he salvado la vida, es muy justo que con su vino me proporcione él algún placer.

Con este razonamiento se animó, aunque sin él hubiera hecho lo mismo. El vino había de producir sus naturales efectos. Tenía buen paladar; su cabeza no era resistente, y al quedarse por fin la bota vacía, sus ojos se cerraban, á su alrededor se movían todos los objetos, y tenía que esforzarse para guardar el equilibrio.

—¿Y qué tal?—preguntó con voz oscurecida.

Entonces Casimiro se revolvió; ya no se quejaba.

—¡Mentira me parece!—dijo.—¡Creí que me moría!

—Pero...

—Os debo una explicación—repuso el sacristán incorporándose.

El demandadero dió algunos pasos, y tuvo que detenerse otra vez, porque se caía.

—Pues, señor—dijo,—lo del vinagre... Y debe de ser muy añejo. ¿No es verdad? ¡Lo menos cincuenta años! ¡Ah!...

Se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente, quiso andar otra vez, y no pudo.

—Me sentaré, y hablaremos. Pues, como decía... ¿Me entendéis? Cuando me llamasteis y os vi... ¡Bahl... En fin., noches como ésta... ¡Y

qué aromal... ¡Cincuenta años lo menos; medio siglo!

—¿Qué os sucede?—preguntó el sacristán bajándose del lecho y acercándose á Cecilio.

Entonces pudo ver que éste se balanceaba como si retemblase el pavimento.

—¿Os sentís indispuerto?—preguntó el sacristán.

El demandadero soltó una carcajada.

—¡No me deis vinagre—respondió,—porque ahora me parecería más agrio que nunca! Hermano, somos buenos amigos, y entre nosotros debe haber confianza! ¿Me entendéis? Pues bien; nos sentaremos, y me diréis lo que no acierto á comprender.

Se dejó caer en una de las banquetas, apoyó en la mesa los codos y la frente en las manos.

—Me parece—murmuró—que es justa recompensa. Yo no lo sé. ¿Entendéis? Si está vacía, ¿qué sé yo? ¡Dejadme, porque!...

—¿Qué le sucede?—dijo el sacristán.—¡Hermano! ¿No me oís? ¡Dios bendito! ¡Se le cae la cabeza! ¿Qué será de mí si se queda muerto?

—¡Dejadle!—dijo entonces el Sr. Diego, que entró.

—¿Pero no veis?...

—Sí; veo que este infeliz se ha emborrachado. ¿No os habéis fijado en que la bota está vacía? Mientras vos representabais vuestro papel, y por cierto con mucha habilidad, vuestro compañero bebía, y ni una gota ha dejado. Sentaos, y cuidad de que no se caiga, porque lástima sería que se hiciese daño después de habernos servido. Aquí me esperaréis, que pronto volveré, y determinaremos lo que más convenga. Felicitaos, hermano Casimiro, pues me parece que la bolsa pasará á vuestras manos mucho más pronto de lo que esperabais.

El atrevido hidalgo entró en la habitación del demandadero y la examinó con atención. Fácilmente encontró la puerta de que le habían hablado D. Lope y el sacristán, y que daba paso á la parte del convento ocupado por las monjas. La llave estaba puesta en la cerradura, y pudo sacar su molde. Sin perder un instante volvió al aposento del sacristán.

—¿Adónde habéis ido?—le preguntó éste. —¿Qué habéis hecho?

—Lo sabréis después, porque ahora no podemos perder el tiempo en explicaciones.

—Estoy cada vez más aturdido, y no entiendo lo que pasa.

—Ayúdame á llevar á este hombre á su cama. Allí se encontrará cuando le pase la borrachera, y creará que ha soñado.

—No es posible que olvide que le he llamado para pedirle el vinagre.

—En último caso, no tenéis por qué negar; y como se ha bebido vuestro vino, tendréis derecho para quejaros. Además, os mostraréis agradecido porque os ha salvado la vida, y en recompensa le ofreceréis para otra noche cena y vino de la misma calidad que el que ha saboreado. Llevemos á este hombre, porque sería peligroso que aquí le encontrasen borracho.

—¡Que Dios nos proteja!

Cargaron con el demandadero, que no daba señales de vida más que por su respiración violenta.

CAPÍTULO XI

Le toca á Lucas.

Llegaron al pobre aposento de Cecilio y le dejaron en el lecho. Casimiro exclamó:

—¡Apiadaos de mí, Dios Omnipotente!

—¿Aún tenéis miedo?—le preguntó el hidalgo.

—No me tranquilizaré fácilmente.

—Sin embargo, hemos conseguido mucho más de lo que podíamos esperar de la caprichosa fortuna, pues desde hoy este desdichado nos ayudará á cuanto sea menester. Me parece que aún no habéis comprendido bien la situación.

—Todo es posible, porque tan de repente ha caído sobre mí este endiablado negocio...

—Ya os he dicho que en el último apuro tendríamos la protección de Su Majestad. Seguid representando la farsa, y las monedas de oro pasarán á vuestro bolsillo, permitiéndoos pasar la existencia con las comodidades y decoro que merece un hombre como vos.

—¡Dios os escuche!

—Todo depende de que vos escuchéis al otro bribón que sirve al Sr. Domingo Cabral, aparentando que en todo le servís sin ninguna clase de escrúpulos, y tomando lo que os dé

porque el dinero nunca está demás. Ahora no podéis recobrar la calma con un trago de vino secular, pues vuestro compañero ha dejado la bota enteramente vacía; pero se llenará otra vez, y otras mil. Volvamos á vuestro aposento.

— ¿Hemos de hacer algo más?

— Nada por esta noche.

— ¡Gracias á Dios!

Diez minutos después el Sr. Diego salía del convento, cuidando de no hacer ruido. Antes de separarse de la puerta miró á uno y otro lado; no distinguió ningún bulto. Tomó cuenta abajo y con la espada en la diestra y prevenido para todo llegó á los Caños del Peral; tosió tres veces, y de diversos puntos se destacaron tres hombres, que se le acercaron. Eran sus amigos.

— ¡Aquí me tenéis! — les dijo el Sr. Diego.

— ¿Qué os ha sucedido? — preguntó ansiosamente el Sr. Domingo. — Tanto tiempo habéis tardado, que empezábamos á temer...

— Tranquilizaos, porque no solamente he conseguido lo que me proponía, sino que la caprichosa fortuna me ha proporcionado ocasión para hacer algo de mucha importancia. El sacristán es mío; fingirá que sirve á Lucas, y, además, tengo en el bolsillo los moldes de dos llaves; la de la puerta que pone en comunicación las habitaciones del sacristán y el demandado, y la que da paso desde esta última á la parte del convento ocupada por las monjas.

— ¡Ah! exclamó el enamorado mancebo.

— Pero aún nos falta mucho, pues no es bastante que de su celda saquemos á doña Margarita, sino que ha de hacerse de modo que castigados queden D. Juan de Haro y su escudero. Tengo un plan, que someteré á vuestra aprobación.

El enamorado mancebo echó la última mirada al convento, y se alejaron.

Entretanto el sacristán habíase acostado; pero no podía conciliar el sueño, porque se lo estorbaba su agitación y cavilaba demasiado. Después de muchas reflexiones y convencido de que no entendería el asunto hasta que se desaturdiese, dijo:

— ¡Necesito dormir para que mi cabeza descanse!

Cerró los ojos y quedó inmóvil. La voluntad

puede mucho; pero no consiguió lo que deseaba, á pesar de todos sus esfuerzos. Media hora después resonó la campana que daba aviso á la Comunidad para acudir al coro, en el cual también tenía obligación de estar. El lecho dejó, se puso la sotana, se restregó los ojos, santiaguóse y fué á la iglesia, donde se arrodilló, si no para rezar para fingir que lo hacía. Entraron las monjas en el coro, y pronto resonaron sus voces. Á la hora de costumbre abrió el sacristán la puerta del templo, el capelán se presentó para decir la misa. Lucas llegó al convento, se detuvo en el pórtico para observar en todas direcciones, y no viendo á Cabral, murmuró:

— ¡Debe de tener miedo!

En la iglesia entró, tomó agua bendita y se colocó en el sitio que le pareció más conveniente para observar. Terminada la misa, el sacerdote se despojó de las sagradas vestiduras y se fué á su morada. Lucas entró entonces en la sacristía. Como ninguna otra persona habria allí más que el sacristán, quiso el escudero aprovechar la ocasión. Casimiro dijo para sí:

— ¡Efectivamente, este hombre tiene cara de ser el más refinado de los bribones!

Lucas se retorció el bigote, se acercó á Casimiro y...

— ¡Que Dios os guarde — dijo con esa entonación del grande cuando habla con el pequeño.

— ¡Buenos días! — respondió el sacristán, que se esforzaba para recobrar el sosiego, perdido desde la noche anterior.

— ¿Estáis enfermo? — le preguntó el sirviente. Estáis pálido y ojeroso.

— Las cavilaciones — dijo el rapavelas tristemente, — pues hay situaciones en esta desdichada vida...

— Comprendo.

— Hoy habéis madrugado también.

— Ya sabéis que me interesaba. ¿Qué habéis decidido?

— Si he de deciros la verdad... ¡Oh! ¡No sé, no sé!

— ¿Vaciláis?

— Os hablaré con franqueza.

— Así lo exige nuestra situación.

— Pues bien; aunque no me habéis dado

explicaciones de ninguna clase, adivino que se trata de un gravísimo negocio.

—Las cosas tienen el valor que nosotros queremos darles; ó lo que es igual, todo en este mundo es muy grande ó muy pequeño, de mucha importancia ó de ninguna, según el punto de vista desde el cual las examinemos. Lo más sencillo os parecerá muy grave si vuestra imaginación se empeña en abultarlo, porque cuando á una cosa empezamos á darle proporciones, no sabemos hasta dónde hemos de llegar.

—Bien discurrís.

—¡Tengo mucha experiencia! Vos, con la clase de vida que hacéis, sin otro trato que el de las personas que habitan en este recinto, separado del mundo pudiera decirse, os espantáis ante lo que es más pequeño.

—De todas maneras, como ya he dado e primer paso, quiero dar el último.

—¡Así deben ser los hombres!

—Mi determinación depende de muchas circunstancias, y nada haré sin que os hayáis explicado con claridad.

—Dispuesto me tenéis.

—Ahora es imposible que hablemos.

—Nos veremos después y en otro sitio cualquiera.

—Cuando llegue la noche, la hora del descanso para todos, si queréis venir á mi aposento, os esperaré á las diez en punto.

—¿Por dónde he de entrar?

—Por la puertecilla que hay á pocos pasos de la portería del convento. Daréis algunos golpecitos.

—Está bien.

—Ahora dejadme, pues aunque nadie hay por aquí, nunca faltan en estos sitios ojos que miren.

—Soy prudente.

—Así es preciso, so pena de que todos quedemos comprometidos y en la más crítica situación.

—Pues hasta la noche. Tenéis en vuestras manos la fortuna, y todo depende de vuestra resolución.

—¡Veremos!

El escudero volvió á la iglesia. Ni una sola persona se encontraba allí.

—¿Y el Sr. Domingo?—murmuró Lucas.

Cuando estuvo en la calle miró á uno y otro lado, y no vió tampoco más que transeúntes desconocidos.

—¡Cosa extraña!—dijo.—Si por temor á la justicia no vienen los dos hidalgos, era natural que por aquí se encontrasen D. Lope de Santisteban ó su criado Gil. ¿Se han declarado vencidos? ¡No es posible! ¿Han pensado que debían dejar que pasase algún tiempo para no despertar sospechas? Tal vez; pero es dudoso, porque los enamorados no se dominan con tanta facilidad; viéndolo estoy por mi desdichado señor, que dispuesto está siempre á cometer todas las locuras; y si no hace lo que yo estoy haciendo, si no pasa las noches por estos sitios contemplando las paredes que encierran el objeto de su pasión, es porque tiene en mí la más ciega confianza y porque le faltan fuerzas para hacer lo que el Sr. Domingo hace. ¡No me tranquiliza esta soledad! Un cambio tan repentino de conducta, es sospechoso, y prueba que algún nuevo plan han trazado nuestros enemigos. De todas maneras he de hacer algo, porque los momentos son preciosos, y perderlos sería dar ocasión para que los otros se nos adelantasen. Me parece que el estúpido sacristán no ha de resistir, y, por consiguiente, debo considerarme afortunado. Por de pronto, me abre las puertas de su habitación, y desde allí Dios sabe hasta dónde podré ir. Si no conozco el plan de mis enemigos, ellos tampoco conocen el mío, y las ventajas y desventajas son iguales para todos. La vida juego, y tal vez algo más; pero lo mismo arriesgan los dos hidalgos y D. Lope. Todos nos hemos metido en la última intriga, y ya es forzoso triunfar ó morir, porque retroceder sería colocarse en situación más difícil.

El escudero bajó hasta los Caños del Peral, obstinado en encontrar por aquellos sitios al enamorado mancebo ó á cualquiera de los que le protegían y ayudaban, y luego se encaminó á San Martín, y se presentó á D. Juan, cuyo semblante revelaba la violenta agitación de su espíritu. Una mirada ardiente y penetrante fijó en su escudero.

—Señor—dijo éste,—otra vez la caprichosa fortuna...

—¿Nos vuelve la espalda?—preguntó estremeciéndose D. Juan.

—Por el contrario, señor, pues nos enseña el rostro mientras sonríe con dulzura sin igual, y su sonrisa es una promesa de felicidad para nosotros.

—¡Ah!—exclamó el caballero.

Y se pasó las manos por la frente; pero no cambió la expresión de su semblante á pesar de las agradables palabras de su escudero.

—El sacristán es mío—dijo éste.

El señor de Haro arrugó el entrecejo.

Después de algunos minutos murmuró sordamente:

—¡Tengo miedo!

—¿Miedo?—exclamó Lucas.

—Sí.

—¿Qué teméis, señor?

—¡Casi no lo sé!

—En estos momentos no nos amenaza ningún peligro, mientras que vuestro rival está perseguido por la justicia.

—Todo eso es verdad; pero si esta situación se prolonga...

—Es de tal naturaleza, que no puede prolongarse: pronto, muy pronto se decidirá nuestra suerte.

—¿Y mis presentimientos?

—Señor...

—Lucas, á ti puedo decírtelo todo.

—O no conviene hacerlo así.

—Mira si alguien escucha.

Aunque el escudero tenía la seguridad de que ningún criado se encontraba cerca de aquella cámara, se acercó á la puerta y miró al inmediato aposento; luego volvió al lado de su señor, diciéndole:

—Podéis hablar con descuido.

—Voy á decirte una cosa tan extraña, que no has podido imaginarla nunca.

—Extraña es también nuestra situación.

—Por más esfuerzos que hago, no consigo darme clara cuenta de mi propia situación; si los ojos de mi cuerpo ven, ciega está mi alma. ¿En qué consiste esto? Si me lo dices, si disipas mis dudas, si rompes el velo que envuelve mi inteligencia, me harás el mayor de los beneficios.

—Señor, me parece que todo lo que sentís...

—Lo que siento ro acierto á explicarlo—interrumpió el caballero. Y otra vez se pasó las manos por la frente.

—Parece—añadió—que una argolla de hierro oprime mi cabeza. No me duele; pero... ¡No sé, Lucas, no sé! ¡Hay delante de mis ojos una nube: quítala, disípala, y me consideraré el mas feliz de los hombres!

Lucas no acertó á responder; el señor de Haro prosiguió diciendo:

—Tal vez no veo claro porque me falta la luz de los ojos de Margarita; la luz de sus ojos, enténdelo bien. ¡Hace tanto tiempo que no la he contemplado!... ¿Recuerdas bien sus ojos? ¡Negros como las tinieblas, y fulgurando entre aquella obscuridad las llamaradas de la hoguera de una pasión! ¡Oh! ¡Y esa pasión, esa hoguera, no se ha encendido por mí! ¡Cuánto sufro! ¡Lucas, si no consigo triunfar, quitame la vida, y así me harás el mayor de los beneficios!

—Señor, gastáis las fuerzas en reflexiones y comentarios inútiles, y esas fuerzas habéis de necesitarlas para la lucha en los instantes supremos.

—¡Tienes razón!

—Colocaos en el terreno de los hechos, y así os consolaréis, puesto que la fortuna nos dispensa su protección. Esta noche á las diez entraré en la habitación del sacristán; y como es un desdichado que cansado debe de estar de la pobreza...

—Entiendo.

—Su inteligencia es tan escasa, que fácilmente le engañaré.

—Entonces...

—Repito que triunfaremos.

—¡Ah!...

—La lucha es larga y penosa; pero también es mucho lo que ha de ganarse, y lo que mucho vale, mucho cuesta.

—¡Ciertamente!

—¡Desechad esas ideas tristes!

—Haré un esfuerzo.

—En cuanto á los presentimientos...

—Sí; son buenos ó malos según se encuentra nuestro espíritu.

—Cuando estamos alegres, creemos que todo ha de ser dicha; y cuando la tristeza nos agobia, no esperamos más que desgracias. Sin embargo, esto es tan absurdo como verdad es que la fortuna está siempre detrás de la desgracia, y cuando la dicha nos sonríe es cuando

debemos esperar el infortunio. Desde hoy han renacido mis esperanzas, hasta el punto de que me atrevería á asegurar que antes de quince días será vuestra la mujer que ha encendido vuestro corazón.

—¡Antes de quince días!...

—¿Os parece mucho?

—Mucho me parecerían quince minutos; pero la razón me dice que debo dominar mis ardientes deseos.

—Si mi consejo hubierais de seguir, almorzaríamos y saldríamos á pasear. Así os distraeríais y proporcionaríais al espíritu un descanso que le hace mucha falta.

—¡Pasearemos!—dijo maquinalmente el señor de Haro.

Grandes esfuerzos hacía; pero no acababa de dominar su agitación: continuaba preocupado, distraído de una manera extraña. Una hora después salió con Lucas para pasear por la cuesta de la Vega y la pradera del Manzanares, pasando antes por Santo Domingo el Real.

CAPÍTULO XII

Cómo representó el sacristán su papel.

Llegó la noche con sus tinieblas, su aparente calma y su silencio. Por la cuesta de Santo Domingo vagaban algunos hombres: eran corchetes que vigilaban. Por allí también andaba el Alcalde, por cierto muy caviloso, pues no podía olvidar lo que la noche anterior le había dicho D. Lope de Santisteban. Á eso de las nueve se aburrían los que vigilaban, y el Alcalde pensó que no era posible que aquella noche se acercasen al convento los atrevidos hidalgos. Además, dudaba si le convenía apoderarse de aquellos dos hombres misteriosos, pues era posible que al Rey le desagradase lo de la prisión, á pesar de las órdenes tan severas y terminantes que había dado.

Si en aquel asunto había un secreto de Estado, era prudente hacer lo menos posible. Discurriendo así, determinó retirarse á descansar; y para que no sucediese lo que la noche anterior, lo cual redundaba en descrédito

de la justicia, dispuso que se retirasen también los que en la cuesta vigilaban. Á las diez no circulaba alma viviente por aquellos sitios, hasta que, saliendo de las encrucijadas de Santa Catalina, apareció un hombre. Andaba lentamente, y de vez en cuando se detenía para mirar y escuchar. Era Lucas, que se acercó á la puertecilla, dió algunos golpes, y esperó. Casimiro cumplió su palabra con la más escrupulosa exactitud.

Entró el escudero, y examinó ante todo el rostro de Casimiro, que ya no estaba pálido ni ojeroso, porque había dormido más de seis horas durante el día, y si no comprendía la situación con claridad completa, por lo menos se sentía con valor para arrostrarlo todo á trueque de hacer fortuna.

No importaba que escasísimo fuera su entendimiento, pues bastaba para representar el doble papel que á nuestros amigos convenía. Sonriendo contestó á los salidos del sirviente, y una vez en la habitación que conocemos ya, sentáronse. Una cosa echaba de menos Casimiro: la bota con el vino secular, vino que había saboreado con tanta delicia. Pensó que era posible que otra bota llevase el escudero; pero esta esperanza se desvaneció muy pronto.

—Me parece—dijo Lucas—que debemos principiar por decir sin rodeos lo que sentimos, pues así acabaremos más pronto y nos entenderemos mejor.

—Bien me parece, porque me agradan las cosas claras.

—Pues si habéis de corresponderme...

—Con lealtad, con toda franqueza.

—¡Sois un gran hombre, Sr. Casimiro!

—Ahora pienso que no me habéis dicho cómo os llamáis.

—Cuasimodo.

—¡Cuasimodo!—exclamó el sacristán con tono de sorpresa.

—¿Qué os admira?

—¡Nada!—murmuró el rapaz como si hablase para sí.—¡La coincidencia no puede ser más extraña! ¡Casimiro, Casiano, Cuasimodo!.. En todos ellos el casi ó el cuasi, que lo mismo es. Quiere decir esto que no hemos de llegar al fin deseado, porque en el casi nos quedaremos. En verdad que perplejo me deja

casualidad tan rara; pero, en fin, ya hemos principiado, y es preciso hacer lo posible para concluir.

—¿Qué calculáis?

—¡No podéis entenderme!

—Decís cosas tan extrañas...

—¡Oh! Si hubierais estudiado, lo mismo que yo, Humanidades y Teología, me comprenderíais perfectamente.

—Aprendí á leer y á escribir, que no es poco para un hombre como yo.

—Pues os advierto que si contra mi voluntad se me escapa algún latín, me lo digáis para que os lo explique en romance claro, pues muchas veces me dejo llevar de la costumbre, y en latín hablo sin darme cuenta de ello.

—Por de pronto, trataremos de nuestro asunto y salvaremos las dificultades que nos ocurran.

—Pues os escucho, Sr. Cuasimodo.

—¿Os agrada que os digan las cosas con disfraz?—preguntó el escudero.

—No.

—Porque hay personas que todo lo revisten con palabras suaves, aunque el fondo de la cuestión tenga sapos y culebras.

—Ya os he dicho que quiero las cosas claras.

—Pues principio.

El sacristán cambió de postura, y se preparó á escuchar. No hay nada tan temible como un tonto, pues su astucia no tiene igual. Por de pronto, Casimiro principiaba á representar admirablemente su papel; y si continuaba lo mismo, sería engañado el escudero, á pesar de toda su experiencia y toda su habilidad.

—Os ofrezco doscientos ducados si me ayudáis en la empresa que quiero acometer; y además de los doscientos ducados, tendréis la protección de un personaje muy poderoso.

—¡Doscientos ducados!—murmuró Casimiro. Y el fuego de la codicia empezó á brillar en sus ojos como la noche anterior.

—¿Os parece poco?

—Ni poco ni mucho, porque todo depende de lo que sea preciso hacer.

—¡Bien discurris!

—Esto le ocurriría á cualquiera, y, sobre todo, para algo ha de servirme el estudio del latín y de la Teología. Á este propósito os di-

ría algunas palabras del gran Cicerón; pero no me entenderíais.

—Todo el mundo tiene el derecho de defenderse, y mucho más cuando es víctima de un abuso. Los padres, los hermanos, todos los parientes, y hasta los amigos, están sujetos á errores, porque la criatura puede equivocarse.

—La Humanidad es débil.

—Cuando caemos en un error y nos obcecamos, no hay razones que nos convenzan.

—Porque se ofusca el entendimiento, se perturba el espíritu.

—Entonces es preciso apelar á medios extraordinarios.

—Como que extraordinaria es la situación...

—Suponed que á mí me parece buena una cosa, y que á vos os desagrada.

—Eso sucede con frecuencia, porque sobre gustos no hay nada escrito.

—Siempre creemos que lo que á nosotros nos gusta es lo mejor, y nos empeñamos en convencer á los demás para que le guste también. Así se cometen muchas injusticias.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con nuestro asunto?

—Si hago comparaciones, es para que me comprendáis mejor. No es la primera vez que un padre se empeña en sacrificar á su hija, y esto lo hace con el mejor deseo; pero fundándose en un error.

—Muchos ejemplos hay de esa verdad.

—Cada criatura nace para una cosa, y contrariar su destino, poner obstáculos á sus inclinaciones, es lo mismo que hacerla desgraciada.

—Yo soy víctima de esos errores.

—Me alegro.

—¿Que os alegráis?...

—Sí, puesto que me comprenderéis mejor—repuso el escudero.—Por lo demás, siento que no seáis el más feliz de los hombres.

—¡Gracias!

—Pocos días hace, entró en este convento una novicia.

—Es muy verdad.

—Joven, hermosa, con un alma ardiente, con un corazón sensible, y que, por añadidura, se abrasa en la hoguera de un amor que no puede extinguirse sino con la vida.

—Eso lo ignoro.

—Fácil es comprender que una criatura de tales condiciones no ha nacido para monja.

—Me parece que no.

—Y hasta un crimen cometería si ofreciese á Dios un corazón que no le pertenece, porque todo entero se lo ha dado á un hombre. A pesar de todo eso, se empeñan en que esa criatura infeliz ha de pronunciar los sagrados votos; y aquí la han encerrado contra su voluntad, y sin que los detenga ni aun el temor de que sufrimientos tales puedan concluir con la existencia de la pobre niña.

—¡La compadezco!

—Hará una buena obra quien la favorezca, y, además, favorecerá la causa de la justicia, puesto que al violentar los sentimientos y las inclinaciones de esa desdichada se comete un abuso incalificable.

—Soy de vuestra opinión.

—El hombre á quien ama la novicia no puede permanecer indiferente, ni ella tampoco puede aceptar el sacrificio, porque se trata de su suerte y de su vida, y tiene derecho á defenderse, á luchar. Nada puede hacer si se la abandona, puesto que se encuentra como el preso en un calabozo.

—Y aquí se vigila más escrupulosamente que en una cárcel.

—Los que por la suerte de esa infeliz nos interesamos, hemos decidido cumplir nuestro deber.

—¡Sois dignos de alabanza!

—Pero nada tampoco podríamos hacer si no contásemos con el auxilio de alguno de los dependientes de la Comunidad.

—¡Empiezo á entender!

—No queremos hacer nada que á nadie comprometa ni le deje en situación apurada.

—¡Noble es ese proceder!

—Somos enemigos de las violencias, y á toda costa evitaremos lances ruidosos y peligros de cierta clase.

—¡Admiro vuestra prudencia!

—Todo puede arreglarse sin ruido y de tal manera, que á nadie deje en conflicto. Si Dios nos ayuda, como espero, porque nuestra causa es la de la justicia, triunfaremos; y no solamente será feliz esa pobre niña, sino el hombre que la adora, y vos también. Además, tendréis la

satisfacción de haber hecho un gran beneficio, y siempre contaréis con la gratitud de dos nobles corazones.

—Todo eso me halaga.

—Lo cual prueba que vuestros sentimientos son nobles.

—Pero es preciso pensar en todo. Si en realidad se trata de evitar que se consume un abuso, os serviré, porque mi conciencia quedará tranquila.

—No lo dudéis.

—No lo dudo, Sr. Cuasimodé; pero es preciso tenerlo todo en cuenta.

—Así conviene, y así lo deseo, porque no quiero que á ciegas os lancéis en aventuras que pueden ofrecer peligro.

—En resumen: se trata de evitar que esa joven que entró en el convento hace pocos días sea monja; y para evitarlo no hay más que un medio, que consiste en sacarla de este santo recinto para que en libertad quede y pueda unirse al hombre á quien ama.

—Eso es.

—¿Y cómo se consiguió todo eso?

—Es difícil, pero no imposible.

—Me pedís ayuda.

—Porque me parece que podéis hacer mucho.

—Bastante; pero tendría que arriesgar mucho también, porque si la intriga se descubriese, no se contentarían con despedirme, sino que me entregarían al santo tribunal de la Inquisición, y después de todas mis desgracias concluiría mi existencia en la horca, y mi cuerpo se reduciría á cenizas en el quemadero del Santo Oficio.

—Precisamente porque hay peligros os ofrezco doscientos ducados.

—Es poco dinero para lo mucho que hay que arriesgar. Sr. Cuasimodo, el hombre que tiene algún entendimiento, no debe jugar si las ganancias no son proporcionadas á las pérdidas. Puedo perder la vida, y, por consiguiente, debo aspirar á ganar algo que tanto como la vida valga.

—Tanto como la vida...

—Vale la felicidad.

—¡Por quien soy que discurrís con gran cordura!

—Pobre soy, y pobre sería con doscientos ducados, pues esa cantidad no es bastante

para que cambie la situación de un hombre, sino para salir de algunos apuros nada más.

—Si todo consiste en el dinero, se arreglará fácilmente el negocio.

—Estoy cansado de ser sacristán, y aunque me dieseis doscientos ducados, no me sería posible dejar la sacristía.

—¿Es decir, que necesitáis?...

—Lo suficiente para retirarme á la aldea donde nací, comprar allí algunos bienes y vivir con algunas comodidades. Esto es lo único que puede halagar á quien se encuentra en mi situación.

—Os lo diré con franqueza: á mí me sucedería lo mismo.

—Si es rico el amante de la novicia...

—Sí.

—Pues para los ricos no tiene valor el dinero.

—Decid lo que necesitáis para asegurar vuestro porvenir.

—No para ser rico, porque no aspiro á tanto, sino para tener seguro un pedazo de pan, necesito por lo menos mil ducados.

—Crecida es la cantidad.

—¿Tiene menos importancia el servicio que me pedís?

—No; pero...

—Si vuestro amigo, vuestro señor, ó lo que sea, espera de mí la dicha, justo es que dichoso me haga. Mil ducados pueden ser gran cosa para mí, pero no para quien muchos miles tiene.

—Hermano Casimiro, no hablemos más de dinero. Mil ducados tendréis si conseguimos que de su encierro salga esa infeliz.

—Pues ahora perdonadme si hago una observación.

—La escucharé con gusto.

—No quiero ofenderos, ni tengo motivos para poner en duda vuestra honradez. Tampoco desconfío; pero ¿quién me responde de que me entregaréis los mil ducados?

—La observación es justa.

—Comprendo que no es posible que me deis una verdadera garantía.

—¿Y qué haremos para que tranquilo quedéis?

—No encuentro más que un medio. Por de pronto me entregaréis una cantidad á cuenta,

y otra parte cada vez que adelantemos un paso. De esto resultará que cuando llegue el último momento no tendréis que darme más que una cantidad pequeña; y aunque por cualquier circunstancia no pudieseis hacerlo, la pérdida sería menor para mí. Si estais conforme...

—Sí, porque ciega confianza tengo en vuestra honradez. ¿Cuánto he de daros esta noche?

—Cien ducados, y otros ciento cada vez que os preste un servicio y adelantemos un paso. Así, en diez veces quedará terminado el asunto, y á Dios le pido que sean diez los días que tardemos en triunfar.

El escudero sacó una bolsa bien provista, y puso sobre la mesa los cien ducados en buenas monedas de oro. Relumbraron los ojos del sacristán. No pensó que aquel dinero lo ganaba criminalmente, puesto que engañando estaba al escudero. La conciencia de Casimiro, sobre que debía de ser muy tolerante, dormía profundamente.

—Ahora—dijo Lucas—hablaremos de los detalles, me daréis algunas explicaciones y trazaremos un plan. Ante todo necesito conocer el sistema de vigilancia que aquí se sigue, y los medios con que contáis para favorecerme.

—Eso no tiene fácil explicación. Permitidme repetir que siento que no hayáis estudiado Humanidades, y particularmente latín, porque la situación os haría comprender con algunas sentencias muy profundas de Cicerón, de Horacio y de otros autores de no menos valía; pero en romance me haré entender como mejor me sea posible, y al fin nos pondremos de acuerdo.

—Me parece que sí.

—Si habéis creído que es fácil meterse en un convento de monjas, estáis equivocado.

—Nunca imaginé semejante cosa.

—En fuerza de tiempo, de astucia, de habilidad, conseguiremos lo que tan de veras deseamos.

—Todo eso está bien; pero es muy vago, Sr. Casimiro.

—Mejor será que me preguntéis, y os responderé.

—¿Hay en estas habitaciones puerta que comunique con el interior del convento?

—Ninguna.

—¿De manera que desde aquí no podéis ir más que á la sacristía ó á la calle?

—Y también á la habitación de Cecilio.

—¿Quién es ese hombre?

—El demandadero.

—¿Puede servirnos?

—Sí, porque su aposento tiene una puerta por la cual puede entrarse á la parte del convento que ocupan las monjas, y otra puerta que comunica con la habitación del hortelano.

—Pues siendo así...

—No os entusiasmeis tan pronto, pues es preciso que reparéis que todas esas puertas tienen llaves y cerrojos por ambos lados, y yo no puedo abrir, aunque quiera, la del demandadero; á él le sucede lo mismo con respecto á las monjas y al hortelano; y al hortelano y á las monjas y al demandadero les sucede igualmente: resultando de todo esto que, si bien estamos en comunicación los unos con los otros, estamos también incomunicados; ó lo que es igual, que esta santa casa se parece mucho al célebre laberinto de Creta, *laberintus Crete*, ó, como si dijéramos, que estamos todos como en una red; y aunque parece que nos encontramos juntos, hay en realidad una separación, porque los hilos de la red, por aquello de *complicaciones*...

—¡Basta, basta!

—¿Me habéis entendido?

—Perfectamente.

—¿Queréis saber más?

—Os preguntaré lo que bien me parezca.

—Vuelvo á escuchar, y preparado estoy para responder con la lealtad y franqueza que debe haber entre nosotros.

—Me parece que el demandadero no será un hombre incorruptible.

—Es al fin una criatura.

—Vos debéis de conocer su flaco.

—El flaco suyo es todo su cuerpo—dijo gravemente el sacristán.

Y arqueó las cejas, lo cual era señal positiva de que se preparaba para hablar latín; pero no le dió tiempo Lucas, que replicó inmediatamente.

—Al hablar de flaco, quiero decir sus debilidades, las cuerdas sensibles de su corazón. Si vos le conocéis bien...

—¡Dios me perdone; pero el tal Cecilio es

una pura debilidad, lo mismo de alma que de cuerpo, y particularmente cuando llega el caso de levantar el codo! ¡Ah! ¡Si le hubieseis visto anoche acariciando una bota de vino secular y dejándola sin entrañas!...

—También será codicioso.

—No hay nadie que al dinero no le tenga amor.

—¿ues bien; así como vos me servís para haceros rico, el demandadero puede servirnos también para recibir algunos ducados; y puesto que tiene una puerta que con el convento comunica...

—¿Y para qué sirve? Ya os he dicho que esa puerta, lo mismo que todas, tiene cerradura por el otro lado.

—¿Y le faltaría ocasión para moldear la llave?

—Ocasiones le sobran durante el día.

—Entonces...

—El cerrojo no se moldea.

—Cuando hayamos andado la mitad del camino, buscaremos medios para llegar hasta el fin. Lo principal es que el tal Cecilio se decida á servirnos.

—Sí, eso es lo principal; y también lo más difícil, porque Cecilio desconfía de todo el mundo, es muy receloso, y creerá que vamos á comprometerle gravemente.

—Por eso yo no debo hablarle.

—Os miraría con desconfianza.

—Pero vos, que sois su compañero, su amigo...

—Acometeré la empresa, y también me entenderé con el hortelano, pues por su habitación será tal vez más fácil llegar hasta las celdas. Por de pronto, convendría que prevenida estuviese la novicia, y para conseguirlo deberían escribirle una carta, ó que se la escribiera su amante.

—No es menester.

—Cuando llegue el caso...

—Lo que necesito es entrar en su celda, y después lo arreglaremos con facilidad.

—Como bien os parezca.

—Lo que habéis de hacer inmediatamente es conquistar á esos dos hombres, y después nos pondremos de acuerdo para dar el golpe definitivo.

—Para esa obra necesito algunos días.

—¿Muchos?
 —No sé cuántos.
 —¿No podríais principiar esta misma noche?
 —No, porque Cecilio recelaría.
 —Ofreced cuanto dinero sea necesario.
 —El oro es un auxiliar poderosísimo.
 —Si se os presentase una ocasión de hablar con la novicia...

—No es imposible, porque si va á la huerta á pasear, á ella me acercaría para decirle algunas palabras.

—Pues si la ocasión se os presenta, advertidle que ya estáis de acuerdo con el mejor amigo del hombre á quien ama, y que á todas horas viva prevenida.

—¡Descuidad!

—Una idea feliz me ocurre—repuso el escudero, cuyo semblante cambió repentinamente de expresión.

—Sepamos.

—Sois un hombre muy honrado, incapaz de cometer cierta clase de abusos. Supongo que durante el día la puerta que comunica con la habitación del demandadero no estará cerrada como durante la noche.

—La suposición es acertada.

—Pues bien; si la novicia, aprovechando un descuido se refugiase en este aposento, ó en el de Cecilio ó en el del hortelano, cuando llegase la noche...

—¡Admirable!—exclamó el sacristán entusiasmado.

Y se puso en pie y se acercó á Lucas, estrechándole la diestra y diciéndole gravemente:

—¡Sois un gran hombre! ¡He ahí un plan, una idea, un medio, un recurso que no ha conseguido encontrarlo ni el ingeniosísimo!...

Se interrumpió Casimiro, porque iba á pronunciar el nombre del hidalgo. Su entusiasmo no era fingido entonces, porque en realidad el plan de Lucas no podía ser más ingenioso, ni más sencillo. Durante el día, aunque estuviese espía, la hija del Rey podría meterse en la habitación del demandadero, ocultándose hasta que las tinieblas le permitiesen salir. Así no serían estorbos las cerraduras, ni tendrían que arrostrar cierta clase de peligros los que del convento la sacasen. Preciso era reconocer que Lucas había ido mucho más allá que el Sr. Diego, mostrando en aquella ocasión un

ingenio más fecundo. En la práctica ofrecería sus dificultades el plan; pero su realización no era imposible. Todo dependía de que el demandadero ó el hortelano quisieran ayudar, y debía creerse que por lo menos uno de los dos cedería á la influencia del oro.

—Me felicito—dijo Lucas.

—¡Y debéis envaneceros!

—Bueno debe de ser el plan cuando os entusiasmaís.

—Lo modificaremos según las circunstancias; pero en el fondo no haremos alteraciones.

—Hermano Casimiro, todo depende de la prontitud con que conquistéis al demandero ó al hortelano.

—Mañana mismo empezaré á trabajar.

—¿Y cuándo nos veremos?

—Todas las mañanas vendréis á la iglesia y os arrodiaréis junto al presbiterio. Cuando yo estornude al pasar por vuestro lado, será señal de que aquella noche debéis hacerme una visita.

—¿Á qué hora?

—Á las diez en punto, ya lo sabéis.

—Entendido.

—Pues no llevéis á mal que os despida, porque necesito dormir para que mi cabeza se despeje.

—Es muy justo.

—Tened paciencia, y no desconfiéis aunque pasen algunos días.

—No ignoráis qué impacientes son los enamorados.

—Lo sé; pero es preciso someterse á las circunstancias.

—Hermano Casimiro, no olvidéis que vuestra fortuna...

—¡No es posible olvidar mil ducados!

Lucas se despidió y á su casa se dirigió sin tener tropiezo alguno. No hay que decir que con ansiedad creciente le esperaba su señor.

—¡Hemos triunfado!—exclamó el escudero.

—¡Lucas, Lucas!—murmuró D. Juan.

—¡Sí, hemos triunfado, y antes de quince días, antes de ocho, seréis dueño de la sin igual belleza que trastornado os tiene!

—¡Cuidado, Lucas, porque si me haces concebir esperanzas que han de desvanecerse!...

¡Un desengaño me mataría!

—Vais á conocer mi plan.

—¡Te encucho! Siéntate, porque así hablarás con más sosiego.

Lucas dió cuenta del plan convenido con el sacristán, y el caballero al oírlo sufrió tan intensa emoción, que enmudeció y se abrieron sus ojos como si fueran á salirse de sus órbitas.

—¡Oh!...

—¡Calma, señor, calma!

—¡La tendré!—murmuró D. Juan.

—Doña Margarita desaparecerá del convento, y nadie podrá decir que se encuentra en vuestro poder. En seguida, la misma noche que la llevemos á la calle de Convalecientes...

—¡Sí, inmediatamente haré uso de todos los medios y mía será! ¡Cuánta dicha! ¡Quizás algunas horas después la encuentre su amante; pero tarde será, y tendrá mucho que sufrir al ver que el objeto de su pasión está manchado!

—Después hemos de vernos en algún apuro.

—¿Qué me importa?

—Quizás las circunstancias nos obliguen á huir, á salir de España.

—¡En todas partes seré feliz con Margarita, y tú también serás dichoso, porque el oro te dará á manos llenas.

—¡Ése es mi amor!

—¡Lucas, no sé lo que siento!... ¡Ah! ¡Si pudiera quitarme esta venda de hierro que oprime mi cabeza! Ya tengo la seguridad del triunfo; pero no veo claro, mis ideas son confusas, y...

—La pasión os trastorna. Cuando esté satisfecha...

—¡Entonces recobraré la calma!

—Del buen resultado respondo con mi cabeza. No caviléis, porque conviene que recobréis las fuerzas y la tranquilidad del espíritu.

—El plazo debe de ser corto.

—Algunos días no más, señor.

—Y luego...

—Pensaremos en D. Lope de Santisteban. Viendo estáis que la fortuna empieza á volverte la espalda, y por seguro debéis tener que sucumbirá.

—¡Mientras viva ese hombre será imposible el sosiego para mí!

—Yo también necesito que muera, porque de mí se ha burlado.

—¿No le has visto?

—Ni él ni los otros se atreven á ir ahora á las cercanías del convento.

—Dejarán que pasen algunos días.

—Y esos días son precisamente los que aprovecharemos para dar el golpe.

—¡Lucas, te debo más que la vida!

El escudero se fué á su habitación para entregarse al reposo. D. Juan de Haro se acostó también; pero no conseguía dormir, porque su imaginación estaba cada vez más exaltada. De vez en cuando se pasaba las manos por la frente y decía:

—¿Por qué mis ideas son confusas? Dentro de pocos días habré triunfado, será mía esa criatura que ha encendido mi pecho, y, sin embargo, sufro y no me doy clara cuenta de la situación.

Así pasó toda la noche. Amanecía ya cuando pudo conciliar el sueño; pero un sueño agitado y que no reparaba sus fuerzas. Cuando despertó volvió á preguntarse por qué sus ideas eran confusas. Habló con su escudero, y salió á pasear. Su mirada era sombría; alguna grave alteración se operaba en su sér. El escudero fué á Santo Domingo; pero el sacristán no estornudó al pasar por su lado. Durante aquel día no ocurrió ningún suceso digno de mención. Á eso de las diez de la noche cuatro hombres llegaron á los Caños del Peral, y allí se detuvieron.

CAPÍTULO XIII

Cómo Paredes aprovechó las armas de su enemigo.

No hay que decir quiénes eran. D. Lope dijo:

—Gil, nosotros exploraremos el terreno, porque ningún peligro nos amenaza aunque nos encontremos con gente de justicia. Me parece que se habrán cansado de vigilar, y que, por consiguiente, á nadie veremos, como no sea que ande por aquí el criado de D. Juan.

—No os detengáis mucho, porque las diez han dado y no conviene que se impaciente mi buen amigo el sacristán.

—¡Os miro con envidia!—le dijo Gil al señor Diego.

—¿Por qué?

—Porque vais á divertirlos.

—Pero vos—replicó irónicamente Paredes—no podríais hacer lo mismo, por la sencilla razón de que no habéis estudiado latín, y no entenderíais lo que os dijese el sapientísimo sacristán.

Pronto se convencieron de que nadie andaba por allí, y Paredes se despidió de sus amigos. Llegó á la puertecilla y dió algunos golpes. Abrió Casimiro, que ya esperaba, y con saludos muy corteses recibió al hidalgo. Apenas entraron en la habitación del sacristán, el Sr. Diego sacó la bota: los ojos se le alegraron al buen rapavelas.

—¡Ah!—exclamó.

—Supongo que esta noche no me despreciaréis tampoco mi vino.

—¡Despreciarlo! ¡Eso, sobre ser la mayor de las torpezas, sería también una ofensa para vos! Beberé, porque este vino tiene la virtud de esclarecer la inteligencia, y porque así el tiempo pasará más agradablemente.

—Pero habéis de beber con prudencia, pues ya habéis visto lo que puede suceder.

—Yo no me emborracho con la facilidad que mi compañero Cecilio.

—¿Qué os ha dicho después que despertó?

—Ni una palabra: apenas me ha saludado, y parece que huye de mí. Quizás sus recuerdos son confusos y no tiene seguridad de lo que le sucedió; pero, sea como quiera, es la verdad que duda y vacila.

—Dejadle hasta que nos convenga.

—No he querido dar un solo paso sin estar de acuerdo con vos.

—Pues bebed, hermano, y demos principio á nuestra conferencia.

Tomó el sacristán la bota y saboreó el delicioso vino.

—Supongo—dijo el Sr. Diego—que ya habréis visto á ese bribón que favorece los amores de la novicia.

—Aquí estuvo anoche. Es un desalmado; pero un gran hombre. ¡Oh! ¡Qué ingenio! Preciso es admirarle, y os aseguro que si prevenido no estuviese, me hubiera dejado engañar. Á mal no lo llevéis, Sr. Casiano; pero reconozco que ese hombre es capaz de burlarse de todos nosotros.

—Precisamente por eso me veis adoptar medidas extraordinarias.

—Lo que parece casi imposible, es muy fácil para él. Eso de sacar del convento á la novicia sin necesidad más que del auxilio del demandadero, y á pesar de todas las llaves y cerrajos, de todas las precauciones, de toda la vigilancia, es cosa que apenas se concibe.

El Sr. Diego fijó una mirada escudriñadora en el sacristán; bebió, le dió la bota, y dijo:

—¿No brindáis?

—Con mucho gusto.

—Os haré una advertencia.

—Todas me parecerán bien.

—Aunque yo no sea tan ingenioso ni tan listo como ese hombre, no me engañaréis: tened, pues, mucho cuidado, porque si algo me ocultáis, si una sola mentira decís, con la misma facilidad con que he sacado la bota, sacaré la daga.

—Sr. Casiano, no tenéis motivos para quejaros de mí.

—Pronto lo veremos.

—Os sirvo con lealtad, no solamente porque me habéis prometido gran recompensa, sino porque nada me exigís que sea criminal, sino que, por el contrario, lo que deseáis está en armonía con el cumplimiento de mis deberes.

—Sin embargo, cuando nos tienta el Demonio...

—*Vade retro!*

—Y la pícara codicia es mala consejera.

—Mi severidad, mi lealtad, mi...

—Puede haber sucedido que ese hombre os ofrezca más dinero que yo; y como es tan ingenioso, tan astuto, tan perspicaz, tan travieso, puede también haberos deslumbrado con algunas promesas tentadoras.

—La verdad es que así lo ha intentado; pero yo, esclavo de mi conciencia y recordando además la pícara costumbre que tenéis de echar mano á la daga, he resistido á todas las tentaciones y á todos los halagos.

—Eso es lo que os conviene.

—Aparenté otra cosa y me he dejado sobornar, por que me habéis mandado hacerlo así.

—Perfectamente.

—Para que veáis hasta qué punto es digno de alabanza mi proceder, os diré que ese hombre no me ha pedido nada que me comprome-

ta, pues el plan que ha trazado es tan ingenioso, que la novicia puede salir del convento sin que á nadie se acuse; puede desaparecer con la misma facilidad con que desaparece una bocanada de humo. ¡Vale mucho ese hombre, Sr. Casiano, vale mucho!

—Explicaos, porque mi curiosidad picáis cada vez más.

Casimiro arqueó las cejas, bebió, castañeteó la lengua, y con cuanta gravedad le fué posible dijo:

—Sr. Casiano, mucho sentiré que no apreciéis en lo que vale mi lealtad. Creedlo: como al confesor se habla os hablaré.

—Y nada perderéis—respondió el Sr. Diego, mientras sacaba la bolsa y hacia resonar su contenido.

—¡Ah!...

—Puedo disponer de mucho más que esto. ¿Entendéis?

—¡Demasiado bien!

—Si en una balanza pusieseis vuestra lealtad en un lado y en el otro el oro de que puedo disponer, de seguro, mi recompensa pesaría más.

—Apenas se concibe que haya tanto dinero en el mundo.

—Ese hombre debe de haberos enseñado otra bolsa no menos bien provista.

—Y me entregó cien ducados á cuenta de los mil que debe darme.

—¡No es mucho!—dijo desdeñosamente el hidalgo.

—En esta bolsa hay más; ya lo veo.

—Resulta que empezáis á ser rico.

—Sí.

—¿Y á quién se lo debéis?

—Á vos; lo reconozco.

—Pues, entonces....

—Os daré una prueba de mi gratitud. He aquí el plan de ese hombre, que, por cierto, tiene un nombre que me desagrada, pues se llama Cuasimodo; y como vos os llamáis Casiano y yo Casimiro, resulta que por todas partes me encuentro con el casi, que no es palabra de buen agüero cuando se trata de acometer una empresa.

—¡Dejad los comentarios, hermano Casimiro!

—Pues bien; el plan consiste en que duran-

te el día la novicia aproveche una ocasión y se introduzca en la habitación del demandadero, ocultándose allí, ó en el aposento del hortelano, ó por aquí, para esperar á que llegue la noche para salir del convento.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó Paredes, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—¡Jesús!

—¡Que el Infierno me traguel!

—¡Sr. Casiano!...

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Habéis perdido la razón?

El hidalgo se puso en pie, fué de un lado para otro mientras juraba y maldecía como un condenado. Sentíase mortificado horriblemente porque el ingenio de Lucas había sido más sutil y más fecundo que el suyo. Después de mucho cavilar no había conseguido el hidalgo encontrar un medio tan sencillo y fácil como el que había ideado el escudero.

Había mirado al escudero con desdén, y tenía que reconocer que era un adversario muy temible. Grandes esfuerzos hizo para recobrar la calma; pero no pudo recobrar la alegría. Sentíase avergonzado, y consideraba que el sacristán tenía sobrado motivo para burlarse de él. Volvió á sentarse y bebió.

—¡Vive el Cielo!—murmuró sordamente.

—¡No lo entiendo!—dijo el sacristán.—Cuando tenéis motivo para alegraros porque conocéis el plan de vuestro enemigo, os enfadáis.

—Ya, he recobrado la calma.

—Si os sirvo con lealtad, ¿qué os importa que ese hombre valga mucho?

—Sr. Casimiro, es preciso que esta situación acabe de una vez, y para conseguirlo tenéis que seguir representando la farsa...

—La representaré.

—La novicia hará lo que desea su amante.

—Perdonad—replicó Casimiro;—pero eso de que salga del convento...

—¿Qué?

—No ha de hacerse con mi ayuda, aunque me diesen todo el oro del mundo.

—Se ocultará precisamente en esta habitación ó en la del hortelano.

—Pero...

—Del convento no saldrá.

—¡Eso es otra cosa!

—Su amante y ese bribón que le ayuda que-

darán presos en la red tendida por ellos mismos, siendo el resultado final que á vos os den las gracias, y hasta os recompensen por el gran servicio que habréis prestado, que yo me case y sea feliz, y que los criminales sufran el castigo que merecen.

—Ese desenlace me gusta.

—Para llegar á él arreglaremos los detalles como convenga.

—El Sr. Cuasimodo quiere que yo aproveche los momentos en que la novicia ande por la huerta.

—¿Para darle una carta?

—Para decirle que esté prevenida á todas horas, y para darle las instrucciones convenientes y que nos secunde.

—Escuchad—dijo Paredes.—Desde mañana, y con preferencia á todo, os ocuparéis en haceros dueño de la voluntad de Cecilio, ofreciéndole lo que más pueda halagarle.

—El vino.

—Pero eso es poco.

—Si también queréis darle dinero...

—Cuanto pida.

—Bueno sería que me dijeseis hasta qué cantidad puedo ofrecer.

—Mil ducados.

—¡Oh!...

—Vos habéis de tomar mucho más.

—¿Y debo decirle que representamos una farsa para engañar á ese hombre?

—Haréis lo que más convenga.

—Me parece lo mejor darle á conocer la verdad, pues así no sentirá temores de quedar comprometido.

—Es igual para mí.

—Pues acometeré la empresa inmediatamente.

—Mañana vendrá á la iglesia un hombre, y cuando solo estéis en la sacristía ó en otro sitio cualquiera, pasará junto á vos y os dará un papel.

—¿Ese hombre?...

—No le conocéis.

—Pues, entonces...

—Tomaréis el papel y lo entregaréis á la novicia. Mañana por la noche me tendréis aquí, y me daréis á conocer el resultado de cuanto hayáis hecho.

—¿Y el Sr. Cuasimodo?

—Esperará.

—Está bien.

—Nada más tengo que deciros ahora.

—Si me dejaseis la bota, me sería muy útil para obsequiar y entusiar á Cecilio.

—Con tal que de aquí á mañana no la dejéis vacía...

—No me conviene emborracharme.

—No, porque todo lo echaríais á perder, y debéis pensar que la derrota sería para vos tan peligrosa como para mí, sin contar con que yo no perdonaría vuestra torpeza y en mi desesperación, os castigaría terriblemente.

—¡Descuidad!

—Os dejo para que descanséis.

El sacristán bebió por última vez y guardó la bota en su arca. Para animarle dejó el Sr. Diego algunas monedas de oro sobre la mesa, y se despidió, yendo á reunirse con sus amigos.

—¿Qué noticias nos traéis?—le preguntó Cabral.

—¡Ira de Dios! ¡No merezco que me llaméis vuestro amigo!

—¡Sr. Diego!...

—He cometido una gran torpeza, y tengo que reconocer que el miserable Lucas vale mucho más que yo.

—¿Qué ha sucedido?

—Doña Margarita saldrá del convento; pero á mí no me deberéis vuestra felicidad, sino al escudero.

—Lo que decís...

—No lo entendedis; pero os lo explicaré con mucha claridad. Vamos; porque aquí nada tenemos que hacer, como no sea llamar la atención de alguna ronda.

—Os felicito—dijo D. Lope á Paredes.

—¿Por qué?

—Porque el corazón me dice que habéis conseguido algo de muchísima importancia.

—Todo se debe á Lucas.

—Lo veremos.

—Aunque os parezca inverosímil...

—Nada me sorprende ya.

No tenemos para qué seguirlos ni oír las explicaciones de lo que ya sabemos.

Entretanto el sacristán contemplaba las monedas y las guardaba con las que le había dado Lucas la noche anterior. Al abrir el arca vió la bota, y no pudo resistir la tentación;

pero bebió poco; se desnudó y se acostó, mientras trazaba planes para realizar sus aspiraciones y su dicha cuando aquel asunto terminase y recibiera el dinero prometido por el hidalgo. Más de una hora pasó antes de que le fuera posible conciliar el sueño.

CAPÍTULO XIV

Cómo trabajó el sacristán.

No bien hubo abierto Casimiro la puerta de la iglesia, cuando el escudero entró, tomó agua bendita y fué á situarse junto al prebisterio, esperando inútilmente el estornudo, señal de cita. El sacristán iba y venía según costumbre. Poco después entró Gil en el templo, y fué á colocarse junto á una de las pilastras que sostenían las bóvedas. La misa terminó. Casimiro permaneció en la sacristía. Lucas empezó á convencerse de que aquel día nada le sería posible hacer. Cuando el sacerdote se fué, el sacristán entró en la iglesia para apagar algunas luces. Llegó cerca del coro; no podía verle el criado de D. Juan.

—¡Me parece que ésta es la ocasión!—dijo Gil.

Y como si para rezar se acercase á uno de los altares que había junto al coro, pasó rozando con Casimiro. Miráronse ambos sin pronunciar palabra, y Gil puso un papel en la diestra del sacristán, que le cogió mientras se estremecía. Pasó el sirviente, y al pie del altar se arrodilló; poco después Casimiro se presentó haciendo resonar el manojó de llaves. Gil se santiguó y salió. Lucas se puso en pie, miró al sacristán, que permaneció indiferente, y salió también. Ya no estaba en la calle el fiel criado de D. Lope. Aquel primer paso habíase dado con toda felicidad. Sin embargo, no podían cantar victoria, porque quedaba lo más difícil. ¿Conseguiría Casimiro entregar la carta?

Margarita, aunque no tuviera la costumbre de fingir, había representado admirablemente su papel. El día que estuvo allí D. Lope le pasó la hija del Rey entregada á los arrebatos de su fingido dolor; al siguiente, y cuando fué al coro con la Comunidad, presentóse dolorosamente triste, pero como resignada; luego res-

cuchó humildemente á la Superiora, que le dirigió las palabras más dulces, le recordó el deber de resignarse, y le habló de la bienaventuranza prometida á los que en este mundo sufren y lloran. Ni la más leve duda le quedó á la anciana de que la joven había perdido la última esperanza. ¿Para qué tomarse la molestia de espiar á todas horas á la infeliz? Bastaba una observación prudente y las precauciones que se habían adoptado de acuerdo con el señor de Santisteban.

Desde entonces consideró la reverenda Superiora que la hija del Rey era digna de compasión y de todas las consideraciones, pues sufría mucho y no le quedaba más consuelo que el de la esperanza de dicha en el mundo de la eternidad. Para alejar toda sospecha habló la joven de su deseo de profesar cuanto antes fuera posible, y preguntó á la anciana si sería fácil alcanzar la dispensa de una parte del tiempo de noviciado.

—Eso depende de las circunstancias—respondió la Superiora;—depende de vos, ó lo que es igual, de las disposiciones que mostréis y de vuestro adelanto en la instrucción que necesitáis para pronunciar los votos que han de separaros del mundo y colocaros en el camino de la eterna salvación.

—Si de mí depende, el plazo se abreviará, porque haré cuantos esfuerzos sean imaginables.

—Doy á Dios gracias porque ha escuchado mis súplicas.

—Yo también se las doy, porque, aunque sufro mucho, no viviré en constante agitación, disfrutaré por lo menos de la paz del alma.

—Ésa es la mayor dicha posible en este mundo.

¿Cómo había de sospechar la anciana religiosa que todo aquello era una farsa? Ya nada temió, y deseó que otra visita le hiciera el señor de Santisteban para poder enviar al Rey la grata noticia de que su hija se había resignado y mostraba los más vivos deseos de separarse del mundo.

Á la hora del descanso el sacristán fué á la habitación del demandadero; pero no se detuvo allí más que para dar los buenos días á Cecilio. Algo turbado parecía éste, pues á cada instante temía que Casimiro fuera á pedirle

cuentas del contenido de la bota. Tranquilizóse al ver que se concretaba á saludarle muy afablemente y que se iba á la habitación del hortelano, hombre sencillo, para quien no existía más mundo que la huerta. Tenía ya sesenta años, y hacía más de veinte que estaba al servicio de la Comunidad. Era muy honrado, no tenía vicios ni aspiraciones de ninguna clase, se consideraba feliz, y, por consiguiente, era casi imposible sobornarle para que olvidara su deber. No se encontraba en aquellos momentos en su habitación, y para hablar con él, como otras veces hacía, salió el sacristán á la huerta, donde le halló ocupado en sus faenas, que no interrumpió para responder á Casimiro. Algunas religiosas habían salido también y se paseaban buscando alguna distracción.

Ninguna de ellas se cuidaba del hortelano ni de Casimiro, pues tenían la costumbre de verlos á todas horas. Para ellas, aquellos hombres no eran tales, así como para ellos no eran más que monjas aquellas mujeres. El sacristán empezó á vagar de un lado para otro, deteniéndose con frecuencia para contemplar los árboles, las hortalizas ó las flores, lo cual no podía llamar la atención de nadie, porque lo hacía diariamente. De reojo y con gran disimulo miró á las monjas que andaban por allí. No estaba la novicia. Pocos minutos después se presentó la Superiora, que se apoyaba en el brazo de una monja.

Recorrió una parte de la huerta, y fué á sentarse en un banco cerca de una cristalina fuente y al pie de un árbol frondoso. El sacristán hizo un gesto de disgusto, porque creyó que la presencia de la anciana sería un estorbo. Sin embargo, esperó. Media hora después se presentó la novicia. En su pálido semblante se pintaba el dolor más intenso; inclinaba la cabeza como agobiada por el peso de sus horribles desdichas. No era posible mirarla con indiferencia.

—¡Pobrecilla!—murmuró Casimiro.—La verdad es que lo que hacen con ella es una crueldad y una injusticia, puesto que la sacrifican para que otros sean felices. Si su amante no fuese un criminal y el hijo de otro criminal, de un suicida, casi me atrevería á olvidarme de mis deberes para protegerla; pero ayudarla á

salir del convento para que se la lleve un bribón, sería hacerle un mal en vez de un beneficio. Como ella está enamorada, no puede comprender esto.

La hija del Rey se acercó á la Superiora, y humilde y tristemente habló con ella algunos minutos.

—Pasead—le dijo la anciana,—buscad alguna distracción en la compañía de vuestras hermanas, y así descansará vuestro espíritu.

—Me agrada la soledad.

—Pero la soledad ofrece también sus peligros para quien sufre, porque se piensa más en lo que es causa de nuestros dolores. Así se quebranta la salud, y tenemos la obligación de conservarla.

—Siempre he sufrido mucho, madre mía, y los sufrimientos son mis mejores amigos.

—No debemos dejar que el dolor nos domine.

Respetuosamente besó Margarita la diestra de la anciana, y se alejó, vagando por sitio distinto del en que se encontraban las monjas, aunque no esperaba recibir entonces noticias de su amante. En la huerta había sitios donde la vegetación presentaba mucha espesura, y en ellos se internó la joven, aislándose así más y más de las monjas. Casimiro la siguió con la mirada hasta que de vista la perdió.

—Me parece—dijo—que ésta es la ocasión. Me iré por aquel lado, y dando una vuelta, saldré á su encuentro.

Poco después había desaparecido también entre la espesura. Con el oído atento y escudriñadora la mirada avanzó, mientras que con la mano derecha oprimía el papel hecho muchos dobleces que le había entregado Gil. Sus pasos no producían el más leve ruido. De repente se encontró con Margarita. Ésta miró maquinalmente á Casimiro y se dispuso á continuar su paseo; pero el sacristán, después de volver la cabeza á uno y otro lado y de convencerse de que nadie le espiaba, dejó ver la carta y fijó en la hija del Rey una mirada muy expresiva. Poquísimo faltó para que la joven exhalara un grito. Por algunos momentos la aturdió la sorpresa y quedó inmóvil. Comprendía el sacristán que era muy peligroso detenerse, y más peligroso hablar con la novicia, siquiera porque esto le estaba prohibido; as

pues, dejando caer la carta, dió algunos pasos más, llegó junto á la joven, y sin detenerse le dijo á media voz:

—¡Es de vuestro amante!

Enrojecieron las mejillas de la hija del Rey como si la sangre fuese á brotar, y se estremeció violentamente. Casimiro desapareció en un instante.

—¡Diosmío!—exclamó Margarita.

Recogió el papel. No podía leer en aquel sitio; lo guardó, y sin perder un instante volvió al convento. Había observado, y estaba convencida de que entonces no la espíaban. No fué á su celda, porque era fácil que allí la sorprendiesen. Subió hasta los aposentos donde nadie habitaba, y después de mirar una y otra vez y de convencerse de que con descuido podía estar, abrió la carta.

—¡Ah!—exclamó.

No la habían engañado, pues aquélla era la letra del Sr. Domingo. No hay que decir que leyó con ansiedad inconcebible. Ante todo el Sr. Domingo daba minuciosas explicaciones sobre la situación; refería cuanto haciendo estaba Paredes, lo que se proponía el escudero y lo que ellos pensaban hacer. Todos los casos los habían previsto, y para todo daban instrucciones á Margarita. Así era difícil que ésta cometiese ninguna torpeza. Luego hablaba Cabral de su amor, y dirigía á la joven frases de inmensa ternura.

Con profundo asombro conoció la hija del Rey aquellas tramas, que eran tan ingeniosas como horribles. No se le ocultaban los peligros que su amante, sus amigos y ella misma tenían que correr; pero también comprendía que no era imposible llevar á cabo la empresa. Rompió la carta en muchos pedazos, que fué espar-

ciendo en sitios donde no podían ser encontrados, y se retiró á su celda para reflexionar sin ningún temor. Entretanto el sacristán volvió al aposento de Cecilio, que otra vez se turbó.

—Hermano—dijo Casimiro,—tengo que



—¡Es de vuestro amante!

daros una queja, y á mal no lo llevaréis, porque es una prueba de nuestra amistad.

—¿Os he ofendido?—preguntó el demandero sin atreverse á mirar frente á frente á su compañero.

—Ofenderme, no.

—Entonces...

—Pero me sorprende y me da pena que ni siquiera me hayáis preguntado cómo me siento después del terrible ataque de anteanoche; y así, no solamente habéis manifestado indiferencia, sino que me habéis privado de tener ocasión para daros las gracias por vuestro socorro.

—Pues eso precisamente es lo que yo quería evitar, porque no hice más que cumplir mi deber.

—Hermano Cécilio, casi os debo la vida.

—Si es así, me alegro mucho.

—Y como deseo daros una prueba de mi amistad y de mi gratitud, voy á proponeros una cosa y á pedirlos un favor.

—Decid lo que bien os parezca, que con mucho gusto os escucharé.

—Deseo tener un rato de expansión—reputo el sacristán,—siquiera para que el espíritu descanse y el cuerpo recupere las fuerzas que gastamos sin cesar en nuestros penosos trabajos.

—¿Y esa satisfacción depende de mí?

—Indudablemente, porque yo no gozo si de mis goces no participa un amigo.

—No comprendo bien; pero...

—La cosa es muy sencilla: cuando todo el mundo duerma, durante esas horas únicas en que nos dejan en paz, cenaremos en mi habitación, ó en la vuestra, ó donde se os antoje, y beberemos de aquel vino delicioso que probasteis la otra noche...

El demandadero tembló y se puso colorado como una casta doncella cuando de amor le hablan desvergonzadamente. No acertó á responder.

—Aquella bota que visteis—añadió el sacristán,—me la llena de vez en cuando un amigo...

—Perdonad...

—¿Y por qué he de perdonaros? Si la bota se encontraba allí y vos no teníais nada que hacer, bebisteis con la franqueza que debe haber entre amigos como nosotros. ¿Acaso llevaríais á mal que yo tomase cualquiera golosina que encontrara en vuestro aposento? Me parece que nuestra amistad es verdadera, íntima, y que eso y mucho más podemos hacer.

—Por mi parte...

—El mal fué para vos, pues aturdido estabais por el sueño, y trastornado al verme sufrir, ó lo que es igual, estabais mareado antes de beber. Así sucedió que, aunque el vino era poco, acabó de aturdirlos; y como teníais necesidad de dormir, os rindió el sueño. Para evitar que nadie advirtiese lo que había sucedido, me pareció lo más conveniente llevaros á vuestra cama.

—Y os lo agradecí muchísimo.

—Supongo que el vino os pareció bueno.

—¡Ah!...

—Aunque lo dudéis, os diré que tiene cien años.

—Yo había calculado que pasaba de sesenta.

—Sois buen catador!

—¡En cuanto á eso!...

—Precisamente porque sabéis apreciar el mérito de ese vino, os lo daré con más gusto.

—Tanta es vuestra bondad...

—Hermano, si os parece que esta misma noche nos entreguemos á nuestra expansión...

—Á mí me parece bien cuanto dispongáis.

—Una sola cosa me pone en cuidado, no por mí, sino por vos. El amigo que el vino me regala es un hidalgo á quien conocí hace mucho tiempo, y á quien soy deudor de algunos favores.

—El regalo del vino es bastante para que estéis agradecido.

—Alguna noche ha venido á cenar en mi compañía, y ahora pienso que al pedirle que me llene la bota, casi tengo obligación de convidarle.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Como vos no le conocéis...

—Le conoceré; cuando se come es cuando se hacen las mejores amistades.

—Es alegre, lo cual nada tiene que ver con su discreción ó su honradez á toda prueba.

—Repito que dispongáis á vuestro antojo.

—Nadie debe saber que nos permitimos un desahogo tan inocente, porque harían comentarios, y Dios sabe lo que pensarían.

—Como todos dormirán y vuestro aposento es el más retirado...

—Pues estamos de acuerdo.

—Hermano Casimiro, esta prueba de amistad que me dais...

—De gratitud, porque os debo la vida.

—¡Pasaremos una noche feliz!

—Haré lo posible para que la cena sea digna de vos.

—Soy frugal, ya lo sabéis. Con ese vino de cien años me contentaré.

—Esperaréis á que yo os avise, y entretanto podréis dormir, pues no me atrevo á que cenemos temprano. No echéis la llave en la puerta que da al pasillo, y así podré venir para despertaros sin hacer ruido.

—Perfectamente.

—Pues hasta luego, mi buen amigo.

Separáronse. Más prudente no podía mostrarse el sacristán. Para no despertar recelos, no habia querido decir nada del grave asunto á Cecilio. Fué previsor en cuanto á lo de convidar al amigo que el vino les regalaba, pues así el hidalgo quedaria en libertad de asistir ó no á la cena, según le conviniese. Inmediatamente se ocupó Casimiro en los preparativos, comprando aquellos manjares que más habían de complacer al demandadero. De todos los gastos le indemnizaría sobradamente el hidalgo. La noche llegó sin que ocurriese novedad. Lo mismo que la anterior, el Alcalde se fatigó bien pronto de vigilar en los alrededores de Santo Domingo, y á las diez en punto se presentó el Sr. Diego.

—Entrad—le dijo el sacristán;—me escucharéis y decidiréis lo que mejor os parezca.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo.

—¿Y la carta?

—La entregué á la novicia, y esta noche quedará todo arreglado con Cecilio.

—Veo que habéis aprovechado el día.

—Ahora tengo una duda, que vos resolveréis, como bien os parezca.

El sacristán refirió punto por punto su conversacion con el demandadero. Perplejo se quedó Paredes. ¿Le convenia tomar parte en la cena? Dudó; pero no mucho rato.

—¡Vive el Cielo!—exclamó al fin.—¡Me quedaré!

—Supongo que me habéis traído vino.

—¡Tomadlo!

—Sin esto nada podríamos hacer.

—Pues soy vuestro convidado. Despertad á Cecilio, y demos principio á la cena.

—¡Y que Dios nos inspire!

CAPÍTULO XV

La cena.

El sacristán abrió el arca y sacó las provisiones de boca, que consistían en algunas magras de jamón bien curado, sardinas saladas, queso y aceitunas, lo cual constituía una gran cena para aquellos hombres. También sacó tres vasos que sin estrenar estaban, y en el centro de la mesa colocó la bota, que representaba el principal papel.

—¿Qué os parece?—le preguntó al hidalgo.

—Muy bien.

—¡No podrá quejarse mi compañero!

—Si yo hubiera sabido que habíamos de cenar, veriais sobre esta mesa algunas perdices escabechadas y otras cosas por el estilo.

—¡Perdices escabechadas!—exclamó el sacristán, arqueando las cejas y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pero, Dios mediante, no será ésta la última noche que pasemos reunidos y cenando alegremente.

—Por mi parte, las pasaría todas lo mismo.

—Lo que falte de manjares delicados le sobra en bondad al vino, y, por consiguiente, vuestro compañero no se quejará.

—Pues voy á despertarle. Os advierto que le he dicho que nos conocemos hace bastantes años, que vos tenéis la costumbre de regalarme este vino secular y delicioso, y que me parecia bien convidaros para que participaseis de nuestra cena.

—Descuidad, que ninguna torpeza cometeré.

—Cecilio es un hombre rudo, pues ni siquiera sabe leer, y, por consiguiente...

—Comprendo: es preciso hablarle en su idioma. Daos prisa, hermano Casimiro, que el tiempo vuela.

Casimiro encendió otra luz y fué á la habitacion del demandadero, que no se habia desunado, pero dormia profundamente.

—¡Hermano—le dijo el sacristán mientras le asia por un brazo y le sacudia,—que todo está preparado y mi amigo espera!

Se trataba de cenar, y sobre todo de beber

un vino exquisito, y, por consiguiente, no era posible que pereza mostrase el demandadero. Se incorporó, se restregó los ojos, bostezó y luego dijo:

—¡Loado sea Dios! ¡Buenas noches, ó buenos días, pues no sé en qué hora vivo!

—Poco más de las diez son.

—¿Decís que la cena está preparada?...

—Sí.

—¿Y el vino?

—Llena la bota y esperando á que la vaciemos. Mi amigo también espera, y su conversación os agrada mucho.

—Si es alegre...

—Como la misma alegría.

—Y cuando tiene ese vino que os regala, debe de ser inteligente bebedor.

—Ya lo veréis.

—¡Vamos, vamos, que agua se me hace la boca!

Cecilio dejó el lecho, se frotó las manos como demostración de alegría, y sonreía como la criatura más feliz. Cuando estuvo en presencia del Sr. Diego detúvose, le miró de pies á cabeza, se inclinó y le dijo gravemente:

—Señor hidalgo, os agradezco mucho que nos honréis con vuestra compañía.

—Podéis considerarme como al mejor de vuestros amigos.

—Hay entre nosotros una gran distancia: vos sois un hidalgo, y por añadidura rico, mientras que yo, pobre y humilde demandadero de la Comunidad de Santo Domingo...

—La verdadera amistad no reconoce clases, porque para el corazón no hay nobles ni plebeyos, ricos ni pobres, y todos somos iguales. Además, para que desaparezca la distancia que pueda haber entre nosotros, la anularemos con el líquido que contiene esa bota.

Y esto diciendo, el hidalgo tomó la bota y se la entregó al demandadero, añadiendo:

—¡Bebed!

—¡Sois un gran hombre! ¡Por vuestra salud!

Empinó Cecilio como hacerlo sabía. Luego bebió Paredes, y después Casimiro.

—Puesto que ya hemos limpiado el tragadero, debemos emprenderla con esas magras y esas sardinas, sin perjuicio de apagar la sed cuando bien nos parezca.

—Hermano Casimiro—dijo el demandadero, —sois muy dichoso, porque tenéis amigos como este señor hidalgo.

—Amigo vuestro es también desde esta noche.

Sentáronse, y Paredes se colocó entre el sacristán y el demandadero. Principiaron por las sardinas, como si se complaciesen en hacer mayor la necesidad de beber. El Sr. Diego llenó los vasos, y no habían transcurrido cinco minutos cuando dijo:

—¿En qué pensáis que con tanta indiferencia miráis el delicioso licor? ¿No se os ha quedado en el tragadero ninguna espina?

—¡Tenéis razón!

Bebieron, y clavaron los dientes en las magras, que les parecieron deliciosas.

—¿De dónde procede este vino?—preguntó el demandadero.

—De un delicioso valle casi desconocido que hay entre la Mancha y Andalucía. Lo elabora un pariente mío, viejo solterón rico y extravagante, pero que pasa una gran vida.

—Si de este vino bebe...

—No prueba de otro.

Cecilio bebió.

—¡Cuidado—le dijo el sacristán,—porque el vino muy añejo se sube más fácilmente á la cabeza!

—¡Y también lleva la alegría al corazón!

—Y sobre todo, el que se emborracha duerme, y así consigue gozar mientras bebe, y olvidar penas mientras está entregado al sueño—replicó Paredes.—Luego despierta, y con más vigor lucha otra vez con las desdichas de esta vida, con las negras realidades. Así la existencia es soportable; pero si nos privamos de estas expansiones, de estos descansos, de estos intervalos, de estas alegrías que nos alejan de las pícaras realidades, la vida se convierte en un tormento incesante, y entonces se desea morir para descansar.

—¡Oh!—exclamó Cecilio con tono de admiración profunda.—¡Sr. Casiano, acabáis de decir una gran verdad!

—Lo que no debe hacer el hombre es embriagarse públicamente; pero en su casa, en el seno de la amistad íntima...

—¡Tengo sed!—gritó el demandadero.

—¡Y yo!—dijo el sacristán.

—Pues bebamos, y brindemos cada cual por lo que más le agrade.

—¡Yo brindo por el que este vino me proporciona!—dijo el demandadero.

—¡Yo, por vuestra felicidad!—añadió Casimiro, dirigiéndose al hidalgo.

—¡Y yo—repuso éste—brindo por la mujer á quien adoro!

—¿Estáis enamorado?—preguntó el demandadero.

—¡Hasta la medula de los huesos!

—¿Y sois correspondido?

—¡Con toda el alma!

—Pues, entonces...

—Pero á mi dicha se oponen algunas dificultades, porque la mujer amada tiene una hija, que es un estorbo para nuestra unión; y aunque hemos apelado al recurso de encerrarla en un coaventó, ella ha de hacer lo posible para verse libre y casarse con un bribón que la cabeza le ha trastornado. De ese modo mi felicidad será imposible, porque la hija se llevará el dinero, y á mí no me agrada ser esposo de la pobreza.

—No entiendo bien ese asunto; pero si en una celda está la hija...

—Oportunamente os lo explicará todo Casimiro: por de pronto no os diré más sino que la hija está en este convento y se prepara para huir. Haremos cuanto es imaginable para estorbarlo, y además procuraremos que el amante y cuantos le ayudan caigan en sus propias redes, sufriendo así el castigo que merecen por sus crímenes.

El demandadero se encogió de hombros. No acababa de entender, y como para despejarse la cabeza, volvió á beber. Los efectos del alcohol no se hicieron esperar.

Continuaron la cena. El Sr. Diego fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir, cual si también empezara á embriagarse. Inútiles fueron todos los esfuerzos de Cecilio para dominar el sueño.

—¡Bien—decía,—muy bien! Pues e.o de la hija y del convento... ¡Bah! ¿Me entendéis? Si á mí me encargan que vigile... ¡En fin, cuando se tiene sueño, se duerme! Sr. Casiano, cuando me regaléis vino... ¿No brindáis? ¡El último trago, el último!

Apoyó los brazos en la mesa, se cerraron

sus ojos, murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse, y se quedó dormido.

—¡Viéndolo estáis!—dijo el sacristán.—Pero habéis perdido la mejor ocasión; ya que principiasteis, debisteis continuar.

—No, porque hubiera desconfiado, y á vos os toca hacer lo que convenga y en los momentos en que sea menester. Aún no sabemos hasta qué punto hemos de necesitar la ayuda de este hombre. Ya está preparado, y, por consiguiente, no le sorprenderán vuestras proposiciones.

—Me habéis convencido.

—Voy á examinar su aposento, y entretanto permaneceréis aquí por si despierta.

El Sr. Diego tomó una de las luces, y salió del oposito; llegó al de Cecilio, fué á la puerta que comunicaba con la habitación del hortelano, dió vuelta á la llave, empujó y entró. Estaba el anciano en su lecho y dormido tranquilamente. Fué á otra habitación, atravesó un pasillo, halló otra puerta con llave y cerrajo, la abrió, dejó la palmatoria en el suelo, dió algunos pasos, y se encontró bajo un emparrado en la frondosa huerta. Aunque no tenía más luz que la claridad de las estrellas, fué de un lado para otro, reconociendo el terreno y fijando particularmente la atención en las tapias. Muy cerca de media hora permaneció en la huerta.

—¡Triunfaremos!—exclamó, y volvió al aposento del sacristán.

—¡Ya he concluído!—dijo.

Echó en la mesa algunas monedas de oro, y llevaron á Cecilio á su aposento.

Pocos minutos después el Sr. Diego, muy alegre y muy animado, dirigióse hacia los Caños del Peral para reunirse con sus amigos y darles las buenas noticias de lo que se había adelantado.

CAPÍTULO XVI

Cómo se encontraba el Rey, y lo que hizo el sacristán.

¿Cómo se encontraba el Rey? Debemos suponer que se consideraba feliz, puesto que nadie le había molestado desde que D. Lope de Santisteban fué al convento. Además, debe

creerse que había mejorado la salud del Monarca, puesto que él mismo decía que lo que necesitaba para estar bien y vivir era tranquilidad de espíritu.

Felipe IV esperó con ansiedad á su antiguo paje. Al verle fijó D. Lope su mirada penetrante en el Rey, y dijo:

—Señor, mucho me duele que Vuestra Majestad no se encuentre bien,

—No te equivocas, mi querido Lope. ¿Para qué me sirve todo mi poder? ¿Qué importa que me rodeen todos estos sabios, cuya fama se extiende por el mundo? Mi enfermedad no está en el cuerpo, sino en el alma, y para el alma no hay medicina posible. El frío va penetrando en mi corazón, me llega al alma... ¿Qué enfermedad es ésta? ¿Dónde está el remedio? Tú eres el único que me reanima con tu conversación, y consiste en que me amas verdaderamente y tienes una gran inteligencia.

—Sin embargo, me desespero, porque impotente soy para devolver á Vuestra Majestad las fuerzas y la dicha.

—Te ha sobrado acierto para proporcionarme la tranquilidad. Los días pasan, y nada me dice la Superiora de Santo Domingo. ¿No has vuelto al convento?

—Sin orden de Vuestra Majestad...

—¿Para qué la necesitas? Puedes adoptar las determinaciones que más convengan.

—Iré á Santo Domingo, hablaré con doña Margarita, y...

—¡Al fin es mi hija!

—Deseo traer nuevas agradables.

—Otro asunto me preocupa más. Quizás los hidalgos, convencidos de que les será imposible librarse de la persecución de la justicia, hayan determinado salir de Madrid.

—Lo sentiría.

—Señor, no ignora Vuestra Majestad aquel adagio que dice que «á enemigo que huye, puente de plata».

—En ese asunto hay una cosa que me espanta. Si un día, particularmente una noche, cuando solo me encuentro en mi dormitorio y entregado á los recuerdos que me hacen tanto mal, se abriese la puertecilla secreta y se me presentara Alfonso de Paredes...; si se me presentase levantando la cabeza como debe de

levantarla la víctima cuando suena la hora de la justicia, y...

—Perdonadme, señor; pero os hacéis mucho mal, y no debo permitirlo.

—¡Es verdad! Una de las cosas que más me espantan es leer la carta que me escribió el desalmado Cabral cuando iba á morir. Sin embargo, una fuerza misteriosa me impulsa, y con frecuencia la leo.

—Señor, quememos esa carta ahora mismo, y cuando hayan volado sus cenizas, no será menester que se domine Vuestra Majestad.

—Si me fuera posible hacer un esfuerzo...

—Basta una palabra: dadme licencia para que yo quemese ese papel. ¡La llave, señor!

—La quemaremos; es decir, tú la quemarás, porque á mí me faltaría el valor.

D. Lope abrió el precioso mueble y sacó la carta.

—¡Espera!—dijo Felipe IV.—¡Ah! ¡Dudo!... Pero, en fin, por última vez... Mi querido Lope, lee.

—Pero...

—¡Quiero que leas!—dijo imperiosamente el Monarca.

D. Lope dió principio á la lectura, que el Rey escuchaba con la misma atención que si no hubiera conocido su contenido. Quiso el lector pasar algunos párrafos; pero el Monarca le interrumpió, diciéndole:

—¿Por qué no lees todo? Si dejas una sola palabra, la echaré de menos.

—Eso prueba que Vuestra Majestad sabe de memoria lo que dice aquí.

—Casi, casi.

—Pues, entonces, es inútil la lectura.

—Y también inútil que la carta quememos, pues si grabada la tengo en la memoria, á mi pesar la repetiré palabra por palabra cuando á solas me encuentre. No te molestes en leer más—añadió con tono de amargura el Rey:—vuelve á guardar esa carta con los demás objetos que recuerdan días que no volverán, y que aún no sé si fueron de desdicha.

D. Lope guardó la carta en silencio.

—Resulta—dijo el Rey—que, según tu opinión, será imposible que nos apoderemos de los dos hidalgos.

—Supongo que se han alejado de la corte, y así será más difícil encontrarlos.

—Mientras libre esté Cabral y mi hija no haya profesado, ¿cómo podré vivir tranquilo? Me has sacado del apuro en cuanto á lo del convento. ¿Por qué no me das otra prueba de ingenio ayudando á la justicia para que se apodere de esos hombres? Cuando todos buscaban inútilmente al *Escudero de Satanás*, tú conseguiste descubrir su guarida.

—El caso era distinto. Aquel hombre se dejaba ver en todas partes, y la empresa dependía de espiarle con habilidad. Éstos no se dejan ver, y también entonces me llevaron mis amores adonde yo nunca hubiera ido. Á pesar de todo, no nos apoderamos del hombre misterioso, ni siquiera conseguimos averiguar quién era; es decir, que se burló de todos, y, por consiguiente, no puedo envanecerme con mi ingenio. En paz nos dejó, y con esto nos hemos contentado. Si ahora en paz nos dejan los hidalgos, nada más debemos pedir.

—Á pesar de todas esas razones, deberías hacer algo.

—Lo haré; pero estoy seguro de sufrir una derrota.

—¿Y D. Juan de Haro?

—No le veo.

—¿Y su criado?

—Alguna vez anda por los alrededores de Santo Domingo.

—Si por los alrededores de Santo Domingo anda el escudero, el de Haro no renuncia á sus criminales aspiraciones, y en ese caso, tengo derecho...

—Yo dejaría en la más completa libertad á esos hombres.

—¿Y si cometen un abuso?

—Con mi cabeza respondo de que no lo cometerán, pues vigilo incesantemente.

—¡Quiera Dios que no tengamos que arrepentirnos!

El señor de Santisteban se encaminó á Santo Domingo el Real, y pidió ver á la Superiora.

—¡De parte del Rey!—exclamó Cecilio, que hablaba con el sacristán de la famosa cena.

—¿Por qué os sorprendéis hermano?—replicó el sacristán.

—En verdad que no debiera sorprenderme, porque... ¡En fin, lo mejor será no ocuparse en esos enredos, porque podría suceder que tuviésemos algún disgusto!

Casimiro desplegó una maliciosa sonrisa, y dijo:

—Os equivocáis al creer que ignoro lo que sucediendo está, pues lo sé mucho mejor que vos.

—¿Qué es lo que sabéis?

—Que la novicia que últimamente vino es hija del Rey, y la madre de esa novicia es precisamente la mujer de quien está enamorado el Sr. Casiano. Toda la atención del generoso hidalgo que nos regala el vino secular está fija en esta santa casa, porque á toda costa le conviene evitar que la hija se vaya con su amante. Hay peligro de que la novicia desaparezca como una bocanada de humo.

—¡Hermano Casimiro!...

—El buen hidalgo me pide ayuda para vigilar, y me ha prometido recompensarme si conseguimos que el amante caiga en poder de la justicia; pues es preciso que sepáis que ya está perseguido por otros crímenes. Cuando le ahorquen, la novicia se resignará; y como nada tiene en el mundo que le llame la atención, profesará. Entonces el Sr. Casiano podrá casarse, y me dará una cantidad suficiente para salir de apuros. ¿Comprendéis? Para que ese amante criminal pague lo que debe, le tenderemos hábilmente la red, fingiendo yo que le favorezco; es decir, que le facilitaré la entrada en la ratonera, y preso quedará. La reverenda Superiora tendrá que agradecerme este servicio; el Rey, también, y todos me recompensarán, sin que yo eche sobre mi conciencia la responsabilidad de una falta, sino que, por el contrario, podré envanecerme con haber cumplido mis deberes con toda exactitud. ¿Qué os parece el negocio?

—Lo que me parece, hermano Casimiro, es que sin razón estáis siempre diciendo que sois desgraciado, pues veo que la fortuna os protege como á ningún hombre. Vais á ser rico, mientras que yo...

—Hermano Cecilio, cuando de este asunto os hablo, es porque soy vuestro verdadero amigo y me inspiráis ciega confianza.

—No os arrepentiréis.

—Pues bien; os daré otra prueba de amistad. Si queréis tomar parte en este negocio, también habrá para vos crecida recompensa. Podéis ayudarnos, y vuestros servicios nos serán muy útiles.

—¿Y creéis que el hidalgo se mostrará conmigo tan generoso como con vos?

—Por lo menos, os regalaría quinientos ó seiscientos ducados.

—¡Seiscientos ducados!

—Estoy autorizado para ofrecéroslos.

—Será menester que me expliquéis con más claridad el asunto.

—Venid á mi aposento, sacaremos la bota, y hablaremos con tranquilidad. Poco vino queda; pero será bastante para que muy agradablemente pasemos el rato.

No era dudoso el resultado de la conversación. El demandadero bebió con la esperanza de desaturdirse.

—¡Ah!—exclamó.—¡Ahora comprendo lo que anoche decía el Sr. Casiano! ¿Quién había de sospechar semejante cosa?

—Vuestra admiración llegará al último punto cuando conozcáis el plan que hemos trazado y veáis que el mismo amante nos proporciona las armas para herirle.

—¡Empiezo á creer que yo también soy afortunado!—repuso el demandadero.

—Escuchad, hermano.

CAPÍTULO XVII

Sigue la farsa.

Apenas vió al caballero la Superiora, exclamó:

—¡Nunca ha sido tan deseada persona alguna como vos estos días! Que Dios os bendiga por el beneficio que me habéis hecho, y también á esa criatura infeliz, pues quizás á vos se deba la salvación de su alma. ¡Con sobrada razón deposita en vos su confianza el Rey!

—Reverenda madre, vuestras halagüeñas palabras indican que estamos en camino de triunfar, y me felicito. Su Majestad temía que se hubiese quebrantado la salud de esa niña, á quien más ama por lo mismo que es tan obscuro el horizonte de su porvenir.

—Pálida y ojerosa está; pero, á Dios gracias, en estado de salud completa.

—Ha sido tan rudo el golpe...

—Veinticuatro horas pasó llorando sin cesar; pero humildemente escuchó mis exhortaciones y consejos, y comprendió al fin que de-

bía resignarse para purificar sus virtudes. La pobre niña está triste, hace grandes esfuerzos para cumplir sus deberes, y es tanto su afán por hacerse digna de la misericordia del Señor, que me ha suplicado que interponga mi influencia para que se le dispense una parte del tiempo de noviciado. Su deseo es muy laudable; pero todo depende de las circunstancias.

—Tened mucho cuidado, reverenda madre, porque si bien conviene que cuanto antes profese doña Margarita, es preciso tener en cuenta la salvación de su alma.

—Con disimulo he observado, y más de un lazo he tendido á la pobre niña; pero ya no me cabe duda de que su arrepentimiento es verdadero.

—Buenas noticias voy á llevar al Rey; y falta le hacen, porque su salud está muy quebrantada, y temo...

—¿Creéis que hay peligro para la vida de Su Majestad?

—Me parece que Felipe IV vivirá poco.

—Quizás vuestros temores sean exagerados—replicó la anciana religiosa,—como hijos del mismo amor que á Su Majestad tenéis.

—Todo es posible.

—¡Que Dios nos ayude!

—Reverenda madre, para cumplir las órdenes de Su Majestad, he de ver á su hija.

—Claro es que la veréis; y para que os sea posible apreciar su estado con más exactitud, os dejaré á solas con ella. Así exploraréis su ánimo, y os hablará con más franqueza.

—Sois muy bondadosa. Decidle que el objeto de mi visita es únicamente enterarme de su estado de salud.

La religiosa salió de la celda y fué á la de la novicia, que la recibió respetuosamente.

—Sentaos—le dijo la Superiora,—y preparaos para recibir una visita muy agradable.

—¿Acaso os referís á D. Lope de Santisteban? ¡Ah!... Su presencia es para mí consoladora, porque al verle me parece ver á mi padre.

—Desea saber si es completa vuestra salud y si algo tenéis que pedirle. En libertad completa os dejaré para que le digáis lo que bien os parezca.

—Gracias, reverenda madre.

Salió de la celda la anciana, y pronto se pre-

sentó D. Lope. No pudo la joven contener un grito de alegría.

—¡Calma!—le dijo el caballero.—Escuchad, porque los momentos son preciosos, y respondedme con brevedad. ¿Habéis recibido la carta de Cebral?

—Sí, y ahora espero con la ansiedad que debéis de comprender.

—¿Estáis decidida?

—¡Á todo!

—¿Creéis que no ha de faltaros el valor en los instantes supremos?

—¡Faltarme el valor! Descuidad, porque el dolor ha fortificado mi espíritu, y tengo el valor de la víctima que se defiende contra las injusticias.

—Veo que representáis muy bien la farsa, puesto que la cándida Superiora cree que deseáis profesar.

—Tened entendido que esta comedia no puede prolongarse. Un detalle cualquiera nos perdería.

—Por eso cuanto antes acabaremos.

—Lo que me tiene en incesante agitación es el peligro que amenaza á Cabral y á su amigo Paredes.

—Ocultos están dor.de os imposible que los encuentre la justicia. Esperad á todas horas, á todas, y cuando llegue el instante decisivo...

—No ignoro que las vacifaciones pueden ser la perdición de todos.

—Me alegro de que hayáis comprendido la situación.

—Continuaré paseando en la huerta y recorriendo el edificio, continuaré mostrando afición á la soledad, porque así no llamaré la atención de nadie el día en que se decida mi suerte. Un deseo quisiera satisfacer.

—Decid.

—Quiero abrazar á mi madre.

—La abrazaréis.

—Al salir de este encierro podríais llevarme al convento de San Plácido, pues allí tal vez me encontraría más segura mientras se resuelve lo que hemos de hacer. ¿Por qué no habláis de este asunto con mi desgraciada madre?

—Hoy mismo iré á verla, hoy mismo iré.

—¡Gracia!, caballero!

—¿Deseáis algo más?

—Saber cómo se encuentra mi padre.

—Lo mismo que antes: débil y abatido... Preciso es tener en cuenta sus años. Además, su vida ha sido bastante agitada, y no es posible que conserve muchas fuerzas.

—¡Padre mio! Decidle...

—Que le amáis y que lloráis porque no es feliz. Así lo haré.

D. Lope dirigió algunas frases cariñosas á la joven, y volvió á la celda de la Superiora.

—¿Os parece que el arrepentimiento de la pobre niña?...—preguntó ésta.

—Es verdadero.

—Vuestra visita la habrá consolado.

—Mas también ha recrudecido su dolor, porque he tenido necesidad de decirle que no hay salvación para su antiguo amante. Pero ya no se entrega á los arrebatos de la desesperación, lo cual prueba que se ha resignado.

—Á la tristeza de la pobre niña contribuye su aislamiento.

—Todos los que sufren buscan la soledad. Opino que debéis dejarla para que tenga desahogos que han de hacerle mucho bien.

—Le he dado licencia para que haga lo que le parezca mejor. ¿Y hay esperanzas de que la justicia se apodere de esos hombres?

—Todas las apariencias hacen creer que se han alejado de Madrid. Nada debemos temer por ahora. Sin embargo, día y noche andan corchetes por los alrededores de esta santa casa. No han visto á Cabral ni á su compañero de aventuras; pero, en cambio, anda por estos alrededores el escudero de D. Juan de Haro.

—¡Dios mio!...

—Tranquilizaos, porque se han adoptado precauciones, cuyo resultado será que esos hombres queden en descubierto en el caso de que intenten un abuso.

—Si el plan es vuestro, tranquila estoy, porque ya he visto que sabéis hacer poco menos que milagros. Con tal que esa pobre niña profese...

—Después nos reiremos de todos los enemigos.

Muy satisfecho salió D. Lope, y se encaminó al Buen Retiro. El Rey se paseaba en los jardines, y apenas vió á su antiguo paje, le dijo:

—¿Me traes buenas noticias?

—Las mejores del mundo. El plan ha producido el efecto deseado.

—¿Se ha resignado mi pobre hija?

—Sí, señor.

—Viéndolo estás: cuando ha desaparecido su última esperanza, acepta la situación. Otra cosa no podía suceder. Debe de haber sufrido mucho; pero si su salud no se ha quebrantado... ¡Las fuerzas de la criatura resisten mucho! Las penas agobian; pero no matan, y la prueba la tienes en que yo estoy vivo. En resumen, mi pobre hija, aunque triste, tiene salud.

—Y desea profesar; y su deseo es tan vivo, que ha preguntado á la Superiora si será posible abreviar el plazo del noviciado.

—Quedará complacida. ¿Has hablado con ella?

—Sí, señor.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Y muy cariñosamente.

—¡Pobre hija mía!

—El llanto se escapó de sus ojos y demostraciones hizo de intenso dolor cuando le dije que no era completa la salud de Vuestra Majestad.

—Al fin soy su padre; y si en momentos de arrebató se mostró rebelde contra mi autoridad, como su alma es noble, ha comprendido al fin sus deberes, han dominado sus sentimientos de filial ternura. Para considerarme feliz no necesito más sino que los criminales caigan en poder de la justicia. Pasearemos, mi querido Lope, porque me siento mejor que esta mañana.

Apoyóse el Monarca en el brazo derecho de su antiguo paje, y muy despacio empezaron á recorrer aquellos lugares deliciosos, que pocos años antes habian sido teatro de tantas dulces escenas de amor. Una hora después volvieron á la morada real.

El señor de Santisteban se encaminó al convento de San Plácido. Aquel día la desdichada madre debía considerarse la más feliz de las criaturas al saber que habia esperanzas de que se realizaran los deseos de su adorada hija.

Entretanto, la Superiora de Santo Domingo daba gracias á Dios y le suplicaba que devolviese la salud al Rey.

CAPÍTULO XVIII

Un misterio.

El sacristán siguió representando con habilidad su doble papel. Prometió á Lucas decir á la novicia cuanto conviniese, y así fingió que lo hacia, dándole contestaciones inventadas por el Sr. Diego. El escudero cayó en el lazo y creyó firmemente que engañaba á la novicia.

Varias conferencias tuvo Lucas con el sacristán, varios avisos envió á la joven en nombre del Sr. Domingo Cabral, y otras tantas contestaciones recibió.

Según las contestaciones que el escudero recibía, parecía que la hija del Rey tenía miedo, si bien se mostraba inclinada á dar el último paso para recobrar la libertad. Nuestros amigos necesitaban engañar no sólo á Lucas y al señor de Haro, sino también al sacristán y á Cecilio. ¿Habían encontrado el medio que necesitaban? Lo único que podemos decir es que cavilaron mucho y tuvieron largas conferencias, y que otra noche, aprovechando la borrachera de Cecilio, recorrió la huerta el señor Diego de Paredes, haciendo un examen muy detenido de los sitios en que le convenia fijar la atención.

Suponemos que encontraron al fin el medio que buscaban, pues se atrevieron á fijar un día para dar el golpe decisivo.

Un día el señor de Santisteban, aprovechando la ocasión de haber salido solo el Sr. Diego, preguntó al enamorado joven:

—¿No os ha llamado nada la atención en la conducta de Paredes?

—Me ha parecido que hace lo mismo que siempre, que es el mismo su interés por mí, que trabaja con verdadero entusiasmo, y...

—Pero ¿tiene el Sr. Diego la misma alegría que hace un mes?

—No os equivocáis, D. Lope: antes hablaba y reía sin cesar, y ahora está como distraído; pero eso no es extraño, porque nuestra situación le obliga á cavilar mucho.

—No es eso; y la prueba la tenéis en que está más distraído desde que hemos tenido la fortuna de encontrar la solución que buscábamos.

—Ninguna desgracia le ha sucedido, ni hay

motivo para que sienta temores que hace un mes no tenía.

—Sin embargo, cavila, y tal vez sufre.

—Observaré.

—Sí; hacedlo con mucho cuidado y mucho disimulo.

El señor de Santisteban no se equivocaba, porque Paredes estaba distraído á todas horas, y era indudable que pensaba en algo más que en la intriga que se relacionaba con su amigo y con la hija del Rey. Aquel mismo día, cuando el Sr. Diego volvió, le dijo Cabral:

—Tengo sed; además, me aburro, y si me acompañaseis para beber, os lo agradecería.

—¡Bebamos!—respondió Paredes encogiéndose de hombros.

—Me parece que vos también os aburrís.

—Ahora nada tenemos que hacer, y sabéis que no he nacido para estarme quieto.

—Y lo peor del caso es que la prudencia nos prohíbe salir.

—Sr. Domingo, por nada del mundo me estaré encerrado los ocho días que faltan para que nuestra suerte se decida.

—Nos pasearemos.

—No, porque quizás perderíamos en un minuto lo que hemos adelantado en un mes.

—Sr. Diego, estáis incomprendible—dijo Cabral mientras los vasos llenaban,—y me parece que debéis beber para que se disipen las nubes que envuelven vuestra inteligencia.

—Eso digo yo al sacristán, unas veces en latín y otras en romance.

—Me explicaréis de qué manera hemos de arreglarnos para salir y quedarnos al mismo tiempo en nuestra silenciosa morada.

—En cuanto á mí, es muy fácil; pero no sucede lo mismo con vos.

—¿Acaso nuestra situación es distinta? Si hay alguna diferencia, las ventajas están de mi parte, porque á vos os conocen muchas personas, mientras que á mí no me conocen más que las poquísimas que me han visto desde que volvimos de Italia.

—Pues, á pesar de todo eso, yo podré salir, y vos tendréis que quedaros; yo correré á mi antojo y respiraré al aire libre, y vos no podréis moveros de estas habitaciones.

—¡Vive el Cielo! ¡Sois un verdadero enigma!

—Pues bebed, Sr. Domingo, para que se di-

sipen las nubes que vuestra inteligencia envuelven, y así podréis descifrar el enigma.

—Beberé; pero no conseguiré nada.

—Entonces, voy á explicaros con mucha claridad lo que no entendéis.

—Os lo agradeceré.

—Nada he de hacer ahora, pues ni siquiera debo ver á mi amigo el sacristán. Pues bien; si en completa inacción he de permanecer, aprovecharé estos días para ir á la casa de campo y abrazar á mi padre. Allí no hay alealdes ni corchetes, y descuidadamente podré pasarme á todas horas.

—Yo os acompañaré.

—No, porque algo puede ocurrir que haga necesaria vuestra presencia en la corte.

—También deseo abrazar á mi madre.

—La veréis después que haya terminado la lucha.

—¿Y es eso no más lo que os tiene preocupado?

El Sr. Diego fijó una mirada escudriñadora en su amigo, murmurando luego:

—¿Preocupado? No lo estoy.

—Antes reíais á todas horas á pesar de los grandes apuros de nuestra situación, y ahora...

—Sr. Domingo, con tanta atención me observáis, que veis hasta lo que no existe.

—Múcho sentiría que algún disgusto tuvieseis y me lo ocultarais, porque yo no guardo secretos para vos ni para D. Lope.

—Cuando doña Margarita salga del convento, me veréis reír como un loco.

—Poco falta para que eso suceda.

—Sin embargo, no me forjo ilusiones, porque no estoy enamorado.

—¿Teméis?...

—Todo y nada, porque nuestro plan ofrece muchos peligros, y es al mismo tiempo de realización muy fácil.

—¿Y cuándo pensáis ir á ver á vuestro padre?

—Partiré mañana al amanecer, si no se opone el señor de Santisteban.

Aunque el Sr. Domingo continuó dirigiendo preguntas á Paredes, no consiguió averiguar el motivo de la preocupación de éste. Cuando la noche cerró, D. Lope de Santisteban fué á visitarlos. El Sr. Diego le habló de su viaje. En realidad, no había motivo serio para que

se privase de la satisfacción de ver á su padre. No le faltó á Paredes un pretexto para salir aquella noche, y se encaminó á la hostería de maese Crispín. El hostelero miró al hidalgo con profunda sorpresa.

—Que Dios os guarde—le dijo éste.

—¿En qué puedo servirlos?

—Decidme si nos conserváis la habitación que ocupó mi amigo.

—Así me lo mandasteis, y he cumplido la orden.

—Pues bien; desde pasado mañana me esperaréis á todas horas, y absolutamente á nadie diréis que me habéis visto esta noche.

No dió más explicaciones el hidalgo, y salió de la hostería. Maese Crispín no quedó muy tranquilo, porque temía que otra vez le comprometiesen. El Sr. Diego volvió á su morada.

—No hay novedad—dijo.

La noche pasó tranquilamente. Al despuntar la aurora, el Sr. Diego bajaba á caballo por la calle de Segovia, tomó el camino de la Casa de Campo, y pronto desapareció. El deseo de abrazar á su padre debía de ser un pretexto nada más. ¿Por qué había ido á ver á maese Crispín, diciéndole que esperase á todas horas? D. Lope de Santisteban no se había equivocado, pues algo de mucha gravedad proyectaba el Sr. Diego. Nadie le observaba, y no se tomó el trabajo de disimular. Su mirada era sombría, y algo siniestro brillaba en sus negras pupilas; se comprendía que era muy violenta la agitación de su espíritu.

—¡No—dijo,—yo no puedo dejar de ser quien soy! Vanos han sido todos mis esfuerzos para perdonar á quien en mi alma abrió profunda herida; y como no he perdonado, necesito ver sufrir al que cometió el más criminal de los abusos.

Inclinó sobre el pecho la cabeza, y dejó que su cabalgadura caminara á su placer.

—¡Vive Dios!—exclamó con voz reconcentrada.—¿Qué suerte me espera? ¿Á qué puedo aspirar? El Sr. Domingo triunfará ó morirá: si triunfa, será dichoso, á pesar de sus tristes recuerdos; pero yo, cuando mi anciano padre deje de existir... ¡Oh! ¿Y puedo perdonar al autor de mi horrenda desdicha? ¡No llega á tanto mi virtud!

¿Qué proyectaba el Sr. Diego? ¿Intentaba

algún crimen? ¿Se preparaba para cometer alguna locura? Nunca se había presentado misterioso el Sr. Diego, y por eso su conducta era más extraña. Durante el camino no hablaba más que para jurar y maldecir, y sus palabras no podían servir para poner en claro el misterio. Cuatro horas después de haber salido de Madrid encontróse en terreno que era de la propiedad de D. Luis de Vargas. Muy pronto descubrió la casa que en otro tiempo había sido teatro de las escenas más horribles. Tomó por un sendero á cuyas orillas extendían su ramaje árboles corpulentos. hirió los ijares de su corcel, que partió al galope, y en breve descabalgaba.

El anciano estaba sentado á la sombra de los árboles, á orillas de un arroyuelo cristalino que serpenteaba entre la verde hierba. Abrazáronse el padre y el hijo, considerándose aquél la más feliz de las criaturas.

CAPÍTULO XIX

Preparativos misteriosos.

El Sr. Diego tuvo bastante habilidad para tranquilizar á la cariñosa madre, haciéndole la más risueña pintura de la situación en que su hijo se encontraba. Á D. Luis le dió á conocer lo verdad desnuda. El noble caballero reflexionó muy detenidamente, y luego dijo:

—Triunfaréis, os lo aseguro.

—Si ésa es vuestra opinión, tranquilo estoy.

—Lo que no me parece acertado—repuso el señor de Vargas,—es que en estos momentos os hayáis alejado de la corte.

—Nada tengo que hacer allí, y el deseo de abrazar á mi padre...

—Lo hubierais satisfecho dentro de una semana.

—Quiero además que á Madrid se venga conmigo, puesto que ahora tenemos asilo seguro.

—¿Que se vaya vuestro padre? Perdonad, Sr. Diego; pero vuestro padre no irá á Madrid antes de que la lucha termine, á menos que por circunstancias extraordinarias pueda venir.

—Eso quiere decir que os opondréis...

—Terminantemente.

Quizás Paredes no esperaba encontrar semejante obstáculo. No podía ponerse en abierta lucha con D. Luis, y guardó silencio. El señor de Vargas desplegó una leve y maliciosa sonrisa: quizás había adivinado lo que proyectaba Paredes.

—Caballero, es imposible ocultaros nada, porque lo que se calla lo adivináis—dijo el hidalgo.—Os diré lo que todo el mundo ignora; veréis mi alma, y luego decidiréis.

—Os escucho.

La conferencia duró cerca de dos horas. El Sr. Diego había revelado el secreto que tan cuidadosamente guardaba; explicó detenidamente todos sus sentimientos y sus ideas. Con atención profunda escuchó el caballero. Cuando hubo concluido, añadió:

—Espero vuestro fallo, que de seguro no pronunciaréis sin tener en cuenta todos los antecedentes de vuestra vida. En mi opinión, es conveniente que el Monarca llegue á apreciar en todo su valor lo que hizo en momentos de verdadero extravío.

—Cuando llegue la noche hablaremos, porque quiero reflexionar.

Aquella noche, cuando todos se habían entregado al sueño, el noble D. Luis de Vargas conferenció nuevamente con el hidalgo, que ya no estaba al siguiente día tan preocupado y se mostraba alegre y decididor como siempre. Á las dos de la tarde el anciano Pablo revisaba las monturas de dos corceles y de una vigorosa mula de paso que de la rienda tenían otros criados. Pocos minutos después el Sr. Alfonso de Paredes y su hijo salieron de la casa. El primero, con la ayuda de un criado, se acomodó sobre la mula; su hijo montó en un caballo, y en la otra cabalgadura se encaramó el viejo criado.

Partieron. No quedaba en el espacio más luz que la del resplandor del vespertino crepúsculo, luz que muy pronto desaparecería también, cuando tres jinetes atravesaron el puente de Segovia. Eran el Sr. Diego, su padre y Pablo, que sin apresurarse tomaron calle arriba, y detuviéronse á la puerta de una posada.

El posadero acudió haciendo reverencias.

—Lo que necesitamos—dijo Paredes,—es acomodo para nuestras cabalgaduras, si bien

podéis reservarnos una habitación para cuando nos convenga.

No dieron más explicaciones. Con los dos caballos y la mula se quedó el posadero, y ellos continuaron calle arriba, recatando el semblante. El rostro de Pablo había cambiado de expresión. Muchos recuerdos se agolparon á su mente al entrar en Madrid, de donde había salido quince años antes. Llegaron á Puerta Cerrada y por la calle de Toledo fueron á la Plaza Mayor.

—Mirad—dijo el anciano sirviente señalando al centro de la plaza:—quince años hace que ahí rodaron las ilustres cabezas de don Carlos Padilla y del marqués de la Vega de la Sagra, al día siguiente de ahorcarse en su calabozo el capitán Domingo Cabral, mientras que vos, Sr. Alfonso, gemiais en las profundidades de un calabozo y os preguntabais por qué os condenaban á tan horrible tormento, Pocos días antes había puesto fin á su existencia doña Leonor de Maldonado, después de de sufrir el castigo más terrible á que puede ser condenada una mujer soberbia. El recuerdo de aquellos días está grabado en mi alma. Comparada con aquella lucha, ¿que importancia puede tener la que estáis sosteniendo?

—¡Vive Dios! Si D. Lope de Santisteban supiera que nos en encontramos en este sitio...

—Bien le parecería cuando yo le dijese que todo esto lo hacíamos de acuerdo con mi noble señor.

—Pero seguro estoy de que opina de distinto modo.

—Es natural que así suceda, puesto que don Lope, sobre amar al Rey, tiene con él grandes deudas de gratitud.

Atravesaron la plaza, entraron en la hostería y se encontraron con maese Crispín, que otra vez se sorprendió al ver al Sr. Alfonso, y que después de mirar de pies á cabeza á Pablo, exclamó:

—¡Virgen Santísima!... ¿Sois vos? Si mis ojos no me engañan...

—No, buen Crispín.

—¡Después de tantos años!...

—Así son las cosas de este mundo.

—Figuraos, maese Crispín—dijo el Sr. Diego,—que no hemos venido, que no nos habéis visto.

—Entiendo.

—Pues nada más. Dadnos la llave de nuestras habitaciones, porque queremos descansar. También necesitamos cena.

El hostelero se apresuró á servir á sus antiguos conocidos. Á la mañana siguiente, después de almorzar, Pablo salió de la hostería y se encaminó al Buen Retiro. Entró en la morada real, cuyo interior conocía. Dejó á un lado la escalera principal, siguió por una galería, subió por otra escalera estrecha y sombría, sin encontrar alma viviente, atravesó pasillos, galerías y aposentos, casi todos solitarios, y por fin llegó á un sitio donde se detuvo.

—¡Allí está!—murmuró señalando al fondo de un pasillo.

Escuchó atentamente y miró á todos lados como con recelo. Pareció vacilar, pero al fin murmuró:

—Pierdo el tiempo, y ése es el mayor de los peligros. Si me viera mi señor, diría que la vejez me ha vuelto cobarde y que yo no sirvo para nada.

Entró resueltamente por el pasillo. Sin producir ni el más leve ruido avanzó el sirviente, quedando al final de la galería inmóvil como una estatua. Poco después percibió confuso rumor de voces de dos ó más personas que hablaban; luego colocó una mano en la pared y golpeó en distintos sitios.

—¡Ah!—murmuró.

Retrocedió con el mismo silencio, y salió al cabo de la morada real. El anciano sirviente volvió á la hostería, donde le aguardaba con ansiedad el Sr. Diego, que le preguntó:

—¿Qué habéis conseguido?

—Cuanto deseaba. Ya tengo la seguridad completa de que vuestro plan puede realizarse. Por supuesto, los peligros son grandes, y no debéis olvidar que no solamente nosotros arriesgamos la vida, sino vuestro desgraciado padre también.

—¡Todo acabará para mí!—murmuró sombríamente el Sr. Diego.

Su padre exhaló un penoso suspiro, sin atreverse á replicar.

—¿Y cuándo acometeremos la empresa?—preguntó Pablo.

—Mañana mismo. ¿Para qué hemos de esperar?

—Por mi parte, deseo terminar este asunto cuanto antes.

—Luego, si la fortuna nos favorece, os volveréis á la casa de campo con mi padre, y yo me presentaré al Sr. Domingo.

En todo aquel día no salió Paredes. Lo que intentaban era una locura; pero no debían retroceder. Al rayar el día se levantaron.

De la hostería salieron, y veinte minutos después llegaban á Palacio.

—Tened presente—dijo el Sr. Alfonso—que las vacilaciones pueden ser nuestra perdición. Si entramos, será preciso avanzar resueltamente, y para no hacerlo así, debemos retroceder.

—Si mi buen padre no vacila...

—Viejo y débil soy—dijo el Sr. Alfonso;—pero fuerzas y valor me dan los recuerdos espantosos de los tristísimos días de mi encierro.

—Pensad que no vamos á satisfacer un deseo de venganza, sino á despertar la conciencia de Felipe IV. Puesto que con valor os sentís, padre mío...

—Y os daré ejemplo.

—¡Vamos, pues!

CAPÍTULO XXI

El resultado que dió el golpe.

El Sr. Diego de Paredes avanzaba con paso firme, y su anciano padre parecía haber recobrado el vigor de la juventud. Pablo los miraba y decía para sí:

—¡Aún no sé si estoy entre héroes ó entre locos!

En verdad que era muy dudoso calificar á aquellos hombres. Entraron en Palacio. Al llegar á un aposento solitario y donde la luz era escasa, dijo Pablo:

—Desde este instante, mucho silencio, mucha atención, mucho cuidado.

—Si resucitase el padre de Cabral, se entusiasmaría—dijo el Sr. Diego.

—Así cumplimos su última voluntad.

—Seguidme, y no olvidéis mis advertencias.

Metiéronse por el pasillo de que ya hemos hecho mención, avanzaron con lentitud y con el oído atento. Parecían tres fantasmas que

se entretenían en recorrer el interior de la morada real para complacerse en infundir pavor á sus habitantes. Puede decirse que en aquellos instantes tenían la vida pendiente de un cabello. Cualquiera circunstancia, cualquiera coincidencia sería su perdición. Se detuvieron al cabo. El Sr. Diego se acercó á su padre, y le preguntó con voz apenas perceptible:

—¿Estáis dispuesto?

Por toda contestación, el anciano dejó caer al suelo su sombrero y su capa. Su hijo, acercándose á Pablo, le dijo:

—¡Acabemos!

—¡Esperad!

Pablo se inclinó y escuchó.

—¡Preparaos!—dijo.

Su mano derecha se colocó en la pared; á los pocos momentos...

Antes de decir lo que sucedió, tenemos que ver cómo se encontraba el Rey, pues de otro modo no se comprenderían los sucesos que vamos á referir. No hacía más que diez minutos que había dejado el lecho. Se sentó junto á la chimenea, y mandó que corriesen las cortinas de los balcones. Las oscilantes llamas de la chimenea esparcieron en un pequeño espacio su rojiza claridad, y de todo esto resultó que los objetos tomasen un tinte que algo de fantástico tenía.

Dispuso también el Monarca que nadie entrase, como no fuera D. Lope de Santisteban. La soledad tiene un atractivo irresistible para los que sufren, y particularmente para los espíritus que están envueltos en las densas nubes de la melancolía. Aquella mañana sentía el Rey un malestar inexplicable. Aunque en paz le habían dejado, sentíase como desfallecido, y era más profunda su tristeza.

No hay que decir que pensó en su hija, y, por consiguiente, en el Sr. Domingo Cabral; y pensando en éste, tuvo que pensar en el señor Diego y en el Sr. Alfonso. El recuerdo del antiguo Notario era una de las cosas que espantaban al Rey, porque sobre este punto su conciencia se levantaba terrible, inexorable, para acusarle. Inclinada la cabeza sobre el pecho y cerrados los ojos, permaneció largo rato el Monarca, tan absorto en sus tristes ideas y en tal estado de espíritu, que se estremeció vio-

lentamente y exhaló un grito de pavor al oír un crujido de la leña y el ruido que el fuego produjo al chisporrotear. Inmediatamente se levantó la cortina de una de las puertas y apareció un gentilhombre.

—¿Por qué habéis entrado?—dijo el Monarca con aspereza.—¿Es que ya mis órdenes no se respetan? ¿Es que ya no soy el rey?

—Oímos la voz de Vuestra Majestad, y...

—¿Y por qué estabais tan cerca que pudierais oír mi voz? ¿Se convertirán mis criados en espías? ¡Nadie ha de entrar más que don Lope, aunque me oigáis gritar! Que nadie se quede en esa habitación inmediata. ¡Idos!

Desapareció el gentilhombre, que contó á los demás caballeros de la servidumbre lo que acababa de suceder, y todos se retiraron á otra habitación haciendo los comentarios que eran consiguientes.

—¡Ya no me respetan!—murmuró el Rey tristemente.—Soy viejo y débil, ven que tengo un pie en la sepultura, y convencidos de que he de desaparecer muy pronto del mundo.. ¡Ah! ¡Vejez horrible!

Se pasó las manos por la frente. Volvió á inclinar la cabeza y á cerrar los ojos. Pasaron algunos minutos, se abrió la puertecilla secreta, y apareció el Sr. Alfonso de Paredes. Su venerable cabeza levantábase como la del juez que va á pronunciar la sentencia. Estaba su rostro muy pálido; mas su mirada era tranquila: dió un paso, se detuvo y quedó inmóvil como una estatua. Como por encanto se cerró la puertecilla.

Felipe IV no advirtió la presencia de su inocente víctima, y ésta contempló al que había sido causa de sus sufrimientos condenándole á una existencia mil veces peor que la muerte. Lo que sucedía en el alma del antiguo Notario en aquellos momentos, no tiene fácil explicación. Por instantes se hacía más severa la expresión de su rostro. Por fin el Monarca levantó la cabeza; vió la sombra informe, fijó la atención, arrugó el entrecejo, y... no pudo hablar, porque el antiguo Notario dió algunos pasos más y dijo:

—¡Yo soy Alfonso de Paredes!

No es posible concebir el efecto que le produjeron estas palabras. Exhaló un grito, se puso en pie como si le impulsara la sacudida

de una mano misteriosa; pero inmediatamente volvió á caer en el sillón. Sus ojos se abrieron como si fueran á saltar de las órbitas, se demudó su rostro hasta el punto de que hubiera sido difícil reconocerle, y frío sudor empezó á correr por su frente. Apenas podía respirar, y sus manos temblaban convulsivamente.

—¡Sí—añadió el Sr. Alfonso;—yo soy la desdichada víctima de tus pasiones desenfrenadas, el infeliz que quince años ha gemido entre las tinieblas de un calabozo, el padre cuyo corazón destrozaste cruelmente! ¿No querías conocerme? ¡Pues aquí me tienes! Solo estoy; no me sería posible resistir. ¿Por qué no me entregas al verdugo? ¿Acaso te falta el valor? ¿Será posible que tu conciencia haya despertado? ¡Tienes miedo, me miras con espanto! ¡Los hombres como tú no deben temblar! ¿Qué ha sido de tu antiguo valor? ¡Responde, que quiero oír tu defensa!

Felipe IV se pasó las manos por la frente; el Sr. Alfonso prosiguió diciendo:

—Si has conseguido engañar al mundo, no engañarás á la Historia que ha de juzgarte. Te equivocas si crees que nadie ha de conocer el secreto de tus criminales extravíos, de los horrendos abusos que han costado tantas lágrimas y tanta sangre. ¿Conoces las consecuencias de la injusticia de que fui víctima? Si las conocieras, te espantarías y morirías; pero es preciso que comprendas...

—¡No, no!—interrumpió al fin el Monarca.

Y extendió los brazos para evitar que su víctima se le acercase.

—¡Sí, me escucharás!—dijo con firmeza el Sr. Alfonso.

—¡Gritaré, se apoderarán de ti, morirás á manos del verdugo!

—¿Crees que la muerte me espanta como á tí? Cuando la conciencia está tranquila, se contempla con serenidad la sepultura. Morir es pasar desde este mundo al mundo de la justicia verdadera: á ti te espanta la muerte porque te espanta esa justicia inexorable.

Felipe IV hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, y mirando terriblemente al señor Alfonso, exclamó;

—¡Soy el rey! Si he cometido abusos, si con el peso de grandes injusticias está agobiada mi conciencia, Dios pronunciará el fallo,

porque los hombres no tienen derecho á juzgarme. Con mis debilidades, con mis extravíos, con los abusos de que te quejas, soy el rey. Tú me amenazas con la justicia de Dios. Ahora estamos en este mundo, y yo no necesito amenazar, sino que cuando bien me parece, descargo el golpe. Quizás no aprecio bien las consecuencias de mis acciones; pero tú tampoco has previsto lo que había de sucederte al poner los pies en esta habitación. ¡Soy el rey de dos mundos, y ofendes mi majestad! ¡Desdichado!

—Puesto que con tanto desdén hablas de la justicia de Dios, en su presencia te encontrarás muy pronto; antes que yo—dijo Alfonso de Paredes, al mismo tiempo que violentamente agitaba el Monarca una campanilla de oro que había sobre la chimenea. Exhaló un grito al oír las últimas palabras de su víctima, y volvió á temblar convulsivamente. Puedo matarte—le dijo el Notario;—pero no lo haré, porque son pocos los días que te quedan de existencia.

Esto diciendo retrocedió y desapareció por la puertecilla secreta, mientras se levantaba la cortina y entraba un gentilhomme.

—¡Corred, detenedle! ¡Por ahí!—balbuceó el Rey agitadoísimo. —¡Me ha matado! ¡Luz, más luz!

El gentilhomme descorrió las cortinas; los rayos del Sol penetraron en la cámara. Felipe IV se movía de un lado para otro y repetía muchas veces:

—¡Corred! ¡Detenedle! ¡Matadle!

No era posible que el gentilhomme entendiera lo que esto quería decir; pero sí comprendió que el Rey se encontraba en un estado grave, pues le veía convulso, y sus extrañas palabras parecían indicar el extravío de su razón. Llamó á sus compañeros; y como Felipe IV continuaba gritando y mandando que corriesen y se apoderaran del que debía de ser algo imaginario, prodújose gran confusión y corrieron para dar aviso á los médicos. De repente desaparecieron las fuerzas del Monarca, que lanzó un gemido.

—Señor—le dijeron,—convendría que Vuestra Majestad reposase.

—¡Sí, sí! ¡Pero no le dejéis escapar! ¡Que se cierren y guarden todas las puertas de Palacio!



¡Yo soy Alonso de Paredes!

Uno de los gentileshombres salió, fingiendo que iba á cumplir tan extraña orden. Se acostó el Monarca, y se presentó D. Lope de Santisteban, á quien ya habían dicho que el Rey estaba grave, que tenía una convulsión y deliraba.

—Señor...—exclamó el antiguo paje acercándose al lecho.

—¡Ah! ¡Tú me entiendes, mi querido Lope! ¡Corre tú, porque se irá! ¡Ya debe de haberse ido! ¡Alejaos todos!

—Aquí está el médico, señor.

Muy mal fué recibido el Hipócrates; pero el Rey le permitió que le tomara el pulso. No necesitaba un examen detenido para apreciar el grado de excitación del Monarca, y dijo que iba á recetar.

—Pero en otro aposento—replicó el Rey.—Y salid todos, porque he de hablar con mi querido Lope. ¿Se ha cumplido mi orden? Porque aún era tiempo, y si todas las puertas se han cerrado...

—Es que...

—¡Ya no me respetan! Debíais de escuchar, y habréis oído el terrible anuncio de mi próxima muerte. Y si escuchabais, ¿por qué no habéis acudido, por qué no os habéis apoderado del criminal?

Al decir esto, más excitado que nunca, se incorporó en el lecho el Monarca. El señor de Santisteban dijo con imperioso tono:

—¡En nombre de Su Majestad, salid inmediatamente y que se cumplan las órdenes que ha dado, sin que nadie se tome la libertad de apreciarlas!

No hubo quien se atreviese á replicar; el Rey consiguió quedar á solas con su antiguo paje.

—¡Ah!—exclamó.—¡Poco viviré, mi querido Lope, muy poco!

—Señor, acabo de llegar, y no comprendo lo que sucede.

—Pero estás viendo lo que hacen cuantos me rodean: no se han cumplido mis órdenes, y así se ha dado lugar á que desaparezca ese hombre.

—Pero...

—¡Se me ha presentado, me ha dirigido las más terribles palabras! ¿Concibes tanto atreimiento? Cuando quise castigarle, me anun-

ció la muerte en un plazo brevísimo. ¡Quizás no se equivoca, porque siento que mi vida se apaga!

—Pero ¿de quién se trata, señor?

—¿No lo adivinas? ¿Acaso hay más que un hombre que con su presencia pueda infundirme terror? Ya sabes que ese hombre es Alfonso de Paredes.

—¡Alfonso de Paredes!—exclamó D. Lope con tono de profunda sorpresa.

—Sí. Yo estaba sentado junto al fuego, con la cabeza inclinada y cerrados los ojos. Meditaba y te esperaba con ansiedad. Cuando los ojos abrí, me encontré con un anciano que había penetrado en la cámara sin que yo lo notase, y me dijo su nombre antes de que pudiera desaturdírme. Lo que sucedió apenas acierto á explicarlo. Cuando llamé para que acudiera mi servidumbre, Alfonso de Paredes se fué por la puertecilla secreta...

—¡Oh!...

—¿Te indignas y te espantas?

—No concibo cómo ese hombre...

—Alguien le ha dado á conocer esa entrada y le ha dicho que á ciertas horas había de encontrarme solo. Indudablemente, hay un traidor cerca de mí.

—Arriesgar la vida sin otro fin que tener un desahogo...

—¡Y matarme, porque este golpe es superior á mis fuerzas y no podré soportarlo! ¡Ya lo ves; mis enemigos están en la corte, muy cerca de mí, y su audacia no tiene límites!

—Señor, haced un esfuerzo para recobrar la calma, porque antes que todo es vuestra vida. Prometo á Vuestra Majestad que no descansaré un instante hasta conseguir que esos hombres desaparezcan.

El señor de Santisteban no necesitaba muchas explicaciones para comprender que el suceso que había producido aquel trastorno y había de dar ocasión á muchos comentarios era obra del Sr. Diego de Paredes; ni por un solo instante dudó de que el Sr. Alfonso se había introducido en la cámara real. La preocupación del Sr. Diego, sus distracciones y su viaje, precisamente en los momentos en que la lucha había llegado á su período más crítico, se lo explicó rápida y perfectamente el señor de Santisteban.

Lo que no comprendía D. Lope era cómo D. Luis de Vargas había permitido que el anciano fuera á Madrid, precisamente cuando la situación era más apurada, y mayores los peligros. De todas maneras, el Sr. Diego había conseguido realizar su atrevida empresa, había hecho sufrir al que había sido causa de todas sus desdichas, al que le arrebató su padre y cometió el mayor de los abusos para encubrir sus extravíos y sus faltas.

—Señor—dijo Santisteban,—voy á salir por la puerta secreta y á examinar el terreno, por si encuentro algún indicio, alguna huella. Entretanto, convendría que Vuestra Majestad permitiese que el médico dispusiera lo más conveniente para contrarrestar los efectos de este trastorno.

—Si de todas maneras he de morir...

—Señor, permitame Vuestra Majestad que le recuerde el deber de hacerlo todo para conservar la vida.

—Dispón lo que quieras.

—Otro día hablaremos de este desagradable asunto, aunque lo mejor sería olvidarlo.

El señor de Santisteban dispuso que acudieran los individuos de la servidumbre y los médicos, y se fué á recorrer el camino por donde el Sr. Alfonso había llegado á la cámara real. Pensó que si el Sr. Diego sabía que allí había una puerta oculta, ignoraba absolutamente cómo se abría, y también cómo hasta la puerta se llegaba. ¿Quién le había dado las noticias que eran de absoluta necesidad para la realización de aquella empresa? Quiso á toda costa salir de dudas.

Sin vacilar salió de Palacio, y como quien tiene la seguridad de no equivocarse se encaminó presurosamente á la Plaza Mayor, entrando en la hostería.

—¿Vos también por aquí?—le dijo el hostelero.

—¿No me esperabais?

—Estando los unos, no debe sorprenderme que vengan los demás.

—¿Salieron muy temprano esta mañana?

—Apenas almorzaron.

—No debe de hacer mucho tiempo que han vuelto.

—Media hora ó poco más.

El señor de Santisteban subió y empujó la

puerta del antiguo aposento de Cabral. Resonó una cuádruple exclamación de sorpresa. Allí estaban el Sr. Diego, su padre y Pablo. Ya no necesitaba más explicaciones: puesto que Pablo se encontraba allí, era indudable que el golpe se había dado de acuerdo con D. Luis de Vargas. El anciano sirviente se acercó á D. Lope y le dijo:

—No me sorprende que hayáis venido, porque os conozco bien; y nada os digo de lo que acaba de suceder, porque lo comprenderéis sin necesidad de explicaciones. Lo que hemos hecho os parecerá muy mal, porque amáis al Rey y sois agradecido y generoso; pero ni mi noble señor ni estos buenos hidalgos tienen los mismos motivos para pensar y sentir como vos. Recordad los sucesos de aquella terrible época, los sufrimientos de mi señor, los de su virtuosísima esposa y los de su inocente hija; recordad los extravíos del Rey y la frialdad con que sacrificó á este honrado padre...

—¡Basta, Pablo!

—Dispuesto venís para acusar al Sr. Diego...

—Á nadie acuso, porque la culpa es de las circunstancias.

—Si me permitieseis hablar...—dijo gravemente el Sr. Diego.

—¿Para qué?

—No intento sincerarme, porque desde luego reconozco que me he dejado llevar de los impulsos del odio que hay en mi alma y del deseo de vengarme; pero os convenceré de que he dado el golpe con pleno conocimiento de lo que hacía.

—¿Sabíais lo que arriesgabais?

—La vida de mi padre.

—Y si hubiera sucumbido...

—¡Oh!—murmuró sordamente el hidalgo.—He tenido horas de vértigos horribles, y en esos momentos...

—Si habéis comprendido que un hombre puede hacer lo que hizo el desdichado padre de Cabral...

—No lo niego.

—¿Es decir, que arriesgabais la vida de vuestro padre, la salvación de vuestra alma, la felicidad de la inocente hija del Rey, la dicha del Sr. Domingo, á quien sois deudor de un beneficio inmenso? Arriesgabais...

—¡Todo, caballero!

—¡Habéis estado loco!

—Sí, y lo reconozco ahora.

—Si otra vez hubierais de hacer lo mismo.

—¡Me espantaría!—dijo Faredes inclinando la cabeza.

—¿No sabéis que ninguna falta, ninguna locura queda sin castigo?

—Me lo ha enseñado la experiencia.

—No he de ser yo quien os castigue. Y sobre este punto no digo más, porque tengo la obligación de respetar á D. Luis de Vargas; pero con él hablaré, y nos entenderemos.

—¡Vive Dios! ¡Acabaréis por hacer que me arrepienta!

—Profundo ha sido el trastorno del Rey.

—Reconoced que su vida no debe interesarme.

—Pero si á consecuencia de este suceso se abrevia en un solo día su existencia... ¿Habéis pensado en las consecuencias que puede tener el que una criatura muera algunas horas antes ó después? Y si se trata de un Rey y para ocupar el trono no queda más que un niño imbécil, enfermo, dominado por ambiciosos, fanáticos y...

—¡Basta, caballero, basta! ¡Vive el Cielo! ¡Decíais que no me impondriais el castigo, y, sin embargo, para hacerme expiar mi falta despertáis en mí ideas que pueden ser un roedor incansante, un tormento el más cruel! ¿Qué puede pedirse á la criatura que desde su niñez se ve abandonada? ¿Y qué merece quien causa fué de mi triste orfandad, que ha podido llevarme hasta el fondo del abismo de todos los crímenes? Señor de Santisteban, sois un hombre extraordinario; pero sería locura pedir que todos se remontasen á la altura en que os habéis colocado. No hice poco al retroceder antes de mi última perdición; y si he de regenerarme, la obra no se realizará en pocos días. Yo quisiera explicar lo que siento; pero ¿dónde están las palabras?

—Sr. Diego, demos por terminado este asunto, y que Dios disponga lo que á bien tenga.

—El día en que Cabral y doña Margarita sean dichosos, dichoso me consideraré.

—Por de pronto, las consecuencias de vuestra locura serán que se vigile más cuidadosamente que antes, porque ya el Rey tiene una prueba de que no habéis salido de la corte.

Cuando llegue la noche volveréis á vuestra morada, porque aquí no estáis seguros, y vuestro padre partirá inmediatamente con Pablo. Nada más tengo que deciros.

En pie se puso D. Lope, estrechó cariñosamente la diestra del Sr. Alfonso y de Pablo, y salió de la hostería, volviendo al Buen Retiro. Violenta fiebre devoraba á Felipe IV.

—¿Qué opináis?—preguntó D. Lope al médico.

—En cualquiera otra persona no tendría la enfermedad gran importancia; pero en Su Majestad no es lo mismo, porque su estado de aniquilamiento puede producir gravísimos trastornos.

El señor de Santisteban escribió á su esposa una carta para que no le esperase y disponiendo que Gil fuese á Palacio, y se instaló en el dormitorio del augusto enfermo.

Al amanecer del día siguiente declararon los médicos que encontraban algunos síntomas de mejoría. El señor de Santisteban había pasado la noche junto al lecho de Su Majestad, y, por consiguiente, no pudo ver á sus amigos. Su deber era ante todo estar al lado del que tanto le amaba y tantos beneficios le había hecho.

CAPÍTULO XXII

Primeras consecuencias.

La triste noticia de la enfermedad del Rey llegó también al interior del convento de Santo Domingo, y con gran disgusto la oyó la anciana Superiora. Recordando los temores del señor de Santisteban, quedó perpleja, porque dudaba si había de decir lo que pasaba á la infeliz novicia. Pero no fué menester que la reverenda Madre adoptara ninguna resolución, pues la joven se percató de lo que sucedía oyendo las conversaciones de las monjas sobre tan grave asunto. ¿Qué sintió Margarita? ¿Tenía derecho á pensar en su dicha mientras su padre espiraba? Se presentó á la Superiora y le dijo:

—Reverenda Madre, vengo á pedir lo que tengo derecho á que se me conceda, y aliento la esperanza de que no me lo negaréis.

—¿Qué deseáis?

—Saber cómo se encuentra mi augusto padre; pero quiero conocer la verdad desnuda, pues para frases vagas no necesito acudir á vos.

La Superiora cambió de postura, tosió y al fin dijo:

—No puedo contestaros con seguridad, porque no sé más que lo que llega como un eco á este santo retiro. Las noticias de cierta gravedad se desfiguran á medida que cunden, y no debemos fiar en lo que se dice.

—Aseguran que mi amado padre está gravemente enfermo, y si hay peligro para su vida...

—Eso debe de ser exagerado, pues si cierto fuese, D. Lope nos hubiera enviado la noticia.

—Quiero conocer la verdad, ya os lo he dicho.

—Pues hemos de esperar.

—No puedo, madre mía; y vos no me dejaréis con la duda que tan horriblemente me atormenta—repuso la joven, de cuyos magníficos ojos se escaparon algunas lágrimas.

—Vuestro llanto es una prueba de la nobleza de vuestro corazón.

—¡Ah! ¡Atended mi súplica, madre mía; atendedla, y mi gratitud!...

—¿Pero qué he de hacer?

—Escribid á D. Lope, rogadle que venga inmediatamente ó que os responda con toda claridad.

—Se cumplirá vuestro deseo, y ahora mismo escribiré al señor de Santisteban. Supongo que él mismo vendrá.

—Si así sucede, quiero oír lo que dice.

La joven besó respetuosamente la diestra de la Superiora, que dió á Cecilio la orden de ir á buscar al señor de Santisteban á su casa y á Palacio, y de no volver sin alguna respuesta. Obedeció el demandadero, y en el Buen Retiro consiguió que la carta fuese entregada al caballero, que se hallaba al lado del Monarca. Éste hubo de enterarse de que la monja escribía. Temió Felipe IV que una nueva desgracia hubiera sucedido, y mandó que saliesen todos para poder hablar libremente con su antiguo paje.

—¿Otra contrariedad?—dijo el Rey.

—Como especial merced suplico á Vuestra

Majestad que me permita leer esta carta y hacer lo que bien me parezca.

—Puedes leer, y luego me dirás lo que quieras.

D. Lope abrió la carta y leyó. Al acabar la lectura acercóse al Rey diciéndole:

—Señor, la noticia no puede ser más agradable. La pobre niña que tanto ha sufrido, que destrozado tiene su corazón, la infeliz que víctima ha sido y es de todas las injusticias...

—¡Lope! ¿Qué sucede?

—No sucede más sino que en el corazón de vuestra hija el amor filial domina todos los sentimientos, que para ella no hay nada antes que su padre. Aunque vagamente, ha oído decir que enfermo se encuentra Vuestra Majestad, y arrebatada por el dolor...

—¡Pobre hija mía!

—Aquí está la carta de la Superiora: si Vuestra Majestad quiere leerla...

—Tú leerás, porque yo no puedo.

—Pues dice así.

D. Lope leyó lo siguiente:

«En nombre de Dios Todopoderoso y de la Santísima Trinidad. Nos han dicho que está seriamente quebrantada la salud de nuestro muy amado Rey, á quien Dios dé larga vida para bien de sus vasallos y de nuestra santa religión. Quise ocultar esta noticia para evitar un nuevo dolor á la desgraciada niña confiada á mi cuidado; pero todas mis precauciones han sido inútiles, porque la tribulación de la Comunidad ha sido bastante para que se diera cuenta de lo que pasa.

»Trastornada por el dolor y ahogada por los sollozos, acude á mí para conocer la verdad; y temerosa de que la engañe, quiere veros, preguntaros ella misma y oír vuestra contestación.

»No he podido mostrarme insensible; y como yo también deseo conocer la verdad, os suplico que vengáis, á menos que os sea imposible separaros de Su Majestad, en cuyo caso me escribiréis como mejor os parezca.

»Os advierto que nuestra pobre novicia cuenta los instantes con mortal angustia.

»Espero vuestra contestación, y Cristo en todos, etc.»

El corazón del padre no podía permanecer indiferente. Sin compasión había destrozado

el alma de su hija, y ésta se olvidaba de sus dolores para pensar en su padre. Quizás su conciencia le decía mucho más de lo que hubiera podido decirle D. Lope.

—¡Ah!—exclamó al fin.—¿Puede imaginarse situación tan triste como la mía?

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad. ¿Debo ir al convento?

—¿Es posible que dudes?

—¿He de decir á doña Margarita la verdad?

—Sí, la verdad desnuda; y quiero que también conozca la causa de mi trastorno.

—Eso sería lo mismo que decirle que en libertad están los dos hidalgos: otra vez renacerían sus esperanzas y el fuego de su pasión, que aún no puede haberse extinguido.

—¡Es verdad!

—Vuestra Majestad puede estar enfermo sin necesidad de que sucedan cosas extraordinarias.

—Pues, entonces, dirás á mi hija... ¡No lo sé! Que la amo, aunque para su bien me haya sido preciso... ¡Ah, Lope; tú debes de adivinar lo que pienso, lo que siento, lo que quiero decir, porque no acierto á explicarme! Si en vez de Cabral fuese otro el que hubiera interesado el corazón de mi pobre hija...

—Tendríamos el mismo resultado.

—No, porque Cabral es mi enemigo; es el hijo del criminal, el hijo del suicida.

—Pero no es responsable de los crímenes de su padre,

—Su nombre está envilecido.

—Así sufre injustamente el castigo de faltas que no cometió; pero, en último caso, lo que hace el rey puede deshacerlo el rey también, y un acto de clemencia...

—Olvidas lo que sucedió en Nápoles.

—Es verdad que el Sr. Domingo contribuyó poderosamente para que un hijo sacara á su padre de su calabozo, y es verdad que había también la circunstancia de que ese padre era inocente y el hombre más honrado del mundo. Por último, es verdad...

—¡Basta, Lope, porque hablar te dejo, tendré que disponer que mi hija se case con Cabral!

—Señor, desgraciadamente, ha de llegar el día en que todos nos encontremos en los umbrales de la eternidad, y en esos momentos

solemnes las pasiones callan, la conciencia recobra su imperio, y como estamos muy cerca de Dios... Cuando ese día llegue...

—¿Crees que cambiaré de opinión? Tal vez; pero... En fin, mi querido Lope, ahora estoy muy fatigado, mi cabeza está muy débil, y no puedo ocuparme en este asunto. Debes ir al convento, porque ya sabes que con ansiedad espera mi pobre hija...

—Me complaceré al darle la grata noticia de que ningún cuidado ofrece la dolencia de Vuestra Majestad.

—¡Quiera Dios que no te equivoques!

El señor de Santisteban se despidió del Monarca, y salió diciendo para sí:

—La situación cambia, y se nos presenta una nueva dificultad. Doña Margarita no querrá salir del convento mientras peligre la vida de su padre; y yo no puedo engañarla, porque echaría sobre mí una responsabilidad tremenda. ¡Oh! ¡Empezamos á tocar las consecuencias de la locura cometida por Paredes! ¿Qué sucederá si muere el Rey? ¿Qué hará su hija en el arrebató de su dolor? ¡Quiera Dios que no sean vanos mis afanes y sacrificios!

Media hora después entraba en la portería del convento, y en seguida le recibía la Superiora.

CAPÍTULO XXII

Se acerca el momento.

Aquella noche, aprovechando algunas horas de mejoría del Rey, pudo el señor de Santisteban ir á su casa y visitar á los hidalgos.

—¿Qué noticia nos traéis?—preguntó ansiosamente el Sr. Domingo.

—Las que debierais esperar—le contestó D. Lope,—pues era natural que sucediese lo que ocurre. Con pocas palabras os daré explicaciones, y luego nos dirá nuestro amigo Paredes si me equivoqué al asegurar que la locura que había cometido no la pagaría nadie más que nosotros.

Más de lo que estaba se arrugó el entrecejo del Sr. Domingo; con tanto temor como afán fijó la mirada en el caballero, que añadió:

—Ha cundido la noticia de la enfermedad del Rey.

—Así debía suceder.

—Sí; pero nunca imaginasteis que había de llegar al interior del convento de Santo Domingo.

—¿Y Margarita?...

—¿Acaso no la conocéis? No le haréis la ofensa de poner en duda sus nobles sentimientos, y sobre todo su ternura filial.

—Convencido estoy de que sufre mucho desde que ha sabido que algún peligro puede haber para la vida de su padre.

—¿Nada más que eso?—preguntó D. Lope con ligera ironía.—Sr. Domingo, si á bien lo tenéis, decid lo que haríais en lugar de doña Margarita.

—Como nada puede hacer más que sufrir y llorar...

—Os equivocáis, porque también puede dar una prueba de respeto á la desgracia de su padre.

Paredes, que no había tomado parte en la conversación, arrugó el entrecejo. Debía de desagradarle mucho lo que estaba diciendo el señor de Santisteban.

—Pues bien—repuso éste;—doña Margarita, á quien he visto esta tarde en su celda, no trabajará por su dicha, se mostrará indiferente á todo, y no hará nada mientras peligre la vida de su padre. En el convento permanecería, aunque de par en par le abriesen las puertas y pudiera salir sin ningún peligro.

—¡Por el Infierno!

—Y vos no podéis mostrar enojo, porque sería lo mismo que condenar su noble proceder.

—¡Es verdad!—murmuró sordamente el enamorado mancebo, mientras apretaba los puños con toda la fuerza de la desesperación.

—Tenemos que esperar; y si el Rey llegase á morir, Dios sabe cuándo saldría del convento doña Margarita.

El Sr. Diego dijo:

—Tenéis razón, D. Lope, y la culpa es solamente mía. Pero eso me obliga más á triunfar ó morir. Os juro que á doña Margarita sacaré del convento, ó perderé la vida.

—No—replicó Cabral;—vos no sois responsable de lo que pasa, pues la culpa es de mi negro destino, de las circunstancias, que contra mí se conjuran. ¡Lucharemos, si: triunfaremos ó perderemos la vida; pero!...

—El tiempo perdéis en inútiles discusiones—interrumpió el señor de Santisteban.—Ni vuestra lealtad, ni la rectitud de vuestras intenciones, Sr. Diego, las ha puesto nadie en duda. Yo también cometí locuras en otro tiempo; pero así aprendí á ser prudente y á tener calma, y lo que deseo es que estas lecciones las aprovechéis para lo porvenir. Lucharemos, y Dios nos ayudará; entretanto, tendremos paciencia, y no cometeremos la torpeza de deplorar lo que no puede remediarse.

—Sr. Domingo, escribid una carta para doña Margarita dirigiéndole palabras de consuelo—dijo Paredes—y respetando su dolor y sus determinaciones. Esta misma noche iré á ver al sacristán, y...

—¡Dichoso vos!

—¿En qué consiste mi dicha?

—Veréis los sitios donde pone los pies, respiraréis la atmósfera que respira, mientras que yo tendré que contentarme con mirar las sombrías paredes de su encierro, con ver cómo se agitan las hojas de los árboles, que objeto serán de su atención en los tristes momentos de su vida..., y con la desesperación en el alma...

—¡Perdonad!—interrumpió el Sr. Diego.—Lo que diciendo estáis es muy bello, respira poesía y es sublime hasta el último grado de la sublimidad; pero me entristece, me hace languidecer y... ¡Tripas de Satanás! ¿Porqué no he de decirlo con franqueza? Tanta sublimidad me aburre; y si así continuáis, acabaré por dormirme, ó por lo menos, cometeré la grosería de bostezar. ¡Que el Infierno me trague! ¡Dispuesto estoy á luchar y á morir; pero perder mi alegría!...

—Callo y escribo

—Entretanto creé y preparé la bota, porque sin vino generoso no puedo presentarme al sacristán. Le llevaré algunas golosinas, como jamón y otros fiambres, llamaremos á Cecilio, cenaremos alegremente, hablaremos en latín, y pasaremos muy bien la noche.

Á pesar de las desagradables consecuencias de su locura, el Sr. Diego era otra vez lo que siempre había sido. Escribió el enamorado mancebo, tomó carta y provisiones el buen Paredes, y los tres salieron, encaminándose á Santo Domingo el Real.

Á la mañana siguiente declararon los médicos que Su Majestad se encontraba mejor y que ya su vida no corría ningún peligro. La noticia circuló rápidamente, y se exageró lo mismo que la de la enfermedad, asegurándose no solamente que estaba mejor el Monarca, sino que había podido dejar el lecho. Sin embargo, la mejoría no tenía toda la importancia que le atribuyeron. D. Lope sabía la verdad, porque con los médicos consultó reservadamente, y éstos le dijeron:

—Dejará el lecho Su Majestad, y le veréis paseando en los jardines, pero morirá dentro de pocos meses. Sus últimas fuerzas desaparecen con rapidez, y ya no hay en lo humano recurso para retardar la desgracia. Que de gobierno os sirva, D. Lope, porque os encontráis en una situación que á ninguna se parece.

—Ninguna precaución tengo que adoptar—respondió el caballero,—porque cuando el Rey deje de existir, saldré de la corte para no volver jamás á ella.

Convenía aprovechar aquella tregua que la muerte concedía, pues cuando menos se esperase debía recaer el Monarca. Hizo otra visita á la reverenda Superiora el señor de Santisteban y vió á Margarita, asegurándole que nada debía temer respecto á su padre; luego conferenció con sus amigos.

—El día llegó—les dijo.—¡Manos á la obra, y que Dios nos proteja!

Fácil es comprender con cuánto júbilo escucharía estas palabras el Sr. Domingo Cabral. Por de pronto, quien tenía que trabajar era el Sr. Diego, que á la noche siguiente conferenció con Casimiro y le dió un puñado de monedas de oro y las instrucciones más minuciosas. Veinticuatro horas después el sacristán tuvo una interesante conferencia con Lucas, y cuando á las doce de la noche volvió éste á su morada dijo á su señor:

—¡Se acerca la hora! Creo que antes de tres días estará en nuestro poder la hija del Rey.

Al oír esto el caballero quedó como una estatua, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en su criado.

—No debierais sorprenderos—le dijo éste.

—¡No!... ¡Sí!—balbuceó el caballero.—¡No!... ¡Ah!... ¿Por qué no he de ver claro?

—Señor...

—¡La cabeza!... ¡La frente!... ¡Espera, Lucas!... ¡Acércate más! Siéntate y explicate; pero con mucha claridad, minuciosamente y con calma, para que yo te entienda.

El escudero miró á D. Juan y arrugó el entrecejo, mientras decía para sí:

—¿Qué le sucede? ¡No lo sé; pero en caso de una desgracia, como, por ejemplo, la de morir al triunfar, no me quedará sin el oro que guarda en aquel cajón.

Sentóse Lucas, y con cuanta calma y claridad pudo dió explicaciones de los últimos sucesos y del plan que había trazado.

Dos días pasaron. El Rey continuaba mejor, según todos creían, y otra vez fué á Santo Domingo el Real D. Lope de Santisteban. Para mayor seguridad, llevó un papel donde había escrito las más minuciosas instrucciones, á fin de que en ningún caso se encontrase perpleja doña Margarita, á quien tuvo ocasión de entregar el escrito, recomendándole que lo aprendiese de memoria y lo quemara después.

CAPÍTULO XXIII

Cómo se puso en práctica el plan.

Apenas el sacristán abrió al otro día la puerta del templo, entró Lucas. Como nadie había en el templo, acercóse á Casimiro y le preguntó.

—¿Hay novedad?

—Ninguna.

—¿De manera que hoy?...

—La novicia saldrá de su encierro, si Dios quiere ayudarnos, porque está resuelta, y todos los preparativos los hemos hecho el hermano Cecilio y yo. No os olvidéis de traer el dinero que falta para el completo de la cantidad prometida, pues Dios sabe si me veré en algún compromiso que me obligue á huir.

—Descuidad, Que Dios os guarde, y hasta la noche.

Á las horas de costumbre pasearon las monjas en la huerta. Lo mismo hizo la hija del Rey, que también recorrió el interior del edificio, y más de una vez fué á mirar á la puerta que comunicaba con la habitación del demandado.

ro. Ningún obstáculo se presentaba para abrir.

Era firme la resolución de Margarita; pero temblaba, no precisamente porque le infundiesen miedo los peligros, sino porque algunas veces dudaba si era legítimo su intento. Sin embargo, ya no podía retroceder, pues comprometidos estaban, no solamente su amante, sino D. Lope de Santisteban y el Sr. Diego de Paredes. Además, la impulsaba su intensa pasión.

Acercábase el Sol á su ocaso; pronto llegaría la noche, y las encargadas de vigilar correrían y quitarían la llave de la puerta que comunicaba con el aposento de Cecilio, adoptando además todas las precauciones de costumbre: preciso era aprovechar aquellos momentos, pues más tarde hubiera sido muy difícil ó imposible poner en práctica el plan trazado. Fué al coro y oró fervorosamente, dejando correr abundantes lágrimas; hizo el último esfuerzo, enjugó el llanto, y salió del coro con pasos inseguros y palpitándole el corazón con desigual violencia. Ya se ocultaba el Sol, y sus últimos rayos coronaban el edificio. Al llegar á la puertecilla se detuvo trémula; pero la abrió, y entró en el aposento de Cecilio, volviendo á cerrar con llave. Entonces se le presentó el sacristán, exclamando:

—*¡Laus deo!* ¡Por aquí, mi noble señora, y mucho silencio, porque quizás dentro de algunos minutos se produzca gran tribulación en la Comunidad! Nada temáis, porque estáis bajo el amparo de mi honradez escrupulosísima. Si me conocieseis, sabríais que moriría mil veces antes que olvidar el respeto que se debe á una mujer como vos, porque no ignoro que vuestra estirpe, además de ilustre, es augusta, y que... ¡Tente, lengua! Perdonad; pero hay momentos en que á nuestro pesar se escapan las palabras de nuestra boca. La lengua es muy útil á la criatura; pero también es un peligro.

—¿Dónde he de ocultarme?

—Seguidme, y lo veréis. No os ofrezco el apoyo de mi brazo, porque es indigno de sostener tanta nobleza y hermosura.

Como si hablara para sí, dijo en seguida á media voz:

—¡Viendo tanta hermosura, se comprende el pecado de Adán!

El sacristán y la hija del Rey, que, por cierto, ofrecían un contraste digno de estudio, llegaron al aposento de Casimiro.

—Aquí estáis segura—dijo éste;—y en caso de apuro podríais ocultaros en uno de los armarios de la sacristía. En esa otra habitación, que ni muebles tiene, podréis esperar y os vestiréis con la ropa que vuestros amigos me han dejado, puesto que con el hábito no podéis ir á ninguna parte. Una silla y luz os daré; y si apetito tenéis, os ofreceré alimento y un vino secular y delicioso, que tiene la virtud de devolver la calma y las fuerzas.

En la inmediata habitación puso una luz el sacristán, y en ella entró la hija del Rey, cerrando la puerta y echando la llave. Sólo tenía que vestirse con el ropaje seglar.

Media hora después Cecilio se presentó á su compañero, preguntándole:

—¿Qué he de hacer?

—Nada, mi buen amigo, porque todo está hecho. En su escondite se encuentra la augusta novicia.

—¡Que Dios nos ampare!

—Os tranquilizaréis cuando cenemos, después de haber dado parte á la Superiora y entregado al criminal.

—Me parece que eso es una infamia.

—Si le dejáramos libre, nos pedirían cuenta de nuestro proceder, y Dios sabe lo que sería de nosotros.

Quiso la casualidad que nadie pensara en Margarita, y, por consiguiente, nadie la echó de menos.

Dieron las diez. Cuatro hombres llegaron á los Caños del Peral: D. Lope, Cabral, Paredes y Gil. No transitaba por allí viviente alguno. Lentamente tomaron cuesta arriba. Se detuvieron el señor de Santisteban y Cabral, Paredes y el criado siguieron, y el primero dió algunos golpes en la puertecilla de la habitación de Casimiro, que se abrió inmediatamente; y mientras Gil continuaba hasta el pórtico, donde ardía el farolillo de que otras veces hemos hecho mención, entró el Sr. Diego, encontrándose con el rapavelas, que aquella noche no sonreía, pues temía que alguna circunstancia le comprometiese.

—¿Y la novicia?—le preguntó Paredes.

—En mi aposento.

—¿Y el hermano Cecilio?

—Esperando en su habitación.

—Le llamaréis para que cenemos, y después daremos el último golpe.

—Me estremezco al pensar el alboroto que ha de armarse...

—Pero haréis vuestra fortuna.

Fueron á la habitación donde varias veces hemos estado. El Sr. Diego dejó el sombrero y la capa, y puso sobre la mesa la bota y las demás provisiones que había llevado, y que animaron al sacristán, el cual salió para ir á llamar al demandadero.

Paredes aprovechó aquellos instantes, y acercándose á la puerta del otro aposento, dió algunos golpecitos y dijo:

—¡Doña Margarita!

—¿Quién es?

—¡Diego de Paredes! No os toméis la molestia de abrir; pero estad muy atenta para salir á mi primer aviso.

Junto á la mesa se sentó el hidalgo.

Los ojos del demandadero relumbraron apenas entró y vió lo que había preparado para la cena.

—¡Eso es *admirabilis! In nomine Dei principiabis cena cum Baltasari opipara.*

—Continuad hablando en latín—dijo Cecilio, —y entretanto, como no os entiendo, quitaré las telarañas al paladar.

Se acomodaron los tres, y no hay que decir que principiaron por brindar.

El Sr. Diego habló más que nunca y se mostró más alegre. Cecilio, entusiasmado, bebía mucho y comía poco. El sacristán hablaba incesantemente en latín, y de todo estó resultó que antes de media hora el infeliz demandadero no pudiera resistir y, principiando por tar-tamudear, concluyera por cerrar los ojos.

—¡Se ha dormido!—exclamó el rapavelas.

—¡Descanse en paz!

—¿Y qué haremos ahora?

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el Sr. Diego, dándose una palmada en la frente y haciendo un gesto de disgusto.

Casimiro abrió desmesuradamente los ojos y fijó en el hidalgo una mirada de estupor, preguntándole:

—¿Qué os sucede?

—¡Se me ha olvidado lo mejor, lo más intere-

sante, lo que ha de poner á cubierto nuestra responsabilidad!

—¡Tiemblo!

—No tembléis, porque puede remediarse el olvido. Antes debemos llevar á su cama al hermano Cecilio. ¡Ayudadme!

Llevaron al demandadero. Cuando se encontraron otra vez en la habitación del sacristán, dijo éste:

—¿Os explicaréis ahora?

—Me parece que convendría que los amigos que me han acompañado entraran, ó se alejaran, porque si el otro los ve...

—Sois exageradamente escrupuloso. Bien puede el criminal ver que otras personas andan por ahí, como ha sucedido alguna noche, sin que por eso se detenga para entrar.

—¿Á qué hora debe venir?

—Poco después de las once. No tardará.

—Esperaremos, y... Dadme agua.

—¿Un hombre como vos bebe ese líquido, destinado para lavar?

—Quiero enjuaguarme la boca, y luego me agrada más el vino, porque aún pienso hacer á la bota una caricia.

—¡Eso es otra cosa!

Encendió Casimiro un trozo de vela y fué á la sacristía, porque agua no tenía en su aposento. Cuando á solas quedó el hidalgo, introdujo la diestra bajo su colete, sacó un pomito, y del líquido que contenía echó algunas gotas en el vaso del sacristán, llenándole después de vino.

—Todo esto—murmuró—podría excusarse haciendo con el sacristán lo que merece; pero D. Lope se opone á las violencias, y es preciso obedecer.

Casimiro volvió con el agua, de la que bebió el Sr. Diego.

—Ahora—dijo—brindemos por última vez esta noche, y guardad luego la bota para que ese bribón no vea las señales de nuestro banquete.

Hasta la última gota bebió Casimiro.

—Me parece—dijo—que ya debierais ocultaros, según hemos convenido.

—Cuando llame el criminal.

Casimiro se restregó los ojos.

—Esta noche—dijo—el vino me ha dado alguna pesadez, y, sin embargo, no he bebido más que otras veces.

—Según está el cuerpo...

—Precisamente esta noche necesito estar más despejado.

—Dibierais dormir un poco, y cuando llame ese bribón os despertaré.

—¡No me atrevo!—murmuró el sacristán con voz insegura.

Á pesar de los grandes esfuerzos que hacía, cerrábanse sus ojos, y sentía tal pesadez, que difícilmente sostenía la cabeza derecha. Sus ojos se cerraban apenas los abría, y pocos momentos después quedó sumido en profundo sueño. Había llegado el momento decisivo. El Sr. Diego llamó á la hija del Rey, y le dijo:

—¡Salid!

Se presentó Margarita, cuyo rostro cubría mortal palidez.

—Si el valor os falta—le dijo el hidalgo,— todos nos perderemos. Los instantes son preciosos: nuestros amigos esperan.

—¡Vamos, y que Dios me perdone!

—No necesita perdón quien se defiende; no necesita perdón la víctima.

—¿No podríamos salir por la puerta de estas habitaciones?

—No; porque á estas horas D. Juan de Haro y Lucas deben de encontrarse junto á esa puerta, y aunque fácilmente acabaríamos con ellos ó los haríamos huir, no conviene que sepan cuándo ni con quién habéis salido, ni podríamos tampoco llevar á cabo nuestro plan en todas sus partes.

—Dispuesta me tenéis.

Tomó el Sr. Diego la palmatoria, ofreció el brazo á la infeliz joven, y avanzaron silenciosamente por el pasillo hasta la habitación del demandadero, que dormía profundamente; de ésta pasaron sin detenerse al aposento del hortelano, que también dormía con el mayor descuido, y salieron á la huerta, después que la luz hubo dejado el Sr. Diego.

CAPÍTULO XXIV

Lo que sucedía fuera del convento.

Gil recorrió varias veces la cuesta, examinando hasta el último rincón, y se convenció de que nadie había por allí. Luego fué hasta Santa Catalina y se colocó en el sitio que le

pareció más conveniente, quedando como una estatua. D. Lope y el Sr. Domingo permanecían junto á la tapia.

Así pasó el tiempo. Por fin el astuto y leal sirviente distinguió un punto luminoso, y dos bultos informes que se movían en una de las estrechas calles que á Santa Catalina rodeaban.

—¡Ellos deben de ser!—murmuró.

Esperó algunos momentos, y, aunque á riesgo de equivocarse, separóse de aquel sitio y volvió donde estaban D. Lope y Cabral.

—¿Vienen?—preguntó el Sr. Domingo.

—Me parece que sí.

—De todas maneras, aunque os equivocáis...

—Nada perderíamos.

—¡Ah!—exclamó el enamorado mancebo con acento indefinible.— ¡Llegó el momento de triunfar ó morir!

Y sus negros ojos brillaron como dos luciérnagas en medio de la oscuridad.

—Sr. Domingo—dijo Gil,—me permitiréis tener el honor de subir y colocar la escala.

—Hacedlo.

—Pero tendréis que sostenerme, y...

—Con mucho gusto.

Gil arrojó al suelo la capa, de un salto se colocó sobre los hombros del Sr. Domingo, y en seguida, afirmando las manos y los pies en las grietas de la tapia, empezó á subir con tanta agilidad como un mono. Muy pronto se encontró sobre la tapia. Una vez allí, sacó y enganchó una escala de cuerda de que iba provisto.

—Hacedme el favor de subir mi capa—dijo, pues no conviene que se quede por ahí.

Cabral tomó la capa de Gil, y muy ágilmente también trepó por la escala. D. Lope le siguió; fué puesta la escala por el otro lado, y bajaron. La Luna había tenido por conveniente dejar ver su faz nacarada, enviando á la Tierra sus argentados resplandores. Se separaron de la tapia. El silencio era profundo por todas partes; llegaron á la puertecilla que había en la tapia por la parte de los Caños del Peral; vieron puesta la llave, corrido el cerrojo y colocado además un palo bastante grueso, que apoyando en tierra su extremo inferior, empujaba con el otro la puerta. Por fuera

hubiera sido imposible abrir, aunque se tuviese la llave y aunque no hubiera cerrojo.

Continuaron reconociendo la huerta. Más que criaturas, parecían seres fantásticos.

Mientras esto sucedía, los dos hombres que llevaban la luz llegaron á la Cuesta de Santo Domingo, cerraron la linterna y miraron á su alrededor.

—¡Nos protege la fortuna!—dijo uno de ellos.

—¿Dudáis aún?

—No, Lucas; pero otras veces hemos sufrido la derrota precisamente en el momento de nuestro triunfo.

—Vuestros escrúpulos nos perdieron.

—Ahora no nos perderán.

—Si os parece, iré á ver si en su puesto están nuestros hombres.

—¡No tardes!

—¿Tenéis miedo?

—No hay nada que pueda infundirme terror; pero cuando estoy solo sufro más, porque más me oprime esta venda de hierro que parece tengo en la cabeza. Mira. ¿No ves?

—El convento nada más.

—No distingo bien su forma. Me parece que se eleva hasta el cielo y que se desvanece como una nube... ¿Nada oyes?

—Nada, señor.

—Yo á todas horas oigo un ruido, un rumor sordo, indefinible... ¡Ah! Y tras esos muros se encuentra la mujer... Lucas, ¿qué esperas? Mira si esos hombres han sido puntuales, porque no sabemos lo que puede suceder. ¡Margarita será mía; mía ó de la muerte, porque si hubiera de ser para otro, yo mismo la mataría, y me complacería al verla exhalar el último aliento!

Los ojos de D. Juan de Haro fulguraban siniestramente; había en su voz algo inexplicable. Lucas se ajeó mientras decía:

—¡Por el Infierno! ¡Al oír los desatinos que dice mi señor, creeríase que su razón se ha trastornado! Bien puede suceder que cuando triunfemos le vuelva loco la alegría, si es que aún conserva el juicio cabal.

Á una de las calles vecinas fué, donde encontró á cuatro hombres, con los cuales cruzó algunas palabras. Inmediatamente volvió al pórtico. Su señor continuaba inmovil y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—En sus puestos están, y aguardan—dijo Lucas.

—¡Bien!—respondió como distraidamente el señor de Haro.

—Esperaremos á que llegue la hora. No quiero anticiparme—añadió el escudero,—porque sería una imprudencia.

—Lucas, esta soledad me infunde miedo.

—¡Señor!...

—Calla, porque necesito meditar. ¡Tú no me comprendes!

El escudero quedó silencioso; aumentaban sus temores en cuanto al estado de su señor. Llegó el instante.

—Señor—dijo Lucas,—voy á llamar, y dentro de algunos minutos... Vos me esperaréis aquí.

D. Juan se sentó en el primer escalón del pórtico.

—En caso de apuro, haréis la señal.

—Sí, y nos llevaremos á Margarita.

Lucas se acercó á la puertecilla, mientras decía para sí:

—¡Ó mi señor ha perdido el juicio, ó yo estoy loco; pero ya no podemos retroceder!

Volvió á mirar á todos lados, y llamó.

CAPÍTULO XXV

En la huerta y en la calle.

Ya hemos dicho que á la huerta salieron doña Margarita y Paredes. Poco habían andado cuando tuvieron que detenerse, porque se encontraron con Cabral, D. Lope y Gil. Inútiles fueron entonces todos los esfuerzos que hicieron los dos amantes, pues no pudieron contener un grito. Todos permanecieron inmóviles por algunos minutos.

—¡Vive Dios!—exclamó al fin Paredes.—¿No pensáis que mientras permanezcamos aquí no debemos considerarnos seguros? ¡Tanta prisa y tanto afán, y ahora perdéis el tiempo lastimosamente! ¡Vamos!

Comprendieron los dos enamorados que ante todo les interesaba salir del recinto del convento; recobraron las fuerzas y la energía, atravesaron la huerta, llegaron á la puertecilla de la tapia, la abrieron sin inconveniente, sa-

fieron todos, menos Paredes, y cuando el señor de Santisteban iba á preguntarle por qué se quedaba ó se detenía, el ingenioso y audaz hidalgo volvió á cerrar y echó la llave.

—¡Por Satanás!—exclamó Gil.—¿Qué significa esto?

—No está satisfecho con haber salvado á doña Margarita—dijo D. Lope.

—La verdad es, señor, que á mí me sucedería lo mismo.

—Pero yo no quiero nuevas desgracias.

—Perdonad, mi noble señor; pero me parece que en estos momentos tan críticos no debierais ocuparos en proteger á nuestros ruines enemigos. Si por su propia cuenta obra el Sr. Diego, dejadle. Yo me quedaré por aquí, por si mi auxilio necesita.

—Quédate, Gil, y que se cumpla la voluntad de Dios.

Los dos enamorados cruzaban frases de inmensa ternura; para ellos no tenía importancia más que su amor: ni siquiera advirtieron que Paredes se quedaba en el convento. Se alejaron y desaparecieron muy pronto.

El Sr. Diego atravesó entretanto la huerta, entró en la habitación del hortelano, tomó la luz y cerró, fué á ver cómo se encontraba Cecilio, que dormía profundamente, y al aposento del sacristán, que continuaba bajo la influencia del narcótico; desenvainó la espada, salió del aposento, siguió por el estrecho pasillo, y fué á colocarse junto á la puerta que daba á la calle; poco tuvo que esperar, porque aún no habían transcurrido tres minutos cuando resonaron los golpes que dió el escudero; el Sr. Diego abrió, tomó con la mano izquierda la luz, y la levantó á la altura de su rostro. Lucas, que entró creyendo encontrarse con el sacristán, detúvose al ver á Paredes y pronunció la blasfemia más horrible. No necesitaba explicaciones para comprender que había sido víctima de un engaño y que estaba perdido; la desesperación se apoderó de su alma: el Sr. Diego sonreía burlonamente.

—¡Maldición!—gritó fuera de sí el escudero.

Y retrocedió hasta salir á la calle, mientras desenvainaba el acero. Paredes arrojó al suelo la luz, y salió también.

—Solo estoy—dijo,—y, por consiguiente, no enéis derecho para quejaros de ningún abuso.

Á tal punto han llegado las cosas, que no había término medio, y era preciso triunfar ó morir.

—¡Sí!—dijo el escudero con voz ahogada por el coraje;—os mataré, ó moriré!

—La muerte no me espanta, porque mis deberes he cumplido ya. Doña Margarita está libre y en brazos de su amante.

—¡Por el Infierno!

No pronunciaron una palabra más: los aceros se cruzaron y resonaron al chocarse. Como un fantasma se presentó D. Juan de Haro, deteniéndose á pocos pasos de los combatientes; cruzó los brazos y quedó inmóvil como una estatua. El resplandor de la Luna daba de lleno en su rostro livido y desfigurado: parecía un espectador indiferente. Otra persona llegó por el opuesto lado que D. Juan; Gil, que también se detuvo y exclamó:

—¡Vive el Cielo! ¡Puesto que D. Juan no ayuda á los suyos, yo tampoco debo ayudar á mi amigo!

Y también cruzó los brazos. Pocas veces se ha visto escena igual, si es que se ha visto alguna vez. Lucas atacaba con desesperación y se defendía con bastante habilidad. Paredes no se alteraba por un solo instante. Parecía dudoso el resultado: al fin Lucas tuvo que retroceder, al moverse quedó en descubrirto, y entonces fué á clavarse en su pecho la espada del hidalgo. Resonó un ¡ay! desgarrador; por un instante vaciló el cuerpo del criminal, que cayó pesadamente.

Sucedió entonces lo que nadie esperaba: D. Juan de Haro soltó una carcajada estridente, inclinó la cabeza, y volvió á quedar inmóvil y con la mirada fija en el cadáver. Paredes y Gil le contemplaban con asombro.

—¡Vive Dios!—exclamó el criado.—¿Qué le sucede á ese hombre?

—¡Por el Infierno! ¿No veis que se ha vuelto loco? ¡Ahora es digno de compasión! ¡Dejadle! ¡Terrible castigo!

—Más le hubiera valido morir también.

—¡Vamos, Gil, vamos, porque todo ha concluido!

Por última vez miraron á D. Juan, que allí quedó inmóvil como si se hubiera petrificado, y se alejaron. Minutos después se encontraban junto á la portería del convento de San Plácido.

—Aquí debemos esperar—dijo el sirviente.

—Pues esperemos.

—Os aseguro, Sr. Diego, que jamás olvidaré á D. Juan de Haro.

—Ningún castigo tan duro hubieran podido imponerle los hombres.

—¡Quiero dudar!

—No dudéis, pues loco está, y si recobra la razón, será para morir.

—Al verle no sé lo que se siente.

Mientras así hablaban el Sr. Diego y Gil, Margarita y su madre se abrazaban, lloraban y exhalaban penosos y tiernos suspiros. Profundamente conmovidos contemplaban don Lope y Cabral á las dos mujeres. Margarita estaba libre; pero no habían desaparecido todos los peligros. Debía quedarse al lado de su madre hasta que se arreglara todo lo necesario para su unión con Cabral, que continuaría oculto con Paredes, ó se trasladarían á la casa de campo, y D. Lope de Santisteban continuaría representando su brillante papel en la corte. Después de cruzar frases de ternura y de dar á Dios gracias por la protección que les había dispensado, el señor de Santisteban y Cabral se despidieron y salieron, encontrándose con Paredes y Gil.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó D. Lope.

—Lo que nadie esperaba—respondió el señor Diego:—me encontré con Lucas, vinimos á las manos, se presentó D. Juan, nos miró con indiferencia, la fortuna me protegió, y sin vida cayó el escudero. Entonces... ¡Oh!... ¡Aún estoy horrorizado!

—Pero D. Juan...

—Se ha vuelto loco...

—¡Loco!...

—¡Dios tenga misericordia de él!

—¡Desdichado!...

Muy preocupados y silenciosos tomaron calle arriba. Media hora después entraban en su misteriosa vivienda los dos hidalgos, y don Lope y Gil en la suya.

CAPÍTULO XXVI

Confusión y apuros.

En los momentos en que se alejaban Paredes y Gil, y D. Juan de Haro con estoica indiferencia contemplaba el cadáver de su fiel

servidor, una de las monjas que vigilaba durante la noche quiso ver si la novicia estaba acostada. Abrió la puerta de la celda y entró: la sorprendió la circunstancia de que de par en par estuviese abierta la ventana, por la cual penetraban en el aposento, no solamente los resplandores de la Luna, sino el aire húmedo y frío.

Creyendo que era un descuido; pensó despertar á la hija del Rey, y se acercó al lecho, viendo entonces que no estaba.

—¡Divina misericordia! ¿Dónde está? Á estas horas no puede haber ido al coro, y sabe, además, que no le está permitido salir de la celda. La cama está intacta. ¿Qué debo hacer?

Buscó á las otras monjas que vigilaban, y les dijo lo que sucedía. Registraron hasta el coro, y empezaron á creer que la novicia no estaba en el convento.

—Nuestra responsabilidad es grande—dijo una de ellas.

Fué á la celda de la reverenda Madre y la despertó. Escuchó la anciana la noticia, se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente y dijo:

—Os habéis equivocado. Hace quince días eran posibles desgracias de cierta clase; pero ahora no.

—Lo único que puedo asegurar es que la novicia no está en su celda, ni nadie la ha visto.

Aunque de muy mala gana, se levantó la Superiora; y tuvo que convencerse de que la monja que vigilaba no se había equivocado.

Las monjas fueron y vinieron, registrando hasta el último rincón. Ya era imposible la duda: la hija del Rey había desaparecido. Poseída de pavor se sintió la Superiora.

—¡Aún me parece imposible!—decía.—Hoy mismo me suplicaba que apelase á todos los medios para que se le dispensara la mayor parte del tiempo de noviciado, y vosotras sois testigo de que su conducta ha sido ejemplar desde el día que me visitó D. Lope de Santisteban en nombre del Rey. Forzosamente, en todo esto hay algo en que tiene que ver Satanás, pues de otro modo sería imposible que la desdichada novicia hubiera salido de esta santa casa. Llamad al demandadero para que inmediatamente avise al padre Capellán, porque